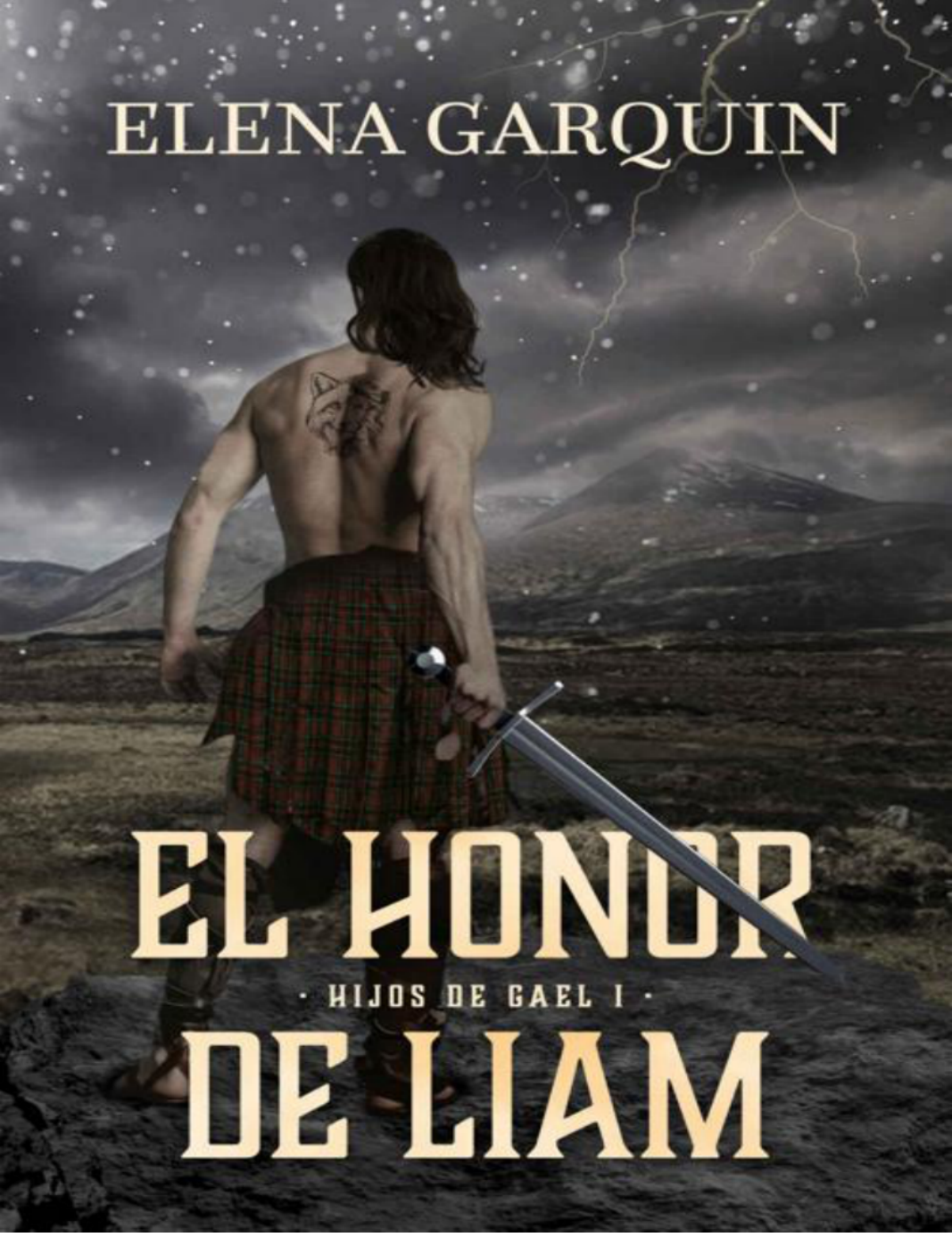

ELENA GARQUIN
EL HONOR
· HIJOS DE GAEL I ·
DE LIAM

Copyright © 2023 Elena Garquin

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. la infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del código penal).
Título original: El honor de Liam
Primera edición: ©Elena Garquin, enero 2023
Maquetación: ©Elena Garquin
Diseño de portada: ©Adyma Design
Derechos de autor: ©Elena Garquin

Para mi familia. Siempre.

ELENA GARQUIN

EL HONOR DE LIAM

· HIJOS DE GAEL I ·

PRÓLOGO

Inmediaciones del lago Awe, Escocia, 1691

«Cuando traigas ante mí al asesino del Campbell, recuperarás tu honor».

Las palabras de su padre repiqueteaban en su cabeza mientras aguardaba la vuelta de sus hombres, amparado entre los hilos blanquecinos de la niebla que cubría la superficie del lago.

Se envolvió en el *plaid*, de modo que solo sus ojos quedaron a la vista, y se dispuso a esperar, mientras su mente regresaba una y otra vez a lugares y personas que había jurado olvidar. Se hallaba solo por una ridícula insistencia del resto, que se habían empeñado en

preservarlo de todo peligro mientras ellos llevaban a cabo el encargo. De esa forma, su identidad quedaría resguardada. No podía ser tan difícil, le habían dicho. En todo Glenorchy pululaba un solo nombre como autor del asesinato. Para Tam, su mano derecha, el de una mujer indefensa. Para él, el de una bruja que había sellado su destino, empujándolo al abismo de la desesperación para hacerlo resurgir tiempo después, sin un asomo de los sentimientos que lo masacraron como si de una cruel batalla se tratase.

La mera posibilidad de que fuera culpable, junto con la de verla de nuevo, hizo que un sudor frío le corriera por la espalda, provocándole un estremecimiento que lo sacudió como si aún fuera el muchacho confiado que había caído en las redes de la peor traición. Esa que surge del amor profundo e incondicional, para terminar convirtiéndolo en una emoción abyecta de la que huir. Su corazón solo latía para mantenerlo con vida. Usaba a las muchachas que se acercaban a él para aplacar sus instintos más primarios, cuidándose mucho de terminar fuera de sus dulces e invitadores cuerpos. No. Aquella barrera solo la había traspasado con ella. Y jamás volvería a traspasarla con otra. Antes, tendría que ser digno del honor que durante tanto tiempo había estado buscando, que el destino le había arrebatado de una manera brutal… Y que estaba a punto de conseguir de la mano de su padre, de su familia. De un clan que siempre debió de ser su casa por derecho de sangre.

El sonido de voces apagadas que se acercaban, sumado al de unos gritos femeninos y unos chillidos infantiles, consiguieron sacarlo de una maraña de pensamientos que, por regla general, siempre lo llevaban a la amargura, el desengaño, la indiferencia y un odio macerado a lo largo del tiempo. Tenía las piernas entumecidas cuando se puso en pie y empuñó su *claymore*. Tam apareció ante él junto con el resto de sus hombres. Desmontó y arrojó un bulto a sus pies. Otro de sus hombres lo imitó, aunque tuvo más cuidado con su carga, antes de que ambos fueran despojados de los sacos que cubrían sus cabezas y acercaran una antorcha a sus rostros.

Entonces, sus esperanzas se destruyeron junto con el enorme muro de fortaleza construido a base de esfuerzo y tenacidad.

Seguía tan hermosa como la recordaba. Tan combativa como deseaba. Y mucho más mujer. Apretó la mandíbula y le sostuvo la mirada cuando vio que sus ojos se desorbitaban al reconocerlo. Quiso regodearse al percibir su súbito temblor, pero solo sintió la aguda dentellada de una decepción que aplastó con un gruñido.

—¿Estáis seguros de que es ella? —preguntó—. Ofrece un aspecto lamentable.

—El adecuado para pasar desapercibida —respondió Tam—. Ha perdido por el camino el relleno que llevaba en los pechos y la barriga

para aparentar ser más gorda, más vieja…

—Aunque no pudiste cambiar tu color de ojos, ¿verdad? Ni tus rizos castaños. Esos siempre te delatarán, vayas donde vayas.

—¡Tú! —A ella apenas le salió la voz cuando señaló su tartán con un dedo tembloroso—. ¡Te has convertido en un MacDonald!

Su exclamación sonó a áspero reproche. A recuerdos teñidos de sangre que le provocaron una cólera desmedida. Estuvo a punto de descargarla en ella; era lo que había esperado hacer durante años. La esencia de unos pensamientos oscuros que habían poblado sus pesadillas en incontables noches… Pero no pudo hacerlo. Porque seguía sintiendo por ella; odio, sed de venganza, amargo desengaño, deseo primitivo… Todo. Y ese cúmulo de sensaciones lo alejaban de la indiferencia necesaria para llevar a cabo lo que su cuerpo y su mente le dictaban.

Deseó ver miedo en aquellos ojos provocadores, pero solo apreció un desprecio que le dolió mucho más de lo que esperaba.

—Por lo que sé, tú sigues siendo una Campbell.

—*Ne obliviscaris* —le escupió el lema de los de su clan, con todo lo que aquellas palabras implicaban entre ellos y su pasado.

—*Per mare, per terras* —contraatacó él alzando una ceja—. Como verás, yo también puedo adecuar determinadas consignas a determinadas circunstancias.

—Esa es la forma retorcida que un asesino usa para decirme que nunca ha renunciado a encontrarme —masculló ella, luciendo una sonrisa de victoria que le retorció las tripas.

Acababa de llamarlo «asesino». ¡Ya había escuchado suficiente! Resollaba como un toro furioso cuando clavó en ella una mirada capaz de helar los fuegos del infierno y la señalaba con el dedo, sin atreverse a tocarla.

—Es posible que lo sea, *boireannach*[1] —farfulló—. A lo largo de estos años me he convertido en muchas cosas.

«Tú eres mi honor. Mi ancla, *mo ghràdh*. Mi puerto, el lugar al que siempre regresaré. Nunca dejaré que te vayas de mi lado».

Eran sus propias palabras, destinadas, años atrás, a la misma mujer que ahora tenía delante, que regresaban para martirizarlo. Para hacerlo más consciente de sus errores.

Lanzó un gemido. No podía pronunciar una sola palabra más sin gritarle todo lo que su traición le había ido provocando hasta convertirse en una montaña imposible de escalar. Quiso acusarla de cada una de sus desgracias, de su situación, de la de su gente y sus hombres, pero cuando se adentró en las firmes profundidades de aquellos ojos que lo desafiaban con una fuerza pareja a la suya, supo que no podría hacerlo porque se sentiría culpable el resto de su vida, aunque no lo fuera.

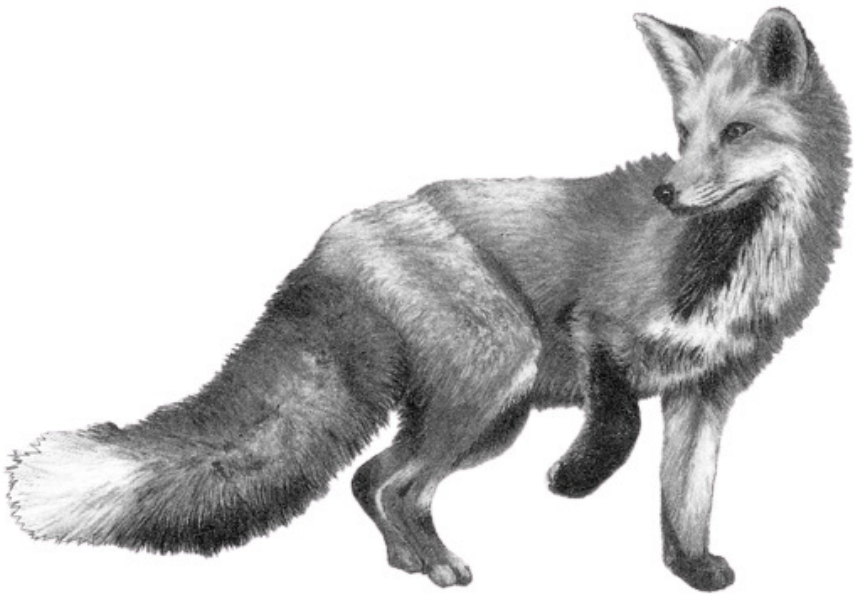
—Tam, encárgate de ellos —ordenó con aspereza, dándoles la espalda para esconder ese escozor que le corroía el alma.

Ella se había entregado a otro por propia voluntad. Aquel niño era la prueba de ello. Después de que él le brindó su cuerpo, su corazón y su alma.

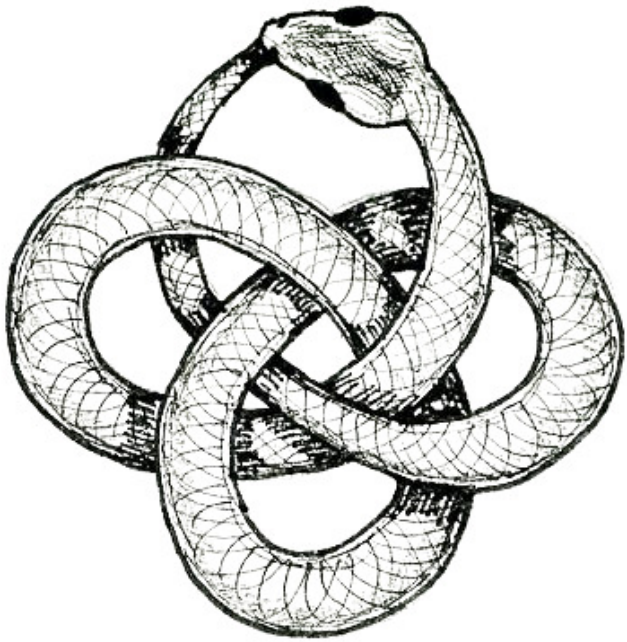
No. Nunca podría perdonarla. Porque de lo contrario, volvería a estar en sus manos.

Y no sabía si podría o querría escapar.

PRIMERA PARTE



EL ZORRO



1. LA VISIÓN

Glenlyon, Escocia, 1686

Kiara

Conocí a Liam en una de mis visiones.

Aquella tarde brumosa, mientras acompañaba hasta las cocinas a Sheena, la esposa de mi hermano mayor Ewan y mi amiga de la infancia, me detuve en seco cuando el rostro de un desconocido invadió de repente toda mi capacidad mental. Por primera vez en mi triste historial como *fiosaiche*[2], la imagen se colaba en mi piel, bajo

mis huesos, sin permiso y sin que pudiera evitarlo. Solo fui consciente de la rabia padecida por un joven de tez oscura y extraordinarios ojos negros, que me alcanzó de pleno.

Las piernas me flaquearon. Intenté apartarme de esa angustiosa sensación, pero era como una garra que me mantenía bien sujeta. Parecía querer que apreciara los detalles, como su nariz, demasiado larga para un rostro maltratado por los golpes que lo dejaban lleno de pequeños regueros de sangre. O la poblada barba, del mismo color azabache que su pelo. O sus labios generosos y rotos.

El joven era alto, delgado. Vestía harapos y era arrastrado por dos hombres que lucían el tartán de los Campbell. Las nubes parecieron cernirse sobre él, formando una especie de niebla espesa que me dificultó distinguir su aura, cada vez más oscura, engulléndolo como si fuera una bestia y él, su pobre víctima. Sin embargo, la fuerza que irradiaban aquellos dos ojos, refulgiendo como carbones encendidos mientras se clavaban directamente en mí, me mantuvieron presa de mi propia ensoñación.

Sacudí la cabeza para escapar de su embrujo. Intenté cerrar los párpados para ponerlos de barrera entre él y yo, pero el poder hipnotizador de aquella mirada, entre torturada y firme, fue más fuerte que yo.

—¡Tú me ayudarás! —pareció exclamar, pese a que su boca no pronunció una sola palabra.

Para corroborar su afirmación, elevó su brazo derecho, coronado por una mano de hierro donde debería aparecer la de carne y hueso, y me señaló.

Me sentía débil, indefensa. Pero también segura, por incongruente que pudiera parecer. Incluso atraída por el halo de salvajismo que rodeaba la espigada figura del desconocido mientras se debatía como un animal acorralado, ganándose con ello una lluvia de golpes por parte de los guerreros que terminó con nuestro férreo contacto visual.

Con ello, conseguí mi liberación. Mis pulmones se llenaron de aire y del olor a turba procedente del fuego, la escena se desvaneció y en su lugar aparecieron las cocinas de Westhill, el hogar del *laird*[3] John Campbell de Glenlyon, mi padre.

Recorrí con la vista todo lo que me rodeaba, para asegurarme de que aquella estancia pertenecía a la gran casa de piedra gris. Que los marcos de las puertas y ventanas, de piedra labrada, seguían allí. Que el orgullo que me conmovía cada vez que entraba en ella, a pesar de que era una construcción modesta en comparación con las de otros jefes del clan Campbell, conseguía mitigar los escalofríos de puro e irracional temor que me sacudían el cuerpo, con tanta fuerza que a punto estuve de caerme del banco en el que Sheena y Effie, la vieja criada que siempre había sido mucho más para mí, me habían

depositado con esfuerzo.

—¡Dios sea loado! ¡Al fin abrís los ojos! —Effie me acercó una taza humeante de caldo que bebí con lentitud, ignorando a las sirvientas que la ayudaban, y que habían dejado su frenético trajín, preparando la importante cena de aquella noche, para observarme, entre preocupadas y horrorizadas—. Eso es. Bebed, os sentará bien. Pero hacedlo con cuidado o… ¡Señor, sí que teníais sed! ¿Acaso vuestro don os ha llevado a un lugar donde el agua escasea?

—No te atrevas a hablar de esa maldición con tanta ligereza, Effie, te lo suplico. Y, ya que estamos, sabes que no es necesario ese trato tan formal entre nosotras. ¡Fuiste mi nodriza! Supongo que eso es algo que siempre nos unirá de una manera especial.

—Mi pequeña Kiara, cuentas con diecisiete años; la edad ideal para empezar a descubrir los entresijos de esa unión. En cuanto tengas un marido —murmuró, besando mi frente con el cariño que siempre me había dispensado—. Hazme caso. Ser una *fiosaiche* no supone ninguna maldición.

—Tampoco es ninguna suerte que te conozcan como la hija tarada del *laird*.

—¡No digas estupideces, niña! —me regañó, aunque en el fondo de aquellos ojos pude ver que me daba la razón. Sí, el clan y el valle entero aceptaba mis… particularidades, como gustaba de llamarlas el padre O'Sullivan, pero solo lo hacían por quien era mi padre. Por el cariño que le profesaban—. ¡Posees un privilegio digno de envidia! El hombre que sea tu compañero lo entenderá.

—No quiero que lo entienda. No quiero un hombre como compañero. —Aún tenía en la cabeza la oscura imagen del joven preso y esa extraña sensación de opresión que lo acompañaba, y que tan poco se parecía a la libertad de la que siempre había disfrutado—. Padre ha viajado a Dover con la misión de encontrar posibles traidores, afines a la causa del usurpador Guillermo. ¿Es que acaso no es más importante su vuelta, sano y salvo, que contar con un pretendiente digno de mi agrado?

—Digno de su agrado, dice… —Con una mueca de disgusto, Effie señaló a las sirvientas—. ¡Vosotras, a trabajar! Llevad todas estas fuentes al gran salón. ¡Y no se os ocurra volver antes de tiempo para escuchar conversaciones que no os incumben!

Las pobres chicas corrieron a cumplir las órdenes, mientras ella, la reina de las cocinas de Westhill, me ayudaba a incorporarme para llevarme, junto con Sheena, hasta una silla, cerca del fuego.

—Bien, ahora ya podemos hablar —afirmó, tomando asiento a mi derecha, mientras Sheena lo hacía a mi izquierda—. Kiara, ¿te encuentras en condiciones de escucharme?

—¿Tengo otra opción?

—Esa lengua será tu perdición algún día. Sabes que este acontecimiento forma parte de las alianzas que el *laird* pretende tejer en aras de nuestra seguridad.

—En ese caso, me casaría con el mismísimo conde de Breadalbane.

—Es un viejo avaricioso —refutó Sheena con una risilla—. Considero a mi esposo un hombre lo bastante cabal como para elegir a otro candidato, mucho más acorde con tu edad y con la complacencia de tu padre.

—Todos parecéis muy contentos con la elección.

Sheena y Effie resoplaron al mismo tiempo.

—Kiara, reconoce que tu educación no ha sido muy acorde con lo que ahora se espera de ti —rezongó mi cuñada.

—Cielo, nunca he negado las ventajas de que tu padre dedicara más tiempo a enseñarte a contar y a leer que a tejer con un mínimo de éxito, pero dudo mucho que lo primero te sea de ayuda con tu futuro esposo —apoyó mi *ban-òglach*[4]—. Debes recurrir a tus encantos para recibir a nuestros invitados, el conde y tu prometido, con garantías de éxito.

¿Éxito? Esa palabra pasaba por mi aceptación, y en esos momentos me veía tan incapaz de darla como de huir ante un destino que, por mucho que me empeñara en lo contrario, se perfilaba como más que inminente.

—¡No puedo casarme con alguien a quien no conozco! ¡A quien no he visto nunca y a quien no quiero! ¡Es… repulsivo! ¡No soy ninguna res para que se comercie conmigo de ese modo!

—Un matrimonio para fortalecer alianzas no es una transacción comercial, sino un acuerdo —insistió Effie, como si mi arranque de rebeldía no la hubiera afectado lo más mínimo—. Esta noche será especial para ti. Debes aprovecharla en todos los sentidos posibles.

—No te entiendo…

—Hablo de tu visión. ¿Estaba relacionada con tu futuro esposo?

—Es la primera vez que la siento aquí —murmuré, llevando mis dedos al pecho, donde el corazón me latía desbocado—. Ha sido como si fuera yo quien la sufriera. ¿Qué me está pasando?

—Lo mismo que le ocurría a tu madre, que Dios la tenga en su gloria. Sus visiones la trastornaron hasta el punto de obligar al *laird* a recluirla en sus aposentos para evitar un escándalo que la destruiría. No obstante, eso solo sirvió para debilitarla. Por eso no sobrevivió al parto cuando te trajo al mundo. Y yo… Yo no encontré un remedio para salvarle la vida, mi niña. —Había conseguido que el dolor de la impotencia se reflejara en el brillo de sus ojos, como siempre ocurría cuando hablábamos de mi madre.

Yo conservaba un vago recuerdo de mis primeras visiones,

producidas cuando aún era una niña, protagonizadas por mi madre, envuelta en el charco de sangre que terminó con su vida. Sin embargo, no había cama sobre la que estaría pariéndome, ni criadas que correrían de un lado a otro. Pero sí una aguda sensación de soledad. El frío de un suelo duro bajo sus huesos rotos. La tristeza y el abatimiento más profundos revoloteando sobre mi padre y mi hermano, sobre Effie. Sobre mí.

Esas percepciones eran tan vívidas como la que acababa de sufrir a manos de un desconocido con una sola mano. Y retroceder hasta ellas me produjo el mismo efecto, que espanté al pensar que, a lo largo de mi vida, el fin más importante de Effie había consistido en suplir a aquella mujer que me había engendrado, que no conocía y de cuya muerte siempre me había sentido responsable. En todo ese tiempo, Effie se había encargado de mi cuidado, pero también de dirigir las cocinas con mano de hierro y de cuidar un pequeño terreno colindante con su cabaña, donde cultivaba diversas hierbas curativas.

Mi curiosidad había arrastrado a Sheena hasta allí cuando éramos niñas, una noche de Beltane, para descubrir todo lo que era capaz de hacer con esas plantas. Al contrario de lo que cabía esperar, Effie nos acogió y satisfizo todas nuestras preguntas. A partir de entonces, nos convertimos en sus alumnas. Guardamos el secreto y seguimos con aquellas visitas, imaginando que realmente su poder curativo era una especie de milagro.

Hasta que, en conversaciones como aquella, nos dábamos cuenta de que nadie era infalible. Ni siquiera Effie.

—Sabes lo que ocurrió, Kiara. Tu padre te lo ha contado —afirmó con un suspiro de impotencia que yo conocía bien.

—Miles de veces. Aunque siempre he tenido la impresión de que medía las palabras al hacerlo.

—Quería evitar que te sintieras culpable por su muerte.

—El *laird* te consiente demasiado —me reprochó Sheena, sin atisbo de envidia en su voz.

—Es mi padre —lo defendí con fervor—. El *laird*. El hombre que conoce a cada habitante del valle por su nombre, que sabe de todas sus desgracias y alegrías, que siempre es el primero en ayudar y en dar la cara con cualquier problema…

—Es un gran hombre, pero nunca te impide hacer nada, por mucho que no sea apropiado para una muchacha a punto de contraer matrimonio.

—Eso es porque me deja experimentar y confía en mi buen juicio, nada más. —Se me hacía imposible pensar en él de otra forma. Mis recuerdos infantiles estaban plagados de su bondad, de su paciencia, de su cariño inconmensurable que, a menudo, llevaba aparejados ciertos caprichos. Como los que Effie me había concedido—. *Ban-*

òglach, tú siempre has comprendido el mal que me aqueja, e incluso nos has enseñado el poder de las hierbas. ¡Con él, has salvado vidas! No puedes culparte por la muerte de madre.

—Pero lo hago. Porque con ella… todos mis conocimientos debieron ser efectivos. ¡Todos!

Se retorció el delantal con impotencia, mientras se mordía el labio. Para nosotras, estaba claro que trataba de contener el torrente de lágrimas de impotencia que siempre la asaltaban cuando se nombraba a mi madre. Sheena rodeó sus hombros con un brazo, tan unida a ella que yo pude ver cómo su aura, de un dorado tan luminoso como los bucles de su pelo, se mezclaba con el apagado gris que parecía ceñir la silueta de Effie.

—A veces… —siguió murmurando, ajena a la muestra de cariño —. ¡A veces siento deseos de renegar de todo lo que nuestros ancestros nos han transmitido!

—¡No puedes hacer eso! ¡Eres nuestra maestra! ¿Qué será de nosotras entonces? ¿Qué será de mí?

Y de mis ansias de mantener la libertad conseguida, pero que posiblemente sería cercenada por mi pretendiente, como si cortara las alas de un ave que pretende escapar volando.

Cerré los ojos, evocando la sensación edificante del viento y la lluvia golpeándome el rostro cuando galopaba con furia por las colinas de Glenlyon. O el frío del lago, que se me clavaba en la carne como agujas cuando me bañaba desnuda en sus aguas. O el tacto del brezo bajo mis yemas cuando caminaba… Cuando volví a abrirlos, me encontré con el rostro contrito de Sheena, que animaba en silencio a Effie a que llevara a cabo su amenaza, pese a que ella no parecía darse cuenta.

—Ni se te pase por la cabeza —la amenacé, agitando un dedo delante de su rostro, tan angelical como imperturbable, pero que enrojeció cuando supo que conocía sus intenciones—. ¡Effie es una sanadora! ¡Una mujer que sabe de hierbas y de hechizos! ¡Siempre pondrá sus conocimientos al servicio de los demás! Effie, no me dejarás ahora que mi pretendiente va a llegar, ¿verdad?

—Oh, no, cariño mío. Todo lo contrario. Estoy deseando conocerlo a través de tus ojos.

—¿A través de mis ojos? ¿Cómo es eso?

Ella tardó en responder. Con una mirada enigmática, se inclinó tanto hacia nosotras que nuestras cabezas casi chocaron.

—Deberéis comenzar con abrir vuestras mentes a todas las posibilidades que se os presenten. ¿Ya habéis encontrado la piedra que os encargué?

Sheena negó con la cabeza, pero yo rebusqué en mis bolsillos para mostrársela.

—¿Sirve? —pregunté orgullosa.

Effie examinó su forma con el ceño fruncido, y asintió.

—Dentro de cuatro semanas llegará Beltane. Sheena, tienes hasta entonces para encontrar la tuya. Kiara, guárdala como el mayor de tus tesoros. Mientras tanto, recordad: nuestra mejor arma se esconde aquí dentro —murmuró, posando un dedo sobre su frente—. Nuestra inteligencia es nuestra mejor virtud. Si sabéis utilizarla con sabiduría, podréis conseguir todo aquello que os propongáis. Sheena, te guié para que aprendieras a dar y recibir placer por parte de Ewan. Contigo, Kiara, haré lo mismo.

Suficiente declaración para restaurar mi confianza.

Me puse en pie, salté a su cuello y la llené de besos.

—¡Eres única! —exclamé, exultante—. ¡La mejor madre que he podido tener! La más sincera, cariñosa, amable…

—Y tú la muchacha más lisonjera de todo el valle. —Pero estaba a punto de llorar. Por eso adoptó una expresión dura y fingida—. ¡Anda, deja de entretenerme y ve con Sheena a prepararte para la ocasión! ¡Os enviaré a Isobel para ayudaros a las dos!

—A vuestras órdenes, señora —murmuré, realizando una reverencia de lo más teatral cuando recibí de sus ojos un montón de promesas que sabía que cumpliría.

No había razón para pensar lo contrario.

Ni siquiera los resquicios de una visión que siguió estremeciéndome mucho después de abandonar las cocinas.

2. PALABRA DE SHEENA

Kiara

—Me alegra ver que mi hermana pequeña está a punto de convertirse en una dama respetable, lejos de las muchachas rebeldes que solo piensan en manejar las armas como los hombres, correr como los hombres y cabalgar como los…

—… hombres, Ewan. Ya lo sé. Por eso me aburre tanto escucharlo de ti.

Mi hermano, un hombretón de cabellos castaños como los míos y unos ojos oscuros que en nada se parecían a los verdes que yo había heredado de mi madre, exhibió su mejor sonrisa canalla cuando irrumpió en sus propios aposentos para comprobar nuestros progresos con mi aspecto, hasta conseguir que Sheena le correspondiera, como hacía desde que ambas teníamos uso de razón, y yo supe que bajo

aquella fachada de dulzura, mi cuñada escondía una enorme determinación que la llevaría a conseguir al que siempre fue el amor de su vida.

—Es mejor que te aburras conmigo. De ese modo, cuando el conde aparezca acompañado del Campbell de Glenorchy, podrás deslumbrarlos con algo más que tu belleza y tu lengua aguda.

—¿Ni siquiera me vas a decir cómo se llama?

—Hugh.

—¿Hugh? —Hasta yo noté que me quedaba pálida—. ¿El *laird* del que todos han oído hablar?

—¿Cambia eso algo?

¡Lo cambiaba todo! Era un hombre joven, vigoroso según se decía por ahí, con una vehemencia de carácter que no solo demostraba entre las féminas, sino también en el campo de batalla. Su ferocidad era tan legendaria como el hecho de llegar a ser el jefe de los suyos a una edad tan temprana, por culpa de la muerte de su padre y la ausencia de hermanos reconocidos.

Toda aquella información pugnó por salir, pero la contuve a tiempo y me las arreglé para componer una expresión de suficiencia. Por nada del mundo consentiría que Ewan supiera que el temblor que me dominaba provenía de conocer su identidad.

—¿Me dejarás demostrarles que soy capaz de pensar por mí misma? ¿Les hablarás de mis nulas dotes para labores propias de una mujer, como la costura, mientras ensalzas mi facilidad para la contabilidad o para salir a cazar con mi hermano? ¿O dejarás que yo lo haga por ti?

—No serás capaz de soltar todo eso… —murmuró, tomándome del brazo para apartarme de Sheena, que asistía a nuestro enfrentamiento con la boca abierta, y de Isobel, mi doncella personal y nieta de Effie, que acababa de entrar cargada con el vestido que debería lucir aquella noche.

—Si no me explicas por qué mi pretendiente tiene que traer como padrino al conde de Breadalbane… —comencé con una sonrisa de lo más inocente.

—Son aliados. Y tú —añadió, lanzando una breve mirada a las otras dos muchachas que contemplaban la escena en silencio—, eres un demonio sin proponértelo, así que podrás convertirte en un ángel con la misma facilidad.

—Podría, si me contaras qué es eso que parece atormentarte.

—No hay nada, de verdad.

—Y los cerdos vuelan. ¿Tan grave es que no eres capaz de compartirlo conmigo?

Siempre había pensado que los ojos reflejaban los pensamientos del alma. Sin duda alguna, en aquel momento, los de mi hermano

fueron la mejor prueba de esa verdad.

Sí, era grave. No, no cedería a mi chantaje emocional.

—No hagas eso —me advirtió, con un dedo admonitorio agitándose en mis narices—. Desde que padre partió, las obligaciones me han consumido día y noche. ¡Mírame, Kiara! La mayor parte del tiempo parezco un cadáver andante. Estoy ausente, triste, preocupado. ¡Doy la impresión de ser un hombre superado por sus obligaciones!

Por el rabillo del ojo vi cómo Sheena asentía, para mi total consternación.

—Traidora —silbé entre dientes.

—Te he escuchado. ¡No voy a consentir que te enfades con ella por no poder llevarme a tu terreno como haces con padre! ¡Y tú, antes de que digas algo para excusarla, deberías ser más prudente y no permitir que te arrastre con ella! —añadió Ewan señalando a su esposa, que cerró la boca inmediatamente.

—*Och*! ¡Es inaudito! ¡Intentas convertirla un ser débil!

—¡Está lejos de ser débil, pero se atiene a razones! ¡Y sí, me complace hasta límites insospechados! —A esas alturas de la discusión, Sheena era incapaz de responder más que con un violento sonrojo y una pequeñísima sonrisa que solo yo aprecié—. Cualidades que tú deberías tener y exhibir ante el Campbell de Glenorchy, dicho sea de paso.

—¿Por qué?

—¡Porque la supervivencia de nuestra familia, nuestro clan y nuestro valle está en juego! ¡Por Dios, Kiara, sé razonable!

Esa era una palabra irrisoria en comparación con el sacrificio que se me exigía, aunque estaba dispuesta a llevarlo a cabo si con ello mi clan sobrevivía a… ¿qué, exactamente?

—No supondré un problema para ti. —«Al menos hasta que no tenga delante a mi futuro esposo y decida qué hacer al respecto»—. Pero debo saber con exactitud el alcance de los problemas que, según tú, se arreglarán con mi matrimonio.

Mi hermano me miró con los ojos entrecerrados, antes de sacudir la cabeza.

—De acuerdo —cedió—. Te prometo que te lo contaré a su debido tiempo, si tú te comportas como la dama que tu rango requiere, aceptando la proposición de Hugh.

—Haré lo posible.

—¡Lo harás todo! —exigió, implacable—. ¡Sabes que padre así lo querrá! ¡Nada de intentar alguna argucia para parecer desagradable a ojos de Hugh! No le gustan las mujeres desafiantes.

—En una palabra, mujeres que puedan superarlo.

—¡Kiara!

—Me vestiré con mis mejores galas —aseguré, con mi expresión

más angelical.

—¡Solo conversaciones de muchachas inocentes que nada saben del mundo que les rodea!

—Seré una auténtica ignorante.

Ewan dirigió a Sheena e Isobel una mirada de advertencia y se marchó envuelto en murmullos de disgusto, pero en cuanto estuvimos solas, me encaré con mi cuñada.

—Traidora —repetí—. ¡Te has puesto de su parte!

—Me he limitado a callar, que no es lo mismo.

—¡En este caso sí lo es! —De pronto, una sospecha nubló mis pensamientos hasta hacer que todo enfado desapareciera—. ¿Conoces la verdadera razón de mi compromiso con el *laird* de Glenorchy? Si es así y no me lo dices, yo…

Simulé un estrangulamiento con mis manos, lo cual provocó una sonrisa tanto en ella como en Isobel.

—Ese fuego que aviva el verde de tus ojos no te convierte en el ángel que Ewan espera. Y no queremos que espantes a Hugh Campbell. —Alargó una mano invitándome a avanzar hacia ella, pero yo sacudí la cabeza hasta que escuché un resoplido—. Por favor, Kiara. ¡No veas fantasmas donde no los hay! Has desafiado a tu hermano sin razón. Él representa mejor que nadie los deseos de tu padre. Y esos deseos pasan por tu matrimonio. ¡Deberías confiar, no discutir con él!

—Nos has visto discutir muchas veces. Ladra mucho pero muerde poco.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no me has defendido?

Sheena cruzó una mirada con Isobel, tan pelirroja y con los ojos tan claros como su abuela, y de pronto ambas estallaron en sonoras carcajadas.

—No vi que necesitaras defensa —respondió, cuando la risa le dejó hacerlo. Sin que pareciera afectada por mi ceño fruncido, me cubrió con el vestido que había llevado Isobel, con la ayuda de esta. A continuación, me sentó frente a mi espejo de tocador y comenzaron a trabajar con mi cabello—. Pero ahora que puedo hablar con total libertad, te diré que tu hermano tiene razón.

—Siempre habéis podido hablar con total libertad, milady —intervino la doncella—. Vuestro esposo es un hombre condescendiente. También lo será el vuestro, lady Kiara. Sobre todo después de veros de esta guisa.

—No pretendo seducirlo. No seas tan descarada.

—Puede que no pretendas seducirlo, pero te aseguro que eso es precisamente lo que conseguirás en cuanto él te vea —apuntó Sheena, con una sonrisilla casi perenne en la cara.

—No os arrepentiréis. Se dice que el *laird* de Glenorchy es un auténtico semental…

—Isobel.

—… que hace gritar de placer a las mujeres con las que ha yacido —continuó la muy deslenguada, con sus ojos, brillantes de malicia, fijos en los míos a través del espejo.

—¡Isobel!

—Yo solo me hago eco de lo que se cuenta entre la servidumbre, milady. Entiendo que no hayan llegado a vuestros castos oídos, pero como os quiero mucho, he creído conveniente que lo sepáis. No sin antes consultarlo con lady Sheena. ¿No es cierto?

—Totalmente, muchacha —remarcó la aludida, como si la doncella fuera mucho más joven que nosotras, cuando solo la sacábamos un año, y adoptando una pose tan despreocupada como ella cuando, satisfecha con su trabajo, colocó sobre mi recogido una diadema de flores y ambas dieron un paso atrás, esperando a que yo me pusiera en pie—. Kiara, en vista de que tu encuentro con tu prometido es inminente, tanto Isobel como yo pensamos que no era adecuado que siguieras en la ignorancia más absoluta.

—¿Y quién os ha dicho que yo sea ignorante? ¡Puedo ser una inepta en cuanto a la práctica, pero os aseguro que conozco la teoría!

—¿Por eso te empeñas en mantener ese colgante?

Inconscientemente me llevé la mano a la piedra de brujas y la apreté entre mis dedos con fuerza.

—Me dejaré matar antes de consentir que cualquiera de las dos me la quitéis —aseveré, golpeando el suelo con el pie—. Es la única señal de rebeldía que me permitirán, y no pienso renunciar a ella.

—Si el de Glenorchy la ve, podría desear que te la quitaras.

—En ese caso, tendrá que hacerlo él mismo. —Las dos se miraron entre ellas. No terminaban de creerse que fuera capaz de llevar ese tosco colgante medio escondido entre mis pechos, pero finalmente estallaron en carcajadas.

—¡Pagaría por ver un espectáculo semejante! —exclamó Sheena.

—*Och*! ¿Sabe mi hermano que en realidad está casado con una mujer llena de ideas endiabladas?

—¿Yo? ¿Con mi carita de niña buena, mis enormes ojos de muchacha asustadiza, o mis delicados bucles rubios? ¡Eso jamás, lady Kiara! —Se puso una mano en el pecho simulando sorpresa, hasta que Isobel y yo nos retorcimos por la risa. Cuando pude ponerme derecha, vi esos mismos ojos centellear de astucia—. Recuerda que si te conviertes en lo que ellos desean, estarás en posesión de casi todo el poder.

—¿Palabra de Effie?

—¡No, tonta! ¡Palabra de Sheena! Y ahora, mírate y dinos que no

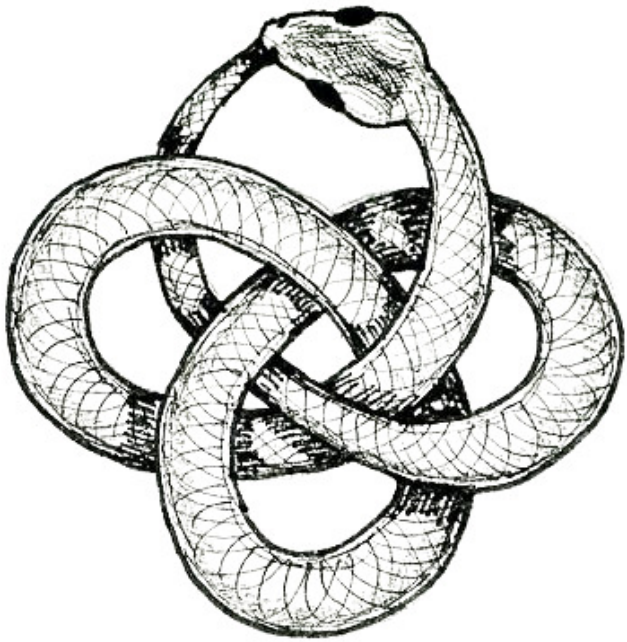
estás arrebatadora.

Tuve que darle la razón. El espejo me devolvió la imagen de una joven de baja estatura, pero de curvas proporcionadas, que se veían resaltadas por el escote del vestido verde, a juego con mis ojos, que parecía hacerlos brillar aún más de expectación. Habían dejado fuera del recogido algunos rizos rebeldes que caían descuidados a los lados de mi rostro y sobre mi cuello, aportando un toque informal a un conjunto que solo podía calificar de espectacular.

Lucía un ligero rubor completamente natural, que acompañaba a ese destello de mis pupilas que se debía a la curiosidad. Esa que siempre me acompañaba y que, aquella noche, había conseguido arrinconar al temor ante lo desconocido, hasta el punto de que incluso los efectos devastadores de mi última visión desaparecieron.

—De acuerdo, vosotras ganáis. Si Ewan quiere enorgullecerse de hermana delante del de Glenorchy, no le defraudaremos. Ignoro lo que ese tal Hugh espera encontrar, ¡pero vamos a impresionarlo por completo!

El grito de júbilo con el que acompañaron mis palabras me dio la confianza necesaria para abandonar los aposentos de mi hermano creyéndome poco menos que una diosa celta.



3. AM FIOSAICHE!

Kiara

—Recuerda que has prometido conservar el colgante.

—En lugar de echármelo en cara, podrías encontrar una piedra igual para la noche de Beltane, ¿no te parece?

—¿Para que tu hermano haga preguntas incómodas? No, gracias. Será mucho más interesante ver cómo reacciona el de Glenorchy. Ya me encargaré de hablar con Effie al respecto.

No pude por menos que sonreír a Sheena y su aplastante sinceridad, antes de embeberme de todo lo que me rodeaba, solo para repetirme que tal derroche estaba destinado a nuestro invitado.

A mi prometido.

El Gran Salón se hallaba ocupado por dos largas tablas que hacían

las veces de mesas, atestadas por una buena parte de los hombres de Glenorchy, sentados sobre banquetas de madera. El tartán de los Campbell era visible desde cada rincón, con sus colores negro, verde y azul, enganchado al pecho de los hombres con broches de plata, o en las faldas y chalecos de las muchachas. Las sirvientas iban y venían con enormes bandejas de madera, cargadas con picheles de cerveza y viandas. Como música de fondo, el sonido de una gaita cruzaba el aire, sembrando a su alrededor un progresivo y reverencial silencio cuando las puertas se abrieron para dejar paso a mi hermano, acompañado de un enorme e intimidante desconocido y de otro noble que, por su apostura y edad, deduje que sería el conde de Breadalbane. No obstante, ellos no parecieron apercibirse de nuestra presencia hasta que no se detuvieron junto a nosotras.

—Y aquí están las dos joyas más preciadas de Glenlyon —comenzó Ewan, señalándonos—. Su Gracia, *laird*… Ella es mi esposa, Sheena. Y la muchacha a la que miráis con tanta fascinación es mi hermana. Kiara, te presento al conde de Breadalbane y al *laird* Hugh Campbell de Glenorchy.

Debería haber correspondido con una humilde inclinación de cabeza. Debería incluso haberme detenido en el aspecto aparentemente pusilánime del conde, que me evaluaba con frío interés mientras asentía, pero fue el hombre que lo acompañaba el que acaparó toda mi atención.

Tenía una mirada tan clara y tan tormentosa como un día de verano enturbiado por nubes que anuncian lluvia. Vestía una camisa color azafrán con el tartán de su *feileadh mor*[5] cruzándole el pecho para acabar sujeto sobre su hombro con un broche. Su cabello rubio parecía en consonancia con el tono de la piel libre de barba de su rostro ligeramente bronceado. Poseía una extraña clase de belleza que hipnotizaba, a pesar de su frialdad, que no disminuyó cuando inclinó la cabeza y tomó mi mano para posar sus labios, tan fríos como el resto de su persona, sobre ella.

—Sois toda una beldad, lady Kiara.

—Auguro un enlace muy provechoso, en más de un sentido —añadió Breadalbane—. Muchacha, me serás de mucha ayuda llegado el momento. ¡Ewan, dime dónde puedo encontrar algo para beber, porque me parece que hay mucho que celebrar! Y tú, Hugh, no desaproveches la oportunidad que esta hembra te brinda. —Para cimentar sus afirmaciones, regaló al *laird* una sonora palmada en la espalda.

—Su Gracia, ¿no deseáis antes…?

—No, por supuesto que no —interrumpió, lanzándome una mirada especulativa que me erizó la piel de todo el cuerpo—. Mañana ejerceré mis funciones, que no te quepa duda. ¡Pero hoy pienso

disfrutar hasta el amanecer! ¡Que no se diga que el conde de Breadalbane no es capaz de ofrecer sus riquezas en beneficio de una dote digna de la hija de un *laird*!

Con una nueva risotada, nos abandonó para tomar posesión de una copa de vino que llenó al menos dos veces antes de que cualquiera de nosotros pudiera reaccionar.

—Ewan, ¿qué es lo que acabo de escuchar? —pude preguntar, cuando el estupor me dejó.

—Fanfarronadas de viejo —respondió mi hermano entre dientes, antes de señalar a Hugh con una radiante sonrisa—. Ambos sabemos que Breadalbane va a acaparar toda la atención esta noche. ¿Por qué no aprovechas la circunstancia para conocerla mejor?

—Eso pretendo hacer. Vuestro hermano me ha ofrecido la posibilidad de quedarme unos días más, y he aceptado.

—¿Y él?

Tanto Ewan como Hugh siguieron el curso de mi mirada para toparse con Breadalbane, que manoseaba a una sirvienta, ya aposentado en su lugar en la mesa principal.

—El conde se irá en cuanto se hayan acordado los términos del contrato matrimonial, *piuthar*[6]. Aunque me temo que no nos libraremos tan fácilmente de su influencia.

—¿Y eso por qué?

Ewan abrió la boca, pero pareció pensarse mejor la respuesta y la volvió a cerrar. En su lugar, Hugh tomó la delantera y me llevó del brazo hasta mi lugar en la mesa, situado entre él y mi hermano.

—Son asuntos de hombres, milady. No creo que os interesen. O, al menos, no deberían.

Su arrogancia quedó plasmada no solo en aquella afirmación, sino en la manera de observarme. Era evidente que se esforzaba por actuar de una forma cortés, pero me recorrió de arriba abajo sin ningún pudor, como si calibrara de verdad los beneficios que mi físico le podía reportar, con independencia de que mi cabeza tuviera algo más que un montón de largos rizos castaños perfectamente colocados para la ocasión. Su mirada resbaló por todo mi cuerpo, dejando por el camino algo viscoso, oscuro y pegajoso, que se me adhirió a la piel como si fuera un mal desconocido.

Me sería muy difícil interpretar el papel de muchacha dócil que deseaba Ewan. Sobre todo cuando, con el ceño fruncido, trasladó su atención a mi colgante y lo tomó en su mano.

—Una piedra. Un adorno… peculiar, ¿no os parece?

—Desde luego —intervino Sheena, curvando los labios en una sonrisa destinada a infundirme la confianza que en aquel momento no tenía—. Mi cuñada no es una mujer convencional, milord.

—Hermosa y desafiante. —Murmuró aquella afirmación como si

ya me conociera. Por un momento, la piedra de brujas desapareció entre sus enormes dedos. Creí que iba a arrancármela del cuello, pero de pronto su expresión se suavizó y sus ojos se quedaron clavados en el nacimiento de mis pechos. Justo donde cayó la piedra cuando él la soltó.

—Una verdadera joya —intervino Breadalbane, situado frente a mí, achicando los ojos—. No me arrepiento de haberte acompañado hasta aquí para actuar de intermediario.

La duda acerca de mi dote me hizo morderme el labio para evitar preguntar. Breadalbane no parecía la clase de hombre a quien agradara responder a mujeres demasiado curiosas. Debía seguir con mi papel, me dije, aunque eso fue antes de que mi cerebro actuara por mí.

—Milord, pienso que quizá mi opinión tenga algún peso.

Un gruñido de disgusto a mi espalda me hizo arrepentirme de inmediato.

—Perdona la impertinencia de mi hermana, *mo charaid*[7] —intervino Ewan—. Lo último que deseo es que te sientas molesto por su… espontaneidad. A veces, su propia lengua la traiciona antes de que pueda dominarla.

—Entonces, habrá que hacer algo con esa lengua, ¿no os parece?

La broma provocó una carcajada en Breadalbane, que la celebró dándose palmadas sobre su escuálido muslo, y el ofrecimiento por parte de Hugh de una copa repleta de vino.

—Bebed —ordenó—. Esto suele rebajar la animosidad de más de una mujer belicosa. E intuyo que vos lo sois.

—No suelo…

—Mejor aún. Bebed.

Su dulzura contrastaba con la vehemencia de aquellos ojos de halcón clavados en mí. Si no quería dejar en un ridículo espantoso a mi hermano, debía hacer honor a mi palabra y comportarme como lo que no era, al menos por el momento.

Con una sonrisa forzada, me plegué a sus deseos y apuré la copa hasta el fondo.

—Ahora, come. El alcohol puede hacer estragos en un estómago vacío, ¿verdad, muchachos?

Era Breadalbane quien hablaba, así que me vi forzada a terminar la porción de carne que tenía en el plato antes de volver a levantar la cabeza.

—Bien, así me gusta —alabó Hugh, mostrando de nuevo aquella sonrisa galante pero fría—. Si hemos de pasar el resto de nuestra vida juntos, no hay mejor comienzo que la obediencia hacia el que será vuestro esposo, y que solo quiere vuestro bien. Me gustan las mujeres capaces de encenderme la sangre. No me molestará vuestra franqueza,

mientras no vaya destinada a perjudicarme.

—Yo jamás osaría…

Hugh puso un dedo sobre mis labios y se inclinó más hacia mí.

—Sí. Osaríais, pero ahí radica vuestro encanto —susurró, volviendo a llevar mis dedos a sus labios. En aquella ocasión, los retuvo con fuerza cuando intenté apartarlos—. Intuyo por vuestras reacciones que sois mujer desconfiada y apasionada.

—¿Y ambos rasgos os disgustan?

—Podría disgustarme si los utilizarais de una manera, digamos, inadecuada. Pero os presumo una inteligencia mínima para saber lo que os conviene. ¿Me equivoco?

—Intuyo que no estáis muy acostumbrado a equivocaros— dije con cautela.

Sentí sus dedos elevando mi barbilla para toparme con su expresión arrogante de nuevo.

—¿Me teméis?

—No —respondí, nada convencida.

—Lo contrario no iría con vos. Apostaría mi mano derecha a que ahora mismo bullen en esa preciosa cabecita vuestra un montón de inquietudes. Podéis planteármelas sin ningún temor.

Su actitud pasaría a ser, como mínimo, amenazadora, si supiera la naturaleza de esas inquietudes, pero de momento, mi renuencia no estaba justificada y se basaba en mis instintos, nada más. Hugh estaba comportándose como un perfecto caballero.

Compuse mi sonrisa más candorosa, fiel a mi papel.

—Si he de ser vuestra esposa, tendré que aceptar que Glenorchy es mi nuevo destino.

—Así es. ¿Es que acaso os asusta?

—Bueno, no sé por qué esperaba a alguien más… viejo —solté sin pensar.

Hugh elevó las cejas, sorprendido, pero volvió a carcajearse y, a continuación, vació su enésima copa de vino de un solo trago.

—Digamos que paso de la veintena con creces, pero la vida militar y determinados excesos me están pasando factura. —Sin que su sonrisa desapareciera, se inclinó hacia mi oído—. Nada que deba preocuparos, lady Kiara. Como esposa, os puedo asegurar que estaréis más que satisfecha. Ambos lo estaremos. Si eso es lo que os hace desconfiar…

—¡Oh, no, no desconfío!

—Pequeña mentirosa. —Sus dedos volvieron a atrapar mi barbilla, pero esta vez para acercar mi rostro al suyo, tanto que pude oler el leve aroma del vino que manaba de su boca entreabierta. ¿Iba a besarme? No, no se atrevería en presencia de mi hermano, sin nada que avalase nuestro compromiso y en mitad del salón de mi casa. Pero

no pude evitar un suspiro de alivio cuando se apartó—. Sois demasiado transparente, Kiara. Quizá sea por vuestra juventud, o quizá por esa curiosidad inagotable que he vuelto a ver en vuestros ojos. Podéis coserme a preguntas si así lo deseáis. Esta noche promete ser lo suficientemente larga como para poder responderos a todas, pero no aquí. ¿Estáis de acuerdo en que pida su permiso al conde y a vuestro hermano para llevaros a dar un paseo que nos proporcione un poco de intimidad?

La cena se había desarrollado sin incidentes, pero el alcohol empezaba a causar estragos entre los hombres, él incluido. Una vez solos, y con un poco de suerte, podría pretextar cualquier excusa para escabullirme, segura de que no osaría intentar nada en contra de mi voluntad. Aquella noche, Glenlyon era un avispero de hombres de Breadalbane y Glenorchy, además de los de mi padre.

—Si es vuestro deseo…

—Adelante, muchacho. Cuentas con mi beneplácito. Y por lo que veo, Ewan no pondrá inconveniente.

El conde se tambaleaba cuando señaló a mi hermano, que me lanzó una mirada de triste impotencia.

—Apelo a nuestros lazos de amistad, Hugh —murmuró, elevando su copa hacia él en señal de respeto—. No hagas que me arrepienta, por favor.

Por toda respuesta, Hugh asintió con solemnidad y me acompañó hasta la salida, con un paso torpe que pareció acentuarse cuando el viento fresco de la noche nos azotó en plena cara. En contra de lo que su estado hacía suponer, sujetaba mi brazo con la suficiente fuerza como para guiarme en su paseo, a través de las numerosas cabañas que salpicaban las cercanías de mi casa, saludando a los vigías a su paso. Estaba ebrio, tuve que recordarme.

—Aunque no lo suficiente como para darle esquinazo y librarme de él —murmuré.

—¿Decíais?

—¡Oh, alababa vuestro gusto al salir afuera! —exclamé, volviéndome hacia él con la mejor de mis sonrisas, mientras rezaba para que de verdad no me hubiera entendido—. Lejos de la fiesta.

—¿Os molesta la fiesta?

—Me molestan los excesos en los que suele derivar. Debe ser porque soy mujer. Y las mujeres solemos llevarnos la peor parte.

—¿De veras? ¿Y, según vos, qué sería un trato justo para una mujer?

—Pues, por ejemplo, darle a conocer todos los pormenores de un compromiso que han pactado a sus espaldas con un desconocido.

Hugh se mostró sorprendido, pero no contrariado. Con una leve sonrisa, asintió.

—Intentaré satisfaceros. Nuestro futuro enlace es pactado, algo para lo que deberíais estar preparada; por lo tanto, no termino de entender vuestras reticencias, a no ser que tengan como origen la presencia adicional de Breadalbane.

—¿Y si fuera así?

—Lo entendería. ¿Eso es todo lo que me pediríais?

—No. Confieso que me encantaría aspirar a un puesto de responsabilidad tan importante como el vuestro.

—¿No os parece suficiente responsabilidad llevar el hogar de vuestro marido, así como la crianza de los muchos hijos que deberéis darle?

—Me refería a otra cosa.

—Ilustradme, por favor.

«No le gustan las mujeres desafiantes».

Las palabras de Ewan acudieron a mi mente, como si esperasen a ser desobedecidas. Hugh aguardaba con expresión apacible, interesado. Quizá fuera una máscara, en cuyo caso, podría escandalizarlo tanto que corriera de vuelta a la casa para deshacer el dichoso compromiso.

Och! ¡Aquello sería mejor que bueno!

—Mi padre siempre me permitió estar presente en cada circunstancia del clan que requería de confianza mutua. Por ejemplo, la elección de los arrendadores. Esa confianza es correspondida por ambas partes. Si mi padre es digno de ella, ¿por qué no puedo serlo yo? Los arrendadores son miembros de nuestra familia. Cada uno de ellos recibe una parte del territorio del clan, que a su vez tienen la libertad de subarrendar a su voluntad, a los aparceros, que son considerados gentileshombres. Sus rentas en especie son muy importantes para el funcionamiento de todo lo demás. Por si fuera poco, ofrecen sus servicios de guerreros cuando es necesario. Otra vez la confianza. En contrapartida, mi padre tiene poder casi absoluto sobre ellos. Puede juzgar y condenar. Incluso aplicar la pena de muerte, siempre según sus propias leyes.

Para cuando me callé, el rostro de Hugh había pasado a mostrar una tensión contenida.

—Me acabáis de explicar algo que es obvio para cualquier *laird* que se precie de serlo. Y yo me precio de serlo para mi gente, como pronto veréis.

—Perdonad si ha parecido que dudo de vuestra competencia. No era mi intención, os lo aseguro —aprecié, inclinando la cabeza para fingir una humildad que cada vez estaba más lejos de sentir.

—Lo achacaré a vuestro tierno corazón, milady. Demasiado inclinada a compadeceros del prójimo, me temo.

—¿Es que vos no os compadecéis de los vuestros cuando lo

necesitan? Mi hermano Ewan se preocupa mucho de seguir los dictados de mi padre en general, y ese en particular, en su ausencia.

—Pero ni él ni vuestro padre están aquí ahora, ¿cierto? —me hizo ver, abarcando con un gesto de la mano el paraje en penumbras que nos rodeaba, antes de soltar un suspiro impaciente—. Aunque deduzco que vuestro discurso tenía como fin convencerme para seguir conservando vuestras libertades una vez nos casemos. No tendría objeciones en permitíroslo, siempre y cuando os limitéis a observar sin intervenir. ¿Satisface eso vuestra necesidad de intercambio de ocurrencias, o debemos hablar también del tiempo?

—Si lo deseáis… El clima es bastante benigno para la época del año en la que estamos, ¿no os...?

—¡Milady, os juro que podríais exasperar a un santo sin ningún esfuerzo! ¡Por hoy, ya he tenido suficiente! —gritó de pronto, con un desdén que me hizo dar un respingo a la vez que contenía una sonrisa de victoria. Él empezaba a perder los estribos. Dentro de nada, me enviaría de vuelta con Ewan—. No suelo comportarme con tanta mesura con una mujer, pero puesto que me hallo ante la futura madre de mis hijos legítimos, he decidido hacer una excepción, ¡que acaba de terminarse! Me parece que ya va siendo hora de que seáis vos quien me complazca.

Fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de lo lejos que estábamos de mi casa y lo cerca que nos hallábamos el río. Lo resuelto que parecía a probar mis labios, siempre con esa sonrisa tan correcta como escalofriante, lo débil que yo podría resultar en caso de responderle con una negativa y lo equivocada que había estado al comportarme de modo tan irritante para él.

—Mi hermano y el conde se preguntarán dónde estamos —intenté excusarme.

—Nos han dado sus bendiciones. Y no estáis con un desconocido, sino con el hombre que se convertirá en vuestro esposo. ¿Quién mejor que yo para protegeros?

«¿Y quién me protegerá de vos?». La pregunta bailó en mi lengua antes de que me la tragara, mientras me frotaba los brazos.

—Ha refrescado, no tengo con qué cubrirme —pretexté.

—También puedo ser útil contra el frío, si colaboráis. —Condescendiente, como si pensara que mis temblores se debían a mi falta de experiencia en cuestiones de besos, posó una mano sobre mi nuca, atrayéndome hacia él sin violencia, pero con contundencia—. Ah, mi dulce Kiara, os prometo comportarme como un caballero que corteja a su dama…

Los temores que me habían atenazado durante toda la noche se agrandaron al mismo tiempo que mi boca. Por primera vez en mucho tiempo me encontré sin una evasiva que resultara convincente. Él

aprovechaba la circunstancia para avanzar en una relación que apenas había comenzado, y a la que yo me negaba a dar alas, inclinando su rostro sobre el mío, con su aliento bañado en alcohol pegado a mi nariz, dispuesto a besarme.

Y mi cuerpo parecía haber echado raíces, incapaz de reaccionar.

—¡Milord! ¡Os hemos encontrado!

Procuré que mi suspiro de alivio no fuera audible, pero al ver las cejas arrugadas de Hugh, temí que no hubiera sido así.

Tras él, dos antorchas iluminaron a un grupo de soldados que se acercaban a nosotros por el sendero. Uno de ellos sujetaba por la brida a un magnífico caballo que parecía piafar nervioso, mientras otros tres se las arreglaban para arrastrar con ellos a un pobre desgraciado que gemía y gruñía a partes iguales, debatiéndose con toda la intención de recuperar su libertad.

—No sabía que me buscabais —farfulló mi prometido, tan contrariado por la interrupción que tardó en desplazar su atención de mí a ellos—. ¿Qué sucede?

—Hemos pillado a este gitano maloliente robando una yegua en tierras de Glenlyon. Sus compinches lograron escapar, aunque él no tuvo tanta suerte —afirmó el hombre, colocando el filo de una *claymore* sobre el cuello del prisionero.

—Bien hecho. —Hugh pareció olvidarse de mí cuando se acercó al gitano en cuestión. De un manotazo apartó la *claymore*, que cayó al suelo, y tiró de su pelo para que la antorcha más cercana lo iluminase mejor—. Así que un bastardo ladrón, ¿eh?

—No pongo objeciones a lo de bastardo, pero sí a lo de ladrón. La yegua es mía. No se la he robado a nadie.

—Además, bromista. Bien, tendré que enseñarte cuándo debes guardarte tu sentido del humor.

Sonrió mientras estrelló su puño contra la mandíbula del desconocido. No le dio tregua y le pateó las costillas, haciendo que se retorciera.

—Resuellas sin aliento. Mucho mejor. ¿Reconocerás tu delito ahora, o prefieres esperar a estar con la soga al cuello ante el *laird* de Glenlyon? —Cuando sus hombres lograron enderezar al prisionero de nuevo, tomó una de las antorchas y la acercó a los cuartos traseros del caballo. Todos pudimos escuchar su maldición de sorpresa—. ¡Tiene la marca real! Este animal es demasiado hermoso y preciado para que tú lo poseas.

—¿Tanto como la mujer que os acompaña?

Acababa de llamarme hermosa y preciada, pero me comparaba con una yegua. Su desfachatez, a pesar de encontrarse en la misma situación que un perro apaleado, atrajo mi atención hacia su cuerpo. Al mismo tiempo que su mirada se posaba en mis pechos, la mía lo

hacía sobre sus facciones, sobre su aspecto. Sobre todo él.

Reconocí cada rasgo como si se tratara de un viejo amigo al que hacía tiempo que no veía. Mi cuerpo vibró, y mis ojos se fueron al colgante que se balanceaba en su cuello.

Sentí que el suelo temblaba bajo mis pies. Que se resquebrajaba y me engullía.

—Tú… —musité, casi sin aliento.

—*Am fiosaiche!*[8] —exclamó él a la vez, señalándome con su mano metálica.

Era el joven de mi visión.

El impacto que me causó en todos los sentidos fue demoledor.

Por un instante, no fui capaz de hacer nada que no fuera sostener aquella mirada enigmática, tan oscura como el color de sus ojos, hasta que un destello en ellos me hizo comprender.

Ese encuentro estaba predestinado.

Él se había introducido en mis visiones. Por eso me reconocía.

No pude asimilar más detalles, porque en un rápido movimiento, el desconocido se zafó del agarre de Hugh, tomó la *claymore* que antes le había amenazado y, con un grito de guerra que me heló la sangre, la clavó en su muslo.

Su aullido de dolor fue casi inhumano.

Y mi resistencia llegó a su fin cuando la oscuridad más absoluta se adueñó de mí.

4. ¡ESTÁS DESNUDO!

Liam

«—La muchacha dueña del don de la visión será tu desgracia. No podrás esquivarla cuando la encuentres, ni ignorar tu destino, porque estará ligado al suyo.

—¿Y cómo se supone que voy a reconocerla?

—Es ella —afirmó, tomando uno de mis dibujos para agitarlo delante de mis narices—. Tú ya la conoces, pero si dudas, sabrás que la tienes delante por la piedra de brujas. Será la única capaz de controlar tu voluntad tan solo con su olor. Uno característico, que relacionarás con ella en cuanto lo percibas por primera vez.

—Deduzco que no me dirás cuál es ese olor.

Por toda respuesta, Sorcha, mi abuela y una de las mejores pitonisas que había conocido, me sonrió con su boca medio

desdentada y señaló a Bonnie, la hermosa yegua negra que pastaba cerca de nosotros, y que el mismísimo Jacobo le había regalado un año antes, en pago por sus servicios como sanadora en Stirling, salvando a uno de sus hijos de una muerte segura.

—¿Recuerdas cómo conseguiste aparearla con nuestro semental?

Asentí con una sonrisa. Nunca olvidaría la sensación experimentada mientras los contemplaba. El macho mordiendo su cuello con delicadeza, mostrando a las claras sus intenciones. La hembra resistiéndose, pero invitándolo a seguir con el cortejo. El olor de su deseo me nubló las fosas nasales, su relincho me llenó los oídos y mi cuerpo reaccionó con vibrante alegría cuando al fin la yegua le permitió montarla.

—Fue una experiencia única, reservada solo a los amantes de los animales salvajes —murmuré, inmerso en la escena—. Tú me enseñaste a comulgar con cada acto de la naturaleza, *cailleach*[9].

—No solo a aceptarlo, sino a formar parte de él. —Sus ojos, tan penetrantes como los míos, me recorrieron de arriba abajo con un asentimiento satisfecho. Después, sin ningún pudor, palpó mis genitales antes de que pudiera apartarme para impedírselo.

—Tienes diecinueve años y la constitución de un toro bravo. También su pasión. Sin embargo, no has probado tus potentes atributos con ninguna muchacha. Siempre ha habido algo que te ha impedido intimar con ellas hasta el final. Esto te dará la respuesta que buscas —añadió, tomando la piedra de mi propio colgante entre las manos—. Esto, y la muchacha que sueña contigo, que te ve. Igual que tú a ella.

—¿Cómo sabes…?

—Lo sé. Sin más.

—¿También sabes lo que ocurrirá cuando recojamos el cargamento?

Sorcha se limitó a encogerse de hombros, pero pude apreciar el brillo cálido que, solo en contadas ocasiones me prodigaba, cuando señaló el tatuaje que me cubría media espalda.

—Es la hora de que seas astuto como el zorro. Ya habrá tiempo para el león —sentenció, ufana, antes de dejarme solo y pasmado».

—*Damndah!*[10]

Lo que había presenciado de camino a Glenlyon me había hecho recordar la conversación con Sorcha como si acabara de desarrollarse. Porque hasta aquella maldita noche, la muchacha no había traspasado la frontera de mis sueños, generando aquella necesidad de plasmar su belleza en un papel, rasgo por rasgo, sensación por sensación, de todas las formas que mi cabeza era capaz de imaginar.

Hasta aquella maldita noche, siempre había pensado que la

hermosa desconocida era fruto de las palabras de Sorcha, que habían prendido en mi cabeza de tanto repetirlas.

Pero a partir de entonces, supe que sus afirmaciones eran mucho más que puras supercherías de vieja. Se había materializado ante mis ojos con tanta fuerza, al mismo tiempo que un ligero aroma a violetas me nublaba todos los sentidos, que el impacto de su presencia me hizo distraerme lo justo para no poder escapar, después de haber clavado la espada en el muslo de aquel noble que me había golpeado.

Abracé la inconsciencia sin pretenderlo, y ahora despertaba con todo el cuerpo dolorido. Podía sentir la hinchazón casi salvaje de mis párpados y las palpitaciones de mis labios. Las pulsaciones casi crueles que me golpeaban las costillas y mi propio olor corporal me dijeron que, si bien no era la primera vez que me hallaba en aquella circunstancia, llevaba tiempo encerrado en aquella celda putrefacta, medio a oscuras, con una escudilla llena de un trozo de pan empapado en agua como único alimento, y que obviamente no había tocado.

—*Damndah*… —repetí cuando elevé las manos para descubrir los grilletes que me ataban a la pared húmeda. Mientras ordenaba las ideas de mi mente, mi conversación con Sorcha quedaba relegada al lugar que le correspondía y comenzaba a pensar en la situación en la que estaba, y en la que había dejado al resto—. Tam, más vale que tengas un plan alternativo, porque de lo contrario, me temo que finalmente terminaré en la horca…

Cerré los parpados, pero me estremecí cuando unos ojos verdes se hicieron los dueños de mi mente de nuevo.

Era demasiada coincidencia. No podía tratarse de la muchacha evocada por Sorcha. El halo de nobleza que la rodeaba lo desmentía. Su cuna no se parecería en nada a la mía, por eso iba acompañada por aquel Campbell arrogante al que conseguí herir. Pero había un temor intenso en su mirada. Una mirada que me atrajo tanto como el colgante que exhibía entre sus pechos.

—Abrid la puerta, os lo ruego.

El destello de una antorcha siguió a aquella voz rasgada, procedente de una silueta tan voluminosa que asustaba, cuando uno de los centinelas que me custodiaban hizo lo que se le pedía. Casi de inmediato, el hombre obeso, cubierto con un hábito de monje, pareció arrastrarse por la celda hasta posicionarse frente a mí.

—Estoy aquí para confesar los pecados del reo —añadió con fastidio—. Qué menos que hacerlo con un poco de intimidad. Me conformaré con teneros a mano, por si acaso se pone violento. Como podéis comprobar, mi peso no me permite mucha rapidez ni movilidad. No llevo armas, pero estaré más tranquilo sabiendo que andáis cerca.

El centinela se cuadró, asintió y se fue pasillo arriba.

Me incorporé con dificultad, debido a que me hallaba encadenado a la pared, para identificar al hombre que parecía mirarme fijamente, pero no tuve que indagar mucho. En cuanto el soldado se marchó, echó la capucha hacia atrás y acercó la antorcha a su cara.

A su sonriente cara.

—Tam… ¡Tam!

—Si sigues repitiendo mi nombre me lo vas a gastar, *mo charaid*. Mejor harías en guardar las energías para cuando te saque de aquí. Tienes un aspecto espantoso.

—Me han capturado, arrastrado por medio valle, golpeado. Como poco, mi aspecto debe ser espantoso, aunque no peor que el del infeliz al que herí.

—El infeliz era el *laird* de Glenorchy. Te has lucido, Liam.

—¿Era?

—Lo sigue siendo. Se recupera de la herida. Al final, no fue tan grave como parecía, su constitución es joven, fuerte y está en buenas manos. Si sigues con vida es porque él conserva la suya. Sus ansias de venganza seguro que habrán aumentado en tres días de convalecencia, así que es posible que tu suerte cambie si no salimos de aquí ya.

—¿Llevo en este agujero infecto tres días?

—Con sus noches. Me ha costado un mundo encontrar una víctima adecuada a mis planes, pero no temas. El verdadero dueño de esta ropa duerme apaciblemente en su iglesia. Y antes de que lo preguntes, sí, es tan gordo como parece—añadió, desatándose de la cintura el montón de mantas que llevaba enrolladas para fingir todas ese peso adicional. Cuando terminó, rebuscó hasta encontrar un manojo de llaves que se dispuso a utilizar con mis grilletes, no sin antes sacudirlas delante de mis narices—. Mis dedos siguen igual de ágiles, y ese hombre que nos ha abierto la celda es muy temeroso de Dios, además de amante del *whisky*, lo cual me ha facilitado las cosas.

—¿Dónde están los demás?

—Custodiando las armas. Tú fuiste el único que se dejó atrapar por esa panda de ociosos *paidhean*[11]. Te dije que era mejor esperar a los festejos de Beltane y ocultar el cargamento entre el resto de la mercancía que exhibiremos en la feria, pero no me hiciste caso y ahora…

—Si no te callas ya, me estallará la cabeza antes de salir de aquí. —Tam sonrió por toda respuesta, inmune a mis protestas. Era tan parlanchín como atractivo para las muchachas. Lo tenía todo para triunfar entre ellas, y triunfaba. ¡Vaya si lo hacía!—. Hablando de salir de aquí… Cuando termines de tomar nota de todos mis pecados, ¿qué piensas hacer?

—Lo haré antes de tomar nota. De lo contrario, la tarea me llevaría media vida. Tú serás «eso» —afirmó, señalando las mantas

que le habían hecho de barriga, antes de mostrarme la gruesa cuerda que las ataba.

Tardé un instante en comprender, antes de estallar en contenidas carcajadas. No sería bueno que los centinelas escucharan a su preso reír.

—No lo dirás en serio… —aventuré.

—Por completo. ¿Qué querías? ¿Un ejército entero? Liam, somos *romanichals*, no súbditos de Jacobo o Guillermo.

—Habla por ti. Mi sangre es una mezcla que me obliga a aceptar tareas como el transporte de esas armas que hemos estado a punto de perder.

—*Och*! De acuerdo, lo que tú digas, siempre que tengas en cuenta que soy más alto, más corpulento y más fuerte que tú —apuntó con un guiño que me daba a entender que aquellas eran cualidades suficientes para que pudiese ocultarme como pretendía—. Si no te importa, podemos continuar esta discusión fuera. Ahora solo te concederé unos minutos para que espantes los calambres de tus brazos y piernas, y recuperes tu habitual elasticidad. Te aseguro que nos será de gran ayuda para que el plan que he tardado tres días en trazar salga bien, *bràthair*[12].

Por supuesto, no éramos hermanos en sentido literal, aunque nuestras sangres estaban más mezcladas que las de muchos. Por eso se podía permitir el lujo de señalarme su cintura con guasa, disfrutando. El peligro no lo asustaba. Siempre le había ocurrido. Desde que éramos niños y el destino nos convirtió en compañeros de travesuras, en camaradas.

Sabía que hacerle ver los riesgos de la operación era inútil. Tam era tan apuesto como inteligente, y eso era decir mucho. Con toda probabilidad, ya había barajado esos riesgos. Y con toda probabilidad, saldríamos indemnes por muy absurdo que pareciera.

—Venga, date prisa y rodea mi cintura. Sé que suena raro, pero no te preocupes. Rhona no se enterará de los detalles —insinuó, antes de abrir los brazos y las piernas.

—Rhona te espera a ti para echarte el lazo del matrimonio, no a mí. Como todas las mujeres que nos conocen, dicho sea de paso.

—¿También vamos a discutir eso ahora?

No. Necesitaba salir tan gordo como había entrado, de modo que acomodé mis brazos alrededor de su tórax y mis piernas en sus caderas. Dejé que me atara con la cuerda y contuve la respiración cuando nos cubrió a ambos con el amplio hábito.

—Tú tampoco hueles precisamente a rosas —murmuré contra su ropa. Como respuesta, me gané un pescozón antes de que Tam comenzara a moverse con torpeza dado mi peso.

—¡Abrid, ya he terminado! —exclamó con esa voz enronquecida e

imposible de identificar.

—¿Cómo ha ido, padre?

—Peor de lo que me imaginaba. Realmente el *laird* debería colgarlo. Sus pecados son tan graves que dudo mucho que lo admitan en el infierno.

Tomé nota mental de hacerle tragar sus bromas en cuanto pudiera, pero no hubo más palabras aparte de las de los habitantes del valle, que saludaban al supuesto fraile una vez salimos de la prisión. Pese a que mi cara se hallaba pegada a su abdomen, no detecté ningún rastro de luz natural, por lo que deduje que era noche cerrada, aunque no tanto como para que la pequeña aldea estuviera en silencio.

Peor, mucho peor para mí. Tam ni siquiera habría reparado en ello. Sabía que se manejaría a las mil maravillas, amparado por aquel disfraz inmenso. Ni siquiera se plantearía que su verdadero dueño diera la voz de alarma. El tiempo pareció ralentizarse hasta detenerse para mí. Pegado a él, comenzó a faltarme el aire al mismo tiempo que mis dudas crecían. Abrí la boca esperando llenar mis pulmones en silencio, cuando recibí una pequeña palmada justo sobre mi cabeza.

—Tranquilo —le oí susurrar—. Ya queda poco. Aguanta.

Necesitaba de toda mi fuerza para seguir adherido a él sin moverme. *Dhia*! Si no me bajaba pronto, los brazos y las piernas se me desprenderían del cuerpo, o caería en el momento menos oportuno como un fardo de heno. Apreté los dientes al mismo tiempo que mi única mano retorcía un trozo de la tela de su camisa. El sudor comenzó a correrme por el cuerpo. Incluso recé para que mi tortura acabara, y Dios pareció escucharme.

Una eternidad después, noté que la presión disminuía. Una ráfaga de aire fresco penetró en mi pecho cuando Tam apartó el hábito y desató la cuerda.

Caí de pleno en el suelo, con un gruñido que provocó una nueva risa por su parte.

—Deja de quejarte como un crío y afronta las consecuencias de tus actos —dijo, emulando la voz rasgada de mi abuelo.

Pretendía bromear, pero un involuntario escalofrío me recorrió mi maltrecho cuerpo. Sí, eso diría el viejo Mael cuando supiera qué había ocurrido. Me lo reprocharía de mil maneras diferentes y después me echaría en cara el destino que había sufrido una buena parte de su familia, según él, por mi culpa.

Una culpa que yo también había aceptado.

—No tardarán en descubrir el engaño. Me temo que tendrás que esperar a llegar a la orilla del río para quitarte la mugre de encima y permitirte un descanso. Vamos.

Me señaló la yegua, que pastaba tranquila junto a su caballo castrado. Estábamos lo bastante alejados como para poner tierra de

por medio mucho antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría, pero solo el orgullo me impidió soltar un quejido cuando mi montura inició un trote que nos alejó de allí.

Nos apartamos del río Lyon lo necesario para que la parcial oscuridad que nos otorgaba la inmensa luna llena nos cobijara. Y para entonces, mi dolor era tal que tuve que detener a Bonnie.

—Si no intento aliviar los calambres, ni siquiera podré acompañarte —dije, con los dientes apretados por los latigazos que todavía me cruzaban el cuerpo.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—Más lejos será imposible. Contamos con ventaja y estamos alejados de la aldea. Para cuando se den cuenta de mi ausencia, nos habremos esfumado mucho más rápido.

—Liam, no creo que un ritual basado en los antiguos sea efectivo...

—La sanación por la tierra es una vieja creencia celta —aseguré, descendiendo de mi yegua como si me fuera a romper en pedazos, mientras él sacaba ropa limpia de las alforjas, con un gruñido disconforme—. Y es lo único efectivo con lo que cuento ahora mismo. Aunque no sea el momento más adecuado, todos podríamos pagar las consecuencias si no lo intento.

Sabía que la petición parecía inverosímil en semejante situación, pero mi cuerpo y mi mente lo necesitaban. Y estábamos a salvo. Me desnudé con la lentitud de un anciano y me zambullí en el agua helada, permitiendo que actuara sobre mi cuerpo como un bálsamo. Cuando dejé de sentir esas agujas inmundas clavándose en mi carne, salí y me tumbé boca arriba, concentrándome. Separé mis piernas y extendí los brazos con una única palma sobre la superficie, de modo que el cuerpo formó una estrella de cinco puntas. Cerré los ojos, respiré hondo y traté de fundirme con la energía que manaba del suelo. Noté mis pulsaciones y acomodé mi respiración al ritmo de la tierra. Poco a poco me fundí con la superficie sobre la que yacía, sintiendo sobre mí el poder de la naturaleza para absorber el latido de la vida.

Dejé que la paz se instalara en cada poro de mi piel, en mis órganos vitales, en mi sangre, y cuando estuve a punto de alcanzar la perfección, lo percibí.

El aroma a violetas.

Y lo escuché.

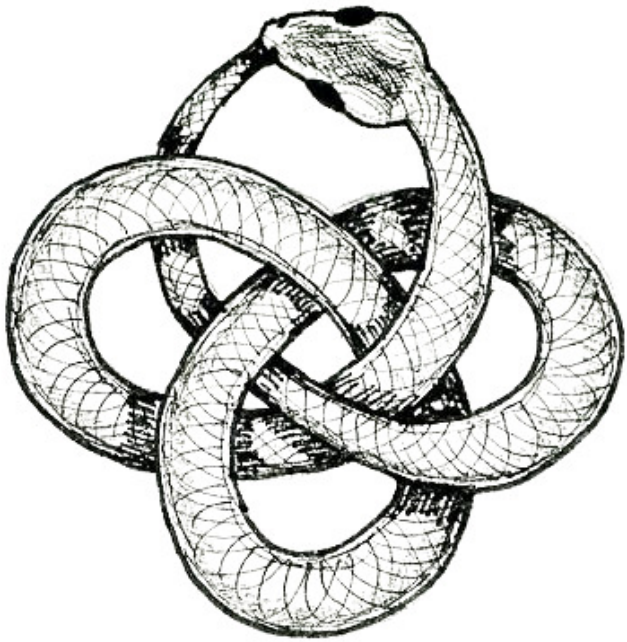
El grito de guerra de Tam, mezclado con un gruñido masculino y una exclamación de sorpresa femenina. Muy femenina.

Todo el conjunto me hizo regresar a mi realidad. Cuando mi amigo me llamó, me erguí de un salto, bastante aliviado de los calambres que me habían agarrotado, y completamente desnudo.

Allí estaba. La *fiosaiche* de mis sueños, con los ojos desorbitados fijos en mí, los labios entreabiertos y un jadeo contenido. Parecía aterrada. Por un momento creí que saldría corriendo. Que gritaría pidiendo auxilio como una mujercita débil e indefensa, o incluso que se haría con un arma para enfrentarse a mí.

Cualquier cosa, menos lo que ocurrió.

—¡Estás desnudo! ¡Es indignante! —bufó, antes de que todo se precipitara.



5. VE CON ÉL

Kiara

—¿Cómo se encuentra tu prometido?

¿A quién le importaba el estado de Hugh, sabiendo que el dueño de mis visiones se hallaba prisionero, junto con el montón de interrogantes que no había conseguido desentrañar?

Desde luego, no a mí. Después de mi desmayo, todo Glenlyon se repartió entre atender a Hugh y atenderme a mí. De una manera estúpida, esperé que los acontecimientos cambiaran las cosas, pero no fue así. El compromiso seguía en pie, Hugh no se había marchado de regreso a Glenorchy y Ewan había tenido que despedir a Breadalbane con la promesa de un próximo encuentro en cuanto mi prometido

estuviera en condiciones, para determinar las condiciones de nuestros esponsales.

En consecuencia, la conversación con mi hermano seguía pendiente, aunque nadie me obligó a cuidar de Hugh. Lo contrario hubiera sido peor que una tortura, a juzgar por cómo había salido a flote un temperamento egoísta y déspota que yo, para mi desgracia, ya había intuido.

Y aunque volvía a disfrutar de libertad, no pude ni siquiera olisquear la entrada de la prisión.

Pese a saber que él seguía allí. Tan cerca.

—¡Criatura! ¿Quieres responderme?

Me costó un mundo abandonar mi ensoñación para centrarme en Effie y recordar que estaba en su casa. Había ido aquel atardecer con una pequeña bolsa llena de monedas, proveniente de Hugh, en agradecimiento por las hierbas que le había suministrado durante su proceso de curación.

—Aún puedo escuchar sus gritos de tirano, tratando a todo el mundo como si el valle entero debiera estar a sus pies —me quejé con un resoplido, antes de dar buena cuenta del caldo calentito que me había servido—. Así que supongo que, si no está repuesto, poco le falta.

—Todavía tardará en poder manejarse con la pierna como antes de la herida. ¿No ha requerido de tu presencia?

—Por fortuna, no. Dudo que pudiera contenerme si me increpa como a las sirvientas.

—Si te ha enviado con esto, es porque no tardará en exigir que lo acompañes en su convalecencia —afirmó, agitando la bolsa.

—Ni siquiera esa orden la recibí en persona.

—Ya. ¿Y la circunstancia te incomoda?

—Me alivia.

—Ya —repitió—. Entonces, quizá sean otras heridas las que te quitan el sueño y por eso te has mostrado tan sumisa ante un deseo de tu prometido.

—Bonita manera de expresar lo que piensas. Seguro que si me hubiera acompañado Isobel, además del centinela que me aguarda ahí fuera, no estarías planteándome tantas dudas —rezongué.

—Tú eres quien se las plantea. Yo solo las expreso en voz alta. ¿Debí dedicar mis hierbas medicinales a ese ladrón, *beag*[13] ? —preguntó con guasa—. ¿Estás preocupada por él?

—Si el *laird* de Glenorchy no ha ido en persona a cobrarse su propia venganza, es porque aún no puede abandonar la cama. Pero será cuestión de tiempo.

Una garra imaginaria me atenazó la garganta al pensarlo. Sí, desde luego que estaba preocupada por él, fuera ladrón o no. Y la

desazón que me producía intuir que lo que había presenciado hacía tres noches no era nada en comparación con la crueldad que Hugh llevaba dentro, me impedía dormir por las noches.

—¿Qué significa la piedra que lleva colgada al cuello?

—Cuando me cuentes en qué consistió tu visión, lo sabrás.

No soltaría prenda antes de que yo lo hiciera, así que suspiré y me recosté contra el respaldo duro de una de las dos sillas de su humilde cabaña. Inspiré hondo para captar hasta el último aroma, que me resultaba tan familiar y me daba tanta confianza, y se la conté con los ojos cerrados. Sin omitir ni un detalle. Cuando los abrí, me di cuenta de que había aferrado mi propia piedra de brujas con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Aunque no tanto como la cara de Effie.

—Podría tratarse de un *fear-tuarasdail*[14]. Con el mismo don que tú —murmuró ensimismada.

—¿Por eso protagonizó mi visión?

—E incluso tus sueños. Sea por propia iniciativa o por actuación del destino, lo cierto es que ha establecido una conexión contigo que no estás dispuesta a romper. No te atrevas a negarlo, niña. Lo veo en tus ojos. Tu espíritu desea que esté libre, aunque tu mente lo niegue. ¿Por qué no hablas con tu hermano y se lo pides?

—En realidad había pensado en algo más fiable.

Le lancé una mirada como si fuera toda una declaración de intenciones, que hizo que su sonrisa desapareciera.

—Kiara, es demasiado pronto.

—Effie…

—Tu iniciación debería comenzar en Beltane.

—Las circunstancias lo exigen. Effie, por favor…

—¿Y Sheena?

—Sheena no buscará ninguna piedra de brujas, *ban-òglach*. No vendrá, ni ahora ni en cualquier otro momento. Effie, te lo ruego, te lo suplico, me pondré de rodillas…

No se tomó mucho tiempo en considerarlo. Sus ojos claros pasaron de mi colgante a mí; extendió la palma de su mano sin una palabra, aunque no hizo falta. Me lo quité y se lo di. Ella examinó la piedra al detalle, hasta que la dejó sobre la mesa.

—Antes de salir ahí afuera, deberás comprender ciertas cosas. Afirmaciones que tendrás que aceptar sin cuestionarlas antes.

—Estoy dispuesta. Nunca pensaré que pretendes mentirme, ni buscar mi desgracia. No deseo casarme con mi prometido, si es eso lo que querías escuchar.

—Solo quiero escuchar la verdad, criatura —afirmó, cubriendo mi mejilla con su mano ajada y una mirada de tristeza ante una realidad que sería inevitable, por mucho que yo renegara de ella—. Mi

obligación era procurar su curación, por mucho que su espíritu se encuentre más enfermo que su pierna.

—¿Tú también lo has visto? ¿Has percibido su alma? ¿Has distinguido su aura? —Sí, sí, sí. Asintió a cada una de mis preguntas —. ¿Y por qué no se lo has dicho a Ewan? ¿O al mismísimo Breadalbane? ¡Mi hermano te quiere tanto o más que yo! ¡Sabe que tus apreciaciones no son erráticas, ni absurdas, que debe tenerlas en cuenta como hace padre!

—Hay razones más importantes que tu voluntad, que deben ser resueltas a costa de esta, Kiara —explicó, con una seriedad que rara vez le había conocido.

—Entonces, ¿tendré que seguir interpretando mi papel de muchacha sumisa que acata un matrimonio no deseado con alguien cuya alma es tan oscura como su aura?

Sin darme cuenta, estaba chillando cada una de mis frustraciones a la persona que menos culpa tenía de ellas. Detecté ese brillo de impotencia en sus ojos, antes de ver cómo sus manos se crispaban. Estaba conteniéndose para no darme la razón, para no bregar en mi favor, aunque eso supusiera su propia desgracia.

Ya se había arriesgado antes. Muchas veces, cuando por mi inconsciencia me metía en líos, y arrastraba a Sheena conmigo.

Pero en aquella ocasión, no podía. Y no hizo falta que me lo confesara para que yo lo entendiera. Me moriría antes de permitir que saliera perjudicada por algo que no pasaba de ser un capricho.

—Sabías que, tarde o temprano, este momento llegaría. Si no con Hugh Campbell, con cualquier otro noble. Pero eso no significa que tengas que renunciar a la sabiduría de tus ancestros. Por eso te pedí que buscaras esto —añadió, tomando el colgante—. La piedra de brujas es algo demasiado importante como para tomárnoslo a broma o con desinterés. Contiene poderes, aunque no funcionan con cualquiera.

—¿Con quién no funcionan?

—Con los escépticos, por supuesto. Con los hombres... ¿Ves este agujero? —empezó, introduciendo el dedo por el orificio que horadaba su centro—. Es un símbolo de los genitales femeninos.

—*Och*! ¿Por eso sus poderes no funcionan con los hombres?

—Un hombre necesitaría una piedra con forma fálica, llamada piedra de los dioses.

—¡Esa era la forma del colgante que tenía el prisionero! ¿Son las piedras nuestra conexión?

En completo silencio, Effie se acercó a la ventana, armada con una sola vela, y miró al cielo. Las últimas luces del día se iban en beneficio de una poderosa luna llena que pronto tomó posesión del cielo. El viento ululaba; en el exterior, el centinela esperaba mi

regreso, pero no le hizo el menor caso cuando abrió la puerta y me miró por encima de su hombro.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Effie, tengo órdenes de acompañar a lady Kiara a donde quiera que vaya —intervino el esbirro de Hugh.

—Aquí no, Rob. Debemos hacerlo solas. No te inquietes, volveremos antes de lo que te imaginas. ¿Kiara?

Aquella simple pregunta encerraba la respuesta a todos los interrogantes que llevaba haciéndome durante años. En cierta manera, el final de mi instrucción, fuera cual fuese.

¿Cómo iba a negarme?

—Voy —dije, y la cogí de la mano para dejarme llevar.

Ella despidió a Rob con un asentimiento de cabeza y salimos afuera. A través de los brezos, caminamos alejándonos de la aldea, hasta un pequeño círculo de piedras en cuyo centro nos colocamos.

—Aquí es donde se celebra Beltane —afirmó, imbuida por el halo de magia que parecían desprender, y que también me alcanzó—. Nos encontramos en un *raon ùrnaigh*[15]. Un lugar santo para los antiguos. Se suponía que no deberías pisarlo sin haber sido iniciada, pero… —Me entregó la piedra y enlazó nuestras manos—. Repite lo que voy a decir, Kiara. Congráciate con las fuerzas de la naturaleza, ellas te hablarán.

Así lo hice. Escuché cada palabra dicha en la lengua de los antiguos, pronunciada en un tono oscuro, rasgado y profundo que no parecía pertenecerle. El aire agitaba las hebras plateadas de su cabello, confiriéndole un aspecto casi fantasmagórico, al mismo tiempo que mecía su túnica hasta pegarla a su cuerpo como si en realidad fuera desnuda. No me impresionó. Nuestros ojos se encontraron más allá de aquel círculo, sin permitirme que perdiera de vista a la Effie que yo siempre conocí, pero afianzando los lazos que me unían a aquella especie de hechicera que cada vez hablaba más rápido, que apenas se detenía para que yo pudiera repetirlo, y que cesó de pronto.

—¿Conoces el significado del conjuro? —me preguntó.

—Ni siquiera sabía que fuera un conjuro, pero me siento eufórica, como si hubiera contribuido a que algún tipo de equilibrio perdido se restablezca. ¿Es así como debo sentirme?

—Es así, si has dejado tu mente libre de ataduras y has aceptado mi presencia y mi guía.

—Te confiaría mi vida.

—Ahora, fúndete con la piedra. Siente su latido, su fuerza, su potencia —ordenó en voz baja, mientras volvía a colocármela casi con reverencia—. ¿La notas? ¿Notas su energía?

No tuve más que cerrar los ojos, concentrándome en cada sonido

que nos rodeaba, lejos de cualquier ojo indiscreto, para sentir su vibración en mi pecho. Para recibir la sabiduría de los largos dedos que se enlazaban con los míos, en una alianza realizada desde que el mundo era mundo.

No éramos Effie y yo, sino maestra y pupila. Abrí mis sentidos a todo lo que tuviera a bien enseñarme, y lo absorbí con la impaciencia de alguien que deseaba aprender.

—Vibra. Está caliente.

Abrí los ojos, temerosa de haber dicho alguna incongruencia, pero me encontré con su enorme sonrisa de aprobación.

—Si eres capaz de notarlo, es que estás lista para aceptar todo lo demás. La piedra tiene el poder de curar. Nunca olvides dar las gracias por su energía. Durante mucho tiempo has aprendido todo lo que he podido enseñarte sobre hierbas. Ahora, descubrirás cómo combinarlas con el poder de la hechicería para que seas una sanadora casi invencible.

—¿Estamos hablando de brujería?

—Hablo de adquirir tal grado de empatía con la naturaleza que puedas volverte una con ella. Hablo de reverenciar al sol, la luna, el viento, la lluvia, la tierra y el mar. Todo tiene dentro de sí una energía y un poder que pueden ser aprovechados. Kiara, estoy segura de que tu alma es tan antigua como el tiempo, a pesar de tu juventud. Cuando tu alma te hable, debes saber escucharla. Pero antes debemos agradecer a la diosa Sirona que nos haya iluminado. —El viento era cada vez más fuerte. La llama de la vela se apagó, pero eso no pareció incomodarla. Se arrodilló en el lugar del que no se había movido durante todo el proceso y elevó los brazos al cielo antes de comenzar su oración—: Cuando veo la luna nueva me corresponde levantar el ojo, me corresponde doblar la rodilla, me corresponde inclinar la cabeza dedicando alabanzas a vos, luna que me guiáis. Dadme los medios para alcanzar mi libertad; tengo el poder, y sé cómo usarlo. Ahora tú.

Me arrodillé junto a ella. Sentí mi cuerpo mucho más liviano, como si se fundiera con la energía que manaba de Effie a través de nuestras manos unidas. De pronto, todos los malos augurios que Hugh y su presencia en mi casa me despertaban, se disiparon tragados por la negra e imponente presencia de un desconocido, con una mirada que absorbía toda mi atención y un colgante con una piedra de los dioses pendiendo en su pecho. Mientras recitaba palabra por palabra la oración dedicada a la diosa de la naturaleza, mi espíritu volaba hacia aquella estampa, entre siniestra e hipnotizadora, de un gitano que tenía los días contados, a juzgar por la gravedad de sus actos.

Fueran ciertos o no. Justos o no.

Mi mente alcanzó tal grado de concentración, que no salí de mi

trance hasta que Effie no tiró de mí. Fue en ese momento cuando escuché los gritos de Rob, que se acercaba corriendo hacia nuestro círculo de oración, penetrando en él sin darse cuenta.

—¡Milady, debemos irnos! —exclamó—. ¡Efffie, tengo que llevármela o mi *laird* vendrá a por ella si no la tiene a su lado ya mismo!

—Es noche cerrada. Sería muy impropio que Hugh requiriera de mi presencia en este momento.

—¿Es que no estáis escuchando los gritos?

Tanto Effie como yo nos miramos, al mismo tiempo que aguzamos el oído. En efecto, la paz del valle parecía haber quedado destrozada por alaridos de alarma que nos llegaban cada vez más cerca y más fuerte.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, alarmada.

—¡Ha habido un asesinato en la orilla del río! ¡Acaban de descubrir el cadáver de una muchacha en mitad de la landa!

El corazón se me detuvo.

—¿Quién? —conseguí preguntar en un susurro.

—La nieta de Duncan, el hombre que aún trabaja en vuestras cuadras. ¡Ha sido horrible! —La expresión desencajada de Rob lo corroboraba, pese a que no lo había visto—. Un guerrero de vuestro hermano ha venido corriendo a avisarme, antes de regresar. Están buscando al desalmado, muertos de miedo. Al parecer, la chica tenía un cabello muy parecido al vuestro, al igual que su complexión. —Inmune a mi jadeo de horror, continuó—. El bastardo dejó una nota prendida a su corpiño que decía: «Soy Taranis, mi preciosa *fiosaiche*. Ya queda menos para que sigamos juntos el ritmo de las noches y los días». ¡*M*ilady, vuestro hermano envió a uno de sus hombres en vuestra busca en cuanto leyó la nota en voz alta, pero me encontró a mí! ¡Vámonos ahora mismo, si no queréis provocar mi ruina, la de mi esposa y la de mis dos hijos, que me esperan en Glenorchy!

No hubo tiempo para nada más. Effie pareció reaccionar incluso antes que yo, puesto que prácticamente me empujó hacia Rob.

—Ve con él, muchacha. ¡Ve rápido!

—Pero el prisionero…

—Ve con él —me repitió con mucha más vehemencia, antes de desaparecer en dirección a su cabaña con asombrosa agilidad, mientras el guerrero y yo tomábamos la dirección contraria.

Rodeamos el río, supuse que para no toparnos con toda la confusión generada por aquel terrible asesinato. Habíamos salido a pie y a pie volveríamos, aunque fuera a base de trompicones y con la inestabilidad de una antorcha iluminando nuestro camino a ráfagas, puesto que mi supuesto defensor y quien llevaba la delantera, no paraba de moverla.

—¡Por todos los Santos, Rob! ¡Deja la antorcha quieta, o nos romperemos la crisma!

—Milady, necesito moverla para apreciar mejor el terreno que pisamos.

—Oh, trae acá.

Se la arrebaté y lo aparté para ponerme delante, iluminando la orilla del río Lyon que tratábamos de evitar, y el grupo ingente de guerreros y aldeanos que rodeaba el cadáver de la muchacha asesinada.

Tenía la garganta cortada, pero el agua había detenido el torrente de sangre, que ya no manaba de la herida abierta. Sus rizos castaños estaban manchados de barro, apelmazados, pero aun así, demasiado parecidos a los míos. Sus ojos estaban vacíos de vida, pero contenían tal cantidad de espanto que, presa del terror, sentí cómo la sangre abandonaba mi cuerpo para dejarlo tan frío como el suyo, antes de emprender una loca carrera en dirección contraria, sin saber a dónde me dirigía.

Solo necesitaba espacio. Arrancarme de cuajo todas aquellas sensaciones que se me pegaban al cuerpo como una nueva visión. Mientras escuchaba la voz de Rob rogándome que me detuviera, no podía dejar de presenciar los últimos instantes de vida de la muchacha. Cómo se aferraba a unas manos oscuras, mientras se debatía por conservar la vida en medio de gritos que fueron cortados por la hoja de una daga con rapidez para, a continuación, depositar sobre el cuerpo una nota dirigida a mí.

Nadie más que yo poseía el don de la doble visión en el valle.

Sentí que los pulmones me ardían cuando corrí más deprisa. Que la visión se me emborronaba por las lágrimas que comenzaron a rodar por mis mejillas…

Y que un cuerpo enorme, completamente desnudo, apareció en mitad de mi huida para obstruirme el paso.

6. ¡EL ROMANICHAL!

Kiara

—¡Estás desnudo! ¡Es indignante!

Y absurdo mostrarme ofendida por el detalle, cuando acababa de dejar atrás un cadáver cuya muerte parecía apuntar hacia mí, pero fue lo único que se me ocurrió decir.

Una cara muy barbuda y con el pelo chorreante cubriéndole los hombros me devolvió la mirada. Dos aros a modo de pendientes refulgían en sus orejas mientras él me observaba tan tranquilo, con los brazos en jarras y las cejas alzadas, pero yo contemplaba su pecho, que se movía al compás de su respiración apresurada. Fui plenamente consciente de un cuerpo delgado pero fibroso, joven y proporcionado,

que exudaba vitalidad, aunque lucía unas sombras oscuras aquí y allá que bien podrían ser marcas de golpes, heridas o incluso cicatrices. Solté una especie de jadeo que empujó al hombre a esbozar una sonrisa presuntuosa que no logró atraer mi atención por un tiempo mínimamente decoroso. No. Esa atención se hallaba por completo en sus estrechas caderas, en sus firmes piernas. En el centro de sus muslos. En la mata de vello que cubría su sexo y que, para mi total desgracia, se veía a la perfección gracias a la luz de la luna que incidía directamente en el claro sobre el que nos encontrábamos.

Su virilidad era una extraordinaria representación de suavidad y, al mismo tiempo, de fuerza, que requería que apartara la vista enseguida.

De inmediato. Ya mismo.

Escuché un carraspeo que me hizo sentir la boca seca y el corazón en la garganta, pero cuando me atreví a mirarlo a los ojos, un fuego ardiente me sacudió por dentro.

—¡Tú! —casi escupí, debatiéndome entre el estupor y la innegable atracción que me causaba, ajena al peligro—. ¡El *romanichal*![16]

—En efecto, lo soy. Y no me avergüenzo, como podéis comprobar —añadió, señalándose a sí mismo con una descarada sonrisa de dientes blancos que me provocó un estremecimiento involuntario—. Espero que lo que veis os guste, porque vuestra distracción está a punto de costarle la vida al hombre que os acompaña, milady.

Aquellas palabras me empujaron a la realidad.

La muchacha asesinada. Mi visión, brutal pero incompleta, que provocó una huída que acababa de desembocar en él.

El prisionero que había dejado de serlo.

Aquella certeza me produjo un retortijón de estómago que ignoré en cuanto me hice cargo de la situación de Rob. El pobre hombre se hallaba con un cuchillo amenazando su garganta, y el dueño del mismo, mucho más grande que él, inmovilizándolo a su espalda, con sus ojos oscuros clavados en los del *romanichal* desnudo, esperando sin duda una orden para terminar con su vida.

—¡No! —grité.

—Quieta, *boireannach*. No estáis en situación de exigir nada, mucho menos de arriesgar vuestra vida por la de un insignificante Campbell. —Antes de que pudiera dar un paso, me encontré prisionera de un par de fornidos brazos que me pegaron a lo más parecido a una pared de piedra que pude sentir a mi espalda, respirando agitadamente y rezumando calor al mismo tiempo que la humedad del agua se me adhería al vestido—. A no ser que también lo seáis.

—¿Qué pasaría si lo fuera?

Escuché una risa queda junto a mi oído que me hizo estremecer.

—Todo depende de lo que apreciéis vuestra vida, puesto que la mía está completamente a salvo.

Un gemido de Rob atrajo mi atención. El otro hombre había intensificado la presión del cuchillo sobre su garganta. Lo había dejado desarmado; no tenía escapatoria.

—Acabemos con ellos de una vez —siseó.

—Degollarlos sería demasiado fácil y aburrido.

¿Aburrido?

Realmente no parecía preocupado por el detalle de la cercanía con la aldea. Era evidente que el otro hombre lo había ayudado a salir de la celda y que, en su huída, se había topado con nosotros.

Ni siquiera se molestó en tomar un arma. O en vestirse, ya puestos. Sus ojos no se despegaban de mí, atrapándome como si yo fuera una pobre mosca pegada en una tela de araña, mientras se acercaba, hasta que su aroma, mezclado con el olor característico del agua fresca, me golpeó en la nariz y su imagen asaltó todos mis sentidos.

Su complexión poderosa era la de un guerrero. No podía evitar sentirme atraída por su fuerza, por el aura de autoridad que parecía rodearlo, a pesar de estar muy lejos de ser un joven poderoso. Tenía una expresión intensa, perturbadora. Me sentía atrapada por aquella mirada, con más motivo cuando lo veía moverse, como si fuera un depredador. No se detuvo cuando llegó a mi altura, sino que me obligó a retroceder, aunque la concesión no fue gratuita. Con un movimiento rápido, arrebaté a Rob la tea ardiendo, que esgrimí como única defensa entre él y yo.

—Aléjate de mí —siseé—. Ahora.

—Podría haceros caso si no viera cómo tembláis.

Extendió la mano de carne y hueso hacia mí y sacudió los dedos con impaciencia.

El mensaje estaba claro. Y la vida de Rob era demasiado valiosa para jugar con ella. ¡Al cuerno el orgullo! Accedí a entregarle la antorcha y él me hizo una exagerada reverencia a modo de agradecimiento.

—Vuestro gesto revela que tenéis un gran corazón —se mofó.

—Corazón que no tendrás el gusto de ver, cretino —farfullé, con una sonrisa victoriosa que se borró en cuanto mi mente se puso a funcionar para atar cabos.

Pude notar el momento en que la sangre dejó de correr por mis venas, porque fue el mismo en el que la conclusión que se dibujó en mi mente me dejó paralizada, incapaz de reaccionar.

Aquel hombre podría ser Taranis. Y yo estaba en sus manos.

—Has sido tú… —musité, retrocediendo—. ¡Tú la has matado!

—¿A quién?

—¡La nieta de Duncan, en la aldea! ¡Fuiste tú!

Abrí la boca dispuesta a chillar pidiendo auxilio, pero él fue más rápido. Estampó su mano metálica sobre mi boca, y el otro brazo, libre después de lanzar la antorcha a su compinche, alrededor de mi cintura, para inmovilizarme al mismo tiempo.

—No sé qué especie de demonio os ha poseído para escupir semejantes acusaciones ridículas, pero no pienso quedarme para averiguarlo. Tam, si lo que ella dice es cierto, debemos marcharnos cuanto antes. Los lugareños no tardarán en llegar a la misma conclusión en cuanto vean que he escapado. Y vos, voy a apartar la mano. Si no colaboráis, vuestro centinela morirá y yo dejaré de consideraros una dama, os lo aseguro —me amenazó con una voz ronca en mi oído cuando apartó aquella fría garra.

—Obedeced, milady, os lo ruego —susurró Rob, más angustiado por mi suerte que por la suya.

—¡Calla, Rob, sé lo que hago!

«Dejaré de consideraros una dama». Eso acababa de escuchar.

No parecía que me hubieran reconocido, de modo que inspiré hondo cuando él se posicionó delante de mí, con las piernas separadas y una interrogante ceja alzada en mi dirección.

—Nadie dice que yo sea una dama —comencé, con todo el convencimiento del que fui capaz.

—Vuestras ropas hablan por sí mismas. Acompañabais al *laird* de Glenorchy cuando lo herí en la pierna. Un detalle revelador.

—Que lo acompañara sin carabina también.

Acababa de insinuar que era la amante de Hugh, con toda la intención de hacérselo creer.

—De acuerdo —concedió al fin, con un encogimiento de hombros —. Os encontrabais en su compañía por voluntad propia aunque pareciera lo contrario. Y ahora estáis intentando ganar tiempo ante lo inevitable.

—¡No! —repetí, cuando vi el cuchillo rasgando la piel de la garganta de Rob—. ¡Yo…! ¡Yo por él!

El *romanichal* me miró con renovado interés.

—Si no tuviera en cuenta vuestra última afirmación, pensaría que sentís compasión hacia un guerrero que solo pretendía guardaros las espaldas. Sin embargo, no tengo tiempo para tales elucubraciones. Tam, adelante.

Me precipité hacia ellos, pero me detuve de golpe cuando vi al aludido sustituir el cuchillo por una pistola, con la que propinó a Rob un fuerte golpe en la sien que lo dejó inconsciente.

Caí de rodillas. Por el alivio. Por el miedo. Y por la furia generada por una risilla queda.

Cuando me atreví a ponerme en pie para encararlo, vi que se

había vestido con una camisa y un *trihubas*[17], más cómodo que el *feileadh mor* para según qué menesteres, antes de armarse con todo aquello que su amigo le ofrecía.

—¿Tendré el honor de compartir vuestra compañía? —preguntó con sorna, señalando la yegua que había recuperado.

—Ese animal no es tuyo, sucio…

—*Och*! Nada de sucio. Acabo de bañarme en el Lyon, por si no lo habéis notado. Pero ya que vos misma habéis afirmado que no sois ninguna dama, no tendréis inconveniente en que os meta prisa de la mejor manera para ambos.

No me dio opción. Me cargó sobre el hombro como si fuera un saco de heno y me llevó hacia el animal, sobre el que me dejó sin ninguna delicadeza, para montar detrás de mí.

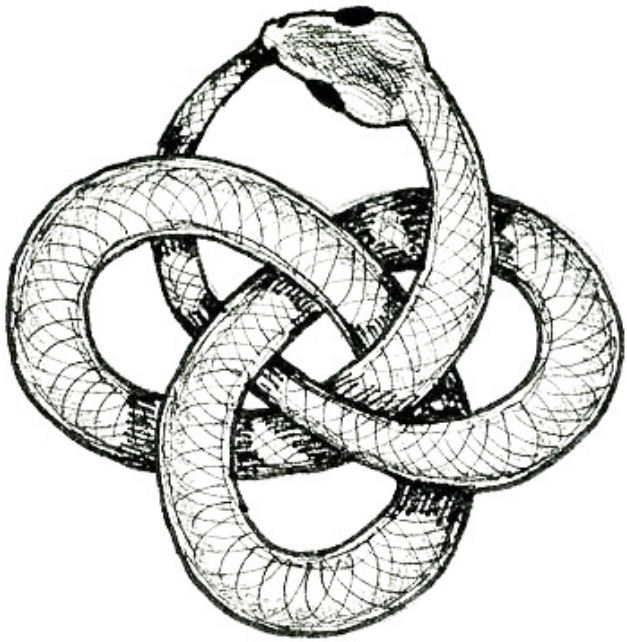
—Si se os ocurre dar la voz de alarma de cualquiera de las maneras que vuestra cabecita sea capaz de idear, mi amigo se quedará con vos y yo retrocederé para dar muerte a ese guerrero al que tanto apreciáis —me amenazó—. Os conviene controlar ese desafío que veo en vos cuando me miráis, por mucho que me guste. Si me contrariáis, entorpecéis mi camino o me causáis algún tipo de contratiempo, haré que vuestro destino cambie, sea cual sea.

La saliva pasó por mi garganta tan espesa que temí ahogarme con ella.

Eran las palabras que proferiría un asesino sin escrúpulos.

Y sin embargo, le había perdonado la vida a Rob.

Razón suficiente para que las dudas germinaran en mi mente, ganándole la partida al miedo.



7. DUEÑO DE LAS TEMPESTADES

Hugh

—No es ella. Puedes respirar tranquilo.

Al parecer, el pusilánime de Ewan lo hacía mientras me aconsejaba lo mismo, aunque no nos movían las mismas razones.

Las suyas se basaban en un amor fraternal no exento de obligaciones, que le habían llevado a aceptarme como candidato a casarme con su hermana. Las mías tenían que ver con la ambición. Un sentimiento que siempre había guiado las uniones y por el que no sentía ni el menor remordimiento. Porque, después de conocer en persona a la hermosa e indómita Kiara, aprecié los múltiples beneficios que ella y su dote, respaldada por el conde, me reportarían.

Estaba convencido de que Ewan se convertiría en *laird* más bien

pronto que tarde. Breadalbane me había asegurado que su padre no volvería con vida de Dover. De ese modo, emparentaría con un dirigente que había empeñado hasta la última oveja del clan Campbell de Glenlyon. Me convertiría en su tabla de salvación. Y, con ello, en el intermediario para que el valle entero pasara a manos del conde.

Ewan había sacrificado la libertad de su hermana en un último intento por recomponer lo que su disoluto padre dilapidó. Y yo lo hubiera conseguido mucho antes, de no ser por la herida del muslo, el malnacido que me la infligió y el asesinato de una de las jóvenes aldeanas.

—No estoy preocupado, sino furioso —siseé cuando, ayudado por un bastón, logré salir de la cama para ir a parar a una silla situada junto al fuego encendido.

Ewan me acompañó para apoyarse en el dintel, sin dejar de observarme con cautela.

—El *romanichal* ha escapado —informó—. Alguien lo ha ayudado. Y justo después, el cadáver de la muchacha ha aparecido junto al río, con la nota dirigida a Kiara.

—Tengo mis reservas con respecto a eso.

—No hay otra *fiosaiche* en el valle. —Yo me tragué lo que opinaba acerca de semejantes supercherías y asentí. La vida me había enseñado a camuflarme detrás de comportamientos que los demás esperaban, cuando la ocasión lo requería. Y conseguir los favores de Kiara de buen grado era una ocasión única—. Cuando nos la describieron, los dos pensamos que se trataba de ella. Yo mismo tuve que examinar a la muchacha para asegurarme de lo contrario. No es necesario que disimules tu alivio.

—En efecto. No sé cómo hubiera encajado que, después de enviarla en mi nombre a agradecer a esa vieja cocinera sus cuidados como se merece, nuestra ansiada unión terminara de esa forma.

—¿Ansiada para quién?

—Si me fío de tu cara, no para ti. Sírveme un vaso de vino. Tengo la garganta seca.

Sabía que el encargo le fastidiaba, pero de alguna manera tenía que desahogar mi frustración al recordar aquella maldita noche.

Cuando Ewan satisfizo mi deseo, lo apuré hasta el fondo y se lo devolví vacío. Él lo miró como sopesando volver a llenarlo. Al final, me imitó.

—Hugh, no estoy aquí solo para informarte del caos que la fuga y el asesinato han ocasionado.

—Pero has decidido esperar a mi mejoría para abordar el tema en cuestión, lo cual me lleva a pensar que es importante.

—Lo es. La otra noche no me pasó desapercibida la reticencia de mi hermana contigo. ¿Fuiste descortés?

Ah, si el destino me hubiera concedido tan solo un poco de tiempo para serlo…

—Estuviste presente durante la cena para responder tú mismo a la pregunta.

—Kiara no suele mostrarse de ese modo sin un motivo.

Ignoré la tristeza de sus palabras sin esforzarme siquiera. Los más allegados a mí murmuraban a mis espaldas que el dios de la guerra me había arrebatado el corazón al nacer para sustituirlo por una piedra con la que poder impartir mi justicia particular sin ningún remordimiento, y tal vez tuvieran razón. Pero debía mantener las formas, al menos mientras me viera encerrado en aquel valle, y hasta que hubiera recuperado las fuerzas y la movilidad total de mi pierna.

—Mi madre murió cuando yo nací, como ya sabes —comencé—. Mi padre no se volvió a casar, pero solía disfrutar de cuantas mujeres se le antojaban, dejando tras de sí un reguero de bastardos que ni conozco, ni me molestaré en conocer jamás, puesto que yo ostento el título de *laird* que él me dejó a su muerte, junto con la preparación necesaria para lucirlo con orgullo. Debería ser suficiente para no dudar de mi comportamiento con tu hermana cuando, después de recibir vuestro beneplácito, salimos a pasear.

—Hugh, no pretendo ofenderte, pero…

—Soy un guerrero, aunque poseo instrucción para llevar las cuentas de mi propio clan, con más éxito que otros, según tengo entendido. Aun así, no creo que mis modales fueran toscos mientras estuve sentado a tu mesa. Y si tu hermana ha insinuado lo contrario una vez estuvimos a solas…

—No digas tonterías. Desde que el *romanichal* te hirió, no he tenido tiempo de verla, mucho menos de hablar con ella. Además, ignora las circunstancias de vuestro compromiso.

El lobo que siempre había habitado en mí se frotó las manos con gusto. No estaba acostumbrado a que una hembra se me resistiera. Bien fuera voluntariamente, bien a la fuerza, había tenido en mi cama a toda la que había deseado, y Kiara Campbell no iba a ser una excepción. Había despertado mi instinto de cazador desde el mismo instante en que había percibido su rechazo frontal, disfrazado de dulzura y aceptación. Yo la domesticaría. Exterminaría las ínfulas de libertad con las que había sido criada y conseguiría un sometimiento total. Saber que ignoraba todo lo concerniente a nuestro compromiso solo la hacía más vulnerable a mis ojos. Más apetecible.

—No soy partidario de que una mujer piense demasiado, más allá de las múltiples maneras de complacer a su hombre —afirmé, controlando mi euforia—. Y aunque he visto que Kiara posee cierta inclinación a utilizar ese pensamiento por iniciativa propia, no deja de ser un defecto bastante controlable por mi parte. Ya que la muchacha

muerta no era ella, no tardará en llegar. La envié con Rob, uno de mis mejores hombres, a casa de la vieja que me atendió la herida.

—Rob ha regresado solo. Mi hermana ha sido secuestrada, después de que el *romanichal* se cruzara en su camino, acompañado por un compinche que lo dejó fuera de combate con un certero golpe en la cabeza.

Por un momento, mi mente se quedó en blanco, con mis planes más inmediatos vagando por ella sin orden ni concierto. Pero yo odiaba el desorden, el caos. Por regla general, significaban debilidad, derrota. Y ambos eran defectos que estaba orgulloso de no poseer.

No sentí ni siquiera una pizca de pena, o de angustia por el destino de aquella perra que había tenido los redaños suficientes para rechazar uno de mis besos, justo antes de que mis hombres aparecieran con el prisionero y la yegua real. Solo la ira me dominó. Una furia ciega, fría e incandescente a la vez, que me llevó a lanzar un alarido al mismo tiempo que el bastón, que terminó al otro lado del cuarto. No me molesté en recuperarlo para ponerme en pie. Cojeando, me puse a la altura del pusilánime incapaz de proteger a su hermana en un simple e inofensivo trayecto.

—¿No acabó con Rob? —siseé, incrédulo, al darme cuenta del pequeño detalle.

—Eso parece. He movilizado a todo el valle en su busca. No pueden estar muy lejos. Ni Kiara y ese bastardo, ni el asesino de la muchacha.

—Suponiendo que sean personas diferentes. Aunque bien mirado, lo que esa inmundicia sin techo puede hacerle a tu hermana es bastante peor que la muerte. Y me concierne. Ya lo creo. Su deshonra desbarataría el fin de nuestro enlace.

—Hasta que no la tomes, no lo sabrás con certeza.

—Su cuerpo me lo dirá si sus funciones vitales siguen su curso. —No fueron necesarias más explicaciones. Ewan se hallaba tan consternado por el rapto que tardó en darse cuenta de lo que insinuaba—. ¿Estamos de acuerdo?

—Lo estaremos cuando la tenga delante, sana y salva, y pueda hablar con ella.

—Podamos —rectifiqué—. Y ahora, llama a Rob.

Ewan asintió de mala gana y desapareció, para ser sustituido por mi hombre que, cabizbajo y casi tan atribulado como mi anfitrión, se presentó ante mí.

—Lo siento, *laird* —se disculpó sin que yo abriera la boca—. La acompañé hasta la casa de la vieja, como me ordenaste, y después las seguí hasta un montón de piedras, a distancia para no interrumpir lo que estuvieran haciendo allí. Pero Fergus llegó corriendo con la noticia de la muerte de la joven aldeana y apuré a milady para volver.

A continuación, asistí al atropellado relato de cómo mi prometida, una mujer pura, había sido llevada por la fuerza por dos hombres justo después de que uno de ellos lo golpeara, accediendo al extraño ruego de Kiara para que conservara la vida.

Aquello me desconcertó tanto que mi furia contra Rob se aplacó.

¿Qué clase de asesino perdona la vida a quien puede delatarlo?

Uno impactado por la belleza indiscutible de una mujer de la que pretendía obtener todo apelando a sus buenas intenciones, me respondí a mí mismo. Uno al que la resistencia femenina no lo excitaba tanto como los favores dados de buen grado.

Yo sabía de ambas cosas, porque ambas cosas me llevaban a niveles de éxtasis inimaginables.

—Está bien, puedes irte —ordené, concentrado en mis propias conclusiones.

Porque para vencer al enemigo, había que conocer sus debilidades.

Y yo acababa de empezar la cacería.

Taranis

La potestad para arrancar la vida cuando me apeteciera, me otorgaba la dignidad de un dios.

Uno dueño de todas las tempestades, del ciclo del día y la noche, de la tormenta que tan a menudo asolaba estas tierras. Lo supe cuando, años atrás, acabé con quienes habían hecho las veces de padres. En cuanto me revelaron mis verdaderos orígenes, comprendí que yo era un ser excepcional al que habían privado de sus privilegios.

Pero estaba dispuesto a recuperarlos, y comencé castigándolos por sus mentiras. Mi destino me reservaba gestas más grandes que cultivar una tierra árida y criar un puñado de animales. Aquellas eran tareas inmundas para una criatura inteligente.

Ni siquiera me tembló la mano mientras la hoja del cuchillo se deslizaba por sus gargantas y la sangre bañaba mis manos, disfrutando de la sensación de completa superioridad, de comunión absoluta con el mejor de los dioses paganos cuya existencia ellos me habían inculcado. De reconocimiento ante mi verdadera identidad. Mi mente había decidido encubrir ciertos acontecimientos que, a partir de entonces, quedaron expuestos. Y, con ellos, mi odio tomó unas dimensiones tan desproporcionadas que mis prioridades cambiaron.

No me importó pasar necesidades de todo tipo. Mendigar para poder comer, robar y dormir a la intemperie. Mis padres adoptivos habían forjado en mí un carácter duro que no se ablandó ni siquiera cuando vi a mi objetivo por primera vez en demasiados años.

Ajeno a mi presencia. Tan desvalido como si fuera un recién nacido. Solo con una soberbia yegua negra, tan concentrado en ella y en lo que ambos hacían que sería demasiado fácil acabar con su vida. Casi insultante para alguien como yo. O, al menos, así habría ocurrido si sus compañeros no hubieran salido de la nada para advertirle de la presencia de un buen montón de Campbell furiosos por los que se dejó apresar para preservar la libertad de los suyos.

Además, honrado, pensé cuando me escondí para no salir yo también perjudicado, y los seguí preocupándome de no ser descubierto por el camino.

Mis planes habían cambiado su ejecución, pero no su objetivo. Solo tenía que esperar a que lo entregaran a los hombres del *laird* de Glenlyon para colarme entre ellos y terminar aquello que me había llevado allí: impartir una justicia que llevaba demasiados años dormida.

Sin embargo, el destino me puso otra piedra en el camino. Una muy hermosa, con largos rizos castaños contenidos en un peinado demasiado elaborado para la mirada indómita de su dueña, que clavó en el prisionero.

Una *fiosaiche*. No tuve más que apreciar el colgante que se balanceaba entre sus pechos para saberlo. Uno muy parecido al que lucía el *romanichal* dueño de toda su atención, al igual que ella lo era de la suya.

Porque el fogonazo que se produjo entre ambos fue casi físico. Casi visible. Casi palpable.

Me alcanzó como si yo fuera su destinatario, aunque supe que no era así. Que la empresa que me proponía se haría mucho más difícil con la inesperada aparición de aquella muchacha… Y que acababa de

descubrir la posible debilidad del *romanichal* de una forma fortuita.

Sonreí y me mezclé con los aldeanos. No sería necesario arriesgar mi pellejo entrando en una prisión desconocida. Si mis instintos no me fallaban, no tardarían mucho en liberarlo. Y si seguía las indicaciones de mi intuición, la preciosa desconocida acabaría haciéndole compañía, bien por iniciativa propia o por intervención del destino.

Debía sembrar el caos. Aspirar a algo más, que podría venirme dado con mis planes de venganza. Y encontré a la víctima propicia para dejar mi primer mensaje. Parte de mi futuro legado. Una pista acerca de mis aspiraciones. Porque, como una revelación, supe que aquella *fiosaiche* tendría que ser mía. Que, consiguiéndola, comenzaría la destrucción de mi mayor enemigo y mi resurgimiento. Que, con ella a mi lado, recuperaría lo que por derecho me pertenecía, me llevara el tiempo que me llevara.

Rapté a la desconocida solo por su pelo y su complexión, tan parecidos a los de la que sería mi dama. Fue tan fácil arrastrarla hasta la orilla del río que acababa de abandonar y arrebatarle la vida, que me sentí avergonzado de gozar con su muerte. Dudé cuando dejé la nota sobre su busto inerme, pero no me fui hasta que no vi con mis propios ojos a un hombre noble y, por ende, culto, tomarla en sus manos para leer su contenido, mientras gritaba el nombre de mi verdadero objetivo.

Kiara. Así se llamaba.

Kiara. Paladeé el nombre incluso cuando volví a verla. Horrorizada ante el inicio de mi obra, corrió en dirección contraria con tanta rapidez que me costó seguirla. Iba a terminar con el centinela que la custodiaba, pero la aparición del *romanichal* en su camino fue su salvación. Y la mía.

Porque ahora ya sabía dónde encontrarla. Qué camino tomar, después de haber descargado la excitación sexual que el asesinato y la aparición de Kiara habían ocasionado en mí.

No tardé mucho en dar con la candidata perfecta. Una joven con aspecto exuberante y vivaz, pero también inocente. Una joven pura.

Sonreí y la seguí hasta los establos, que en aquel momento se hallaban desiertos. Para cuando se dio cuenta de mi presencia, ya había cerrado la puerta convenientemente y me acercaba a ella con mi seguridad habitual.

—Eres hermosa —dije, mientras tomaba en mi mano un mechón pelirrojo, ignorando la mirada aterrada que me dirigió. Sentí sus temblores, sus miedos, y me anticipé cuando abrió la boca dispuesta a gritar, para tapársela con la mano y reducirla sin dificultad—. Oh, no, no, palomita. Dejaré tu boca libre si me prometes que no gritarás. ¿Trato hecho? —La chica dejó de resistirse y asintió—. Eso está mucho mejor… ¿Cómo te llamas?

—I… Isobel.

—Perfecto, Isobel. En el día de hoy, tu suerte cambiará para siempre. —Tiré de su corpiño hasta liberar sus pechos y la arrastré hasta un montón de paja no lejos de nosotros, donde la arrojé para posicionarme encima—. No me tengas miedo, *luachmhor*[18]. Debes sentirte halagada. Un dios se ha fijado en tu belleza para hacerte suya.

No conseguía verme con claridad debido a la oscuridad en la que nos hallábamos inmersos. Por eso se sacudió, intentando escapar de mi boca cuando esta se apropió de la suya. Pobre estúpida. Ignoraba que no tenía ninguna posibilidad frente a todo mi poder. No sabía que sería la receptora de mi furia, pero también de mi pasión insatisfecha.

El gran Taranis no se merecía menos.

8. KIARA, SIN MÁS ADORNOS

Liam

Me costaba pensar en ella como la amante de cualquier hombre, fuera *laird* o palafrenero.

Sobre todo, si tenía en cuenta aquella mirada asombrada pero curiosa, encendiendo mi cuerpo mientras lo recorría de abajo a arriba. Lenta, exhaustiva, en lugar de temerosa o aterrada. Lo que necesitaba para que las consecuencias del trato recibido por los sucios Campbell y luego, en la prisión, quedaran reducidas a un molesto recuerdo.

Pensando en la piedra que escondía entre sus pechos, prefería imaginar que realmente era la *fiosaiche* de mis sueños. Con el aroma a violetas que despedían sus rizos castaños inundándome las fosas nasales para exaltar mi imaginación, su respiración acompasada moviendo mi mano metálica y su calor impregnando mi pecho, sobre

el que llevaba un buen rato dormida.

—¿Me puedes explicar qué estamos haciendo? —rezongó Tam, acercando la antorcha, aún encendida, al rostro de la muchacha en cuanto redujimos la marcha.

—Procurarnos un salvoconducto y tiempo.

—¿Con ella?

—Baja la voz. Si la despertamos y se da cuenta de su situación, tendré que amordazarla.

—Te aconsejaría que lo hicieras ahora. Después puede que no lo consigas. Te ha gustado demasiado como para forzarla a cualquier cosa que tenga que ver con nuestra seguridad, admítelo.

—Es bonita; no soy ciego, ni un viejo al que ya no se le levanta.

—El Campbell movilizará a medio clan en su busca. Cuando el guerrero al que te negaste a matar hable, nos perseguirán como sabuesos. ¿Has pensado en lo que dirá Mael cuando la vea?

—Para que la viera tendría que llevarla hasta Rannoch Moor, y antes hemos de cumplir con lo pactado. Además, debemos poner tierra de por medio con Glenlyon en el menor tiempo posible.

Tam enarcó una ceja y torció la boca.

—A mí no me engañas. En tu fuero interno crees que tu honor relucirá cuando estés delante de tu abuelo. Que él, al fin, apreciará el valor que tienes para todos nosotros.

—Mael tendría que morir y volver a nacer para apreciarlo.

—Pero te has preocupado en aparecer ante los ojos de la chica como un hombre honrado, en lugar de eliminar el rastro de nuestra huida. Liam, a no ser que tu intención sea meterla en tu cama antes de devolvérsela al de Glenorchy, te aconsejaría…

—Yo decido en qué cama me meto, si no os importa.

Incluso a través de mi mano metálica pude sentir cómo se envaraba, de tal forma que el calor del que venía disfrutando desde que la coloqué delante de mí se diluyó, como si la lluvia, cada vez más fuerte, se lo hubiera llevado.

—O fingís muy bien, o tenéis un sueño muy ligero —apreció con humor, para evitar esa repentina sensación de abandono que me asoló —. Tengo la esperanza de que sea lo segundo y no hayáis escuchado parte de nuestra conversación.

—Con lo que he oído me basta —me soltó, atravesándome con una contundente mirada.

—Milady, no me encuentro tan necesitado como para buscar los favores de una mujer que, en lugar de ofrecérmelos de buen grado, aguardaría la mejor oportunidad para sacarme los ojos.

—Antes esperaría a conocer tus planes, *romanichal*.

—En efecto, lo soy. —Como respuesta, recibí un pequeño latigazo de un mechón empapado cuando ella se giró, con la furia pintada en

sus ojos—. ¿Vais a decirme vuestro nombre para poder dirigirme a vos como corresponde?

—No tendrías que hacerlo de ningún modo si me dejaras aquí.

—No sois mi prisionera, ni seréis tratada como tal.

—¿Entonces puedo irme?

—Me temo que ya arriesgué demasiado respetando la vida del guerrero —respondí, incómodo—. Sería mucho decir que tenéis la culpa de nuestra situación, puesto que yo decidí traeros con nosotros, pero sí la tendréis de lo que nos ocurra por su causa.

—¡Yo no pedí ser secuestrada!

—¿Pretendéis que me enfade lo suficiente como para arrojaros al suelo y olvidarme de que existís? —pregunté, conteniendo los deseos repentinos de apagar su actitud combativa con un beso—. Porque, *romanichal* o no, sé distinguir entre una dama y una sirvienta.

—Ya te dije que no soy ninguna dama, de modo que puedes decirme qué vas a hacer conmigo.

—Aún no lo tengo claro, pero ninguno de mis planes incluye haceros daño.

Y sin previo aviso, metí mi mano real entre sus pechos para sacar la piedra de brujas, ignorando el fogonazo de calor que me recorrió el brazo entero con aquel simple contacto. El roce me hizo ganar una mirada sorprendida a la que respondí alzando las cejas.

—Nuestros caminos se han encontrado —dije, con la garganta repentinamente seca—. Por fugaz que pueda ser nuestra compañía, ya habrá arruinado vuestra reputación delante de todos aquellos que os tengan por una mujer honorable, aunque en realidad presumáis de amante.

—Así que «compañía». Bonita manera de llamar a un secuestro en toda regla, que, en efecto, arruinará mi reputación más allá de cualquier presunción, real o no —replicó, tirando del colgante para devolverlo a su acogedor lugar.

Vaya. Así que no corroboraba la versión que horas antes me había ofrecido. Sonreí, percibiendo con toda claridad la fuerza que emanaba de ella. Algo inusual en una mujer que no fuera *romanichal*. Sobre todo en una cuyas circunstancias se tornaban, cuanto menos, complicadas.

Pero ella se las arreglaba para echármelas en cara con tan solo unas ásperas palabras y una pose que me intrigó, envolviéndome en una especie de hechizo que se rompió con su mohín desdeñoso.

—Supongo que el desprecio que sentís es tan grande que os ahoga lo bastante como para no decirnos vuestro nombre, de modo que empezaré yo. —Tam tomó la palabra en un tono jocoso que obró el milagro de suavizar el gesto hosco de mi acompañante—. Me llamo Tam, sin más adornos, y me encargaré de hacer que este salvaje sin

conciencia acabe por dejaros en un lugar seguro en cuanto nos sea posible.

—¿Y eso será…?

—Cuando estemos a salvo y podamos llevar a cabo la misión que se nos había encomendado antes de que los Campbell apresaran al destinatario de toda vuestra ira. —Contemplé cómo desplegaba todo su encanto cuando se detuvo por completo, alargó una mano para tomar la de la muchacha y, sin pedir permiso ni obtener resistencia, se llevó los delgados dedos a sus labios—. ¿A quién tengo el gusto de conocer?

—Esto… —La había desconcertado tanto que olvidó su enfado hasta tal punto que incluso yo pude percibir un esbozo de sonrisa ufana—. Kiara, sin más adornos.

—Qué bien. Somos todos muy sencillos —farfullé, molesto a mi pesar, antes de reiniciar la marcha—. Yo también tengo un solo nombre para vos: Liam. Y mucha prisa, así que perdonadme si no os dedico todos los honores que, al parecer, mi amigo opina que os merecéis. Otros compañeros nos esperan. Sus vidas dependen de nuestra marcha, así que agarraos fuerte si no queréis salir despedida entre las orejas de Bonnie.

—¿Qué podría esperarse de alguien que toma a una mujer como escudo para ganar tiempo?

—Acabo de comprobar que no estabais tan dormida como parecíais, aunque sí muy cómoda, a juzgar por cómo usabais mi pecho de almohada.

Ella me dio la espalda en cuanto puse a mi yegua al trote. Por eso no vio mi nueva sonrisa.

—Debía resultar convincente para poder escuchar todo aquello que hablabas con tu amigo. Con Tam —precisó, con una nota de disculpa dirigida a él.

—¿Vuestra ira también es fingida? Porque debo recordaros que vuestro dulce Tam amenazó el gaznate del hombre cuya vida os empeñasteis en salvar.

—Es real, pero va dirigida a quien me obligó a tomar esa decisión. ¡Tú!

—¿Yo? De un modo u otro, he hecho lo que me habéis pedido. ¿Por qué os enfadáis conmigo?

—Porque estoy en manos de un ladrón y un asesino.

—Reconozco que he sido un ladrón buena parte de mi vida, y no me arrepiento. Pero asesino...

—Si no has matado a esa pobre chica, no tendrás inconveniente en regresar para demostrar tu inocencia. De ese modo, el *laird* podrá dedicarse por entero a encontrar al culpable, en lugar de buscarme a mí.

—¿Tan importante sois para ese aprendiz de caballero que os acompañaba, y que se habría aprovechado de vos si sus propios hombres no hubieran aparecido? —Bien. Ahí tenía otra mirada de auténtica sorpresa—. Yo también soy intuitivo. Detrás de esta fachada que os empeñáis en restregarme por la cara, hay una joven con miedo. Por eso tembláis.

—Yo no tiemblo —mintió con descaro.

—Porque sabéis que no soy lo que os empeñáis en ver. Sin embargo, aquella noche sí que lo hacíais. Mientras mirabais al que se supone que es vuestro amante.

—¡Si me lo permitieras, sabrías lo que veo de ti al completo!

Se removió con toda la intención de librarse de mí, pero yo no aflojé el agarre, ni siquiera cuando escuché el aire salir abruptamente por su boca al presionar su vientre.

—Me parece que tendremos mucho tiempo para que os deis cuenta de cuán equivocada estáis, pero mientras tanto, me gustaría pensar que perdonar la vida de ese hombre me ha redimido ante vuestros ojos —afirmé en tono conciliador, aunque mi sangre hervía por dentro.

El contacto volvía a ser íntimo. El roce de su cuerpo contra el mío, inevitable y placentero. Hasta que Kiara se giró un tanto, conteniendo una risilla de triunfo ante mi comentario mordaz que me hizo temblar el pecho.

—Cuidado, *romanichal*. Parece que deseas ser perdonado por un acto, para mí, imperdonable.

—No sería la primera vez —repliqué con aspereza. Me fastidiaba escuchar ese tono cortante, al mismo tiempo que mi cuerpo reaccionaba al suyo como si nos conociéramos. Como si lo hubiera estado esperando.

Y si hacía caso de mis sueños, así era.

—¿Es que tienes por costumbre raptar a muchachas indefensas? —siguió hostigándome.

—Lo de «indefensa» es cuestionable. El resto, falso.

—Ah, entonces se trata de eso… Creía que habías cometido un error al no vendarme los ojos para no ver a dónde me lleváis, pero simplemente es una falta de costumbre.

—¿Me estáis desafiando?

—Estoy constatando un hecho.

Yo constaté otro: jamás una mujer me había sacado tanto de mis casillas en tan poco tiempo. ¡Estaba acostumbrado a llevar las riendas! Pero aquella hembra en particular se permitía el lujo de responder con una temeridad que no dejaba de asombrarme.

—No me tentéis —rezongué, pegándola más a mí, si es que eso era posible—. Ignoráis qué partes de vos podría maniatar, así que

haríais bien en permanecer muda además de ciega.

Como respuesta, recibí un gruñido muy poco femenino pero, al fin, obtuve un poco de silencio y de paz, que fue quebrado por Tam y su risita queda cuando colocó su montura junto a la mía y chascó la lengua.

—Al final va a resultar entretenida.

Se adelantó, satisfecho consigo mismo, mientras yo apreté con más fuerza las riendas. Estaba furioso por ser vapuleado de aquella manera por una mujercita cargada de contradicciones visuales, que me desafiaba sin ningún temor. Desconcertado al comprobar que su futura situación parecía aterrarla más que su presente. Excitado, para qué negarlo, ante aquel persistente perfume, intensificado por la lluvia que había hecho de su traje unos harapos que necesitaban secarse para resultar útiles. Y vivo. Demasiado para reconocerlo ante mí mismo.

—Ya hemos llegado, Liam. —La voz de Tam me sacó de mis pensamientos con tanta brusquedad que tuve que frenar a Bonnie para evitar arrasar el precario campamento que mis compañeros habían montado, una vez había dejado de llover.

Maldije por lo bajo. Ni siquiera me había dado cuenta de que nos habíamos internado en el bosquecillo de alisos. Hasta ese punto me habían afectado las bravuconadas de Kiara.

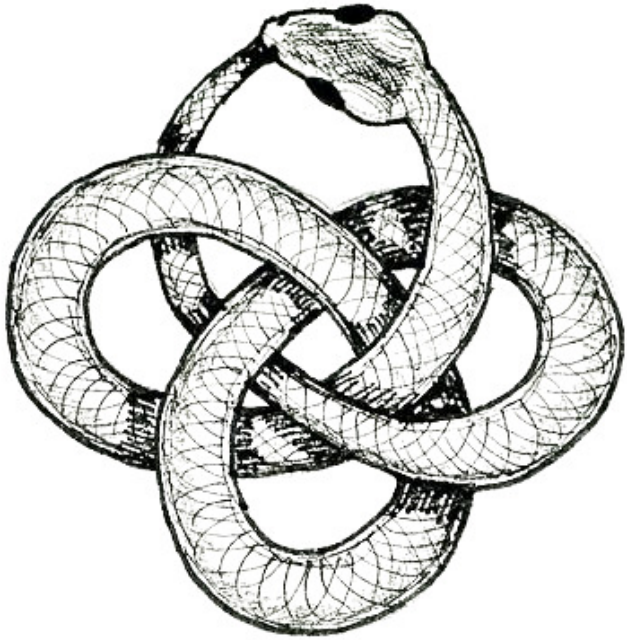
—Ha llegado la hora de que cerréis la boca —advertí en voz baja junto a su oído.

—No pienso…

—No os estoy pidiendo que penséis —amenacé, tomándola de la cintura para posarla en el suelo—. Me conformo con que tengáis la sensatez de temer por vuestra vida.

Le di la espalda mientras escuchaba su siseo furioso, y recibí la bienvenida efusiva de los míos.

No me sentía con fuerzas para enfrentarme a otra andanada de réplicas agudas, ni mucho menos a una cercanía que me hacía temblar como nunca antes lo había hecho.



9. NOS CONOCEMOS

Kiara

Liam distaba mucho de ser un desconocido. Y mucho más de resultarme indiferente.

Su estatura y su constitución fibrosa le conferían un aire elegante. Era apuesto, con un rostro que, incluso con el cabello largo despeinado y la barba descuidada, lucía unos rasgos fuertes, con tanta personalidad y agudeza como sus palabras o sus pullas.

El magnetismo animal de sus ojos tenía la capacidad de absorberme por completo, pero también me turbaba. Y precisamente por eso, no pude evitar enfurecerme cuando me dejó en el suelo, en mitad de un pequeño claro iluminado por una fogata alrededor de la cual se encontraban tres hombres que corrieron a darle la bienvenida.

Atados a varias ramas, tres caballos y dos mulas pastaban tranquilos, junto a una carreta cuyo contenido aparecía cuidadosamente resguardado de la lluvia por una lona.

Él respondió a cada uno de ellos con el mismo calor, pero su mirada oscura no se apartó de mí en ningún momento, recordándome todas y cada una de sus advertencias.

—¡Sabíamos que volverías, Liam! —gritó uno de ellos.

—Tam es único preparando fugas —celebró otro.

—Lo que no sabíamos era que te ibas a traer a alguien para festejarlo. —El tercero me dedicó una mirada tan libidinosa que retrocedí por instinto, hasta chocar con Tam.

—No os preocupéis, milady. Ladran mucho, pero no muerden. Liam incluido —me susurró este cuando sus vozarrones de alegría se fueron extinguiendo para ser sustituidos por un silencio incómodo—. Este que veis aquí, tan grande y amenazador, es Kavi. Wesh, el hombrecito de al lado, parece muy poquita cosa, pero es único manejando la navaja. El que está un poco más allá es Bavol y… *Dhia*! Bavol, apestas. ¡No es la mejor manera de presentarse ante una dama!

—¿Es una dama? —preguntó el aludido, con todo el escepticismo del mundo en sus ojos, tan oscuros como los del resto.

—No lo dudes, *garbh*[19]. Su nombre es Kiara. Sin más adornos. Y las circunstancias han hecho que tengamos que gozar de su compañía por un tiempo, así que os agradecería que mostrarais un poco de esa hospitalidad de la que somos tan famosos. —Para mi sorpresa, Liam se posicionó a mi lado junto a Tam con un gesto tan hosco como el que había exhibido cuando me apeó de la yegua, sin permitir que el calor de su mano penetrara más allá de mis ropas empapadas. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal; me abracé para contenerlo, pero el maldito se había dado cuenta, puesto que me miraba con una sonrisa ladeada—. ¿Tenéis frío? ¿Cansancio? ¿Hambre? ¿Todo junto?

—Me encantaría satisfacer tu curiosidad, pero yo también tengo preguntas. ¿Dónde estamos? ¿Cuál es esa misión tan importante? ¿Qué pasará conmigo? ¿Qué hay en ese carromato?

Mi ofensiva fue tan directa que todos se quedaron callados, a la espera de que Liam, que a todas luces parecía su cabecilla, saliera del paso.

Esperaba descolocarlo, pero él solo alzó una negra ceja y puso los brazos en jarras.

—Primero, vuestras necesidades. Después, las preguntas. Vuestro vestido —señaló.

—¿Qué… le pasa?

—Os pasará a vos si permanecéis con él puesto. Está empapado, pero como veis, mis hombres han atizado un buen fuego con el que secarse. Adelante, podéis hacer uso de él.

No. Ni muerta me desnudaría delante de todos aquellos *romanichals* que me miraban como si fuera un apetitoso pastel lejos de su alcance.

—Debes haber perdido el juicio si estás insinuando lo que creo que estás insinuando —afirmé, con una vocecita que acentuó su sonrisa.

—No insinúo. Afirmo.

—Si esto es por lo que ocurrió en el río…

—Esto es porque me niego a cargar con una mujer enferma además de testaruda. Vamos.

Su tono socarrón había desaparecido. No bromeaba mientras agitaba la mano en mi dirección y sus ojos se prendían en los míos. Dos pupilas tan negras como el fondo de la peor de las simas, con una mirada intensa, preñada de intenciones. Casi perfecta, que me hizo estremecer, y no por la lluvia. Actuaba con la delicadeza de una pluma deslizándose por mi cuerpo, como si en lugar de sus ojos, me acariciara con las yemas de los dedos de su única mano.

—Liam, no seas asno. —Tam acudió a mi auxilio justo cuando temía que mis mejillas se incendiaran—. ¿Cómo piensas que ella va a desnudarse aquí, hombre?

—Venid conmigo entonces —añadió, mientras tiraba de mí hacia un lugar un poco apartado del resto, donde extendió una manta que sujetó en dos ramas—. Podéis refugiaros detrás. Como habéis visto, nuestro guardarropa se reduce a lo que llevamos encima, así que me temo que deberéis lucir vuestra ropa interior, si es que está seca.

No esperó respuesta y me empujó tras la manta con brusquedad, como si la mera idea lo fastidiara más que a mí, cuando eso era imposible. Aquellos hombres vestían poco menos que harapos pero, ¿cómo iba a presentarme ante ellos con mis enaguas, mi camisa y mi corsé?

—No puedo —dije cuando conseguí deshacerme del vestido.

—Si necesitáis ayuda, os la prestaré gustoso.

—¡Me refiero a que no puedo salir así, pedazo de…!

—Si no salís por propia voluntad, iré a por vos y os echaré una mano. Una que no será de metal —añadió—. No voy a arriesgarme a una fuga que pueda delatarnos. Yo también estoy agotado, hambriento, mojado, y además tendremos que levantarnos al alba. Apenas me quedan unas horas de descanso. No pienso desperdiciarlas esperando vuestra caprichosa y mojigata decisión.

—¿Caprichosa? ¿Mojigata? ¿Serás…?

—Bueno, se me acabó la paciencia.

¡Acababa de asomarse por un borde de la manta y observaba a sus anchas, resbalando su mirada desde mi cabeza a mis pies!

Tendría que haberme cubierto con los brazos. Haberle increpado

su conducta. Incluso haber pedido socorro ante una intromisión tan íntima, o haberme lanzado a sus ojos para arrancárselos.

No hice nada de eso.

Porque aquellos ojos se quedaron prendidos de cada palmo que recorrían, calcinándolo antes de pasar al siguiente, en una revisión tan deliciosamente lenta que, cuando se encontraron con los míos, mi cuerpo latía entero, poseído por algún tipo de extraña magia.

Su gesto socarrón había desaparecido. En su lugar, los labios aparecían entreabiertos, como si le sorprendiera lo que veía. Sus pupilas, dilatadas, daban fe de ello. También el modo en que tragó saliva varias veces, haciendo que su nuez subiera y bajara en un movimiento casi hipnótico que captó mi atención.

Desbordaba contención, pero también desconcierto y algo de remordimiento, supuse que por haber invadido mi espacio privado.

—Sois… hermosa —casi balbuceó, con un inesperado brillo de ternura que intensificó el negro de sus ojos.

Sentí que todo en mi interior se sacudía. Que mis pies estaban a punto de emprender un camino hacia él. Que mis labios se curvaban en una sonrisa tímida de agradecimiento.

Dhia! ¡No podía olvidar quiénes éramos, ni lo que me había hecho, en tan poco tiempo!

—Lamento no decir lo mismo —contraataqué con el mentón bien alzado, esperando herirlo en su orgullo.

—Yo no me veo tan mal —afirmó, mirándose a sí mismo—. ¿Qué cambiaríais?

¿De veras me estaba preguntando eso?

—Pues… tu nariz. Es demasiado larga. —Respondí lo primero que me vino a la cabeza, porque aunque era lo que opinaba de ese apéndice en cuestión, no me desagradaba.

—Me temo que no puedo hacer gran cosa al respecto. ¿Qué más?

—Eh… tu pelo. Lo tienes limpio, pero enmarañado. Y tu barba. Demasiado larga.

—*Aye*[20]. Esa parte es factible. ¿Algo que queráis añadir antes de salir de vuestra madriguera? —Apenas esperó a que yo negara con la cabeza para sujetar mi muñeca, sacarme de detrás de la manta y descolgarla para cubrirme con ella—. No creeríais que iba a permitir que mis hombres os avergonzaran, ¿verdad? —murmuró con una voz queda y profunda que me llenó los sentidos.

—No te conozco. Puedo pensar lo que quiera en la seguridad de que también puedo acertar.

Había llevado la provocación demasiado lejos. Eso pensé cuando aferró los extremos alrededor de mis hombros y me acercó a su cuerpo hasta que apenas pudo pasar el aire entre nosotros. Yo contuve el mío cuando vi la mirada concluyente de aquellas pupilas que reflejaban las

chisporroteantes llamas de la hoguera. Estábamos tan cerca que sentí su presencia eclipsándolo todo, envolviéndonos en un halo de intimidad, como si el resto del mundo no pudiera vernos, ni oírnos, ni observar cómo yo abría la boca, dispuesta a exigir que me soltara para tomar distancia con él, antes de que un dedo metálico se posara en mis labios.

—Me encantaría que pensarais que mi único fin ahora mismo es resguardaros. Del frío, de las miradas inapropiadas…

—¿Y de ti?

—Siempre que vos lo deseéis. Si me concedéis un poco de tiempo, os explicaré por qué.

—No tengo tiempo, *romanichal*.

—Mi nombre es Liam.

—Y el mío, Kiara.

—Acepto la estocada, Kiara. —Paladeó mi nombre más que pronunciarlo, cuando se acercó a mi oído y derramó en él un hondo suspiro—. El lugar en el que nos encontramos debe resultaros desconocido, por vuestra seguridad y por la nuestra. Ignoro lo que haré con vos cuando terminemos nuestra misión que, sí, es importante, y sí, tiene que ver con el carromato, pero cumpliré mi palabra y os dejaré en algún lugar desde el que podáis regresar a vuestro hogar, sin peligro para nadie. —Su aliento comenzó a bañarme la piel conforme hablaba. Era tan cálido y tan húmedo al mismo tiempo, que mi mente tardó en comprender que estaba respondiendo a cada una de las cuestiones que yo le había planteado momentos antes—. Nos conocemos. No sé desde cuándo ni sé hasta dónde, pero nos conocemos. Y estoy dispuesto a emplear el tiempo que los dioses decidan concedernos para averiguarlo.

Entonces se apartó de mí, lo justo para que pudiera ver la incertidumbre distorsionando sus rasgos, la angustia pintada en una mirada penetrante que caló hasta el fondo de mis huesos, animándome a que lo contradijera.

—«¡Tú me ayudarás!». Eso fue lo que dijiste —murmuré.

—¿Cuándo?

—En mi visión. Contemplé cómo te llevaban al valle, maniatado, antes de que ocurriera.

Acababa de confesar mi condición como siempre me había aconsejado Effie. Al recordarla, los ojos se me llenaron de lágrimas que no pude contener, y que él recogió con la yema de su dedo de carne y hueso. Yo mantuve la manta en su lugar mientras, sin que nuestras miradas se despegaran, se llevaba esa lágrima a la boca para chupar el dedo con apetito. Con un descaro que logró que mi vientre se encogiera.

—¿Lloráis por recordar la visión? —preguntó con voz queda.

—Lloro porque echo de menos a los míos. —«Y porque no comprendo mis reacciones contigo, ni los anhelos que creas en mí»—. Una familia de la que me has arrancado.

—No he dejado de arrepentirme, os lo aseguro.

—Me pediste ayuda —insistí, hechizada por el sonido profundo de su voz que me hablaba de un conocimiento profundo que me empujaba a seguir confesándome con él.

—¿Y me la otorgasteis?

—¿Quién eres? —contraataqué. Él se dio la vuelta con los labios apretados, pero yo aprisioné su brazo para insistir—. ¿Eres un *fear-tuarasdail?* —agregué, recordando mi conversación con Effie.

—Podéis verme como deseéis. Un ladrón, un sucio *romanichal* indigno de vuestra compañía, un *fear-tuarasdail* o un insignificante insecto al que aplastar. Es lo único que soy capaz de deciros, aunque debéis creerme cuando os prometo que, mientras averiguo el resto, os tendré en la consideración que merecéis.

¿Y eso qué significaba? Abrí la boca para preguntarlo, pero cuando su mirada se quedó fija en mis labios, un cosquilleo inesperado me obligó a cerrarlos.

Dio un paso atrás con los dientes apretados. El frío volvió a instalarse a mi alrededor y me estremecí, pero él me brindó una sonrisa resignada que no llegó a sus ojos y señaló la manta.

—Mis hombres son leales, pero llevan tiempo sin una hembra cerca. Podéis resultar una provocación demasiado grande para ellos, al menos hasta que yo me acueste a vuestro lado. Sin otra intención que la de protegeros y abrigaros el poco tiempo que podamos descansar —remarcó.

—¿Y después? ¿Me llevaréis con vosotros a esa misión que te empeñas en ocultar?

—Bastante grave es que arriesgue la vida de ellos junto con la mía, como para arriesgar también la vuestra —afirmó con una seriedad que me recorrió la columna vertebral como si fuera una serpiente venenosa.

—¿Insinúas que puedes morir?

—Es probable. —No se preguntaba si yo quería que volviese o, por el contrario, me alegraría si no lo hacía. Simplemente me pedía poder confiar en mí y que a mi vez yo confiase en él—. Kiara, debo preguntároslo. ¿Aceptáis compartir mi manta?

—No tengo otra alternativa —aventuré, señalando al resto con un gesto de cabeza.

Él alzó la ceja con arrogancia. La misma que curvó sus labios levemente hacia arriba.

—La hay, *fiosaiche*, pero por lo que estoy apreciando, os resulta mucho más repulsiva que la que yo os ofrezco —afirmó con su

habitual sorna, antes de regresar al fuego y palmear el lugar vacío a su lado—. Y ahora, venid. Es mucho más difícil conciliar el sueño con el estómago vacío.

10. EL ROMANICHAL CAERÁ

Kiara

«Había sangre por todos lados.

Sobre la cama, en el suelo, alrededor de la chimenea apagada y salpicando las paredes de la habitación. Miré mis manos, que también estaban teñidas de rojo, y grité espantada al comprobar que mi inmaculado vestido blanco se había ensuciado con la prueba de la culpa.

De la muerte.

Madre había muerto. Ewan salió de debajo de la cama con su mirada acusatoria y me señaló con el dedo.

—*Murt*![21] —exclamó con desprecio—. ¡Madre está muerta por tu culpa!

—¡No es cierto!

—Mi dulce Caitleen ha sacrificado su vida por la tuya. —La puerta se abrió para dar paso a mi padre. Aunque no parecía tal. Su rostro rubicundo se había transformado en una muestra fantasmagórica, y tenía dos cuencas vacías por ojos. Extendió una mano huesuda hacia mí, pero yo retrocedí hacia la ventana—. Siempre tuviste la culpa, Kiara. Su vida por la tuya…

—¡No! ¡Tú no eres padre! ¡Aléjate de mí!

—Lo haré cuando devuelvas el sacrificio, niña ingrata.

¿Morir? ¿A eso se refería?

Miré en derredor, aterrada al comprobar que las paredes parecían constreñirse en torno a mí, al mismo tiempo que las figuras de mi padre y mi hermano me cercaban, obligándome a seguir el único camino posible y sin salida: la ventana.

El corazón se me desbocó en el pecho. Ignoré el viento frío que se me arremolinó en los pies descalzos hasta casi hacerme caer. Las hebras heladas que parecieron enredarse alrededor de mi cuello hasta que el aire comenzó a faltarme y las voces de ultratumba que me conminaban a que no me detuviera, a que siguiera avanzando, avanzando…

Cuando mi trasero golpeó el borde de la ventana, abrí los ojos. Un sudor frío me corría por la frente, goteando en ellos y emborronándome la visión, pero aun así, constaté que ellos seguían allí, presionándome para que me lanzara al vacío.

Mi vida por la de madre. Solo así quedarían satisfechos.

—Kiara, ven a mí.

La voz surgió del fondo del abismo hacia el que estaba a punto de lanzarme. Lentamente, me volví para ver la silueta alta y poderosa de un hombre moreno que elevaba una mano metálica hacia mí.

Ninguna prenda cubría su cuerpo. Se hallaba gloriosamente desnudo, pero exudaba una belleza tan potente que no me arrepentí de apreciarla. Desde sus pantorrillas, perfectamente delineadas, hasta los rasgos poderosos de su rostro barbudo, pasando por aquello que tan bien albergaba el centro de sus estrechas caderas o su pecho, que subía y bajaba al ritmo de su respiración pausada.

Era un *romanichal*. Peligroso pero atrayente. Un desconocido dispuesto a salvarme.

Aprecié el brillo de su sonrisa, el destello lascivo de sus ojos negros. Su aroma masculino llegó hasta mi nariz para aquietar mi pulso y detener el flujo de lágrimas que me empapaban las mejillas.

—Eres Liam —afirmé.

—Ven a mí, *mo ghràdh*[22]. Solo lanzándote al vacío descubrirás lo que puede haber en él.

Era poco menos que un acto de fe, pero su presencia disipó mis temores, y su mano extendida, sin el menor atisbo de temblor o duda,

me dijo que haría lo correcto.

Me senté en el borde de la ventana hasta que mis pies quedaron colgando, y miré sobre mi hombro. La enorme estancia había quedado reducida a cuatro diminutas paredes que seguían acogiendo a mi padre y mi hermano, que aguardaban mi decisión.

Solté lo que me mantenía segura. Grité por la impresión de verme cayendo al vacío, pero de pronto, un par de fuertes brazos me recogieron para apretarme contra un pecho cálido, lleno de vida, que se movía por los latidos poderosos de un corazón que se había entregado a mí.

—Tranquila…

—¡No! ¡Debo rechazarte o me destruirás!

—Nos conocemos, Kiara, aunque os empeñéis en negarlo. ¿No me concederéis un poco de vuestro preciado tiempo para averiguar si es lo que deseáis?

—Yo sé lo que deseo.

No esperó a que se lo explicara. Con una sonrisa que lo decía todo, me apretó contra él hasta que el calor que rezumaba me sumió en un sopor que me llevó de nuevo a los dulces brazos del sueño.

No sé cuánto tiempo pasó cuando abrí los ojos, tumbada junto a él, ambos cubiertos con la gruesa manta que nos resguardaba del frío. El silencio era apacible, pero miles de gritos resonaron en mi interior cuando noté una mano masculina aposentándose bajo mis senos para tirar de mí, hasta que mi espalda fue acogida por la inmensa calidez de un cuerpo más grande que el mío. Y también más duro.

Tuve una muestra de esa dureza presionando mis nalgas como algo inevitable dada nuestra postura. Con mi espalda acoplada a su torso desnudo. Mezclando nuestros aromas, acompasando nuestras respiraciones.

Como si fuéramos uno solo.

—¿Liam? ¿Sigues siendo tú?

—Siempre he sido yo.

Su voz se fue apagando con el eco de reminiscencias pasadas hasta devolverme a mi dulce cuna. Su mano, que trazaba círculos en mi espalda destinados a calmar mis miedos, descendió hasta delinear mis caderas con enloquecedora lentitud. Yo me estiré sedienta de más, aunque no supe precisar el qué. Mis piernas chocaron contra sus fuertes muslos y estos las aprisionaron. Los dedos, juguetones, acariciaron mis glúteos antes de abarcar todo mi bajo vientre. Su aliento se hizo más caliente, más espeso, hasta quemarme la porción de cuello en la que se derramaba. Su respiración, casi tan jadeante como la mía cuando eché la cabeza atrás y atrapé con uno de mis brazos su cabeza hasta conseguir que sus labios se clavaran justo detrás de mi oreja.

—No puede ser. No todavía.

—¿Cuándo entonces?

Liam movió su única mano en sentido descendente hasta colarse por debajo de mis enaguas. Su tacto era áspero, pero calcinó la tierna carne de mis muslos mientras se abría paso entre ellos, hasta posarse en mi sexo.

No lo rechacé. No hubiera podido ni aunque mi vida dependiera de ello. Y dependía. De sus caricias, de sus atenciones, de sus besos.

—Liam, te lo ruego…

—Aún no, Kiara. Pero ocurrirá. Te lo prometo».

Abrí los ojos enfebrecida, temblorosa de anhelo, con aquellas furiosas palpitaciones latiendo entre mis piernas y… sola.

Me incorporé aturdida, sintiendo arder mis mejillas y con cierta humedad en mi parte más íntima que delataba lo que acababa de sentir. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué era aquello desconocido pero tan potente que me hacía hervir por dentro hasta el punto de sentir que me faltaba el aire?

Ignoraba cómo, pero Liam se había introducido en mi pesadilla para cambiar su final. Y cuando me palpé el cuello en busca de la piedra de brujas, comprobé horrorizada que había desaparecido.

—Él se la llevó. Dijo que, de ese modo, no se os ocurriría hacer ninguna tontería de la que luego os arrepintierais.

Mis ojos se hicieron poco a poco a la tenue claridad del amanecer cuando escuché la voz jovial de Tam y pude verlo de pie ante mí, con las piernas abiertas, los brazos en jarras y una sonrisa de lo más encantadora. Con un rápido recorrido, constaté que solo estábamos los dos en el campamento. Ni rastro de Liam, de sus hombres ni, por supuesto, del carromato.

Una ira creciente sustituyó a la excitación que todavía me hervía en la sangre. No me importaba lo que acababa de sentir, ni con quién lo había sentido. Solo las cadenas que me amarraban a él y me alejaban cada vez más de mi hogar, de los míos.

—¡Fui una estúpida al aceptar compartir esta manta roída con él!

—Yo os calificaría de sensata.

—¡Empeñarme en mantener las distancias solo agotó mis reservas, haciendo que mi sueño fuera mucho más profundo de lo habitual! —seguí gritando, caminando de un lado a otro mientras trataba de ponerme mi vestido, ya seco.

—No conseguisteis alejarlo. Os aseguro que, si vuestra intención era amargarle las pocas horas de sueño que tenía, lo habéis logrado con creces.

—¿Dónde están?

—Cumpliendo con una entrega que debió realizarse hace días.

—¿Y tú?

—Yo me he quedado guardándoos, milady.

—¿Él te lo ha ordenado?

Tam asintió, mientras me ofrecía un poco de *whisky* y un mendrugo de pan que engullí sin hacer caso del efecto cálido del licor en mi garganta. La noche anterior apenas había probado bocado. El escrutinio al que había sido sometida, y la perspectiva de dormir con mi carcelero, me habían cerrado el apetito.

—Me pidió que no os perdiera de vista y que os escoltara hasta Rannoch Moor, donde se reunirán con nosotros.

—¿Qué hay en Rannoch Moor?

—Un lago impresionante, vegetación envidiable, intimidad suficiente para seguir nuestras vidas sin problemas. Una enorme familia que, seguro, conquistará vuestro corazón. —Parecía tan emocionado que no fui capaz de contradecirle, afirmando que no pensaba quedarme lo bastante para que tal milagro tuviera lugar—. Debemos emprender el camino. Me temo que volverá a llover. Y no creo que a Liam le haga gracia que tengáis que desprenderos de vuestro vestido de nuevo delante de otros ojos que no sean los suyos.

—No es mi dueño.

—Él no opina lo mismo. —Tam rio a mi espalda cuando azuzó a su caballo para que iniciara la marcha—. Está convencido de que estáis predestinados, aunque imagino que no os sorprenderá. Si me fío de lo que llevabais al cuello, las creencias de los antiguos no os son desconocidas.

—La sanadora de Glenlyon me inició en las propiedades de las hierbas, combinadas con el poder de mi colgante.

—¿Tenéis poderes?

—¡Ojalá! Así regresaría a mi hogar volando. Pero puedo curar. Y creo que tu amigo necesita esa cura, a juzgar por cómo ha estado conteniendo los gemidos de dolor cada vez que ha hecho un movimiento demasiado brusco.

—Liam tiene tendencia a fingir fortaleza cuando está herido. No se lo tengáis en cuenta. En nuestro mundo y en su vida, vulnerabilidad es sinónimo de muerte.

Como la que él había vaticinado la noche anterior. Un escalofrío me sacudió cuando lo pensé. Definitivamente, nunca querría para el *romanichal* semejante final.

—Effie me enseñó a prestar mis conocimientos a cualquiera que pueda necesitarlos. Sea un alma pura, o el peor de los demonios.

—No os voy a preguntar en qué categoría lo habéis colocado —se carcajeó Tam—. Él también tiene una conexión especial con la naturaleza. La ha trabajado desde niño gracias a su abuela Sorcha, que es lo más parecido a vuestra sanadora. ¿Sabéis que la piedra que

adorna su cuello fue su regalo cuando cumplió cinco años y…?

Se detuvo tan abruptamente que terminé girándome hacia él. Su rostro había abandonado todo buen humor y se hallaba crispado por una repentina seriedad. Sus ojos miraban al frente, como si se empeñara en cerrar la boca antes de soltar algo inconveniente.

—¿Y qué? —animé.

—Nada reseñable. En todo caso, será él quien os informe de todo aquello que deseéis saber acerca de su vida, aunque la vuestra sigue siendo un enigma. Además de ese *laird* que os ha cubierto de dudosa reputación, ¿debemos preocuparnos de alguien más? ¿Familia, quizás?

—Qué delicadeza…

—No me gusta viajar en silencio. Y vos y yo hemos conectado, eso no podéis negármelo.

—Eres amable, gentil y solícito. No deberías, pero me caes bien. —Con un suspiro, regresé al tema principal de nuestra conversación—. Vivía con mi *ban-òglach*, la sanadora de la que te he hablado, mi hermano mayor y su esposa. Estarán tremendamente preocupados por mi ausencia.

—Siento mucho vuestra situación, pero aun a riesgo de sonar egoísta, tengo que deciros que no suponen una amenaza inminente. A no ser que ese hermano sea tan poderoso como el *laird* de cuya compañía gozabais cuando os topasteis con Liam. ¿Es que acaso no tenéis padres?

—El *laird* de Glenorchy es un rastreador excepcional. Nos seguirá por muy lejos y muy rápido que viajemos —afirmé, ignorando deliberadamente su última pregunta.

Era mejor no dar pistas acerca de la naturaleza extraordinaria de mi madre muerta, o de la identidad de mi padre. Tenía la inquietante sensación de que estaba hablando demasiado, pero Tam poseía la facultad de hacerte sentir tan cómoda en su presencia que la lengua se me soltaba sin que me diera cuenta. Además, era intuitivo. Por eso no insistió acerca de mis orígenes, aunque sí exhaló una risilla de suficiencia que me hizo fruncir las cejas.

—Liam también lo es —replicó con seguridad—. Si se propone borrar nuestras huellas, no habrá forma humana de seguirlas.

—Es bastante desalentador oírlo.

Tam se detuvo y me tomó de los hombros para que me volviera. No había ni rastro de su habitual jovialidad cuando me miró y sacudió su morena cabeza.

—Milady, no debéis desconfiar de nosotros, ni de nuestra palabra —dijo—. Si Liam ha prometido que os dejará sana y salva, así lo hará. Aunque siempre ha sacado provecho de los imprevistos. Y me da en la nariz que con vos, conseguirá lo que se propone.

Permitirme ver aquello que sus ojos me gritaban mientras me

acariciaba bajo la manta, en aquel sueño que comenzó siendo aterrador, y terminó levantándome ampollas en la piel y un enorme cargo de conciencia en mi cabeza.

—Te olvidas de un pequeño detalle: yo —repliqué, molesta porque mi enfado se había esfumado con mi sueño, dando lugar a un conjunto de incertidumbres que me intrigaban y me atraían.

Liam ignoraba mi parentesco con el *laird* de Glenlyon, pero, ¿quién era él en realidad? ¿Por qué nos unían tantas coincidencias? ¿Qué era aquello que crepitaba entre nosotros cada vez que nuestras miradas se encontraban?

Deseo. No era tan ingenua como para no apreciarlo y sufrirlo, pero me estaba vedado. Mis principios me prohibían sentirlo por otro que no fuera aquel que habían elegido para mí. Lo contrario, según Ewan, supondría una debacle para nuestro clan, aunque ignorara los motivos.

—Vos lo rechazáis tanto como os gustaría atraerlo —afirmó Tam —. No me miréis con esa cara de ofendida. Somos *romanichals*. Estamos acostumbrados a decir lo que pensamos. No hago otra cosa que ser sincero, y de paso, animaros a que también lo seáis con vos misma.

—Entonces, ¿debo reconocer que la otra noche se posicionó a mi lado para dejar claras sus posibles posesiones?

—¡Eso es! Veo que lo habéis comprendido, cosa que le agradará sobremanera. —De acuerdo, Liam era tan socarrón como él, y encantador sin apenas proponérselo. E intenso, muy intenso, aunque tan entrometido que se colaba donde no era invitado—. El resto son buenos hombres, pero se dejan llevar por sus bajas pasiones. En nuestra cultura, estas no entienden de clases sociales. Liam consideró que con su simple presencia escoltándoos, bastaría.

—No necesito…

El silbido de un disparo interrumpió mi frase. En un acto reflejo, Tam se inclinó sobre mí para protegerme e hincó los talones en el caballo para que emprendiera una loca carrera a través del bosque en el que acabábamos de internarnos.

—¡Agarraos fuerte!

Nos dedicamos a sortear toda serie de obstáculos cuando, a aquel primer disparo siguieron otros dos que, milagrosamente, no dieron en el blanco. Quienquiera que nos persiguiera, sabía lo que hacía, el lugar que pisaba. Era rápido y certero. Tanto como cualquiera de los hombres de Hugh o de mi hermano.

¿Y si al fin me habían encontrado?

Matarían a Tam sin pensárselo dos veces. Me rescatarían y me llevarían de vuelta a mi hogar. De vuelta a mi destino. De vuelta a un matrimonio concertado que cada vez detestaba más.

Liam conservaría la vida, pero no volvería a verlo.

La posibilidad me llenó de una triste incertidumbre que desapareció cuando el cuerpo de Tam cayó a plomo sobre mí, seguido de un jadeo de dolor.

Lo habían alcanzado.

Me giré con la intención de sujetarlo, pero no pude evitar que cayera al suelo. Y con él, mis esperanzas de escapar de quien fuera que nos perseguía, y que no aminoró la marcha cuando el cielo encapotado decidió que descargaría la lluvia torrencial sobre nosotros, para que mi vista no pudiera distinguir nada aparte de su silueta, la capucha que cubría su cabeza y sus rasgos faciales, y su agilidad a la hora de dominar al animal que parecía llevarlo en volandas.

¡Era el momento de detenerme!

—¡No es necesario que sigas amenazándome! —exclamé, con los latidos de mi corazón advirtiéndome de que algo no cuadraba cuando el desconocido ralentizó su marcha conforme se acercaba a mí—. Si me buscabas, me has encontrado. Soy lady Kiara Campbell de Glenlyon.

No me respondió, pero ladeó la cabeza, como si estuviera calibrando la verdad de mis palabras. Su mano derecha seguía empuñando la pistola con la que había disparado. Una mano de carne y hueso que me recordó al metal frío con el que Liam me había tocado.

—¿Te ha enviado mi prometido? —pregunté, con un inexplicable nudo en mi garganta cuando él negó con lentitud—. ¿Mi hermano, tal vez?

—Me encantaría jugar con vos al juego de las preguntas y respuestas, pero si no me doy prisa, el *romanichal* descubrirá el cadáver de su amigo y no contaremos con ventaja —escuché una voz baja, ronca e impersonal que no logré identificar.

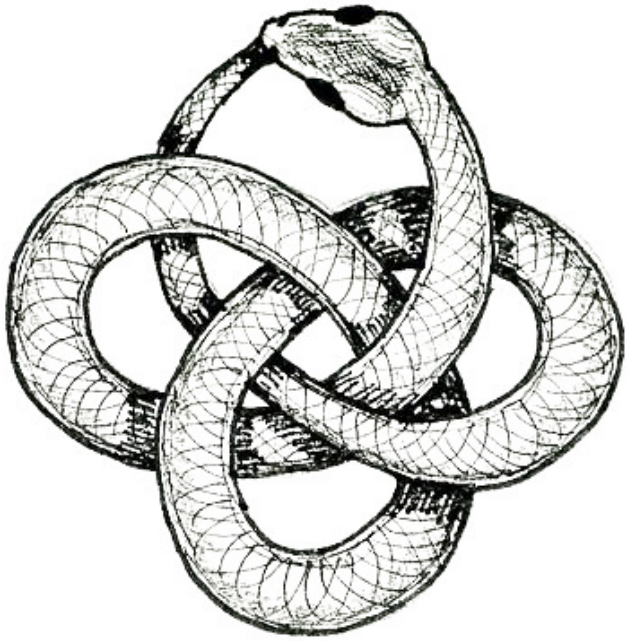
—Me parece que me confundes con otra —intenté rehuirlo, tirando de nuevo de las riendas con toda la intención de emprender una nueva carrera que él intuyó, puesto que alargó su mano libre para sujetarlas antes de que el animal pudiera obedecer mi orden.

La risa que escuché se pareció demasiado a la de un demonio a las puertas del infierno. Mis ojos se quedaron prendidos en el aura que, poco a poco, se hizo más visible. Tenebrosa, sin bordes marcados, como flotando alrededor de su dueño.

El halo de un alma podrida.

—Nunca podría hacer tal cosa, milady —me respondió con sorna, acercándose tanto a mi cara que pude distinguir un par de ojos oscuros, demoníacos, como dos pozos sin fondo que amenazaban con engullirme—. Es a vos a quien busco. Porque con vos, el *romanichal* caerá.

Un certero golpe junto a mi sien me dejó a su merced.



11. YO LO CURARÉ

Kiara

Me hallaba sentada, con los tobillos atados juntos y, al mismo tiempo, sujetos a las patas delanteras de una silla que se me clavaba en los huesos.

Me pareció escuchar mi propio gemido de dolor cuando intenté mover las manos, para comprobar que también estaban atadas hacia delante, sujetando un objeto que no pude reconocer, ya que me encontraba con los ojos tan firmemente tapados que escocía. Intenté pedir auxilio, pero me lo impidió la tela tosca de una mordaza.

—Ya habéis despertado. Empezaba a pensar que os había golpeado demasiado fuerte y que tendría que reanimaros de una forma mucho menos delicada para una dama de vuestra alcurnia.

La voz que sonó a mi derecha como un susurro ronco imposible

de identificar, me hizo girar la cabeza con tanta brusquedad que las palpitaciones regresaron. Respiré hondo para contrarrestar la sensación de vértigo, y detecté otro olor diferente.

El del hombre que me mantenía en aquella situación, y que había hablado tan cerca de mí que, por instinto, retrocedí todo cuanto pude sin caerme con la silla a cuestas.

—Lamento las condiciones en las que os he traído aquí, pero si os lo hubiera explicado, no habríais aceptado de buen grado. Esta cabaña sirve de refugio a los pastores en épocas de mal tiempo, que es casi siempre, así que nuestra intimidad puede tornarse en efímera de un momento a otro, aunque espero que la interrumpa quien tengo en mente —¿De quién hablaba? Se inclinó hacia mí, lo justo para escuchar su respiración pesada, y sentir su repugnante aliento muy cerca de mi nariz—. Ni sirvo a vuestro padre, ni a vuestro prometido. Pero en honor a vuestra sagacidad e inteligencia, responderé a todas esas preguntas que, seguro, os estáis haciendo, antes de que la furia que sentís os impida pensar con claridad. Sois de naturaleza apasionada, temeraria incluso. Por eso os habéis adueñado del corazón del *romanichal*. Sí, hablo del ladrón que os ha despojado de vuestra piedra de brujas. Aunque tiene las horas contadas. Vendrá a por vos cuando encuentre el cadáver de su amigo, si este ha muerto. Y si está vivo, vendrá con más rapidez en cuanto le relate lo sucedido. Es un buen sabueso, ¿sabéis? Ni la lluvia más torrencial conseguirá borrar nuestras huellas. Y cuando llegue…

Liam. Hablaba de él.

Mi pulso se aceleró al comprender lo que se proponía. Me sacudí, intentando en vano deshacerme de mis ataduras, pero él me detuvo con firmeza. La mano que me había acariciado la sien descendió por el contorno de mi cara. No podía verle, pero mientras recorría un lateral de mi cuello hasta descansar en la base de mis pechos, que se agitaban por el miedo más puro y descarnado, supe distinguir el mal. Un mal calculado, firme y bien arraigado en lo más profundo de aquel ser retorcido.

—Sujetáis el arma que lo matará, y que está unida al pomo de la puerta por una cuerda. Cuando él la abra, el mecanismo se accionará solo. —Todo mi cuerpo se hallaba paralizado ante lo que me explicaba. Mi mente se había convertido en un objeto inservible, incapaz de darme una alternativa. A merced de sus sacudidas violentas—. Seréis el cauce de mi venganza. Comprendedme. El dios Taranis no puede cargar sobre su conciencia con una muerte tan deseada. Cuando el *romanichal* deje de existir, y en agradecimiento infinito a vuestra colaboración, os haré mi esposa. Reinaréis conmigo para siempre. Me llenaréis de hijos sanos y fuertes. Seremos infinitos, mi Kiara.

Taranis.

Me hallaba ante la muerte misma. El asesino de la nieta del pobre Duncan, que me usaba para culminar una venganza que incumbía a Liam.

Pero yo no deseaba que el *romanichal* muriera. Ni por mi mano, ni por la de aquel salvaje, ni por la de ninguna otra persona.

—Ahora debo dejaros —murmuró junto a mi oído, satisfecho cuando me estremecí. Seguramente pensaba que era de placer y no por el asco que me inspiraba—. Cuando todo acabe, nuestros espíritus permanecerán unidos para siempre.

Supe que se había marchado porque un silencio casi tan amenazador como su presencia la sustituyó.

No podía gritar, ni moverme en exceso. Solo podía emitir gruñidos que serían insuficientes para alertar a Liam cuando este se acercara por allí. Y teniendo en cuenta el lugar donde según aquel loco nos hallábamos, tardaría en acercarse.

Mejor. Ojalá interpretara mal las huellas que sin duda aquel malnacido había dejado a propósito. Ojalá la misión que estaba llevando a cabo lo entretuviera más de la cuenta. Ojalá encontrara a Tam con vida y lo disuadiera de ir en mi busca.

Aquella última posibilidad me llenó de esperanza. A lo mejor Tam pensaba que un hombre de Hugh me había encontrado para llevarme a mi hogar. De ese modo se acabarían sus problemas, aunque los míos… Intenté no hacerlo, pero terminé planteándome la posibilidad con el corazón encogido dentro de mi pecho. Porque lo cierto era que mis emociones habían sido mucho más contundentes y vibrantes con Liam en un solo día, de lo que lo serían con Hugh el resto de mi vida.

En los ojos de Liam había visto pasión, deseo sin ambages ni disimulos. Ambición derivada de una emoción plenamente física. En los de Hugh solo anidaba la frialdad que movería su cuerpo sobre el mío cuando llegara la hora, como un deber que cumplir para conseguir sus objetivos. Unos objetivos que me habían atado a él, pero que aún desconocía.

¿De qué serviría mi iniciación anticipada junto a Effie, si mi piedra de brujas había desaparecido y el hombre que me la había robado estaba a punto de morir? Y lo haría de un modo retorcido, cruel incluso, pensé mientras el dolor de la rigidez se iba extendiendo por todo mi cuerpo.

Hubiera sido más fácil para Taranis acabar con Liam él mismo. Y sin embargo, pretendía atarme con los lazos invisibles de la culpabilidad. Alejarme aún más de los míos, incluso de Hugh, para lanzarme a una suerte mucho más tenebrosa e incierta.

De un modo u otro, debía advertir a Liam, o a cualquiera que se aventurase a abrir aquella puerta. No supe cuánto tiempo transcurrió,

pero cuando el cansancio comenzaba a vencerme para tentarme con el sueño, me despabilaba una sacudida producto de la alerta constante en la que me hallaba sumida. Mis pensamientos dejaron de tener coherencia, pero sí un único hilo conductor: Liam. Si salvaba su vida, tendría que advertirle del peligro que, al parecer, corría.

Si mantenía mi decisión…

Un sonido seco hizo que levantara la cabeza.

El pomo de la puerta giraba con lentitud.

—¿Kiara? ¿Estáis ahí?

¡Era Liam!

Comencé a emitir toda una serie de gritos amortiguados y gruñidos, acompañados por los golpes de las patas de la silla sobre el suelo cuando empecé a botar sobre ella. Moví las muñecas ignorando los latigazos de dolor que amenazaron con arrancármelas de cuajo, y maniobré con las palmas hasta desviar la pistola de su trayectoria inicial, pero no conseguí mi objetivo.

—Tranquila, milady. Os soltaré.

Era uno de sus hombres, situado a mi espalda. Me liberó de mi mordaza y me entregó de nuevo mi visión para ver que había entrado por una única ventana situada detrás de mí, pero no pude evitar el disparo que dio de lleno en Liam.

—¡Nooooo!

Grité y me precipité hacia él, superando el dolor de mis miembros entumecidos, hasta terminar de rodillas a su lado.

Había ido a por mí.

Pero ahora no se movía. Ni se movería, por mucho que mi corazón estallara en mil pedazos ante la grandeza de lo que aquello significaba.

Como mínimo, merecía todas mis atenciones.

Como máximo… Ni siquiera quise aventurarme a pensarlo.

—¡Él está ahí fuera! —chillé con lágrimas en los ojos, señalando el exterior a los dos hombres que entraron en tromba—. ¡Quiere matarlo! ¡Si no lo ha conseguido ya, no dejará de intentarlo! ¡Debéis apresarlo cuanto antes!

—Milady, afuera no hay nadie. Hemos registrado el lugar y estaba desierto.

—Ha… huido… Pero estáis bien, ¿verdad? Furiosa, tan asustada que me estáis… acariciando el pelo… sin daros cuenta… y con la energía suficiente… para dar órdenes… pero sin un rasguño… ¿O es que acaso os ha…?

Liam había abierto los ojos lo suficiente como para clavarlos en los míos. Su mirada se apagaba al mismo tiempo que la sangre empapaba su camisa blanca. Estaba tan aterrada que ni siquiera fui capaz de ver de dónde provenía, pero tan contenta por verlo con vida

que tuve que contenerme para no besar aquellos labios que se estiraron en cuanto insinuó la posibilidad de una violación.

—¡Estás vivo! —exclamé, mientras continuaba acariciándolo sin arrepentimientos.

—Y si seguís… tratándome así… lamentaré morir…

—¡No bromees! ¡No vas a morir!

Sus párpados se cerraron al mismo tiempo que el aire parecía abandonar sus pulmones. Estaba perdiendo fuerza, pero pareció revivir cuando tomó una de mis magulladas muñecas y volvió a mirarme con tanta determinación que me encogí.

—No me habéis… respondido… ¿Os ha…?

—No era yo su objetivo, sino tú. Montó todo esto para convertirme en tu asesina involuntaria.

—Así que… no queréis asesinarme… Interesante…

Aspiró aire con dificultad y, ayudado por uno de sus hombres, logró incorporarse lo justo para apoyar la espalda en la pared.

—Debéis llevar el *whisky*… al campamento cuanto antes… Tam… necesita vuestra ayuda… Yo me encuentro bien —siguió, señalándose el hombro herido por el disparo.

—Te encontrarás mucho peor si no pones remedio a ese agujero —replicó Kavi, que lo había manejado como si fuera una pluma—. A Tam le basta con Wesh. Su herida es mucho más superficial que la tuya.

—Además, está ella —corroboró Bavol, lanzándome una mirada huraña que no hablaba precisamente de confianza.

—Ella… me curará.

Su mano fría atrapó la mía y apretó los dedos con un ramalazo de ternura que me conmovió. Contemplé esa única mano acariciando mi dorso con el pulgar, como si en realidad no estuviera herido sino empeñando todo su poder de persuasión para convencerme, cuando lo cierto era que ya sabía lo que iba a hacer.

Ambos lo sabíamos. Aquella caricia logró que mi miedo desapareciera, que mi alegría por verlo vivo y consciente, aunque tan débil como un pajarillo, se asentara en mi pecho, y que una sonrisa tan cálida como la suya apareciera en mis labios, por primera vez desde que mi vida había cambiado drásticamente.

—Yo lo curaré —asentí, sin un asomo de duda.

12. CÉDEME TU DOLOR

Kiara

Liam perdió el conocimiento justo después de que sus hombres nos dejaran solos con toda clase de armas a nuestra disposición, provisiones necesarias para aguantar hasta que su estado mejorara, y aquella manta que nos había cobijado la noche anterior.

Yo olía a los orines que se me escaparon a lo largo de mi cautiverio sobre aquella silla que me negaba a volver a ocupar, pero a mi lado se hallaba un hombre en una situación mucho más precaria que la mía.

Con un suspiro, recuperé parte de mi aplomo y me decidí a mirarlo con más detenimiento. Aun allí tirado, parecía imponente. La palidez acentuaba sus facciones como si estuvieran esculpidas en piedra. Permanecía con el cabello todavía enmarañado, pero una

barba mucho más corta y cuidada que me hizo sonreír a mi pesar.

—No has podido hacer nada con tu nariz, y seguramente no te haya dado tiempo a adecentarte el pelo, pero has recortado tu barba. ¿Porque yo te lo sugerí? Quiero pensar que sí. Necesito pensarlo para no dejar que el pánico me domine.

Porque estaba sola con un hombre herido. En una cabaña perdida en mitad de la landa y el brezo, medio oculta gracias a la vegetación del bosque que se hallaba demasiado lejos de cualquier parte como para que alguien nos auxiliara. Taranis podría volver. O permanecer agazapado tras cualquier roca, tronco o arbusto, esperando su oportunidad para terminar lo que empezó.

Y estaba segura de que, en aquella ocasión, no tendría ningún tipo de miramiento conmigo.

Me puse manos a la obra a la velocidad del rayo. Rasgué un buen trozo de la parte delantera de la falda de mi vestido y lo presioné contra la herida. A continuación, tomé su *claymore* y me aventuré fuera de la cabaña.

Por fortuna, había dejado de llover, pero el cielo seguía plomizo, y el viento húmedo que movía las copas de los árboles que nos rodeaban agitó mis rizos hasta que tuve que apartármelos de los ojos para evaluar mejor el lugar donde nos encontrábamos. La vegetación que nos rodeaba era tan exuberante que la cabaña podría pasar desapercibida. Agucé el oído cuando escuché lo que parecía el lento discurrir de un río y avancé, con la espada en alto, atenta a cualquier sonido. Si Taranis se lo proponía, no tendría ninguna posibilidad contra él por mucho que caminara armada, pero me negué a pensarlo. Mi naturaleza era positiva, vital, tenaz. No me rendiría así como así. Presentaría batalla, al menos.

Me descalcé y me adentré en la corriente para lavarme. Volví cuando el sol comenzó a salir a través del cargamento de nubes que coronaban el cielo, y rebusqué en las alforjas de Bonnie hasta hallar mi piedra de brujas, así como una petaca repleta de *whisky* que también requisé, y un pequeño *sporran*[23] que contenía lo necesario para coserle. Sonreí. Era habitual que los hombres viajaran con algo parecido para remendar contingencias inesperadas, aunque no lo era tanto que ese *sporran* apareciera en las alforjas y no colgado de las caderas de su dueño.

Cuando abrí la puerta me lo encontré sentado, con la cabeza ladeada y la espalda apoyada en la pared. Parecía dormido, pero abrió los ojos y me apuntó con su pistola en cuanto escuchó el ruido, para terminar dejándola caer al suelo.

—Creí que no cumpliríais con vuestra palabra —me acusó con voz estrangulada y las gotas de sudor corriéndole por las sienes.

—Nunca di ninguna, pero puedo presumir de ser buena persona.

Jamás dejaría a un herido abandonado a su suerte. Ni siquiera a ti —añadí, con una nota de humor que él apreció curvando un poco las comisuras de sus labios.

—Me alegro, porque además de piadosa, debéis ser fuerte y dejar a un lado los escrúpulos, si es que los tenéis. —Fue entonces cuando me percaté de que sus dedos se hallaban empapados en sangre, y que el trozo de tela de mi vestido no estaba donde yo lo había dejado—. Tendréis que sacarme la bala. No me gusta asustar a las damas, pero… no tengo orificio de salida.

No podía, fue mi primer pensamiento. Nunca había hecho algo parecido. Era Effie quien se encargaba de esas cosas. Yo solía intervenir cuando la herida estaba limpia de elementos externos y debía ser cosida o cauterizada.

—Si llego a saber… que os pondríais más pálida que yo… me hubiera mordido la lengua… Os juro que lo he intentado yo… pero no soy bueno como cirujano… Kiara… ¡Kiara, reaccionad o moriremos ambos!

Di un respingo, como si alguien me hubiera sacudido, respiré hondo y me coloqué la piedra de brujas en su lugar, procurando que las manos no me temblaran demasiado en el proceso.

—Se lo he visto hacer a Effie cientos de veces. No puede ser tan difícil —me repetí, para convencerme a mí misma más que a él—. Déjame ver.

—Soy todo vuestro… Y aunque me encantaría repetir esas palabras en otras circunstancias… mucho más placenteras… os aseguro que el sentido es el que estáis pensando ahora mismo…

Que no era otro que el de salvarle la vida. No me podía permitir el lujo de pensar en ninguna otra cosa, ni él tampoco. Así lo debió entender, porque su mirada dejó de permanecer extraviada el tiempo que tardó en atrapar mi muñeca para acercarme a su rostro, tanto que su aliento irregular cubrió de calor el mío.

—¿Por qué… habéis decidido… quedaros? Si me matáis… podéis pensar que habéis acabado con un asesino… Si me ayudáis… comprobaréis por vos misma mi verdadera naturaleza…

—De momento, me inclino por la segunda opción. —Y con ella, asumía el riesgo. Liam sonrió, comprendiendo, y tomó la petaca de *whisky* que yo todavía tenía en la mano para beber.

—Usad mi *sgian dubh*[24]. Hasta ese punto confío en vos.

No me había percatado de que llevaba uno hasta que no me señaló el tobillo izquierdo. Lo utilicé para cortarle las ropas y poder examinar las heridas. Su torso estaba cubierto de sangre. *Dhia!* Había más de la que podía contener un cuerpo humano.

—Solo puedo usarlo con una mano. No soy zurdo, pero las circunstancias… me han empujado a serlo —lo escuché explicar—. No

podéis hacer lo que debéis con la *claymore*, pero sí… con algo mucho más pequeño, manejable y puntiagudo. Adelante…

—Debería al menos quemar la punta, pero las ramas que he encontrado por el camino están mojadas. Más tarde tendré que recoger algunas para intentar algo con ellas, pero entretanto…

Hice todo lo posible para que mis ojos no se toparan con los suyos, pese a saber que me miraba fijamente; ignoré la respiración pesada e irregular que me llegaba a los oídos, y ni siquiera me paré a pensar de quién de los dos procedía. Con los dientes apretados, rasgué su ropa y procedí a aplicar la punta en la carne para hurgar en la herida, rezando para que me topara pronto con el objeto que debía extraer.

Dios no atendió mis plegarias. Escuché un jadeo contenido y un gemido sordo, pero seguí moviendo el puñal, a pesar de que un sudor frío comenzaba a empaparme entera y la sangre que seguía manando me cubría los dedos.

Levanté la vista. El rostro de Liam aparecía bañado en sudor, tan pálido que temí que se desmayara de un momento a otro. Tenía los ojos cerrados, pero cuando su mano logró sujetar mi muñeca, los abrió.

—Creo que he conseguido tocar algo con la punta —advertí, con un arrojo que estaba lejos de sentir—. Si me dejas seguir, seguro que terminaré pronto y…

—No lograréis sacarlo con el puñal. Tendréis que usar los dedos.

—Lo que estás insinuando…

—Será lo adecuado si pretendéis ayudarme… Hacedlo.

—¡*Dhia*, no!

—¿Es que en realidad os habéis quedado… para ver cómo muero?

La dureza de su pregunta despertó mi ira.

—Cuando te apresaron, ¡estaba dispuesta a ayudarte! ¡Pero lo que me pides es…!

—Kiara…

—¡No creo que sea capaz!

—¡Lo sois! ¡Hacedlo!

Su voz se volvió un sonido perentorio.

Era mi única salida. Nuestra única salida.

Tragué saliva, respiré hondo y terminé asintiendo. Cuando él me soltó y bebió un último trago de *whisky*, dejé el *sgian dubh* y tomé su mano con las mías.

Había presenciado el proceso mil veces en compañía de Effie. Recordaría sus palabras mientras lo llevaba a cabo. Ella me había asegurado que poseía el poder de sanar, y debía creerlo. Contaba con mi piedra de brujas; solo tenía que afianzar mi fe en que así era para intentarlo al menos.

—Será según mis condiciones —afirmé.

—Mientras no sean matarme lentamente…

—Me refiero a las enseñanzas que he recibido desde niña. Lo contrario te supondrá demasiado tormento —añadí, señalando con un movimiento de cabeza su piedra y la mía—. Tendrás que centrar toda tu atención en mí.

—No me va a resultar difícil… Aun con medio vestido, despeinada y asustada… sois hermosa…

—¡Hablo en serio!

—Yo también…

—Si posees la piedra de los dioses es porque conoces el poder que habita en la naturaleza, ¿me equivoco?

—No… Y por lo que veo habéis encontrado la vuestra…

—Ya hablaremos de eso. Ahora, habrás de confiar en mí. Solo nos tenemos a nosotros mismos y a nuestra fe en la sanación por los elementos. Deberás dejar tu mente en blanco. Permite que solo yo ocupe tus pensamientos. Y cuando lo hayas conseguido, siente nuestro tacto. El sonido de mi voz. Mi presencia. Incluso mi olor.

Liam asintió y me miró con tanta fijeza que mis mejillas subieron de temperatura sin que pudiera evitarlo. Mantuvimos el contacto visual mientras los rasgos de su cara se relajaban, hasta que sus párpados se cerraron. Noté cómo crecía nuestra conexión, cómo se hacía más fuerte. Su pecho se hinchó con una inspiración profunda. Inconscientemente, le acaricié el dorso de la mano con mi pulgar describiendo lentos círculos sobre su áspera piel.

—Cédeme tu voluntad, Liam. Cédeme tu dolor. Solo así conseguirás relajarte lo suficiente. Cuando termine, te daré algo para beber que te hará sumirte en un sueño al que no debes resistirte. Recuerda que para sanar hay que dormir. No te dejaré solo; al parecer, a nuestros espíritus se les ha impuesto obediencia, de modo que seguiremos sus dictados.

Observando su placidez, desplacé el dedo al interior de la herida. No me repugnó el contacto con la carne tibia, ni la sangre caliente. No dejé de mirarlo, atenta a cualquier signo que indicara un sufrimiento que seguro estaría padeciendo. Sin embargo, parecía apaciblemente dormido. Ni un solo músculo se le removió cuando al fin di con la bala y logré empujarla hacia afuera, lo justo para poder engancharla también con el pulgar, a modo de pinza, y tirar de ella hacia afuera.

A continuación, limpié la herida, la cosí y arranqué otro trozo de mi vestido para colocárselo a modo de vendaje improvisado. Intenté no causarle más dolor, pero me di cuenta de que hacía tiempo que Liam había perdido la consciencia.

¡Lo había conseguido! ¡Podía curar! Ahora, solo quedaba demostrar mis conocimientos en cuestión de plantas, de modo que

tomé el puñal y regresé a la orilla del río.

No me resultó difícil hacerme con un poco de corteza de unos sauces blancos que crecían al abrigo del agua, así como la raíz de valeriana a la que aún no le habían salido las flores. Recogí ramas, en la esperanza de que se secaran en el interior de la cabaña, así como una piedra de sílex de las alforjas de Bonnie, y regresé.

Durante el resto del día, Liam apenas se movió, pero la fiebre llegó con la noche. Y con ambas, mi desazón. Había que hacer algo, pero mis recursos eran limitados. Aunque podría…

Nadie lo sabría, me dije mientras me desnudaba. Ni siquiera el propio Liam, puesto que permanecía inconsciente. Y mi honor quedaría intacto junto con mi secreto.

Aparté la manta y me acoplé a su cuerpo con la intención de compartir con él un poco del frío que comenzaba a calarme los huesos. Junto a su espalda, aspiré con fuerza y busqué con la mano el lugar donde latía su corazón, hasta lograr acompasarlo con el mío, al mismo tiempo que apoyaba mi cabeza en su hombro sano y me apretaba contra él. Sentí el roce de sus pantalones en mis piernas, la tela de su malograda camisa raspándome los pechos y su trasero en mi estómago, pero logré controlar el galope de mi sangre que respondía excitada a su contacto y me concentré en mi verdadero objetivo, hasta que en mi mente solo existimos los dos. Su pulso latiendo junto al mío, su respiración profunda, libre de sufrimiento, y su mente en concordancia con la mía.

Me sentí en paz. Como si hubiera llegado a mi hogar. Uno con hermosos labios que parecían apuntar al techo. Invitadores, sensuales, casi tan atrevidos como lo que comenzaba a imaginar.

Ya los había probado en otras partes de mi cuerpo, durante aquel extraño sueño que había conseguido despertar en mí emociones desconocidas y potentes. Pero ahora… Ahora me preguntaba si me atrevería a besarlo para seguir experimentando aquella marea de sensaciones. Si sería capaz, llegado el caso, de desprenderme de todas aquellas capas de responsabilidad para con mi gente, a cambio de un solo instante.

Con el ceño fruncido, dejé caer la cabeza junto a la suya y suspiré.

No había lugar para aquellas fantasías. La realidad las aplastaría como si fueran insectos. Pero en ese momento, la realidad se reducía a nosotros. A Liam y su vida.

Después…

El destino decidiría.

Taranis

¡El maldito *romanichal* debía morir!

Pero no por mi mano. Terminar con él en aquellas circunstancias supondría un acto demasiado simple y ofensivo para un intelecto tan único como el mío. No hubiera estado a la altura de Taranis. Por otro lado, le habría procurado un final demasiado rápido; carente de sufrimiento. Y ese malnacido debía sufrir.

Me mantuve en mi escondite mucho después de que aquellos apestosos se hubieran marchado con lo conseguido por la entrega de las armas que transportaban. Mantenía la esperanza de que Kiara hubiera comprendido la verdadera naturaleza de mi espíritu, de lo que pretendía y de lo que esperaba de ella, pero cuando la vi salir corriendo en dirección al río por dos veces, sin prestar atención a los peligros que podrían rodearla, supe que su única preocupación era el *romanichal* que dejaba en la cabaña.

Ni siquiera su pureza, destinada a mí, sino él.

Tuve que contenerme para no volver a raptarla y, de ese modo, contar con el tiempo suficiente para adiestrarla hasta que me sirviera en cuerpo y alma, cuando comprendí que, al menos el alma, se hallaba a disposición del hombre con el que compartía la cabaña.

Eso me enfurecía. Tanto que a punto estuve de no valorar otras opciones. Porque siempre había otras opciones.

Me costó pensar en el destino del resto de los hombres que habían tenido la desfachatez de abandonarlos. Sabía a dónde se dirigían. Lo habían hecho así año tras año, para después desplazarse a celebrar Beltane, desafiando las leyes que les prohibían ese estilo de vida nómada.

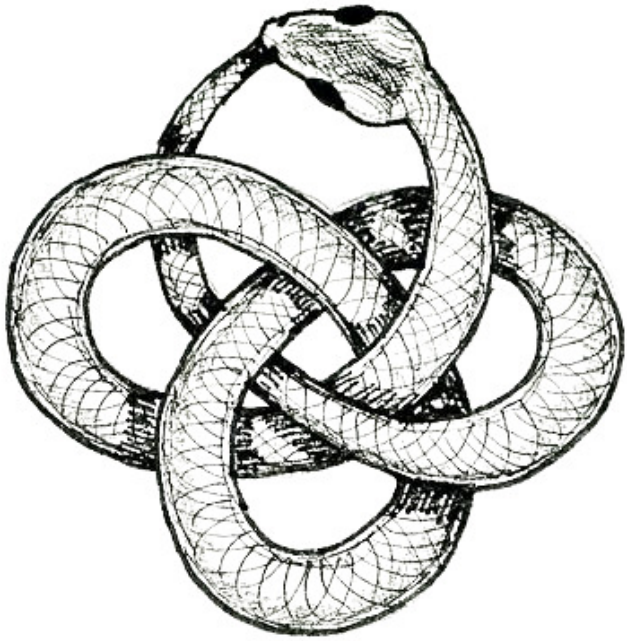
Mi Kiara y su acompañante no tardarían en seguirlos. Solo tendría que adelantarme para poder actuar en el mismo corazón del campamento. De lo que más le importaba a aquel bastardo: su gran familia, sus amigos, su gente.

Ella.

Podría seguir con mi plan. Acorralarlo. Angustiarlo mostrándole lo vulnerable que podía resultar con Kiara a cuestas. Debilitarlo poco a poco, hasta darle el golpe de gracia que lo llevaría a un sufrimiento sin parangón.

No quedaba ni rastro de la humanidad que un día me caracterizó. Nada de la compasión que debí sentir en algún momento de mi vida. Solo ira. Cólera envenenada. Una fuerza nacida de los deseos de venganza que me llevaría a arrasar con la vida tal y como aquel desgraciado la conocía.

Después, me encargaría de Kiara. Restauraría su pureza, si es que la había perdido, solo para mí.



13. ¿CONFIAR?

Kiara

—Kiara…

Sufrí un sobresalto tan grande que casi volqué el precioso contenido de mi cuenco: un caldo confeccionado a base de vegetales recolectados por mí, que pretendía llevarme a la boca para acompañar a los arenques ahumados que todavía conservábamos, y que olvidé en cuanto le oí.

—¡Has despertado! —No me molesté en ocultar mi alegría y guardé el caldo para él. Yo ya comería—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si una manada de caballos salvajes me hubiera pasado por encima. —Cerró los ojos, cogiendo aire con fuerza, para volverlos a abrir, un poco más lúcido—. ¿Y vos? *Och*! No me lo digáis. Vuestro aspecto habla por sí mismo. Habéis debido trabajar mucho para

mantenerme con vida, milady. Ahora mismo, seguramente tenéis peor pinta que yo.

—No creas. Si te vieras… —Sonreí al comprobar que con sus fuerzas había recuperado su habitual sentido del humor, y le ofrecí el cuenco—. Esto te sentará bien.

—¿Mejor que vuestra expresión al verme despierto? Lo dudo.

¡Por todos los dioses! Aquel hombre conseguía que mi cuerpo entero hormigueara con unas cuantas frases dichas con espontaneidad. Sentí el calor en mis mejillas y bajé los párpados con un arranque de timidez que hasta a mí me pareció ridículo.

—No soy ninguna bruja, aunque tenga el don de la visión. Tendría que convertirme en una para desear tu muerte, *romanichal*.

—Ah, entonces no he soñado que hurgabais en mi herida, ni tampoco que me sacabais ese trozo de metal y que después me cosíais con puntadas pequeñas… Aunque no entiendo muy bien esto. —Levantó el muñón para mostrármelo—. ¿Me la habéis quitado vos, o he sido yo mientras me consumía la fiebre?

—Pensé que así estarías más cómodo.

—La única manera de estar más cómodo es arrojándola al fondo de algún lago para que nadie la encuentre —siseó, con un frío desdén dirigido hacia sí mismo que transformó sus facciones atractivas en otras crispadas que me desconcertaron.

—¿No la llevas voluntariamente?

—Cuando la vida te priva de lo que Dios te ha concedido al nacer, ningún sustituto se lleva voluntariamente. Sobre todo, si ese sustituto se convierte en un recordatorio de lo que has perdido. —¿Estaba delirando aún? No. Su resoplido, y el modo en que cerró su mano en un puño mientras apretaba los párpados, eran demasiado reales. Encerraban una historia que le resultaba dolorosa, aunque cuando volvió a abrir los ojos, todo rastro de ese sufrimiento había desaparecido—. Os agradezco cada uno de vuestros cuidados, Kiara. De corazón. Pero entendería que este en particular os ocasionase… repugnancia.

—¿Un muñón bien cosido, repugnancia? He asistido a demasiadas amputaciones con Effie como para asustarme de un trabajo tan bien hecho, la verdad.

Liam se atragantó con el caldo, pero cuando el acceso de tos remitió, me miró con una sonrisa capaz de iluminar el día más encapotado, y con unos ojos tan brillantes que mi corazón se saltó varios latidos.

—Deduzco que esa tal Effie es vuestra maestra. Una muy buena, si ha conseguido que una dama de alta cuna encuentre la piedra de brujas que un ladrón le robó, además del valor suficiente para poner en práctica las curas de los antiguos con éxito. Sois la primera mujer a

quien mi muñón no le inspira rechazo. Lo cual me reafirma en mis suposiciones.

—¿Cuáles?

—Que sois alguien fuera de lo común. Muy fuera de lo común. De otro modo, nunca os hubiera entregado aquello que me pedisteis antes de sanarme.

Elevó su mano con cautela, hasta que las yemas de sus dedos apenas rozaron un par de rizos que me cubrían la cara para apartarlos. La sensación fue tan liviana, pero tan contundente al mismo tiempo, que contuve la respiración. ¿Esperando algo más? Era muy posible. ¿Dispuesta a apartarlo de un golpe si se atrevía? También. Pero finalmente dejó caer la mano.

—Hablo de mi dolor y mi voluntad. Os los cedí con gusto —afirmó—. Pero a cambio, me daréis la información que preciso.

—¿I-Información?

Rompió el contacto visual y, con él, toda la magia que con una simple caricia había creado. De ese modo, las preguntas que mi cabeza había ido acumulando a lo largo de las horas que pasé cuidándole, ocuparon el lugar de aquellas ensoñaciones ridículas que me llevaban a creer que él terminaría besándome. O, lo que era todavía peor, a desearlo.

—Todavía me asombra vuestra capacidad de sobreponeros a las circunstancias adversas. Os aseguro que tuve miedo cuando encontré a Tam herido, pero nada que pudiera igualar al que sentí cuando me contó lo que os había sucedido. —Sus párpados se entrecerraron al mismo tiempo que su voz se volvía gélida—. La mera idea de que alguien os dañara, de alguna manera, me revolvió las tripas hasta el punto de convertirme en un sabueso infalible.

—Pero él no me dañó…

—Lo hizo.

Posó el dedo índice sobre mis labios con dulzura. Los repasó con lentitud, mientras sus ojos volvían a atrapar los míos en un juego de voluntades que me hizo vibrar entera.

—Tenéis los labios agrietados, producto de la mordaza que llevabais cuando os encontramos. —Ascendió por mi mejilla hasta toparse con el moratón de la sien—. Os golpeó aquí para dejaros inconsciente, claro. De otra manera, no hubiera podido reduciros con facilidad, doy fe. —Con una breve sonrisa, siguió resbalando sus yemas por mi hombro, mi brazo, hasta detenerse en una de mis muñecas—. Y aquí está la prueba de las ligaduras que os mantuvieron atada a esa silla durante horas. Sí, Kiara. Os dañó. Razón suficiente para dar con él a como dé lugar. Por eso necesito saber todo lo que podáis decirme, por ridículo o insignificante que os parezca. Ya no estáis sola. Desde ahora, yo estoy con vos.

Y yo me había quedado muda.

Después de pasar por el martirio de no dormir, pensando que Taranis podría atacarnos en cualquier momento, Liam había terminado con aquella sensación que me comprimía las entrañas con toda una declaración de intenciones.

Porque le creía. Si me molestaba en observarlo, veía cada una de sus contundentes afirmaciones grabadas en sus pupilas azabaches como si formaran parte de su identidad.

Había sufrido por mí. Me había seguido para ayudarme.

Y se hallaba postrado en el suelo, débil, por mi culpa.

—Ah, no, milady, eso sí que no. —Debió leerme el pensamiento, puesto que tomó mi barbilla para evitar que bajara la cabeza—. No voy a permitir que os alejéis de mí.

—No me alejo. Estoy aquí, ¿ves?

—Vuestro cuerpo sí, igual de hermoso que la primera vez que os vi, dicho sea de paso. Pero vuestro espíritu se halla con vuestra conciencia. Esa que os acusa de lo ocurrido. Yo sabía a lo que me arriesgaba.

—¿Entonces, por qué lo hiciste?

—¿Por qué lo hicisteis vos? —contraatacó, señalándose la herida.

—No es lo mismo. Yo planeaba ayudarte desde que vi cómo te trataban todos, incluido Hugh. Nadie se merece un trato así.

—¿Hablamos de compasión?

—La misma que, imagino, te movió a seguirme. Una mujer inconsciente en manos de un loco que se hace llamar Taranis…

—Así que Taranis. —Su expresión volvió a endurecerse, no supe si por mi tono indiferente o por el detalle que acababa de ofrecerle—. Solo alguien muy arrogante puede adoptar el nombre de un dios. Contádmelo todo, por favor.

Lo hice sin escatimar en detalles. Incluida la nota dirigida a mí sobre el cadáver de la nieta de Duncan, en el valle.

—Pretendía tu muerte a través de mí —concluí con un extraño nudo alojado en mi garganta al pensarlo—. No lo logró, pero es demasiado presuntuoso como para darse por vencido. Y te conoce. Su odio profundo hacia ti solo puede nacer de ese conocimiento.

—Sin embargo, no se me ocurre a quién puedo tener como un enemigo tan acérrimo, si exceptuamos las pequeñas rencillas que, de vez en cuando, mi trabajo me origina.

—¿Como, por ejemplo, esto? —Le mostré el *sgian dubh*, cuya empuñadura lucía una mano enguantada, sujetando una cruz con su vértice inferior a punto de ser ensartado en una corona—. El emblema de los MacDonald. Como ves, yo también tengo mis dudas con respecto a ti.

—Y demasiado tiempo libre. Más tarde os lo explicaré. Ese

hombre nos conoce. Sabe que sois una *fiosaiche*.

—La única de Glenlyon. Y ahora, por favor, respóndeme.

—Más tarde —repitió con el ceño fruncido—. He de cambiar nuestros planes. Aunque quisiera llevaros de regreso a vuestro hogar, no podría. Él ha matado a una muchacha solo como advertencia. No puedo dejaros allí. Estaríais en peligro.

—Los míos me protegerían.

—Nadie es infalible.

—Ni siquiera tú. El *sgian dubh*, Liam… —canturreé, sacudiendo el puñal delante de sus ojos.

—¡Más tarde!

Retrocedí, asustada por su grito, pero él volvió a sisear entre dientes y atrapó mi nuca. Había arrepentimiento en sus ojos cuando se quedaron prendados en mis labios entreabiertos, abrasándomelos como si en realidad volcara toda su inesperada furia sobre ellos. Me quedé paralizada cuando acercó su rostro al mío exhalando bocanadas de aire caliente que fueron a parar a mi nariz. Permanecí inmóvil, deseando que terminara con aquello que latía entre los dos con cada roce, fortuito o no, y al mismo tiempo lanzando órdenes a mi cuerpo para que se alejara de él lo antes posible.

No pude. No quise. Liam lanzó un suspiro y posó su frente sobre la mía.

—No os apartéis de mí —suplicó—. Me conocéis, Kiara. Habéis pasado conmigo más avatares en unos pocos días que probablemente en toda vuestra vida, por intensa que haya podido ser. Pero ahí fuera hay un demente que asegura ser un dios, y que está dispuesto a actuar como tal. ¿Queréis respuestas? De acuerdo, las tendréis. Robé el puñal, pero conocía a su dueño. Debéis creerme, porque cada cosa que os diga nacerá de mi corazón.

—¿De tu honor?

Los labios masculinos se crisparon. Daba la impresión de que habíamos iniciado un silencioso duelo de consecuencias imprevisibles. Su respiración se aceleró cuando sus ojos descendieron de nuevo a mi boca. Apretó la suya, en un excepcional ejercicio de contención, y maldijo de nuevo.

—No tengo honor. Soy un desecho humano, un lisiado. Esa es la razón de que me contenga para no besaros. Porque también tengo otro montón de razones por las que sí lo haría, y os aseguro que no me arrepentiría de ninguna.

—¿El… agradecimiento?

—Por ejemplo. —Ladeó la cabeza y acercó más su boca a la mía, hasta que mis labios hormiguearon, anhelantes—. Aunque un solo beso no bastaría para agradeceros vuestro arrojo… —Un poco más, y nuestros labios se rozarían. Sus dedos se expandieron a lo largo de mi

cuello y lo acariciaron. Suspiré de gusto y cerré los ojos, dispuesta a recibirlo—. No en vano habéis pasado con un herido una noche y su correspondiente día, rodeada de armas que os serían inútiles en caso de ataque.

Abrí los ojos de golpe, con una exclamación indignada.

Liam me había soltado y me miraba sonriente.

¡Me acababa de provocar adrede! ¿Qué demonios se había creído? En cuanto me vi libre de su influjo, la indignación me hizo arder las mejillas y el orgullo.

—¡Esas armas me sirvieron para sacarte el trozo de metal que tenías en el hombro, y para cortar las hierbas necesarias para curarte, pedazo de asno! —chillé, frustrada más que enfadada porque no hubiera terminado por besarme, después de todo—. ¡Habría blandido la *claymore*, o el puñal, ante cualquiera que nos hubiera atacado!

—No lo dudo, pero, ¿y la pistola?

—Pues…

—¡Ajá! ¡Ahí lo tenéis! No sabéis usarla, pero no penéis. Yo os enseñaré. En cuanto me cambiéis este emplasto, pueda asearme para quitarme este hedor de encima, y recupere las fuerzas suficientes como para perder unas horas en la instrucción. Antes de emprender el camino hacia Rannoch Moor. El único lugar seguro para vos.

No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Taranis puede estar ahí fuera, esperando el momento propicio para acabar lo que empezó. ¿Y tú pretendes enseñarme a disparar como si disfrutáramos de un anochecer, juntos?

—Si deseáis un anochecer, juntos, lo tendréis —prometió, con una voz preñada de sensualidad—. Si Taranis anda cerca, se lo pensará dos veces antes de atacarnos cuando me vea. Y si nos sigue, mejor que mejor. No creo que sea tan inconsciente como para internarse en un campamento *romanichal* con la intención de hacer daño a uno de sus miembros, por mucho dios que se crea. Sabéis que podemos hacerle frente, Kiara. Solo tenéis que confiar en mí.

¿Confiar? El corazón me atoró la garganta. Hacía pocos días escuchaba los planes que otros hacían para mi boda, con un desconocido contra el que todos mis instintos me prevenían. Ahora, era otro desconocido el que me pedía que lo siguiera, cualquiera que fueran sus planes. Sin preguntarme tampoco por los míos. Un enfado creciente logró que mi cara ardiera cuando eché atrás la cabeza para tomar distancia.

—Eres…

—Un hombre que dice lo que siente, que actúa según lo que piensa y que se arrepiente enormemente de no haberos besado, aunque espera remediarlo pronto —me susurró cuando se puso en pie con dificultad y quedamos frente a frente. Con sus dos manos

abarcando mis mejillas y su mirada absorbiendo cada uno de mis pensamientos—. Lo venceremos. De un modo u otro, descubriremos su identidad y lo ejecutaré si es necesario. Pero necesito contar con vuestra total complacencia. ¿La tengo?

Me mordí la lengua. Si se la daba, la distancia que me separaba de mi familia, de mi hogar, pero también de mi destino más inmediato y desconocido junto a Hugh, se agrandaría.

—Los míos nos perseguirán tanto o más que Taranis.

—Los míos nos protegerán con uñas y dientes. Os considerarán una más mientras estéis conmigo. Y cuando todo se haya calmado, prometo que os devolveré a vuestro lugar. Aunque ignore de dónde procedéis, quién es vuestra familia o qué hace una piedra de brujas colgada del hermoso cuello de una dama.

—Piedra que me robaste.

—Necesitaba algo que me ligara a vos más allá de la mera presencia física. No me arrepiento, pero no volverá a suceder. ¿Creéis en mi palabra?

Lo tenía con una rodilla en tierra, la cabeza inclinada hacia mí y su única mano aferrando la mía para apoyar la frente en el dorso, en la mejor demostración de humildad, sinceridad y nobleza que yo hubiera visto nunca.

Era un ladrón declarado y sin porvenir. Sin raíces. Con un atractivo que señalaba al peligro como el peor de los pecados, y con la brutal franqueza adornando sus hermosos labios en una sonrisa permanentemente canalla. Un hombre aparentemente rudo, pero al que había decidido acompañar por propia voluntad, curándolo y permaneciendo junto a él.

Su actitud me abrumó, pero también me llenó de una honda admiración que me hizo preguntarme si me atrevería a seguir adelante. A averiguar qué era aquello que estaba al final del camino, me conviniera o no.

—Siempre que tengas en cuenta mi opinión acerca de cada decisión a tomar —negocié, queriendo parecer seria y severa cuando Liam se puso en pie y me mostró su blanca dentadura en una sonrisa carente de maldad.

—Recordad que nuestros espíritus siguen unidos después de la noche, mientras seguís luchando por nosotros —afirmó con rotundidad, depositando un tierno beso en mi frente que me arrancó un pedacito de corazón.

14. EL ZORRO Y EL LEÓN

Liam

Había estado a punto de morir por mi culpa.

Y con esa valentía que me había demostrado, se había ganado buena parte de una confianza que yo vendía cara. Sin saberlo, Kiara había dejado en carne viva partes de mí que habían permanecido convenientemente ocultas. Nunca me había resultado necesario mostrarlas ante las muchachas con las que retozaba. Ellas conocían lo que llevaba junto a mi mano metálica. No esperaban de mí más de lo que estaba dispuesto a darles, ni se cuestionaban la razón de que no llegara hasta el final con ninguna de ellas. O por qué les ofrecía el paraíso con mi mano, con mi boca, hasta que el delirio las llevaba a corresponderme, y me detenía ahí.

Pero con aquella encantadora *fiosaiche*, todo era diferente. Mis

instintos más primarios me reclamaban una satisfacción bien distinta. Por eso me dejé llevar por el tacto suave de aquella piel del color de la canela, el aroma perenne a violetas y aquella boca que parecía llamarme.

Error. Error. Error.

En cuanto salimos al aire libre, me ayudó a caminar hasta la orilla del río sin perder de vista la cabaña y se acercó al agua, dándome la espalda. La mía se enderezó como una vara ante el espectáculo inesperado que me ofreció mientras yo permanecía sentado, apoyándome en el grueso tronco del sauce blanco del que extrajo la corteza que me ayudó a sanar.

Se hallaba de rodillas, lavando un trozo de su vestido —uno más —, mientras canturreaba. Producto de la energía empleada al frotar, sus caderas parecían inmersas en un movimiento que consiguió que mis dedos arrancaran la hierba que me rodeaba. *Dhia*! ¡Cómo me hubiera gustado acercarme, sorprenderla y reír juntos mientras me unía a esos vaivenes hasta que ambos termináramos en las puertas del mismísimo Paraíso!

—No es para ti, Liam. Ni ella, ni ninguna —rezongué, hasta que la estocada de mis propias palabras me laceró el poco amor propio que había conseguido atesorar a lo largo de los últimos años—. Eres un bastardo que solo puede aspirar a cumplir su promesa. Y la tuya es protegerla y protegerte.

Kiara parecía fuerte, pero tenía un punto de vulnerabilidad que me había mostrado sin darse cuenta, y que se acentuaba con el aspecto atrayente, descuidado y sensual que me estaba ofreciendo. La falda de su vestido, bastante más corta a base de tirar de tela, dejaba a la vista unas deliciosas enaguas que no ocultaban la rotundidad de las curvas que cubrían. Su cabellera flotaba libre y alborotada sobre sus hombros, a merced del viento que removía sus rizos castaños como si esperara que yo se los colocase. Con las mejillas arreboladas, la mirada brillante, aquella boca abierta desafiándome y su espíritu combativo, dispuesto a negociar conmigo hasta el último detalle de nuestra mutua compañía, proclamaba que bajo sus orígenes se ocultaba una mujer de extraordinaria pasión que esperaba ser colmada.

—No por ti, pedazo de alcornoque —seguí recriminándome mientras los ojos se me quedaban secos de tanto contemplar la figura cimbreante que trabajaba como si se tratase de una simple lavandera —. Nunca por ti. ¡Pero que me aspen si acepto por las buenas que sea por otro!

—¿Decías?

Parpadeé para alejar de mis ojos la luz del sol del que disfrutábamos excepcionalmente, y los dirigí a ella, que permanecía de

rodillas ante mí, con el trozo de tela humedecido a un lado y una expresión concentrada mientras utilizaba el *sgian dubh* para cortar la última venda que me había puesto.

—Me recordaba a mí mismo la inmensa suerte que tengo de que las manos de un ángel cuiden de mí. ¿Vais a dañarme mucho, milady?

—Lo necesario para hacer desaparecer esa insolencia burlona con la que tapas otra serie de emociones, *romanichal*. —Con una sonrisa malévola, me destapó la herida—. Tienes que asearte, pero no puedes mojarte los puntos o se reblandecerán y tendremos problemas, de modo que te ayudaré. Quítate la camisa.

—Me encanta vuestra proposición, pero…

—Si no lo haces tú, lo haré yo. —Y con toda la naturalidad del mundo, tiró de lo que quedaba de mi camisa hasta que consiguió sacármela por los brazos—. Vamos, no entiendo ese ataque de pudor cuando ya te he visto desnudo.

—Ni yo este atrevimiento cuando os sentisteis tan azorada al verme. ¿O fingíais?

—¿Finges tú esa frialdad cuando estoy cerca, Liam?

La pregunta fue una bofetada en plena cara. ¿Que si fingía? ¿Se podía hacer algo así cuando ella repasaba con cuidado cada porción de mi piel con el paño húmedo, hasta llegar a mi herida? ¿Cómo podía seguir disimulando el brutal deseo que me hacía perder la cabeza por completo cuando la tenía tan cerca, con sus pechos presionando su escote al inclinarse hacia mí, aquel ceño fruncido producto de la concentración y aquella boca que suponía mi perdición total y absoluta?

—¿Dónde está la dama recatada que se supone que sois? —pregunté, con la voz ronca y el corazón desbocado cuando el paño recorrió mi brazo derecho hasta detenerse en la mano metálica.

—En el interior de la cabaña. ¿Puedo?

—Siempre habéis podido, de modo que adelante.

La mano fue a parar al suelo. Las suyas, a mi muñón.

Y mis dedos se quedaron clavados en la tierra.

—Supongo que no has perdido la sensibilidad en esta zona…

—No queráis saber hasta qué punto, Kiara.

—Veo que tampoco has perdido tu humor. Será bueno para acelerar tu recuperación. —Junto con mi pulso, que latía descontrolado en cada rincón de mi cuerpo al verla maniobrar tan segura, sin prestarme más atención de la necesaria en apariencia, aunque su intenso rubor la delataba y provocaba mi sonrisa más arrogante, que no desapareció cuando me frotó las axilas, el cuello y la cara, antes de volver a deslavar el trozo de tela y regresar a mi lado —. ¿Puedes incorporarte un poco? Antes de cubrirte de nuevo la herida te frotaré la espalda.

—Qué sugerente suena eso… Espero que lo repitáis en algún otro momento menos doloroso y más íntimo.

—No te duele. Ni siquiera has apretado los labios.

Sonrió, con una complicidad que me encrespó la sangre, antes de colocarse detrás y lanzar un jadeo contenido.

Och! Ahora tendría que dar más explicaciones además de la pobre excusa que se me ocurrió para el *sgian dubh*.

—Son los tatuajes de un zorro y un león —musité, intentando parecer sereno cuando sentí el inesperado frescor del paño moviéndose con enloquecedora lentitud por cada palmo de esa parte de mi anatomía.

—Eso ya lo veo. Pero son… preciosos.

—No dejáis de sorprenderme. Donde otras ven algo repulsivo, vos veis una obra de arte. Donde otras aprecian violencia, vos distinguís belleza.

—¿Violencia? —preguntó, siguiendo con aquella dulce tortura que me estiraba el centro de mis pantalones hasta límites insospechados—. Solo me generan curiosidad. ¿Es que estos animales te representan de alguna forma?

—Son… —¡Por San Columba! El paño había sido sustituido por unos dedos que recorrían cada línea de mis tatuajes con una lentitud tan sensual que mi verga respondió como si recibiera la más lujuriosa de las caricias—. El zorro representa la astucia que, según la persona que me lo grabó en la piel, poseo. El león, la nobleza de espíritu, la capacidad de liderazgo, pero también la fiereza al defender lo que es mío. Juzgad por vos misma si esas cualidades me representan.

Me mordí la lengua para contener un gruñido de gusto cuando Kiara desplazó sus manos hasta mis hombros y las posó en ellos. Noté su calor, y casi di un salto cuando sentí la ligera presión de sus pechos al inclinarse hacia mi oído.

—No te conozco lo suficiente, pero parte de lo que he visto coincide en su mayoría, sí —me susurró, con una cadencia tan dulce que estuve a punto de deshacerme a sus pies—. Por eso no entiendo que se enfrenten en lugar de complementarse.

—En este momento, no pienso buscar una respuesta ni siquiera mínimamente adecuada.

Aun no le había encontrado explicación posible, y dudaba que esta se encontrara en los conocimientos de los antiguos que Sorcha me había enseñado, pero lo cierto era que una simple caricia de aquella mujer calmaba hasta las partes más salvajes de mi alma, alborotando otras que era mejor mantener ocultas. Y en ese preciso instante, amenazaban con hacerme quedar en ridículo. Yo, que nunca me había molestado en ocultar mi interés por una hembra, no sabía cómo mover las piernas para ocultar la erección que se revelaba entre ellas.

—*Damnadh*…

No fui capaz de articular otra palabra. Furioso con mi deseo que campaba a sus anchas, y por mis dificultades para dominarlo, alcé la mano hasta toparme con la de Kiara y tiré de ella sin tener en cuenta su gritito de sorpresa cuando cayó sobre mi regazo. Esperaba que se apartara lo antes posible de mí mientras me tildada de todas las barbaridades que se le cruzaran por la cabeza, o que no dijera una sola palabra, ahogada en su propia vergüenza, pero no.

La damisela decidió sorprenderme una vez más y se quedó allí sentada, con los brazos cruzados bajo el pecho que presionaba la tela de aquella manera tan deliciosa, y las cejas alzadas con una seguridad que me provocó un nuevo tirón en mis testículos.

—Hace un rato te atreviste a jugar con mi voluntad. Una por otra, *romanichal* —proclamó con aire victorioso.

Estaba tan atolondrado por el inesperado ataque de su cuerpo aposentado sobre el mío, que tardé en comprender a qué se refería, pero cuando lo hice, una carcajada surgió de lo más profundo de mi garganta, junto con un ramalazo de inexplicable orgullo.

—¿Os referís a…?

—Tu anterior maniobra de distracción, sí. Yo también sé jugar a ese juego.

—¡Vuestro padre se sentiría escandalizado por vuestra conducta! —exclamé, fingiendo severidad.

—Si mi padre me viera ahora mismo, solo me alentaría a tomar esa pistola que tan empeñado estás en enseñarme a utilizar, para emplearla contra ti.

—¿Lo haríais, Kiara? ¿Me apuntaríais con un arma en algún momento?

Sujeté su muñeca con la mano izquierda, acercándola hasta que sus pechos colisionaron contra mi torso desnudo. Por un instante medimos nuestras fuerzas sin una palabra. Solo nuestros corazones parecieron acompasar sus apresurados latidos, mientras ambos apretábamos los dientes.

Quería que me dijera que no. Que lo afirmara con tanta rotundidad que me obligara a desprenderme de mis precauciones para adueñarme de esa boca que a punto estaba de tocar la mía.

—No me pongas a prueba, puesto que ignoro lo que el destino me depara a tu lado —murmuró, con una sombra fugaz de tristeza en sus ojos que en seguida fue sustituida por un brillo malicioso, cuando se puso en pie para cubrirme la herida y, de paso, para tomar distancia conmigo.

—Esperaba una negativa, pero no voy a darme por vencido tan fácilmente. Me arriesgaré a que uséis vuestro aprendizaje en mi contra. Vamos.

—¿Ya? ¡Pero si apenas hace unas horas que te has repuesto!

—Necesito reponerme de otros males, y para eso nada mejor que el ejercicio físico.

Me apoyé en el tronco, me puse en pie y, con la pistola en la izquierda y la mano metálica de nuevo en mi muñón, le hice una seña para que me siguiera.

Habíamos subido un peldaño en el estado de confianza de nuestra relación. Me encantaba, por mucho que también me acercara a ese nivel de peligro que, en un momento dado, me vería incapaz de esquivar.

¿Querría hacerlo?

No tuve más que mirarla de reojo, mientras ella observaba cómo cargaba la pistola, en silencio, con el interés genuino pintado en sus excepcionales ojos verdes, para saber que no.

—Si Taranis ronda por aquí, seguro que escuchará los disparos —apreció.

—Si Taranis ronda por aquí y escucha los disparos, daré gracias a los dioses por poder demostraros en su cuerpo hasta qué punto soy diestro con un arma.

—De acuerdo entonces. ¿Empezamos?

Su impaciencia me arrancó una sonrisa. Me acerqué, la giré de modo que su espalda se acoplara a mi pecho y le señalé una rama baja de un árbol.

—Se trata de darle sin que perezcáis en el intento. Y para ello, debéis prestar atención. Os apoyáis en el murete, así. Tomad bien el arma con las dos manos, sin apartar el dedo del gatillo. Si la sujetáis con una sola mano, no conseguiréis controlarla.

—Tú lo haces.

—No me quedó más remedio que aprender, pero esa es otra historia. —No deseaba hablar de mi mano amputada, sino sentirla cerca, muy cerca. Lamenté por enésima vez el frío metal que me impedía notar el calor de su cintura cuando la cerqué con mi brazo, pero lo compensé con el aroma que manaba de sus rizos castaños—. Apuntad y apretad el gatillo, pero antes, debo advertiros de que el arma retrocede con el disparo. Mantened los brazos bien estirados delante de vos y no relajéis la tensión, porque de lo contrario podríais haceros daño. Adelante. Yo os sostendré.

Me preparé para recibir el impacto de su cuerpo hacia atrás y me armé de paciencia. De seguro tendríamos que practicar innumerables veces hasta que lograra dar a algún blanco inmóvil.

Ella entrecerró los ojos y disparó, al mismo tiempo que emitía un grito al verse proyectada hacia mí. Los dos caímos al suelo, pero Kiara se giró enseguida, preocupada por mi estado.

—¡La herida! ¿Te encuentras bien?

—Si alguien está ahora mismo cerca del cielo, ese soy yo.

Así me sentía, con sus preciosas curvas sobre mí, mi brazo aún enroscado a su cintura y su aliento tan cerca de mi nariz que, con apenas un movimiento, lograría besarla.

¿Y si me arriesgaba? Solo sería un beso. Podría controlarlo. Y ella no me rechazaría. Lo percibí en sus pupilas dilatadas mientras se clavaban en mis labios, en el jadeo contenido que emitió y que me caldeó de nuevo la sangre… Hasta que mis ensoñaciones terminaron cuando se apartó, mucho más turbada que yo, antes de comenzar a dar saltos de alegría.

—¡Le he dado! —gritó, como una niña pequeña—. ¡Mira, Liam! ¡La rama ha caído!

Me costó incorporarme, pero aún más aceptar que aquella pequeña mujercita había conseguido en un solo disparo lo que a mí me llevó bastante más tiempo e intentos.

—Cuestión de suerte.

—Eso te gustaría a ti —me respondió, con las manos en las caderas y una mirada de desafío que me hizo sonreír.

—¿Os creéis mejor que yo?

—Para nada. Te imagino diestro por naturaleza; por lo tanto, habrás tenido que aprender a hacerlo todo con la izquierda.

—Absolutamente todo.

Mis ojos se entrecerraron cuando volví a cargar el arma y aprecié su repentino rubor, que no le impidió elevar la barbilla con orgullo.

—Me encantaría escuchar esa historia, *romanichal*, pero me temo que ahora no tengo tiempo.

—¿He oído bien? ¿Estáis rechazando una explicación que termine con vuestra curiosidad?

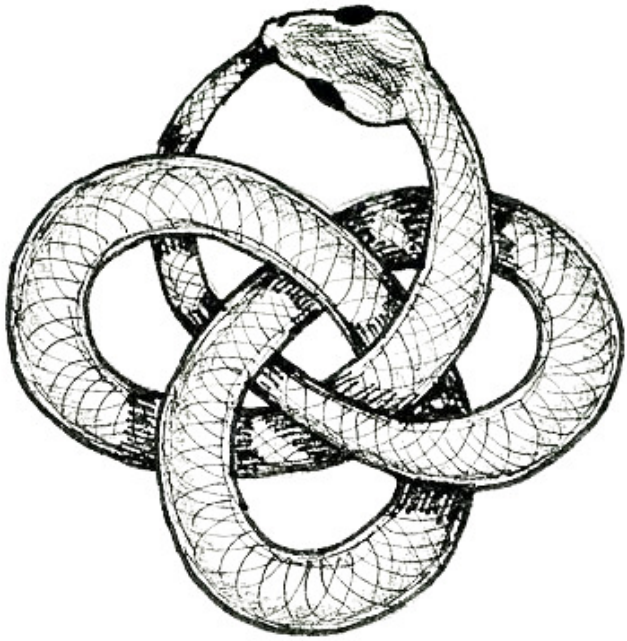
—El tiempo apremia, y debo afinar aún más mi puntería si quiero ser de utilidad.

—¿En qué, exactamente?

—Imagino que tendremos que cazar antes de llegar a tu destino, por ejemplo.

—Me tengo por un hombre lo bastante habilidoso como para aceptar esa tarea aun con el rasguño que con tanto mimo habéis curado.

—Da lo mismo. ¡Vamos! —Tomó la pistola y apuntó a otra rama, pero antes de disparar, me dedicó una larga y enigmática mirada por encima de su hombro—. Pero esta vez, no será necesario que me sostengas, porque no me caeré.



15. EL PODER DE LAS ESTRELLAS

Kiara

Pasamos la siguiente media hora practicando.

Y durante ese tiempo, no dejé de repetirme que él no era para mí. Encarnaba todos los males que un hombre podría representar para una mujer. Todas las incógnitas y un futuro más que incierto. Pero era tan apuesto. Tan cercano. Tan risueño y testarudo. Sus tatuajes y los aros de sus orejas le otorgaban un aire de peligro que cada vez estaba menos segura de querer evitar, porque también simbolizaba anonimato. Lo que necesitaba para escapar de mi destino.

¿Y si aceptaba quedarme con él donde quiera que me llevara? Seguro que Hugh me repudiaría, tanto si regresaba como si no. De mi hermano y mi padre me encargaría cuando atesorara el coraje para explicarles que había decidido… ¿Qué? ¿Que prefería mezclarme con

unos *romanichals* que viajaban fuera de la ley, antes que salvar al clan de un destino aparentemente funesto? ¿Que una piedra de brujas estaba empeñada en que eligiera la compañía de un desconocido como Liam, antes que la del hombre designado por ellos?

—No podéis eludir vuestras obligaciones, sean las que sean.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

Comenzaba a atardecer cuando ambos emprendimos el camino hacia Rannoch Moor. Me giré para apreciar esa sonrisa socarrona que había comenzado a encandilarme.

—Kiara, por suerte o por desgracia, todas las mujeres os debéis a un fin. Y percibo que el vuestro os está ahogando hasta el punto de haceros dudar. Desde ya os digo que no merece la pena.

—¿Y qué más sabes acerca de mí con un simple vistazo, *romanichal*? Porque eso es lo que quieres hacerme creer, ¿verdad? Que con solo ahondar un poco en mis ojos conoces todos los problemas que me abruman.

Liam estrechó más el abrazo e hizo que elevara mi barbilla hasta toparme con su mirada enigmática y seria.

—Estoy convencido de que podría ahondar mucho más, pero por lo pronto me basta para afirmar que sois mucho más de lo que aparentáis —concluyó.

—A mí no me engañas. Juegas sucio.

—¿Cómo podría hacerlo? He estado a vuestra merced como un cachorrillo indefenso, a buen seguro mostrando demasiado de mí.

—Como, por ejemplo, que puedes introducirte en mi cabeza.

—¿Os dais cuenta de que, por menos, han acusado a mujeres de brujas?

—Tu colgante me dice que me acompañarías en la hoguera.

—¿Por eso habláis como si estuvierais enajenada?

—No es una enajenación. Es un hecho.

—No son más que supersticiones —afirmó, emitiendo una risa despreocupada para quitarle hierro al asunto que no me convenció.

—Sé que puede hacerse, porque te colaste en uno de mis sueños.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacía?

Quizá me había arriesgado demasiado, pero si debía revelar parte de aquel sueño tan extraño que había terminado con los dos bajo aquella manta para lograr que confesara, lo haría. Por mucho que las mejillas me ardieran y que él sonriera con presunción.

—Salvarme.

—¿De la muerte, tal y como habéis hecho conmigo? ¿O de algo mucho más inconfesable?

—No quieras saber más de lo que te corresponde de momento.

—Así que de momento… Vaya, deduzco que puede haber un «más adelante» que me llena de alegría.

—No me cambies de tema. Creo en el poder de los antiguos, al igual que tú. Puede que no seas un *fear-tuarasdail*, pero tampoco eres un hombre común y corriente.

—¿Eso es un halago?

—Es una verdad que intentas esquivar, pero que te obligaré a asumir.

Ignoro si fue por mi perseverancia, por mi convencimiento o por su debilidad. Lo cierto fue que, después de un profundo fruncimiento de cejas, terminó sonriendo de medio lado.

—Vos ganáis. Controlar el cuerpo es un juego de niños —empezó, encogiéndose de hombros—. Nunca recibí instrucción al respecto. Por lo tanto, ignoro si mi naturaleza es la de un *fear-tuarasdail* o si, simplemente, sucede. Las emociones y la mente se me resisten un poco más. Y dominar a los demás requiere años de práctica. Supongo que por eso aún no lo he conseguido.

—¿Me estás hablando en serio?

—¿Qué creéis? O mejor aún, ¿qué deseáis creer?

—Que viajo con un hombre más culto e inteligente de lo que aparenta, al menos en su mayoría —arriesgué, turbada ante el contacto directo de su cuerpo, de sus piernas rodeando las mías, la manta conservando la esencia de ambos entre sus pliegues, su aroma masculino filtrándose por mi nariz hasta afectarme al cerebro y esa sensación de seguridad absoluta, mezclada con la excitación que reverberaba en cada parte de mí—. Que, además, es alguien fuerte y perseverante que ha superado el sufrimiento que implica la pérdida de su mano derecha.

—La amputación de la mano fue el menor de los males —dejó caer junto a mi pelo, mientras lo sentía aspirar en profundidad y todas mis terminaciones nerviosas reaccionaban al mismo tiempo—. Tenemos en común más de lo que suponéis. Yo también creo en las antiguas costumbres celtas, como la curación por la tierra.

—Veo poco probable que tu muñón se curara por la tierra.

—¿Hasta dónde llegan vuestros poderes, Kiara?

—No puedo controlarlos, ni manejar mis visiones cuando se producen.

—¿Y por eso insistís en averiguar algo que no es de vuestra incumbencia?

Abandonó su habitual tono suave para sustituirlo por un deje áspero que acompañó con un movimiento brusco cuando nos detuvimos en un pequeño claro.

—¿Te muestras desagradable porque la herida te molesta? —aventuré al verlo desmontar.

—No es la herida lo que me molesta, sino las preguntas impertinentes. Si deseo contaros esa parte de mi vida, lo haré. Hasta

entonces, os aconsejo que no insistáis más.

Sus ojos se habían vuelto distantes, y su rostro tenía una máscara de frialdad que me hizo sentir culpable. Estaba en lo cierto. No tenía ningún derecho a intentar sonsacarle acerca de algo que le resultaba doloroso, a juzgar por la postura rígida de su cuerpo mientras comenzaba a recoger ramas para hacer una fogata que nos calentara ante la noche que se avecinaba.

—Liam, escucha…

—Podéis extender la manta donde lo creáis oportuno. Antes de que despunte el alba, reanudaremos la marcha para llegar a Rannoch Moor —me explicó con sequedad.

—Liam, si estás insinuando que no dormirás conmigo, has de saber que…

—No insinúo. Afirmo.

—Liam, me gustaría que me escucharas —insistí, recorriendo el mismo camino que él para intentar detenerlo.

—Y seguiré afirmándolo hasta que tenga constancia de lo contrario —prosiguió, ignorándome.

—¡¿Quieres hacer el favor de escucharme?!

¡Al fin! El grito logró que arrojara su cargamento a nuestros pies y se dignara a mirarme, aunque había tanta furia en sus ojos de obsidiana que a punto estuve de huir por temor a las represalias.

—Lo siento —murmuré—. No pretendía ofenderte. Perdona mi curiosidad, pero es que a veces es más fuerte que yo y…

—Disculpas aceptadas, *fiosaiche*. Deberíais afinar más vuestro don para saber que no es con vos con quien estoy furioso, pero eso también es otra historia.

Sentí sus dedos posados en mi barbilla un instante antes de que nuestras miradas se encontraran para asombrarme.

Decía la verdad. La calidez de aquel rostro oscuro parecía iluminarlo por entero cuando señaló la manta con un movimiento de cabeza.

—Preparemos el fuego y disfrutemos de los pocos alimentos que nos quedan antes de descansar lo justo —propuso con tanta suavidad que me temblaron las piernas—. Prometo que, mientras tanto, responderé a todo lo que pueda.

—¿Como por ejemplo?

—Por qué Rannoch Moor nos ofrecerá esa seguridad que Taranis pretende aniquilar. Sentaos a mi lado, por favor —invitó en cuanto el pequeño fuego estuvo ardiendo y tuvimos en las manos nuestras pobres provisiones de arenques—. Me gusta teneros junto a mí, como si estuviérais al mismo nivel que yo y no por encima.

—Ahora mismo, somos dos personas que huyen de un loco y van hacia lo desconocido.

—Para mí no es tan desconocido. —Cuando me miró, con aquella ceja alzada que le daba un aire pícaro casi irresistible, supe que se avecinaba algo importante—. Kiara, ¿hasta qué punto puedo confiar en vos?

—Hasta el mismo punto que me has pedido en más de una ocasión, *romanichal*.

—Así que seguimos negociando —admitió con una triste sonrisa —. Bien, entonces corresponderé a aquello que exijo. Os doy la impresión de ser un hombre instruido porque, en efecto, lo soy.

—¿Me estás diciendo que no eres un ignorante, pero vives como un contrabandista? ¿Por qué?

—Por razones que prefiero que se queden para mí. —Inclinó la cabeza hasta que el perfil de su rostro quedó tan en penumbra como buena parte de su vida, pero me dirigió una breve mirada de complicidad que me caldeó el pecho—. Baste decir que mis abuelos se hicieron cargo de mí cuando mi madre murió.

—¿Y tu padre?

—No era uno de los nuestros ni estaba casado con mi madre, de modo que lo tuvo fácil. —«No pongo peros a lo de bastardo». Eso había escupido a Hugh la noche en que lo apresaron. Ahora comprendía su significado—. Sin embargo, costeó mi educación en un monasterio, donde estuve unos años al cuidado de los monjes.

—¿De verdad?

—De la buena. Aprendí matemáticas, escritura, física… Incluso astronomía. Me enseñaron a identificar a las estrellas por su nombre hasta la cuarta magnitud.

—Me temo que no comprendo.

—Os lo mostraré si me lo permitís.

Extendió la mano en mi dirección, esperando a que yo la tomara. No dudé. Dejé que me incorporara y que tirara de mí, hasta colocarme entre sus poderosas piernas, mientras sus brazos reposaban sobre mis hombros y me rodeaban por entero. Noté la dureza que presionaba mi trasero, pero no me aparté. Saber que me deseaba en cualquier circunstancia me elevaba a alturas inimaginables de poder femenino.

—No tengáis reparos en usarme de apoyo, Kiara. Me encanta sentiros en cualquier parte de mí. La herida no va a abrirse por vuestra proximidad. Antes, lo harían mis entrañas —confesó junto a mi oído, con una risilla malévola cuando advirtió mi estremecimiento —. Tenéis frío. La manta nos abrigará.

La alcanzó para cubrirnos con ella. Después, señaló un punto en el cielo.

—¿Las veis? Las de mayor tamaño, las más brillantes, pertenecen a la primera magnitud según los antiguos griegos. Así iríamos descendiendo en importancia, tamaño, brillo y, por consiguiente,

magnitud. Hasta la sexta, para ser más exactos. Esas de ahí son Rigel y Regulus. Y aquellas, Alfa Centauro y Altair.

—Impresionante.

—¿Las estrellas?

—No. Tú. No dejas de sorprenderme ni de abrumarme.

—¿Porque soy capaz de meterme en vuestros sueños y protagonizo vuestras visiones?

—Porque tu inteligencia supera con mucho la del zorro que llevas tatuado en la espalda.

—… Liam.

—¿Cómo?

Sus brazos cerraron el cerco y él inclinó su rostro hacia el mío. Vi un fuerte anhelo en las pupilas iluminadas por las llamas de la fogata. Deseo feroz, pero reprimido. Y supe que no me besaría. No tuve más que recordar su ácido comentario acerca de su mano metálica. Realmente se consideraba un simple lisiado, hasta el punto de no creerse digno de mí. Pero yo quería que lo hiciera. Casi rugía porque así fuera, en la seguridad absoluta de que no me arrepentiría de corresponderlo. Ni de aceptarlo. Ni tampoco de ir con él a donde quisiera llevarme.

—¿Cuándo vais a llamarme por mi nombre, Kiara? —preguntó en un ronco susurro preñado de sensualidad. Se atrevió a seguir el contorno de mis labios con su pulgar, pero no hizo nada más.

—Cuando tú abandones ese trato tan formal hacia mí. Se me antoja absurdo después de lo que hemos tenido que pasar juntos.

—¿Te refieres a mi intromisión en tus sueños?

—Me refiero a tu intervención para salvarme de una de mis peores pesadillas… Liam —aclaré con la voz queda y el corazón a punto de salírseme del pecho, solo con recordar los detalles de esa intervención. Era imposible, pero él pareció comprender a qué me refería, puesto que asintió con una ceja alzada—. Lo cual implica que permitiré que compartamos la manta esta noche.

—¿Para dormir?

¿Cómo podía resultar tan tentador, tan sugerente, considerar todo aquello que insinuaba?

Me costó un mundo asentir cuando lo vi tragar saliva con dificultad, como si tampoco él supiera cómo afrontar otro tipo de respuesta por mi parte.

—En ese caso, deberíamos aprovechar el tiempo —afirmó con la voz estrangulada, pese a que se puso en pie y tiró de mi mano con galantería hasta tumbarse un poco más allá, rodeado de todas sus armas—. Adelante, Kiara. Prometo comportarme como el caballero que esperas que sea, aunque muera en el intento.

¿Hablaba en serio? Su sonrisa decía que no, pero la mirada

profunda de sus ojos afirmaba lo contrario. Y sin embargo, no sentí ni la más mínima inquietud respecto a esa promesa.

La cumpliría a como diera lugar. Todo en mí me lo decía, pese a que, cuando me acosté a su lado y dejé una vez más que su cuerpo me rodeara por entero, deseé lo contrario.

Aquella noche no tuve pesadillas.

Y antes de que despuntara el alba, me desperté al sentir un dedo cálido posado en mis labios.

Liam se encontraba inclinado sobre mí, con esa sonrisa que derretía el corazón, aunque sus ojos recorrían los alrededores con inquietud.

—Debemos marcharnos. No me fío de cada sonido que escucho.

—¿Has escuchado muchos?

—He tenido tiempo de identificarlos mientras velaba tu sueño.

No fue necesario que dijera nada más. Sentir aquella yema áspera sobre mi piel supuso demasiada tentación como para permanecer allí, con mis ojos anclados en los suyos y en las miles de promesas que leí en ellos, y que nunca cumpliría.

Ninguno debíamos. Ambos teníamos nuestras razones, pero yo me aferré a las mías mientras reanudábamos el camino, con Liam a mi espalda en absoluto silencio.

—¿Has visto algo? —susurré inquieta.

—La *fiosaiche* eres tú. Yo solo intuyo el peligro. Y nos anda rondando demasiado cerca.

Me aferré con fuerza a los flancos de Bonnie cuando Liam la obligó a un galope casi suicida que nos hizo atravesar un frondoso

bosque, a través de un sendero tan angosto que dudaba que pudiera verlo, hasta desembocar en uno de los parajes más maravillosos que pude contemplar, gracias a los primeros rayos de luz matutina que incidían directamente sobre él.

Rannoch Moor. Ante mis ojos se desplegó una extensión enorme de páramo pantanoso rodeado por terreno montañoso, cuyos picos parecían herir a las nubes que ya se adivinaban en el cielo del amanecer. Hasta mí llegó el olor de la turba que interrumpía el camino, mezclado con el aroma a fresco que manaba del agua del Loch Raineach, una de cuyas orillas se hallaba cerca de nosotros, y de al menos dos docenas de carromatos de los que comenzaban a asomar sus habitantes. Mientras un sonriente Liam guiaba a Bonnie pendiente abajo hacia ellos, la actividad pareció dominar el campamento. Hombres, mujeres y niños comenzaron con sus quehaceres, ajenos a nuestra presencia, hasta que el mismísimo Tam nos vio y agitó las manos con alegría.

Su aspecto no era malo, aunque cojeaba un poco, producto posiblemente de la herida que Taranis le infligió.

—¡Tam! ¡Estás bien! —exclamé, tan contenta que me gané una mirada ceñuda de Liam antes de dejarme sola a lomos de Bonnie.

—¿Acaso lo dudabais, milady? Yo también me alegro de que hayáis escapado del malnacido que me derribó, y que lo hayáis hecho en compañía de *mo charaid*. Por aquí empezábamos a pensar que lo habríais secuestrado.

—O lo que es peor, dejado a mi suerte —refunfuñó Liam, antes de ser engullido por el abrazo de oso de Tam.

—¡Deja de quejarte como un viejo! —exclamó, bloqueando el paso al resto de los hombres, que admiraban su recuperación con asombro, una mujer que llevaba de la mano a una niña pequeña y una anciana que clavaron sus desconfiados ojos en mí—. ¡No hay nada como la sabiduría femenina para curarnos!

—Imagino que las consecuencias de una cura tan íntima como la tuya no tardarán en producirse y celebraremos una boda, ¿verdad?

—Nunca antes de recibir tu agradecimiento como merezco.

La mujer que había hablado era una de las más hermosas que yo hubiera visto nunca. De largo y rizado cabello negro, al igual que sus ojos, sus generosos labios se abrieron en un grito de algarabía cuando Liam la alzó al vuelo para darle una vuelta completa en el aire, antes de depositar sobre su mejilla un sonoro beso.

—Veo que te has recuperado lo suficiente —le recriminó en broma, golpeándolo en el hombro herido sin fuerza, pero con la puntería suficiente como para que él torciera el gesto—. Oh, disculpa, no quería…

—No pasa nada, Rhona. Solo necesitamos descanso, comida y los

cuidados de los míos.

—¿Y para mí, Liam? ¿No hay abrazo?

La niña, que no tendría más de cinco o seis años, tiraba de su pantalón haciendo un puchero tan grande que él terminó riendo.

—¡Claro que sí, Lilly! Seguro que has cuidado de Tam en mi ausencia tan bien como tu madre, ¿a que sí? —exclamó, tomándola en brazos para estrujarla, antes de devolverla al suelo—. *Mo charaid*, tienes suerte de lucir solo una leve cojera.

—No menos suerte que tú, bribón. Puedo imaginarme tu sufrimiento con lady Kiara a tu lado.

Sus carcajadas se vieron interrumpidas por la anciana que, abriéndose paso entre la pequeña multitud que se había congregado a nuestro alrededor, se dirigió hacia mí.

La miré con curiosidad. Vestía una falda y un corpiño de colores llamativos, que cubrían un cuerpo menudo y delgado. Un pañuelo rojo cubría parte de su trenza ya blanca por el paso de los años, que también se reflejaba en las arrugas de su cara. Su expresión era severa, pero cuando sus ojos, de un tono castaño con pintas doradas, se clavaron en los míos, experimenté un escalofrío que me recorrió de arriba abajo.

Me conocía. Y de algún modo, yo la conocía a ella. Quería echar a correr ante su cercanía, pero mis pies permanecieron clavados al suelo cuando una mano ajada sopesó mi piedra de brujas.

—No sé de qué os extrañáis. Ella es una *fiosaiche* con un potencial extraordinario para convertirse en sanadora. Hola, Kiara Elizabeth Campbell, hija del *laird* John Campbell de Glenlyon, prometida del *laird* Hugh Campbell de Glenorchy. Bienvenida al campamento de Rannoch Moor. Te esperaba.

Mi espanto ante lo que acababa de escuchar solo me permitió advertir una maldición dicha en gaélico, seguida de la furiosa mirada de unos ojos negros, proveniente del hombre que me había protegido y que, en ese momento, se alejaba a grandes zancadas.

16. OCURRIRÁ, TE LO PROMETO

Kiara

Debía ir tras él para aclarar las cosas, pero aquella anciana me lo impidió.

—Se calmará en cuanto acepte la situación —afirmó.

—Milady, ¿de verdad sois una *fiosaiche*? —preguntó la pequeña Lilly al mismo tiempo.

—Y si vuestro padre es un *laird*, ¿qué hacéis con Liam? —remató Rhona, mirándome con suspicacia.

—¡Parecéis gallinas cluecas! —El vozarrón de Kavi las acalló de inmediato—. La muchacha es de noble cuna, pero se ha comportado con nuestro amigo como si se tratara del suyo. Gracias.

—Gracias —apoyó Wesh, que había salido de algún lugar para colocarse junto a su compañero, avergonzado—. Reconozco que os

juzgué mal.

—Como yo —replicó Bavol, que en aquella ocasión olía bastante mejor que cuando lo conocí, con solemnidad—. Gracias. Lo sentimos mucho. Y ahora que hemos dicho lo que debíamos, es toda tuya, Sorcha.

—Menos mal. ¡Traedle algo de comer! —exclamó la anciana, tirando de mi brazo en dirección a uno de los carromatos—. *Jesus*! ¡Tienes un aspecto horrible! ¿Qué ha hecho mi nieto contigo, *caileag*[25]*?* ¿Arrancarte la ropa?

—¿Vos sois su abuela?

—Sorcha para ti. Déjate de tratos formales, que no soy ninguna dama. Vamos a ver si encontramos algo que sea de tu talla.

Lilly se quedó con Rhona, mientras yo subí al que se suponía era el hogar de Sorcha. Porque, para qué negarlo, aquella amalgama de objetos vistosos, aparentemente inútiles, que abarrotaban el carromato y que me recibieron de sopetón, era lo menos parecido a un hogar que yo había visto en mi vida. Los tarros de los que, sin duda, manaba el aroma a especias que me golpeó la nariz, aparecían sin orden ni concierto, aquí y allá, mezclados con diversas telas, prendas de vestir de lo más colorido y algo parecido a un lecho, situado en medio de la estancia, con toda la ropa de cama desordenada.

La pequeña Lilly apareció con un cuenco lleno de leche caliente y un buen trozo de pan que me ofreció.

—Come —ordenó Sorcha—. Tienes aspecto de no haberlo hecho en días.

—Lo cierto es que los hombres de Liam no pudieron dejarnos demasiadas provisiones.

—Me lo imagino. Liam no vive aquí. Ni él ni Mael, mi marido, aparecerán mientras estés conmigo —me aclaró antes de apartar un trozo de seda verde para ofrecerme la banqueta que apareció debajo —. Siéntate mientras encuentro algo que pueda servirte.

Casi desapareció entre un revuelo de telas, hasta que dio con una blusa blanca, un corsé negro para ponerme por encima y una falda.

—Hubiera ganado bastante con su venta, pero tú lo necesitas más que otras. ¡Vamos, cógelo y póntelo! Sin remilgos, no tengo un biombo tras el que puedas ocultarte, y sería una descortesía por tu parte rechazarlo, cuando te has ganado un lugar entre nosotros y en nuestra familia, después de haber cuidado de Liam como lo has hecho.

—Tengo el poder de curar —afirmé, como si fuera necesario recordárselo a alguien que había recitado mis orígenes como si se los supiera de memoria.

—Lo sé. Lo que ignoro es por qué mi nieto ha pasado por alto mi advertencia con respecto a ti.

—¿Le advertiste acerca de mí?

No salía de mi asombro. Sorcha se limitó a encogerse de hombros y asentir mientras me cambiaba de ropa a toda velocidad. Cuando terminé, lanzó una mirada apreciativa a los hombros descubiertos gracias al escote de la blusa, al corpiño negro que ajustaba mi busto sobre ella elevando mis pechos y a mi cintura estrecha, realzada por la falda de un rojo brillante.

—Le hablé de una joven *fiosaiche* que sería su perdición —reconoció sin ningún arrepentimiento—. Me extraña que no me haya hecho caso. ¿Te habló de nosotros?

—Solo me dijo que le habíais criado cuando se quedó sin madre.

—Eso fue hace diecinueve años. El dolor ya es soportable.

Pero apagó la luz vivaracha de sus ojos negros cuando los enterró en el suelo por un instante en el que comprendí que, para una madre, no podía haber tortura mayor que la pérdida de un hijo.

—Yo… lo siento —murmuré, sin saber muy bien qué decir.

—La vida se acaba a veces para engendrar otras. Liam es el resultado. ¿Qué más te explicó? —añadió con una voz que pretendía ser dura, pero que temblaba.

—Me habló de su paso por un monasterio donde lo instruyeron. Me dijo que vendríamos a Rannoch Moor, su hogar.

—Así que nos considera su hogar. Verás cuando Mael se entere. —Contuvo una sonrisa y tomó asiento en otra banqueta enterrada entre telas que despejó de un manotazo enérgico, para pasar a examinarme con mucha más frialdad—. Vaya, veo que Effie tenía razón. Ella te calificó de hermosa, y desde luego que lo eres. Empiezo a entender a Liam y su empecinamiento.

¿Qué acababa de escuchar?

—¿Quién eres? —pregunté, tan paralizada que fui incapaz de moverme—. ¿Qué eres?

—Una pitonisa *romanichal*. Y la mejor amiga de la sanadora que te ha criado, niña. Así que deja de mirarme con los ojos entrecerrados, como si estuvieras a punto de saltar sobre mí, y escucha.

Och! Ya lo creo que escucharía. Por rocambolesco que fuera, me pareció que Sorcha no mentía, ni exageraba, cuando confesó sin tapujos su relación con Effie.

—Éramos hermanas de sangre —dijo, mostrándome una pequeña cicatriz en la base de la palma de su mano—. Mezclamos nuestros fluidos de niñas, mucho antes de que ella cayera en desgracia por enamorarse de un hombre casado, que no era *romanichal* y que la hundió en la miseria al dejarla embarazada y no abandonar a su esposa legítima. Effie se marchó cuando lo supo, y durante muchos años no volvimos a saber de ella, ni ella de nosotros. Hasta hace un tiempo, con la muerte de la *fiosaiche* de Glenlyon. Esa madre con la que no dejas de soñar.

Me había quedado sin capacidad para reaccionar, pero ahogué un jadeo de terror. ¿También estaba al corriente de mis pesadillas? ¿Sabría el papel que Liam había jugado en ellas?

—Sé que has tenido la misma sensación de reconocimiento que yo cuando nos hemos visto, niña. Lo he sentido —arguyó con una voz ronca y espesa que me arrulló como lo haría la de la propia Effie—. Has heredado los dones de tu madre. Debía cuidar de ti, y eso fue lo que hizo. Por ti retomó su contacto conmigo, un Beltane tras otro, sin que nadie más se enterara. Lo contrario hubiera supuesto perder su vida. De ese modo supe de tus padres, tus orígenes y el hombre designado por otros para ti como tu esposo. Un hombre que rechazas de pleno.

Cada minuto que pasaba mucho más, estuve a punto de gritar, influida por ese halo de misticismo y camaradería que aquella mujer se empeñaba en tejer entre nosotras. Si miraba sus ojos, veía una cruda honestidad endurecida por una vida larga y llena de penurias, puesta a mi disposición.

—Effie tiene una nieta, Isobel, pero nunca conocí a su hija, a pesar de que sé que la tuvo —afirmé—. Apenas hablaba de ella. Ni siquiera sé cómo murió. Nunca se lo pregunté.

Y quizá no tendría otra ocasión de preguntárselo.

Una tristeza infinita me invadió al pensarlo. La persona en la que siempre había confiado tenía tantos secretos que podría llegar a convertirse en una extraña para mí. Sin embargo, aquella vieja medio desdentada a la que acababa de conocer, me estaba contando una historia que, instintivamente, creía a pies juntillas.

—Liam te ha traído aquí por propia voluntad, no por la fuerza. Los espíritus que se unen, a veces han de separarse. Pero mientras ese momento llega, está el ahora. Y ahora te encuentras a gusto en mi compañía. A pesar de no comprender cómo has acabado aquí, con la mejor amiga de tu *ban-òglach*. Has pasado días con mi nieto, curándolo. Por fuera y por dentro. Cuéntame lo ocurrido para que pueda evaluar el peligro que os acecha.

Lo hice. Cuando terminé, la faz segura de Sorcha se había oscurecido por la preocupación. Se puso en pie y comenzó a pasearse por aquel espacio tan reducido, medio encorvada.

—Un hombre con un odio obsesivo hacia Liam —masculló, pensativa—. ¿Podría tener que ver con tu prometido o tu familia?

—¿Y tú eres la pitonisa?

—Muy graciosa… Si Effie te ha enseñado bien, y viendo tu piedra de brujas creo que así ha sido, sabrás que lo que llamamos magia tiene mucho de conocimiento antiguo basado en la naturaleza y sus elementos. Ya conoces mi fuente de información. Pero ahora te tengo a ti para aliviar mi curiosidad de vieja.

—Ignoro quién es el demente que nos persigue haciéndose llamar Taranis. Sin embargo, y aunque le hayamos dado esquinazo, cosa que dudo, tanto mi hermano como mi prometido habrán movilizado a todo el clan para encontrarme. ¡Podríais estar en peligro!

—Y eso te preocupa hasta el punto de advertirnos.

—Lo último que deseo es perjudicaros.

—¿Liam está incluido en ese deseo? —Asentí con fervor. No me importaba que supiera que apreciaba a su nieto… No. Lo que sentía por él iba mucho más allá. Por eso tenía aquel mazo presionando mi cabeza cada vez que pensaba en cómo se había ido después de saber quién era yo—. Perfecto, porque nos marcharemos antes de que den con nosotros. Él te ha traído aquí para protegerte —añadió, tomando mis manos entre las suyas—. Ha comenzado a abrirse a ti, pero tú no lo has hecho con él. Por eso se ha enfadado al conocer tu procedencia por boca de otros.

—Se ha sentido defraudado.

—Se le pasará en cuanto te vea así vestida, como uno de los nuestros. Coge ese pañuelo de ahí y átalo por debajo de tus rizos. De ese modo sujetarás tu pelo pero, al mismo tiempo, lo dejarás libre para que todos puedan apreciarlo.

Alargué la mano hacia dónde Sorcha me había indicado y tomé el pañuelo, pero mientras me lo colocaba, mis ojos divisaron un montón de hojas arrugadas que contenían unos dibujos que llamaron mi atención.

—Bueno, el orden no está entre mis cualidades, como has podido comprobar. Los ha hecho Liam —explicó con despreocupación, aunque no se perdía detalle de mi reacción cuando los tomé para apreciarlos mejor.

Por fortuna, tenía el asiento lo bastante cerca como para utilizarlo. De lo contrario, me hubiera caído por la impresión.

Entre esbozos de la turba, el lago, los bosques y montañas que nos rodeaban y los campos salpicados de brezo, además de retratos de los *romanichals* y muchos de sus enseres, me encontraba yo. Sí, era mi figura, mi estampa, mi rostro. Mi pelo, incluso mi mirada, aunque estaba completamente convencida de que no había posado para ninguno de aquellos dibujos tan perfectos, que me retrataban en las posturas más sensuales y provocativas. Con la ropa cubriéndome lo justo, incluso a través de los rasgos marcados del carboncillo podía advertirse la insinuación en mis ojos, la sensualidad cruda que, durante los últimos días, había sentido al mirar a Liam como lo miraba en los dibujos.

La garganta se me quedó seca cuando vi a Sorcha asentir, como si conociera mis pensamientos o la razón por la que mi cara estaba a punto de incendiarse.

—Eres tú, según sus ojos —afirmó con un orgullo que me dejó boquiabierta—. No te devanes los sesos, muchacha. No has posado para él… conscientemente, al menos.

¿Qué quería decir con aquello? Iba a preguntárselo, decidida a desentrañar de una buena vez la naturaleza de lo que parecía unirme a aquellas gentes, cuando un grito infantil proveniente del exterior nos distrajo.

Cuando salimos, nos encontramos a Lilly llorando a lágrima viva mientras señalaba un punto cerca de la orilla del lago.

—¡Mordedor! —gritó, corriendo hacia allí seguida por su madre —. ¡Mael lo ha tirado al agua! ¡Va a ahogarse!

—¿Quién es Mordedor?

—Un hurón con cierta afición a colgarse de los atributos masculinos con sus pequeños dientes —refunfuñó Sorcha—. Seguro que la bienvenida que mi marido le ha procurado a Liam no ha sido de su agrado.

Así que un hurón al que le gustaba morder testículos. Un nombre muy apropiado, pensé mientras me aguantaba la risa y la seguía hasta donde la niña nos señalaba.

Un hombre vestido de negro, tan menudo como mi anfitriona pero mucho más amenazante, gesticulaba con violencia en dirección a Liam. Era su abuelo. Y él no se quedaba atrás. Podían escucharse las voces desde donde nos encontrábamos, aunque no pude distinguir lo que decían porque, antes de que llegáramos a su altura, Liam se desprendió de su camisa nueva, de su calzado, y se zambulló en el lago para emerger con el animalillo, empapado.

—¡Liam! —gritó Mael con desprecio—. ¡No debes estar en tus cabales para arriesgarte así por un cazador de ratas!

El aludido no pareció ofenderse. Con una expresión tan oscura como su rostro, se dirigió a la llorosa Lilly y le devolvió el hurón.

—Y tú debes estar loco para temerle a poco más de medio palmo de piel —le respondió, con una frialdad escalofriante teñida de una inexplicable angustia—. No te sientas tan amenazado, *seanair*[26]. Como ves, soy muy capaz de meterme en el agua para salvar una vida, por insignificante que esta te parezca.

—No me llames así. Te queda mucho para merecer ese privilegio.

—Quizá denominar «privilegio» al lazo de sangre que me une a ti sea decir demasiado. Aunque eres mi abuelo, por mucho que la idea nos desagrade a ambos. En cuanto a lo de merecerlo, te aseguro que estoy haciendo todo lo posible, suponiendo que algún día sea bastante para ti o para él.

—¡Liam, esa boca!

—No te preocupes, Sorcha. No voy a hablar más de la cuenta, por mucho que el sentido de justicia me impulse a hacerlo.

¿A quién se refería con ese «él»? Hubiera podido preguntárselo cuando reparó en mi presencia, de no ser porque sus ojos me recorrieron entera, vacíos de la dedicación que solía hacerlos brillar. Ascendieron apreciando lo que veían, hasta que se encontraron con los míos. Eran de un negro tan amenazante que me provocaron escalofríos. ¿Dónde estaba el joven que hablaba de sus abuelos con cariño, mientras me enseñaba los nombres de las estrellas? ¿Dónde se escondía el hombre aguerrido y fuerte, capaz de plasmar su sensibilidad en un trozo de papel?

Con Lilly, cuando tomó su pequeña mano y se arrodilló ante ella sin dejar de mirarme.

—Lady Lilly de Rannoch Moor, os acabo de devolver a vuestra mascota —recitó con un tono teatral que provocó una sonrisa de Rhona—. A cambio, deberéis ofrecerle protección a la altura de vuestro rango. Ha estado a punto de ahogarse.

—Tiene los días contados —farfulló el abuelo—. ¡Me las pagará!

—¿Antes o después de vértelas conmigo?

Mael apretó los labios en una cara más arrugada que la de su esposa. Me dedicó una mirada llena de desprecio y me señaló.

—¿Esta es la mujer con la que me darás biznietos? —ladró, evaluándome como si fuera una res.

—Deberías tenerle más respeto, Mael. Es hija de un *laird* —soltó Liam, con tanto dolor como sarcasmo.

Por mucho que pretendiera castigarme, él no se merecía un trato así por parte de un viejo que se creía con el derecho de insultarme y menospreciarle de paso. El respeto que le procesaba le impedía responder como se merecía, pero ese respeto no me alcanzaba a mí. Por lo tanto, elevé el mentón, respiré hondo y le hice una reverencia digna de un rey.

—Deduzco por vuestras palabras que sois el líder de esta comunidad, de modo que me presentaré. En efecto, soy la hija del *laird* de Glenlyon, aunque durante un tiempo tuve que ocultar mi identidad por motivos que debo explicar a otro antes que a vos. Pero también soy una *fiosaiche* con potestad para curar. Por ello, me veo en la obligación de aconsejaros que toméis manzanilla.

—¿Manzanilla?

—Es una planta que crece en…

—¡Ya sé lo que es, muchacha insolente! ¡Lo que no entiendo es por qué tendría que tomarlo!

—¿No? —Cuando me erguí, compuse mi expresión más inocente —. *Och*! Perdonad entonces. Pensé que vuestro gesto se debía a… Bueno, creí que teníais dificultad para hacer del vientre y por eso lucís esa expresión de tirantez, o de sufrimiento, o de… En fin, que la manzanilla ayuda a prevenir el estreñimiento, pero en vista de que he

podido llegar tarde en ese punto, os informo de que también es muy recomendable para aliviarlo.

Tuve el placer de ver cómo su cara se ponía lívida. Por un momento, pareció capaz de calcinarme allí mismo, hasta que el rictus severo de sus labios se relajó en una sonrisa, que desembocó en una inesperada carcajada.

—¡Muy bien dicho! —exclamó, palmeando mi mejilla con benevolencia. Ahora la desconcertada era yo—. Trátame como a tu igual. A partir de ahora pasaremos juntos el tiempo suficiente para que haya confianza, aunque veo que ya te la has tomado conmigo. Es una buena hembra, chico. No habrá otra como ella.

—Lo sé. Y lo lamento —lo escuché sisear, antes de que Mael nos dejara, mientras repetía «estreñimiento» una y otra vez entre risotadas y sacudidas de cabeza.

Los demás se carcajearon en cuanto desapareció, pero Liam siguió ignorándome en beneficio de Lilly, como si el incidente con su abuelo no hubiera tenido lugar.

—Pequeña Lilly, antes de que Mael nos interrumpiera, hablábamos de vuestra altura —apreció, dedicando a la pequeña una espectacular sonrisa—. Tam, haz los honores. —Este se inclinó hasta que ella se encaramó a sus hombros—. Esto está mejor. ¿Veis? Desde ahí arriba podréis alcanzar una estrella. Y cuando ya la tengáis, podréis presentársela a lady Kiara, para que aprenda tanto como ya sabéis vos.

La niñita, aferrada al cuello de Tam, comenzó a chillar loca de contento, mientras lo jaleaba como si él fuese su montura y ella, una experta amazona.

—A Tam le encantan los niños, ¿verdad? —aprecié, ensimismada ante el espectáculo tan entrañable.

—Sí, pero ellos no suelen saber qué hacer con él cuando lo tienen delante —respondió Rhona con una sonrisa.

—Me temo que Liam acaba de remediar eso.

Y, de paso, había abierto una inesperada brecha en la coraza con la que pretendía protegerme de su influjo.

Intenté seguir furiosa por su indiferencia, por la frialdad con la que era tratada sin permitirme una pequeña explicación, pero me resultó imposible. Su actitud solo podía conmoverme, porque decía mucho de él. Poseía una sensibilidad que no le importaba exhibir. Donde muchos hubieran visto a un ser vulnerable, yo solo apreciaba la madurez que lo llevaba a reconocer sus puntos débiles para aprender a vivir con ellos. Uno de esos puntos débiles era la relación con sus abuelos. Saltaba a la vista que les quería, pero al mismo tiempo aceptaba el rechazo de Mael, tan evidente para todos los que nos encontrábamos allí.

Un hombre sin honor. Eso había afirmado que era. Y en aquel momento presencié el verdadero significado de aquella afirmación.

—Liam intenta ganarse su beneplácito, pero Mael es duro como una roca. Aunque tú acabas de ponerlo en su sitio, te has arriesgado a que tus palabras lo ofendieran profundamente.

—¿Y qué hubiera ocurrido en ese caso?

Rhona, que se había acercado para susurrarme al oído con disimulo, sonrió.

—Te aseguro que habría escalado el pico más alto, nadado en el lago más profundo y frío, e incluso volado, para volver a ganarse su admiración mientras te protegía de todo mal. Solo hay que ver cómo te mira para saber que eres alguien muy especial para él, por mucho que tu padre sea *laird* o rey de Escocia.

¿Especial? Sí. Y me lo iba a demostrar. Por eso se acercó a mí y tomó mi mano con la suya. Tiró con un poderoso impulso que me hizo chocar contra su pecho, pero me sostuvo por la cintura para evitar que cayera.

—¿Qué haces? —musité, desconcertada.

—Agradecerte lo que has hecho por mí. Todo.

Cuando sentí sus dedos deslizarse sobre mi vestido y la sutil caricia de su aliento en mi rostro, el mundo se detuvo al mismo tiempo que mi respiración. Por una eternidad, nuestras miradas parecieron unirse mucho más allá de nuestros respectivos ojos, hasta que él carraspeó, se apartó y acercó mi mano a sus labios.

—No la beses, te lo ruego.

—¿Por qué? Eres una dama, y yo un simple *romanichal*. No puedo aspirar a nada más.

—Si consiento el gesto, seré yo quien me sienta inferior a ti.

—Ah, comprendo —afirmó, con una ceja alzada que no supe descifrar. ¿Era enfado? ¿Aceptación? ¿Sorna?—. Entonces, ¿prefieres que te bese en otro lugar para que veas cuán superior eres a mí? ¿O quizá te gustaría que me dejara embaucar de nuevo por todos tus encantos, cuando estos ya tienen dueño?

La ira se apoderó de mí con tanta rapidez que alcé una mano dispuesta a abofetearlo. Pretendía humillarme delante de todos, al mismo tiempo que me agradecía mis cuidados, ¡pero yo no era mujer que se dejara insultar tan fácilmente!

Sin embargo, él atrapó mi muñeca, lanzándome una mirada fulminante.

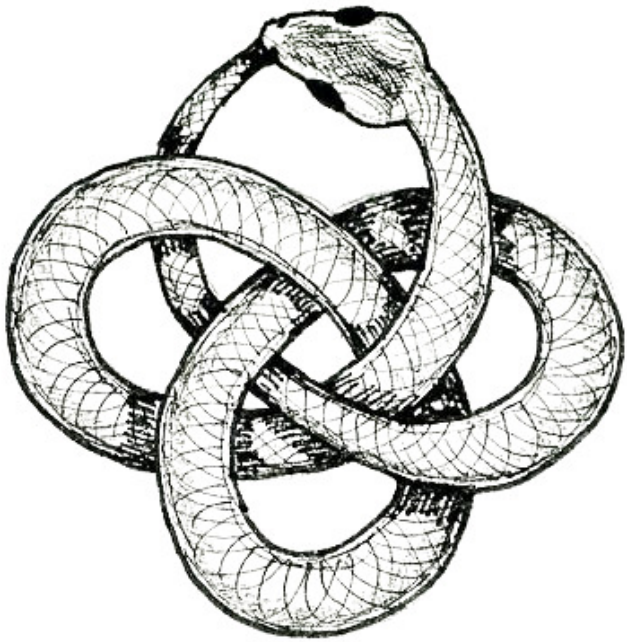
—Ya lo has hecho de otra forma, *fiosaiche*.

Con un gruñido furioso, volvió a acercarme a él. Pude notar el calor abrasador de su aliento, hasta hacerme desear de nuevo aquel beso que nunca llegaba. Para aplacarlo, para serenarme y dejar claras nuestras respectivas posturas. Me miró tratando de ocultar toda

emoción, pero yo ya conocía de memoria cada uno de los rasgos de su cara que me hablaban de lo contrario. La curva perfecta de su boca se había convertido en una línea tensa, y detrás de sus espesas pestañas, dos iris negros encerraban una tempestad a punto de estallar cuando se quedaron prendidos en mi boca hasta que esta me hormigueó de necesidad. Su respiración se aceleró y su agarre se intensificó. La tensión que gobernaba su cuerpo era tal que traspasó la tela para instalarse en el mío cuando se inclinó junto a mi oído. Cerré los ojos y contuve el aliento, pero los abrí en cuanto escuché sus palabras.

—Aún no, Kiara. Pero ocurrirá, te lo prometo.

A continuación, se alejó a grandes zancadas, dejándome con la boca abierta al comprender lo que en realidad acababa de decirme.



17. NUNCA ES DEMASIADO

Liam

Era el momento del zorro.

Pero la astucia requería de una mente despierta, rápida, y la mía se hallaba llena de imágenes de Kiara en el campamento, con los míos, a la vez que escuchaba las afirmaciones de mi abuela acerca de su procedencia.

Unas afirmaciones que, dos días después de que emprendiéramos la marcha hacia Stirling para participar en la festividad de Beltane, aún no habían sido desmentidas por la interesada. Ni una simple explicación me había dado. Claro que yo tampoco le había puesto las cosas fáciles.

Mientras me encargaba de Bonnie, pensaba en ella. En el

contoneo provocador de sus caderas cuando se dirigía al río con Rhona y Lilly, de quienes se había hecho inseparable. Riendo con aquel sonido tan refrescante que solo incentivaba mi furia y mi frustración. Si cerraba los ojos y apretaba los puños para alejar la visión, esta era sustituida por las miradas furtivas que me dedicaba mientras compartía comida con mis abuelos, que la habían aceptado de pleno, al igual que el resto. Tenía el verde agua de aquellos enormes ojos clavado en el alma. El aleteo coqueto de sus pestañas llamándome cuando menos me lo esperaba, y el vibrante movimiento de sus pechos, alzados por el corpiño que siempre llevaba puesto sobre aquella provocativa camisa, grabado a fuego en mis entrañas para castigar otras partes de mi cuerpo.

Maldije. Siseé todo lo que se me vino a la mente con ira dirigida a mí mismo. Y al final, me di por vencido cuando arrojé el cepillo al cubo de agua.

—Así no se te irá ese cansancio acumulado que tienes, muchacho. Ni resolverás tus problemas.

—Tu presencia tampoco ayudará —repliqué a Mael sin dignarme a mirarlo.

Era la última persona que necesitaba a mi lado, aunque debía concederle la razón en aquel punto. Llevaba tres noches durmiendo unas pocas horas. El resto del tiempo lo había empleado en unirme a una vigilancia adicional que exigí después del episodio de Taranis, teniendo como objetivo a mi gente en general… Y a Kiara en particular. Ella no parecía haberse dado cuenta, pero no iba a ningún sitio sin uno de mis hombres de confianza a una distancia prudencial y discreta.

Me habría encantado hacerlo a mí, pero su cercanía era como un rosal lleno de espinas que me advertía del peligro. Mi cuerpo se mantenía lejos, pero mi mente… ¡Por San Columba! A esa no podía contenerla. Me recreaba en Kiara y sus múltiples imágenes, a cada cual más sensual, antes de que la palabra «prometida» convirtiera mis nacientes sueños en la peor de mis pesadillas.

Me dirigí a la orilla del río junto al que habíamos acampado, seguido de cerca por mi abuelo. Desde nuestro primer encontronazo, no había vuelto a buscarme. Mael era así. Ácido, seco, pero persistente.

—¿Ha ocurrido algo importante para que me tortures con tu presencia? —pregunté, con los ojos fijos en las nubes que anunciaban lluvia, sabiendo que estaba a mi espalda—. ¿O tienes en mente una nueva misión con la excusa del honor?

—Aunque no lo creas, no me gustaría nada verte morir.

—Permíteme dudarlo. —Le lancé una mirada de desidia y me senté junto al tronco de un árbol—. Estoy demasiado cansado como

para continuar con nuestro eterno enfrentamiento, así que si eso es lo que te ha traído aquí, ya puedes irte. Seguro que vuestra invitada agradecerá mucho más que yo tu presencia.

—Es de ella de quien quería hablarte.

Levanté la cabeza de inmediato.

—¿Le ha ocurrido algo? —pregunté alarmado—. ¿Se encuentra bien? ¿Está…?

—Tú eres lo que le ha ocurrido. Y por lo que veo, es mutuo. —El rostro de Mael siempre estaba imperturbable. Parecía de hielo. Por dentro y por fuera. Por eso me extrañó tanto que la osadía de Kiara al compararlo con una persona con problemas de evacuación le produjera una carcajada, en lugar de un castigo inmediato que yo no le hubiera permitido, por supuesto—. Deberías designar a alguien para que te vigilara a ti también, chico.

—No estoy para bromas.

—Pero reconoce que esta en particular te ha tranquilizado. Tu suspiro de alivio se ha oído en varias millas a la redonda. —Fruncí el ceño y me mordí las mejillas para no sonreír con sorpresa. ¿Mael, haciendo gala de ironía? Increíble—. ¿El MacDonald está contento?

—¿No te sirve el cargamento de *whisky* como ejemplo de su inmensa alegría?

—Es insaciable. Nunca tendrá bastante. Y suponiendo que al fin te conceda lo que buscas, jamás accederá a la presencia de Kiara. Deberías estar pensando en devolverla con los suyos, en lugar de retenerla contigo.

—¡Se enfrentó a un desconocido que afirmó ser un dios, por mí! Si me fijo bien, todavía puedo ver las marcas de las ligaduras en sus muñecas, ¡de modo que olvídate de esa devolución!

—Veo que tus sentimientos por ella son poderosos. Nunca has sido de disimular, pero ahora estás más lejos que nunca de conseguirlo.

—Y tú no pareces inmutarte ni por mis gritos, ni por mi angustia, lo cual me indica que ni ella ni yo te preocupamos. Típico de ti, no sé de qué me extraño.

De su garganta salió algo parecido a un leve gruñido de disconformidad, pero continuó con su vista al frente, imperturbable.

—Kiara está prometida, sí. Y te lo ha ocultado, al igual que su procedencia. Eso también.

—¿Detecto cierto tono de defensa hacia ella, cuando hace tan solo un momento me estabas empujando a rechazarla?

—Puede. No digo que haya obrado bien, pero no es razón suficiente para comportarte como un borrico que ni siquiera se molesta en conocer las suyas.

—No me interesan.

Hice amago de levantarme, pero Mael me agarró del brazo para impedírmelo. Cuando volví a mirarlo, me pareció detectar un destello afectuoso en sus ojos que a punto estuvo de hacer que los míos se salieran de sus órbitas.

Inconcebible…

—Entiendo que estés lo bastante enfadado como para no escucharla, pero a lo mejor estás juzgando erróneamente —afirmó.

—¿Que yo juzgo erróneamente? ¡Está prometida con otro! Eso me deja poco margen de maniobra, ¿no crees?

—No, no creo. A no ser que pretendas rendirte antes de haber empezado a luchar. Cosa que no me extrañaría, puesto que eres hijo de quien eres, y ella…

—Es una Campbell. Además de un poco consentida, bastante vanidosa…

—Por esa razón tus problemas han durado tanto.

Arrancó una hierba y se la colocó entre los labios, sabedor de que acababa de meter el dedo en la llaga. Porque el instinto feroz de protegerla que se había desatado en mí después de los últimos acontecimientos me estaba ahogando.

—¡De acuerdo, lo reconozco! —exclamé, provocando que las comisuras de sus labios se estiraran imperceptiblemente. *Dhia*! La presencia de Kiara estaba obrando milagros—. Emplearía a todos los *romanichals* de Escocia en protegerla si con ello la librara de los males que siguen acechándola.

—¿Porque te has enamorado?

—¿Qué? ¡No! —exclamé, antes de pararme a pensar en lo que estaba escuchando—. Porque es magnífica. Voluntariosa, divertida, generosa y valiente como pocos hombres.

—¿Hasta el punto de plantearte tener hijos con ella?

Enmudecí. Por un instante, noté cómo la sangre huía de mi rostro y del resto del cuerpo ante la mera posibilidad.

—Nunca pondría en peligro su vida de esa manera —advertí, controlando el súbito temblor que me acometió ante la mera idea de que Kiara sufriera los horrores de un parto hasta el punto de perder su vida. Eso si no sobrevivía para padecer por la criatura que naciera. Por su destino, por su seguridad—. Ni se me ocurriría mancillarla de ese modo —concluí. No veía razón para que mi abuelo se enterara de todos esos detalles que me aterraban, y por los que nunca me arriesgaba a dejar embarazada a ninguna muchacha.

—Ya la has mancillado trayéndola aquí. ¿Qué crees que hará su familia, o su prometido, cuando la lleves de regreso? Podrían relegarla al rincón del olvido solo por la sospecha de que ya no fuera virgen. O repudiarla. En cualquier caso, el desastre sería un mal menor si la reclamaras para ti, por muy Campbell que sea. En fin. Sabes que soy

parco en palabras, pero la muchacha lo está pasando mal, y tú tienes la culpa.

—Como siempre.

—Tú lo has dicho. Sorcha quiere hablar contigo. Te espera.

Se marchó con el mismo aire regio y, a la vez, despreocupado que siempre lo acompañaba. Se creía por encima del bien y del mal, lleno de verdades incuestionables que nadie se atrevía a refutar hasta que una muchachita menuda y de curvas de vértigo lo puso en su sitio con unas cuantas frases, pero ahora había sembrado la duda en mi interior. Si Kiara no se acercaba a mí, era porque yo no se lo permitía. ¡Por Dios que la deseaba hasta casi el dolor! Con una fuerza que abarcaba no solo su cuerpo, sino también su mente despierta, su arrojo, su desparpajo y valentía.

Su alma. Aunque nada de eso fuera mío. No tenía ningún derecho siquiera a cuestionármelo. Entonces, ¿por qué estaba tan furioso si pensaba en todo lo que ella me había ocultado? ¿Por qué me costaba tanto aparentar frialdad cuando me dirigía aquellas miradas llenas de expectación, aguardando a que yo le permitiera una explicación que estaba deseando darme?

—Porque la acariciaste cediendo a una debilidad estúpida —me recriminé a mí mismo mientras entraba en el carromato de mi abuela.

—¿Hablas de Kiara?

Sorcha me miró de arriba abajo con gesto de desaprobación y, acto seguido, me indicó que volviera al exterior con ella. La seguí hasta una pequeña fogata sobre la que pendía una olla con un humeante caldo que olía a gloria, y que comenzó a remover.

—Terminarás agotado de tanto pensar, en lugar de forni…

—¡No te atrevas a decirlo!

—¿Por qué? —preguntó con aire inocente—. La deseas tanto que te arrebatará las energías además del sueño. Es una mujer, haya nacido donde haya nacido.

—Prometida a un *laird*. Con mi tara, no puedo aspirar a igualarlo, mucho menos a superarlo.

—Si piensas eso, es que tu tara se centra en una sordera y una ceguera preocupantes. ¿Es que no recuerdas lo que te dije acerca del zorro? ¡Usa tu inteligencia! —siseó, propinándome pequeños golpes en la frente con su dedo índice—. En estos días no he visto que la muchacha haya mostrado ningún signo de repugnancia hacia tu mano metálica.

—Eso es porque Mael hizo un buen trabajo. Parece auténtica.

—¡Menos fanfarronadas, chico! —murmuró, levantando la mano con la intención de arrearme un pescozón que esquivé a tiempo.

—Alabó tu trabajo con el muñón. Y hablo en serio —añadí, con una leve sonrisa al recordar la conversación.

—Eso ya me gusta más. Hasta donde yo sé, tu única mano te ha bastado para obtener lo que has querido de las muchachas con las que te has relacionado. No veo por qué esta ha de ser diferente.

—Porque nos persigue un loco que se hace llamar Taranis y cuya identidad desconozco.

—Además de dios, debería ser estúpido para aventurarse solo en un campamento de *romanichals* que se mueven constantemente.

—Hemos realizado demasiadas incursiones en las tierras de los Campbell. Podría tratarse de uno de ellos, que ha retrocedido para volver con refuerzos. ¿Te has parado a pensarlo?

—Para eso ya estás tú, que has convertido el asentamiento en poco menos que un campamento militar. ¿Y si en realidad es un MacDonald rencoroso, que conoce el apellido de Kiara, su procedencia y el hombre al que está prometida?

—No pronuncies esa palabra, Sorcha. Me sale sarpullido cada vez que la oigo.

—Una tontería al lado de la posibilidad de que se convierta en la mujer que te haga salir de esa coraza que tú solo te has fabricado, junto con tu mano —añadió ella, con un encogimiento de hombros—. Liam, si deseas tenerla, antes debes seducirla, no espantarla con tu actitud de patán.

—Podría decirse que ya la tengo. —Aunque fuera la primera vez que me atreviera a pensar en ella en esos términos—. De momento, y mientras no se vaya, puedo suponer que es mía.

—Suponer no es lo mismo que afirmar. Y tú estás muy lejos de los segundo, porque necesitarías su consentimiento, cosa que no tienes.

Sorcha puso los ojos en blanco, como si fuera evidente lo que trataba de decirme, aunque no entendiera nada. ¡Me estaba exasperando! Ante la alternativa de estrangularla para lograr que dejara de dar rodeos, me giré cuando escuché la voz alegre de Kiara que, llevando de la mano a Lilly, pasaba por delante de mí, con Bavol siguiéndole los pasos discretamente. Ajena al hormigueo que despertaba en cada parte de mí por el anhelo de volver a tocar alguna parte de su piel, por volver a experimentar esa entrega absoluta pintada en sus ojos, y dirigida a mí.

Rugía por tener aquellos rizos enredados en mi única mano, haciéndome cosquillas en el pecho mientras ella se hallaba encaramada a mis caderas, aunque llevara demasiado tiempo siendo consciente de lo prohibida que resultaba para mí.

No obstante, Kiara permanecía inalterable, como si el asunto en cuestión no la afectara. Sonriente. Integrada. Como si siempre hubiera pertenecido a aquel mundo.

Mi mundo, me gustara o no.

—Se ha adaptado mejor en unos días que tú en años —me

susurró.

—Parece una de las nuestras.

—Lo es mientras esté aquí, pero tú no entiendes nada más que lo evidente, muchacho. Aunque consiguieras casarte con ella...

—No hables de milagros, Sorcha. No son lo tuyo.

—El matrimonio sería más que un compromiso ante Dios. Si aspiras a una relación real con ella, tendrás que esforzarte un poco.

—¿Cómo? —me encontré preguntando.

—Mostrando tus mejores virtudes. Ternura, amabilidad, sentido del humor, alegría, pasión…

—Dudo que encuentre una ocasión adecuada.

Sorcha lanzó un gruñido y puso los brazos en jarras.

—En verdad eres un asno —rezongó—. ¿Te gusta?

—Sería de necios no reconocerlo.

—¿Piensas que es hermosa?

—Lo suficiente como para esclavizar demasiado el cuerpo y la mente de un hombre.

—Nunca es demasiado, hijo. —Apenas la oí, porque mis ojos seguían cada uno de sus movimientos, de sus recovecos, los que mostraba y los que ocultaba, hasta que la garganta se me quedó seca de necesidad—. Piensa en todos los hombres que la habrán cortejado. ¿De verdad crees que quiere entregarse a un patán que ni siquiera se ha tomado tiempo en conocerla un poco? ¡Ah, qué hombres! Me pregunto cómo ha sobrevivido la humanidad durante tanto tiempo con sus cerebros... ¡Si me escucharas, encontrarías el modo de arreglar lo que solo tú has estropeado!

—¿Alejándome de alguien que, según tú, será mi desgracia? ¿O es que no hablabas de ella?

—Tendrás que utilizar tu astucia para averiguarlo. De ti depende que se convierta en tu desgracia, tu salvación o ambas cosas. Aunque si te empeñas en que te eche una mano…

No me había empeñado, pero se las acababa de ingeniar para que pareciera lo contrario. A mi pesar, sonreí con orgullo. Aquella vieja cortante y seca poseía más vitalidad y sangre en las venas que muchas jóvenes que había conocido. Y mucho amor hacia mí, aunque hubiera tenido que mantenerlo tan escondido a causa de Mael, que ya no supiera demostrarlo más abiertamente.

—De acuerdo. ¿Qué debo hacer? —pregunté, cruzándome de brazos, a la espera.

Sorcha abandonó su severidad y sonrió con malicia.

—Conócela, pasa tiempo con ella. Procura hacerla feliz.

—Llevarla de vuelta a su casa no es una opción.

—Nunca la contemplé como tal. Sobre todo, después de saber que, cierta noche, te atreviste a…

—¡Calla, *cailleach*! ¡Podrían oírte!

—¿Todos en general, o ella en particular? —No le afectó mi estallido de pánico y me apartó la mano de su boca con una sonrisa siniestra mientras apuntaba a mis genitales—. ¿Qué has compartido con Kiara?

—Hemos dormido bajo la misma manta, y ha usado mi *sgian dubh* cuando me hirieron.

Sorcha tomó el puñal con el ceño fruncido.

—Humm… De acuerdo, hasta ahí llegará mi ayuda, muchacho. No voy a hacerlo todo por ti. ¡Ya eres un hombre, un adulto hecho y derecho! Pero ya que te veo tan ansioso… Tengo una idea.

Con disimulo se acercó a mí y me susurró al oído su plan.

Cuando terminó de hablar, una sonrisa de oreja a oreja inundaba mi cara.

Ella me devolvió la sonrisa, regresando a su olla como si no hubiera pasado nada.

Hugh

Kiara llevaba desaparecida demasiados días como para que permaneciera sereno.

Mis alianzas, mis tierras y una buena parte de mis arcas estaban en juego, de modo que, en cuanto pude moverme, aunque fuera cojeando, regresé a mis posesiones en Glenorchy y comencé a planificar una visita al conde de Breadalbane, acompañado por Ewan.

Él tenía tanto o más interés que yo en que su hermana apareciera. Las condiciones en las que lo hiciera marcarían el curso de nuestro compromiso.

—Todo tipo de búsqueda ha resultado infructuosa —murmuró Ewan, de camino a los dominios del conde—. Incluso he solicitado la ayuda de Argyll, en vano.

—Sabemos que el hombre que escapó era un *romanichal*. ¡No puede ser tan difícil localizarlos!

—La zona fronteriza de Escocia es peligrosa, Hugh. Los hombres que la custodian son los enviados por el rey Jacobo.

—Un rey que pronto dejará de serlo —escupí con desprecio y las riendas de mi caballo aferradas con fuerza, para disimular la desazón que me consumía—. Si hubiera podido, ¡yo mismo lo habría perseguido! ¡Pero el maldito bastardo me dejó tullido! ¡Lo colgaré de los testículos en cuanto le ponga la mano encima, maldita sea!

—El tiempo y el ejercicio lograrán que recuperes tu vigor acostumbrado. Pero no te oído quejarte del estado en el que puede encontrarse mi hermana.

—Yo estaba presente cuando esa vieja cocinera te aseguró que se hallaba perfectamente.

Ewan me lanzó una mirada tan oscura como su semblante.

—Effie no solo es la cocinera, sino también una reputada sanadora en el valle.

—¿Te has planteado que además de todo eso, podría ser una espía que ayudó al *romanichal* a escapar? Quizá por eso conoce tan bien el estado de Kiara —aprecié. La impotencia de no poder sonsacarla como me hubiera gustado me carcomía por dentro.

—¡Effie ha estado con nuestra familia desde siempre! —siseó Ewan indignado, cuando penetramos en la residencia de Breadalbane —. Ni se me pasaría por la imaginación algo así. Me inclino más a pensar que son sus deseos de encontrar bien a Kiara lo que la hizo hablar de ese modo. En lo que a la fuga se refiere, el viejo fraile nos hizo un relato bastante preciso acerca de cómo había sido asaltado por un desconocido que le robó el hábito. Versión que fue corroborada por el centinela que abrió la puerta al impostor que se hizo pasar por él.

No pude rebatirlo como se merecía. Un ser tan confiado y pusilánime como él no debería ser el primogénito de ningún *laird*, pensé, mientras ambos éramos conducidos a las dependencias privadas de Breadalbane, después de ser anunciados y de dejar a nuestra nutrida escolta fuera.

El conde no nos hizo esperar. Apenas habíamos entrado en su despacho cuando él nos siguió, con un gesto circunspecto que me hizo fruncir el ceño.

—Veo que ya estás repuesto de tu herida, Hugh —afirmó a modo

de saludo, acompañando sus palabras con una palmada amistosa en mi hombro que me hizo rechinar los dientes.

Tenía un aspecto inusualmente descuidado, y un gesto adusto y preocupado en lugar de esa socarronería que siempre me revolvía las tripas. Odiaba la prepotencia de aquel hombre, el poder que ostentaba sobre todos los demás, la magnanimidad que fingía otorgar cuando accedía a alguna de nuestras peticiones.

—Me costará, Su Gracia. El malnacido que me atacó lo hizo a conciencia, antes de escapar y llevarse por delante a una muchacha de Glenlyon, además de a mi prometida.

—Estoy al corriente. Y he puesto a disposición de Ewan todos los hombres de los que dispongo, sin ningún resultado —replicó con aspereza—. Es como si se los hubiera tragado la tierra.

—Pero no se los ha tragado, Su Gracia —intervino Ewan—. Están en algún lugar. Y aunque no se ha podido demostrar que el asesino de la nieta de Duncan sea el mismo que el hombre que se llevó a Kiara…

—Esos *romanichals* son la escoria de Escocia. Hombres que se hacen llamar *highlanders*, pero que en nada se parecen a nosotros. No tienen honor, ni principios. Lady Kiara ha tenido muy mala suerte en caer en sus manos.

Observé la reacción del conde a mis palabras, pero este solo frunció el ceño y se dejó caer en su silla sin invitarnos siquiera a hacer lo mismo. Parecía tan ensimismado en lo que fuera que ocupaba sus pensamientos, que obvió las más elementales reglas de la hospitalidad escocesa.

—Entiendo lo que insinúas, Hugh. Imagino que ese es el motivo de vuestra visita —murmuró, con los codos apoyados en los brazos de la silla y los dedos de ambas manos entrelazados—. En otra ocasión, trataremos el asunto de tus esponsales con lady Kiara.

—Pero, Su Gracia, no debemos adelantar acontecimientos…

Ewan estaba lívido cuando Breadalbane alzó una imperiosa mirada hacia él.

—Es por ello que pospondremos esa reunión. Ahora, hay algo más importante que debo comunicaros. Sobre todo a ti, Ewan. —Se levantó de su asiento, llenó tres vasos con su mejor *whisky* y nos ofreció uno a cada uno—. Bebe. Lo vas a necesitar.

—¿Ocurre algo, Su Gracia?

Breadalbane apuró su bebida de un trago, tomó aire y nos miró alternativamente, para terminar centrándose en él.

—He enviado un emisario a Glenlyon con la noticia, pero si estás aquí preguntando, significa que has salido de allí antes de que él haya llegado —afirmó—. Ewan, acabo de recibir la noticia de que tu padre ha muerto. Eres el *laird* de Glenlyon.

Mi amigo lanzó un alarido de furia antes de estampar su vaso

contra la pared por el dolor de la pérdida, pero yo ahogué una sonrisa de triunfo en el mío mientras me comportaba como se esperaba de mí e intentaba consolarlo.

Lo envolví en un abrazo, pero mi mirada se cruzó con la de Breadalbane. No fueron necesarias las palabras.

El anuncio hecho por el conde tiempo atrás se había cumplido. Ewan sería el *laird* más débil de Glenlyon en años. Si Kiara aparecía en unas condiciones que me permitieran negociar, sería el primer escalón hacia la gloria.

El valle pasaría a manos de Breadalbane gracias a las deudas contraídas por un *laird* muerto, y yo obtendría una cuantiosa recompensa económica, el silencio acerca de mi apoyo a Guillermo, el pretendiente al trono de Jacobo… Y la mano de una mujer rebelde a la que me encantaría domar.

18. BELTANE

Kiara

—¿Lo echas de menos?

Llevábamos una semana viajando en dirección a Aberfoyle, evitando las patrullas que pudieran denunciar a los *romanichals* por transgredir la ley que les impedía ejercer el comercio a su modo. Nuestro ritmo se había ralentizado por culpa del examen exhaustivo de cada roca, loma, río o pradera que atravesábamos, siguiendo las instrucciones de Liam.

El malnacido de Liam.

El traidor de Liam.

El cobarde de Liam, que había tomado la delantera acompañado de Tam, Rhona, Lilly y un buen puñado de los suyos, junto con el *whisky* que habían obtenido a cambio de la entrega de las armas a los

MacDonald.

—Para echarlo de menos, tendría que tenerle aprecio, y hasta eso se ha encargado de pulverizar con esa actitud de prepotente borrico, de arrogante insufrible…

Me crucé de brazos, decidida a no decir ni media palabra más mientras acompañaba a Mael en el pescante de la carreta, disfrutando del escaso sol que las nubes negras dejaban entrever aquella tarde, mientras Bonnie trotaba junto a las mulas.

—Todo estará preparado para la festividad de Beltane en Aberfoyle. A la mañana siguiente, nos desplazaremos a Stirling para celebrar la boda de Rhona y Tam, además de participar en el mercado. Esos dos tienen mucha prisa —concluyó el anciano con un chasquido de lengua que evidenció que lo decía con humor, pese a permanecer serio—. Mi nieto es un hombre ocupado.

—Ha tenido tiempo de sobra para hablar conmigo antes de irse.

—Tú también.

—¡Me prohibió acercarme!

—¿Te lo dijo?

—No con palabras, pero tendría que ser tonta para no darme cuenta del significado de cada una de sus miradas.

—Entonces a lo mejor lo eres, porque Liam te ha mirado de muchas maneras. Y tú te has quedado con demasiadas dudas, incluida esa que tienes en la mano y que insistes en ocultarme.

Los dibujos. Con un resoplido, los sacudí delante de sus narices.

—¡Vosotros conocéis la razón de que me haya retratado… de este modo! —me atreví a exclamar antes de atragantarme con lo que estaba insinuando—. ¡Pero os calláis como muertos!

—Ah, muchacha, te aseguro que no lo estamos. —Las comisuras de sus labios se estiraron en un simulacro de sonrisa. Se estaba divirtiendo, el muy sinvergüenza—. Reconozco que nuestra relación contigo ha empezado de un modo poco aconsejable si quieres llevarte bien con el líder de un poblado de *romanichals*, pero mi confianza tiene un límite. Más allá de él, debe ser Liam quien satisfaga tu curiosidad y todo aquello que necesite ser satisfecho por un hombre de verdad.

Abrí tanto la boca que la mandíbula estuvo a punto de desencajarse sola. No daba crédito a lo que oía cuando vi cómo él lanzaba una risilla.

—Estás más roja que la grana. Igual que cada vez que mi nieto te mira. Ese tipo de rubor es propio de una damisela ingenua, no de una mujer de mundo.

—¡Ni soy una damisela, ni una mujer de mundo deseosa de las atenciones de un… ladrón!

El semblante distendido de Mael cambió de inmediato a otro

mucho más ceñudo.

—¿En qué te basas para llamar ladrón a Liam, chica? —me lanzó con aspereza.

—En Bonnie, su yegua. Lo apresaron acusándole de haberla robado. Y aunque él lo niega…

—Lo niega porque no la robó. Fue un regalo del mismísimo Jacobo a Sorcha por los servicios prestados. Desde que salvó la vida de uno de sus vástagos, tenemos carta blanca en Stirling para vender nuestras mercancías cuando nos plazca. Liam sueña con tener su propia yeguada algún día, de modo que mi esposa le cedió a Bonnie para que él la apareara con el único macho que poseemos. —¿Era ternura hacia Liam eso que oía? Sí, y de la que hacía que sus ojos se volvieran un poco acuosos—. Él siempre ha querido establecerse, echar raíces en un lugar lejos de la frontera…

—¿Formar una familia?

—Su corazón es lo bastante grande como para albergar a esa familia por la que preguntas, si te sirve de respuesta, al igual que otras muchas virtudes de las que no presume, aunque las tenga.

—¿Ese honor del que habla con tanto desprecio y melancolía? ¿Como si fuera un bien inalcanzable?

—Quizá algún día logre alcanzarlo. Pero para ello, tendrá que acatar órdenes, vengan de quien vengan. —La ternura había pasado a teñirse de tristeza mientras lo defendía con una tibieza que me caldeó el corazón. Sonreí, pero él frunció el ceño, regresando a su postura inflexible de inmediato, como si hubiera sido pillado en falta—. Ya estamos llegando. Ve adentro con Sorcha y así la ayudarás en lo que precise.

Obedecí con gusto, porque era la única manera que tenía de pagar su hospitalidad. Desde que había puesto los pies en Rannoch Moor, había limpiado, ordenado, lavado y cocinado todo lo que se me había encomendado. Lástima que Liam no lo hubiera visto, porque a partir de ese momento, intentaría convertirme en invisible para él.

Eso pensaba mientras, en compañía de Sorcha, descendí del carromato para apreciar el *raon ùrnaigh,* encaramado en una pequeña loma donde se hallaban acampados los *romanichals* que nos habían precedido. En la base de la pequeña colina salpicada de brezo que me llenó la nariz de su aroma característico, corría el río Forth, que nos separaba de la aldea de Aberfoyle, en cuya orilla un grupo de niños, entre los que distinguí a Lilly, jugaban y chapoteaban.

Pero ni rastro de Liam.

Me percaté de que el número de carromatos vistosos había aumentado, señal de que otros grupos se habían unido al nuestro para la celebración. Las hogueras crepitaban aquí y allá, respirándose un aire de mítica festividad a la que nos unimos de inmediato. Sorcha

desapareció tragada por un grupo de mujeres que compartían el mismo don que ella, y Mael quedó relegado en un segundo plano, acompañado por otros hombres.

Pero seguía sin haber ni rastro de Liam.

—Está con Tam, los chicos y el cargamento de *whisky*. Por si te lo preguntas, ha viajado tan callado como si estuviera enfermo, taciturno y de un humor de perros, pero en cuanto sepa de vuestra llegada, acudirá.

Era Rhona quien me ofrecía aquella información con una sonrisa de seguridad que me dejó sin palabras. ¿Tan evidente era mi interés en él? ¿Esa incertidumbre que me atolondraba, llevándome de un extremo a otro de mis emociones? ¿Esas ansias irracionales de tenerlo cerca, aunque solo fuera para abofetearlo por su conducta?

—Gracias —dije simplemente, forzándome a encogerme de hombros como si no me importara en absoluto.

—Creo que se ha enamorado de ti, pero tiene miedo de reconocerlo —siguió Rhona, llevándome hacia su propio grupo de mujeres—. Aunque viéndote esta noche, se lo vas a poner muy difícil. Sorcha se ha esmerado en hacerte parecer una mujer hecha para el pecado más oscuro, Kiara. Y lo ha conseguido.

Me eché un breve vistazo para apreciar la camisa, cuyo escote elástico dejaba a la vista buena parte de mis pechos y mis hombros, la falda del mismo color verde que mis ojos, y mis rizos, que aquella noche flotaban sueltos hasta la cintura.

—No deseo atraerlo —murmuré sin convencimiento.

—Bueno, todavía estás a tiempo de vestirte como una vieja decrépita —rio, pero cuando comprobó que yo no me movía, señaló el círculo de piedras—. ¿Has presenciado alguna vez el ritual de Beltane?

—No. Effie decía que no era aconsejable antes de mi iniciación.

—¿Decía? ¿Ha muerto?

—¡Espero que no! —Pero en aquellos momentos parecía tan lejana en el tiempo que había hablado de ella en pasado.

—Pero llevas la piedra. Y Sorcha está convencida de que eres una *fiosaiche*, pese a que no parece que hayas tenido visión alguna.

—Gracias a Dios —suspiré, sin disimular mi alivio, ganándome con ello las sonrisa de todas las demás—. Ella me inició la noche en la que me encontré con Liam.

Al pensarlo, un nudo de emoción constriñó mi garganta, haciendo que los ojos me escocieran por las repentinas lágrimas de añoranza que los anegaron, y que se suavizaron cuando Rhona apretó mi mano con la suya y asintió con camaradería.

—Sorcha dice que volverás a verla, y yo la creo —me susurró al oído—. Pero ahora, mira.

Un silencio sepulcral se fue adueñando del campamento cuando,

de algún lugar, salieron varias personas ataviadas con túnicas tan blancas que parecían casi traslúcidas, escoltando a una hermosa muchacha cubierta con un velo, hasta el círculo de piedras, donde un hombre aguardaba. Al ritmo que marcó el sonido vehemente de los *bodhran*[27], el grupo se acercó al centro del círculo.

—Por si tu querida Effie no te lo ha explicado, estamos a punto de celebrar la renovación y la fertilidad de la tierra y de los hombres. En Beltane no se encienden hogueras en las cimas de las montañas. De lo contrario, podrían confundirse con las de orientación y harían saltar las alarmas.

—Como si estuviéramos sufriendo una invasión…

—O como si los *romanichals* aquí presentes nos empeñáramos en llamar la atención hacia nosotros mismos y nuestras actividades. Algo muy estúpido, sin duda —me susurró, mientras yo observaba, fascinada, cómo la muchacha comenzaba a danzar trazando círculos alrededor de un joven, adornado con unas hojas de roble—. Ella es virgen. Por eso hoy la han destinado al acoplamiento.

—¿Qué?

Di un bote tan grande que mis ojos se desviaron, espantados, hasta caer sobre un enorme semental gris que se acercaba, guiado por su jinete. Un hombre oscuro, con sus pupilas del color del ónix clavadas en las mías mientras descendía y se mezclaba entre el gentío, a una distancia prudencial de mí.

Era Liam. Con buena parte de su humildad impulsándolo a buscar un acercamiento cauto, en lugar de la soberbia que yo esperaba encontrar después de aquella huida.

Tragué saliva varias veces. Respiré hondo y lo ignoré para seguir prestando atención al ritual. Sin embargo, el muy sinvergüenza se dio cuenta de mis intenciones y se desplazó a mi derecha, de modo que la única manera de no apreciar su presencia a través del rabillo del ojo, era apretando los párpados hasta que me dolieran.

No lo hice y seguí con la vista fija en el círculo, aunque una de las muchachas que nos acompañaban se percató de su presencia y nos abandonó con la intención de colgarse de su cuello.

¡Colgarse de su cuello! Y aquella risilla queda que me llegó a los oídos, ¿era la de ese petimetre? *Och*! Necesité apretar los dientes además de los puños para permanecer atenta al viejo druida que levantó los brazos al cielo del anochecer para recitar su oración:

—¡Estamos aquí para honrar a Dana, diosa de la tierra, y a Beleño, dios del sol! Les pedimos que reaviven la luz y el calor sobre nuestra tierra un año más, con esta unión que dará fertilidad y prosperidad a nuestra especie…

La muchacha se detuvo junto al joven, al mismo tiempo que los *bodhran* cesaban en su ritmo machacón. Mientras las voces parecían

aumentar su volumen, coreando palabras dichas en la lengua de los antiguos, el chico tumbó a la joven en el suelo, levantó su túnica y la acarició, besándola hasta que ella se retorció de placer, demandando lo que finalmente le dio. Se subió su propia túnica y la penetró. Ella gritó un instante, pero enseguida se unió al ritmo que el hombre le impuso, mientras todos los jaleaban y yo me quedaba sin habla, sin capacidad para pensar y con mi cuerpo vibrando ante aquello que me resultaba desconocido y, al mismo tiempo, excitante.

Se estaban apareando en honor a los dioses. Era la continuidad de la vida. Y yo lo estaba presenciando cada vez más alterada, como si mi respiración bailara al son dictado por los amantes. Enfebrecida, con las manos sudadas y el corazón embalado.

Un cuchicheo poco disimulado, seguido de una risa masculina, logró que el espectáculo hipnótico que me tenía sugestionada disminuyera su poder sobre mí. Aun en trance, giré la cabeza para ver a Liam, que se había desprendido de la camisa con la que había llegado. O tal vez la buscona que tenía pegada se la había arrebatado. Fuera como fuere, las manos de la muchacha *romanichal* lo sobaban con desvergüenza, y él se dejaba hacer con su atención puesta en mí.

Tenía un aspecto salvaje e indómito, pero al mismo tiempo irradiaba una delicada belleza, con sus largos cabellos negros flotando sobre los imponentes músculos de los hombros. El amplio pecho describía una línea perfecta descendente, que desembocaba en la cintura. Sus caderas estrechas dejaban paso a un par de piernas delgadas, pero fibrosas y firmes, como el resto de su cuerpo. Un cuerpo que derramaba tensión, deseo reprimido pero creciente, acuciado por las caricias de la joven.

¡Malnacida! Me levanté de un salto e ignoré el ritual que había llegado a su fin. Por muy escandaloso que me pareciera, era otro comportamiento el que hacía que me encrespara como una gata furiosa llena de celos.

Los ojos negros me miraban ahora con un desafío acentuado por aquellos labios incitantes, torcidos en una media sonrisa presuntuosa. Él no la tocaba, pero no la apartaba mientras bebía de una bota de vino. Su oscura belleza era tan irresistible que me atraía como un imán. Aquella noche, influida por la vorágine pagana en la que todos nos habíamos visto inmersos, se me antojaba primitiva, agresiva. Tan tangible que podía notar cómo dominaba el espacio que nos rodeaba.

Me estaba retando. Y yo no era mujer de remilgos.

Le di la espalda cuando comprobé que los asistentes al ritual comenzaban a abandonarse a toda clase de excesos, pero enseguida advertí que era una táctica equivocada, puesto que le otorgaba ventaja a mi rival.

¿Rival? ¿De dónde había salido semejante calificación?

Sin duda, del aura de Liam que, junto con su cuerpo, brillaba al mismo tiempo que sus pupilas.

Se divertía, pero se iba a llevar un buen chasco.

Si aquello era un juego, acababa de decidir que sería la vencedora.

Con las manos en las caderas, me acerqué poco a poco a la *romanichal*, la aparté a un lado y reivindiqué mi premio en forma de un beso lo bastante corto e impactante como para hacer entender, a Liam y al resto de los presentes, quién debía ser su objeto de deseo y atenciones aquella noche. A continuación, me marché en dirección al río.

¡Si era capaz de provocar mi ira de esa forma, no se merecía nada mejor de mí! ¡Ni siquiera una mísera mirada de odio!

Porque eso era lo que sentía mientras caminaba por la orilla. Odio, rabia, frustración. Y un temblor que se acrecentaba conforme iba tomando conciencia de lo que acababa de hacer.

Dhia! ¿Dónde había quedado mi dignidad?

—¿A dónde vas tan deprisa?

Conocía aquel timbre que me afectaba tanto cuando sonaba cerca de mi oído, pero no me detuve, ni me giré. La cólera me dominaba de tal modo que, de haberlo hecho, no hubiera respondido de mis actos.

—A ninguna parte. Solo quería airearme.

—La próxima vez, podrías usar un abanico.

Entorné los ojos y me decidí a mirarlo. Liam se había vuelto a poner la camisa y me observaba. ¿Se estaba riendo de mí?

—¿Acabas de burlarte? —espeté con sequedad.

Enarcó una ceja y sonrió de medio lado.

—Me lo pones muy fácil, la verdad.

—Serás... —Él se cruzó de brazos. Los músculos se remarcaban bajo las mangas de la camisa y la ligera brisa que corría parecía jugar con los mechones rebeldes de su pelo negro. Por un momento, la visión me dejó sin aliento. Hasta que vi el brillo juguetón de sus ojos y terminé sonriendo también. ¡El muy bribón estaba acabando con todo mi enfado en cuestión de minutos, y no lo podía permitir!—. ¡No sé ni qué llamarte! —exclamé, empujándolo para continuar con mi camino.

Mi fuerza era minúscula en comparación con su corpulencia, pero simuló caer de espaldas mortalmente herido, hasta que mi sonrisa se convirtió en una carcajada.

—¿Un crédulo que pensó que haciendo caso de los consejos de su abuela iba a despertar tus anhelos con la distancia? —añadió, poniéndose en pie.

—¿Me estás diciendo que Sorcha te recomendó irte para que yo te echara de menos?

—Puedes creerlo mientras te ríes de mí cuando te confiese que me

has dejado fuera de combate con ese beso en mitad del campamento.

—Solo pretendía expresarte mi desdén. Puedes volver con tu muchacha, seguro que será muy capaz de aplacar tus ardores.

—No antes de demostrarte que estás a punto de echar a alguien que aparece en tu futuro. ¿Sabías que soy único a la hora de leer la buenaventura? Espera y verás. —Se atrevió acariciar las líneas de la palma de mi mano hasta que un escalofrío me recorrió la espina dorsal —. Conocerás a un hombre alto, moreno y muy guapo, que te robará el corazón…

—Antes yo le robaría el suyo —afirmé, todavía dolida.

—¿Y si te dijera que ya se lo has robado?

—¡Te respondería que eres un aprendiz de bufón patético! —grité, hasta que su mirada cálida me envolvió mucho antes de que su mano rodeara mi brazo para llevarme con él.

—Me encantaría mostrarte mis habilidades como tal. Pero antes, debemos hablar. Lo que ha ocurrido hace un momento nos ha dejado desconcertados a más de uno.

—Con haber dejado clara mi postura, me conformo.

—Puedes apostar por ello, aunque si pretendías dejarme frío, no lo has conseguido, *mo ghràdh*.

Acababa de llamarme «mi amor». Con tal intensidad, que los últimos retazos de rencor huyeron a un rincón oscuro cuando supe que lo que me estaba pidiendo con sus facciones rígidas, rogando con sus pupilas brillantes, era la oportunidad de escucharlo. De escucharnos.

—Perdóname, Kiara —añadió cabizbajo—. No debí marcharme sin haber aclarado las cosas, ni tengo derecho a exigirte nada que no esté dispuesto a dar.

—¿Quieres decir que responderás a todas mis preguntas?

—Si antes consigo tu perdón y tú también respondes a las mías.

—Te perdono, claro que te perdono. Y sí, responderé. —Una sonrisa canalla asomó a sus labios—. Pero no pienses que he dejado de estar molesta por tu abandono.

—Nunca te abandonaría. De hecho, estoy aquí.

—Después de haber estado allí. Con ella.

—Las muchachas *romanichals* son abiertas, desinhibidas.

—Oh, sí. Me fijé en que te faltó poco para unirte a la bacanal del círculo de piedras con ella.

—*Damnadh*... —De pronto, me tomó por los hombros—. ¡Te comportaste como una de ellas con ese beso robado que todavía me quema en la boca!

—Espero que no sea un reproche.

—¡Es uno de mis mejores halagos! ¡Te convierte en una igual! Kiara, no debes estar celosa de ella, ni de ninguna otra.

—Te desea.

—Pero yo no la deseo a ella. No me aparté porque quería tu atención. Que reaccionaras, que me pusieras las cosas fáciles y te acercaras, pero la rechacé en cuanto comprobé que había logrado el efecto contrario. ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

—¿Confesar que has hecho eso mismo antes de conocerme?

—Muchas veces. No soy ningún santo.

—¿Y hasta dónde piensas seguir ahora?

—¿Hasta el punto de hablar claramente? —El brillo de sus pupilas se transformó en otro mucho más profundo cuando acercó su boca a mi oído—. Nunca he llegado con ninguna hasta donde me encantaría llegar contigo. Puedes seguir preguntando.

—Los dibujos. ¿Soy yo? —Él carraspeó, como si de repente lo incomodara por haber descubierto algún oscuro secreto—. No te sorprendas, *romanichal*. Estaban a la vista de cualquiera.

—Solo plasmé en el papel a la *fiosaiche* desnuda de mis sueños. Lo hice mucho antes de conocerte, de modo que soy del todo inocente… A menos que, algún día, pueda pintarte de verdad.

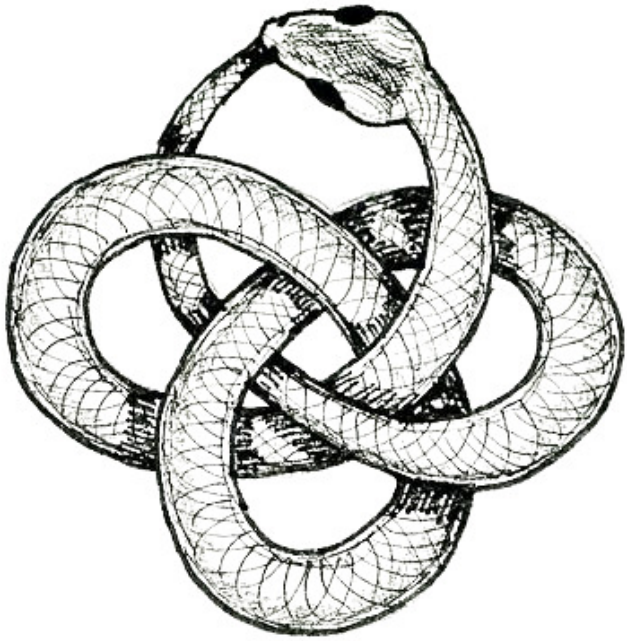
Och! Me miraba con tanta malicia que mi cara terminó por arderme, y su boca se curvó en una tímida pero canalla sonrisa que hizo brincar mi corazón.

—Sigue soñando —concluí con aspereza—. ¿Qué hay de tu mano?

—La perdí cuando intenté auxiliar a mi hermano, que había caído en una trampa dentada hecha para animales —confesó, después de tomar asiento en una roca cerca del río.

—¿Tienes un hermano?

—Tenía. Murió ese mismo día.



19. ENTRÉGATE A MÍ

Kiara

Liam mantuvo su vista fija en la luz de la luna mientras abría y cerraba la boca, buscando con seguridad la explicación correcta, hasta que la encontró.

—Tenía cinco años cuando ocurrió. Tanto Calem como yo escapamos a la vigilancia de nuestra abuela y corrimos hacia el río cercano para pescar. Nos encantaba, mucho más después de pasar tiempo fuera del que considerábamos nuestro hogar yemdo de feria en feria. Quizá por ese tiempo, o por nuestro descuido, propio de un par de críos, no tomamos las debidas precauciones. Cerca de la orilla, no vimos el cepo oculto tras un brezo. —En ese punto hizo un alto. Yo alcé una mano con la intención de acariciarlo, pero quedó a medio camino antes de dejarla caer. Su sufrimiento parecía tan hondo que

me había echado de sus pensamientos. Ni siquiera se daría cuenta de que intentaba confortarlo—. Calem lo pisó sin darse cuenta, pero los dientes metálicos no atraparon su pie del todo, y yo estaba tan cerca que me dio tiempo a abrirlo.

»Él retrocedió y cayó al agua. No sabía nadar. Fue lo único que se me pasó por la cabeza cuando uno de los extremos del cepo que mantenía sujetos se me resbaló y atrapó mi mano derecha. Aun hoy siento el dolor inhumano que me dejó casi inconsciente. A pesar de que intenté librarme para salvarlo y di la voz de alarma, Calem se hundió en la corriente. Sorcha no pudo hacer nada por mi mano, aunque sí por mi vida. Como puedes ver, perdí una en beneficio de la otra, aunque a partir de aquel día, no he dejado de preguntarme si hubiera sido mejor lo contrario.

—No hables así. ¡Sorcha perdió a un nieto y salvó a otro!

—Estoy convencido de que muchas veces se le ha pasado por la cabeza renunciar a mí. —Pero se sentía culpable al expresarlo en voz alta. Por eso se encaminó hacia el tronco de un árbol para apoyarse, como si este pudiera actuar de barrera entre él y yo—. Calem era un niño adorable, sumiso, obediente. Nunca les dio un solo problema. Era yo quien lo empujaba a cometer travesuras, insensateces como la que acabó con su vida y, de paso, con la de todos.

—Fue un accidente, Liam.

—Debí haber soltado el cepo en cuanto él quedó libre. Pero ocurrió todo tan rápido que no supe reaccionar. Y el río se lo tragó.

Por eso tenía aquel rostro desencajado por el miedo cuando salvó a Mordedor, el hurón de Lilly, de morir ahogado…

—Recordaste a tu hermano mientras sacabas a Mordedor del agua, ¿verdad? —aventuré, acercándome a él muy despacio. Derrochaba tanta tensión que, incluso envueltos en la penumbra, era capaz de distinguirla apagando su aura—. Y Mael…

—Mael meterá el dedo en la llaga siempre que siga habiendo una llaga. Con Calem se fueron sus esperanzas de una vida mejor para nosotros. Yo era el más díscolo de los dos, el más rebelde. Si había una posibilidad de acercarnos a mi padre para reclamar aquello que nos correspondía, se esfumó con mi hermano.

—¿Por eso te impone esas obligaciones?

—Soy libre de rechazarlas.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? ¡Tú mismo me dijiste que podías haber muerto en la entrega de aquellas armas!

—Ah, pero sobreviví gracias a las celestiales manos de una bruja con los ojos del color del agua.

—¿Por qué permites que te humille en público, como el día que llegamos a Rannoch Moor? —seguí, negándome a sentirme conmovida por su dulzura.

—Para que una preciosa *fiosaiche* me defienda delante de todo el poblado. —Sonrió sin humor y levantó su mano metálica—. No. En realidad es porque esta maldición me impedirá alcanzar un honor que perdí el día que murió Calem. Lo perdí para mi abuelo, para un padre que nunca tuve, pero sobre todo, para mí.

—Para Sorcha, no. Ella te quiere, y no teme demostrarlo.

—Después de la muerte de Calem, me regaló mi piedra de los dioses y me inició en la sabiduría de los antiguos —confesó en un tono neutro—. Aunque eso no significa que pueda redimirme.

—¿Por eso trabajas para los MacDonald como contrabandista? ¿De ahí el cargamento de armas y el *whisky*?

—Soy un lisiado que jamás logrará sus objetivos a través del trabajo duro que está deseando realizar. Condenado a arriesgar su vida con el contrabando y las incursiones en tierras de los Campbell. Un ser incompleto, incapaz de ofrecerte nada bueno. Por eso no te censuro que me ocultaras tu compromiso.

Acababa de responder a mis dudas generándome un instantáneo sentido de culpa que me hizo olvidarme de mi enfado. Fueran cuales fuesen sus razones, yo no podía obviar las consecuencias de mis errores.

—Tenía miedo, Liam. Cuando vi que no me habíais reconocido, pensé que debía aparentar ser quien no era para evitar un verdadero secuestro con su correspondiente rescate. No hay otra razón. Y mucho menos existe la menor atracción hacia Hugh por mi parte.

—Deberías casarte con él, en lugar de perder el tiempo con un desarrapado como yo.

—¿Y si te dijera que estoy convencida de que ese desarrapado posee más nobleza que cualquier caballero que conozca?

Alcé una mano y la posé en su mejilla. La piel le ardía, y sus pupilas brillaban como dos monstruos capaces de devorar todo lo que le rodeaba cuando aferró mi muñeca. Besó la palma de mi mano, con devoción y un deseo que me transmitió con aquel simple gesto.

—Entonces te daría mi alma, mi sangre... Incluso mi corazón. Aunque sería un error.

—Quedamos en que tendrías en cuenta mi opinión en cada decisión a tomar, ¿recuerdas?

Liam se apartó del tronco con los ojos entrecerrados por la expectación.

—Me da miedo que no sea la que espero —aventuró.

—Veámoslo. Decido apoderarme de la felicidad que tengo delante, por muy efímera que pueda ser. Si finalmente tengo que casarme con Hugh y ser desdichada, quizá pueda antes experimentar lo que es disfrutar en brazos del hombre que… —Había empezado a amar. Aunque no lo dije en voz alta—. Que me lo está ofreciendo

todo. ¡Nadie va a arrebatarme los recuerdos!

—Y tus deseos, ¿se deben a la compasión? —murmuró con la voz ronca y mi mano aún anclada a su mejilla.

—Nunca me ha movido la compasión cuando se ha tratado de ti, Liam. Pero quiero saber si sigues empeñado en echarme de tu lado, aun en contra de mi voluntad.

—¿A qué otra cosa puedo aspirar si quiero darle un sentido honrado al tiempo que hemos compartido y a tu futuro? Un hombre de mérito posee su propio código de honor.

—Sí, pero recuerda que el honor de un hombre es diferente del de una mujer. Y yo conservaré el mío después de seducirte.

—Así que seducirme…

Traté de sonreír, pero fracasé. Estaba invirtiendo demasiada energía en luchar contra aquella ansiedad abrumadora de fundirme con él, de abrazarlo con fuerza para sentir su tacto, su sabor. Quería que su olor se mezclara con el mío, aunque sabía que era un anhelo tan prohibido como peligroso. No debía jugar con un cachorro, sobre todo cuando este se comportaba como un magnífico ejemplar adulto. Porque si algo tenía claro, era que la expresión de los ojos de Liam me decía que él actuaría con la determinación de un animal hambriento.

Me devoraría si yo no me protegía.

—Kiara… te voy a besar —me dijo, sujetándome por la barbilla —. Ven a mí, *mo gràdh*…

Aquella frase...

De pronto, nos vi en otras circunstancias, bajo unas mantas, con los efectos devastadores de sus caricias vapuleando mi cuerpo mientras yo, enfebrecida, le rogaba más, mucho más.

—¡Esa parte fue real! —murmuré, no sabía si enfadada o exultante al comprender.

Liam no se sorprendió. Enmarcó mi rostro con sus dos manos y asintió sin necesidad de más explicaciones.

—No pude evitarlo. Te removías en sueños, llamándome. Te acaricié con tanta ansia como temor, esperando que me rechazaras, pero no lo hiciste. Y cuando me di cuenta de que, si seguía, me lo reprocharía el resto de mi vida, me detuve. Fue lo más difícil que he tenido que hacer, Kiara. No sé si lograré repetirlo, después de tu apasionante exhibición de hace unos momentos.

Frotó la barbilla contra mi pelo, inhaló hondo y soltó un suspiro. Luego tomó mis manos e hizo que le rodeara el cuello con los brazos para darnos la vuelta, de forma que ahora era yo quien apoyaba la espalda en el tronco del árbol.

Dhia, qué firme era. Me deslizó la mano por los brazos, notando cómo me estremecía por el contacto. Complacido más allá de toda razón, la apoyó después en las caderas y me atrajo hacia él. Suspiré.

No podía luchar contra la atracción que sentía. Me puse de puntillas y le rocé la barbilla con los labios, antes de darle un beso en la boca que hablara por mí. Que representara todos los sentimientos de los que era presa en aquel momento. Pero su reacción no fue la esperada, ni mucho menos.

Noté cómo se ponía rígido. Me aparté para ver cómo sonreía y supe que ese atrevimiento le había gustado, pero la sonrisa se borró de golpe cuando me decidí a ir más allá y recorrí su labio inferior con la punta de la lengua.

Liam actuó como si le hubiera alcanzado un rayo.

Me atrajo con fuerza hacia él hasta que nuestros respectivos muslos quedaron en un contacto estrecho. No le importaba si su erección me asustaba o no. Lo único que parecía interesarle era que no me apartara hasta que él me lo permitiera.

—¿Y quién dice que tengas que detenerte? —conseguí preguntar cuando un inesperado jadeo se escapó por mi boca y mi cuerpo se vio proyectado hacia delante—. «Solo lanzándote al vacío descubrirás lo que puede haber en él». Eso me aseguraste en mi sueño. Y, a no ser que esto sea algún juego en el que te propones meterme, pienso descubrirlo. ¿Lo es?

—Quizá —respondió sin apartar ni un palmo de su cuerpo aplastando el mío.

—Pues te advierto que la dominación y la sumisión no es algo que me atraiga demasiado —le dije, aunque soné tan provocativa que él sonrió.

—Eso es porque todavía no has experimentado mi dominación.

—Puedes estar seguro de que nunca la experimentaré.

—Oh... lo harás. Ya lo creo que lo harás.

Mis ojos volaron hacia su mano de carne y hueso, que ascendía con lentitud por mi costado, recorriendo su contorno sin tocarme.

La garganta se me quedó seca.

Esa mano guardaba un atractivo tan poderoso que se me contrajo aquella parte del cuerpo, solo con desear que me tocara. Derrochaba por sus dedos tal fuerza animal que quise gritar para que me acariciara.

—Liam… —supliqué, reviviendo las sensaciones que recorrieron ciertas partes de mi cuerpo, haciéndolas palpitar solo con notar la dureza que presionaba mi vientre—. ¿Es el momento?

—¿Lo es, Kiara?

Sus ojos se entrecerraron con ternura. Ascendió con ambas manos hasta sostener mi rostro y posó su frente contra la mía. Su respiración desacompasada delataba sus esfuerzos para contenerse, para arrancar de mí una última palabra con la que obtener el consentimiento que tanto ansiaba.

Me había arrebatado hasta la capacidad de hablar, así que solo asentí. Y con aquel gesto, él dejó libre la misma pasión desbordante que me colmaba a mí. Provocó que nuestros labios chocaran con ímpetu, y al mismo tiempo con mimo, hasta que yo los abrí para recibirlo y mis dedos se enredaron en sus guedejas negras para apretarlo más contra mí. La sensación de la boca de Liam sobre la mía fue gloriosa. Jamás había experimentado nada parecido al hondo placer que recibí de su contacto firme, de su sabor potente. Degusté el vino de su lengua. Me aferré a su cuello disfrutando de su poder embriagador, su olor y su contacto, mientras apretaba mis curvas contra su duro cuerpo masculino.

Él gruñó. Enredó su lengua con la mía hasta convertir aquella íntima y fulgurante caricia en un firme duelo de voluntades. Inclinó mi cabeza hacia un lado para profundizar en el beso, consiguiendo que mi voluntad se supeditara totalmente a la suya cuando exhalé un gemido de placer, de anhelo, incluso de dolor físico, que fue correspondido por él. Tomó mis nalgas con firmeza, las amasó y me aupó hasta conseguir que rodeara su cintura con mis piernas.

—Así es como deseo tenerte, *mo ghràdh* —murmuró junto a mi oído, un instante antes de mordisquear el lóbulo de mi oreja para hacerme estremecer—. Juro que, si me lo permites, alcanzaré cada una de las estrellas del cielo para ti, tan solo con cinco dedos.

Esos cinco dedos que tiraron del escote elástico de mi camisa para dejar libre uno de mis pechos, que masajeó al mismo tiempo que diseminaba cientos de pequeños mordiscos a lo largo del hueco de mi cuello y mi hombro.

—*Dhia*, Liam…

Era tal el placer que comenzaba a extenderse por mis venas, que me aferré con más fuerza a él para no caer y eché la cabeza atrás. Me ahogaba en mi propia pasión. Necesitaba tomar aire para poder corresponder, pero incluso eso se quedó atascado en mis pulmones cuando sentí aquella boca incendiaria apropiarse de mi pezón para recorrerlo con la lengua. Para chuparlo, para tomarlo entre los dientes y tirar de él con una suavidad que me arrancó un grito sin contención ni medida.

—Eso es, *m' ionmhas*[28]. Cédeme tu pasión. Entrégate a mí, porque a partir de hoy, solo veré por tus ojos, respiraré por tu boca y viviré a través de tu corazón. Para siempre…

Su juramento quedó apagado por un nuevo beso que borró todo de mi mente. Todo excepto él y sus labios ansiosos, su mano curiosa, que me levantó las faldas y se coló entre nuestros cuerpos para serpentear por entre mis muslos, hasta encontrar el objeto de todos sus deseos.

Y de los míos. Mi sexo palpitaba, empapado, cuando enredó los

dedos en mi vello íntimo y soltó el aire de golpe. Con premura. Con una angustia casi salvaje cuando su erección quedó clavada en mi vientre, sin moverse.

—Estoy tan excitado que me duele, pero moriré si permito que esa excitación domine mis impulsos. Kiara, debo… estimularte, para que lo que hemos presenciado en el *raon ùrnaigh* no suceda contigo.

—¿Me dolerá?

Liam sonrió, tan cerca de mi boca que sus dientes casi parecieron pegarse a los míos.

—No demasiado, si me concedes un poco de tu confianza.

En aquel momento le hubiera concedido el mundo entero. Asentí sin dudar, y un chispazo de gratitud iluminó aquellas pupilas dilatadas por la pasión que estaba reteniendo. Con su otro brazo abarcando mi cintura con firmeza, comenzó a mover la base de la palma entre mis piernas, trazando lentos círculos que se abrieron paso en mi sexo empapado. La tensión que me gobernaba ante lo desconocido fue cediendo terreno, al igual que mis dudas, conforme sus caricias se hicieron más concretas. ¡Por Dios y todos los Santos! Liam sabía cómo conseguir que una mujer perdiera toda capacidad de pensamiento para entregárselos a él sin remordimiento alguno.

No cerré los ojos, ni los aparté de los suyos mientras seguía provocándome, volviéndome loca con aquellas yemas recorriendo la parte más íntima de mí con seguridad. Su respiración se hizo tan espesa como el líquido que parecía brotar de mi interior, y que me incendió las mejillas. Cuando quise apartarlo, muerta de la vergüenza, él lanzó una risilla y me inmovilizó del único modo posible: introduciendo un dedo en mi interior, tan fuerte, tan profundo, que me quedé paralizada.

—No creas que me incomodas o me repugnas —me susurró al oído con voz ronca, un instante antes de prestar toda su atención a mi pecho expuesto—. No hay nada en ti que me produzca ese efecto, Kiara. Ni lo habrá nunca. Tu cuerpo es mi guía. Todo lo que brota de él me muestra tu complacencia, tu entrega, tu naturaleza apasionada… Tú eres la elegida.

Adelantó sus caderas en el mismo momento en que yo adelanté las mías, como respuesta al movimiento lento de su dedo entre mis piernas, empapando mis muslos. Consiguiendo que el aire se espesara en mis pulmones y el suyo me bañara entera, en medio de unos jadeos tan fuertes que no pude controlar el dolor que acometió mi bajo vientre ante caricias tan íntimas. Ni el vaivén de mis caderas, parejo al de su mano o al de su lengua en mi boca mientras la devoraba. Gemí dentro de la suya. Me aferré con más fuerza a su cuello cuando la sensación de vértigo se adueñó de mí y mi corazón se desbocó. Y grité su nombre ante la liberación que me deshizo en violentos espasmos

contra su mano, y me dejaron exhausta, desmadejada entre sus brazos… Pero tan feliz como sorprendida.

—Esto… es… —atiné a murmurar contra su cuello.

—El preludio de algo mucho mejor, y para lo que ya estás preparada. Al fin.

Lanzó sus caderas hacia delante a la vez que volvía a sujetar las mías.

Atolondrada por el placer, apenas atiné a escuchar el roce de su *trihubas* al ser desplazado, antes de que un grito infantil y aterrador atravesara la neblina en la que ambos nos habíamos envuelto.

20. SIN ELLA

Kiara

Liam soltó un improperio.

Mantuvo su miembro erecto, caliente y palpitante, presionando mi sexo, con mis piernas rodeándolo, a pesar de que comenzaban a escucharse voces de alarma a nuestro alrededor.

—No… te muevas… te lo ruego… O de lo contrario…

No terminó la frase. Me mantuvo sujeta al tronco del árbol solo con la presión de su cuerpo. Su frente se apoyó en la mía y sus ojos se adentraron en mi mirada para que pudiera ver el sufrimiento que en aquel instante lo acometía. La contención que revelaba su mandíbula tensa y su respiración ruidosa, que fue ralentizándose conforme la

presión de su miembro en mi cuerpo disminuía.

—*Damnnadh*… —siseó cuando fue capaz de apartarse de mí lo justo para volver a subirse el *trihubas*—. ¡Ven conmigo!

Tiró de mí sin darme opción y corrimos, hasta abrirnos paso entre el gentío que comenzaba a rodear el *raon ùrnaigh*. Sus exclamaciones eran de auténtico pasmo y terror. El lugar sagrado había sido profanado de la manera más vil, y ni siquiera eran capaces de reaccionar. Lilly nos salió al encuentro, con su cara bañada en lágrimas y Mordedor encaramado a su hombro.

—¡La han matado! ¡Han matado a madre!

Era ella quién había gritado, aunque otro aullido, proveniente de una garganta masculina, nos heló la sangre cuando Liam se acercó a las piedras mucho más despacio, para descubrir el cadáver de Rhona en su centro, y a Tam arrodillado junto a ella. Gemía, lloraba, golpeaba el cuerpo sin vida, ensangrentado por la horrible herida que seccionaba su cuello, con un dolor que lo destrozaba hasta el punto de no importarle que los demás fueran testigos de su supuesta debilidad, mientras murmuraba palabras ininteligibles teñidas de una rabia que me alcanzó el corazón cuando me percaté del trozo de papel que sostenía en una de sus manos.

Liam fue el primero en acortar la distancia que los separaba para consolar a su amigo, pero este rechazó todo contacto de un solo puñetazo directo a su mandíbula, que lo hizo caer.

Nadie osó intervenir. Entre el gentío que había enmudecido, Sorcha sujetaba a Lilly, que temblaba llena de terror, mientras Mael contemplaba la escena impertérrito.

—¡Toma, lee! —gritó Tam—. Y después, ¡llévatela de aquí de una maldita vez, antes de que cometa una locura!

Avanzó hacia mí tambaleándose como un borracho, me fulminó con una mirada torva y desapareció. Los demás acudieron hacia el centro de las piedras, pero Liam permanecía clavado al suelo, tan pálido que parecía un cadáver.

No hubo palabras. Todo mi ser temblaba, como su mano cuando me la extendió para que pudiera leerla:

Mi amada Kiara:
No podrás proteger a un bastardo sin honor.
Ni esconderte tras sus espaldas marcadas.
Tampoco refugiarte en un matrimonio de conveniencia con un poderoso Campbell.
Soy Taranis, el dios de la destrucción, y jamás lograrás huir de mí.

—Tam sabe leer, como la gran mayoría. Yo les enseñé. —Su rostro se había convertido en una fría piedra cuando me arrebató el papel, lo lanzó al fuego y me arrastró hacia el carromato de Sorcha, superando el desconcierto y el pánico que todavía reinaban en el lugar sagrado.

—¡Liam! —exclamé—. ¡Detente, por favor!

—No hasta que os ponga a salvo.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Sus ojos de ónice recorrieron los alrededores, calculadores. Deteniéndose en cada hombre, mujer o niño, como si esperase descubrir a Taranis entre cualquiera de ellos. Su cuerpo albergaba tensión suficiente para desatar una tormenta con un solo gesto, pero tomó una capa que adornaba la entrada del carromato de sus abuelos y me cubrió con ella para, acto seguido, alzarme sobre el lomo de su semental gris y montar detrás.

—Llevándote de regreso a casa —me respondió—. Con tu gente.

No era capaz de asimilar todo lo que acababa de vivir, ver y oír con la suficiente rapidez. El asesinato de Rhona me mantenía rígida contra el pecho agitado de Liam mientras su montura iniciaba un galope casi suicida a través de las colinas, con la sola iluminación de la luz de la luna y su sentido de la orientación *romanichal*, infalible. Sin embargo, un silencio pesado y lleno de culpa se había instalado entre los dos. Lo que él me había proporcionado era un espejismo que me había alejado de la realidad para devolverme a ella instantes después. Era probable que nuestro destino no fuera permanecer juntos. Que las circunstancias que nos habían unido, quizá nos separarían para siempre. ¡Pero maldito fuera si pensaba que podía decidir por mí!

—¿Con mi gente? —Me giré, haciendo oídos sordos a su maldición e ignorando su brazo, que pretendía devolverme a la posición original—. ¿Qué hay de mi opinión al respecto?

—¿Te quedarías con nosotros? —preguntó, con una sorna que daba a entender que no esperaba que lo hiciera.

—¿Por qué no? En realidad, el papel que he de cumplir en mi clan se limita a ser ofrecida en sacrificio a un *laird* que tampoco me tendrá en cuenta cuando viva con él en sus dominios.

—Un clan es como una familia. Como un padre, un hermano. Y ya puestos, un esposo. Querido o no, es el que te tocará en suerte.

A punto estuve de caerme del caballo cuando lo escuché proferir tales afirmaciones con una frialdad que convirtió mi sangre en escarcha.

—¿Qué pasa con lo que ha ocurrido hace un momento, a la orilla del río? —siseé sin atragantarme por el bochorno.

—Nada que no haya hecho antes con otras, como bien te dije.

—¿Qué hay de tus palabras?

—Meros instrumentos para conseguir un fin.

No. Era imposible. Los latidos potentes de su corazón chocando contra mi espalda me lo decían. O tal vez eso era lo que yo ansiaba escuchar, en lugar de esa diatriba de un hombre que demostraba no tener escrúpulos a la hora de destrozarme.

—Mientes —aventuré, con la angustia alojada en mi garganta y la ira tomando posesión del resto de mi cuerpo ante la posibilidad de que realmente estuviera diciendo lo que pensaba—. Hablas así porque te sientes culpable por lo ocurrido con Rhona. Yo también me siento así, pero…

Él tiró de las riendas con brusquedad, descendió del semental y tiró de mí, con su brazo alrededor de mi cintura como si fuera un enorme gancho de hierro que me impedía moverme.

—¡No vuelvas a nombrar a Rhona nunca más! —exclamó, con los ojos entornados y la fiereza asomando por ellos—. ¡Me siento culpable porque lo soy! ¡Porque por mi causa, Tam sufrirá durante mucho tiempo! ¿Sabías que, después de que el esposo de Rhona muriera, él fue el único que se encargó de ella y de Lilly? ¿Que siempre estuvieron enamorados, pero que no pudieron casarse porque la familia de Rhona acordó su matrimonio a sus expensas?

—¿Cómo iba a saber algo así?

—¡Tam acaba de perder al amor de su vida por mi mala cabeza! —Comenzó a pasearse a un lado y a otro, frotándose su cabello con energía y una desesperación que me llenó los ojos de lágrimas—. Maldigo el momento en que acepté tu ofrecimiento para salvar la vida del Campbell, maldigo mi debilidad al llevarte conmigo después de curarme, pero sobre todo, ¡maldigo el día en que comencé a fijarme en ti hasta el punto de permitirte gobernar mis pensamientos!

Su última afirmación fue un susurro vertido sobre mi rostro, un instante antes de que su boca tomara posesión de la mía para corroborarlo. Me aplastó contra su cuerpo utilizando solo una parte de su fuerza descomunal y me obligó a abrir los labios para acoger su lengua en mi interior. No fue un beso destinado a despertar pasiones, ni dulce o delicado. Fue contundente, posesivo. Con él, pretendía castigarme y castigarse; demostrarme su dominio sobre mí. Asegurarse de que supiera que cada palabra lanzada con anterioridad era cierta.

Cuando se apartó, volvió a auparme hasta el lomo del semental.

—Espero que esto te haya servido de escarmiento —murmuró, tan furioso que temblaba a mi espalda—. ¡No quiero volver a escucharte hasta que lleguemos a nuestro destino!

—¡Eres un…!

—Probablemente sea eso y mucho más —me interrumpió, con un asomo de pena que me desgarró el alma—. Pero en este momento,

para ti solo soy el instrumento que te permitirá permanecer a salvo de Taranis, con los tuyos.

No volvió a dirigirme la palabra, ni obtuve de él más contacto que el necesario para que mi rigidez no me llevara al suelo, hasta que las primeras luces del amanecer me dejaron vislumbrar las colinas de mi amado valle. Y para entonces, los ojos me escocían por las lágrimas vertidas en un atronador silencio y el corazón se me había encogido dentro del pecho ante lo inevitable.

Se había comportado como un miserable hijo de perra. Se había esmerado en que odiara los últimos momentos pasados con él. Pero cada fibra de mi ser se negaba a abandonarlo.

—Baja —me ordenó cuando avistamos las primeras cabañas y yo reconocí la de Effie.

Obedecí con movimientos lentos. Y cuando mis pies tocaron el suelo, lo miré buscando un rastro de la calidez que siempre lo inundaba. De esa pasión que ponía en todo lo que hacía, y que me había demostrado la noche anterior en mitad de promesas que nunca cumpliría.

Pero solo encontré una distancia impuesta a través de su rostro pétreo y su mirada, enfocada al frente para evitar la mía.

Se hallaba recto sobre el semental, pero su nuez subió y bajó por su garganta varias veces, señal de que incluso a él le costaba tragar saliva para afrontar la separación con dignidad.

—Supongo que necesitarás tiempo, de modo que te lo daré —afirmé, segura de que no se hallaba tan frío como se empeñaba en mostrar—. *Slàn leat Liam*[29].

Lo último que vi de él antes de encaminarme hacia mi destino fue el brillo de las lágrimas agolpadas en sus ojos, antes de desaparecer en la espesura del bosque.

Liam

Aquello fue lo más difícil que había tenido que hacer en toda mi vida.

Desmonté en cuanto me encontré a una distancia prudencial y amparado por el tronco de un grueso árbol, observé cómo corría en dirección a una de las cabañas, llamaba a la puerta y se precipitaba a los brazos de una mujer pelirroja que la acogió con un grito de alegría que incluso yo pude escuchar desde donde me encontraba. Me permití el lujo de dar rienda suelta al dolor en forma de lágrimas que me abrían el pecho para dejármelo en carne viva, consciente de que la acababa de entregar a las garras del mismísimo demonio, pero sabiendo que no podía, ni debía, hacer otra cosa. Ella era diferente de todo lo que había conocido hasta el momento. Las chicas *romanichals* solían carecer del sentido de la moral que rodeaba a una dama como ella y no se interesaban más allá del sexo. Sin embargo, una joven que se preciara de tener buenos principios, jamás se casaría con un bastardo sin tierras que, además, llevaba sangre gitana en las venas.

Grité mi frustración en la seguridad de que ya no podría oírme y golpeé el tronco con el puño hasta que este quedó en carne viva. Tuve ganas de meterme en sus habitaciones, en su cama, de una vez, pero el dilema en el que estaba inmerso me llenaba de angustia. Quise convertirla en mi novia en el momento en que estuve a punto de consumar nuestra unión. ¡Y por San Columba que nunca había tenido tanta necesidad de hacerlo con ninguna otra mujer! Era una cuestión

de honor que esperara a estar casados, pero una voz burlona dentro de mí me decía que nunca habría boda alguna. Que yo era demasiada poca cosa para ella, puesto que no tenía nada que ofrecerle: ni títulos, ni riquezas.

Todo lo que podía darle era mi amor, y para muchas mujeres eso no bastaba.

Ni siquiera podía planteármelo.

Espoleé mi montura en dirección a Rannoch Moor. No me detuve hasta llegar al campamento, a pesar de que el pecho me ardía tanto o más que los ojos por la ausencia de Kiara. Y cuando pisé el suelo, este pareció abrirse bajo mis pies.

Los murmullos lúgubres me recibieron. Miradas vacías de confianza, repletas de rencor y odio. Habían asesinado a una de los nuestros, y exigían venganza. Una venganza que veían encarnada en mí, después de verme regresar solo. Sin ella.

Era lo mejor. De otro modo, Kiara terminaría como Rhona. Nada bueno la esperaría entre los *romanichals* mientras hubiera un malnacido persiguiéndome.

Como inmerso en mi peor pesadilla, avancé ignorando a cuantos me encontraba en el camino hasta alcanzar lo alto de la pequeña loma donde acababan de enterrar a Rhona. Alrededor de la tumba se hallaban mis abuelos, sujetando a una desconsolada Lilly que se agarraba a las faldas de Sorcha, y Tam. El amigo ante el que caí de rodillas.

—Tam, perdóname. Creí que trayendo a Kiara con nosotros podría protegeros a todos, pero me equivoqué. Vengaremos a Rhona.

—Estaba entre nosotros. ¡Ha sido capaz de atacarla y dejar una nota sobre su cadáver en mitad de una congregación de *romanichals*!

—Va a por mí. Quizá debería marcharme yo también…

Su mirada desenfocada, enrojecida y vacía de todo lo que no fuera el dolor insoportable de la pérdida, se clavó en mí con dureza cuando se puso en pie y me arrastró con él.

—Nos hemos peleado muchas veces, *mo charaid*. El puñetazo de anoche no fue el primero, ni será el último, pero sí fue el más injusto hasta el momento —confesó, antes de envolverme en un fuerte abrazo —. No dejaré que te vayas. Si lo haces, la muerte de Rhona y la marcha de Kiara no habrán servido para nada. No vamos a consentirlo, ¿me oyes? Ese loco aún no lo sabe, pero acaba de iniciar una guerra.

—Y una guerra es como una partida de ajedrez —continué yo, seguido por él, cuando tomó mi cara entre sus manazas para palmearla, repitiendo las enseñanzas que Mael nos había inculcado desde niños—. Cada batalla es como el movimiento de una pieza, por eso debe estar muy bien pensado. Y una vez que la guerra en sí

comienza, no debe mezclarse ninguna emoción en ella.

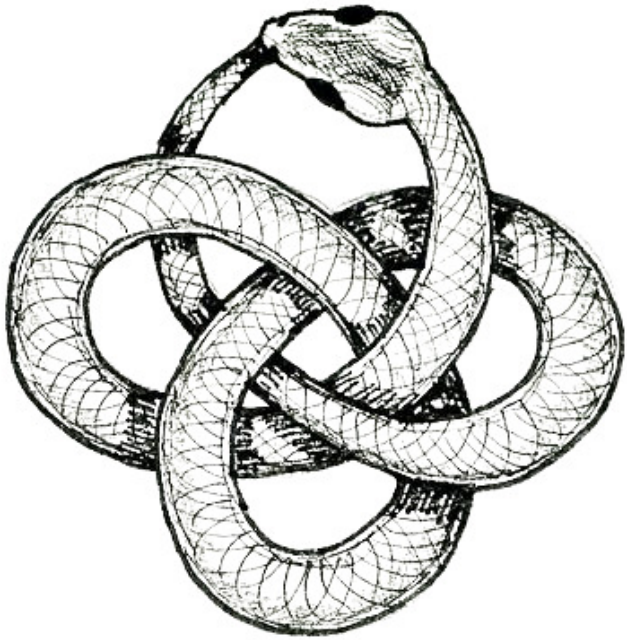
—No estás solo en esto. La muerte de Rhona nos ha puesto en guardia. A todos —recalcó, tomándome de los antebrazos para apretarlos con fuerza, recibiendo a su vez mi muestra de cariño.

—Tú tampoco lo estás, por muchos puñetazos que reciba.

Sus ojos cobraron algo de la vida que habían abandonado junto al cadáver de Rhona cuando brillaron por las lágrimas contenidas. Vi cómo su mentón temblaba mientras se las arreglaba para asentir con vehemencia, como se esperaba de él. A su espalda, la mirada de Mael, emocionada al escucharnos, se posó en mí, aunque su rostro permanecía impertérrito. Sin embargo, el de Sorcha decía muchas cosas mientras asentía con complacencia.

Me eximían de toda culpa. Aceptaban de nuevo mi presencia con todo lo que esta conllevaba.

Sabían que, en cuanto el dolor y la culpa me lo permitieran, iría a por Kiara.



21. RECUERDA

Kiara

—Cariño, el conde de Breadalbane está aquí, junto con tu prometido. Preguntan por ti.

Cerré los ojos cuando la escuché, pero me negué a hablar.

No salía ni una palabra de mi boca desde que, tres días atrás, Liam me abandonó a mi suerte junto a la cabaña de Effie, para que ella me cosiera a preguntas a las que solo respondí con un movimiento de cabeza, pero que sirvieron para que Ewan y Sheena me acogieran entre lágrimas de alivio y sospechas que procuraron ocultar.

Fue entonces cuando me informó de la muerte de padre, de su entierro en mi ausencia. Y los remordimientos estuvieron a punto de ahogarme, hasta el punto de no permitir que una sola palabra más saliera por mi boca. Desde ese momento, acudí cada mañana a su

tumba para pedirle perdón. Para prometerle que seguiría las directrices del nuevo *laird*, que cumpliría con lo que se esperaba de mí, pese a que mi cuerpo y mi corazón esperaban a cada segundo que Liam regresara, que me llevara con él para evitar lo que, aquel día, había terminado por suceder.

—No puedo ir —concluí, con una calma que no evitó que Effie soltara un grito de euforia.

—¡Al fin has hablado! —exclamó, envolviéndome en un abrazo del que me deshice en cuanto pude, para lanzarle una mirada que escondía un montón de recriminaciones que, hasta aquel momento, habían permanecido escondidas en mi mente.

—Sí, para hacerte preguntas y encontrar respuestas. No me moveré de aquí hasta tenerlas.

—De modo que ha llegado el momento. Adelante, criatura. Si vas a exigir que te explique por qué Isobel apenas ha cruzado una palabra contigo desde que estás aquí, te diré que no eres tú la causante, sino lo que le sucedió la noche en que desapareciste. Un hombre… Un hombre abusó de ella en los establos, mientras afirmaba ser el dios Taranis.

—*Jesus*!

Las piernas me fallaron y el corazón pareció subírseme a la garganta de golpe. Me tambaleé, y habría caído si Effie no me hubiera sujetado.

—¡Muchacha, ten cuidado! ¿Te encuentras bien? Estás más pálida que la cera…

—Isobel. Ella es la que me preocupa ahora, *ban-òglach* —logré decir al cabo de unos angustiosos segundos que empleé en respirar hondo para calmarme—. Su agresor es el mismo que me maniató, que asesinó a la nieta de Duncan y a Rhona. ¡Es el hombre que va tras Liam!

—¿Lam? ¿El *romanichal*?

—El nieto de Sorcha, tu mejor amiga, según tengo entendido.

Effie enmudeció. La pena que se reflejaba en su rostro ajado por la suerte de la pobre Isobel desapareció para dar lugar a un desconcierto teñido de una extraña culpabilidad que no comprendí.

—Sí. Ha llegado la hora —repitió, apartándose de mí para tomar asiento en una piedra que sobresalía del terreno, mientras palmeaba la de al lado para que yo la ocupara.

No lo dudé. Algo en lo más profundo de mí me decía que Effie había esperado aquella conversación, llena de revelaciones que no me dejarían indiferente. Tenían que ver conmigo, desde luego. De lo contrario, no esquivaría mi mirada como lo estaba haciendo, mientras se estrujaba las manos sobre el regazo con nerviosismo.

—Sorcha me habló de ti —proseguí, en vista de que a ella

parecían faltarle las palabras—. De tu desliz con un hombre que no era *romanichal* y tu embarazo.

—Él estaba casado, Kiara. Era un poderoso *laird* que me embaucó con palabras bonitas, para dejarme cuando supo que esperaba un hijo. Yo no me enteré de que tenía esposa hasta ese momento. Y para entonces, ya era demasiado tarde.

—Hija. Tuviste una hija. La madre de Isobel, ¿no es cierto?

—Una única hija bastarda, a la que su padre jamás reconoció. Tuve que criarla sola. Afortunadamente, entré al servicio del antiguo *laird*, tu abuelo paterno, y pude ganarme el sustento.

—Pero ella a su vez tuvo una hija. Y murió.

—Tuvo dos, Kiara. Isobel es la menor. —Tomó aire y se llevó una mano al pecho, como si le costara respirar. Su gesto se había distorsionado hasta la deformidad cuando me miró de nuevo—. Su nombre era Caitleen, y era tu madre.

Me levanté como si la piedra sobre la que estaba sentada quemara.

—Es imposible —farfullé—. Mi madre solo tuvo dos hijos. Ewan y yo. Padre nunca habló de Isobel como de una tercera hija…

—No era suya, sino de un hombre de condición humilde de quien se enamoró.

—¡Es imposible! —chillé—. ¡Madre y padre se amaban!

—Nunca fue así, cariño mío. Tu padre se casó con ella y nació tu hermano, pero después viniste tú en lugar de otro muchacho, como ella había vaticinado en una de sus visiones. Se equivocó, pero tu padre se volvió loco. Pensó que le había engañado y comenzó a maltratarla.

—¡Mientes! ¡Padre jamás hubiera hecho algo semejante! ¡Él nos adoraba!

Effie negó con la cabeza, mientras una triste sonrisa se abría paso en su boca.

—Kiara, recuerda. Eras solo una niña cuando tu madre murió, pero estabas con ella. Tu padre te mintió, mi Caitleen no murió en el parto. Te tuvo, te crió y, huyendo del trato inhumano del que era objeto, se enamoró de un MacDonald que la trataba como se merecía. Pero la guerra los separó. Ella ya estaba embarazada de Isobel, de modo que mintió acerca de quién era el padre para conservar la vida hasta que su amado volviera. No pudo hacerlo —añadió, con las lágrimas empapando sus mejillas—. Tu padre se enteró de su infidelidad y la sometió a un trato mucho más vejatorio. Insoportable para ella. Un día, se arrojó por la ventana y murió en el acto. Tú estabas con ella. ¡Recuerda, por todos los Santos del cielo!

La pesadilla. La sangre rodeando a madre en un lugar que no se parecía nada a la cama sobre la que se suponía que había expirado. El

sentimiento de opresión, de culpa, que me atosigaba con padre y Ewan acusándome de asesina.

Trastabillé cuando Effie alargó una mano con la intención de tocarme y yo retrocedí, hasta dar con mis huesos en el suelo, junto a la tumba de un hombre al que siempre había idolatrado, que siempre me había demostrado su amor, pero que resultaba ser un completo desconocido. Un ser cruel, autoritario y posesivo que perdió el amor de su esposa por sus actos.

Un dolor sordo me nubló los sentidos, arrancándome pedazos de recuerdos, hasta que estos se fueron acoplando para mostrarme aquello que tanto me había empeñado en esconder.

Madre y yo, con el bebé, pasando la tarde en su cuarto, en lo alto de la torre. De pronto, escuchamos que padre había llegado, y madre palideció.

—Sus ojos se perdieron más allá de la ventana y susurró algo con auténtico pavor—narré en voz alta, con la mirada perdida en el punto exacto donde, para mí, se estaban desarrollando de nuevo los acontecimientos—. No quería que padre entrara, de modo que cerró la puerta por dentro y se asomó a la ventana. Yo dejé al bebé sobre la cama y corrí hacia ella cuando vi lo que pretendía, pero fue tarde. Recuerdo su sonrisa de amor inmenso antes de despedirse y arrojarse al vacío.

Y también llevaba grabado a fuego su cadáver, estampado contra el suelo de piedra, en una postura antinatural y bañado en la sangre que manaba de su cabeza rota. Los gritos de todos, los alaridos de padre, el llanto del bebé…

—Isobel. Mi medio hermana —murmuré, atónita—. Poco después padre reventó la puerta para entrar y se abalanzó sobre mí para alejarme de la ventana, pero yo solo podía gritar, chillaba sin parar. No lloraba. Solo repetía que era mi culpa.

—No comiste, ni dormiste, en una buena temporada. Hasta que un día pareciste mejorar y volviste a ser la de antes —confesó Effie con serenidad—. Olvidaste, Kiara. Pero las pesadillas regresaron

Para atormentarme. Para darme a conocer la verdadera naturaleza de padre, los lazos de sangre que me unían a la mujer que, temblando tanto como yo, se había puesto en pie y me abrazaba mientras mis sollozos se hacían más y más audibles.

—Soy tu abuela, *mo bheag*[30]. Tu padre, probablemente arrepentido de lo que había hecho, me permitió criarte como lo que en realidad éramos, bajo la condición de que jamás desvelara el parentesco que nos unía a las tres. Pero él ha muerto, y se ha llevado con él mi juramento.

Aturdida, me aparté de ella. Fuera mi abuela, la mujer que siempre creí que me había criado o una simple cocinera, la seguía

queriendo como a una madre.

—No es posible. Debemos estar equivocadas. ¡Ella está enterrada junto con todos los nuestros! Y si se hubiera suicidado…

—Lo contrario habría supuesto un escándalo para tu padre. Él así lo impuso. Al religioso que ofició el entierro no le quedó otra que pasar por alto las circunstancias de su muerte.

Negué con la cabeza, entre perpleja, espantada y furiosa.

En nuestra cultura, quitarse la vida era equiparable a la peor de las blasfemias. Respetábamos la ética inculcada por la Biblia; por lo tanto, alguien que se suicidaba no podía recibir los últimos sacramentos e iba directo al infierno.

—Padre tuvo un gesto de piedad hacia ella —murmuré.

—¡Él fue el principal causante de su desgracia! ¡Lo único que pretendió fue ocultarla a ojos de todos los demás, aunque no a los de Dios! ¡La mantuvo encerrada desde que supo de su infidelidad, hasta después del alumbramiento de Isobel!

—Y ahora, Isobel se ha visto envuelta en una extraña venganza que tiene como objeto a Liam, el nieto de tu amiga Sorcha, pero que nos alcanza a todos…

—Te has enamorado de él.

Lo afirmó con una tristeza infinita, como si diera por hecho que la historia de las mujeres de nuestra familia se repetiría conmigo. Y cuando afronté el vacío de sus ojos al mirarme, fui incapaz de negar la evidencia.

—Él es el prisionero que escapó aquella noche, Effie. Nuestros espíritus se han unido —añadí, sosteniendo en mi mano la piedra de brujas.

—«Ve con él». Eso te dije la noche que desapareciste. Y lo cumpliste. —¡Se refería a Liam, no a Hugh! Aquella noche, Effie sabía que mi destino cambiaría—. Pero debes tener cuidado, cariño. Porque aunque lo niegues, le has entregado tu corazón. Y cuando entregas tu corazón a alguien, el amor te hace vulnerable. Es algo que requiere coraje, sobre todo si el elegido no goza de las simpatías de los nuestros, pero las recompensas son tan enormes que hay quienes creen que vale la pena pagar con ese dolor.

—Acabas de demostrarme que lo conoces. ¿Crees que vale la pena?

—Eso debes decidirlo tú. Pero no permitas que la cobardía guíe tus actos.

—No lo haré. Emprenderé el camino hacia mi propia vida, por encima de los demás, incluso de Hugh. Aunque ignoro cómo lograré apaciguar su ira cuando conozca mi decisión…

—¿Después del tiempo que has estado ausente y las dudas que esa ausencia han generado en él? Imposible, mi niña. No se puede

apaciguar a un monstruo. La única salida es enfrentarse a él y tomarlo por lo que es.

En aquel momento asentí, convencida.

Si hubiera seguido sus consejos, nada de lo que ocurrió después habría tenido lugar.

22. CHANTAJE

Kiara

Me apresuré a entrar de nuevo en Westhill, pero me detuve de golpe junto a la puerta cerrada del salón principal, al escuchar las voces masculinas que se entremezclaban.

—Deberíais aguardar a que se reponga. —Era Ewan quien hablaba—. Desde que regresó, no reacciona. Ni siquiera con mi esposa, Effie o Isobel.

—No es de extrañar. La alegría de esa sirvienta pareció irse a la vez que tu hermana, muchacho —puntualizó Breadalbane con su habitual tono desdeñoso—. Pero Hugh, aquí presente, tiene prisa por formalizar la situación en la medida de lo posible.

—Por eso exijo unirme a ella mediante el *handfasting*[31] —Yo di un respingo al escuchar a mi prometido. ¡No pensaba casarme con él,

pero aquella proposición era humillante!—. Me lo debes, Ewan. No dudo de la capacidad de Effie para ciertas cosas propias de mujeres, pero permíteme que lo haga de su lealtad hacia vosotros cuando podría estar en juego la que siempre le ha profesado a lady Kiara.

—Explícate —le exigió mi hermano.

—La única manera de asegurarme de que no cargaré con el hijo de otro, es no tocándola hasta que tenga su sangrado del mes. Solo entonces la haré mía. Pero hasta ese momento, el mejor camino para conservarla a mi lado y al mismo tiempo preservar mi honor, es el matrimonio a prueba. No tienes otra salida, dada la situación del clan.

¿De qué situación hablaba? Por el silencio que siguió a sus palabras, tuve la desagradable sensación de que comenzaban a confeccionar un nudo alrededor de mi cuello imposible de deshacer, que terminaría con la fugaz sensación de libertad que me había llevado hasta allí. La garganta se me secó y las piernas me flaquearon, pero me las arreglé para permanecer invisible y muda hasta escuchar el resto, por muy aberrante que me resultara.

—En eso tiene razón —intervino Breadalbane—. Tu padre no fue un buen *laird*. Sus debilidades con el juego le granjearon las deudas de las que ahora tú debes hacerte cargo, y cuyo pago exijo como principal acreedor.

—De lo contrario, tu gente estará condenada a la miseria —añadió Hugh, estrechando el cerco en torno a mi hermano y a mi alrededor, conforme iba comprendiendo la angustia de Ewan el día que casi me imploró un buen comportamiento con mi prometido—. Sé razonable. Kiara aceptará el acuerdo; no tiene otra salida si quiere sacar del lodo su nombre y el de vuestra familia. A cambio, yo saldaré tu deuda con Su Gracia. Todos saldremos ganando con el trato.

—¿Todos? No veo qué puede reportarte de bueno a ti además de mi hermana, claro está.

—Tu hermana sería reclamo y recompensa suficiente para cualquier hombre, chico —intervino Breadalbane—, pero la lealtad de Hugh hacia mí merece algo más. Aquí está. Puedes leerlo con calma. Veo que dispondremos de tiempo hasta que lady Kiara se digne a aparecer.

Se produjo un silencio opresivo que a punto estuvo de hacerme estallar el corazón, antes de escuchar de nuevo la voz de mi hermano.

—Una lista de los clanes fieles a Jacobo… —murmuró—. ¡Pero mi padre ya ha fallecido! ¡No entiendo por qué aparece aquí!

—Porque era tan fiel a Jacobo como lo eres tú, *mo charaid* —intervino Hugh, en un tono tan taimado que me dio náuseas—. Por el contrario, Guillermo cuenta con el apoyo de los ingleses. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en estallar otra guerra? Poco. Muy poco. Pero cuando ocurra, me aseguraré de que el clan por el que Su Gracia

y yo hemos pagado, se posicione del lado correcto.

Chantaje. Ninguno pronunció la palabra, pero bailó en mis labios cuando Breadalbane tomó el relevo de aquella ofensiva sin cuartel que ambos habían trazado para evitar que Ewan tomara otra decisión que no fuera entregarme a ellos, junto con nuestro valle.

—No dudo de tu buen juicio —habló el conde, con una voz engañosamente dulce—. Pero tengo que asegurarme el saldo de tu deuda, de modo que me he buscado un garante: Hugh Campbell intercederá en mi nombre cuando sea necesario, puesto que pagará lo que tu padre dilapidó. Con su matrimonio con lady Kiara, me aseguro su fidelidad. Con el documento que he traído conmigo, me aseguro la tuya, junto con la del resto de integrantes de la lista. El Campbell será su guardián.

No pude escuchar más. Mi familia no sería la única que estaría en esa lista negra, pero sí era la única que me importaba.

Porque por ella, por mi clan, me sacrificaría. Sin otra opción, ni capacidad para recrearme en el dolor o el sufrimiento que ello me causaba.

Borré de mi mente los ojos negros que hurgaban en mi alma para dañarla mientras me rechazaba con fría contundencia. No podía permitirme el lujo de flaquear rememorando las sensaciones que Liam había dejado impresas en mi cuerpo y mi mente, porque me había abandonado a mi suerte, sabiendo lo que me esperaba.

Me llené del sabor amargo de la bilis subiéndome a la garganta, respiré hondo y entré sin llamar. Recta, aunque estaba deseando doblarme en dos por el dolor. Impasible, aunque por dentro aullara ante el sacrificio que estaba a punto de hacer.

Digna, aunque aceptar lo que acababa de escuchar supusiera la peor de las humillaciones.

—Ewan, *laird*, Su Gracia… —saludé con aplomo, ignorando la sorpresa de los tres hombres—. Effie me ha mandado llamar.

—¡Muchacha, al fin hablas! —exclamó Breadalbane, tomando mis manos entre las suyas. Huesudas, frías—. ¿Cómo te encuentras? Al parecer esos desalmados *romanichals* que no paran de moverse no han sido muy crueles contigo…

—La crueldad puede disfrazarse de muchas maneras y provenir del lugar menos esperado —respondí, ignorando sus sucias insinuaciones para dirigirme al resto—. Milord, veo que vuestra pierna ha mejorado en mi ausencia.

—Espero que cuando logre poner la mano encima al desgraciado que me hirió, esté en plenitud de facultades, milady. Con vuestros cuidados, por supuesto —añadió, aparentando galantería cuando se inclinó hacia mí para acercar mi mano a sus labios.

Retuve los deseos de retirarla, así como las náuseas que me

sobrevinieron, y afronté la mirada de los tres.

—Pido disculpas por mi intromisión. Os aseguro que mi educación es de las mejores, como pronto tendréis ocasión de comprobar. Pero escuché hablar de un *handfasting,* y creí conveniente intervenir, ya que soy parte interesada. Entiendo que, después de las semanas que he pasado fuera de aquí, tengáis dudas acerca de mi virtud.

—No, no, muchacha, no nos malinterpretes…

—Su Gracia, no es necesario que os mostréis tan comprensivo conmigo —añadí, sin inmutarme por su gesto de contrariedad al verse interrumpido—. Las dudas de mi prometido, si es que acepta seguir siéndolo, son muy loables. Nada tengo en contra de ellas.

—Estoy dispuesto a seguir siéndolo, lady Kiara, por supuesto. Pero he de poner mis condiciones, que nada tienen que ver con el hecho de creer en vuestra palabra.

—Kiara, deberíamos hablar de esto en privado.

Ewan me tomó del brazo con toda la intención de sacarme de allí, pero yo crucé una mirada de entendimiento con él que fue suficiente para que me soltara.

Frunció el ceño, combativo, antes de terminar claudicando ante mi firmeza.

—Como quieras —dijo, con los hombros caídos.

—Sigo siendo virgen, señores míos. El tiempo lo aseverará por mí —afirmé con rotundidad—. Milord, ¿alguna exigencia más que añadir antes de que yo exponga las mías?

—Adelante, Hugh, tú primero —murmuró un boquiabierto Breadalbane que no me llevaría la contraria con tal de que accediera al casamiento.

—En cuanto se celebre el *handfasting* y tengas tu sangrado periódico, vendrás a vivir a Glenorchy —comenzó Hugh—. Entiendo que tu familia se encuentra en este valle, pero permitiré tantas visitas como desees, siempre que te comportes como la esposa que he venido a buscar. Complaciente, sumisa. Una mujer que no intervendrá en los asuntos de su esposo bajo ningún concepto.

—A cambio, me gustaría que Isobel y Effie me acompañaran a mi nuevo hogar —consentí—. Me han servido desde que tengo uso de razón. ¿Hay alguna objeción?

El rostro escarlata de mi hermano parecía a punto de explotar cuando abrió la boca, pero mi gesto contundente volvió a enmudecerlo. Con la mandíbula tan apretada como los puños, negó con la cabeza y abandonó la estancia con pasos apresurados.

—Ninguna —respondió mi prometido.

—¡Bien! En ese caso, mañana mismo se formalizará el *handfasting.* ¡Mi enhorabuena a los novios!

Acababa de firmar mi sentencia de muerte.

Murmuré una despedida y salí de allí como una dama, pero en cuanto el aire me golpeó en la cara, vomité mi repugnancia ante lo que había hecho, hasta que me quedé tan vacía como había permanecido desde que Liam me había abandonado.

—Kiara.

La voz de Sheena me hizo incorporarme, aunque no con la suficiente rapidez como para ocultar los estragos de la decisión que acababa de tomar. Sus angelicales ojos me miraron espantados, y en un santiamén la tuve a mi lado, sosteniéndome cuando, apoyada en la pared de piedra, estuve a punto de caer desfallecida.

—Ven conmigo. Sentémonos y así te serenarás.

Me dejé llevar hasta un banco de madera cercano. La cabeza me daba vueltas; sentía el hormigueo del vértigo aposentado en mis extremidades y la debilidad apoderándose de mí. Me hallaba a un paso de la rendición total, de la inconsciencia, cuando la mano empapada en agua de Sheena se posó sobre mi frente y me arrancó un largo suspiro de parcial alivio.

—¿Mejor? —Yo asentí, con los ojos cerrados—. Effie me avisó de la reunión que mantenías con ellos, pero cuando iba a presentarme allí, me encontré con Ewan. Tan descompuesto como tú hace un momento. Se ha negado a darme detalles, pero tú lo harás si quieres que te ayude. Y quieres que te ayude, ¿verdad?

Volví a asentir. El aire que respiraba a bocanadas me sabía amargo, demasiado caliente como para resultarme vivificante. Un sudor frío comenzó a escurrirse por mi piel, pero me vi incapaz de abrir los ojos. Me sentía demasiado avergonzada como para afrontar la mirada de Sheena.

—Necesito tiempo para encontrar el documento y destruirlo —afirmé con voz estrangulada por el llanto que comenzaba a alojarse en mi garganta—. Ha sido la única manera que se me ha ocurrido para ganarlo.

—¿Qué documento? ¿Qué manera?

Alcé la cabeza, abrí los párpados y empecé por el principio. Ni siquiera omití mis emociones hacia Liam, ni mis reacciones corporales ante sus atenciones. No les puse nombre, pero ella pareció comprender, puesto que no dijo ni una palabra hasta que yo terminé.

—Estabas dispuesta a dejarlo todo por el *romanichal*… ¿Se llama Liam?

—Así es.

—¿Y estuviste con él en Ranoch Moor?

—Entre otros lugares, sí. Hasta que el violador de Isobel se coló entre ellos para asesinar a una joven. En ese momento, Liam tomó la decisión de devolverme a Westhill, a Glenlyon.

—Aún te escuece. —Tenía la impresión de que seguiría escociéndome el resto de mi vida, pero no dije nada cuando Sheena tomó una de mis manos entre las suyas para apretarla con cariño—. Kiara, te has enamorado.

—No. Solo estoy… exaltada por todas las sensaciones que ha despertado en mí, pero seguro que desaparecerán con la distancia y el tiempo.

—Tú no quieres distancia, ni tiempo. De hecho, ibas a reivindicarlos para ti cuando te topaste con las verdaderas razones de tu compromiso con Hugh.

—Suficiente para poner los pies en la tierra, Sheena. Si esa lista llega a manos de Guillermo o cualquiera de sus esbirros ingleses, Ewan y otros tantos estarán perdidos. Todos lo estaremos.

—¿Y pretendes salvarnos casándote?

—Pretendo acercarme a Hugh lo bastante como para averiguar dónde guardará el documento, destruirlo y…

—Y destruirte —concluyó ella por mí—. Porque para cuando lo encuentres, vuestra unión será un hecho indisoluble, por cierto.

—¡No puedo hacer otra cosa!

Escondí la cara entre mis manos con una angustia que brotó en forma de lágrimas, pero Sheena no permitió mi conmiseración. Con energía, me las apartó para que pudiera ver su cara sonriente.

—Siempre se puede hacer otra cosa —concluyó, alzando las cejas —. Confía en mí.

Liam

—Tiene que ser una persona culta, y entre los MacDonald es difícil encontrar a alguien así, a no ser los más allegados del *laird*.

—Y ninguno de ellos goza de anonimato ni de las simpatías de los *romanichals*. No habría pasado desapercibido en Beltane, por mucho que hubiera intentado disfrazarse o acercarse a alguien que lo cubriera.

Tam asintió a mi razonamiento. Después lo hicieron Mael y el resto de los allí congregados. Aprovechando que la lluvia nos había dado una tregua y que mi mejor amigo comenzaba a dar señales de recuperarse de la muerte de Rhona, nos propusimos comenzar con nuestras pesquisas para dar caza a Taranis.

Nos iba la vida, el honor y, en mi caso, la recuperación de Kiara, en ello.

—También pudo robar el papel —apuntó Mael con su habitual aspereza—. En cuanto a escribir… Un hombre que asesina a una desconocida como aviso para su verdadero objetivo, no tendrá reparos en conseguirse un escribiente en algún lado. Y tampoco habrá tantos en los valles adyacentes.

—Para saberlo, tendríamos que aventurarnos en ellos. Quizá correríamos demasiado riesgo.

Me levanté de golpe, rechazando el calor que manaba de la pequeña hoguera alrededor de la cual nos encontrábamos sentados aquel atardecer, y acallé a Tam con un solo gesto.

—Hace días me aventuré en uno de ellos para devolver a Kiara a los suyos y, de paso, protegerla y protegernos —afirmé con contundencia. No podía evitarlo. Cada vez que mi mente la evocaba, mis pensamientos se volvían una maraña que era incapaz de desentrañar. Ignoraba qué era aquello que había comenzado a sentir por ella, pero era poderoso, perenne, tan fuerte como la propia Kiara, que hacía de mi cabeza un recipiente hueco y de mi cuerpo un deseo andante de terminar lo que habíamos comenzado cuando asesinaron a Rhona—. Si queremos desenmascararlo, tendremos que arriesgarnos, Tam. No es un advenedizo cuyo odio hacia mí le lleve a cometer errores. Sabe lo que hace, y es más que probable que cuente con ayuda.

—Si encontramos esa ayuda y acabamos con ella, lo dejaremos solo. Será vulnerable —añadió Mael, antes de dirigirse a mi amigo—. Haremos justicia con Rhona, Tam.

—¡Liam, hay una muchacha muy guapa que está preguntando por ti en el campamento!

Lilly se acercaba trotando hacia nosotros, aunque su expresión seguía siendo triste y apagada. Desde la muerte de su madre, su

desparpajo había desaparecido junto con la alegría que siempre la acompañaba. Sorcha se hacía cargo de ella mientras Tam se recuperaba de la pérdida, pero en aquella ocasión, sus palabras consiguieron que el corazón me diera un vuelco esperanzado.

«Kiara es una muchacha muy guapa», me dije, antes de caer en la cuenta de que Lilly no había dicho su nombre.

—¿Quién es? —pregunté.

—No sé. Dice que trae noticias de Kiara y que solo puede hablar contigo. Sorcha me ha mandado a buscarte.

Razón suficiente para que corriera hacia el carromato olvidándome de todo lo demás, hasta encontrarme con una joven ataviada con una gruesa capa, de cuya capucha se escapaban algunos mechones rubios, y con unos angelicales ojos azules que me miraron en cuanto estuve a su altura.

—Es la esposa del hermano de Kiara —informó Sorcha—. Se llama Sheena.

Se marchó para dejarnos privacidad, pero la joven no se movió. Intentaba ocultar su azoramiento al reparar en mi mano metálica, y disimuló haciendo un breve recorrido por mi anatomía, hasta detenerse en mi cara.

—¿Eres Liam? —preguntó, antes de mirar alrededor con expresión temerosa.

—El mismo. Si os preocupan los oídos indiscretos, acompañadme. —No intercambiamos más palabras hasta detenernos junto a la orilla del lago, lejos del campamento. Dejó escapar un suspiro de alivio mientras se desprendía de la capucha, pero yo apenas podía esperar a escucharla—. Decidme: ¿os ha enviado Kiara? ¿Se encuentra bien?

—Todo lo bien que puede encontrarse dadas las circunstancias —me reprochó con los ojos entornados—. La dejaste sola.

—No estaba sola, sino con los suyos. Mi compañía era secundaria e insignificante.

—*Och*! Si fuera así, ¿crees que estaría aquí, arriesgándome a ser descubierta?

—Depende. Si ella…

—Ella no me ha enviado. De hecho, si supiera lo que estoy a punto de revelarte, me retiraría la palabra para siempre.

Mi pecho recibió el equivalente a un mazazo.

—¿Tan grave es? —conseguí preguntar.

—Atentaría contra su orgullo. Y tiene mucho. En cuanto a lo que debo explicarte… Hace dos días se celebró el *handfasting*. No será un verdadero matrimonio hasta que pase un año, pero Hugh Campbell no tardará en hacer valer sus derechos. Y si Kiara concibe un hijo con él en ese tiempo, no será necesaria más ceremonia.

Por un instante me quedé paralizado, incapaz de asimilar que

Kiara iba a ser de otro hombre por mi culpa. Por mis reparos a la hora de aceptar su proposición de quedarse a mi lado.

Me paseé delante de lady Sheena intentando hallar una solución, sacudiéndome el pelo con tanta fuerza que me extrañó conservarlo cuando al fin me detuve delante de ella.

Esperaba con los brazos en jarras.

Sin duda, acudía a ofrecerme la información a cambio de algo.

Y ese algo era yo.

—¿No la ha tocado? —murmuré, con mi único puño apretado con fuerza.

—Espera a asegurarse de que Kiara no ha regresado embarazada de otro. Pero la confirmación puede llegar en cualquier momento, *romanichal*. Y según sus palabras, no eres hombre que se quede de brazos cruzados esperando a que otros resuelvan sus propios asuntos. Sobre todo, si estás deseando resolverlos por ti mismo.

—¿Qué te hace pensar que te creo? Bien puede ser una trampa urdida por el Campbell. Yo lo herí y buscará vengarse.

Lady Sheena resopló con fastidio. Parecía una niña, pero tenía el temple de una mujer de acero cuando sacó algo de entre los pliegues de su capa que me entregó. Era la piedra de brujas de Kiara.

—Effie me advirtió que esto podría pasar, así que traigo una prenda para confirmar mis palabras. Kiara está destrozada. Piensa que la has rechazado, pero se dejaría morir antes de venir a buscarte. Sin embargo, sus ojos cuando habla de ti muestran lo mismo que los tuyos ahora, así que, ¿por qué no te dejas de monsergas y te fías de mí?

Si hubiera una sola posibilidad…

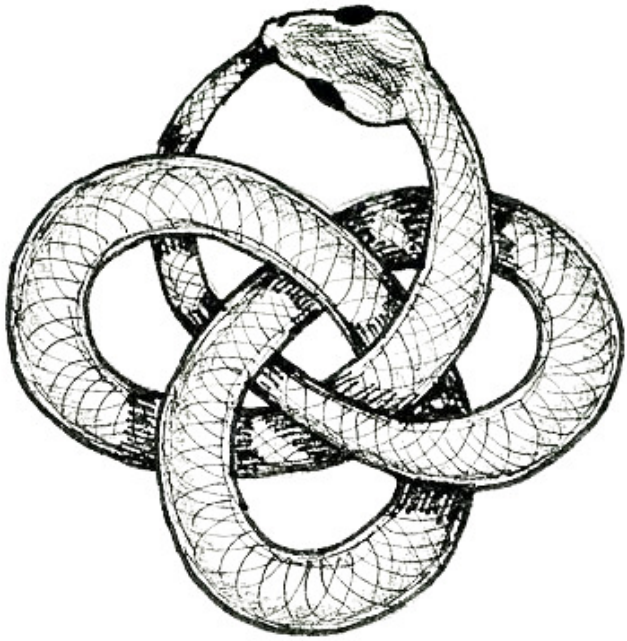
—Ella me rechazará. Me porté como un miserable.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas. Y si eres perseverante y convincente, es posible que incluso consigas que reniegue del *handfasting* sin temer las consecuencias.

Porque había una causa para que ella hubiera accedido tan rápido a ese arreglo que, al menos, no la relegaba al olvido de las prostitutas. Lady Sheena no me lo diría.

Sería la propia Kiara quien me lo contaría.

Aunque antes, debía conseguir que tolerara mi presencia.



23. SABÍA QUE VENDRÍAS

Kiara

«Madre yacía sobre el patio de piedra, inerme.

La sangre cubría su cuerpo al completo, pero el charco se hacía cada vez más grande, moviéndose como si tuviera vida propia. La consistencia viscosa de forma irregular reptaba por el suelo, trepaba por la pared y se introducía en mi habitación a través de la ventana por la que ella acababa de saltar.

—No soy culpable —me repetí hasta la saciedad, intentando ahuyentar ese temor irracional que me hacía retroceder a la vez que la mancha roja avanzaba—. No pude hacer nada por ella. Solo era una niña. Isobel es mi medio hermana, y Effie, mi abuela. Tengo una familia.

—Pero te has unido a Hugh como si no la tuvieras.

La voz profunda y constante procedía de mi espalda. Cuando me giré, vi a Liam sentado en el suelo, con su herida del hombro abierta y su única mano extendida, portando mi piedra de brujas.

—No he tenido otra salida —me excusé.

—Yo soy tu salvación, *mo ghràdh*. Aunque tú encarnes mi perdición. Ven a mí, Kiara…».

—¡Mi piedra!

Lo primero que hice cuando logré escapar de mi sueño, fue echar la mano al cuello para comprobar que, efectivamente, el amuleto no colgaba de él.

Era un presagio.

Un mal agüero, después del *handfasting* que me había unido a Hugh, y del que apenas recordaba unas pocas palabras intercambiadas con frialdad y la bendita soledad de mis habitaciones, donde rogué que mi menstruación se retrasara hasta el infinito, mientras las celebraciones continuaban desde el día antes.

No concebía ningún acto íntimo con Hugh, después de haber experimentado todo un cúmulo de sensaciones con Liam, antes de caer en el abismo del que aún no me había recuperado.

—Deja de pensar en él —me recriminé cuando, empapada en sudor, me deshice de las sábanas y casi me arrastré hacia la silla que tenía frente a mi tocador—. No era más que un sueño. Él no vendrá, ni volverá a tocarte, ni…

—¿Es eso lo que quieres, *mo ghràdh*? ¿Olvidarme?

Yo salté sobre mi asiento y me llevé la mano al pecho. Por un momento, pensé que se trataba de una prolongación de mi sueño; hasta que me atreví a mirar a mi espalda, para verlo sentado en el vano de la ventana. La luz que desprendían las llamas de la chimenea era la única que alumbraba la estancia, y pareció incidir por completo en él cuando, con total despreocupación, avanzó hacia mí, completamente vestido de negro.

Un montón de preguntas acudieron a mi mente, junto con la ira reprimida durante tantos días, la alegría por verlo allí y la necesidad acuciante de recibir una sarta completa de explicaciones.

—No soy yo quien debe responder, sino tú —me atreví a espetarle, a pesar de que el corazón me latía en cada parte del cuerpo como respuesta a su mera presencia—. ¿Qué haces aquí? Creí que ya había quedado todo claro entre nosotros.

—Faltó por dilucidar tu destino cuando yo te perdiera de vista. Recuerda que mi único fin al dejarte aquí era conseguir protección para ti.

«Mi mejor protección residía en ti, ¡y terminaste con ella!», tuve

ganas de gritar. Pero me mantuve impasible ante una mirada feroz que no se molestó en disimular.

—No eres mi dueño para decidir eso por mí, *romanichal* —contraataqué—. Pensé que esa parte también había quedado clara.

—Veo que tenemos puntos de vista diferentes al respecto. —Con un suspiro acortó la distancia que nos separaba. Rezumaba tensión por los cuatro costados; sin embargo, aparentaba una serenidad escalofriante—. Es posible que no sea tu dueño, pero tú eres mi mujer. Por eso me he mezclado entre los hombres que celebraban el *handfasting*, arriesgándome a ser descubierto, hasta que he conseguido esquivar la vigilancia para trepar hasta tu ventana por el enorme roble que crece justo al lado. La verdad, después de la fiesta, no me ha resultado nada difícil hacerlo.

—¿Pretendías pasar por uno de los nuestros vestido de negro?

—Dado su estado de ebriedad después de días de festejos ininterrumpidos, podría haber aparecido desnudo que no hubiera llamado la atención, pero sí.

Lancé un suspiro de resignación y lo recorrí con la vista. Su apostura podría ser intimidante con aquella ropa, del mismo color que exhibían sus ojos, cubriendo su cuerpo fibroso y ágil de la cabeza a los pies, la mirada irreverente pero temerosa de lo que pudiera encontrarse y aquella aura que lo envolvía, brillante. Pero la razón que me alteraba el pulso nada tenía que ver con el miedo, sino con las emociones contradictorias que me manejaban en varios sentidos.

Liam estaba allí a pesar de todo, me repetí hasta que yo misma lo acepté. No era una visión más de mis sueños prohibidos, sino un hombre real, de carne y hueso.

Hubiera tenido que protestar. Ordenarle que saliera de mi habitación. Reprocharle su audacia, poner reparos en quedarme a solas con él.

Yo sabía todo lo que debía hacer.

Pero no lo hice.

—Sabía que vendrías —dije, en cambio.

—Porque te llamé en tu sueño. Gracias a esto. —Abrió su puño para que mi piedra de brujas apareciera en su palma—. Lady Sheena me la entregó, junto con su confianza y un solo ruego que pienso satisfacer aquí. Ahora.

—¿Sheena es el motivo de tu presencia?

No quería descubrir mi sorpresa al escuchar el nombre de mi cuñada, ni pedirle más detalles de los que él me estaba dando. En realidad, se me hacía bastante difícil pensar en otra cosa que no fuera aquella boca que, paso a paso, se iba acercando a la mía, hasta que su dueño se detuvo a una distancia prudencial.

—Sabes que no. Lo siento, Kiara. Todo. Desde el momento en que

decidí traerte de vuelta, hasta mi comportamiento, fingiendo ser alguien que no soy. Porque no soy un miserable que desprecia a la única mujer que ha sido capaz de copar todos mis pensamientos día y noche. Ni un cobarde que prefiere quitarse los problemas de encima, aunque ello signifique renunciar a esa mujer. Ni tampoco un pusilánime que no esté dispuesto a luchar por ella. Antes de que te permita hablar, has de saber una cosa: peleé contra tu indiferencia y la vencí. Acepté tu desafío con un ingenio parejo al tuyo, hasta que conseguí acercarme a ti lo bastante como para poder tenerte. Solo la muerte lo impidió, y vengo dispuesto a arreglarlo. Un simple matrimonio a prueba no será obstáculo para mí, pero queda por decidir si lo será para ti. Si lo que dejé en tu corazón fue solo odio por mi comportamiento imperdonable, o anida un poco de ese sentimiento que nos ha unido desde el principio, para que al menos le des una oportunidad y, con él, a mí.

—Es… tarde.

—¿Te has acostado con el Campbell? —Levantó la vista con aquel ramalazo salvaje, indómito, pintado en sus pupilas brillantes de expectación, pero contuvo una sonrisa cuando me vio negar con energía—. Entonces, no es tarde. A no ser que no quieras perdonarme y estés planeando gritar pidiendo auxilio, en cuyo caso te agradecería que te lo pensaras antes. No soportaría terminar encerrado de nuevo en esa celda maloliente de tu hermano sin que me permitas explicarte mis intenciones, que se resumen en…

Me había abierto las puertas de su corazón, en un despliegue tan impresionante de humildad que todos mis recelos desaparecieron. Estaba allí, después de días sin saber de él. Eso era lo que me importaba. Y a eso me aferraría.

—¡*Och*, cállate ya! —exclamé, lanzándome a su cuello para colgarme de él y apropiarme de su boca de paso.

Solo escuché un gemido de sorpresa, y ninguna resistencia. Liam rodeó mi cintura para contener mi ímpetu y me pegó a su cuerpo. De ese modo, evitó que ambos cayéramos al suelo, pero a cambio, obtuvo un contacto total que traspasó la tela de su indumentaria y mi liviano camisón, bajo el que iba totalmente desnuda.

Fue un asalto imprevisible del que él se hizo cargo de inmediato. Noté sus manos ancladas a mis nalgas cuando me apretó más contra él, haciendo que el beso fuera más intenso. Mientras nuestras lenguas iniciaban una danza que me inflamó entera, me alzó hasta que no tuve más remedio que rodear su cintura con las piernas. Me sentía flotar cuando, de dos pasos, me llevó hasta la pared más cercana para apoyar mi espalda en ella. No dejamos de devorarnos mientras mis manos exploraban debajo de su camisa, mi vientre vibraba de necesidad y su erección se frotaba contra mí con un anhelo salvaje

lleno de pasión desmedida.

Sentí que el apremio nos dominaba a ambos hasta el punto de impedirnos pensar, respirar, vivir. El frío del metal se incrustó en mi carne cuando Liam alzó la falda de mi camisón sin miramientos, hasta dejarme los muslos desnudos, y clavó los dedos en mi cadera para inmovilizarme.

Jadeé. Me aparté de él lo justo para poder respirar y tiré de su pelo hacia mí. Esta vez, no permitiría que nada ni nadie me lo arrebataran. Aquella noche, por encima de preguntas, de dudas y del destino, Liam sería completamente mío.

—*Mo Chiara bhòidheach, bhòidheach*[32] —murmuró en mi oído cuando sus dedos inquietos ascendieron por mi vientre y mi costado, llenándome de un excitante cosquilleo que se intensificó al sentirlos rodeando uno de mis pezones para acariciarlo con dedicación—. Quiero explorarte para conocerte como te mereces. Quiero oírte susurrar y escupir de furia, pero también verte reír, llorar y amar. Quiero tenerte envuelta en una torre de pasión que se derrumbe con mi solo contacto, y luego, comprobar que lo experimentas todo otra vez cuando estés desnuda.

—¿Lo estaré contigo?

Él me dedicó una mirada llena de convencimiento y una sonrisa canalla que consiguió que me humedeciera entre las piernas antes incluso de que me tocara.

—No lo dudes, *mo ghràdh.* —Saqueó mi boca de nuevo, mientras la mano metálica se enredaba en mi pelo y tiraba de él hacia un lado para profundizar en aquella dulce invasión.

Sabía a cielo, pero también al peor de los infiernos. Mis emociones iban de un extremo al otro como vapuleadas por un poder más grande que mi fuerza de voluntad. Lo odiaba, lo amaba, lo detestaba. Liam representaba todo el poder místico de los antiguos. Se había colado en mis sueños y visiones mucho antes de hacerlo en mi cuarto. Quizá yo solo respondía a algún tipo de sugestión poderosa que manejaba mi voluntad. Quizá…

—Liam… —murmuré entre bocanadas de aire cuando él abandonó mis labios para dedicarse por entero a la porción de piel que dejaba al descubierto mientras arrastraba mi camisón hacia abajo —. Liam, solo quiero entregarme a ti…

Aquello pareció frenarlo. Noté su tensión contenida junto a mi cuerpo cuando se quedó inmóvil, aunque seguía sujetándome contra la pared, con las pupilas tan dilatadas que dudé que realmente estuviera viéndome, pero se las arregló para apartarse.

—Aguarda un momento, Kiara.

Yo emití un murmullo de protesta y tiré de su camisa. Me podía la impaciencia, el ardor con el que él parecía devorarme a través de una

sola de sus miradas. No admití la leve duda que ensombreció sus ojos y me propuse acabar con ella. Llena de audacia, colé una mano entre nuestros cuerpos para atrapar el impresionante grosor de su erección a través de la tela.

Lo sentí soltar el aire de golpe y sonreí.

—¿A qué debo esperar, *romanichal*?

—¡Por San Columba! A nada... que no sea espantar todo eso que te ronda por la cabeza, hasta que solo puedas llenarla de imágenes mías. Tuyas. De los dos.

Le supuso un esfuerzo titánico desprenderse de aquel contacto, tomarme en brazos y llevarme hasta la cama. Allí se sentó y me depositó sobre su regazo. Sentía el poder absoluto de su miembro contra mis nalgas. Su calor pugnando contra mis piernas y los latidos desaforados de su corazón perforando mi pecho. Contuve la respiración, mordiéndome la lengua para no rogar que continuara aquello que habíamos iniciado como si yo no hubiera pronunciado palabra, pero la ternura con la que apartó un rizo de mi cara para luego recorrer el contorno de mi mejilla me desarmó.

—Lo que está ocurriendo entre nosotros no tiene nada que ver con ninguno de los poderes místicos que me atribuyes, por mucho que estés pensándolo —afirmó cuando recuperó el aplomo suficiente para hablar con convicción—. Se relaciona contigo, y solo contigo. Tú me has elegido por tu propia voluntad. Sé lo bastante mujer para asumirlo. Si deseas que pare para poder pensar con mayor frialdad, lo haré. —Le estaba costando la misma vida, pero dejó de acariciarme al momento—. De hecho, reconozco que no hemos comenzado como deberíamos.

—¿Y cómo deberíamos?

—Destruyendo absurdos mitos que te has empeñado en relacionar conmigo. No hay magia oscura en mí. Mi piedra tiene un significado tan antiguo como la tuya, pero nada más.

—Entonces, no comprendo...

—Yo te explicaré. —Me había olvidado de mi amuleto cuando él me lo colocó alrededor del cuello—. Si poseo algún objeto que te haya pertenecido, o que hayas utilizado para ambos, puedo llamarte. Sorcha me enseñó a controlar el poder que todo ser humano posee. Gracias al entrenamiento y la práctica constantes, me mostró cómo realzar, engrandecer y contener ese poder que tantas personas pierden porque jamás lo usan. Solo es dominio de la mente sobre la materia.

—¿Quieres decir que, si me lo propusiera, yo también podría hacerlo?

—Algún día te mostraré que eso es totalmente cierto. Se trata de nuestra cabeza —añadió, tocándose la frente con el índice—. Debe gobernar el cuerpo y las acciones más que a la inversa. ¿Crees que yo

podría estar así, contigo sobre mis rodillas prácticamente desnuda, y permanecer inmóvil, si no tuviera un supremo control de mí mismo?

—¿Tu mente es más fuerte que la mía?

—A veces sí, a veces no. De lo contrario, te hubiera llevado a mi cama la primera vez que te vi.

—Seguramente tu experiencia te lo hubiera permitido.

Liam sonrió. Me mantenía pegada a él, de modo que solo tuvo que inclinarme un poco para que yo terminara prácticamente tumbada sobre mi propia cama.

—Kiara, tengo la misma experiencia que tú —confesó con cierto grado de vergüenza—. Quiero decir que he jugado con algunas muchachas, tal y como tú y yo lo hicimos la noche de Beltane, pero nunca he llegado hasta el final con ninguna.

Se posicionó entre mis piernas y se desprendió de la poca ropa que le quedaba, para exhibir toda su espléndida desnudez. La luz intermitente de las llamas pareció danzar entonces sobre cada palmo de su piel brillante. Su pecho subía y bajaba alterado por su respiración errática. Cada uno de sus músculos me gritó su necesidad. Y su virilidad se alzaba en medio de aquella mata de rizos oscuros, llamándome.

—Siénteme —pidió, inclinándose hasta que su sexo rozó el mío. Una simple caricia que me catapultó hacia delante en busca de más. Gemí y sacudí la cabeza, pero él se limitó a sonreír—. Dame toda tu pasión de nuevo, *mo ghràdh*.

Desperdigó cientos de pequeños mordiscos por mis hombros, la base de mis pechos, mi ombligo. Y con cada uno de ellos, me marcó para siempre, encendiéndome hasta la locura. Ni siquiera fui consciente de que su cuerpo se deslizaba sobre el mío como si lo lamiera, ungiéndolo con el calor abrasador que su piel despedía. Mi mente se perdió en los entresijos de la pasión con tanta profundidad, que solo me sobresalté cuando sentí su lengua rebuscando entre mis pliegues más íntimos con afán.

Abrí los ojos para ver el espectáculo más sensual de toda mi vida. Los largos y rizados mechones negros de Liam cubrían mis muslos, sus manos se aposentaban sobre ellos para mantenerlos abiertos, y su cara se hallaba oculta en…

—*Dhia*, Liam!

No pude seguir hablando, ni pensando en lo que me estaba haciendo. Fuera lo que fuera, era merecedor del peor de los pecados y de la recompensa más gloriosa. Su boca se movió sobre mi sexo con maestría, mientras su mano se desplazaba hacia uno de mis pechos y lo amasaba con suave dedicación. Me tenía completamente rendida, a sus pies. Con un poder absoluto sobre mis actos, capaz de encumbrarme a lo más alto y sepultarme bajo la sima más oscura. En

aquellos momentos, hubiera hecho cualquier cosa que él me hubiera pedido.

Y me pedía entrega total.

Se la di. Seguí el curso de mis instintos y me relajé contra la presión que martirizaba mi vientre en busca de más, de mucho más. Mi cordura desapareció, o más bien, la despedí con alegría, cuando arqueé las caderas hacia la punta de aquella lengua demoníaca que se introdujo dentro de mí. Tuve que contener la respiración para evitar un grito que me dejaría en evidencia cuando ascendió lo justo para tocar mi punto más sensible y atraparlo con los dientes, pero mi resistencia llegó a su fin, y él lo supo cuando estallé en mil pedazos al sentir cómo mi propia humedad colmaba sus labios mientras yo me dejaba ir contra ellos sin poder remediar ni uno solo de mis gritos.

No me dio tregua. Apenas pude recuperar el aliento, Liam ascendió y se apartó de mí. Fue aquel inesperado frío lo que me obligó a soltar la sábana que apresaba entre mis manos, a abrir los ojos para apreciar la más pura expresión de deseo en su rostro.

—Estás tan hermosa que temo estropear este momento —afirmó, acariciándome de nuevo con aquella mirada profunda, portadora de todos sus sentimientos—. Ni siquiera sé si podré aguantar, Kiara. Estoy tan excitado que…

No terminó la frase. Parecía que le costara un esfuerzo sobrehumano hablar cuando separó mis piernas y las colocó alrededor de sus caderas. Yo lo miraba sin comprender, hasta que tomó posesión de mis labios. No había resignación en ese beso. Liam quería tenerme contra él, fortalecer el vínculo que había nacido entre nosotros. Yo sabía que lo que sentía no era ni sencillo ni tierno, sino una pasión salvaje, abrasadora, brutal. Una bestia feroz rugía en su carne, llamando a la mía.

Y yo iría a su encuentro. Lo supe en cuanto su palpitante erección rozó de nuevo mis pliegues íntimos y él se detuvo.

—¿Estás segura? —preguntó en un susurro.

¿Segura? Me habría adentrado en el mismísimo infierno de su mano si él me lo hubiera pedido. Era lo que estaba a punto de hacer, y no sentía ni el más mínimo remordimiento. Ni el menor de los miedos, siempre que lo tuviera a mi lado.

—Lo estoy.

—Si hacemos esto, no podremos fingir que no hay nada entre nosotros. Si lo hacemos, serás mía para siempre.

—Del mismo modo que tú eres mío —jadeé contra sus labios mientras le ponía las manos sobre el pecho, solo para sentir el latido errático de su corazón—. Eres mío.

No fueron necesarias más palabras para la mutua aceptación. Liam me penetró de una sola embestida, hasta el fondo. El dolor llegó

fulminante, pero breve. Mis ojos no se desprendieron de los suyos mientras se detenía, esperando a que me acostumbrara a su tamaño, a su intromisión. Aguardaba una señal, y yo se la di adelantando mis caderas para ir a su encuentro. Con una sonrisa, él comenzó a moverse, pero algo ocurrió. Su rostro se desencajó, sus caderas adquirieron un ritmo más rápido, más inconstante, y sus jadeos se descontrolaron.

—Kiara, no voy a poder esperar más… Lo… siento…

Sus palabras temblaron en mi boca cuando, con unas últimas y violentas sacudidas, se derramó dentro de mí.

Yo me quedé inmóvil. Apenas había comenzado a sentir las primeras señales de placer y él ya había alcanzado el suyo, pero no sabía cómo proceder. Qué decir o hacer. Liam parecía defraudado. Furioso incluso, cuando se apartó para tumbarse a mi lado. Nos hallábamos muy juntos; sin embargo, tenía la sensación de que un mar entero nos separaba.

Le dirigí una mirada inquieta cuando comprobé que su respiración volvía a la normalidad y que, sin embargo, él continuaba mudo. ¡Cómo deseaba que hablara! De ese modo, dejaría de preguntarme si la frustración y la ira que llevaba días sintiendo me habían inducido a acostarme con él, o si en realidad me habían servido de excusa para hacer lo que deseaba desde el momento en que había caído rendida a su magnetismo sexual.

Lo había utilizado. Sí. De un modo inmoral, casi aberrante, pero la realidad era que no sabía cómo interpretar las sensaciones que él me despertaba en aquel momento y eso me asustaba, con más razón cuando se levantó y, sin molestarse en vestirse, se dirigió a la chimenea dándome la espalda.

—Liam… ¿qué sucede?

24. ELLA ERA PARA MÍ

Liam

No podía hablar, ni pensar en las consecuencias.

La vergüenza por mi propio comportamiento me ahogaba, solo de pensar en la forma precipitada en la que todo había acabado. En cómo me había resultado imposible controlar mis impulsos hasta el punto de dejarme llevar como… Bueno, como lo que era.

Porque verme enfundado en el interior de Kiara, con sus paredes calientes y resbaladizas presionándome, había supuesto demasiado para mí. Nunca había experimentado sensación tan peligrosa y, al mismo tiempo, tan parecida a lo que debería ser habitar el Paraíso para siempre.

Pero me había vaciado dentro de ella. Acababa de rebasar todas

las barreras autoimpuestas sin miedo a las consecuencias, y eso me desconcertaba tanto como me enfurecía.

Se merecía algún tipo de explicación. Y tendría que dársela.

—Cuando accedí a la petición de lady Sheena, me propuse conseguir que vinieras conmigo —comencé, dispuesto a no mirarla mientras me confesaba—. Esperaba tu enfado, tu renuencia, tus dudas y tus preguntas a bocajarro. Con lo que no contaba era con ese ataque gratuito que tanto me gustó. Que me hizo perder el control, el hilo de mis pensamientos y mis propósitos, hasta el punto de arrebatarte la virginidad de este modo tan bochornoso. —A mi espalda escuché el sonido característico de alguien que iba a hablar, pero alcé la mano para detenerla. Si la escuchaba, volvería a la cama con ella, y si volvía…—. Nunca he hecho esto con ninguna otra porque las consecuencias eran demasiado peligrosas para alguien como yo. Madre murió al darme a luz. Solo de pensar que tú podrías pasar por lo mismo…

La angustia me hizo girarme. De pronto necesitaba su contacto, su aroma a hembra excitada, sus jadeos desinhibidos o sus recriminaciones. Incluso su risa desdeñosa al escuchar las razones que me habían impulsado a contenerme con las demás, pero que no me habían servido de nada con ella. No obstante, solo me topé con su sufrimiento.

Se hallaba sentada sobre la cama. Con sus pechos firmes y tersos moviéndose al ritmo de su respiración, hasta hacer que aquellos pezones, del color de las cerezas maduras, apuntaran hacia mí como si supusieran un nuevo desafío. Su belleza era rotunda, firme, seductora, pero al mismo tiempo, parecía tan desvalida como una criatura. Aquellos enormes ojos verde agua me miraban sin filtros, empapados en lágrimas que corrían por sus mejillas. Los largos rizos de su cabello aparecían enmarañados, desparramados por su torso y espalda. Se asemejaba a un animalillo salvaje que sollozaba en silencio, y que procuró ocultarlo en cuanto se dio cuenta de que era observada.

—¿Estabas llorando? —pregunté, corriendo a su lado. Solo recibí silencio y un mohín orgulloso—. ¿Tanto dolor te he causado?

—No. Es…

—¿Sí?

—Mael me dijo que aspirabas a poseer tu propio criadero de caballos —afirmó, de un modo tan desconcertante que estuve a punto de soltar una carcajada, de no ser porque aquel adorable mentón comenzó a temblar—. Y que ansiabas tener una familia.

—Aspiro a ambas cosas. Contigo de mi lado, me siento capaz de todo.

—Pero ahora, acabas de afirmar lo contrario.

—¿Por eso lloras?

—¡No estoy llorando! ¡Y no, no es por eso!

—Entonces pienso averiguar las razones. Entretanto... No quiero que vuelvas a intentar ocultar tus lágrimas, ¿lo entiendes? Si quieres verterlas, que sea sobre mi hombro, *mo ghràdh*. Y cuando haya terminado mi confesión.

—¿Es que piensas seguir confesándote?

—¿Contigo? ¡Siempre! Puede decirse que ambos hemos perdido nuestra virginidad a manos del otro. ¿Existe otro acto más íntimo que ese para inducir a hablarnos con la verdad por delante? —De pronto escuché unos sonidos provenientes del exterior. Demasiado amortiguados y débiles como para constituir una amenaza; aun así, me aseguré de que la puerta tenía echado el cerrojo—. ¿Te encierras de esta manera desde el *handfasting*?

—Hasta el momento, Hugh ha sido un hombre de palabra, pero no sé si la mantendrá por mucho tiempo.

—Solo tiene que esperar a que sangres… —musité, con una ola de calor corroyéndome por dentro cuando me fijé en las manchas rojas que aparecían en las sábanas—. Aunque espero que, para entonces, ambos estemos muy lejos de aquí.

—Espera. ¿Qué me estás proponiendo?

No la tocaba, pero no lo necesité para comprobar cómo se ponía rígida al momento, mientras entornaba los ojos con incredulidad.

—Después de lo ocurrido, el único camino posible —afirmé con contundencia, sin plantearme una negativa—. Nos hemos entregado al otro en cuerpo y alma. Hemos acordado que ya no hay marcha atrás, de modo que vendrás conmigo ahora que puedo sacarte de aquí con garantías de éxito. ¿No era eso lo que me propusiste hace unos días?

—Y lo rechazaste. Me dejaste aquí.

—Las cosas han cambiado. —Procuré hablar con dulzura mientras me sentaba a su lado y posaba mi mano bajo su mentón para que me mirara—. Comprendo tus dudas. Hasta hace un momento ni siquiera pensabas que pudieras volver a verme, pero aquí estoy, desnudo ante ti, y no solo en cuerpo, sino también en alma y corazón. Dispuesto a emprender una vida contigo, sin importar lo que el destino nos tenga deparado.

—Si me voy, Hugh montará en cólera. Taranis a su lado será una dulce viejecita.

—No voy a dejar que te alejes de mí, Kiara. Ya lo consentí una vez. No habrá otra.

—Pero Hugh es…

—¡Sé lo que es, maldita sea! Pero estoy dispuesto a llevarte conmigo, y ni él ni nadie me harán cambiar de opinión.

—¿Y si te dijera que hay circunstancias más importantes que la ruptura de un *handfasting*?

Con aquello no contaba. Por un momento pensé que era una mentira tras la que se escudaba para no aceptar las consecuencias de lo que habíamos compartido, pero cuando me sumergí en el brillo de sus ojos solo vi cadenas, junto con el miedo que estas provocaban cuando ataban la voluntad de una persona.

—¿De qué se trata? —Contuve el aliento cuando la vi morderse el labio, dudando entre hablar o no, para finalmente negar con la cabeza antes de rehuir mi mirada.

Bien, de acuerdo. Si no lograba que me lo confesara con una ofensiva tan directa, quizá podría apelar a ese inmenso corazón que sabía que poseía, junto con mis dotes masculinas a las que ella me había demostrado no ser inmune, ni mucho menos.

—No me importa, *mo ghràdh* —concluí, fingiendo una despreocupación que estaba lejos de sentir—. Solo me importas tú. Pídeme que sea tuyo y lo seré. Si permites que estemos juntos, lo seré para siempre, Kiara.

No me hubiera importado seguir explicándoselo hasta que el alba despuntara, pero no me salieron más palabras, porque la realidad se empeñaba en aplastarme como una inmensa losa. Aun así, quería decírselo. Quería que supiera que el amor recorría cada fibra de mi ser y que ese sentimiento, al igual que yo, le pertenecía, pero tenía miedo, porque al amanecer, cualquier amanecer, corríamos el riesgo de no estar juntos.

Y entonces, no podría hacer nada con ese amor.

Kiara lo comprendió mucho antes que yo, porque apartó su rostro de mi mano.

—No puedo darte lo que buscas en mí. ¡No puedo enamorarme de ti! ¿Es que no lo entiendes, Liam? —casi sollozó.

—No puedo entenderlo si no me lo explicas.

—No estamos destinados a estar juntos...

—¿Por qué? —La tomé por los hombros furioso, enrabietado, sintiéndome impotente. Hasta que la sentí contener el jadeo ante nuestra proximidad, y la rudeza se convirtió en dulzura cuando la sumergí entre mis fuertes brazos para pegarla a mi corazón—. Sigue sin importarme. Si es necesario, estoy dispuesto a querer por los dos.

—¿Cómo? Dime, ¿cómo lo harás?

—Así. —Aproveché que había elevado sus adorables labios hacia mí para apropiarme de ellos con calma, pero con contundencia. Los acaricié con la lengua despacio, y mordisqueé el inferior hasta que se abrieron como los pétalos de una extraordinaria flor—. Así —susurré contra su boca, un momento antes de introducir mi lengua en ella buscándola, tanteándola, provocando una respuesta que no tardó en llegar. Entre mis brazos, su cuerpo se arqueó, abandonando todo rastro de tirantez, para acoplarse al mío. Casi exploté de dicha cuando

sentí sus uñas clavándose en mis hombros en cuanto el beso se volvió más profundo, más exigente y lascivo—. Y así —terminé de decir, inclinándola de nuevo sobre el colchón para dedicarme por entero a venerar su cuerpo antes de volver a proclamar que era tan mío como todo su ser.

Mordisqueé de nuevo aquella carne que se abría para mí con dedicación, con una necesidad que no se calmaba, sino que crecía con cada caricia, con cada gemido que escapaba de su garganta a medida que mi boca descendía por su delicada clavícula hasta posarse en uno de sus pezones.

Dediqué un segundo en apreciar los rizos desparramados alrededor de su cabeza, como si enmarcara la mejor expresión de lujuria desmedida para mí. Era una visión, una criatura apasionada que me rendía todos sus deseos. Y yo los tomaría a manos llenas.

Cualquier cosa con tal de retenerla conmigo. Cualquier cosa, con tal de dilapidar cada uno de los secretos que provocaban aquella angustia capaz de desembocar en un rechazo que me destrozaría de por vida. Porque ella era para mí, del mismo modo que yo era para ella. Su cuerpo me lo dijo cuando se arqueó al meterme uno de aquellos deliciosos pezones en mi boca para saborearlo a placer, ignorando el nuevo tirón que sentí en mi entrepierna. Lo lamí, lo chupé y lo mordí, masajeando el otro pecho con mi única mano. El aire se condensó en mis pulmones cuando Kiara comenzó a retorcerse mientras susurraba mi nombre; no tuve más que deslizar una mano entre sus muslos para comprobar que volvía a estar más que dispuesta para mí.

Pero esta vez, me encargaría de que disfrutara tanto o más que yo, y sabía cómo hacerlo.

—¿Te duele?

—Sí, me duele. —Mis dedos se quedaron suspendidos sobre su carne mojada de inmediato, pero en un movimiento desconcertante, ella adelantó las caderas hasta que volví a hundirlos en sus pliegues calientes—. Me duele porque te anhelo de nuevo, Liam. Porque quiero tenerte dentro otra vez. Ya.

Nuestras miradas conectaron cuando decidí cambiar de posición y la arrastré conmigo, hasta terminar de espaldas sobre el colchón y con ella a horcajadas sobre mis caderas. Después de un jadeo de sorpresa, se irguió en toda su esplendorosa desnudez y, apoyándose con las manos en mi pecho, buscó mis ojos hasta que nuestras miradas conectaron. Fuimos conscientes de que algo especial y profundo se estaba tejiendo entre nosotros cuando, respondiendo a su muda pregunta, elevé sus caderas para colocarme entre ellas y hacerla descender hasta albergarme al completo, lentamente, de un modo tan enloquecedor que no pude evitar ir a su encuentro. Terminar de nuevo

enfundado en su interior fue una sensación única que me obligó a soltar un largo gemido de placer. Me ahogaba y me extasiaba. Me enloquecía, pero al mismo tiempo me infundía del poder inmenso de la contención, aumentando con cada caricia, cada mirada, cada abrazo y cada beso.

—Acabas de cederme el mando… —jadeó cuando le mostré la manera de moverse sobre mí.

—Siempre lo has tenido, *mo ghràdh*. Solo te estoy enseñando a usarlo de la manera más placentera. Adelante, Kiara. Ahora mismo, estoy a tu merced. Puedes hacer de mí lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —Sus ojos brillaron con diversión cuando se detuvo, consciente de que acababa de someterme a un pequeño infierno cuando me quejé—. ¿Podría pedirte que me entregaras tu mente del mismo modo que me acabas de dar tu cuerpo?

—Ya la tienes… Si vuelves a detenerte así, terminaré rompiéndome dentro de ti…

Con una sonrisa perversa, Kiara se inclinó sobre mí y desperdigó miles de besos por mi pecho hasta llegar a mis pezones. Aprendía rápido. Por eso les prodigó las mismas atenciones que yo había dedicado a los suyos momentos antes, pero con unos efectos devastadores para mi autocontrol. Sus paredes interiores me cobijaron con más tensión al moverse, y yo apresé entre mis cinco dedos la sábana hasta que la retorcí.

—Sí, puedo sentirlo —vertió junto a mi oído, antes de alzar sus caderas para dejarse caer de golpe sobre mí. Estaba experimentando, pero el efecto fue mortífero. Mi quejido se convirtió en un aullido que desembocó en su boca cuando me besó con toda la pasión que expresaban aquellos extraordinarios ojos que me miraban sin pudor—. No quiero martirizarte.

—Entonces sigue así, te lo ruego…

Me perdí en el instante en que enredé los dedos en su pelo. Sentí que la sacudida empezaba en el centro de mi pecho, me pinchaba en el vientre y luego se dirigía hacia mi entrepierna. Supe que mi control se derretía, aunque me había llevado la vida entera desarrollarlo. Sus movimientos se asemejaban a los de un felino. Poseía algo salvaje, difícil de tomar, indomable, que me mantenía en vilo, pero me convencí de que era así como me gustaba.

Era parte de su esencia. Sin ella, Kiara no estaría completa.

Y yo tampoco.

—¡Por San Columba! —murmuré, clavando mis dedos en su carne turgente cuando su cabalgada se intensificó—. Consigues que me estremezca como si fuera un niño.

Kiara volvió a detenerse a medio camino, tomando la parte de mi erección que había quedado al descubierto entre sus dedos.

—Creo que estás muy lejos de serlo —apreció con una pequeña risilla, entrecortada por los jadeos ante el placer infinito que ella también estaba sintiendo.

—Te has convertido en mi peor tortura. —Me las ingenié para contener la respiración ante semejante contacto y me erguí para alcanzar sus labios y saborearlos a conciencia—. Me encanta tu olor. Me encanta nuestro olor…

Fueron las últimas palabras que logré pronunciar, antes de dejarme arrastrar por completo por ella. Kiara se embarcó en una danza tan antigua como el tiempo. Ondulaba sobre mí con la experiencia de una sensual amazona, subía y bajaba con la imprudencia de una mujer de dudosa moralidad a quien no le importan las consecuencias. Sus pequeñas manos me atraparon tanto o más que sus esbeltas piernas cuando aceleró los movimientos, hasta que ambos caímos juntos en un abismo de proporciones desconocidas, que nos llevó a gritar nuestra satisfacción firme, rotunda, intensa. Solo cuando ella cayó sobre mí, supe que me hallaba vacío, pero saciado como nunca lo había estado hasta entonces. Vi que Kiara sonreía, como si diera la bienvenida a mi cuerpo y lo que había logrado de él.

Había disfrutado. Yo lo había sentido. Después del dolor, había llegado ese placer que ambos buscábamos en el otro como si fuera maná caído del cielo. Por eso me sentía como si me hubiese absorbido la fuerza y el poder, como si mi esencia hubiese pasado a ella para siempre.

Porque había sido así. Me acababa de esclavizar con aquella mirada lánguida que me dedicó cuando fui capaz de tomarla por la cintura para recostarla junto a mí.

—Contigo he renacido. Puedo ser la persona que ves en mí —murmuré ensimismado, mientras acariciaba su rostro—. Siento una dicha y una paz como jamás había conocido.

—¿Y qué hay del honor que buscas?

Solo tuve que mirarla para saber la respuesta.

—Tú eres mi honor. Mi ancla, *mo ghràdh*. Mi puerto, el lugar al que siempre regresaré. Nunca dejaré que te vayas de mi lado.

—Nunca me iré —afirmó ella—. Pero este no es un lugar seguro para ti, Liam.

—Tampoco lo será para ti si me exiges que conserve toda mi astucia después de exprimirme como lo has hecho.

—¿Es que acaso no la conservas? —respondió riendo—. Porque hace un momento…

—A callar. —Tapé su boca con la mía en un nuevo beso que aquietó las últimas brasas de la pasión que habíamos compartido, y me dirigí a mis ropas, esparcidas por el suelo, para tomar mi *sgian dubh*—. Me quedaría toda la noche besando cada parte de ti, cada

recoveco, hasta arrancarte muchos más gemidos que los que he tenido el placer de escuchar. Juro que lo haré —murmuré, poniendo el arma en sus manos—, pero antes, tómalo. Quiero que lo uses llegado el caso.

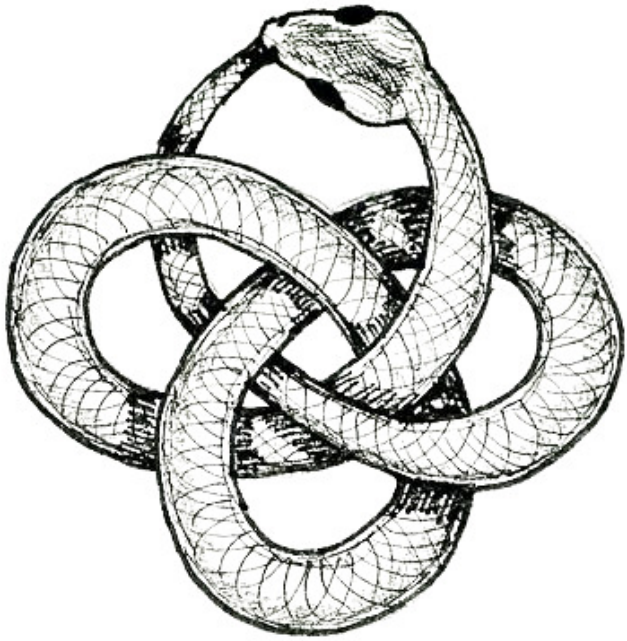
—Eso suena a despedida —murmuró mientras escondía el arma bajo la almohada.

—Lo es. Al menos, hasta dentro de una hora. ¿Crees que podrás estar lista para entonces? Seguro que con la ayuda de lady Sheena podrás acudir a la cita que acabamos de tener sin llamar la atención, hasta la orilla del Lyon, donde nos vimos la primera vez. Te estaré esperando. Para cuando el Campbell repare en tu ausencia, ya será demasiado tarde. Nunca nos encontrarán.

Kiara asintió con entusiasmo y una sonrisa capaz de derretir los hielos de las montañas en invierno.

¡Qué dispuesta parecía a cumplir su parte de nuestro trato!

Qué iluso fui al pensar que lo haría.



25. NUNCA VOLVEREMOS A VERNOS

Kiara

Liam me había asegurado que yo era su honor.

Y después de verlo marchar, con el firme entusiasmo desbordando sus ojos, estaba segura de que él era el mío. De lo contrario, jamás me habría planteado siquiera la posibilidad de seguirlo, por mucho que hubiera alcanzado el cielo de su mano en aquella cama que me apresuré a abandonar en cuanto él desapareció por el mismo lugar por el que había aparecido.

Un ramalazo de entusiasmo me obligó a correr de un lado a otro, buscando una indumentaria adecuada para escapar de aquel absurdo matrimonio a prueba, del esposo que me habían impuesto, de la tumba de un padre al que había adorado, cuya muerte no pude honrar como debía, que había resultado un fraude, y de cualquier obligación

que implicara encadenarme de por vida, salvo una: la lista de los clanes fieles a Jacobo.

—Kiara, ábreme si no quieres que me descubran.

Era Sheena. Y en cuanto la tuve delante, me abalancé sobre ella para abrazarla hasta casi asfixiarla, mientras le daba las gracias de mil maneras distintas.

—Veo que no habéis perdido el tiempo —apreció ella con un brillo malicioso en los ojos cuando miró mis sábanas manchadas de sangre. No había recriminación, ni vergüenza, sino una alegría que no se molestó en disimular mientras me ayudaba a vestirme con la ropa que había llevado en mis días con los *romanichals*, y que había guardado—. Supongo que eso significa que sois marido y mujer por encima de cualquier *handfasting*.

—Lo éramos mucho antes, pero hemos estado demasiado ciegos para verlo.

—Pues apresúrate. Afuera hay una montura preparada para ti. —Me ayudó a recoger mis largos rizos castaños bajo un sombrero de paja que ella misma había llevado consigo y me señaló la ventana—. Baja por ahí. Los hombres atestan la entrada principal y el resto de estancias. Te reconocerían por muy borrachos que estén. Y si Liam ha podido subirse a un árbol para llegar hasta ti, tú podrás realizar el proceso inverso para llegar hasta él.

—¿Y tú?

—No puedo demorarme mucho más sin que Ewan sospeche. —Detecté un halo de tristeza rodeándola cuando me abrazó para despedirme—. Prometo que cuando las aguas se calmen, encontraré el modo de verte, Kiara.

—No puedo irme aún. Tengo que encontrar el documento. De lo contrario, Hugh lo hará valer contra vosotros en cuanto averigüe que he huido. Nada lo detendrá. ¡Os destruirá! Si pudiéramos destinar unos minutos a buscarlo en sus dependencias privadas…

El rostro de Sheena palideció.

—¡Imposible! Si te retrasas, ¡Liam pensará que no has querido acudir a la cita!

—Tú —dije, tomándola de los hombros con decisión—. Sheena, te juro que después de esto no te pediré nada más, pero ahora te necesito. Solo tú puedes ir en su busca para que me espere.

—No. —Su rotunda negativa me dejó tan helada que no supe reaccionar cuando se desprendió de mi agarre con el ceño fruncido y una mirada de auténtico reproche—. ¡No pienso consentir que te quedes sola! ¡Sería un auténtico suicidio! ¿No te das cuenta de que si Hugh te descubriera, sería capaz de…?

—De cualquier cosa, lady Sheena, podéis apostar por ello.

Las dos nos giramos cuando escuchamos la voz inconfundible de

mi esposo, que ocupaba todo el hueco mientras sus ojos no se apartaban de mis sábanas manchadas de sangre.

El mundo se detuvo, junto con mis esperanzas, hasta ser engullidas por el pánico.

Su expresión era indescifrable. Ni siquiera parecía reparar en nosotras, pero yo sabía que su mente fría funcionaba a pleno rendimiento cuando sus ojos claros, al fin, se clavaron en mí, como si Sheena y su presencia no le interesaran lo más mínimo.

—Rob, uno de mis hombres de confianza, afirma que ha visto a un extraño merodeando por aquí no hace mucho —informó con una tranquilidad que me produjo un escalofrío de pavor—. Se parecía sospechosamente al *romanichal* que apresaron y me atacó. ¿Lo has visto, querida?

—No —mentí sin dudar.

—Ah, me alegro. Eso quiere decir que las manchas que adornan tus sábanas se deben a… tus funciones fisiológicas, y no a algún abuso.

—¡No! —chillé.

Me tapé la boca, pero ya era demasiado tarde.

Hugh ya había obtenido de mí lo que deseaba. Porque dijera lo que dijese a continuación, estaría atrapada.

Sus ojos se achicaron con suspicacia, pero poco después se abrieron, acompañando a una sonrisa que pretendía ser cordial, pero que encerraba toda su capacidad de dañar, de destruir, de esclavizar. Y yo era su presa.

—Lady Sheena, vuestro marido me ha preguntado por vos —sugirió—. Mi esposa y yo necesitamos un poco de intimidad.

—No voy a dejarla sola.

Sheena dio un paso al frente, pero la detuve. No permitiría que saliera perjudicada.

—Por favor, vete —susurré, con todo lo que esa petición implicaba con respecto a Liam. Ella lo entendió, puesto que asintió a regañadientes y se apartó.

—Volveré en cuanto pueda —afirmó, mientras miraba a Hugh hasta desaparecer de la habitación.

Solo entonces me di cuenta de que, tras él, se hallaba un cabizbajo Rob que ni siquiera se atrevía a mirarme de frente, pero que guardaba las espaldas de su *laird*.

—Tú, ya sabes lo que tienes que hacer. Ve a por ella —ordenó, dando un paso en mi dirección hasta quedar a un suspiro de mí.

Todo en él rezumaba amenaza, peligro inminente. Retrocedí instintivamente hacia la cama, recordando el *sgian dubh* de Liam, pero todo intento de defensa quedó reducido a cenizas cuando, apenas un minuto después, Rob apareció en el cuarto con Effie y su rostro

descompuesto, seguido por una temblorosa Isobel que me lanzó una mirada interrogante que no pude responder, cuando Hugh inmovilizó a nuestra abuela retorciéndole un brazo a la espalda y amenazando su cuello con el filo de un puñal.

Por la boca de Effie no salió ningún sonido. Me exhortaba en silencio a que no cediera a las pretensiones de aquel malnacido por mucho que su vida pendiera de un hilo.

—Rob, fuera. —Solo cuando su esbirro se fue, aquella repulsiva sonrisa se le borró de la cara—. Bien, Kiara, ahora sí podremos hablar claro. Sé cómo te sientes, porque tu espíritu es muy parecido al mío. Tienes los puños pegados a los costados porque contienes tu furia. Somos dos espíritus indomables, por eso te elegí como mi esposa. Pero tu forma de proceder es tan transparente como el agua del Lyon… Me he limitado a esperar tu traición después de que reaparecieras, y reconozco que has tardado menos de lo que me imaginaba en ofrecérmela. Aunque debo informarte que, en esta ocasión, además, también te han traicionado a ti.

Sin aflojar su agarre, rebuscó entre sus ropas para lanzarme un trozo de papel arrugado que reconocí de inmediato. Era uno de los retratos de Liam. Uno en el que me había pintado completamente desnuda, en actitud más que sugerente y más que complacida.

No podía articular palabra. El horror que se dibujaba en mi mente era demasiado espantoso como para dejarme hablar.

—¿Posaste para él? ¡Responde! —gritó Hugh, acompañado de un pequeño chillido de Effie, provocado por la hoja del puñal rasgando su piel.

El hilillo de sangre me hizo regresar a la realidad.

—N- No —balbuceé.

—Zorra insidiosa… Espero que lo que ha escrito en su reverso termine por obligarte a decirme una sola verdad. ¡Míralo!

Me apresuré a obedecer. Y cuando leí aquella frase, mi mundo de esperanza comenzó a resquebrajarse sin remedio.

«Nunca volveremos a vernos».

Tenía que tratarse de un truco. Una manera de hacerme confesar. Y sin embargo, la certeza de que lo que tenía en la mano pertenecía a Liam me aplastó. Mi mente se nubló al mismo tiempo que mi vista. No pude evitar las lágrimas ardientes que me quemaron las mejillas, pero me obligué a sobreponerme para afrontar al ser podrido que tenía delante con un mínimo de dignidad.

—Hemos vuelto al principio. Tú, yo… y esa sangre delatora. Falta por saber su origen, y para eso, nuestra querida Effie nos ayudará. Dime, ¿pertenece a tu menstruación, o a tu virginidad?

—¡Es…! —Di un paso adelante con la mano extendida en dirección a Effie, pero Hugh negó con la cabeza como advertencia—. ¡Es…!

Si mentía, estaría condenada a un matrimonio forzado sin posibilidad de escapar. Pero si decía la verdad, me condenaría igualmente y para siempre.

—Effie podría decírmelo, pero como sé que su lealtad hacia ti es infinita, prefiero escucharlo de tus labios. Vamos… —canturreó, pegándola más a su pecho.

—¿La soltarás… si te lo digo?

—¡Pues claro, muchacha! ¿Por quién me tomas?

Por un ser sin entrañas, dispuesto a lo que fuera con tal de obtener aquello que ansiaba.

Apreté los párpados, rechiné los dientes y lancé una silenciosa plegaria a Dios para que me perdonara. Sabía que Effie nunca lo haría, pero esperaba que al menos lo comprendiera.

—Es mi menstruación —murmuré.

Cuando me decidí a abrir los ojos, vi la desolación más absoluta en los de mi abuela, un instante antes de que Hugh le abriera el cuello de un solo tajo y la dejara caer al suelo.

—¡Nooo!

Apenas fui consciente de que me abalanzaba sobre ella para taponar la herida, de la que manaba sangre a borbotones. Tomé su cabeza en mi regazo y la sacudí, en un vano intento por revivirla, mientras chillaba su nombre. Apenas pude verla cuando las lágrimas me emborronaron la vista. Ni siquiera aprecié mis manos, empapadas en su sangre, pero de pronto, una cólera como jamás había experimentado se adueñó de cada parte de mi cuerpo, de mi mente y de mi alma.

—Está muerta… ¡Muerta! —Me las arreglé para ponerme en pie, a pesar de que las piernas comenzaban a fallarme, y me abalancé sobre Hugh—. ¡Cabrón! ¡Dijiste que la soltarías! ¡Dijiste…!

Su puño impactó contra mi mejilla con tanta fuerza que me vi proyectada hacia atrás, pero los gritos de Isobel, mezclados con las exclamaciones atónitas de mi propio hermano que se acercaba, me obligaron a no ceder.

—En efecto, dije que la soltaría, pero no especifiqué en qué condiciones —afirmó mi esposo, con una pasividad que me llevó de nuevo a intentar atacarlo, para terminar por segunda vez en el suelo, víctima de un nuevo puñetazo que impactó en mi ojo, seguido de un puntapié en mis costillas que me dobló en dos.

—¡Hugh! ¡No vuelvas a tocarla! —tronó Ewan.

Me arrastré por el suelo mientras Hugh se encaraba con mi hermano e Isobel se precipitaba hacia el cadáver de Effie y comenzaba a chillar sin ningún control sobre sus emociones.

—*Seanmhair*[33]… *Seanmhair*! —exclamó zarandeándola con fuerza, ajena a mi presencia, que trataba de reconfortarla en medio del dolor casi inhumano que me recorría el párpado, buena parte de la cara y todo un costado.

—¡Ewan, antes de sacar conclusiones precipitadas, mira su cama! —El sonido de armas al ser desenfundadas por los hombres del *laird* se detuvo de inmediato, seguido de un silencio cada vez más progresivo y espeluznante—. ¡Acaba de tener su sangrado mensual y pensaba ocultármelo, con la complacencia de tu cocinera! ¡Cuando las sorprendí hablando de su plan, la vieja quiso impedirme que accediera a lo que me pertenece por derecho! Tuve que quitármela del medio de la única manera posible.

—Mientes… ¡Mientes, mi…!

Su bota chocó contra mi boca. Me revolví como pude, preparada para curar mi desgarro y el de Isobel a base de verdades incuestionables, pero estaba demasiado afectada por los golpes como para intentar convencer a Ewan de que aquello solo era un puñado de falacias.

Y Ewan no quería ser convencido.

Sentía tanto dolor como yo por la muerte de Effie, pero lo contuvo con fiereza y lo sustituyó por miles de silenciosas increpaciones dirigidas a mí cuando me señaló.

—¿Es cierto? —preguntó, aparentemente imperturbable.

¿Qué iba a decirle? ¿Que pensaba marcharme con mi amante, el responsable de aquella sangre impresa en la sábana, cuando este planeaba traicionarme dejándome sola?

No podía. Ya estaba sola. Igual que Isobel, cubriendo el cuerpo de nuestra abuela. Del mismo modo que Sheena, dispuesta a llevar a cabo la misión que le había encomendado.

La única diferencia radicaba en el monstruo que tenía delante, y que me sonrió despiadado mientras se inclinaba sobre mi oído y me sujetaba por el pelo.

—Responde a tu hermano, querida —susurró.

Me costó enfocar a Ewan, pero cuando lo conseguí, todo rastro de compasión hacia mí misma había huido. De lo contrario, jamás lograría sobrevivir. Y necesitaba hacerlo, porque necesitaba saber qué había ocurrido.

La verdad.

—S-Sí… —murmuré.

La consciencia se me escapaba aunque me aferraba a ella con

uñas y dientes, pero acerté a escuchar un jadeo contenido proveniente de Isobel, y a percibir el brillo del estupor en los ojos de Ewan, antes de ver cómo asentía, completamente derrotado.

—Sea, pues —aceptó, con una tristeza tan palpable que me envolvió como un manto tenebroso—. Es tuya, Hugh. A partir de ahora, nuestro acuerdo entra en vigor. Yo voy a reunirme con mi esposa. Me debe, como mínimo, unas cuantas explicaciones. La he sorprendido tratando de sobornar a uno de mis hombres para que le cediera un caballo que ya estaba ensillado.

¡Sheena, descubierta! La expresión sombría de mi hermano no auguraba nada bueno para ella, pero no quise pensarlo. La tristeza me impidió escuchar el resto de sus órdenes, o los sonidos que las siguieron. No vi el cadáver de mi adorada Effie, ni a Isobel siguiéndola entre fuertes sollozos, sostenida por dos hombres para evitar que se desmoronara. Solo a Hugh y su escalofriante sonrisa.

—Ahora sí puedo decir que hemos empezado bien, Kiara —afirmó con perversa satisfacción, mientras me arrastraba hasta la cama y me dejaba allí tirada—. No, no pienso poseerte hoy, ni mañana. Incluso dejaré que esa putilla de Isobel siga atendiéndote, me siento magnánimo. Ya ha visto de lo que soy capaz; no se atreverá a traicionarme, de modo que cuando tu menstruación termine, me informará. Pero hasta que ese momento llegue, permanecerás encerrada en tus habitaciones, mientras yo preparo nuestro viaje a tu nuevo hogar.

Mi viaje al infierno, de la mano del mismísimo diablo, después de haber sido deshonrada, abandonada y engañada por el hombre que el destino me había ofrecido, para después arrebatarme.

No pude preocuparme por el destino de los *romanichals*, ni siquiera por el del traidor de Liam. Recordé el *sgian dubh* e intenté sacarlo de su escondite, pero Hugh me golpeó la cabeza con su puño, hasta que el zumbido del dolor punzante solo me dejó escuchar sus pasos alejándose hacia la puerta, como si cada uno de ellos sellara mi sentencia de muerte.

Me había abandonado, como Liam.

Effie había muerto, y Sheena no había conseguido llevar a cabo nuestros planes. La realidad se abatió sobre mí para apelar a mi instinto de supervivencia.

A partir de ese momento, me encontraba en manos de un auténtico monstruo. De mí dependía sobrevivir o, por el contrario, rendirme a la muerte que deseaba abrazar.

Lo último que vi antes de caer en la inconsciencia, fueron los ojos desorbitados de Isobel fijos en mí, mientras mi mano conseguía alcanzar el *sgian dubh* y me sumía en la desesperación, con él entre mis dedos.

26. TRAICIÓN

Hugh

La mejor manera de descubrir si alguien miente, es amenazarlo con la vida de sus seres más queridos.

Lo había hecho con Kiara, y al parecer había funcionado. Aunque, por supuesto, no podía dejar a la testigo de turno con vida para que me desdijera hasta el punto de sembrar la duda en el estúpido de Ewan. No. Necesitaba su total colaboración, porque cuando se supiera lo que en realidad había ocurrido en Rannoch Moor con los *romanichals*, no podría permitirme ni la más mínima sospecha por parte de Breadalbane. De lo contrario, el viejo me retiraría toda su confianza y, con ella, todo su poder.

Y eso sería tanto como condenarme a mí y a los míos, que ahora también eran los habitantes de Glenlyon, al destierro más miserable y

absoluto. Ni siquiera el documento que el conde me había entregado me salvaría. El chantaje a los nombres allí escritos no me serviría de mucho si, como todo parecía indicar, los partidarios de Jacobo tenían las de perder.

Era el momento de apropiarme de lo que consideraba mío y llevármelo a mi propio feudo. Allí, Kiara sería prácticamente inalcanzable, incluso para su propia familia. Solo tenía que esperar a que la maldita sangre desapareciera de su cuerpo, y entonces la marcaría como mía para siempre.

—¿Te has asegurado de que está donde esperábamos? —pregunté a Rob cuando abandoné las habitaciones de mi esposa y me dirigí con mi hombre hacia los establos.

La perspectiva de disfrutar de cierta yegua en concreto me excitó hasta límites inimaginables, activando mi imaginación. En mi mente, aparecieron muchas de las cosas que haría con ella para aplacar la ira que había despertado en mí el descubrimiento de aquellos dibujos obscenos por parte de uno de mis hombres en el ataque, pero estaba a punto de obtener mi venganza total, y un asalto inesperado de lujuria no iba a impedírmelo.

—Sí, milord. —Me concentré en su respuesta y asentí, mientras palpaba la *claymore* sujeta a mi cintura para asegurarme de que seguía en el sitio. Ridículo, si teníamos en cuenta que solo me había enfrentado a un par de mujeres indefensas, y que una había acabado muerta por mi mano sin apenas esfuerzo—. También nos hemos asegurado de que está solo. Pero no me gustan las matanzas injustificadas, *laird*.

—Tú viste el dibujo igual que yo. ¿Crees que una ofensa semejante no es justificación? No pienses que tus manos están manchadas con sangre inocente. Nada en esos gitanos lo es, te lo aseguro. Solo tienes que ver mi cojera para atestiguarlo, o lo que he tenido que hacer con esa vieja entrometida para conseguir la verdad de mi esposa. Sabíamos que tarde o temprano el *romanichal* aparecería por aquí, ¿cierto? —Él asintió—. Y cuando así ha sucedido, le habéis hecho creer que erais incapaces de descubrirlo. Lo habéis visto marcharse hacia el Lyon y os habéis asegurado de que se ha detenido en el mismo lugar donde lady Kiara y tú os lo encontrasteis, junto con su compinche. ¿Me he equivocado en algo?

—En nada, *laird*. Pero la treta del dibujo…

—Un mal necesario para asegurarme de que nadie que no sea yo preñará a mi esposa —afirmé cuando monté en mi caballo—. No es necesario que me acompañes, Rob. Él no me espera.

—Pero iréis solo, sin saber si a él lo guarda todo un ejército de *romanichals*.

—Correré el riesgo.

Llovía a cántaros cuando me alejé de allí al galope. No tuve que cabalgar mucho. Después de un rato, ralenticé mi marcha al escuchar un breve siseo y ver la estela fugaz de una sombra que también me había localizado.

Sonreí como un lobo a punto de cazar a su presa, desmonté y me oculté tras el tronco de un árbol mientras empuñaba la *claymore*.

No sé el tiempo que pasó hasta que el *romanichal* se aventuró fuera de su escondite. Hasta mí llegó su respiración irregular, insegura. Pude incluso oler su miedo. Empuñé el arma con más fuerza y salí a su encuentro, hasta detenerme frente a él. No pude ver su expresión, pero a buen seguro que sería de auténtico pasmo, a juzgar por cómo lanzó su mano en pos de su propia espada, al mismo tiempo que retrocedía y enarbolaba su hoja entre los dos.

Tuve que contenerme para no carcajearme. ¡Por todos los Santos, al fin tendría mi ansiada venganza!

—Si planeas llevarte a lady Kiara de nuevo, has de saber que ella se halla a buen recaudo, después de dar la voz de alarma con respecto a tu presencia. Es por eso que te he sorprendido.

—Mientes.

—No tengo motivo, pero si no me crees, no tienes más que volver a tu hogar. A Rannoch Moor. Me parece que los tuyos te necesitan más que nunca.

Oh, qué dulce era la victoria cuando veías a tu enemigo retroceder, entre escéptico y atónito, resbalando como consecuencia del barro formado por la lluvia…

—No sé de qué me hablas… —farfulló.

—Del ataque de mis hombres a tu campamento —comencé, haciendo chocar nuestros aceros de un modo tan imprevisible que él trastabilló y a punto estuvo de caer—. De los dibujos que hemos encontrado en cierto carromato, y que se parecen sospechosamente a mi esposa —proseguí, imprimiendo cada vez más cólera en cada golpe, mientras el *romanichal* apenas podía esquivarlos—. Y de la deuda que tú, malnacido bastardo, estás a punto de saldar conmigo.

El siguiente mandoble lo envió directo al suelo, pero no sería un buen depredador si no disfrutara de la agonía de mis víctimas y terminara con ellas rápidamente. No, me dije mientras colocaba la punta de mi *claymore* en aquel asqueroso cuello y me contenía para no rebanarlo. El final de mi oponente no sería rápido, ni indoloro.

Pero sería un final. De eso no cabía duda alguna.

Liam

Había cometido un error fatal al confundir al Campbell con un emisario enviado por Kiara.

Y otro aún mayor al escucharlo y permitirme dudar.

Porque aunque lo que oía tenía demasiada coherencia como para tratarse de una mentira urdida con el propósito de separarnos, tenía que estar mintiendo. ¡No podía aceptar lo contrario, porque me destrozaría! ¡Mi mente era incapaz de asimilar el desastre que, según todos los indicios, había sido provocado por Kiara! Mi amor, mi *fiosaiche*, la mujer que mi alma había elegido.

Sacudí la cabeza negándome a aceptarlo, pero mis ojos apreciaron el aura que rodeaba al Campbell. Lo iluminaba como si nos encontráramos en pleno día. Era la señal de seguridad, de tranquilidad. Dudaba que tuviera conciencia, pero si era el caso, esta se encontraba en paz.

—¿No te defiendes? —preguntó, acercando el filo de su espada a mi cuello sin lograr que yo moviera un solo músculo, para seguir con una risotada que me dañó los oídos—. ¿No lo niegas?

—Ignoro cómo habéis descubierto los dibujos, pero faltaría a mi honor si negara su existencia. ¿Me serviría de algo?

Sí. Ganaría tiempo para pensar en Kiara, para encontrar una grieta en su comportamiento que me hiciera verla como una vil traidora… Y lo encontré.

Había hablado de razones mucho más importantes que el

handfasting para no volver conmigo. Y yo las había obviado con esa arrogancia que me llevó a no contemplar otra posibilidad que no fuera llevármela, después del modo tan deliciosamente absoluto en el que se me había entregado.

Dhia…

—Yo te lo explicaré, perro sarnoso. —El Campbell terminó con mis conjeturas. Tiró de mi pelo hacia atrás y clavó sus ojos en los míos. Vi su sed de sangre impresa en ellos, su ira sin límites a punto de ser vertida sobre mí. Y esa sonrisa cruel que precedía al destrozo que me ocasionaría su relato—. ¿Creíste por un momento que pasarías desapercibido en Glenlyon? Por mucha celebración que hubiera, mis hombres y los de Ewan tenían claras sus instrucciones, porque te esperábamos, ¿y sabes la razón? Lady Kiara. Ella nos desveló el enclave exacto del campamento en cuanto la dejaste en libertad, justo antes de celebrarse el *handfasting*. Todo ha sido una trampa en la que ella ha intervenido. Y tú has caído como el tonto enamorado que yo esperaba que fueras.

—Kiara… —murmuré con amarga incredulidad, antes de rugir, presa de una enorme oleada de furia que amenazó con tragarme—. ¡Mientes!

Empuñé mi *claymore* con una rabia desconocida incluso para mí mismo y, de un salto, me abalancé sobre él, ignorando el agua torrencial que me impedía verlo con claridad. Por el contrario, lo que había compartido con su esposa horas atrás en la intimidad de sus habitaciones llegó para atormentarme, para torturarme con las dudas que llevaban consigo. Era imposible que el Campbell se hubiera inventado todos los datos que me había escupido a la cara. Imposible que conociera la existencia de los dibujos si no los había visto con sus propios ojos, imposible que supiera de nuestro enclave habitual sin alguien que se lo indicara.

Imposible que Kiara mostrara una capacidad de perdón tan inmediata e incondicional, amparada en una fachada de dulzura que me conquistó por completo.

Imposible, imposible… La palabra se repetía en mi mente, aletargándome a medida que me daba cuenta de la coherencia que revestía la trampa en la que había caído.

—Solo quieres confundirme para vencerme —siseé entre dientes, cuando nuestras respectivas espadas se enredaron en un duelo que no pareció decantarse por ninguno de los dos—. ¡Eres un malnacido, un cobarde que utiliza a las mujeres para conseguir sus fines más abyectos!

—Miserable… Siempre has hablado demasiado, pero ahora obtendrás tu merecido de una maldita vez.

Me empujó y yo retrocedí. La incredulidad y el dolor por la

certeza que se abría paso en mi cerebro me tenían aletargado. Y cuando sentí la estocada en mi costado, ya fue demasiado tarde.

La profundidad de su tajo fue tal que, aunque quise devolvérsela, mi espada solo cortó el aire existente entre ambos, mientras notaba la sangre empapándome y las fuerzas escapándose con ella.

—Podría rematarte ahora mismo, pero prefiero que te desangres lentamente. Solo así comprenderás lo que yo padecí por tu ataque. —El Campbell me sujetó por la pechera de la camisa hasta estar seguro de que mis ojos veían los suyos. La verdad brillando en ellos, antes de dejarme caer—. *Sùil le sùil, fiacail le fiacail*...[34] Nunca volveremos a vernos, a no ser en el infierno.

Un sudor frío me bañó entero cuando intenté aferrarme a mi *claymore*, pero me vi despojado de ella de una patada, antes de que la silueta de mi atacante se difuminara. Luché encarnizadamente para conservar el poco hálito de vida que aún me quedaba. Necesitaba hacer demasiadas cosas antes de morir. ¡Los míos me necesitaban!

Y Kiara… No debía rendirme, pensé mientras me arrastraba hasta el lugar donde Bonnie permanecía junto al río. Si era necesario, proclamaría a los cuatro vientos que le había arrancado su virginidad para casarme con ella a la fuerza.

¡Sí, eso haría! ¡Y una vez casados, dedicaría el resto de mis días a hacerle pagar cada muerte ocasionada, cada lágrima derramada, cada minuto empleado en engañarme como lo había hecho! ¡Me vengaría, me…!

Mi determinación se esfumó en cuanto comprendí que, a veces, amar a alguien significaba hacer cualquier cosa por la felicidad de esa persona.

Incluso renunciar a la propia.

Y yo amaba a Kiara.

Sí. El amor se había apoderado de mí silenciosamente, sin darme tiempo a levantar un escudo para protegerme de él. Nada, ni la peor de las batallas, ni el más absoluto de los fracasos o el más cruel de los desengaños, me había preparado para eso.

Era demasiado tarde, porque el amor estaba ahí.

Arraigado en mi carne, tan duro como una cicatriz curtida.

Rugiendo en forma de feroces olas, campando por mi sangre.

Estaba ahí.

Y ahí seguiría, para siempre, mezclado con el odio que me empujó a seguir consciente un poco más, hasta que mis dedos tocaron el agua, y mi resistencia llegó a su fin.

Vagué por el mundo de los sueños buscándola, sin lograr dar con ella. Llamándola sin que acudiera, y cuando desperté, sentí la presión de un vendaje comprimiendo mi costado, al mismo tiempo que el vaivén del trote avivaba mi sufrimiento. Me costó un poco

comprender que me hallaba sobre un caballo, boca abajo, y que alguien cabalgaba conmigo, guiando las riendas con una mano y sujetándome con la otra.

Gemí y me revolví, pero el agarre se volvió más firme.

—Será mejor que no te muevas, o tus posibilidades de llegar con vida al campamento se reducirán a la nada. —Esa voz… ¿De qué la conocía?—. Me he esforzado en intentar contener la hemorragia, pero no estoy seguro de haberlo conseguido, de modo que te aconsejo que no tientes a la suerte, amigo.

—Yo… no soy… tu amigo…

—Lo fuiste cuando me perdonaste la vida y te llevaste a lady Kiara, y lo eres ahora. —¡Rob, el centinela de Kiara! Me costó un esfuerzo extra levantar la cabeza, para ver su rostro y una tenue sonrisa en él—. Técnicamente no estoy traicionando a mi *laird*, si eso es lo que te preguntas; solo estoy devolviéndote el favor.

No tenía energía para responderle. Mis pensamientos iban de un lado a otro sin orden ni concierto. Ardía y temblaba a partes iguales, pero no me costó reconocer Rannoch Moor cuando llegamos a sus inmediaciones, apenas despuntó el alba.

El olor a muerte me llenó las fosas nasales mucho antes de que apreciara de dónde procedía. El silencio era atronador, roto tan solo con llantos y lamentos intermitentes, que se fueron haciendo más fuertes conforme nos íbamos acercando. Columnas de humo presidían aún los puntos neurálgicos del campamento, pero no fueron ellas quienes nos recibieron, ni tampoco mis abuelos, o la pequeña Lilly. Fue la silueta derrotada de Tam la que se acercó a nosotros arrastrando los pies, irreconocible. Con su ropa ensangrentada y hecha jirones, su cara tiznada de negro y sus ojos rezumando dolor, derrota y un odio visceral que ni siquiera se atenuó cuando me vio y casi corrió en mi ayuda.

—Déjame aquí, Rob… —murmuré—. Márchate, porque si él te reconoce, no tendrá piedad.

No me respondió, pero sentí que dejaba a Bonnie y escuché el galopar de otra montura que se alejaba. Al borde de la inconsciencia de nuevo, me las arreglé para tomar las riendas y guiar a la yegua hacia Tam y toda la desgracia que me recibió.

El Campbell no había mentido. El espectáculo de muerte y horror se extendía por todo el campamento, afectando por igual a hombres, mujeres y niños. La vista se me nublaba, pero cuando estaba a punto de caer al suelo, un par de fuertes manos me sostuvieron para evitar el impacto.

—Liam. Has llegado tarde.

Las palabras de Tam fueron flechas envenenadas directas a mi conciencia. Aferrado a él para poder al menos arrastrar los pies, barrí

con mi mirada los cadáveres que todavía salpicaban las praderas de brezos. No vi a mis abuelos entre ellos, pero tampoco entre los vivos, y mis energías no me servirían para soportar una respuesta negativa a la pregunta que me bailaba en los labios. Era mejor escuchar el relato intermitente de Tam mientras era llevado a algún lugar donde poder curar mis heridas.

Si es que había cura posible para ellas.

—Fueron Campbell —informó, dejándome sentado junto a una roca para inspeccionar el tajo de mi costado.

—¿Hugh Campbell de Glenorchy?

—Reconocí a muchos de sus hombres, unidos a otros de Glenlyon y Breadalbane. Atacaron al amanecer, sin previo aviso. No tuvimos oportunidad de… ¡Por todos los Santos! ¿Quién te ha hecho esto? ¿Y Kiara?

—Ha sido su esposo. De no haberme ayudado el soldado al que perdonamos la vida en el Lyon, no estaría aquí, ahora… —Responder a la segunda pregunta era mucho más complicado, porque con cada pensamiento, mi interior se fragmentaría más y más, hasta hacerse imposible la reconstrucción de mi confianza. Pero Tam debía saberlo —. Kiara nos ha traicionado.

—¿Estás seguro de lo que acabas de decir?

—El Campbell habló de mis dibujos. De este ataque. Me restregó en la cara que ella había sido su confidente. Yo me negué a creerlo… —El aire se me escapó a través de los dientes cuando escuché cómo Tam llamaba a gritos a alguien para que me cosiera la herida, pero mi mente estaba en otro sitio, uniendo piezas. Asumiendo derrotas—. Ha sido culpa mía. Todo. Me enamoré de la mujer equivocada y…

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta, mezcladas con un acceso de llanto muy poco oportuno para un aguerrido *romanichal* como yo. Soporté el suplicio de la cura sin una sola queja cuando alguien acudió a la llamada y cosió mi carne, pero en cuanto terminó y me quedé solo con Tam, me las arreglé para levantarme, observar el escenario de horror y muerte que se desarrollaba ante mis ojos y gritar.

Grité como nunca. Un rugido salvaje y furioso, destinado a arrojar mi pena más allá del horizonte, con la esperanza de verla desaparecer para dejar paso a una necesidad de venganza similar a la necesidad de respirar para seguir vivo.

Pero el dolor no se fue. Se me pegaba a la piel, como si formara parte de mi existencia. Como si me estuviera enviando precisamente ese mensaje.

«Vivirás, Liam. Reunirás a los supervivientes y comenzarás el camino de tu venganza. No descansarás hasta que el último de los Campbell haya pagado».

—Liam… —Estaba llorando. Por eso me costó distinguir el rostro descompuesto de Tam mientras me observaba—. Sorcha está bien, pero Mael se encuentra malherido. Y el resto está esperando una decisión…

—¿Decisión?

—Tenemos que irnos. De lo contrario, podrían volver y rematar lo que han dejado a medias. Sin Mael, tú debes decidir.

Respiré hondo, me apoyé en sus hombros y dirigí mi vista al cielo que comenzaba a despertar. De pronto, no dudé a la hora de encontrar la respuesta.

—Glencoe —afirmé.

Tam comprendió sin necesidad de más explicaciones.

El tiempo del zorro se había terminado.

A partir de ese momento, no habría un lugar para otro sentimiento que no fuera la venganza y el odio. No cejaría hasta cumplir con la primera para acallar el segundo.

Había llegado la hora de que el león rugiera su furia.

Taranis

No podían terminar con un dios, estaba convencido de ello.

Pero estuvieron a punto de hacerlo. Y todo por un error de cálculo por mi parte, imperdonable, que traería consecuencias.

Me había pasado los últimos días a una distancia prudencial de los *romanichals*, esperando un desenlace favorable para mis intereses…

siempre que estos estuvieran unidos a los de mi pequeña *fiosaiche*, mi Kiara.

Casi salté de alegría cuando comprobé que el *romanichal* la dejaba en su hogar después de lo ocurrido en las piedras sagradas. De hecho, mi mente comenzó a fabricar un modo lento y doloroso de acabar con él, ahora ya sin la presencia de Kiara, pero mis planes se torcieron nuevamente.

Kiara volvió a pertenecer a otro que no era yo.

Hugh Campbell pasó a ser un enemigo mucho más cercano. Inesperado, pero más accesible que el bastardo.

Más poderoso.

Debía acabar con él sin llamar la atención sobre mi persona… o apuntarme a su causa: atacar Rannoch Moor de noche, cuando nadie se lo esperaba, después de seguir a la joven dama que visitó a los *romanichals* creyendo que nadie la había visto.

¡Oh, sí! No tuve reparos en poner mi mano y mi espada al servicio de los intereses del Campbell. Ni siquiera me lo pensé a la hora de cercenar cabezas antes siquiera de que sus dueños tuvieran la oportunidad de mirarme a los ojos, pero cuando comprobé que el bastardo no se hallaba ni entre los vivos, ni entre los muertos, una cólera fría y viscosa se adueñó de mi mente hasta volverme loco.

E imprudente.

Si me hubiera retirado junto al resto de Campbell a tiempo…

Si no hubiera cedido al impulso de aguardar su aparición…

Si me hubiera atrevido a presentarme delante del esposo de Kiara para terminar con él y apropiarme de ella…

No habría ocurrido lo que ocurrió.

Porque nunca pensé que una partida de ingleses pululara por los alrededores de Rannoch Moor poco después del ataque. Ni tampoco que me topara con ellos, aún vestido con los colores de los Campbell.

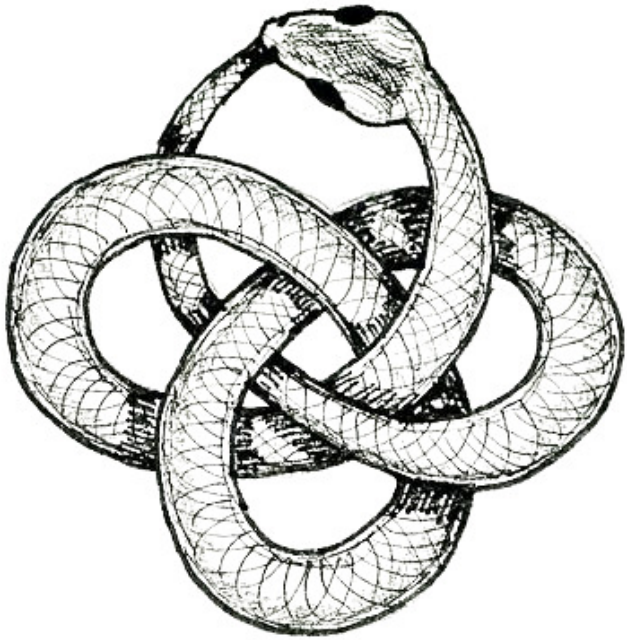
No pude defenderme. Eran demasiados. De nada sirvió que alegara haber intervenido en la masacre de los *romanichals* junto a unos pocos compatriotas suyos. Me apresaron y me encerraron en una apestosa celda sin posibilidad de fuga, condenándome de antemano.

Pero escaparía y los encontraría. Así me llevara años, daría con Kiara.

Y con el *romanichal*, para terminar lo que había empezado, de una vez y para siempre.

SEGUNDA PARTE

EL LEÓN



27. ASESINA

Posada del Tuerto, inmediaciones del lago Awe, invierno de 1691

Kiara

—¿Os encontráis bien, milady?

—¡*Dhia*, Isobel! Ya te expliqué los lazos de sangre que nos unen —respondí con todo el disimulo de que fui capaz—. Somos iguales, ¿me oyes? No vuelvas a darme ese trato, y menos delante de quien pueda reconocerme.

—Lo siento, *piuthar*[35]. ¿Mejor así?

—Mucho mejor —respondí, cuando el vozarrón de Fergus, el dueño de la posada y nuestro protector, la reclamó.

Me quedé observando cómo se marchaba, con una pequeña

sonrisa de satisfacción que se borró en cuanto los clientes comenzaron a pedir su comida. A pesar de llevar semanas ocultando mis curvas bajo ropas amplias y varios paños y sábanas que ayudaban a aumentar el volumen de mis pechos, cintura y caderas, no terminaba de acostumbrarme al peso adicional con el que tenía que cargar para no ser reconocida. Ni tampoco a ese mugriento pañuelo que ocultaba mi pelo de forma permanente. Ni a la capa de suciedad con la que diariamente cubría mi rostro, en la esperanza de no dar un mal paso que podría llevarme a la muerte.

Asesina. Esa era la palabra que escuchábamos a menudo en la posada para referirse a la esposa del fallecido *laird* de Glenorchy. Una mujer que no quiso aceptar su compromiso y se dedicó a hacerle la vida imposible a su pobre esposo con exigencias estrafalarias, caprichos incomprensibles y berrinches cuando, haciendo uso de sus derechos, este trataba de imponer su voluntad.

—¡Eh, posadera! ¡Un poco más de este matarratas que servís! —graznó un indeseable al que le apestaba el aliento aun en la distancia a la que nos encontrábamos, mientras agitaba su jarra demandando más bebida.

—¡Que nos lo sirva tu amiguita! ¡Es mucho más agraciada que tú! —remató su compañero, ante la algarabía general que apoyaba sus palabras y mi tranquilidad absoluta cuando, a mi espalda, volvió a aparecer Isobel meneando sus caderas.

—Ve a ver a Connor. Déjamelos a mí.

—¿Segura?

—Son pan comido —afirmó, reajustándose sus pechos por debajo de su blusa color azafrán—. No en vano tuvimos la abuela que tuvimos, ¿cierto? Era un pozo de sabiduría del que ambas hemos bebido hasta hartarnos…

—…Y por eso todo saldrá bien y Connor y yo podremos irnos a otro lugar antes de que los esbirros de Hugh den con nosotros.

Eran las palabras que ella me había hecho repetir hasta la saciedad desde que, hacía dos semanas, mi hijo y yo habíamos aparecido ante la puerta de la posada, con nuestras esperanzas tan vacías como nuestros estómagos, para encontrarnos con ella y el hombre que regentaba el local. Un pequeño gran milagro acrecentado por la buena voluntad de Fergus. En cuanto comprobó que Isobel me conocía y, además, me quería, nos acogió a cambio de mi trabajo. Era un hombre entrado en años que no hizo preguntas ni dio explicaciones, aunque estas últimas corrieron a cargo de Isobel. Parecía que sus heridas internas ya eran cicatrices cuando me explicó cómo había ido a parar allí. Al parecer, de un modo muy parecido al mío. Fergus había perdido a su mujer y a sus dos hijas por culpa de una larga enfermedad que también le había rondado a él, pero de la

que había escapado. Cuando Isobel llamó a su puerta, su aspecto desvalido lo conmovió, y su voluntad férrea de trabajo, unido a su honestidad sin límites, lo ganaron igual que a mí.

Mi hermana era la única que había descubierto el celo con el que guardaba los documentos que había llevado conmigo. Sin preguntas que me comprometieran, se conformó con la explicación de que, sencillamente, eran demasiado valiosos para mí como para que alguien conociera de su existencia y me guardó el secreto.

Uno más, que tarde o temprano tendría que explicar. Aunque de momento, para Fergus, mi nombre y los lazos que me unían a ella y que el tiempo no había logrado romper, fueron suficiente carta de presentación. Jamás me preguntó si yo era la esposa asesina que buscaban. Se limitó a ofrecernos un techo, comida caliente y el anonimato necesario, además de un posible viaje a Irlanda, a casa de unos parientes suyos que nos acogerían con gusto y me proporcionarían un medio de ganarme la vida.

—Veo que lo has aprendido al fin —susurró Isobel, dándome un codazo con disimulo—. Tranquila. Ni en mil años se les ocurriría buscar a la esposa de un *laird* en semejante tugurio. Eso nos dará el tiempo necesario para que Fergus reciba la respuesta por parte de sus parientes.

—¿Y si no la recibe?

—Deberías saberlo. ¿No eres tú la *fiosaiche*?

—Ojalá… De ese modo, hubiera predicho lo que iba a ocurrir…

—Tranquila —insistió, esta vez en un tono más serio, antes de plantarme un beso en cada mejilla—. Lo pasado, pasado está. Sería una estupidez recrearse en ello. Y una pérdida de tiempo.

—Tiempo es lo que no tengo, Isobel. Tarde o temprano, me encontrarán. Nos encontrarán. Me he llevado al futuro *laird*.

—Ahora es el actual *laird*.

La afirmación, serena pero contundente, hizo que ambas nos girásemos para ver el semblante impertérrito de Fergus, a un paso de nosotras. Nada hacía presagiar que lo que acababa de escuchar le hubiera sorprendido, o escandalizado. Ni siquiera indignado. Solo nos observaba cruzado de brazos sobre su enorme barriga, con sus ojillos azules enmarcados en una barba que antaño sería tan pelirroja como su cabello, pero que ya había tomado el tono grisáceo de la edad. Era tan parecido a Isobel que no me extrañaba que la hubiera acogido como si fuera su hija, pero ahora su habitual calidez se había transformado en una muda recriminación.

—Tenías que habérmelo dicho desde el principio, muchacha —me regañó en voz baja—. Nunca te hubiera delatado.

—Yo… Yo…

Me quedé sin palabras. Afortunadamente, Fergus se hizo cargo de

la situación y me hizo una seña para que lo siguiera fuera del comedor. Lejos de oídos indiscretos. Isobel me apoyó con un asentimiento de cabeza y un guiño cómplice que me tranquilizó.

—El *laird* era un cerdo que se dedicaba a abusar de su poder con cuanto hombre, mujer o incluso niño se le ponía a tiro —afirmó sin pelos en la lengua en cuanto nos encontramos solos, en la estancia que utilizaba de almacén para los barriles de *whisky*—. Nunca fue santo de mi devoción, y me atrevería a decir que tampoco lo era de mucha gente por aquí.

—Pero me están buscando…

—¿Lo mataste? ¿Fuiste tú?

Me mordí el labio. ¿Cómo explicarle las razones que me llevaron a luchar por mi vida y salir vencedora, sin implicar a nadie más en el relato?

—Sí —confesé, sacudiendo las manos antes de que Fergus pronunciara una sola palabra—. Pero antes de que me entregues a las autoridades, debes saber que no tuve otra opción. ¡Tienes que creerme! ¿Cómo si no iba a privar a mi hijo de lo que le corresponde por derecho, para relegarlo a una vida mucho más…?

—¿Miserable?

—¡Sencilla! ¡Nunca pensaría que todo lo que nos has dado durante tres semanas es miserable!

—Tiempo suficiente para conocer de ti aquello que necesito saber —apostilló con tranquilidad—. Si exceptuamos a mi difunta esposa, no he conocido a una madre más abnegada y generosa que tú. No arrebatarías a ese pillo de Connor toda una vida de comodidades si no tuvieras un buen puñado de motivos, entre los que no me importa incluir la salvaguarda de tu propia vida. Sabía que ocultabas algo de enjundia y que te arrepentías de ello, fuera lo que fuera. Por eso me ofrecí a contactar con mi familia irlandesa.

Abrí la boca, atónita.

—¿Lo sabías desde el principio?

—Lo suponía —respondió encogiéndose de hombros, antes de hacer rodar uno de los barriles hasta mis pies—. Pero me lo acabas de confirmar. Y como ya te he dicho antes, casi nadie de este lado del lago lamenta la pérdida del *laird*, de modo que tranquilízate. No voy a entregarte, a menos que tú quieras lo contrario. ¿Es así?

—¡No, por supuesto que no!

—En ese caso, haz el favor de ayudar a este pobre viejo con el barril antes de ir a echar un vistazo a Connor. —Aun con su edad, tenía una corpulencia que doblaba a la mía, pero no me negué cuando lo vi sonreírme y guiñarme un ojo con benevolencia—. Eso sí, en cuanto compruebes que sigue en el mismo sitio donde lo dejaste, regresa. Isobel tiene muchos arrestos, pero dudo que pueda ella sola

con toda la piara de cerdos que nos visitan esta noche. Hoy hay más de lo normal, ¿te has dado cuenta?

—Tendría que ser ciega para no dármela.

—Lo que quiere decir que deberás redoblar las precauciones —me susurró cuando volvimos al comedor y colocó el barril allí donde quería—. Venga. Date prisa.

No me hice de rogar. Llamar «pillo» a mi Connor era ser muy condescendiente. Era un auténtico diablillo de poco más de cuatro años, que aprovechaba la menor ocasión para desobedecer cualquier tipo de orden. Su carácter era tan rebelde como el mío; por eso no me extrañó no encontrarlo dormido en la cama, aunque esta estuviera deshecha.

—Connor… —llamé con un resoplido de fastidio al imaginarme dónde estaría.

Abandoné la habitación y me dirigí a los establos. Le encantaban los caballos. Era lo que más había echado de menos cuando escapamos de Kilchurn, lo que no dejaba de tener su gracia, puesto que solo había preguntado por su padre cuando me lo llevé de nuestro hogar. Después, incluso su más efímero recuerdo pareció esfumarse de su mente. Su talante alegre se convirtió en otro reservado, lleno de miedos que ninguno nos dijimos pero que los dos percibimos. Él, desobediente por naturaleza, aceptó sin rechistar que no debía decir a nadie de dónde procedíamos, quién era su padre y mi esposo. Una lección aprendida a base de privaciones brutales para un niño tan pequeño, acostumbrado a tener una cuadra propia y tantos animales en ella como se le habían antojado, entre toda una serie de comodidades, y que de buenas a primeras pasó frío, hambre y calamidades hasta dar con un ángel llamado Fergus.

Allí todo cambió. Isobel lo acogió con los brazos abiertos para convertirse en casi inseparables, y el viejo le entregó su corazón con su primera travesura. A partir de ahí, mi hijo se convirtió en el improvisado rey de un humilde reino con un pequeño establo que, en noches como aquella, se llenaba de caballos.

Seguro que lo encontraba allí, hablando con alguno de ellos como si de su mejor amigo se tratase. Algo que tendría que remediar cuanto antes, pensé con una punzada de culpa. Un niño tan sociable, despierto y con desparpajo, necesitaba relacionarse con otros pequeños.

—Connor, ¿estás aquí? —pregunté en cuanto entré en el establo y alumbré cada rincón con la vela que llevaba—. Connor…

Los caballos se movieron cuando escuché una especie de grito que me puso los pelos de punta y el corazón en un puño.

Pisoteado. Pateado. Herido de múltiples formas. Mi imaginación fabricó un montón de desgracias mientras ahuyentaba a los animales

como podía para intentar encontrarlo.

—¡Connor! —chillé, cada vez más asustada—. Cariño, ¡dile a madre dónde estás!

Entonces el chillido ahogado se hizo más audible, más cercano. Procedía de una de las cuadras situada al fondo, pero cuando avancé hacia allí, una sombra me cortó el paso, mientras otra se dejó ver, con mi pequeño maniatado, amordazado y a su merced.

—Creo que es ella, pero apenas la reconozco… —murmuró en un susurro casi ininteligible el hombre que lo sujetaba por su camisa para dormir, mientras el que se había interpuesto entre nosotros me arrebató la vela y la apagó.

—Sí, es ella. Nunca podría olvidar sus ojos —respondió en otro murmullo, mucho más ronco.

Antes de que pudiera gritar pidiendo auxilio, un golpe me dejó lo suficientemente aturdida como para que pudiera tapar mi boca con una mordaza, y mi cabeza con un saco que olía a perro muerto. Cuando quise echar a correr, algo trabó mis piernas para que cayera al suelo. Mi atacante era ágil y muy hábil en la oscuridad, puesto que en un santiamén me tuvo tan maniatada como a mi hijo. Además, era fuerte. Con una rapidez sobrecogedora, logró cargarme al hombro a pesar de mi resistencia y depositarme sobre un caballo, para montar él detrás.

No era el único. Nos acompañaba el desgraciado que había apresado a mi pequeño del mismo modo, porque podía escuchar los gritos indignados de Connor, aunque ninguno habló más. Me revolví con furia cuando el animal inició un galope que casi me llevó al suelo, pero no me importó. Sin duda, sería mejor sufrir algún percance como consecuencia de la caída que el lazo mortal de la soga al cuello.

Porque estaba convencida de que nos llevaban de regreso a Kilchurn para juzgarme y condenarme. Connor se quedaría solo. Lo nombrarían nuevo *laird* de Glenorchy, pero no tendría a nadie en quien apoyarse. Su único tío varón desconocía su existencia, y en cuanto a su tía de sangre, jamás podría recuperarlo una vez hubiera ocupado su lugar.

Ante el mero pensamiento volví a agitarme con furia, pero mi secuestrador me mantenía bien sujeta, de modo que mi resistencia solo sirvió para que el relleno que ocultaba bajo mis pechos y mis caderas desapareciera por el camino. A cambio, solo escuché un gruñido disconforme y sorprendido que no me dijo nada, pero que me aclaró todo un poco más tarde, cuando noté el mordisco de la humedad de la niebla que brotaba de la superficie del Awe en mis músculos doloridos y mojados.

Tiritaba de miedo, de frío, de angustia, cuando me dejaron sobre el suelo al mismo tiempo que me libraban de aquella odiosa capucha y

de la mordaza. Connor se apretó junto a mí en cuanto tuvo oportunidad en las mismas condiciones, pero no fue él quien captó toda mi atención.

No. Fue el enorme y fiero *highlander* que me observaba, con una mezcla de dureza, descaro, sorpresa y vulnerabilidad que intentaba ocultar, sin conseguirlo.

Me quedé clavada en el suelo, incapaz de reaccionar en algún sentido, hasta que me dio la sensación de que mis pies se tambaleaban, como toda yo.

Acababa de caer de nuevo en el vacío, a ser golpeada contra mí misma como un peso muerto e ingrávido, ausente de toda emoción, hasta que todas acudieron a mí en tropel.

Siempre había pensado que la mentira en la que había tenido que escudarme para sobrevivir al abandono y la traición era como una planta trepadora que puede escalar el muro más alto y arraigar en el suelo más profundo, pero acababa de darme cuenta de dónde me había llevado a mí.

28. UN DESCONOCIDO

Kiara

Liam estaba allí, a metros de distancia.

Una distancia que no parecía suficiente para permanecer a salvo de los efectos devastadores de su presencia, pero que me obligó a registrar detalles de su indumentaria para llegar a una escalofriante conclusión.

Santo Dios... ¡Era un *highlander*!

Había acabado perteneciendo a una clase de hombres nobles y orgullosos, con un sentido del honor que los acompañaba hasta la muerte, aunque en ese momento solo parecía tener ojos para mí. Conservaba su melena negra rizada y tupida, recogida en la nuca con una cinta de cuero, e incluso los aros plateados en las orejas que le conferían un aspecto más salvaje si cabía. Su mirada intensa se volvió

impetuosa, llena de un orgullo que yo conocía bien. Fui demasiado consciente de su proximidad física después de años de alejamiento. Y del brutal atractivo que solía abrumarme. Y también de todo lo vivido hacía cinco años, que me hizo escupir veneno como la más peligrosa de las serpientes.

—*Ne obliviscaris* —farfullé alzando el mentón, en la esperanza de que comprendiera que, en efecto, jamás olvidaría su afrenta.

—*Per mare, per terra* —contraatacó él, con una pequeña nota de inflexión en la voz que me dejó un mensaje parejo al mío.

Me hallaba tan paralizada por el horror, con la garganta ardiendo a causa del odio fulminante que me inspiró antes de desaparecer en la espesura del bosque, que me vi incapaz de mirar alrededor. Solo atiné a cobijar a Connor entre mi brazo y mi cadera cuando este se aferró a ella.

—Tengo miedo, *màthair*[36]… —me susurró.

—No debes temer, cariño. Yo estoy contigo.

—Liam puede ser muchas cosas, chico, pero nunca un asesino de niños.

Me giré para darme de bruces con Tam, ataviado con los mismos colores MacDonald y fulminándome con una mirada aún más intransigente e implacable que la de su amigo.

La imagen de Rhona asaltó mi mente sin previo aviso, terminando con la poca animosidad que pudiera albergar contra él. No fue él quien me abandonó a mi suerte después de prometerme el mundo entero, pensé. No. Él solo fue una víctima más de un Taranis que, como había podido comprobar, no consiguió su objetivo.

O tal vez fuera que había dejado de perseguirlo.

—Tam… —Un torrente de disculpas acudió a mí como si el tiempo no hubiera pasado; casi me atraganté con ellas antes de escupirlas—. La última vez que te vi fue ante el cadáver de Rhona. Su muerte nunca debió acontecer. Lo siento. Perdóname…

Su entrecejo se había fruncido esperando mis recriminaciones al haber sido tratada por él como un saco de heno; no esperaba mis disculpas, pero dejó caer parte de sus defensas para recibirlas, hasta que pude percibir el espíritu honesto y bromista del hombre que había conocido cinco años atrás, con aquel encanto que me había encandilado incluso a mí.

—La asesinó un loco —afirmó confundido, mientras echaba breves miradas hacia el lugar por el que Liam había desaparecido—. Aunque nunca conocimos su verdadera identidad, es probable que formara parte de los ingleses que ayudaron a Guillermo a derrocar a Jacobo Estuardo para hacerse con el trono.

—¿Quiénes…?

No pude seguir preguntando. En ese momento, ante los ojos del

propio Tam y de Wesh, Bavol y Kavi, que apenas habían cambiado en todo aquel tiempo, y que me miraban igual de huraños que la noche en que los conocí, una enorme mano tiró de mi brazo hasta que me separó de Connor, para girarme en dirección a un pecho que subía y bajaba demasiado agitado.

—No te interesa —zanjó Liam en un tono tan cortante que reavivó aquel odio que con tanto cuidado había cultivado cada vez que miraba el dibujo con su lapidaria frase al reverso que aún conservaba. Acercó su rostro barbudo y me examinó con una mirada osada, que no escondía el interés que parecía sentir mientras me recorría con calma. Consiguió hacerme sentir como un burdo trozo de carne preparado para el sacrificio, pero me escudé en mi orgullo para hacerle frente.

—Ni a ti te interesa aquello que estás viendo por mucho que te relamas, *romanichal*.

—Mi pasado está muerto y enterrado, incluida esa palabra con la que pretendes zaherirme. Tú mejor que nadie deberías saberlo. —Prosiguió con su humillante examen, hasta que tomó mi piedra de brujas—. Vaya… sigues siendo una *fiosaiche*. Seguro que puedes echar mano de tus poderes para averiguar las respuestas a todas tus preguntas.

—Si fuera así, no necesitaría saber por qué estoy aquí.

—No eres más que un encargo para mí, no te hagas ilusiones.

—De modo que sigues siendo un contrabandista y yo me he convertido en tu actual mercancía.

—Si quieres considerarte así…

Alzó una ceja con una suficiencia que casi me empujó a abofetearlo. Me contuve porque no había negado mi hipótesis y porque necesitaba conocer todos los detalles con desesperación.

—¿Trabajas para mi esposo? —pregunté a bocajarro.

—A lo sumo, trabajaría para su sucesor, pero no es el caso —remató, señalando a Connor—. Cortad sus ligaduras. No quiero llevarlos en estas condiciones.

Se movió como si no existiéramos, impartiendo órdenes en susurros, de modo que me permitió examinar su aspecto con menos pavor y más interés.

Sus hombros se habían ensanchado, al igual que su pecho. Apreció que sus nudillos sangraban, pero la mano metálica permanecía en su sitio. Llevaba las pantorrillas envueltas en pieles sujetas por correas de cuero para protegerlas de las largas cabalgadas, y botas. Se movía con sigilo y rapidez, como una sombra. Por un momento me pregunté si no sería un producto de mi imaginación que lo había invocado con insistencia, pero el modo en que sujetó a Connor del brazo para arrancarlo de mí me reveló que todo era, y

seguiría siendo, bien real.

—¡No, dejadme! —chilló mi hijo, sacudiéndose como un endemoniado hasta dar con su pequeño pie en la espinilla de aquel gigante que lo amenazaba. Liam se apartó, más sorprendido que dolorido, y lo observó con los ojos entrecerrados—. ¡Sois un monstruo! ¡Os falta una mano! ¡*Athair*[37] os cortará la otra cuando venga!

—Así que tu padre vendrá… Bueno, supongo que hasta que eso ocurra, podrás viajar conmigo.

—¡No quiero ir con alguien que trata mal a *màthair*!

—Digamos que es un trato merecido que necesitas que te expliquen, pequeño.

Me agité, dispuesta a arrebatárselo, pero entonces sucedió.

Connor se fijó en el colgante que adornaba el pecho de nuestro captor, y su actitud cambió de forma radical. Pasó de ese temor que lo llevó a la ira, a la curiosidad natural de un niño que siempre había oído hablar de nuestros ancestros y sus costumbres.

—¡Es como la piedra de madre! —exclamó, alargando la mano para tocarla.

—Ah, no. No es igual, pero sí muy parecida. Sin embargo, para poder tenerla en la mano debes albergar un mínimo de confianza en tu corazón hacia su dueño. ¿Te fiarías de mí si te digo que no voy a hacerte daño? —Y mi hijo asintió. Con muchas reservas, pero asintió —. Buen chico. Demuestras más sentido común que ella. Tam, ya que la prisionera ha mostrado sus preferencias, serás el encargado de llevarla contigo.

—¡Quiero saber a dónde vamos!

Me sentí impotente ante aquella corriente inesperada de afinidad que surgió entre ellos. Quise rebelarme cuando mi intuición me dijo que lo que acababa de oír era cierto. Que mi hijo no se hallaba en peligro con él. Pero desde su montura, sus ojos negros me recorrieron de nuevo, deteniéndose en cada una de mis curvas, sin aquella sensación de vibrante calidez que siempre me había invadido cuando me dedicaba su atención. En su lugar, un frío intenso tomó posesión de mí. Tan helador como el que parecía congelar su aura y que oscurecía aún más sus iris. No quedaba nada del antiguo Liam en aquel imponente cuerpo de MacDonald. El hombre que pretendía acobardarme parecía dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguir sus fines. El cinismo y la falta total de sentimientos parecían haber ocupado el lugar de la sensibilidad.

—Así que quieres saber a dónde vamos… ¿Y en calidad de qué, si puede saberse? ¿De esposa del *laird*? ¿De madre del actual *laird*? ¿O, tal vez, de asesina?

—¡Madre no es una asesina! —gritó Connor, en un torpe intento

de defensa.

—Muchacho, ¿cuántos años tienes?

—¡Casi cinco! ¡Soy un hombre y voy a defenderla!

—En cuanto midas lo suficiente para sujetar una espada. Solo entonces te contaré la historia de mi piedra.

—¿Ahora no?

—Oh, no. Para ahora tengo una mucho mejor. —Nuestros ojos se encontraron. Beligerantes, fríos, enconados—. Erase una vez una hechicera que empleó sus dotes contra un pobre incauto hasta destrozarlo por completo. Como consecuencia, sembró la desgracia entre la gente de aquel muchacho confiado, mientras ella disfrutaba de todo tipo de comodidades y paría al hijo de otro, sin preocuparse por la suerte del hombre al que había arrancado el corazón de cuajo. Él estuvo a punto de morir, pero vivió para sufrir lo indecible, hasta que se dio cuenta de que tenía que seguir viviendo, aunque fuera sin esa parte tan importante de su cuerpo.

—Pero eso es imposible. ¡No se puede vivir sin corazón!

—Te aseguro que se puede. Ya lo comprobarás.

—No me importa lo que una bestia insensible como tú piense. —Me mordí la lengua para no explicar mi versión de los hechos por temor a las represalias, pero me prometí que algún día le escupiría mi verdad a la cara—. El tiempo hará su trabajo, ¡pero exijo saber qué será de nosotros! ¡Me lo debes!

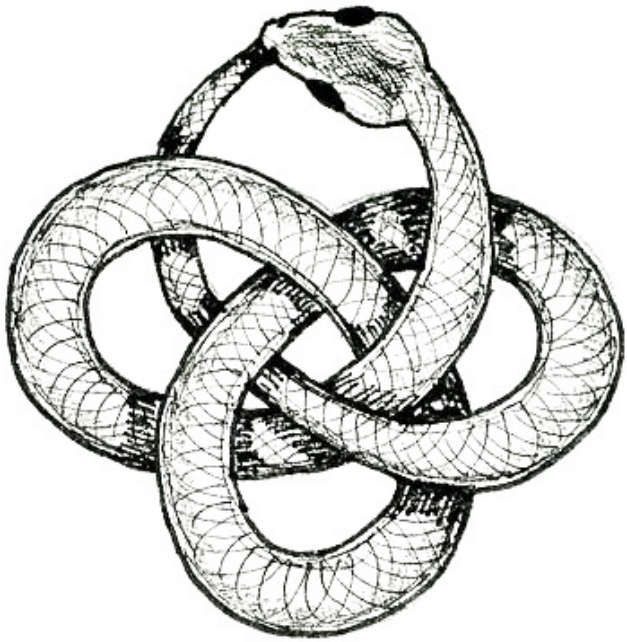
—¡Que yo…! ¡Que tú…! —Parecía a punto de explotar. Alargó un dedo dispuesto a clavármelo en algún lugar de mi anatomía, pero pareció pensárselo dos veces y desistió—. ¡No estás en condiciones de exigir nada, salvo suplicar por tu vida antes de que te la arranque yo mismo!

—¡¿Es una amenaza?!

—Es una advertencia —corrigió, asintiendo a la súbita angustia que me recorrió entera cuando le vi revolver la cabellera de Connor.

Acababa de decirme que lo más preciado para mí se encontraba a su merced para lo que él estimase oportuno, pero si pensaba que me mantendría impasible, se equivocaba.

Aquel bárbaro se merecía padecer todos los inconvenientes que pudiera causarle. Y en ese mismo instante, juré que se los causaría.



29. LA ÚLTIMA BATALLA

Liam

—¿Qué es lo que he escuchado hace un momento?

—Una harpía aparentando inocencia delante de un niño, cuando ambos sabemos que es tan culpable como el mismísimo pecado original, Tam.

El día estaba en todo su esplendor, pero seguíamos hablando en susurros. Ralenticé la marcha buscando un lugar donde detenernos para descansar. De lo contrario, los animales caerían reventados, igual que yo, después de buena parte de la noche cabalgando.

—Han pasado años, Liam. Nunca escuchaste su versión.

—Su silencio durante este tiempo, la ausencia de la más mínima señal de arrepentimiento, ha corroborado la mía. —Con un movimiento de cabeza, señalé al pequeño que se había arrebujado en mi pecho y que dormía tan plácidamente como parecía hacerlo su madre contra el de Tam—. No intentes justificarla, *mo charaid*. Entiendo que no la culpes por la muerte de Rhona, pero no pretendas eximirla del resto de muertes. Es algo que tarde o temprano pienso hacerle pagar a mi modo. Así, al menos, se irá al cadalso con su conciencia llena de remordimientos.

—¿Y cómo quedará la tuya? Todavía no me creo que seas capaz de entregarla. Ni siquiera tienes constancia de que lo que ha dicho hace unas horas sea mentira.

—Lo es, aunque a ti ya te haya ganado con sus palabras.

—¿Qué me dices del asesinato de su marido? Si realmente ella lo cometió, ¿no sería lógico pensar que tuvo un motivo para hacerlo que en nada se parece al amor que, según tú, la mantuvo atada a él hasta el punto de delatarte?

—Es posible.

—¿Y ya? —Tam me miró con incredulidad, para pasar a hacerlo con aquella arrogancia que conseguía ponerme nervioso—. Te empeñas en mostrarte como un hombre incapaz de perdonarla, pero lo harás. Aunque tu vida se haya convertido en un auténtico tormento desde que sobreviviste al ataque del Campbell y tuvimos que refugiarnos con los MacDonald de Glencoe para evitar ser perseguidos y cazados como delincuentes.

—¿Perdonar? Eso nunca.

—Yo lo he hecho.

Detuve a Bonnie en la pequeña explanada que rodeaba una poza de aguas termales escondida entre la vegetación y lo miré sin disimulo. Tam había cambiado, como todos nosotros, pero después del dolor que lo había dominado, había conseguido regresar a su habitual carácter afable y risueño.

—Tú mejor que nadie conoce mis padecimientos —comencé, conteniéndome para susurrar en lugar de gritar—. Durante muchas noches ella me ha atormentado…

—Mientras que por el día debías enfrentarte a la dura realidad. Lo sé.

—¡Inmerso en una maldita mentira, Tam! Y aun con todo, era un momento en el que lograba convencerme de que podría llegar a ser feliz con una mujer.

—Una mujer como Kiara, Liam. Esa es la verdad. No te has mantenido célibe, pero las has comparado con ella. Siempre. Si no te permites olvidar, nunca podrás ser feliz.

—¿Yo, feliz?

—Sí. Tú. Feliz.

¿Perdonando a una mujer que había acabado con mi capacidad para sentir, para amar, para vivir? ¿Eximiéndola de haber destruido aquella magia procedente de los antiguos, que había callado el día en que me separé de ella, para no volver a mí nunca más?

Ah, no. La felicidad era una posibilidad tan real como esporádica, pero la paz... No, el pasado no me permitiría encontrar nunca esa paz. Ya había aceptado la suerte que me había tocado en la vida. Había hecho lo que creía necesario para ello; por eso una parte de mi mente no abrigaba sentimientos de culpa. Sin embargo, durante la noche, cuando estaba más solo y era más vulnerable, los rostros del pasado volvían para acosarme. Los muertos, el olor a sangre, la miseria que se arremolinaba alrededor de mis pies como si pudiera pasar por encima de ella para ignorarla.

El odio y la rabia persistían, pero no hubiera debido sentirlos cuando la tuve delante después de tanto tiempo. No hubiera debido sentir nada. Solo la indiferencia que sería el contrapunto perfecto al amor que un día lo había abarcado todo…

—Si no te veías capaz de cumplir el encargo del *laird*, ¿por qué demonios accediste? ¡Sabías que había muchas posibilidades de encontrarla! —siguió atacando Tam, a sabiendas de cuál sería la respuesta—. Y no menciones tu honor, porque hay algo mucho más importante que él en esto.

—El honor del clan. Si no dan con la esposa de su *laird*, los Campbell no tendrán reparos en culpar a los MacDonald con tal de que alguien pague.

—Pues ya la hemos encontrado. ¿Estás seguro de que quieres llevarla ante tu…?

—Tengo pis.

Cuando incliné la cabeza, me encontré con dos ojos casi idénticos a los de su madre, igual que el tono de aquellos rizos que enmarcaban su cara de querubín adormilado.

—Ve tras esos arbustos —indiqué—. Y no tardes.

—Yo también necesito atender mis necesidades, pero a lo mejor tardo tanto que tienes que emplearte como rastreador…

Allí estaba, la mirada despejada de Kiara, desafiándome de nuevo. A mí y a mi paciencia.

—Si ese es tu plan para obligarme a dejaros libres o para intentar conseguirlo por tu cuenta, pierdes el tiempo —repliqué en el mismo tono cortante que ella.

—Bien. Entonces me lo haré encima.

Dediqué unos segundos a observar su aspecto. Gracias a los tímidos rayos de sol del mediodía que parecían querer resquebrajar la

persistente niebla, pude apreciar mejor su aspecto. ¡*Dhia*, sí que estaba sucia! Tan irreconocible que me pregunté cómo mis hombres habían conseguido dar con ella. Ya me lo explicarían. Por lo pronto, no pude evitar admirar la contundente belleza que habitaba bajo los toscos y grandes ropajes de tabernera. Sus mejillas seguirían siendo igual de suaves bajo aquella mugre. Seguro que sus labios conservarían ese sabor único que me hechizó desde el instante en que los probé por primera vez. Y su cabello, aplastado y despeinado, luciría glorioso después de un buen lavado y cepillado.

—Un poco más de suciedad no se te notaría, pero es posible que ni Tam ni su caballo opinen lo mismo —aprecié, señalando los mismos arbustos tras los que se hallaba Connor—. Ve con tu hijo. Y tú, Bavol, ve con los dos.

—Pero, Liam… —objetó mi hombre, avergonzado por tener que llevar a cabo semejante tarea.

—Es una orden. Kavi y Wesh, adentraos en el bosque. Es posible que podáis traer algo de comida mientras Tam y yo intentamos obrar el milagro de encender un fuego. Explícame por qué habéis traído con vosotros a un niño de cuatro años, cuando nadie os lo pidió —exigí en cuanto se me presentó la oportunidad.

—Nos habían llegado rumores de que el viejo Fergus tenía con él a una nueva posadera tan fea y gorda que espantaba a los clientes, así que decidimos ir a comprobarlo por nosotros mismos. Cuando íbamos a entrar, escuchamos una conversación de la otra posadera con Fergus, en la que distinguimos el nombre de Kiara. En un principio no creímos que fuera a tratarse de la misma. Aunque la conocí lo suficiente como para saber que ese tipo de faenas no se le ponían por delante, nunca pensé que fuera tan temeraria como para esconderse en la posada, a tan poca distancia del lugar donde, al parecer, había matado a su marido. En cuanto la vi supe que era ella. Tanto Fergus como la muchacha habían mencionado a un niño, un tal Connor, hijo de Kiara, de modo que no nos lo pensamos. Íbamos a buscarlo cuando el mocoso en cuestión se nos presentó en los establos.

—¿Cómo supisteis que era él?

—¿Lo has visto bien? ¡Es una versión más pequeña de Kiara! Me acerqué y le pregunté por su mamá, pero el muy sinvergüenza no soltó prenda.

—Es posible que lo haya aleccionado a guardar silencio después de su huida.

—Eso pensamos. Pero Wesh le amenazó con la vida de su madre si no le confesaba quién era. Y confesó justo cuando la escuchamos acercarse al establo, llamándolo. Pensamos que sería un buen rehén para conseguir que ella nos acompañara de buen grado, así que…

—Os lo trajisteis. No me des más detalles, o sufriré una apoplejía.

—Seguro que no. —Cuando me decidí a levantar la vista del montón de leña que habíamos conseguido acumular, me lo encontré con aquella sonrisa socarrona y sus brazos en jarras para corroborar su actitud—. Su presencia te ha superado, admítelo.

—No tengo inconveniente. Ni me arrepiento. Pero no la miraré más de lo necesario, Tam. Porque cuando la veo, veo el ataque de los Campbell al campamento. Veo el dolor y la oscuridad en las que me sumí cuando salí herido de mi enfrentamiento con su marido. Veo el sufrimiento de Sorcha, intentando rescatarme del infierno que se había llevado a Mael. Y veo…

—¿Qué enfrentamiento? ¿Qué ataque?

Había tantas preguntas entre nosotros que nunca obtendrían respuesta, que escuchar aquellas dos de su boca ni siquiera logró contrariarme. Estaba convencido de que su actitud de aparente sorpresa solo era otra estratagema más cuando la vi tan cerca, pálida tras la suciedad que la cubría y con un ligero temblor en aquellos preciosos labios. En aquellos jugosos labios que llevaba un tiempo indecente mirando, antes de tomar distancias.

—No te hagas la inocente. Sabes que tu marido peleó conmigo.

—No, no lo sabía.

—Ya entiendo… —siseé, volviéndome hacia ella como un animal herido—. Estás dispuesta a seguir interpretando el papel de ingenua con el que conseguiste engañarme.

—¿Engañarte? ¿Yo?

—Sí. Aunque ahora ni siquiera conseguirás conmoverme.

—¡Escúchame bien, porque solo lo diré una vez! ¡No pienso explicarte las condiciones en las que he vivido esos años de los que hablas con tanta ligereza, pero tampoco consentiré que vuelvas a tacharme de mentirosa! Aunque ya puestos… ¡Tengo tantas razones para dudar de tus palabras como al parecer tú de las mías! —Fue ella quien acortó distancias hasta colocarse delante de mí, con los brazos en jarras y los ojos llameantes—. ¡No te creo!

—¿Quieres ver parte de los destrozos que provocaste? ¡Pues aquí lo tienes! —De un tirón, me aparté la ropa para dejar al descubierto mi costado y la cicatriz que lucía—. ¿Quieres pensar que solo es una herida de guerra que pretendo utilizar para dar veracidad a lo que te he dicho? ¡Adelante! Pero lo cierto es que fue obra de tu amado Hugh, que seguía tus órdenes, según tengo entendido, aunque no lo recuerdo muy bien… Como comprenderás, después de tanto tiempo y tantas penurias, el hecho de haber desvirgado a una bruja ha terminado por convertirse en mera anécdota que casi había olvidado —añadí, recuperando mi pátina de frialdad con tanta rapidez que incluso yo me sorprendí.

—¿Cómo te atreves a hablar así delante de… un niño?

—Casi un hombre, según sus palabras, ¿verdad, Connor? —El mohín del pequeño seguía siendo huraño, pero sus ojos brillaron ante el halago cuando asintió una sola vez con la cabeza y se pegó a su madre—. Entonces, un casi hombre debería empezar por rascarse toda la suciedad del cuerpo. No tolero los piojos ni demás parásitos.

—¡Yo no tengo piojos!

—Pero sí suciedad. Y el hijo de un *laird* debe lucir limpio. Además, necesito alguien con quien jugar en el agua. ¿Te importaría ser tú?

Connor entornó los ojos, con una desconfianza muy parecida a la que me dispensaba su madre, pero mucho menos intensa. No pretendía ganármelo para dañarla a través de él ni mucho menos. Jamás fui tan mezquino, ni siquiera con la mujer que destrozó mi vida y la esencia de mi espíritu, pero sentía una especie de afinidad que me llevaba hacia él a pesar de saber quién lo había concebido y en lo que se convertiría.

—Está bien. Madre dice que hay que ser generosos —me respondió, con tanto engreimiento que tuve que contenerme para mantener mi fachada de seriedad.

—Ah, pues muchas gracias por esa generosidad. Kavi, trae mi pastilla de jabón. Nos meteremos los dos en esa agua tan calentita y te ayudaré con tu aseo. Entre hombres, ya sabes.

—¡No se te ocurra tocarlo con tus manazas! —gritó Kiara, echando espuma por la boca.

—¿O qué?

—O tendrás que meterme en el agua a mí también.

—Debes estar muy desesperada para ofrecerte a mí de ese modo… O bien eres más temeraria de lo que recordaba.

Ella dio un paso al frente al mismo tiempo que colocaba al niño a su espalda.

Era un desafío en toda regla que acepté. Me dejé llevar por aquella venganza que durante los últimos años me había acompañado hasta aislar y sepultar bien hondo los problemas que no pude resolver entonces. Para poder manipular las emociones, primero era necesario controlarlas, y luego apartarlas hasta que llegara el momento propicio.

Pues bien, ese momento había llegado.

Mis ojos se achicaron cuando conectaron con los suyos, pero se sumergieron en ellos con gusto, excitándome ante lo que encontré. Kiara sabía lo que podría ocurrir si seguía con su rostro elevado hacia el mío, con las aletas de su nariz dilatadas ante aquella respiración fuerte y agitada. Con sus pechos subiendo y bajando a un ritmo tan vertiginoso como el discurrir de mi propia sangre.

Cedí. La apresé con mi brazo derecho e inmovilicé su cabeza con mi única mano, para acallar el inicio de sus protestas con un beso

destinado a dañar. A castigar, a aplastar. Pero el castigo se volvió recompensa cuando sentí que sus labios se relajaban, que se abrían invitadores para recibir mi lengua en su boca e iniciar una danza que podría llevarme a la perdición. Gruñí y la apreté más contra mí, rememorando los tiempos en los que aquella boca significaba el paraíso. Mi cuerpo reaccionó como si acabase de ofrecerle el único alimento con el que podría subsistir… Hasta que me di cuenta de lo que pretendía.

Se rendía a mi asalto. Me negaba la resistencia que esperaba obtener, esperando humillarme.

Cuando la aparté, vi el brillo de la victoria en su mirada y me limpié la boca con el dorso de la mano, pese a que una parte de mí deseaba conservar aquella impronta en mis labios para siempre.

—Eres mi prisionera —siseé contra su boca entreabierta, enardecido por las emociones que todavía me golpeaban y furioso conmigo mismo por permitirlo—. Pero juro por todos los dioses que si deseas iniciar una guerra, la tendrás.

—¿Esa es tu respuesta a lo que acabas de hacer? Qué pobre…

Había despertado a la bestia enfurecida que había intentado contener desde que nos habíamos encontrado, y no me paré a pensar en los medios para hacérselo saber. Alargué mi única mano en dirección a Connor sin dejar de observarla y casi sonreí cuando el niño, resignado, la tomó.

—No es él el destinatario de mi odio, ni ha de pagar por los actos de su madre —repuse, hipnotizado a mi pesar por el sonido de los jadeos contenidos de Kiara, por el aliento cálido que aún me bañaba la cara. Por el calor que su cuerpo sensual despedía con la única intención de volver a atraparme en él—. Pero sabe reconocer el mando en quien lo posee. Aprende a hacer tú lo mismo o de lo contrario, la próxima vez que nos acerquemos tanto, uno de los dos terminará muy mal.

No quise especificar que podría ser yo. Me encontraba aún demasiado excitado, de modo que me apresuré en acercarme a la poza con Connor de la mano. Lo desnudé y lo metí en el agua para hacer yo lo propio, pero conforme me iba desprendiendo de mi ropa, sentí sobre mi piel el impacto de una mirada ávida que reconocí de inmediato sin necesidad de girarme.

—¿Vas a poner el grito en el cielo por verme desnudo? —casi canturreé—. Vamos, no querrás que mis hombres añadan el calificativo de cobarde a los que ya te han adjudicado, ¿verdad?

Cuando escuché una exclamación sofocada, sonreí.

Acababa de ganar la última batalla, aunque la guerra…

Esa apenas acababa de empezar.

30. ¿VAMOS A VOLVER CON ÉL?

Kiara

Había olvidado la perfección del hombre que tenía delante de mí.

Era como un bello dios celta. La luz del fuego se reflejaba en su piel, resaltando los músculos, los tendones del pecho, de los muslos duros como el hierro. Todo él hablaba de fuerza y poder. Era soberbio. Marcado solamente por unas cicatrices pequeñas en la parte inferior del torso, y por la falta de aquella mano cuyas consecuencias lo habían endurecido.

Lo habían convertido en un hombre.

Pero un cuerpo así era un arma peligrosa. Su cara hubiera embobado a una jovencita más débil. Y aunque no consiguió hacerme flaquear hasta el punto de olvidarme quiénes éramos en el momento actual, sí me permití caer rendida al sueño sobre el pecho de Tam en

nuestro viaje.

Un descuido que no me habría perdonado si en aquel intervalo de tiempo Liam hubiera hecho algún daño a Connor.

Sin embargo, no había sido así. El monstruo que se empeñaba en aparecer ante mis ojos se había ganado a mi hijo llamándolo «hombre», para después campar como Dios lo trajo al mundo, consciente de que no podría apartar la vista de él por mucho que lo intentase. Seguía siendo tan recio y guapo como cinco años atrás, con la sustancial diferencia de que ni él ni yo éramos los mismos. Liam tenía como único objetivo llevarme hasta los MacDonald. Yo debía intentar por todos los medios obtener una libertad que me había ganado a pulso. Cuando aprecié la avaricia descarnada con la que Liam miraba cada palmo de mi cuerpo, el ansia corrosiva impresa en sus ojos mientras estos me devoraban la boca, decidí dar un paso más allá y acepté su provocación, segura de que vencería.

Ilusa. Ingenua.

Todavía me hallaba con las piernas debilitadas y la cara ardiendo por una mezcla de vergüenza y furia, siguiendo cada paso de aquel baño, observando atónita cómo se las arreglaba para arrancar las risas de Connor jugando con el agua.

—Él aún lleva la piedra de los dioses, Kiara —murmuró Tam a mi lado.

—Algo simbólico, por lo que he podido comprobar.

—Puede que la vida lo haya endurecido, pero nunca hará daño al niño.

En ese momento, Liam lanzó un grito y comenzó a salpicar a Connor, hasta que este se retorció de risa. Inaudito.

—Conoces nuestro pasado. Comprenderás que, como mínimo, me muestre recelosa —advertí, sin abandonar mi postura de alarma en ningún momento.

—Tanto como debería estarlo él. O todos nosotros, después de lo que ocurrió.

—¿Y qué fue lo que ocurrió? Porque, pese a que os cueste creerlo, lo ignoro.

Me giré hacia él para comprobar que el resto también estaba al tanto de nuestra conversación. Tam se mordió el labio y frunció el entrecejo, hasta que sacudió la cabeza.

—No importa ahora. Quiero pensar que eres sincera, aunque solo sea en parte. De lo contrario, te despedazaríamos como si fuéramos alimañas, y no nos arrepentiríamos. No te preocupes por eso de momento y échame una mano con los conejos que acaban de cazar y la bebida, ¿quieres?

—¿Es que soy vuestra criada además de vuestra prisionera?

—Serás todo aquello que yo desee, *fiosaiche*. —La voz profunda e

inflexible que sonó a mi espalda me hizo envararme. Siseé una maldición muy poco femenina y apreté los párpados. No quería verle desnudo tan cerca de mí, derrochando aquel aroma a limpio que comenzaba a rodearme como la peor de las trampas, con el agua resbalando por cada uno de sus músculos…—. Tam siempre ha tenido un corazón enorme, pero yo no. Si planeas utilizar con él cualquiera de tus artimañas, incluida la soberbia, me encontrarás en el camino. Y créeme, no te gustará.

Le odiaba. Le aborrecía. No solo por abocarme a un infierno en vida con su conducta en el pasado, sino por el presente. Por los rostros que tenía delante, y que asentían a cada una de sus palabras como si fueran uno. Pero sobre todo, por aquella manita que tiró de mis faldas hasta que me topé con el rostro angelical y lleno de culpa de mi hijo.

—*Màthair*, lo siento. No te enfades conmigo, por favor —se disculpó, tan reluciente como un querubín después de su baño—. No volveré a bañarme con Liam si así te pones contenta.

—Así que «Liam»…

—Compartir un baño puede unir a dos hombres mucho más de lo que te imaginas. —Se colocó delante de mí, correctamente vestido y con una heladora sonrisa luciendo en aquellos sensuales labios mientras revolvía el cabello de Connor, tan mojado como el suyo, aunque sus ojos siguieran despidiendo chispas de advertencia—. Adelante. Te autorizo a colaborar con Tam.

—Di mejor que me lo ordenas.

—Como gustes.

Fueron las últimas palabras que cruzó conmigo. Con una indiferencia humillante, me dio la espalda y se dispuso a seguir impartiendo órdenes cuando la cena estuvo lista para asarse al fuego.

—Maldito hijo de perra… —murmuré.

—Cuidado, Kiara. Su ánimo ahora mismo es muy frágil. Si te oye atacarlo de ese modo, podría romperse. Y entonces ni siquiera yo, con mi comprensión y mis dudas, podría protegerte.

Lancé una mirada venenosa a Tam y su semblante oscurecido por una tristeza que no llegué a comprender de todo y me alejé, con Connor de la mano, dispuesta a obedecer.

¿Su comprensión? ¿Sus dudas? ¿Con respecto a qué, o a quién? *Dhia*! Liam estaba jugando conmigo con la única intención de hacerme sufrir, pero pronto comprobaría que era muy peligroso jugar con una bruja. Odiarle con todas las fibras de mi ser y mantener a mi hijo a mi lado el mayor tiempo posible, eso debía hacer. Sin embargo, lo que sentía iba mucho más allá del simple rencor enraizado. De hecho, el efecto que Liam tenía sobre mí y mis sentidos era más fuerte de lo que recordaba. Nuestra conexión seguía allí, intacta, como si aún fuéramos un par de jóvenes incautos que creían en los poderes místicos de unas

piedras colgadas al cuello.

Y eso me enfureció hasta el punto de no poder probar bocado cuando, tiempo después, nos sentamos todos alrededor de la hoguera, con él frente a mí.

—Liam, deberíamos retomar la marcha en cuanto oscurezca del todo. —Era Wesh quien hablaba, sentado junto a Bavol. Kavi se encargaba de hacer la primera guardia, y Tam permanecía al lado de su jefe—. La situación por la zona no es la más adecuada para entretenernos.

—Los ingleses pueden estar merodeando por aquí, y ya sabes lo que ocurriría si nos descubren —aseveró Tam, atacando una buena tajada de conejo.

—Estamos demasiado agotados. Si seguimos, nos apresarán sin problema.

—¿Por qué tendrían que apresaros, MacDonald? ¿Es que acaso vuestros delitos son más graves que los míos?

—Tú deberías agradecérmelo antes que nadie. —Su mirada impasible, pero fría como un témpano de hielo, se clavó en mí—. Los de tu calaña no tendrán miramientos contigo cuando te atrapen, pero los ingleses harán lo propio. Tráeme más bebida.

—¿Es que acaso no estáis ya bastante borrachos? —me mofé.

—Tú y tu puñetera manía de lanzar preguntas… ¡Obedece!

Me levanté indignada, pero también ansiosa por averiguar sus verdaderas razones para comportarse como un salvaje insensible contra mí.

—¿Por qué? —pregunté, armándome de valor.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué lo haces?

—Por todo y por mucho más —fue su respuesta.

Dejé caer los hombros, me di la vuelta y me apresuré a cumplir el encargo al mismo tiempo que luchaba contra un sentimiento de vacío. Al parecer, ni siquiera me consideraba digna de su odio, pero supe, por un extraño presentimiento, que aquel era el premio al que, según él, había aspirado durante todos esos años, por razones que aún desconocía, y que se me antojaban tan injustas como justas eran las mías.

Por eso maniobré con rapidez con el *whisky*, rezando para que mi pequeña artimaña pasara desapercibida y surtiera efecto, antes de lanzárselo con saña y volver a mi asiento.

—El niño puede dormir ahí —sentenció Liam, señalando una pequeña manta junto a nosotros—. Y tú con él. No deseo tenerte cerca, pero tampoco perderte de vista.

Ni siquiera me molesté en responder.

—*Màthair*… Él solo me cae un poco bien.

—¿De quién hablas, Connor?

—De Liam. Aunque todos los demás también. Se han portado bien con nosotros. Y Liam no me ha hecho daño, de verdad. Aunque está enfadado con vos, también ha sido amable…

Detuve a Bonnie bien entrada la mañana, consciente de que la yegua necesitaba un descanso con urgencia, pero lanzando miradas sobre mi hombro continuamente, esperando ver a los *romanichals* de un momento a otro, a pesar de que nos perseguirían con una montura menos y que sus cabezas aún estarían despejándose de la mezcla infalible del *whisky* y la melisa y la valeriana que pude recolectar cuando aduje que necesitaba cumplir con mis necesidades fisiológicas.

El resto fue demasiado fácil. Solo tuve que esperar a que todos bebieran el licor adulterado, incluidos los encargados de hacer el relevo en las guardias, y que Connor, desplegando su habilidad natural con los caballos, consiguiera apartar a Bonnie del resto sin que armara alboroto, para escapar. Mi pequeño había demostrado una serenidad digna de un adulto cuando comprendió a la perfección lo que pretendía al verme recoger las hierbas y más tarde, cruzando una sola mirada conmigo. No había puesto una sola objeción. Se había comportado con la fortaleza de un hombre la mayor parte del trayecto cuando nos alejamos del campamento, pero al final el sueño lo había vencido en mis brazos.

Sin embargo, las primeras luces de la mañana lograron despertarlo, sorprendiéndonos en un lugar mucho más abierto que la espesa arboleda que nos había cobijado. Nos hallábamos junto a la orilla de un río. El silencio era absoluto, exceptuando el sonido

refrescante de la corriente, y la claridad se abría paso a través de una niebla que no nos daba tregua. La humedad y el frío cortaban, pero había tomado prestado un gran *plaid* para abrigarnos. Poco importaba que tuviera los colores de los MacDonald en tierras de los Campbell. Ni siquiera sabía a dónde nos dirigiríamos, de modo que incluso podría serme útil para algo más que para espantar el frío, o como colchón improvisado donde poder descansar. Nunca había cabalgado tanto y tan seguido; apenas podía contener el escozor de la parte interior de mis muslos y de otras zonas mucho más íntimas y vulnerables.

—Así que, según tú, Liam es bueno —repetí cuando nos detuvimos sobre una pequeña alfombra de verde hierba junto a la corriente y saqué de las alforjas un pedazo de carne fría para comer—. ¿Recuerdas lo que te he dicho acerca de los desconocidos?

—Que no debo confiar en ellos.

—Exacto. ¿Y qué es Liam?

—Un desconocido. Pero no es como los demás. No os pega, como hacía padre.

No supe ni qué decir, ni cómo actuar. Nunca pensé que él hubiera presenciado alguno de aquellos golpes…

—¿Tú… lo viste alguna vez?

Él asintió con temor.

—Liam no os mira como padre, aunque también está enfadado con vos. ¿Vamos a volver con él?

—¿Con Liam?

—Con padre. ¿Está muerto?

—¿Sufrirías mucho si lo estuviera?

Connor dirigió su mirada al suelo, pensativo. Siempre había mantenido distancias con su padre. Según Hugh, debía ser así para forjar su carácter fuerte, masculino. Ahora, lo agradecía.

—Liam dijo que había muerto—afirmó.

—En realidad, no lo dijo con esas palabras…

—Habló de servir a su sucesor, y su sucesor soy yo, padre me lo explicó un día, antes de que nos marcháramos. También me explicó lo que significaba esa palabra, «sucesor». Y si yo lo soy, quiere decir que él está muerto. Pero Liam no nos llevará otra vez allí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Lleva la piedra de los dioses. Es bueno. No nos hará daño.

—No debes confiar…

—Él no es un extraño, pero yo os cuidaré hasta que nos encuentre. ¡Sé pescar! ¡Padre me enseñó! —gritó de pronto, poniéndose en pie para salir corriendo en dirección al río—. ¡Os voy a traer un pez enorme para que podamos comérnoslo!

—¡Connor, no, espera!

El cansancio acrecentado por la tensión de no ser descubiertos, unido al dolor que hacía que mis muslos palpitaran, no me dejó reaccionar más deprisa. Para cuando quise ir tras él, ya se había metido en el agua. Demasiado tarde, se dio cuenta de que la profundidad y la corriente eran más fuertes que él. Oí un grito parejo al mío, de auténtico terror, y no me lo pensé dos veces. Me arrojé al agua tras él en cuanto vi que esta lo engullía.

Braceé a favor de la corriente y logré atraparlo, pero el agua nos golpeó a ambos, arrojándonos al centro del río. No supe cómo conseguí rodear el cuello de Connor con un brazo para mantenerle la cabeza en la superficie, al mismo tiempo que trataba de seguir a flote. La temperatura era tan baja que mis músculos comenzaron a entumecerse, pero no cejé hasta que logré alcanzar un tronco en la orilla para depositar a Connor sobre él.

—¡Madre! ¡Madre, agarraos! —me gritó, lanzando su pequeña manita hacia mí cuando me vi incapaz de seguirlo.

Chillé de nuevo. Crispé mis dedos cuando estos solo encontraron aire y pataleé desesperada, pero el agua me tragó, alejándome de él.

Lo último que vi antes de perder el conocimiento fue su silueta encaramada al tronco, su rostro descompuesto enfocado en mi dirección.

Lo último que pensé fue que, a pesar de todo, había logrado salvarle.

Taranis

Dejé la cárcel para engrosar las filas de escoceses afines a Guillermo en cuanto el conde de Breadalbane supo de mi intervención en el ataque de Rannoch Moor.

Fue algo fortuito, como una revelación divina. Visitó la prisión donde me encontraba en busca de hombres que defendieran sus intereses. Unos intereses que, según él, serían los vencedores, por encima de ideales estúpidos o convicciones religiosas de uno u otro bando. Y yo me hice notar.

El conde no creía que sobreviviera a la batalla, tal era mi grado de debilidad cuando accedió a reclutarme, pero claro, él ignoraba mi verdadera identidad, o el poder para controlar los elementos de la naturaleza a mi antojo, que volvió a mí junto con la libertad. No me importó enarbolar una bandera que nunca fue mía. Aquella pequeña traición era un mal necesario. De lo contrario, jamás podría encontrar a Liam, ni a Kiara. Y estaba dispuesto a emplear hasta mi último aliento para encontrarlos, así me llevara el resto de mi vida.

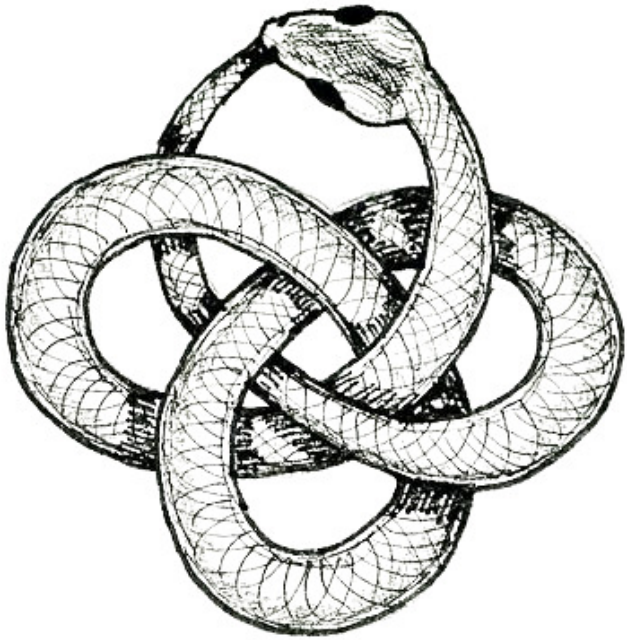
Contra todo pronóstico, no solo salí con vida de la guerra, sino que lo hice con honores, salvando al propio Breadalbane de un ataque y ganándome con ello su gratitud. No podía decir que eterna; para ese viejo no había nada eterno ni gratuito. No. Para él, todo tenía un precio. Y pagó mi inestimable servicio con algo tan inesperado como valioso: dirigir la prisión de Toolbooth.

Acepté sin dudarlo. Hasta un dios como yo sabía que necesitaba de cierta posición sobre el resto de los mortales para reanudar mi búsqueda. Solo debía hacer uso de ella cuando me la ofrecían, junto con la paciencia por la que nunca fui famoso, pero que aprendí a tener en mi cautiverio.

Sí, me dije mientras tomaba posesión de mi nuevo cargo y saldaba deudas con Breadalbane. No era tan ingenuo como para no pensar que el viejo me colocaba en aquella situación esperando obtener una lealtad duradera, pero él ignoraba que, para mí, tampoco había nada eterno ni gratuito.

¿Mi lealtad? La tendría para él solo como un medio para obtener mis fines. ¿El precio? Sería las vidas del *romanichal* y Kiara. Cuando las tuviera en mi poder, rompería el pacto.

Pero hasta entonces, me aseguraría de mover mis fichas con astucia. No en vano era Taranis…



31. NO SERÁ HOY

Liam

—Debí sospechar de su mansedumbre. ¡Debí comportarme como llevo haciéndolo los últimos cinco años!

—¿Con ella?

—¡Con todos!

El último bramido me provocó un pinchazo en el cráneo que me obligó a detener el caballo de Tam para recobrarme de la inmensa resaca que aquel brebaje, preparado por una bruja, nos había provocado a todos.

Una jugada maestra, debí reconocerlo. No emitió ni una sola protesta mientras iba y venía atendiendo mis peticiones. Y cada una de ellas iba acompañada de una mirada intensa, enigmática e indescifrable, que traspasaba cualquier barrera material con toda la

intención de ir más allá. Justo hasta mi misma alma, para encontrar allí todas mis debilidades y hacerse fuerte con ellas.

Ah, pero todavía estaba a tiempo. No debía permitirlo. Una parte muy pequeña de mí deseaba escucharla, hablarle, explicarle lo que ella se empeñaba en desconocer y negar. Pero si dejaba un mínimo resquicio, aquella parte se haría grande, inmensa.

Sería mi perdición.

Aquel fue el motivo por el que me esmeré en permanecer hermético, indiferente, aunque no dejé de echar ojeadas al pequeño solo para comprobar que nuestros gritos no lo despertaban. Fue tal mi concentración en conseguir que Kiara se mostrara humilde ante mí, aunque solo fuera por obligación, que no me percaté de la pesadez de mis miembros, ni de la extraña mirada vidriosa de mis compañeros cuando apenas habíamos ingerido *whisky,* hasta que no fue demasiado tarde.

Para entonces nos habíamos convertido en víctimas en lugar de verdugos, el día estaba demasiado avanzado, ellos demasiado lejos y nosotros demasiado lentos, puesto que dos de mis hombres deberían montar en un mismo caballo.

Había sido engañado de nuevo, con malas artes. Mi orgullo herido rugió en mi interior, pero lo controlé para mantener mi mente despejada.

Iba a empezar una caza, y debía rastrear mi presa.

—Tu cháchara me está distrayendo —respondí a los comentarios incisivos de Tam mientras examinaba unas huellas recientes de cascos que me hicieron concebir esperanzas—. Debemos encontrarlos antes de que…

—¿De que los encuentren los ingleses? ¿Los Campbell de Glenorchy? ¿Ambos?

—La creen culpable.

—¿Y tú?

Me levanté del suelo y examiné cada rostro curtido que me miraba, expectante. Ellos emitieron su sentencia contra Kiara el día que regresé al campamento de Rannoch Moor herido de muerte, al igual que yo. Para mis hombres, no había más culpable que la *fiosaiche*. La habíamos tenido en nuestras manos después de años de espera.

Pero ahora, estaba a punto de escurrirse entre nuestros dedos.

—Es probable —mascullé entre dientes.

—¡Eso sí que es una noticia! —exclamó Bavol con aspereza—. No hace ni dos días, estabas convencido de esa culpabilidad.

—Hace dos días no le había metido la lengua en la boca, hombre —apoyó Wesh, con el reproche pintado en sus ojos—. Pero ahora…

—Ahora no es eso lo que más me preocupa. Ni lo que debería

preocuparos a vosotros.

Porque por primera vez desde que acepté el encargo del *laird* MacDonald, dudaba de la culpabilidad de Kiara y maldecía la muerte del malnacido de su marido. Hubiera deseado encontrármelo cara a cara para ajustar cuentas. Un rival de carne y hueso no sería competencia para mí, suponiendo que en algún momento me hubiera planteado luchar por recuperarla. Pero un hombre muerto llevaba consigo un aura de virtud que podía hacerlo mítico.

Aunque cinco años atrás ella se mostró dispuesta a acompañarme al fin del mundo, yo siempre había supuesto que se distanciaría de mí y que mantendría una parte de su intimidad inaccesible. Pero hubiera conseguido perforar ese caparazón noche tras noche si hacía falta, ganándome antes su voluntad para que eso ocurriera.

—¿De verdad estabas dispuesto a eso, pedazo de alcornoque estúpido? —me pregunté con un desprecio que ya creía muerto, sin darme cuenta de que mi conciencia, en forma de *highlander* enorme y risueño, se hallaba a mi espalda, atento a cada uno de mis tropiezos que, desde hacía poco más de un día, eran demasiados.

—Eso me pregunto yo, Liam —me susurró, poniendo su montura a la altura de la mía cuando abandonamos la protección del bosque que nos había cobijado durante la noche y buena parte del día—. Porque ayer se te veía muy dispuesto a compartir el baño en las aguas termales con ella en lugar de Connor…

—Imagino que igual que dispuesto que tú cuando la has escuchado, explicado, hablado e incluso excusado —contraataqué, guardando en un rincón oscuro de mi mente las imágenes de Kiara desnuda, avanzando hacia mí en aquella maldita poza, con sus rizos flotando alrededor de su escultural cuerpo, el verde agua de sus ojos brillando de lujuria y una sonrisa que prometía el paraíso…—. Hablo de venganza, no de placer.

—No sé a dónde quieres llegar, *mo charaid*, pero recuerda una cosa: venganza nunca es lo mismo que justicia. Decide por cuál de las dos tomas partido.

Lo tenía muy claro. Al menos hasta que seguimos las huellas que nos llevaron al río y escuchamos el llanto desconsolado de un niño.

—Ese es…

—Connor.

El corazón comenzó a gritarme su identidad mucho antes de que lo hiciera mi sentido común. Corrí hacia ellos. El aire se me solidificó en los pulmones conforme me acercaba.

—¡Liam! —exclamó el niño con los ojos anegados en lágrimas—. ¡Ayuda a madre! ¡Yo no puedo!

Tiraba de ella con fuerza, empeñado en sacarla del agua. Y a fe mía que había conseguido parte de su objetivo. Sin embargo, ella no

se movía.

Igual que yo. Mi pecho se comprimió, y mi mente comenzó a divagar hacia otro río, otro cuerpo. Otras circunstancias que se mezclaron con aquellas para ahogarme por la culpa, hasta que conseguí sacudir la cabeza y apretar los párpados.

Era ella, me repetí hasta la saciedad, no Calem. ¡Era Kiara, y estaba a punto de correr la misma suerte que mi hermano!

Me quedé paralizado, intentando ordenar las imágenes en mi mente para reaccionar.

¡No! La historia no se repetiría.

Pero la posibilidad se me anudó en el cuello como si fuera una maldita soga, asfixiándome. Mis manos temblaban cuando la giré para tenerla boca arriba. Hice todo lo posible para no fijar mi atención en sus rasgos, pero no pude evitarlo. Sus labios azulados, sus espesas pestañas arrojando sombras sobre unas mejillas blancas, su quietud, me estranguló el alma.

Quise rugir de furia, llorar de impotencia, gritar hasta quedarme afónico, pero solo acerqué mi cara a su boca para advertir el menor signo de vida.

—Respira —murmuré cuando detecté el casi insignificante aliento sobre mi piel. Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas abrasadoras, explosivas y delatoras, pero no me importó enjugármelas cuando me dirigí a los demás—. ¡Está viva! Vamos, Kiara, reacciona… ¡Reacciona! No voy a consentir que dejes a Connor así, ¿me oyes?

No iba a consentir que me dejara a mí. Que me privara de mi legítimo derecho a vengarme de ella como me viniera en gana.

Mientras sostenía su cabeza contra mi regazo y golpeaba su pecho con energía, me encontré analizando mis sentimientos como si fueran nuevos para mí, cuando lo cierto era que tenían mucho de viejos. De familiares. De conocidos.

Me había atacado un extraño malestar, acompañado de un dolor punzante que a punto había estado de desgarrarme el corazón cuando la vi inconsciente.

¡Había tenido miedo de perderla!

En el instante de incertidumbre que había seguido al descubrimiento, la realidad me había golpeado de pleno. Kiara me seguía importando por encima de traiciones, de dolor, de desengaño y crueldad. No había otra razón por la que me sintiera tan exultante cuando respondió a mis zarandeos y vomitó el agua que había tragado. Empezó a tiritar en el mismo instante en que la tomé entre mis brazos y me dirigí a una pequeña cueva natural que las rocas habían formado no lejos de allí. Pero mientras impartía órdenes a mis hombres para que buscaran una indumentaria más adecuada y seca para ella y Tam se apresuraba a encender un fuego que la calentara, lo

supe.

—Tal vez llegue el día en que tú y yo volvamos a separarnos, *mo gràdh* —le susurré al oído, seguro de que no me oiría—. Pero juro por lo más sagrado que no será hoy.

Me resistí a arrancarle las ropas rotas y empapadas hasta que Kavi no regresó con un vestido de lana verde oscuro y un par de botas, mientras Wesh ayudaba a Connor a secarse y vestirse con lo que había llevado para él.

—Salid fuera —les pedí, dispuesto a hacer lo mismo con Kiara.

Ellos se llevaron al niño, pero en cuanto alargué mi mano en su dirección, Kiara abrió los ojos.

—No —murmuró, tan débil que parecía un pajarillo.

—Solo quiero quitarte esa humedad de encima, nada más…

—¡No! —exclamó, sujetando los jirones de su blusa con una temblorosa mano y bastante más energía—. Yo… lo haré.

Lo entendí como una defensa a ultranza de su intimidad. Y aunque no me hizo ni pizca de gracia dejarla sola, terminé asintiendo y uniéndome a mis hombres afuera.

—Parece que lleva buen camino para reponerse con rapidez —reprochó Bavol en cuanto me encontré con ellos—. La hemos oído alto y claro.

—Su genio no es lo que más me preocupa ahora. —Era Connor y su mirada espantada hacia mí. Con paciencia, me acuclillé a su altura y le pedí que me explicara lo ocurrido. Cuando terminó, supe lo que debía hacer—. Kiara volverá a intentarlo en cuanto tenga energías.

—¿Y qué propones, aparte de llevarla atada de pies y manos? —preguntó Tam.

—Y amordazada. No nos olvidemos de lo que puede provocar en Liam con esa boca —insinuó Kavi, provocando un coro de risotadas que no me gustó nada.

—Llevad al niño hasta Glencoe. Si los separamos, ella se volverá mucho más dócil. Connor, tendrás que demostrarme esa hombría de la que no dejas de presumir —añadí cuando vi que el pequeño abría la boca para soltar un montón de objeciones. O gimoteos. O llantos, que sería aún peor—. Verás, Tam ha sufrido mucho últimamente, ¿sabes? Le encantan los niños, se lleva muy bien con ellos, de modo que he pensado que podrías cuidar de él…

—¿Yo? —preguntó, extrañado.

—Claro. No veo a ningún otro pequeñajo por aquí que se las dé de adulto —lo pinché, apartándolo un poco del resto para continuar hablándole en un tono confidencial—. Tengo entendido que él no te cae mal del todo.

—Se portó bien con madre —fue su escueta respuesta.

—Entonces, ¿podrás hacer el encargo? Es viejo y no sabe vigilar

muy bien su espalda, ya me entiendes… —Contuve una sonrisa. Como había esperado, Connor sacó pecho y asintió—. Bien. Entonces nos veremos en cuanto tu madre se reponga. Es una promesa de MacDonald.

—Los MacDonald son nuestros enemigos.

—Este no, te lo aseguro. —Para sellar el trato, extendí mi única mano para que él la aceptara con aire solemne—. Chicos, podéis marcharos con él.

—Liam, quedarte solo con ella es tan arriesgado como ponerte delante de un batallón de ingleses armados hasta los dientes —objetó Wesh.

—Ya lo hice una vez. Y no salió tan mal. Ahora, marchaos y dejadme la parte más difícil.

Esa que consistiría en lidiar con la furia de una madre a la que han separado de su hijo. Guiñé un ojo a Connor y les di la espalda para entrar de nuevo en la pequeña cueva y encontrarme con una Kiara débil, pero lo bastante repuesta como para enfrentarme. Con su cabello, ahora limpio y casi seco, campando en ondas castañas por su pecho, hombros y espalda. El vestido le quedaba algo grande, pero cubría lo necesario. El resto se hallaba oculto bajo la manta que yo le había proporcionado.

—No temas —le advertí—. No voy a matarte por tu intento de fuga. Eso ya has estado a punto de hacerlo tú solita.

—¡Quiero a mi hijo!

Cuando apartó la manta con brío e intentó ponerse en, el dolor cruzó por su rostro. La sujeté por los hombros a tiempo de evitar que se derrumbara, pero sentí el temblor de sus piernas cuando la llevé de nuevo al suelo, la cubrí y la ayudé a apoyar la espalda sobre la fría piedra.

—Connor está bien, con mis hombres —informé, impidiendo que volviera a levantarse cuando intentó zafarse de mi agarre—. Nos esperarán en nuestro destino.

—Te lo has llevado… ¡Lo has arrancado de mi lado!

—Era necesario. —En el mismo instante en que vi las lágrimas asomando a sus ojos fieros, me sentí el hombre más miserable de las Highlands. A un paso de arrepentirme de lo que había decidido para ir tras ellos y traer de vuelta al crío.

Pero Kiara no intentó agredirme, ni defenderse, ni huir de nuevo. Bajo mi única mano noté cómo sus hombros se relajaban. Cómo ella se rendía. Cómo la rebeldía abandonaba poco a poco el fulgor de sus ojos hasta convertirlo en odio frío y mortal.

—Comprendo —dijo al cabo de un rato—. Te lo has llevado para asegurarte de que no vuelvo a intentarlo… ¿Por qué me has mantenido con vida?

—¿No me lo agradeces?

Kiara se incorporó un poco y dejó su cara a medio palmo de la mía.

—Antes moriré —me escupió, haciéndome encajar la mandíbula —. ¿Cómo me has encontrado?

—Las huellas de los caballos fueron claras. Bonnie es más baja, menos pesada, y tiene los cascos más pequeños, por lo que se hunde menos en el suelo. La humedad ha contribuido bastante. Y los lloros de tu hijo han hecho el resto. Se ha marchado por propia voluntad.

—No te creo.

—Bueno, siempre puedes preguntarle en cuanto lo veas.

Me puse en pie y le di la espalda para atizar el fuego. Maldición. Furiosa estaba aún más hermosa que con aquella placidez que me había demostrado cinco años atrás. Me hacía sentir tan débil, tan vulnerable, que salí en busca de la comida que mis hombres me habían dejado antes de que mi propia cólera me obligara a hacer cosas de las que luego me arrepentiría.

Debía mostrarme sereno, frío. Ella esperaba que estallara ante sus artimañas para dejarnos fuera de combate, pero no le daría el gusto.

Cuando volví, me la encontré de nuevo con aquella mueca de profundo dolor mientras se frotaba bajo la manta un punto de sus piernas con energía.

—¿Te encuentras bien? —pregunté con una punzada de preocupación.

—Nunca me encontraré bien en manos del enemigo. Y tú te has convertido en eso para mí. —Examinó mi aspecto con detalle y desvergüenza—. Por fuera pareces un auténtico MacDonald.

—Por dentro también lo soy, te lo aseguro.

—¿Cómo ha sucedido?

—Imagino que mis padres han tenido mucha culpa, aunque no puedo aseverarlo.

Kiara no apreció mi intento de sarcasmo y torció el gesto.

—Un MacDonald no se contiene cuando está deseando aprovecharse de una pobre mujer que no puede pedir ayuda. ¿Por qué tú sí?

—Porque soy un hombre de honor —repliqué, colocando la comida entre los dos a modo de escudo cuando decidí sentarme en la misma manta, frente a ella—. Deberíamos alzar la bandera blanca por un rato. De lo contrario, nos despellejaremos vivos antes de haber probado bocado. ¿Tienes hambre?

—No mucha —mintió; era evidente que se le estaba haciendo la boca agua ante el aroma que manaba de la carne.

—Yo estoy famélico.

—Si esperas que te diga que lo lamento...

—Faltarías a la verdad. —Ella recompensó mi sinceridad con un mohín que me provocó una sonrisa en lugar de la ira que esperaba—. En lo que a ti respecta, podría morirme de hambre.

—Muy intuitivo.

—Es por mi piedra de los dioses. Y porque me conmueve ver el amor que me profesas. Ese que te llevó a drogarnos.

—Es que no te profeso ningún amor, aunque mi odio no llegue a desear tu muerte, sino solo a mezclar melisa y valeriana con el *whisky* que todos bebisteis. Esa es la droga de la que hablas, que no hubiera surtido efecto alguno de no haber bebido el *whisky* como si fuera agua.

Así que se trataba de algo tan inofensivo como unas hierbas para dormir. Estuve a punto de darme un golpe en la frente por ingenuo.

—No voy a preguntarte cómo conseguiste burlar nuestra vigilancia para hacerte con ellas. Ni siquiera voy a tomar represalias, al menos de momento. —Ella enfrentó mi mirada. No se arrepentía. Debí enfurecerme, pero solo sentí el tibio aleteo de algo muy parecido al orgullo—. Reconozco que fue muy astuto por tu parte.

—¿Un MacDonald reconociendo algo bueno de una Campbell? ¿Qué será lo próximo? ¿Ver cerdos volando?

Vaya. Su animosidad parecía rebajarse hasta el punto de acudir al sarcasmo… ¿Con qué fin? Viniendo de Kiara, cualquiera.

—Lo próximo será una corrección: no me profesas amor, pero sí deseo —añadí, retomando la conversación en el punto que seguía interesándome.

—Si es lo que crees, estás muy equivocado.

Pero se ruborizó como en los viejos tiempos, mientras se llenaba la boca con un trozo de carne. Y mi corazón saltó y vibró, ignorando mis órdenes.

—Pues lo disimulas realmente bien, *boireannach*. Finalmente decides que es mejor acallar los rugidos de tu estómago, aunque sea con comida que muy bien podría estar en las mismas condiciones que el *whisky* que adulteraste anoche.

—*Tapadh leibh romanach*[38]! —me espetó con el veneno de una serpiente—. Si estás buscando una disculpa, ¡no la tendrás! Si lo que quieres es hablar, ¡mejor harías en pedirle conversación a una roca! Y si lo que estás deseando es el perdón… ¡Lo hallarás en el infierno antes que en mí!

Escupió el contenido de su boca, elevó el mentón con orgullo y me desafió con algo que iba mucho más allá de las palabras, y que provocó que mi sangre hirviera de furia.

Con un gruñido, recorté distancias y la apresé por los hombros para ponerla en pie.

Maldita. Maldita fuera por los sentimientos que volvía a despertar en mí a pesar de todo lo ocurrido. Por la confusión, el recelo, el

impulso de protegerla y el descarnado deseo sexual, todo junto y entremezclado. De no ponerle remedio, Kiara terminaría convirtiéndose en mi maldición, mi destino, la principal razón de esa lujuria que me consumía y que en su día quise ignorar. Cuando no pude, me esmeré en enterrarla bien hondo, en la seguridad de que jamás volvería a sentirla por otra, mucho menos por ella. Pero Kiara había reaparecido, y ese sentimiento también.

Era la misma emoción que siempre me había embargado al pensar en ella. La que me dio calor y me abrigó en mis días más aciagos. La que me devoró, consumido por la pasión, pero que nunca logró deshacerme en el fuego que ahora me empujaba hacia ella con esa necesidad reprimida rugiendo en mi interior, sin medida, sin razón. Para castigarla y castigarme, para imponer mi voluntad a pesar de unas explicaciones que ambos parecíamos obviar adrede.

La besé con fuerza, pero cuando en lugar de resistirse, comenzó a acogerme con gusto, me aparté como si hubiera saboreado el peor de los venenos.

—No me doblegaré a un maldito beso por mucho que me incites. No soy tan estúpido como para caer en tus redes de nuevo —la advertí, zarandeándola—. No voy a confiar en ti ahora más que hace cinco años. ¡Ya no soy el mismo!

Ella pareció encogerse ante mi grito. Me hallaba tan fuera de mí, intentaba controlar mis emociones con tanto ahínco, que tardé en darme cuenta de que su actitud no provenía de la mía, sino de algún tipo de extraño padecimiento que la impedía sostenerse sobre sus piernas.

—*Dhia*… —murmuré, antes de recostarla de nuevo—. Vas a decirme qué es lo que tienes, porque de lo contrario, te desnudaré yo mismo para averiguarlo.

32. ISOBEL

Kiara

Si se lo decía, me quedaría totalmente expuesta ante él.

Pero él me había hablado de muerte. De destrucción. De sangre. De una pelea con Hugh en la que apenas pudo conservar la vida, y cuya cicatriz me había mostrado, con una rabia tan arraigada en su mirada que no podía ser falsa.

—No pienso hacerlo —afirmé con tozudez —. Nunca confiaré en ti lo suficiente después de lo que ha pasado entre nosotros.

—¿Quién habla de confianza? Se trata de supervivencia.

—Si hubieras querido matarme, lo habrías hecho ya.

Liam no respondió de inmediato. Se limitó a resollar furioso, mientras me evaluaba con tal intensidad que mis mejillas ardieron en llamas y mi respiración se congeló, preparándome para cualquier cosa.

Nunca nadie me había observado con un deseo contenido que, al parecer, no había menguado con los años ni estaba reñido con el odio que se empeñaba en profesarme.

—De acuerdo, tú lo has querido.

Fue tan rápido que no pude detenerlo cuando me subió las faldas hasta la cintura. Su mano de hierro me sostuvo con firmeza contra el suelo mientras se apartaba para quedar libre de mis puntapiés y se fijaba en cada una de mis señales. De todas mis señales. Desde el desastre provocado por las horas de cabalgada y acrecentado por la corriente, hasta el testimonio de la brutalidad de Hugh que aún me marcaba.

—¡Suéltame! —exigí, tirando de mi vestido con desesperación hacia abajo.

—Lo haré cuando me digas qué o quién ha sido el causante de estos moratones que, por lo que veo, no son recientes.

—Cuando me sueltes —insistí—. Me haces daño.

Liam apartó su mano metálica, pero continuó presionándome con la otra y con aquellos ojos de obsidiana que no se apartaban de mis muslos, pero que no revelaban nada. Ni horror, ni pasión o curiosidad. Absolutamente nada.

¿Realmente estaba tan muerto por dentro que había perdido la capacidad de sentir algo ante un espectáculo semejante?

Cuando por fin me miró, preferí que no lo hubiera hecho. Porque noté la frialdad que manaba de él de un modo casi físico, al mismo tiempo que una muda exigencia.

—¿Fue él? —preguntó—. Me refiero a los golpes, no a lo que a todas luces es una consecuencia de la falta de costumbre de montar durante horas.

—Sí —respondí sin medias tintas.

Sabía a quién se refería y esperaba que se sintiera culpable, pero al parecer nada lo afectaba lo suficiente. Sin que mediara palabra, desapareció para reaparecer segundos después con un tarro.

—No deberías ponerte tan remilgada —me aconsejó cuando volvió a acometer aquello que me palpitaba entre los muslos—. Ya he visto esta parte antes, aunque menos lacerada.

Apreté la mandíbula sin poder evitarlo. Esperaba que no me recordara otras partes que también había visto y a las que en ese instante tenía total acceso, porque entonces...

—Son unas piernas muy bonitas, pero de momento no las quiero para nada más que para poner el ungüento de mi abuela —añadió, destapando el tarro—. De lo contrario, no podrás caminar durante días y sufriremos un retraso inútil.

—¡Está bien! ¡Pues ponme el maldito ungüento! —¡Ya había escuchado demasiado! Cerré los ojos y le permití que atemperara mi

escozor, pero mientras lo hacía, caí en algo—. ¿De momento? ¿Has dicho eso?

—He dicho muchas cosas, *fiosaiche*. Pero tú me enseñaste que podría faltar a cualquiera de ellas sin miedo a perder mi orgullo, de modo que puedes tomarte esta última como desees.

—¿Por eso me odias? Y si me odias, ¿por qué estás aliviándome?

—Buenas preguntas, como siempre. ¿Es que ahora eres tú quién quiere conversar?

—Quiero respuestas. Me las has negado durante cinco años, pero el destino ha vuelto a unirnos y pienso aprovechar la oportunidad que me brinda.

—Aprovechar. Esa es la palabra clave. Eso fue lo que hiciste conmigo. Incluso me atrevería a decir que también con él. ¿Es por eso que tienes estas marcas en las piernas? ¿Decidió hacerte pagar tu vileza y tú le correspondiste con la muerte?

Había dejado de tocarme. El frío que me acometió fue instantáneo, pero no suficiente para calmar la oleada de indignación que me invadió.

—¿Eso es lo que piensas? —farfullé con incredulidad.

—Eso es lo que he tenido que padecer junto con la muerte, la amargura, la soledad, el desengaño y la ausencia de un olvido que hubiera terminado con todo lo anterior.

—Apártate. ¡No vuelvas a tocarme!

Retrocedí para pegarme todavía más a la pared. Su cuerpo permanecía en contacto con el mío, y sus ojos me acribillaron con un montón de silenciosos reproches que yo no entendía.

Abrí la boca, pero no dije nada. No iba a escupirle a la cara que sus desplantes ya no me herían. Que los pensamientos funestos cuyo protagonista era él me habían corroído hasta convertirme en una concha vacía, arrastrada y ahogada por una corriente de dolor que no se había calmado.

Callé, porque toda mi rabia y mi resentimiento resurgieron con él hasta asfixiarme. Pero me dolía. ¡*Dhia*, cómo me dolía! Mi pecho se comprimió hasta impedirme respirar. Mi cuerpo comenzó a temblar sin que pudiera controlarlo.

Y exploté.

—¡Tú fuiste el culpable! —grité, cerniéndome sobre él con tanto ímpetu que ni siquiera me paré a pensar que seguía teniéndolo entre mis piernas desnudas—. ¡Tú me abandonaste! ¡Y no tuviste ningún derecho! ¡Porque yo también sufría...!

—Esa palabra es blasfemia en tus labios, *boireannach*. No te atrevas a pronunciarla nunca más en mi presencia.

—¿O qué?

Liam irguió la cabeza muy despacio. En sus labios apareció una

sonrisa que hizo que sus ojos destellaran con crueldad. Su mano avanzó esquivando mis heridas entre mis muslos hasta posicionarse en mi sexo, mientras acercaba su rostro al mío. No movió los dedos, pero me abarcó de tal manera que el mínimo movimiento provocaría en mí unas sensaciones que nunca había podido olvidar, pero que odiaría volver a disfrutar.

—O tendré que arrancarla yo mismo de tu lengua —afirmó, antes de abalanzarse sobre mi boca.

Le golpeé con los puños, pero me inmovilizó el cuello con firmeza, y con una rudeza que se trasladó al modo en que me obligó a abrir la boca para recibirlo. Me besó profundamente con la lengua, transmitiéndome una sensualidad impetuosa que consiguió que algo en mi interior se desatara, algo tan increíblemente agradable que me arrancó un gemido.

Dejé de luchar. Era como arremeter contra una roca; me devastaba, me volvía un trozo de mantequilla maleable, sin poder de decisión. Estaba destrozando años de amarga e incomprensible traición, de devastadora ausencia, en unos pocos minutos.

Fue como si me hubiera roto en pedazos y reconstruido, como si me hubiera quebrado pero siguiera completa. Una oleada de cálido y dulce placer me recorrió el cuerpo. Desbordante, palpitante, ardiente.

—He pasado años añorando tus sonrisas, tu malicia… —murmuró enfebrecido, con su cuerpo pegado al mío, su falo duro presionando contra mi vientre y sus dedos jugueteando entre mis pliegues empapados por él—. Enfadada despiertas en mí algo oscuro y primitivo. La parte de un hombre que vibra ante el reto que supone una mujer que nunca se doblegará ante él. Porque tu espíritu es combativo y fuerte —añadió, mordisqueándome el labio inferior para pasar a saborear mi cuello hasta deshacerme en sus manos, en su boca, en su esencia—. Pero no más que el mío.

Todo mi cuerpo ardía rendido ante sus caricias, sus besos. Me hablaba de una pequeña parte de lo que yo le inspiraba; se abría a mí a través de sus acciones, y me desarmaba por completo. Me dejaba vislumbrar un esbozo del Liam que me había enamorado por completo, eclipsando su parte más oscura e implacable. Mi mente se hallaba en un limbo de placer que presionaba en cada parte de mí exigiendo liberación, pero una pequeña llama de alerta pareció brillar en el fondo.

¿Pretendía demostrarme su poder sobre mí? ¿Me decía con hechos que podría hacer conmigo lo que quisiera? ¿Que en realidad no lo provocaba, sino que era al contrario?

Cualquier atisbo de raciocinio se evaporó cuando Liam se levantó el *feileadh mor* para presionar más entre mis piernas sin la barrera de la tela e introdujo dos dedos en mi interior.

Sus ojos colisionaron con los míos. Eran dos pozos negros e insondables, abarrotados de una pasión cruda que trasladó a sus dedos cuando los movió sin piedad, al mismo tiempo que sentía su miembro exigente sobre mi vientre, esperando su oportunidad. Su mirada habló por sí misma. Me gritó que necesitaba hacerme suya, pero también ignorar aquella parte de él que rugía por meterse entre mis muslos.

Un atisbo de pánico al comprenderlo me dejó rígida. Con un rugido casi animal, Liam detuvo el delicioso vaivén de sus dedos cuando mis caderas comenzaron a salirle al encuentro y se apartó como si hubiera regresado de la peor de sus pesadillas.

—No lo conseguirás —afirmó, justo cuando retiró los dedos y me dejó enfebrecida, insatisfecha y colérica.

Grité de pura frustración, dispuesta a colgarme de su cuello para incitarlo a que siguiera, a que terminara aquello que había empezado de una manera tan ruda, tan impetuosa, tan… deliciosa. Pero hacerlo equivaldría a arrojar mi orgullo por el suelo, y bastante lo había pisoteado ya.

—¡Cerdo! ¡Apártate de mí ahora mismo!

Me revolví como una serpiente para alejarlo, sin darme cuenta de que, de ese modo, conseguiría que su cuerpo reaccionara con más ímpetu en sentido contrario. Y eso era lo que buscaba. Con una sonrisa igual de perversa que la que él había mostrado momentos antes, sujeté en mi mano su verga erecta y presioné hasta dejarlo inmóvil, con las pupilas dilatadas, la boca entreabierta y sin aliento.

—Podría seguir hasta llegar al final —susurré contra su boca—. Sé que te gustaría, pero mi conciencia me lo recriminaría toda mi vida. Así que, o…

El sonido de voces masculinas en el exterior, entremezcladas con unos sollozos femeninos, no muy lejos de nosotros, nos dejó paralizados a ambos. Por un momento Liam permaneció en aquella postura, con los dientes apretados y la mandíbula a punto de resquebrajarse, hasta que se apartó y, con un oscuro juramento, recogió sus armas.

—Son ingleses —me murmuró en el oído—. Puedes dar la voz de alarma, aunque tengo la esperanza de que utilices tu inteligencia para valorar con cuál de los dos bandos tienes más posibilidades de recuperar a tu hijo.

Era ruin, despiadado, pero cierto. Lo insulté por lo bajo mientras observaba impotente cómo se encaminaba a la salida, hasta que un impulso irracional me llevó tras él.

No quería que muriera. Y no era ese agradecimiento por haberme salvado la vida que me había tragado para seguir manteniendo mi poca dignidad intacta, sino otro tipo de sentimiento mucho más profundo, que había permanecido latente cuando yo lo creía muerto, y

que había salido a la superficie con aquella especie de duelo carnal en el que nos habíamos visto inmersos.

Si Liam moría, yo…

—*Air do dhruim*[39]*!*

Fueron tres palabras que precedieron a un disparo que me heló la sangre y terminó con todo vestigio de sentido común. Salí en tromba sin pensar en lo que me encontraría, en el peligro que podría acabar con mi vida y dejar a Connor en manos del enemigo.

Atiné a vislumbrar el borde del *feilead mor* de Liam ondeando al viento mientras él se parapetaba tras una roca y todos sus hombres excepto Tam, le cubrían las espaldas y abrían fuego contra al menos media docena de soldados ingleses que, sorprendidos por su repentina aparición, poco pudieron hacer.

—Connor… —murmuré como en trance—. ¡Connor!

Si se encontraba con ellos…

—¡No, espera aquí!

Alguien me arrastró hacia el tronco de un árbol cuando intenté avanzar, para encontrarme de bruces con la muchacha que poco antes había escuchado sollozar. Llevaba buena parte del corpiño desgarrado, sus cabellos rojizos se hallaban despeinados y varios arañazos cruzaban sus sonrosadas mejillas, pero la habría reconocido entre un millón.

—Isobel…

No hubo más palabras. En mitad de una lluvia de disparos, gritos y lucha cuerpo a cuerpo, nos abrazamos como las hermanas que éramos llenas de alegría.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces con los ingleses?

—Vine en tu busca. Cuando Fergus supo lo que había ocurrido, casi se vuelve loco.

—¿Pero cómo…?

—Esos salvajes dejaron todo un reguero de pistas que seguí. Fergus es demasiado viejo para hacerlo. ¿Y Connor?

—Se lo han llevado, Isobel. Lo han…

—Es él. *Dhia*…

Isobel señalaba a un punto en concreto con los ojos fijos en él.

Liam. Su indumentaria estaba manchada de sangre, su cabello campaba suelto sobre sus hombros y empuñaba una *claymore*. Tenía una expresión tan salvaje en el rostro mientras se acercaba a nosotras, flanqueado por los suyos, que no me extrañó la reacción de mi hermana. Por un momento se quedó allí de pie, con el gesto descompuesto y los ojos desorbitados, hasta que sacudió la cabeza, como si se forzara a reaccionar.

—Kiara, si ese monstruo tiene a Connor, deberás hacer valer esto ante quien sea menester para recuperarlo —murmuró, sacando de su

maltrecho escote dos documentos arrugados que reconocí de inmediato. Uno de ellos me había obligado a matar. El otro, había acabado con mi vida hacía cinco años.

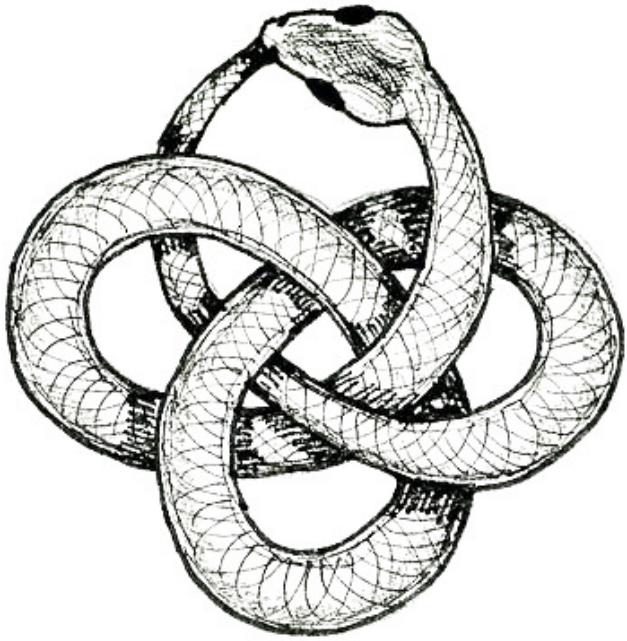
—¿Qué haces tú con esto?

—Los tomé de tu cuarto antes de salir a buscarte. No sé leer, pero sí sé que son importantes para ti, de modo que decidí que me acompañarían hasta dar contigo, como así ha sido. ¡Cógelos y no se te ocurra desvelar nuestro parentesco a ninguno de ellos! —Me los puso en la mano y, en un movimiento desconcertante, se apartó hacia uno de los ingleses muertos, tomó su pistola y apuntó con ella a Liam.

En ese momento, cualquier pregunta se nubló de mi mente. Por qué estaban allí los ingleses, de qué conocía Isobel al hombre con el que pretendía acabar o la razón de ese pánico que se había convertido en una furia desmedida al tomar el arma.

Todas mis dudas desaparecieron, para ser sustituidas por una sola certeza: debía salvar a Liam.

—¡No! —exclamé, arrojándome sobre ella para evitar un disparo que, a pesar de mis esfuerzos, se produjo.



33. GLENCOE

Kiara

Escuché a nuestra espalda el quejido ahogado de un hombre, seguido del jadeo furioso de Isobel.

El hombre era un soldado inglés que, de no haber sido por el disparo, habría clavado su cuchillo en mi espalda. El jadeo se convirtió en una sarta de palabrotas dichas en gaélico para que me apartara de una buena vez. Sin embargo, me hallaba tan paralizada por lo que acababa de pasar, lo que había evitado y lo que pudo haber sucedido, que ni siquiera reparé en sus chillidos cuando fue desarmada por Bavol, que la sujetó para evitar que se abalanzara sobre Liam.

Todos mis sentidos se hallaban puestos en él, al igual que los de él, y los del resto de sus hombres, se centraban en mí. Sorprendidos,

atónitos, pero tan abrumados por la contundente realidad de que acababa de salvar la vida a mi captor, que todo atisbo de soberbia o desconfianza quedó reducido a escombros.

Liam mantenía sus ojos fijos en mí. A pesar de su aspecto salvaje e indómito, con la espada ensangrentada prendida de su única mano, la ropa hecha jirones por la lucha y el cabello desgreñado, parecía asombrado. Conmovido por lo que yo acababa de impedir. Incluso tan agradecido que pareció a punto de demostrármelo… antes de limpiar la *claymore* en la casaca de uno de los cadáveres y enfundarla, al tiempo que recomponía su máscara de impasibilidad.

—Me parece que dejé claras mis órdenes. No os quería aquí, sino en Glencoe.

Estaba claro para quién iban dirigidas aquellas ásperas palabras que fueron respondidas por un coro de gruñidos.

—Si te hubiéramos obedecido ahora estarías muerto, haciendo compañía a los ingleses —replicó con la misma contundencia Wesh, señalando a los ingleses.

—Junto con ellas. Con las dos —remarcó Bavol.

—Pero estamos vivos. Ellas y yo. —Los ojos de Liam se achicaron en cuanto se posaron en Isobel, que aún se debatía entre las manos del gigante *highlander*. Había recuperado toda su compostura, todo su poder intimidatorio. Se acercó a ella con pasos medidos y la examinó al detalle—. No eres inglesa.

—¡Tú sabes quién soy! ¡Lo que soy! ¡Y yo sé lo que me has hecho, pedazo de cabrón! —escupió ella, ante el asombro generalizado, incluida yo—. ¡Mereces la peor de las muertes! ¡Solo iba a dispensarte una más dulce y rápida! Aunque haya fallado esta vez… ¡juro por lo más sagrado que la siguiente acertaré de lleno!

—Deliras, mujer.

Esa fue su única respuesta, acompañada de una frialdad que me hizo sospechar. ¡Isobel me había advertido acerca de ocultar nuestro lazo de sangre porque planeaba matarlo! No quería perjudicarme, pero tampoco parecía enfadada conmigo por haber frustrado su intento de asesinato. Su ira se centraba en él. Respiraba entrecortadamente, esperando que Liam se acercara a ella. Y cuando eso ocurrió, se las arregló para sonreírle como una verdadera bruja.

—Quieres quedarte con ella y con su hijo, pero yo lo impediré —vaticinó, con una tranquilidad escalofriante que consiguió turbarlo—. Te aseguro que las desdichas que he pasado junto a esos bastardos ingleses no serán nada en comparación con lo que tú padecerás. Lo prometo…

—¡Atadlas y llevadlas a los caballos! —bramó Liam. Había perdido el control ante aquellas simples bravatas, y solo se me ocurría una razón: que no fueran tan simples. Que tuvieran una base de

verdad.

Que, de algún modo retorcido, Liam hubiera infligido a Isobel un daño tan profundo que ella estuviera dispuesta a matarlo por ello, a llorar desconsolada, a perder la cordura e incluso a no valorar su propia vida.

—¿A las dos? —preguntó Bavol.

—Por supuesto, *mo charaid*. Que la *fiosaiche* haya impedido mi muerte no la exime de nada.

Aquella fue su sentencia, y yo lo agradecí. Mi cuerpo aún vibraba por sus caricias, por sus besos y gemidos… Pero también temblaba de miedo ante el ataque de unos ingleses cuya presencia allí nadie acababa de explicarse, y de furia por permanecer separada de Connor. Por haber permitido que mis instintos más primarios tomaran la iniciativa con aquel MacDonald, hasta el punto de olvidarme de todos los demás abismos que deberían mantenernos separados.

Cuando Wesh me ayudó a montar en su caballo y él lo hizo a mi espalda, eché una breve ojeada a Isobel. Permanecía con la mirada extraviada, emitiendo suaves sollozos que sonaban a locura mientras se dejaba sujetar por Bavol.

Tenía que hablar con ella. E intuía que aquella sería mi única oportunidad.

—Tienes que tranquilizarte —le susurré, sin quitar la mirada de las amplias espaldas de Liam, que cabalgaba delante de nosotros—. Isobel, escúchame…

—Es él, es él… —repetía, ajena a mis palabras—. Iba a buscarte, pero los ingleses también y me apresaron. Supieron que tú y yo…

—Calla…

—… Quisieron hacerme confesar. Me golpearon… —siguió explicando entre su llanto intermitente, ignorando que no solo yo la escuchaba—. Iban a hacer mucho más, pero entonces aparecieron ellos…

—Y decidiste pagar nuestra intervención intentando asesinar a nuestro líder —terminó Bavol.

—¡Porque él… él…!

Isobel levantó sus manos atadas hacia el objeto de toda su ira, que se había detenido para mirarla en silencio.

—Yo nada, ¿entiendes? ¡No te conozco, pero estoy empezando a lamentar haberte rescatado de las garras de los *sassennach*[40]! ¡Si fueras un poco inteligente mantendrías la boca cerrada hasta estar delante del *laird*! ¡A él podrás soltarle todo lo que se te pase por esa cabeza tan enferma, maldición!

Me lanzó una mirada interrogante, pero al comprobar que yo seguía en silencio, emitió un nuevo gruñido y reanudó la marcha.

No volvimos a cruzar una sola palabra en lo que quedó de día.

Seguimos avanzando hacia Glencoe con un ritmo infernal que no disminuyó ni siquiera para comer o atender nuestras necesidades físicas, pero mi mente funcionaba a pleno rendimiento. Si Isobel y Liam no se conocían, ¿qué interés podría tener ella en afirmar lo contrario? ¿Cuál sería el motivo entonces de aquella ira tan desgarradora? ¿Era mi hermana tan buena actriz como para fingirlo todo? ¿Y por qué, momentos antes de haber intentado matarlo, me había entregado aquellos documentos que guardaba entre mis pechos a buen recaudo?

Ni siquiera tuve oportunidad de plantearlas en voz alta, aunque tampoco lo hubiera hecho. No era tan inconsciente como para arriesgar la seguridad de Isobel y la mía propia, junto con la de Connor, por una curiosidad insana. Liam se había mostrado intratable después de nuestro momento de flaqueza. Me ignoraba deliberadamente cuanto podía, y cuando nuestras miradas se encontraban, sus ojos eran como cuchillos venenosos que iban directos a mi corazón. Su gesto duro solo se suavizó cuando, al atardecer, se detuvo en la cima de una pequeña loma y señaló al frente.

—Hemos llegado —dijo, antes de enfilar hacia las verdes colinas, surcadas por un río que desembocaba en furiosas cascadas.

El valle se encontraba entre oscuros y abruptos acantilados y escarpadas cimas, pero tomamos uno de los tortuosos caminos que descendían hasta él, hasta ser engullidos por el paso estrecho que formaban tres picos rocosos.

Las Tres Hermanas. Así se llamaban aquellos gigantes montañosos que precedían al río Coe, inmensas, aterradoras y fascinantes al mismo tiempo, cuyo valle se veía repleto de pastos que se extendían a ambos lados del río que discurría entre las rocas como una inmensa serpiente plateada.

Liam se detuvo y me dedicó una mirada tan torva como el cielo que nos recibía.

—Si piensas en escapar, he de decirte que este valle es como un fuerte con dos entradas: Rannoch Moor, al este, y el lago Leven, en el extremo oeste. Ambas bien vigiladas, aunque solo los que conocen bien las montañas se atreven a aventurarse. Imagino que tú no serás uno de ellos...

—Depende. ¿Me llevas a las mazmorras?

—Aún no. Te llevo hasta nuestro *laird* Alasdair MacIain MacDonald.

No puse ninguna objeción, aunque me abstuve de preguntar por el destino de Isobel. De cualquier manera, tampoco hubiera servido de mucho, así que me dediqué a escudriñar todo lo que dejábamos atrás.

Carnoch, el pueblecito que ocupaba el valle, estaba formado por al menos un centenar de cabañas rodeadas de huertos y corrales. Tras

ellas se extendían unas anchas franjas de tierra cultivada. A cierta distancia, detrás de un establo rodeado por un cercado, se encontraban dos construcciones. La mayor de todas sería con toda probabilidad el granero. Unos toneles vacíos se hallaban apilados contra la pared de la segunda, lo que me hizo pensar que sería la cervecería y la destilería. Seguimos nuestro camino hasta detenernos frente a la casa del *laird*. Era, con diferencia, la más espaciosa de la aldea, aunque modesta. El tejado era de pizarra, y las paredes de piedra contaban con ventanas con cristales, todo un lujo en comparación con los simples agujeros tapados con una piel de bestia y una tela aceitada, que había en la mayoría de las cabañas. Liam desmontó y el resto hicimos lo mismo, siguiéndolo al interior, donde se hizo anunciar por uno de los sirvientes.

En menos de un minuto, fuimos llevados al gran salón para ser recibidos por Alasdair MacIain MacDonald. La estancia era amplia, pero al mismo tiempo acogedora, con una gran mesa bordeada con dos sillas de madera maciza, y una enorme chimenea encendida.

El *laird* ocupaba una de las sillas, pero se puso en pie para recibirnos.

—Al fin —saludó con tono hierático, antes de centrar toda su atención en Isobel, que ya había desistido de cualquier intento de defensa, y en mí—. De modo que una Campbell batalladora. Vaya, vaya… Ignoro la procedencia de la otra, pero espero explicaciones, Liam. Te pedí un asesino. ¿Es que acaso las dos lo son?

—Puede decirse así. La pelirroja casi acaba conmigo. Estuvimos a punto de caer en una emboscada orquestada por un puñado de *sassennachs*, pero los redujimos sin esfuerzo —respondió Liam, con una actitud firme y distante—. Sin embargo, reducirla a ella nos costó un poco más.

—Un delito grave que merece un castigo a la altura. Lleváosla y encerradla. De momento, otros asuntos más urgentes requieren mi atención.

Apenas terminó de dar la orden, Isobel pareció regresar de su mutismo para patalear y chillar, completamente descontrolada, aferrándose a mi brazo.

—¡No lo permitas! ¡Kiara, no dejes que nos separen! ¡Todavía tengo que…! ¡Tienes que saber…!

Suplicaba a gritos, pero me advertía que no desvelara que era mi hermana con una contundente mirada. Ella se daba por perdida; temía que yo siguiera su camino. Y si hablaba, lo seguiría. Connor se quedaría solo, en el seno de un clan enemigo con una madre acusada de asesinato que podría ser entregada a los Campbell, y una tía que, si no intentaba mediar pronto, tenía los días contados.

—¡Dejadla! —Aferré a Liam de los hombros y busqué su

compasión—. Por favor, ¡no permitas que se la lleven! ¡Está enajenada! ¡Me lo debes!

—¿Se lo debes? ¿Por qué?

—Me salvó la vida, aunque puede que jamás vuelva a confiar en ella. —Liam alzó la mano en mi dirección, pero la dejó caer y, con ella, mis esperanzas. No me ayudaría porque no quería ayudarme. Había elegido tenerme como enemiga y no iba a derribar el muro que había construido a su alrededor para hacerlo posible.

—Una mujer quiso matarte y la otra lo impidió. ¡Ese es mi lugarteniente! —exclamó el *laird* con una risotada, antes de señalar a Isobel—. ¡Llevaos a esa hembra tan escandalosa, *Dhia*! A este paso me va a dejar sordo. Explícame por qué me traes a una mujer y a un niño, en lugar del responsable del asesinato de Hugh Campbell, como te pedí —siguió diciendo, más calmado, con una jarra de cerveza en la mano que ofreció a Liam, antes de servirse otra en cuanto nos quedamos solos.

—Ella mató a Hugh. Es su esposa.

El *laird* me observó con interés renovado, pero yo no me quedé atrás.

Me sorprendió su gallardía y su altura, a pesar de la edad que aparentaba. Llevaba una camisa color azafrán. Un *plaid* colgaba por encima de su hombro, sujeto con un broche con piedras granates engastadas. Sus cabellos, entrecanos, se hallaban atados en la nuca con una cinta roja, del mismo color que la boina que le cubría la cabeza, y que estaba adornada con tres plumas blancas de águila; un privilegio del jefe, sin duda. Sus guardias solo llevaban una.

Las plumas se hallaban sujetas con el escudo de plata del clan de los MacDonald, que representaba un guantelete blandiendo una cruz latina sobre una corona, con la inscripción *per mare, per terras*, inscrita alrededor.

—Una *fiosaiche*, por lo que puedo comprobar —apreció. Solo entonces me di cuenta de que mi piedra de brujas lucía sobre el escote de mi vestido. Intenté ocultarla, pero él no me dejó. Con el ceño fruncido, alterado por su descubrimiento, la tomó en su mano antes de dejarla caer nuevamente—. Un detalle que requiere mucho cuidado…

Nos dio la espalda, pensativo, y se dirigió hacia la chimenea. Durante demasiado tiempo, el único sonido que llegaba a mis oídos era el de mi propio corazón. Por el rabillo del ojo vi el rostro imperturbable de Liam dirigido al frente.

No me ayudaría con la decisión que el *laird* tomara.

Solo yo podría defenderme.

—Milord… —comencé—. Nuestros clanes han sido enemigos acérrimos durante generaciones, pero esas guerras no tienen por qué afectarnos, ni a vos… ni a mí. Si me lo permitierais, podría probar que

mis actos fueron en defensa propia.

Esta vez, Liam se giró hacia mí, perplejo.

—¿En serio? —preguntó Alasdair—. ¿Y cómo piensas hacerlo, muchacha? Porque hasta donde yo sé, los muertos no hablan.

—No será necesario. Podréis encontrar testigos que apoyarán mi versión.

—Lo cual no soluciona el problema inicial. Si estás aquí y decido creerte, representarás un peligro para nuestro clan. Si decido que mientes y te entrego a los Campbell de Glenorchy, o incluso a los ingleses, no garantizo la inmunidad de los míos. Curioso dilema…

Que resolvería en breve. No parecía un hombre que destinara demasiado tiempo a darle vueltas a un mismo asunto. Después de apurar su cerveza, llamó a uno de sus hombres. Fue Bavol quien se presentó ante nosotros.

—Llévala con su crío. No pienso arriesgarme a otro ataque de histeria injustificado proveniente de alguien que posee el don de la visión. Nos conviene tenerla contenta, al menos hasta que decida mi sentencia con respecto a ella. Liam, tú quédate. Debemos hablar largo y tendido —añadió.

Connor. Era lo único en lo que podía pensar cuando me apresuré a seguir a Bavol en completo silencio, atravesando un angosto camino bordeado de MacDonalds huraños, reacios siquiera a dirigirme una simple mirada. No los censuré. Para ellos era una Campbell, asesina, por añadidura. No encontraría camaradería en ellos, pero tampoco la necesitaba.

Solo necesitaba a mi pequeño.

Y lo encontré en cuanto dejamos atrás aquel montón de enemigos silenciosos y atravesamos la puerta de una cabaña alejada del resto, pero más espaciosa.

—¡*Màthair, màthair*!

Apenas pude traspasar el umbral de la estancia principal para encontrármelo anclado a mis piernas, llorando y riendo a un tiempo. No reparé en quiénes lo acompañaban; con un grito de júbilo, lo cogí en alto y me dediqué a dar vueltas sobre mí misma hasta que el mareo y mis propias lágrimas me obligaron a parar, para comérmelo a besos.

—Cariño mío, te he echado tanto de menos… He pasado tanto miedo…

—¡Liam me dijo que tenía que cuidar de Tam! Tam echaba de menos a Lilly, ¿sabéis? Yo no la conocía, pero ahora sí, y también a Sorcha, ¿veis? ¡Están aquí, conmigo! ¡Sabían que vendríais y querían veros! ¡Y Catriona!

Entonces lo aparté, para ver a las tres mujeres que a su vez me observaban.

—Sorcha, Lilly…

No pude decir más mientras apreciaba las señales que el tiempo había grabado en el rostro ajado de la primera, y la floreciente juventud que se abría paso en la segunda. Ellas permanecían serias, como si quisieran lanzarme un millón de silenciosos reproches que yo no comprendí.

Hasta que Sorcha se decidió a dar el primer paso. Con un suspiro perceptible para todas, rodeó la humilde mesa que nos separaba, me tomó las manos y sondeó en las profundidades de mi alma a través de una simple mirada, como había hecho en nuestro primer encuentro en Rannoch Moor.

—Kiara Campbell de Glenlyon, viuda del *laird* de Glenorchy, serás bienvenida en el seno de los MacDonald. A pesar de los odios, las inquinas, las desconfianzas y los errores del pasado. Pero antes… serás bienvenida en mi seno, pequeña.

Me cobijó entre sus brazos como hubiera hecho Effie y me permitió llorar en su hombro. Ni siquiera sabía por qué lo hacía. Simplemente, necesitaba descargar el montón de frustraciones y sinsentidos que me habían acompañado desde mi secuestro y ella me ofrecía el único consuelo que podría servirme. Vacié mi alma de cualquier pena que pudiera lastrarla durante el tiempo que Sorcha me regaló, y cuando me sentí mucho más liviana, afronté el saludo de una indecisa Lilly que acompañó a la anciana en su bienvenida.

—Casi no me acordaba de vos… —murmuró, emocionada.

—¡Estás preciosa, cielo! ¡Ya eres toda una mujercita! Seguro que Tam está orgulloso de ti…

—Está más bien preocupado por los moscones que comenzarán a rondarla en breve. Tan preocupado como el *laird* con tu visita, *fiosaiche*.

Fue la tercera mujer, desconocida para mí, la que había hablado con tanta aspereza sin que le quemara la lengua.

Me aparté de las otras dos y la miré. Era hermosa. Con un cabello cobrizo ensortijado, unos ojos del color del *whisky* rasgados y una figura que sería la envidia de cualquier mujer. Una MacDonald que me miraba con belicosidad desde su posición, con los brazos en jarras y las manos apoyadas en sus curvilíneas caderas.

—Me parece que no nos conocemos para que podáis hablar así de mí —me defendí con la voz queda, segura de que ya no me hallaba tan sola como había pensado.

—Eso se puede arreglar. Me llamo Catriona, como vuestro hijo os ha dicho antes.

—Catriona MacDonald de Glencoe —especificó Sorcha—. Vive con nosotros, Kiara.

Bien, había comprendido el mensaje. Era la mujer de Liam. Nada que debiera afectarme, o preocuparme mínimamente.

Entonces, ¿por qué sentí esa sensación de vértigo que me debilitó? ¿Esa oleada de furia incontrolable, demasiado parecida a los celos?

34. HIJO DE GAEL

Liam

—Bien, ya estamos solos.

Ni me molesté en obtener su permiso para servirme otra jarra de cerveza que apuré de un trago. Lo necesitaba para asimilar las emociones contradictorias que me invadían cuando lo tenía delante. Por mucho tiempo que pasara, siempre eran demasiado fuertes como para echar mano de la astucia para controlarlas.

—Decidme lo que tengáis que decirme y me iré —insistí, más nervioso de lo que quería reconocer.

—¿Con ella?

—Habéis ordenado llevarla junto al niño. Y el niño se encuentra

en mi casa. A no ser que pretendáis que la abandone en su beneficio…

Alasdair me lanzó una sonrisa sesgada y se dejó caer en su silla predilecta, de cara al fuego. Conocía el efecto que provocaba en mí, pero le traía sin cuidado.

—¿No me exiges nada a cambio de haberla traído?

—No he completado la misión. Me pedisteis la lista de posibles clanes jacobitas, y no hemos conseguido hallarla.

—Podrás demostrar que eres digno del honor que demandas con un último encargo. —Su mirada incisiva se clavó en mí de tal manera que el corazón se me detuvo, porque lo supe. Esta vez, decía la verdad. Esta vez, sería la definitiva—. ¿Estás dispuesto a cumplirlo?

—Siempre que me digáis qué va a ser de Kiara.

—¿Me pones condiciones? —Su risotada me dañó los oídos—. Bueno, ¡sea pues! Lo cierto es que su destino tiene mucho que ver. Será la mejor solución para ella, puesto que pareces tan interesado en conservar su vida.

—Yo no estoy…

—Lo estás. No te molestes en disimular. Pero antes de conocer los detalles, déjame que te ponga al día. Esa muchacha es demasiado famosa. Todos aquí la conocen, con el agravante que supone saberla una asesina perseguida por los Campbell y los ingleses.

—Decidisteis correr ese riesgo cuando me encomendasteis la tarea.

—Sí, pero no imaginé que ella sería la autora. ¿Sabes lo que ha sido de su hermano Ewan, después de convertirse en *laird*? ¿Lo que ha sido de su clan?

—No sé nada de ella desde hace… —«Cinco largos y tortuosos años en los que tuve que arrastrarme ante vos, herido de muerte en cuerpo y alma»—. No me interesa, a no ser que tenga que ver con los MacDonald.

—En todo este tiempo te has perfeccionado en el manejo de las armas hasta convertirte en mi lugarteniente. Incluso has conseguido esos malditos potros que tanto parecías ansiar cuando te curaste de la herida infligida por el Campbell. Sin embargo, sigues refiriéndote a ti como alguien ajeno al clan. ¿Cuándo te considerarás uno de nosotros? —farfulló disgustado—. Siéntate, Liam.

—Estoy bien así.

—¡He dicho que te sientes!

Su mirada implacable, autoritaria, se clavó en la mía hasta que accedí a dejarme humillar una vez más. Un día más. Un momento más. Por mi gente. Para que siguieran viviendo en un lugar seguro, alejados de aquellos que habían intentado exterminarlos, aunque demasiado cerca de una de las principales instigadoras del ataque.

No dejaba de pensar en ella. En el modo en que había estado a

punto de tomarla en aquella cueva, solo para saciarme de y en su cuerpo. En aquella mujer dispuesta a dispararme, y en cómo Kiara se abalanzó sobre ella en el último momento para salvarme. A pesar de mi odio, del suyo, de su traición y la desconfianza que nos hacía enemigos irreconciliables.

En aquellos cardenales que salpicaban la pureza de unos muslos que una vez llegué a venerar, y en su vil autor.

Muerto. Por su mano. ¿Como venganza? ¿Defensa? ¿Ambas cosas?

—Necesito de toda tu atención, Liam. ¡Deja de pensar con lo que tienes entre las piernas y escúchame! —El vozarrón de Alasdair me arrancó de mis cavilaciones y, por fortuna, también de esos remordimientos que generaban dudas—. Ewan Campbell se ha posicionado del lado de Guillermo, al igual que el conde de Breadalbane y el difunto Hugh Campbell de Glenorchy. ¿La razón? Las deudas en las que su padre dejó sumido al clan antes de morir. Desde hace años, Glenlyon pertenece al conde.

—No entiendo qué papel jugaba el de Glenorchy en esas deudas, a no ser que fuera su garante.

—Lo fue… en cierto sentido. Su enlace con Kiara Campbell reportó grandes beneficios, tanto a él como a Breadalbane. Por un lado, el conde se hacía con el control de Glenlyon. Por otro, Hugh Campbell gozaría de inmunidad casi total gracias a su matrimonio.

—¿Casi?

—Con el maldito conde nunca puedes asegurarte de nada al cien por cien. De ahí que te exigiera el documento en el que figuran los nombres de algunos de los clanes que lucharon junto a Jacobo en Cromdale el año pasado.

—Pero me habláis de un documento que tiene cinco años…

—Ciertas lealtades se han mantenido e incluso afianzado. Estoy casi convencido de que Breadalbane incluyó en esa lista tanto a Ewan como a Hugh. —Se puso en pie, al parecer incómodo por el rumbo de la conversación, y me dio la espalda—. De seguir con vida, el Campbell aún estaría resentido por el saqueo y el robo de ganado que perpetramos en su día junto con los Glengarry.

—Creo recordar que pidió compensación solo a los Glengarry —repuse—. No se habló de Glencoe, pero si hubiérais tenido el detalle de explicarme a quién debía robar la dichosa lista, podría habérosla traído.

—No esperaba que dieras con la asesina de Hugh Campbell antes de dar con el propio Hugh. Es muy posible que haya guardado el documento si ha tenido oportunidad. Supone un as en la manga muy importante.

—¿Los MacDonald de Glencoe podrían aparecer en él?

Alasdair se encogió de hombros, pero terminó asintiendo.

—Somos enemigos acérrimos de los Campbell. Y estos se hallan del lado de los que, de momento, se perfilan como ganadores en la pugna por el trono.

Si caía en manos equivocadas, podría terminar con demasiadas vidas. Lo comprendí en el mismo instante en que unas palabras de Kiara, pronunciadas aquella aciaga noche en la que le propuse que huyera conmigo, acudieron a mi memoria:

«¿Y si te dijera que hay circunstancias mucho más graves que la ruptura de un *handfasting*?».

El corazón se me detuvo por un instante. Tuve la sensación de que el suelo retumbaba bajo mis pies y un inesperado vértigo me obligaba a permanecer sentado ante la posibilidad que se abrió paso en mi mente.

¿Y si se refería al destino de su clan? ¿Y si accedió a traicionarme en beneficio de los suyos, hasta aceptar aquel matrimonio que finalmente supuso una trampa mortal para ella?

No. Ni siquiera así podría perdonarla. Yo nunca consentiría en aceptar unas razones que habrían salvado la vida de unos Campbell a costa de los *romanichals* sacrificados.

—Si Hugh estaba en posesión del documento, solo tenemos dos opciones —afirmé—. O arriesgarnos a entrar en el castillo de Kilchurn en su busca, o…

—… averiguar su paradero antes de correr el riesgo de morir en el intento. —Sus ojillos oscuros brillaron de codicia cuando me miraron—. Contamos con su esposa. De seguro sabrá algo.

—No hablará.

—Cederá a los requerimientos de su esposo. De su nuevo esposo —puntualizó, con tanta frialdad que me dejó clavado en el sitio.

No podía ser que estuviera insinuándolo siquiera. Y sin embargo, su media sonrisa y sus cejas alzadas me decían lo contrario. Por si tenía alguna duda, asintió antes de que pudiera formulárselas.

—Ni se os pase por la cabeza —advertí.

—Ya se me ha pasado, muchacho. Piénsalo. La alternativa de lady Kiara es la muerte, bien a manos de los suyos o de los ingleses, ¿qué más da? Por lo poco que he podido conocerla, me atrevería a decir que pretende aferrarse a la vida con uñas y dientes, aunque sea a través de un matrimonio contigo.

—Parad… —De pronto todo me daba vueltas. Inhalé aire con fuerza y me dirigí a la ventana para apoyarme en ella.

Una debilidad desconocida se apoderó de mí cuando me vi considerando la propuesta. Kiara siempre había sido capaz de convertir mi sangre en vino. Durante todo aquel tiempo había intentado levantar un muro alrededor de ella y lo que había supuesto

para mí, y lo había conseguido. Pero ahora, años después, sentía que este crujía, a punto de desmoronarse.

Por primera vez, me encontré pensando en la clase de vida que habría llevado. En si le había sido fiel a su esposo o, por el contrario, se había entregado al primer hombre que le interesara como hizo conmigo. La propuesta de Alasdair me pondría de nuevo en ese brete, pero me prometí a mí mismo que nunca volvería a adorarla, ni a ponerla en un altar solo por su belleza. Nunca alimentaría su vanidad de nuevo. Si llegaba el momento, y siempre empujado por las circunstancias, la tomaría en la oscuridad, donde sería igual que cualquier otra. Y después, la despreciaría, la abandonaría tal y como me había jurado a mí mismo que haría. A decir verdad, siempre lo consideré una tarea fácil si se me presentaba la ocasión… hasta que la tuve delante, y mis ojos la bebieron como el suelo a la lluvia en una tormenta.

—¿Por qué yo? Solo soy vuestro lugarteniente —murmuré, consciente de que se me acababa de presentar una oportunidad inmejorable para llevar a cabo aquellos planes—. No comprendo qué beneficios pueden reportaros un enlace así.

—Reportarnos. Guillermo nos ha ofrecido a todos los clanes de las Tierras Altas un perdón por nuestra participación en la rebelión, siempre y cuando tomemos juramento de lealtad antes del 1 de enero, y hemos aceptado —explicó con tono áspero. Saltaba a la vista que en lo que a él concernía, esa decisión era impuesta—. Hemos enviado un comunicado a Jacobo, pero su consentimiento ha llegado demasiado tarde. He de viajar rápidamente a Fort William y prestar el juramento dentro del plazo, pero antes, quiero dejar las cosas bien atadas aquí. —Sus ojos se volvieron sombríos cuando los clavó en la chimenea encendida. Pareció envejecer diez años de un plumazo—. Catriona es más joven que tú.

—Y vuestra hija legítima.

—Tú también lo eres, Liam.

—¡¿Qué?!

Más que un grito, fue un graznido lo que salió por mi boca. Estaba tan estupefacto por lo que acababa de oír que pensé que había sido producto de mi imaginación. Volví a respirar, ya que en algún momento de aquella conversación me había olvidado de hacerlo, y procuré pensar.

—Ignoro lo que pretendéis con esto, pero no estoy dispuesto a entrar en vuestro juego. Sorcha me lo hubiera contado mucho antes. Incluso Mael, pese a todas nuestras desavenencias —insistí, aplastando el pánico que vibró en mi pecho.

—Ah, ese viejo nunca me aceptó para su hija. En cuanto a Sorcha, le hice prometer que guardaría silencio por tu bien, pero lo cierto es

que… yo amaba a tu madre. ¡Cuando ella murió víctima de unas fiebres que vosotros le contagiasteis, os maldije, tanto a tu hermano como a ti! Por eso os dejé en manos de vuestros abuelos. Porque no os quería.

No me di cuenta que escuchaba con la boca abierta por el pasmo, hasta que la sequedad me afectó a la garganta y tuve que cerrarla.

Nuestro padre renunció a nosotros por la muerte de mi madre. Nos culpó por ella, pero en lugar de desaparecer, me sometió durante años a diversas pruebas, a cada cual más peligrosa, para probar mi lealtad. Eso me había repetido Mael hasta la extenuación. Porque con mi lealtad, llegaría el honor.

Pero nunca había llegado. Hasta aquella noche, en la que me estaba pidiendo un matrimonio con la mujer que había propiciado mi desgracia.

—¿Qué es lo que ha cambiado entonces? —me atreví a preguntar, cuando conseguí que la bilis abandonara mi garganta para controlar un inesperado ramalazo de ira.

—Nuestra situación. Mi cobardía, que en su momento provocó que todos te estigmatizaran con la etiqueta de bastardo, cuando en realidad no lo eres. Piensas que lo único que hice fue aprovecharme de ella, pero me casé con tu madre, Liam. Tanto Calem como tú fuisteis mis hijos legítimos, aunque solo tú vives. Por ello te has convertido en el heredero del *laird* de Glencoe, con todo lo que comporta.

Me quedé sin habla. Ni siquiera me preocupé de advertir su reacción mientras me confesaba todo aquello. Solo pensaba en el curso que había tomado mi vida por culpa, o gracias, a las decisiones de aquel hombre que siempre había sido mi padre, pese a que nunca lo había considerado como tal.

Toda mi vida me había apoyado en mi orgullo para subsistir sin que ese honor del que siempre me habían hablado, fuera pisoteado y destruido. Había tenido que tragar muchas cosas, pero al fin, el deshonor se había borrado del nombre de mi madre, aunque no del mío.

De pronto, todos los padecimientos desde la infancia, provocados por un cobarde incapaz de regresar a su clan, a su mundo y a su vida, con una esposa *romanichal* de la que, según sus propias palabras, estaba enamorado, provocó que la sangre me ardiera en las venas.

—Ruin —escupí, inclinándome sobre él a través de la mesa que nos separaba—. ¡Egoísta, maldito bastardo sin conciencia!

—¡Tu padre, te guste o no! —replicó con idéntica fiereza, posicionándose del otro lado, hasta que ambos parecimos un par de leones dispuestos a despedazarnos—. Entiendo que estés resentido conmigo por haberte ocultado algo así durante tanto tiempo. Lamento

que hayas tenido que enterarte en estas circunstancias, ¡pero has de saber que tu espíritu siempre ha sido el de un guerrero MacDonald! ¡No en vano te has convertido en uno de los más valiosos en estos cinco años! ¡Mi hijo, mi heredero! ¡Un auténtico hijo de Gael!

—¡Desde la muerte de Calem, Mael se ha encargado de reducirme a un simple ladrón de ganado y salteador a tus órdenes! ¿Qué lamentáis, exactamente? ¿La pérdida de mi mano por intentar salvar la vida de mi hermano? —bramé, sacudiendo mi apéndice metálico delante de sus entornados ojos—. ¿Su muerte, cuando de haber vivido aquí, contigo, nada de aquello habría ocurrido? ¿El hecho de que nunca haya aspirado con garantías a un futuro con la única mujer que he amado en mi vida, por culpa de mi sangre *romanichal*?

—¿Lady Kiara? ¿Ella es esa mujer?

—¡Sí, maldita sea! —No pude contenerme y lo sujeté por la pechera de la camisa, sin tener en consideración su edad—. ¡De haberme acogido en su momento, ella jamás habría aceptado al Campbell!

—Bueno, aún estás a tiempo de enmendar ese error. —Ciñéndome a sus órdenes. Como siempre. Por eso apenas se alteró ante mi conducta. De pronto, sus ojos se abrieron con una mirada de victoria total—. Suéltame y compórtate como el hijo del *laird* de Glencoe. Hasta un ciego vería que sigues más que interesado en esa mujer. Y ahora ella está libre, aunque su presencia aquí suponga una grave amenaza que podría atenuarse con vuestra unión. Al menos, eso me concedería tiempo. ¡¿Es que no lo ves?! —De un tirón, se desembarazó de mi agarre. Nunca lo admitiría, pero se arrepentía de sus errores. Con mi madre, conmigo, incluso con el pobre Calem—. ¡Jacobo ha tardado demasiado en darnos su consentimiento para prestar juramento a Guillermo! Somos sus más firmes defensores, pero si no llego a tiempo para presentar nuestras credenciales, si me ocurriera algo…

—Yo seré el nuevo *laird* con una Campbell como esposa.

—No se atreverán a tocarla una vez hayamos demostrado de qué parte estamos. Habrás salvado a tu clan y, de paso, la vida de aquella a quien le debes la tuya. ¿Quieres imponerle condiciones a cambio de su seguridad? ¡Adelante, tú decides! ¿Intuyes que ella no aceptará? ¡No te preocupes, yo también! Pero confío en tu poder de persuasión, porque tengo ojos en la cara y muchos años a mis espaldas. Sé cuando una mujer te mira con algo más que mero interés, y esa hembra es uno de los mejores ejemplos que he visto en mi vida.

Me acababa de dejar sin argumentos. Mentir sería lo mismo que faltar a un honor que, de buenas a primeras, descubría como mío desde el día de mi nacimiento, pero no supe cómo oponerme. Por un lado, deseaba sentir la euforia que un hombre debería sentir al amar a

la mujer de su vida. Por otro, la necesidad de odiar para evitar volver a amar me mantenía ahogado, alzado en el medio de dos extremos mientras contemplaba el abismo que supondría la incapacidad de volver a sentir si cayera en él.

—Nunca te ha interesado esta guerra en la que todos, nos guste o no, estamos inmersos —continuó mi padre, mucho más seguro al verme vacilar.

—¡Nunca he considerado que tenga que ver conmigo! —exclamé, con la indignación saliéndome a borbotones—. ¡Ya que no podéis dominarme, pretendéis manejarme en beneficio de vuestros intereses! ¿De qué sirven las batallas libradas por tierras estériles?

—¡Nuestras tierras están llenas de vida!

—¡Pero las guerras nunca acaban!

—Acabarán. Si yo muero, ostentarás todo mi poder junto con todas mis obligaciones. Eres un *romanichal*, pero también un MacDonald. Haz honor a todas tus sangres. A esa gente que hace cinco años decidió seguirte, devastada, hasta mí. Recupera la lista para destruirla, junto con la mujer que amas, y recuperarás tu lugar.

—Ese es el precio que ponéis a vuestra protección. —Él no lo negó. Solo exhibió una sonrisa torcida, demasiado parecida a las mías, que me revolvió las tripas porque, para mi completa desgracia, llevaba mucha parte de razón—. Mi gente me enseñó que solo hay dos actitudes posibles frente al poder. La primera: apoderarse de él y utilizarlo. La segunda: sufrirlo.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuál eliges tú, Liam?

No quise pensarlo. Si me quedaba alguna duda al respecto, solo tuve que apreciar su gesto severo que me miraba con una frialdad casi humillante.

Pero yo ya no estaba por la labor de que nadie me humillara, mucho menos él.

—En interés de mi clan y del nombre que llevo, seguiré la primera —concluí, antes de darme media vuelta para abandonar aquel salón cuanto antes.

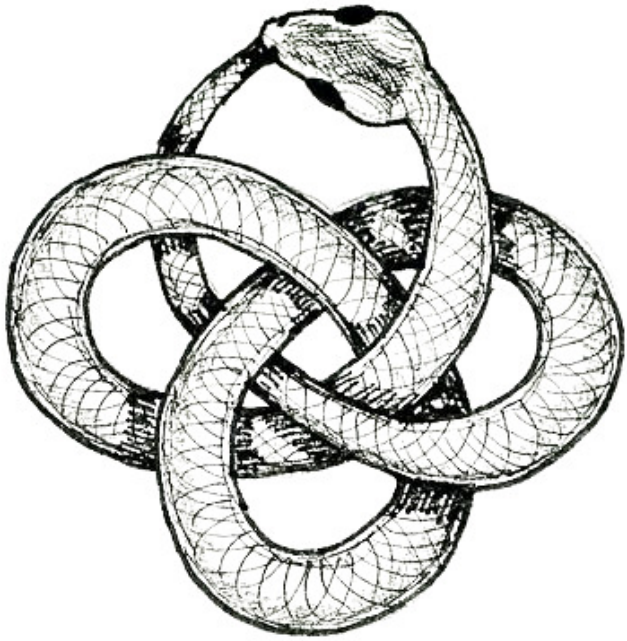
No podía quedarme más tiempo, ni siquiera para recibir su bendición, o su aceptación en el seno de una familia que siempre me había rechazado, en base a unos argumentos tan incomprensibles como falsos. Si lo hacía, corría el riesgo de renegar de todo lo que mi legitimidad acababa de ofrecerme. Necesitaba serenarme para afrontar a Kiara y todos sus secretos. Para asumir que, de un modo u otro, la había llevado en los huesos todo aquel tiempo, en forma de una emoción que había emergido como una poderosa ola, arrasándolo todo a su paso, con su reaparición.

Me había esmerado en mostrarme frío e indiferente, pero con ella nada era frío, ni indiferente. A pesar de las dudas acerca de sus

razones para dejarme, en lo más profundo de mi corazón, donde ya nada ni nadie conseguía afectarme, aún me sentía traicionado.

Y a pesar de eso, mi parte más íntima aún la veía como mía.

Mía para protegerla de sus propios actos, ya que no lo era, al menos de momento, para poseerla.



35. VIVIRÁS

Kiara

Connor dormía plácidamente en una de las dos habitaciones de la cabaña cuando Sorcha me informó de la muerte de Mael.

—Yo… —Por un momento me quedé sin habla, recordando mis momentos con aquel anciano de carácter irascible pero gran corazón —. Lo siento mucho. ¿Cuándo ocurrió y cómo?

—¿De veras me estás preguntando algo así? —Ella me miró con los ojos impregnados de una suspicacia que no comprendí—. En el ataque a Rannoch Moor, muchacha.

—¿Qué ataque?

De pronto, recordé. Liam había hablado de muerte, de dolor, de destrucción. Me había mostrado una cicatriz en su costado y me había convertido en la diana de su inquina. ¡Me culpaba por ese ataque al

campamento *romanichal*!

La cuchara repleta de gachas que Sorcha me había servido quedó a medio camino entre mi boca y la mesa. Incluso la silla sobre la que estaba sentada pareció tambalearse cuando lo comprendí.

De alguna forma, él había pasado todo aquel tiempo pensando que yo había tenido algo que ver en aquel desastre. Era más que probable que aquel fuera el origen de su odio hacia mí.

Dhia…

—No puedo creer que seas tan ignorante como aparentas —murmuró Sorcha.

—No tengo ningún motivo para mentir. Lo juro.

—Entonces… —Cruzó una mirada con Catriona, hasta que el gesto adusto de esta mudó a otro mucho más desconcertado cuando asintió—. Niña, aquella noche mi nieto llegó herido de gravedad y gritando que tú…

Todo intento por averiguar más quedó en nada cuando la puerta se abrió con fuerza, para dar paso a un Liam furioso que acribilló con una sola mirada al objeto de esa furia.

—Calla —ordenó a Sorcha—. ¡Eres la menos indicada para hablar de temas que solo me incumben a mí! Has estado guardando determinados secretos durante años. ¡Seguro que podrás seguir haciéndolo!

—¡Liam, no le hables así! —Catriona se irguió frente a él con las manos en jarras, pero al ver el abatimiento que nublaba aquellos extraordinarios ojos negros, terminó por sonreír y echarle los brazos al cuello—. No he esperado tanto tiempo para al final tener que abrazar a un hermano gruñón que ni siquiera me devuelve el abrazo. ¡Dame un beso! Te aseguro que esa mujer a la que no dejas de mirar con tanto interés no va a objetar nada al respecto, ¿verdad, milady?

Eran las primeras palabras amables que me dirigía, pero me vi incapaz de corresponder. Solo había escuchado una palabra, «hermano». Solo veía la expresión humilde con la que Liam me obsequiaba, dejando a la vista, por primera vez desde nuestro reencuentro, un esbozo del joven que me robó la virginidad, el corazón y el alma, para después arrojármelos a la cara.

Aunque era posible que tuviera sus razones y que yo aún no las hubiera escuchado.

Y eso comenzaba a escarbar en mi conciencia hasta doler.

—¿Sois… hermanos? —conseguí articular cuando salí de mi estupor.

—Soy la hija del *laird*, aunque me pase más tiempo aquí que en mi propia casa.

—Pero Sorcha dijo que vivías con ellos…

—Y vive. En Glencoe, con nosotros.

Así que era eso. Sus lazos con los MacDonald no se limitaban al *sgian dubh* que él me había regalado, y que había quedado en Kilchurn por culpa de nuestra precipitada huida.

—No robaste el puñal que me diste aquella noche, ¿verdad? —le pregunté.

—Cuando lo acepté de mi padre fue como si lo hubiera robado. Pero lo puse en tus manos para que contaras con un objeto de mi propiedad con el que acudir a mí en caso de necesitarlo…

Nunca lo hice. Porque, a pesar de que lo necesité hasta morir, me aferré a su traición para aplastar aquel sentimiento y sustituirlo por el odio que me empujó a seguir adelante sola.

—Nuestro padre se casó con mi madre años después de que la suya muriera —añadió Catriona.

—Mi madre fue su primera mujer, Cat. Acabo de descubrir que él se casó con ella. ¡Se casó porque la amaba, pero nos abandonó en manos de unos abuelos que jamás nos dijeron nada al respecto! —casi sollozó Liam, ocultando su rostro para ahogar un gemido cuando tomó asiento, antes de fulminar a Sorcha con una mirada implacable—. No sé si podré perdonarte algún día, vieja. Tantos sinsabores, tanto dolor por la muerte de Calem… ¡Esto! —gritó, enarbolando su mano metálica sin que ella sufriera el más mínimo sobresalto—. ¿No dices nada?

—¿Quieres que lo diga?

—¡Claro que sí! ¡Me debes una vida de explicaciones, y por lo que veo, el muchacho no está presente para escuchar todo lo que pienso de ti!

—Qué considerado… Llenó el estómago y está durmiendo como un bendito en mi dormitorio, aunque no es sordo. Modera tu tono mientras reúnes el valor para disculparte conmigo cuando te explique que nuestro silencio fue por un bien mucho más alto que tus orígenes, que nuestro modo de vida e incluso que las órdenes de tu padre, secundadas por Mael.

—¡¿Cuál?!

—Tu hermano. Tú. ¿Qué crees que hubiera ocurrido con vosotros si los enemigos de los MacDonald de Glencoe hubieran sabido los lazos que os unían al *laird*? ¡Sería más que probable que estuvieras haciendo compañía a Calem en lugar de aquí, maldiciendo por haberte convertido en su único heredero varón! Tanto Mael como yo te hemos educado como a un hombre de bien. ¡Todas las tropelías que has cometido fueron por una buena causa, admítelo! —El silencio fue suficiente respuesta, puesto que su furia pareció aplacarse—. Hicimos de ti un joven alegre aunque firme, astuto aunque fiero, pero ante todo, noble y responsable. ¡Ahora ha llegado el momento de que demuestres todo eso y más! A pesar de que la amargura se ha cebado

contigo demasiado tiempo, ¡tienes la oportunidad de cambiarlo!

Y ese cambio vendría conmigo. La mirada concluyente que Sorcha me dirigió me hizo temblar de pies a cabeza ante la realidad de mi situación. Prisionera de los MacDonald, tal y como había sucedido con Isobel, pero sin poder interceder por ella ante el peligro de empeorar mi estancia allí. Con mi vida y la de mi hijo pendientes de la decisión de un hombre tan orgulloso como el que tenía delante, y que eludía mi mirada como si se avergonzara del mensaje que llevaba.

—Me entregarás al *laird*, ¿verdad? —aventuré con el corazón en un puño.

—He estado hablando con él. De ti.

—¿Qué le has contado exactamente?

—Ahora no debes preocuparte por eso, sino por las condiciones.

—¿Condiciones?

Él me observó largo rato y alargó una mano para apartarme un mechón de cabello de la mejilla, de modo que sus dedos se demoraron más tiempo del necesario sobre mi piel. No había ni rastro de la animosidad con la que había pretendido castigarme cada vez que nuestras miradas se encontraban. Su rostro no exhibía emoción alguna, pero sus ojos… *Dhia*! Parecían hablarme, gritarme, conmoverme hasta el tuétano, mientras yo cedía a la reconfortante sensación de aquellas ásperas yemas en contacto con mi piel. Por un momento cerré los ojos y me trasladé cinco años atrás, junto a un Liam risueño y bromista, encantador e intenso. Tanto como humilde.

Porque era humildad lo que había visto en su expresión. Gratitud, aunque no pronunciara una sola palabra. Era esa emoción que hacía aletear mi pecho, que me comprimía el estómago y que casi me empujaba a abrazarlo para terminar con la distancia que nos separaba.

—Hay una condición para que conserves la vida —concluyó con su voz profunda.

Mi asombro no conoció límites. ¿Me permitiría conservar la vida?

—Pero yo creía que...

—Vivirás. Al menos por un tiempo. Y aquí, en el valle. Pero a la menor sospecha de que te buscan, tendrás que marcharte. ¿Lo entiendes?

—Creo que… sí. ¿Te refieres a vivir aquí? ¿Con los MacDonald? ¿Por un tiempo indefinido? —Liam parecía tan atormentado cuando asintió que me arrepentí de sentir el alivio que sentí—. Pero todos me conocen. Saben… lo que hice. Soy una Campbell. Su enemiga.

—Dejarás de serlo en cuanto te cases conmigo.

Hasta mi sangre se detuvo cuando lo escuché. Porque no lo había oído bien, eso seguro. No había más que ver su cara, roja como la grana. O escuchar su incómodo carraspeo, o apreciar su mirada huidiza y mortificada.

—Me estás mintiendo, ¿verdad? En realidad, no quieres contarme el arreglo al que has llegado con el *laird* respecto a Connor y a mí y…

—Es cierto, Kiara. Créeme, me gusta tan poco como a ti, pero no tengo alternativa.

—¡No es posible! —Me arrepentí en el acto de haberme levantado de un salto, con tanto ímpetu que la silla terminó en el suelo, ¡pero es que sonaba demasiado absurdo! Demasiado… anhelante. Porque lo que yo había deseado hacía cinco años, podría llevarse a cabo por una decisión de terceros. Una decisión que lo llenaba de tal angustia que él también se levantó, con un aire derrotado que me caló en los huesos mucho más que el frío de la noche—. Liam, por favor, escúchame. Sé que mi presencia aquí supone un peligro para vosotros, ¡pero yo no pedí venir!

—No. Yo te traje por orden de mi padre. Él me pidió al asesino del de Glenorchy para restaurar mi honor. El destino quiso que ese asesino fueras tú. Y que, más tarde, me salvaras la vida.

—Si lo haces por agradecimiento…

—Lo hago por lealtad hacia mi gente. Por un instinto de protección hacia los míos. Porque es mi deber como sucesor del *laird*, ahora que sé que mi padre ha de partir a resolver asuntos urgentes e importantes. Y porque… *Dhia*! —farfulló entre dientes, antes de ponerse de rodillas delante de mí, con la cabeza gacha y sosteniendo mi mano con la suya—. Kiara, no puedo ni debo obligarte a hacerlo. Encontraré la manera de disuadir al *laird* de semejante disparate si no estás de acuerdo, pero antes quiero recordar tu sentido de la responsabilidad. La antigua Kiara lo tenía a raudales. —Al fin elevó sus ojos hasta encontrarse con los míos. Hasta meterse en ellos y llegar a mi mismo corazón—. Ni Glencoe, ni sus moradores, ni los *romanichals,* tienen la culpa de nuestros actos. Y sin embargo, todos pueden pagar por una decisión equivocada.

Me atrapó apelando a todo lo vivido, a todo lo ganado y perdido entre nosotros. Un ápice de confianza, eso era lo que me estaba pidiendo; la necesaria para unirnos en matrimonio hasta el fin de los días. Sin subterfugios, sin falsedades, dejándome atisbar al antiguo Liam que se escondía tras ese cuerpo imperturbable e imponente.

Contuve la respiración cuando comprendí que aquel joven no había desaparecido, sino que solo se hallaba escondido, esperando el momento adecuado para salir poco a poco. Nuestra boda podría propiciar esa aparición, además de ascender varios escalones en la escala social. Pasaría a ser la esposa del hijo del *laird*. Si para entonces Isobel seguía presa, podría airear a los cuatro vientos que era mi hermana sin peligro de perder la cabeza por ello. Pero algo dentro de mí seguía advirtiéndome. Mis instintos acechaban para gritarme que no me entregara a él por completo, que protegiera de él mis secretos

más profundos…

—No me aceptarán —objeté, con tan poca convicción que esbozó una media sonrisa canalla, devastadora y llena de esperanza, mientras se ponía en pie sin soltar mis manos—. Soy una Campbell. Eso les bastará para rechazarme. Lo he visto mientras venía hacia aquí.

—Tenemos dos semanas hasta la boda. Tiempo suficiente para cambiar ese pequeño detalle.

—Querida, aunque son los hombres los que hacen la guerra, en casa son las mujeres las que mandan. —Catriona se adelantó con una expresión de auténtico deleite—. Si convences a una mujer, habrás convencido a su marido. Liam, déjame esa tarea a mí, y te aseguro que dentro de catorce días, tu futura esposa será una más. ¿Puedo ser la primera en felicitarte?

—No lo sé. Kiara, ¿puede?

Había tanto anhelo en sus ojos cuando aguardó mi respuesta, tanta expectación en Catriona y Sorcha, que todas las razones que tiraban en contra de un sí flaquearon a favor de aquel revoloteo que anidó en mi estómago y cabalgó por mis venas hasta henchir mi corazón.

No lo conocía. En realidad, era posible que nunca lo hubiera conocido. Y sin embargo, algo en mi interior me decía que Liam nunca habría actuado a la ligera. Que sus sentimientos con respecto a mí tenían un motivo, al menos, tan fuerte como el mío.

¿Debía permitirle y permitirme un acercamiento para descubrirlo?

—Una tregua. Eso es lo que pido a cambio.

—Explícate.

—Quiero un pequeño acercamiento. Si vamos a ser marido y mujer, es de lógica que terminemos por aclarar ciertos asuntos de importancia capital entre nosotros. Para bien… O para mal.

No fueron necesarias más explicaciones. Liam comprendió a qué me refería. Frunció el ceño, considerándolo, hasta que finalmente asintió.

—Lo tendrás, aunque no podré decirte cómo, ni cuándo o dónde —replicó.

—Antes has mencionado mi sentido de responsabilidad, y yo me aferro a él para aceptar tu propuesta. Por los habitantes de Glencoe, independientemente de su apellido, por los *romanichals* que, al parecer, tanto han sufrido en este tiempo, pero sobre todo, por Connor y por mí.

Un «por nosotros» pareció flotar en el ambiente en un instante de desconcierto y duda. Liam abrió la boca, pero volvió a cerrarla para estirar los labios en una sonrisa de dientes blancos que lo transformó por completo. Iluminó la estancia más que las velas, y me caldeó

mucho más que el fuego. Acarició mis dedos, concentrado en mis labios, y asintió con energía.

—No te arrepentirás. Cat, vámonos ya. Descansa, *fiosaiche* —añadió, depositando un suave beso en mi frente que me supo a muy poco—. Mañana a primera hora pasaré a buscarte.

—¿Para qué?

—Para comenzar a parecerte a una verdadera MacDonald —respondió con una luz danzarina en sus pupilas negras—. ¿Para qué si no?

Para enterrar las desavenencias entre nuestros dos clanes, que habían marcado nuestras vidas durante generaciones, estuve a punto de responder. Pero, sobre todo, para poner las nuestras sobre la mesa y dar un paso definitivo en alguna dirección.

36. ENAMORADO…

Kiara

Liam se presentó a buscarme a primera hora de la mañana.

Se había aseado, recogido el cabello en una coleta baja y recortado la barba como yo le había sugerido en una ocasión, recordé al ver su expresión, mucho más distendida que la de la otra noche. Mucho más cálida, incluso acogedora, mientras me observaba con detalle. Tenía un aspecto potente y viril que despertaba un inquietante e incontrolable hormigueo en cada parte de mi persona, como si estas tuvieran vida propia y no atendiesen las razones de mi cabeza.

—Espero que hayas descansado, porque vas a necesitarlo —fue su saludo, antes de sonreír a Connor, que tiraba de los pliegues de su tartán con insistencia—. Muchacho, deberías aprender a ser más paciente cuando los adultos están hablando.

—No estáis hablando con *màthair*. Solo la miráis, y la miráis, y…

—Dado que se va a convertir en mi esposa, tengo todo el derecho del mundo.

Connor abrió unos ojos como platos.

—¿Vais a casaros con ella? ¿Voy a tener otro padre? ¿Uno que la va a querer y a cuidar?

—Connor, mi vida, Liam tiene prisa y lo estás entreteniendo —lo interrumpí antes de que dijera algo que ninguno deseaba escuchar.

—Tenemos prisa. Tu madre va a limpiar los establos.

—¡¿Qué?! ¡Nadie me advirtió de que debería recoger estiércol!

—Te lo advertí yo. Anoche. Cuando parecías tan deseosa de ser aceptada por el valle al completo. —Su sonrisa se volvió perversa—. He pensado que podrías empezar por aligerar el peso de los mozos de cuadras. ¿O es que no lo consideras una tarea digna de la esposa de un futuro *laird*?

—Tan digna como ese cargo al que aludes con tan poco entusiasmo. Es solo que…

—*Màthair* nunca limpió estiércol cuando vivíamos en Kitchurn. —Connor contenía la risa.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo —intervino Sorcha con una áspera carcajada, antes de abrirnos la puerta—. Adelante, marchaos ya. Yo tengo mucho que hacer aquí y, por lo que veo, a lady Kiara le van a sobrar las obligaciones.

—¿Y yo? ¿Qué voy a hacer?

Liam fingió pensar mientras mi hijo aguardaba impaciente la respuesta.

—Tam me ha dicho que te gustan mucho los caballos. ¿Es cierto? —Él asintió con tanto entusiasmo que todos sonreímos—. Mientras tu madre se ejercita con la pala en los establos, puedes acompañarme al prado. Debo domar un par de ejemplares jóvenes…

—¿Así me haré mayor más rápido para que me contéis la historia de vuestra piedra?

—Humm… Es posible, sí. Incluso sería posible que te la contara mientras aprendes a hacerlo.

—¿Conseguiste tener una yeguada propia? —pregunté, boquiabierta.

—No es muy grande, pero crecerá con el tiempo. ¿Connor puede acompañarme?

—¿Puedo, puedo, puedo?

No me sobresaltó el entusiasmo con el que mi hijo ponía su mejor cara de angelito para conseguir mi permiso, sino la expresión del hombre que me lo había pedido.

Me lo había pedido, me repetí. No impuesto, ni amenazado. Y su mirada parecía tan limpia que no quise indagar en segundas

intenciones. Preferí seguir las indicaciones de mi instinto maternal que me decía que, si Connor confiaba en que Liam no le haría ningún daño, yo podría imitarlo.

—De… acuerdo —murmuré.

—Gracias, *fiosaiche*.

Su sonrisa se extendió al resto de su cara cuando, con una reverencia exagerada, me cedió el paso para después situarse a mi lado. Caminaba rápido, pero pude fijarme en él. El bronceado de su rostro le confería un atractivo rudo, como una gema sin tallar. Representaba el poder que durante tiempo ejerció sobre mí y que ahora amenazaba con dominarme hasta el punto de vaciar mi cabeza de todos los argumentos que debería esgrimir en su contra. Porque muy a mi pesar, se había convertido en un hombre magnífico. Con sus músculos derrochando fuerza, potencia y una elegancia que exhibía en cada paso que daba. Me quedé completamente fascinada, observando su manera de recoger el estiércol como si en realidad me mostrara aquello que escondía su alma.

—Cualquiera de tus hombres puede servirte para esto —me quejé —. Catriona dijo…

—Ya sé lo que dijo, pero eres tú quien debe hacerlo. Según el *laird*, pagarás nuestra generosidad de ese modo.

—¿Y por qué no me lo dice él en persona? ¿Es que me tiene miedo?

—Ya te lo expliqué —repuso con un resoplido de impaciencia—. Está preparando el viaje que emprenderá en cuanto nos casemos.

—De todos modos, ignoraba que hubiera que contribuir con algún trabajo a vuestra generosidad, después de haber aceptado ese matrimonio…

Liam tomó mi muñeca y colocó mi mano sobre el mango de la pala con rudeza. Yo miré sus dedos. Un escalofrío me recorrió entera cuando rememoré su tacto mientras me acariciaba. Mientras jugueteaba con mis pezones y sostenía mis pechos en aquella mano áspera. La sensación fue tan vívida que tuve que contener un jadeo cuando me pareció tener sus yemas en ese mismo instante recorriendo mis partes más íntimas hasta lograr una entrega total y absoluta.

Dhia, ¿qué me estaba ocurriendo? No podía permanecer cerca de él sin desear que me tocase, y cuando me tocaba, deseaba que…

No. ¡No, no! Por mucho que hubiera aceptado el matrimonio, debía seguir manteniendo mi propia barrera para protegerme de él, de modo que me concentré en su barba morena y en las arrugas que adornaban el extremo de sus ojos con un añadido de dureza.

Ahí estaban. Las huellas de su sufrimiento. Y si de algo entendía yo, era del dolor que provocaban las pérdidas de seres queridos. Pero que sintiera empatía no quería decir que le permitiera exhibir su

poder a mi costa.

—Insisto. Te quiero a ti, no a ninguno de los mozos de cuadras —me dijo, en un tono mucho más bajo e inflexible—. Espero que tu mente despierta te permita aceptar la razón.

—Seguro que bromeas... —Liam respondió con una simple mirada que lo dijo todo—. ¿No es una broma? —Ante su silencio, sentí cómo las mejillas se me teñían de pura indignación—. ¡Esto es... es...! ¿Podrías reconocer al menos que pretendes humillarme?

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

—Pues... porque... Bah, olvídalo. —Me mordí el labio con fuerza y le di la espalda, pero Liam me sujetó por el brazo.

—Habla.

—Liam… Creo que tienes una idea equivocada de mí.

—Me parece que no. Mi esposa debe ser aceptada por el clan, pero antes debe serlo por mí.

—¿Y para ello has planeado utilizarme de alfombra?

O ni siquiera de eso, pensé. La posibilidad dolió más de lo que quería reconocer. Y el hecho de que pudiera herirme con tanta facilidad me enfureció, aunque parte de mi enfado desapareció cuando él me soltó, lanzó un suspiro que debió oírse en todo el valle y guiñó un ojo a Connor cuando vio que este nos sonreía.

—Kiara, le prometí a mi padre que te daría una oportunidad en Glencoe, y esta es la mejor forma de garantizarlo. He mantenido mi palabra —afirmó con rotundidad.

Dicho lo cual se alejó, seguro de que Connor lo seguiría, como así fue.

Esa arrogante seguridad hizo mella en mi orgullo y lo transformó en un ramalazo de ira. ¡Él estaba tan convencido de su victoria que ni siquiera dudaba de que obedecería su orden!

—¡Está bien! ¡Lo haré, aunque termine medio muerta! —Se volvió con una ceja alzada y la boca ladeada, pero un arranque de cólera me dio la fuerza para tomar los excrementos con la pala y amenazar con arrojárselo—. ¡Aunque no te daré el gusto de que lo veas, *romanichal*! ¡Márchate si quieres ver los establos limpios!

—¿En serio me estás amenazando?

Dio un temerario paso en mi dirección, pero yo elevé la pala y él se detuvo, con una media sonrisa que me disparó el pulso y un brillo juguetón en sus ojos que me atrapó.

—¡Vete! ¡Lo digo en serio! —insistí, avanzando yo también, hasta que solo quedó un paso entre él y la pala—. Si no me dejas en paz te lo echaré encima.

—No te atreverás.

—No deberías desafiar a alguien que no tiene nada que perder.

—¿Y si la otra parte también lo ha perdido todo?

Aquel extraño momento de complicidad y conexión que nos había envuelto desapareció en cuanto tomó la pala para dejarla en el suelo y enroscó un brazo alrededor de mi cintura para acercarme a él. Despacio, pero de forma inexorable, sus facciones pasaron de ser risueñas a gélidas, aunque su mirada contenía la pasión de los años que habíamos permanecido separados.

—¿Lo has perdido todo? —murmuré, instándole a que siguiera hablando. A que me susurrara, me gritara, o incluso me escupiera a la cara aquello que lo martirizaba y por lo que me culpaba.

—Podría recuperar una pequeña parte, si el destino me fuera favorable —replicó, haciendo que sus ojos descendieran hasta posarse en mis labios.

—No sé qué buscas en mí, o en ese destino.

—Sí lo sabes. Soy un ladrón, ¿recuerdas? —Deslizó un dedo por la comisura de mi boca hasta que todas mis terminaciones nerviosas temblaron de expectación y de anhelo. Iba a besarme. Y yo quería que me besara—. Me gusta tomar lo que es mío sin esperar a que me lo ofrezcan.

—Yo no soy…

—Sí lo eres, Kiara. Al completo.

Había vuelto a utilizar mi nombre con una cadencia íntima que me hizo contener el aliento, pero de pronto se apartó y suspiró.

—Yo de ti me daría prisa en terminar con el estiércol —advirtió con voz triste y expresión sombría—. Creo que mi hermana vendrá a buscarte antes de la comida.

Sin más desapareció, dejándome frustrada, contrariada y a punto de ir tras él para exigirle explicaciones. O ya puestos, para seguir labrando el camino hacia ese corazón que había sentido latir contra el mío.

Catriona apareció cuando me sentía envuelta en el hedor a estiércol, tan sucia y cansada que estuve a punto de suplicarle un baño antes de acompañarla a donde quiera que me llevara, pero ella se negó en redondo.

—Ofreces el aspecto idóneo para que las mujeres comprendan mucho mejor y más rápido lo que te propones con la boda —sentenció, aparcando de forma tácita nuestro trato formal.

—¿Y tú? ¿Qué opinas de lo que me propongo? ¿Lo comprendes?

Me sorprendí de mi propia osadía al plantearle aquellas preguntas de una forma tan directa, pero enseguida comprendí que había hecho lo correcto. Catriona parecía tan directa y sincera como yo cuando las consideró, evaluándome con sus ojos entornados y sus manos ancladas en las caderas, para terminar con una amplia sonrisa sin artificios que me hizo sentir muy cerca de lo que algún día había considerado un hogar donde ser aceptada.

—Mi hermano está luchando contra ti como nunca ha hecho con una mujer. Aun así, te ha propuesto matrimonio —explicó—. No sé qué es eso que os traéis entre manos, pero está claro que en el pasado hubo algo que os unió, lo bastante fuerte como para sobrevivir a esa rabia que os demostráis mutuamente cada vez que cruzáis alguna palabra. Tengo ojos en la cara. Y veo que aquello que habéis pretendido enterrar pervive, de modo que, ¿quién soy yo para juzgarte?

—La hermana de Liam, la hija del *laird*, mi futura hermana…

—Kiara, todos tenemos secretos. —Su expresión risueña desapareció cuando posó una reconfortante mano sobre mi hombro, sin tener en cuenta la suciedad—. Los MacDonald somos desconfiados

por naturaleza, mucho más si enfrente tenemos a un Campbell, por mucho que hayas asesinado a alguien que, además de ser tu esposo, representaba a uno de nuestros peores enemigos. Si quieres que te diga la verdad, no te veo como una asesina, sino más bien como una mujer que tuvo motivos de sobra para acabar con la vida de su marido. Pero solo puedo hablar por mí. De la confianza del resto deberás encargarte tú, y tienes dos semanas hasta la boda, ¡así que vamos!

—¿A dónde?

—A fieltrar la lana. Es la mayor reunión de mujeres que puedo ofrecerte. —Me hizo una seña para que la siguiera y abandonamos los establos con pasos enérgicos—. Te aseguro que están deseando verte, pero tranquila. De momento, tienen prohibido descuartizar a ningún Campbell.

Aunque ganas no les faltaban. No tuve más que atravesar las puertas para que los cánticos y las risas de aquella enorme estancia cesaran. Al menos doce pares de ojos, entre los que se encontraban los de Lilly, se clavaron en mi persona con la misma expresión huraña que había padecido desde que había pisado Glencoe, pero Catriona no pareció darle mayor importancia y pasó uno de sus brazos por mis hombros, en señal de su aceptación.

—Chicas, os presento a Kiara Campbell de Glenorchy, viuda de Hugh Campbell de Glenorchy y futura esposa del heredero de nuestro *laird*. Porque supongo que ya estaréis al tanto de la aceptación de mi hermano Liam por parte de nuestro padre como su único hijo varón legítimo, ¿verdad? —un murmullo indeciso fue su respuesta—. ¡Bien! Entonces, sigamos con lo que estábamos haciendo. Kiara puede parecer muy callada y tímida, pero os aseguro que tiene más arrestos que muchos de los hombres que conocemos. ¡Incluidos los nuestros!

—Cat, tú no puedes hablar de tu hombre —señaló la que estaba sentada a su derecha, pelirroja y con los ojos claros—. Todavía no tienes ninguno.

—*Och*! Si me fío de mi padre o de mi hermano, ¡nunca tendré ninguno lo bastante bueno para ellos! —exclamó, fingiendo un fastidio que despertó alguna que otra carcajada.

—¡Pero Tam es el mejor amigo de Liam! ¡Y bebe los vientos por ti! —señaló Lilly.

—Igual que tú por él, no disimules —añadió otra, haciendo bailar sus cejas hasta que las carcajadas se repitieron.

—Bueno… ¡Eso no es de vuestra incumbencia! ¡Parecéis gallinas cacareando, en lugar de mujeres trabajando! —Quiso parecer severa, pero el resto no se amilanó, sino que continuaron con sus cantarinas risas mientras ella me señalaba la lana—. Vamos a apretar los hilos y evitar agujeros, Kiara. De ese modo, conseguiremos que la tela sea

fuerte y resistente para este invierno que ya estamos empezando a padecer.

—Sé lo que es fieltrar, Catriona. No es la primera vez que ayudo. Que sea la hija de un *laird* no significa que me comporte como una niña consentida.

La muchacha pelirroja alzó una ceja con escepticismo.

—No es eso lo que Liam dice de ti —apreció.

—¿Y tú cuándo has hablado con Liam, Marion?

—Bueno, yo no he hablado con él… —Sus pecas se acentuaron por el rubor cuando bajó los ojos, avergonzada—. Pero Lachlan sí. Anoche, cuando el *laird* nos puso al corriente de los cambios.

—Pues dile al metomentodo de tu marido que cuide su lengua cuando no conoce a la persona de la que habla —replicó Catriona con aspereza y una mirada de advertencia que la otra desoyó.

—Es una Campbell.

—Que viajaba con una mujer que atentó contra la vida de Liam —apuntó otra.

—La esposa del de Glenorchy…

—Que está muerto. Por su mano —aseguró otra, fulminándome con la mirada de sus ojos oscuros—. Además, viene sucia, con sus aires de reina destronada que huele fatal.

Catriona frunció el ceño y abrió la boca dispuesta a defenderme, pero la detuve posando una mano en su brazo.

Yo libraría mis propias batallas si quería ganarme su confianza. Y era necesario ganármela, por mi seguridad y la de mi hijo. Por nuestra propia vida.

—Nunca fui una reina, mucho menos destronada. Quien os informó de algunos detalles de mi vida, hubiera debido hacerlo de todos para que pudierais opinar. Así, podríais saber que la muchacha que estuvo a punto de matar a vuestro adorado Liam no lo consiguió gracias a mí. —un silencio sepulcral se fue extendiendo por la estancia. Seguían mirándome con encono, pero al menos no me replicaban—. Se llama Isobel, y es una de las mejores personas que conozco.

—Entonces, ¿por qué quiso matarlo?

—Buena pregunta, cuya respuesta pienso averiguar. En cuanto a mi suciedad y mi olor, son producto del trabajo duro en el establo que llevo realizando desde el alba. Liam no tiene ni idea de quién soy, pero espero que lo aprenda pronto. Aunque solo sea para que termine tragándose sus palabras —concluí, con tanta firmeza como pude atesorar y el aplomo suficiente como para comenzar mi tarea, como si mi afirmación no hubiera tenido la menor importancia.

No esperé a ver su reacción. Con mi furia y mi amargura tenía suficiente. Las abandoné lo justo para lavarme las manos, los brazos y

la cara, y regresar con una jarra de agua humeante que apliqué a toda la tela, provocando un vapor espeso y un olor acre. Después, agarré la tela ardiente con ambas manos y comencé a golpearla en la tabla de madera, en un ritmo perfecto que las demás mujeres no tardaron en seguir.

—¿Veis? Ya no huele a estiércol —escuché afirmar a Catriona con contundencia.

Cuando me atreví a levantar la vista de mi tarea, vi su expresión de orgullo por lo que acababa de escuchar, en contraposición con el asombro que todavía teñía los rostros de las mujeres, a pesar de no haber parado de trabajar.

Cat asintió con una sonrisa, y yo le correspondí sin perder la cadencia.

Acababa de darme cuenta de que ellas la seguían por inercia, pero también por un inicio de tímida aceptación y un aleteo de complicidad promovido por Catriona cuando comenzó a hablar de cómo había transcurrido su día para terminar hablando, otra vez, de hombres.

—¿Qué tal te va con Tam? —le preguntó la tal Marion con un brillo malicioso en sus ojos.

—Creo que eres demasiado joven para escucharlo, chica —le respondió mi futura cuñada—. Aunque estás casada, y eso te otorga puntos…

—Los mismos que no deberías tener tú. Estás soltera. ¡Se supone que deberías ser una muchacha inocente en todo lo que acontece entre un hombre y una mujer!

—Y lo soy. ¿Por quién me tomáis? —Se colocó una mano en el pecho y fingió ofenderse, pero las risas del resto la terminaron contagiando.

—Así que el bueno de Tam y tú estáis… ¿Juntos? —aventuré, deseando compartir aquel momento distendido con ellas, y rezando para que siguieran compartiendo sus confidencias a pesar de mi presencia.

—Algo así —me respondió ella, con un rubor tan delicado que desmentía su desvergüenza total en lo referente a ciertos temas—. Mi padre no está de acuerdo con lo nuestro, ¿sabes? Tam no posee tierras, pero ahora que mi hermano está enamorado y ha aceptado ser su sucesor, espero que logre convencerlo de que ocupe el lugar de Liam como su lugarteniente.

—¿Enamorado? Estoy segura de que lo que nos va a unir no es amor.

—¿Y de dónde viene tanta seguridad, si puede saberse?

Varias cabezas se giraron en mi dirección. Y aunque el ambiente era mucho más distendido que al principio, la prudencia me hizo callarme la respuesta.

—Ejem… Tenías razón cuando dijiste que nos conocíamos de antes. Pero la brecha entre nosotros se ha agrandado tanto con el tiempo, que me parece imposible que se vuelva a cerrar.

—Habéis dado el primer paso. —respondió Catriona con una sonrisa demasiado parecida a la de su hermano—. Por lo demás, no deberías poner ese punto final con tanta rapidez, Kiara. Creo que el amor no tiene principio ni fin. Una vez que comienza a través de la pasión más profunda, como me parece que es vuestro caso, no puede detenerse. ¿Te ha llevado a la cama?

—¡¡¡Catriona!!!

—Cat para ti, igual que para ellas —añadió, señalando a todas las que reían a mandíbula batiente por su osada pregunta y por mi reacción. Hubiera jurado que se regocijaban de ver cómo las mejillas me ardían, pero eso no pareció incomodar a mi anfitriona. Hizo bailar sus cejas y sacudió su preciosa melena negra—. Cuando lo haga, si no lo ha hecho ya, seguirás esas sensaciones hasta llegar a la misma raíz de ese amor que te empeñas en desechar como si ya no existiera. Solo así sabrás que aún permanece ahí, a la espera.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Cat hizo un rápido recorrido visual por la estancia. El silencio expectante nos envolvía, pero el resto de mujeres ya no me crucificaban con él, sino que, aunque con muchísimas reticencias, comenzaban a incluirme en su círculo. A hacerme partícipe de sus confidencias. Incluso sus expresiones se tornaron más suaves, menos críticas.

—Porque llevo demasiado tiempo experimentándolo —me confesó, con un deje de tristeza—. Desde que Tam llegó a Glencoe, he tenido que pelear con demasiados fantasmas. Primero, el de su prometida muerta. Después le tocó el turno al ataque de Rannoch Moor, que sumado al que sufrió mi hermano y que a punto estuvo de costarle la vida, copó toda la atención de Tam.

—Y del resto —añadió Lilly—. Todo por culpa de un Campbell…

—Pero Kiara salvó la vida de Liam pocos días antes de llegar a Glencoe. Y por si eso fuera poco, Sorcha la ha aceptado, al igual que nuestro *laird* y el propio Liam. ¡Incluso está trabajando como una de nosotras! ¿No son motivos suficientes para que, al menos, le demos una oportunidad?

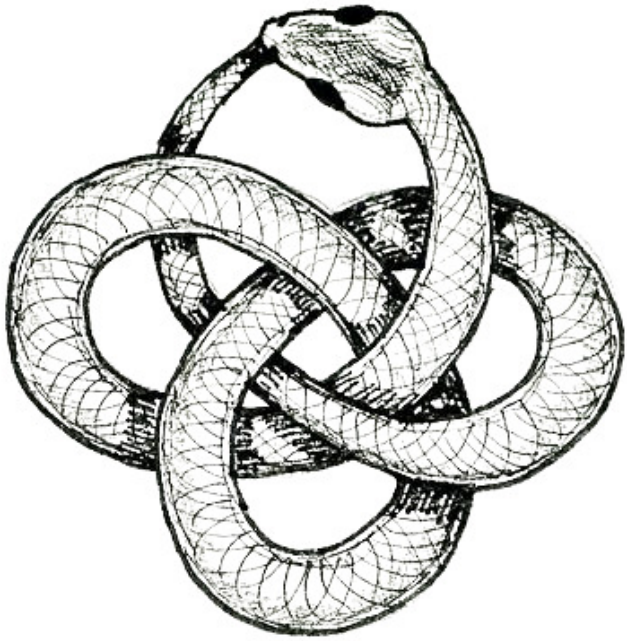
Varias cabezas se movieron afirmativamente. Con reservas, hasta que otras las acompañaron.

Y mi corazón saltó de esperanza.

Porque deseaba ser aceptada, por encima de los intereses que me empujaban a buscar esa aceptación. Necesitaba saber que aquellas gentes que me acogían estarían seguras, que nada malo les ocurriría por mi culpa.

Necesitaba creer en la palabra que Catriona había pronunciado con tanta convicción refiriéndose a Liam.

Enamorado…



37. LA BODA

Kiara

Nunca pensé que podría contemplar mi boda con expectación, pero así era.

Pasado el primer día de trabajo, el resto transcurrió como una balsa de aceite que se mecía de una orilla a otra donde, supuestamente, se hallaría mi futuro marido. Con la salvedad de que el marido en cuestión desapareció durante los días que faltaban para el acontecimiento, aduciendo millones de responsabilidades en las que ni siquiera incluyó a Connor, para desilusión total de mi hijo, que enseguida encontró sustituto en Tam. Él y Catriona lo tomaron como excusa para pasar más tiempo juntos, y yo no se lo impedí. Si alguien merecía ser feliz eran ellos. Desde que los vi juntos por primera vez, supe que eran el uno para el otro. La ternura e inmensa bondad de

Tam atemperaban el fogoso carácter de Catriona.

Y ella terminaría por sanar su corazón.

Ahora bien, ¿quién sanaría el mío?

Mi hermana permanecía presa y ni siquiera podía acercarme a ella. Liam me eludía deliberadamente, pero yo tampoco hacía gran cosa para que tomara una decisión diferente. Me limitaba a aceptar a aquellos integrantes del clan que deseaban relacionarse conmigo, y entre los que no estaba el *laird*. Este, al igual que su escurridizo hijo, no se dejaban ver con tanta facilidad, pero yo sospechaba que el hecho de pasearme por el valle con Bavol como escolta tenía mucho que ver con ellos.

—Me gustaría visitar a Isobel —le propuse un día—. Necesito saber si se encuentra bien.

—Se encuentra bien, milady. El *laird* nunca ejecutaría a una mujer culpable de intento de asesinato horas antes de la boda de su único hijo varón.

—Lo dices con orgullo…

—Es que es un orgullo que Liam ostente ese cargo, milady.

—Hablo de la ejecución, pedazo de alcornoque —musité en voz baja. No quería que Bavol me oyera pues sabía que cumplía órdenes, pero tampoco podía evitar sentirme furiosa e impotente—. ¿Es que vas a convertirte en mi sombra?

—Así lo quiere Liam. Al menos hasta que os convirtáis en su esposa, mil…

—Sí, ya sé. «Milady».

Después él mismo se encargaría. No hizo falta que lo dijera.

Era algo tan inevitable como la propia boda. Y yo había accedido de buen grado.

Sin embargo, los nervios comenzaron a dominarme aquella fría mañana en la que el enlace debería llevarse a cabo. No había permanecido ajena a los preparativos para la celebración. El banquete, la decoración de la pequeña ermita y mi vestido, claro.

—*Och*! Desde el momento en que te vi pensé que eras una mujer hermosa, pero ahora estás espectacular, Kiara. Deslumbrante…

Catriona y Sorcha me miraban satisfechas, casi diría que embobadas, igual que Connor, que solo era capaz de abrir la boca tanto como los ojos.

—Caramba, *màthair*, estáis preciosa… —murmuró.

—¿Caramba? ¿Quién te ha enseñado a hablar así?

—Liam dice que no es una palabrota.

—Liam no sabe nada acerca de los niños, así que su opinión no cuenta.

—Pero sabrá. —Sorcha se acercó a mí con una mirada de complicidad que me sacudió por dentro, y una sonrisa que se amplió

cuando tocó la cascada de rizos castaños que colgaban sobre mi hombro derecho, producto de un intrincado peinado que Catriona se había empeñado en hacer personalmente—. Vuestras piedras refulgirán hoy, chiquilla. A través de la inesperada desgracia, vuestras almas permanecerán juntas y vuestros cuerpos se unirán.

—No hablemos de cuerpos unidos, Sorcha…

—Liam y tú habéis pasado los últimos cinco años pensando en el otro.

—Para odiarnos.

—Pero no os habéis olvidado. Y ese odio que habéis construido se desmorona a pasos agigantados. Hasta una vieja como yo puede verlo.

—Si tanto eres capaz de ver, ¿por qué no me dices cómo me irá en mi matrimonio?

Sorcha se tomó su tiempo en contestar. Admiró sin disimulo mi vestido color marfil, con perlas en las mangas y en los pliegues de la amplia falda, que parecía más estilizada gracias a la faja de tartán que llevaba anudada a mi cintura, y observó con más detenimiento mi escote cuadrado, que dejaba a la vista el nacimiento de mis pechos, con el ceño fruncido.

Yo contuve la respiración. Por un momento, creí que había descubierto mi secreto, que lo haría público delante de Catriona, pero finalmente desvió su atención para centrarla en mi cara y se encogió de hombros.

—Tú eres la *fiosaiche* —concluyó—. Poco más puede aportar una pobre curandera como yo.

—Hace demasiado que no padezco de visiones.

—Es un don, no un padecimiento. Como tal, nunca desaparece. Solo está dormido, esperando una buena ocasión para revelarse de nuevo. Y decididamente, esa ocasión no es tu boda con mi nieto, señal inequívoca de que has tomado la decisión adecuada, de modo que vámonos, o el padre y el novio morirán esperando.

Catriona me miró alzando las cejas a modo de risueña disculpa y tomó de la mano a Connor, que parecía un auténtico angelito con sus rizos peinados, la cara lavada y esos dos preciosos ojos color verde agua radiantes.

Nunca lo hubiera pensado, pero mi hijo parecía feliz entre los MacDonald. Junto a Liam.

Claro que yo misma me sentí así en cuanto atravesamos el gentío que nos rodeaba, lleno de curiosidad por verme, y penetramos en la penumbra de la iglesia donde Liam, acompañado por Tam y su padre, aguardaban.

Estaba espléndido. Varonil, dotado de una belleza casi perfecta. Nuevamente lucía su barba recortada, con su melena perfectamente peinada hacia atrás y atada con una cinta azul oscuro, una luz que

potenciaba el negro de sus ojos cuando los posó en mí, y aquella sonrisa que una vez me había ganado por completo, y que ahora exhibía sin ningún tipo de contención.

Su atuendo era impresionante. Lucía un *feileadh mor* con los colores de los MacDonald sobre una camisa color azafrán y una chaquetilla a juego, y se había cambiado las botas de cuero por unos *brogues*[41] atados a las piernas, enfundadas en unas medias sujetas por unas jarreteras rojas sobre las rodillas. Vi cómo su pecho se henchía cuando me coloqué a su lado, y sin que nuestras miradas se desligaran, tomó mi mano entre esos dedos cálidos que me transmitieron la confianza que necesitaba para llegar a pensar que, solo quizá, podría estar sentando las bases del que siempre debió haber sido mi hogar.

—Podemos comenzar, padre —afirmó con voz varonil, serena y profunda que fue eclipsada por otra mucho más potente y autoritaria.

—Aún no, Liam. —El *laird* dio un paso adelante, se colocó frente a su hijo y le entregó un *sgian dubh*—. Este es el mejor momento para pronunciar tu juramento.

Parecía una amable petición, pero yo sabía que era una orden que no admitía réplica, y Liam también. Lo vi apretar los labios y fruncir el entrecejo, intentando dominar una rebeldía que, como hacía cinco años, estaban intentando aplastar, hasta que recorrió con la vista a todos los presentes. Finalmente, hincó una rodilla en tierra y llevó el mango del puñal hasta su boca para besarlo.

—Como descendiente legítimo de Gael y de los MacDonald de Glencoe, prometo ser fiel al mandato que se me encomienda —comenzó con solemnidad—, al *laird* y a todos los miembros de mi clan. Prometo cuidarlos y protegerlos de todo mal como si fueran mi familia. Prometo cumplir con mis obligaciones como hijo vuestro y no abusar de mis derechos. Y a vuestra muerte, prometo sucederos con… honor. Si no cumpliera mi promesa, quiero que mi corazón sea atravesado por esta misma hoja que es testigo de mi juramento.

El *laird* colocó una mano sobre su hombro cuando los vítores inundaron la capilla y los alrededores. Liam se puso en pie con un gesto de orgullo contenido y sonrió de medio lado, antes de recuperar su lugar junto a mí y, con él, mi mano de nuevo. No dejó de acariciarla sutilmente, como si quisiera asegurarse de que no iba a cambiar de opinión y salir huyendo en mitad de la ceremonia. Solo me soltó cuando tuvo que tomar su propia daga. De frente a mí, hundió la punta en mi piel hasta lograr unas pequeñas gotas de sangre. Después desató la tira de tartán que tenía prendida en mi cintura y unió mi mano con la suya, muñeca contra muñeca, hasta que anudó el trozo de tela sobrante con un fuerte lazo.

—Te protegeré con mi vida, te honraré con mi cuerpo, te querré

con mi corazón y te amaré con toda mi alma. Te prometo mi amor y todo lo que poseo —comenzó, con una mirada intensa y solemne, mientras rebuscaba en su *sporran* para sacar un aro de oro. Era un *claddagh*, el anillo que simbolizaba la fidelidad en Irlanda y que había elegido como el mejor exponente de nuestros votos—. Te prometo el primer bocado de mi carne y el primer sorbo de mi vino. A partir de hoy, solo tu nombre gritaré en la oscuridad de la noche, y por tus ojos sonreiré cada mañana; seré un escudo para ti como tú eres el mío, no habrá entre nosotros ninguna palabra severa. Eres sangre de mi sangre y hueso de mi hueso. Te doy mi cuerpo para que podamos ser uno. Te doy mi espíritu, para que podamos ser uno. Por encima de todo, te valoraré y te honraré, en esta vida y en la siguiente.

Cuando terminó su juramento, yo solo pude cerrar los ojos con fuerza para evitar las lágrimas que pugnaban por salir.

Porque había soñado miles de veces con escuchar aquellas palabras dichas por él, cuando era el dueño de mi corazón. Y sin embargo, acababan de ser promulgadas por un hombre que se debía a fines más altos que cumplirlas.

Acababa de prometer amarme, honrarme y protegerme con toda su alma.

Esa alma que parecía tan castigada, pero que refulgió a través de su aura cuando, una vez finalizada la ceremonia, acercó sus labios a los míos.

—Tengo que besarte —se excusó, antes de que su boca se posara sobre la mía con tanta delicadeza como una mariposa aleteando sobre los pétalos de una flor.

Apenas me rozó. Fue un gesto destinado a concluir aquello a lo que ambos habíamos accedido. Sin sentimentalismos. Sin emociones. Con la aceptación implícita de nuestra mutua atracción física. Sin más ataduras o complicaciones, aunque no deseara que se apartara. Debía retenerlo conmigo para recuperar un tiempo perdido en intentar odiarlo, en lugar de intentar comprenderlo.

Las gaitas comenzaron a sonar, pero nosotros permanecíamos inmóviles, el uno frente al otro, hasta que Liam pareció salir de su propio ensimismamiento y carraspeó un par de veces antes de señalar la puerta.

—Me parece que nos están esperando para empezar la fiesta —casi gritó, para hacerse oír por encima de la algarabía—. ¿Vamos?

Tan cortés y tan fiero. Tan caballero y tan rufián.

Liam MacDonald seguía siendo un pozo de contradicciones, pero cuando me ofreció su brazo, fui plenamente consciente de que, además, acababa de convertirse en mi esposo.

El que debí tener cinco años atrás.

Liam

No podía dejar de mirarla.

Ni tampoco dejar de beber para conseguirlo.

La había eludido durante dos semanas, pero allí estaban las evidencias de mis errores. No debí haber sucumbido a la necesidad de tocarla aquel día en las aguas termales. Ni tampoco en la cueva, donde a punto estuve de hundirme en su cuerpo, ignorando las infames marcas que aún adornarían sus muslos.

Los moratones eran testigos de golpes. Propinados por su anterior esposo. Pensar en ellos me producía una furiosa comezón que hacía que la vista se me nublara y el sentido común huyera de mí como de la peste, pero no podía evitarlo. La tenía a mi lado, oliendo a violetas, con su piel ofreciendo el mismo aspecto cremoso y terso que me había inundado los sentidos cuando probé su sabor, su textura, cinco años atrás. Justo antes de que otro lo hiciera por mí.

Me mataba pensarlo, pero me convenía no olvidarlo. A pesar de que, en aquellos días, Kiara se había hecho aceptar por los MacDonald, pero además, se había convertido en una presencia cálida y liviana para mí, un hombre que llevaba demasiado tiempo viviendo en tierra yerma.

Diversos platos desfilaron ante nosotros, suculentos y sabrosos, a la par que la música llevaba a la gente que atestaba el gran salón a danzar a su son, pero me costaba llenar el estómago.

Tenía demasiada hambre de ella, maldición.

No estaba acostumbrado a quedarme ensimismado, ni a ser incapaz de controlar la reacción de mi cuerpo. Esa falta de disciplina era irritante, pero pronto desaparecería. En cuanto me acostara con ella todo volvería a la normalidad, seguro.

Una nueva mirada se me escapó hacia mi izquierda, su lugar en la larga mesa, hasta que la garganta se me quedó seca de pura admiración.

Estaba deslumbrante, tan hermosa que...

No. Hermosa era un adjetivo que no le hacía justicia ni por asomo. La criatura que tenía al lado parecía etérea, creada para convertirse en lo que siempre había sido: mi mayor debilidad. Pero también era un dechado de valentía que había dejado al descubierto mi propia cobardía.

¿Cuánto estaba dispuesto a dar para retenerla conmigo? ¿A ceder? ¿A perdonar? ¿A aceptar, para recuperar todo lo que una vez tuve, pero con ella?

—¿Te arrepientes?

Tuve que echar un largo trago de *whisky* para afrontar el cúmulo de sensaciones que me acometieron cuando posó su mano sobre la mía. De otro modo, hubiera saltado como si mi asiento estuviera compuesto de espinas puntiagudas.

—No llevamos casados el tiempo suficiente para arrepentirme, ¿no crees? —intenté bromear.

—Entonces es que tienes miedo.

Me costó seguir aparentando serenidad, cuando lo cierto era que había dado de lleno en algo que se me reveló con sus palabras.

Me daba miedo, sí.

Me hacía sentir algo que yo no deseaba. Algo contra lo que me había pasado años luchando.

Porque ella me importaba.

Y era precisamente esa emoción la que no me dejaría actuar con la frialdad necesaria para conseguir mis fines.

La lista de clanes afines a Jacobo. Tuve que aferrarme a esa idea con uñas y dientes para evitar ceder a sus encantos antes de tiempo.

—¿Cómo dices? —conseguí preguntar, después de un par de tragos más.

—Que el miedo te está obligando a beber más de la cuenta y a dejar que los nervios te dominen, aunque no conozco su origen.

—¿El hecho de que quieras entablar una conversación convencional te parece un buen motivo?

—Si lo que insinúas es que me mueven segundas intenciones a la hora de acercarme a ti, te equivocas —replicó, alzando sus preciosas cejas, como si pretendiera demostrarme la honestidad de sus palabras —. He creído conveniente que, dado que nos hemos casado y eso

implica cierto grado de… intimidad, este debería ser el fin, no el principio.

Se ruborizó cuando bajó los párpados como si fuera una virgen, y casi provocó un estallido entre mis piernas. Me esforcé en pensar que había sido del hombre que provocó nuestra desgracia después de entregarse a mí, pero la idea no suscitó el arranque de odio que esperaba, sino un pequeño aleteo de… ¿Comprensión?

—Si hablas de lo que creo que estás hablando… —aventuré.

—Hablo del acercamiento que acordamos. Porque lo acordamos ambos, si mal no recuerdo. Me has ignorado durante catorce días.

Ah, era eso. No se refería a nuestra noche de bodas, ni a su entrega en la cama, ni tampoco a esa pasión que mi cuerpo había añorado tanto como buscado en otras, sin encontrarlo.

—No te he ignorado. Sólo te he dado tiempo mientras yo usaba el mío en ponerme al corriente de mis obligaciones. El *laird* parte mañana.

—¿Me has dado tiempo? Curiosa manera de llamarlo.

Continuaba con su mirada al frente, de modo que tenía una buena perspectiva de su naricilla, de su mentón, ligeramente elevado, e incluso de un amago de sonrisa.

Todo quedó en el olvido cuando sus dedos se aventuraron sobre los míos. Cálidos, suaves, vibrantes, poseedores de los recuerdos que tanto me había empeñado en olvidar, hasta que incentivaron mi imaginación, ya enardecida por el *whisky*.

Me permití el lujo de verlos en otro lugar de mi cuerpo. Acariciándome, endureciéndome, encrespándome la sangre…

—Kiara, no tengo por costumbre faltar a mi palabra —afirmé, retirando mi mano para poder afrontar su mirada, brillante de expectación, que me hizo pensar que la estaba decepcionando—. Pero me parece que este no es el lugar…

—Después será demasiado tarde. Después, cuando estemos… juntos, no hablaremos. Y una vez haya ocurrido todo, nos arrepentiremos.

Dhia! ¡Sí que se refería a la noche de bodas!

—Te aseguro que encontraremos el momento antes de consumar el matrimonio —me encontré susurrándole, solo para borrar esa tristeza.

Kiara sonrió y abrió la boca dispuesta a responder, pero Connor requirió su presencia para que bailara con él, ya que Lilly se había escabullido convenientemente.

—¿Te importa que vaya? —me preguntó.

—¡Claro que no! No puedo dejarte con un hombre mejor, ¿verdad, chico? —añadí, con un guiño que le arrancó una sonrisa.

¡Por San Columba! Si no me andaba con cuidado, aquel mocoso

se haría un sitio en mi corazón por mucho que yo me empeñara en negárselo. Lo miraba y no lograba ver en él nada que me recordara al miserable de su padre. ¿Me estaba ocurriendo lo mismo con Kiara? ¿Estaba pasando por alto el hecho de que, durante los últimos cinco años, había sido de otro hombre?

Era muy posible. Desde el momento en que me paré a considerar que tal vez no lo había sido voluntariamente, si tenía en cuenta que él había muerto por su mano.

Algo muy poderoso tiraba de mí para intentar averiguarlo cuanto antes, pero otra parte me pedía, me exigía, una indiferencia destinada a salvaguardar mi corazón.

—Connor confía en ti. —Kiara asintió con una expresión de orgullo que se me clavó en el pecho.

—Su madre también, puesto que se ha casado conmigo.

—Su madre ha concluido que tu aura despide un mínimo de seguridad hacia nosotros.

—¿Por eso me salvaste la vida?

—No soy una asesina, aunque mis actos puedan llevarte a esa conclusión. Ni tú tampoco. Pero ten cuidado, porque la confianza de un niño es muy fácil de perder, y muy difícil de recuperar.

«Como la del amor de tu vida, estúpido».

Mi mente me lo recriminó mientras veía cómo ella bailaba con Connor, deslumbrándome con una sonrisa que me encrespó la sangre y aumentó la tensión de mi entrepierna.

Los cimientos en los que había basado mi odio y sed de venganza se tambaleaban, y amenazaron con desmoronarse cuando Tam se sentó a mi lado y la señaló con su jarra de cerveza.

—Pareces un lobo a punto de darse un festín —apreció con su habitual sorna—. Si no dejas de mirarla así, se desvanecerá antes de que llegue la noche de bodas.

—Que el *laird* haya influido en la decisión de casarme con ella no significa que tenga que hacerlo también a la hora de consumar el matrimonio.

—Tu padre. Conviene que empieces a llamar a las cosas por su nombre. Por ejemplo, Kiara no es una doncella virgen.

—No hace falta que me recuerdes que ha estado casada.

—Con un desgraciado que murió por su mano. ¿O es que ella te ha dicho otra cosa? —Mi silencio debió parecerle suficiente respuesta, porque resopló con fastidio—. No me digas que no has hablado con ella del tema.

—No he hablado con ella. Sin más —mentí.

—Bueno, siempre puedes consolarte pensando que no sería feliz con él si realmente precipitó ese… desenlace.

Quizá esa podría convertirse en mi propia venganza, pero decidí

no engañarme.

La oscura verdad era que Kiara y yo nunca debimos separarnos. Nuestro destino era volver a estar juntos; aunque habitáramos hemisferios diferentes, siempre estaríamos entrelazados. Si aún no la había vuelto a conseguir era, sencillamente, porque jamás había dejado de tenerla.

Ella había sido la principal causa de mi tormento, pero me veía incapaz de hacerla sufrir porque otro sentimiento más fuerte barría todos mis intentos hasta reducirlos a ceniza. Si se lo permitía, me convertirían en un petimetre sin voluntad propia en lo que a Kiara se refería.

—Tan solo unas semanas han bastado para convertir al fiero león en un cachorrillo que babea por su esposa —continuó pinchándome Tam, decidido a que reaccionara. Como si no lo conociera ya…—. ¿Sabes que las mujeres Campbell tienen el poder de volver a un hombre impotente?

—Si es así, desde luego esta no hace uso de él. ¡Más bien todo lo contrario!

Fui capaz de sonreír y seguirle la broma, todo un logro dado mi estado, pero la algarabía general y la nuestra en particular se cortó de cuajo cuando uno de los centinelas de la prisión entró al gran salón tambaleándose. Era tan evidente que estaba borracho que tanto mi padre como yo nos pusimos en pie, alarmados.

—¿Has terminado tu guardia? —le pregunté.

—No, mi señor. Es que…

No pudo terminar. Tras él, otro centinela, mucho más sobrio y con un puñal en su mano libre, llevaba a rastras a la prisionera, completamente cubierta de sangre.

38. Y ÉL ME SATISFIZO

Kiara

—Milord, se aprovechó del estado de ebriedad de mi compañero para atraerlo a la celda con falsas promesas de diversión, ya me entendéis —comenzó a explicar el soldado que sujetaba la daga, tan empapada en sangre como mi hermana—. Cuando lo consiguió, ella le arrebató el puñal y escapó. La sangre es de Iona, milord Se la encontró por casualidad, y cuando quiso detenerla, ¡la prisionera la asesinó!

Un silencio mortal se extendió por todo el salón, hasta que el llanto desgarrador de una mujer lo rompió. Iona. La hija del herrero y de una de las sirvientas personales de Catriona. Yo la había conocido en el lavadero a lo largo de aquellas semanas de trabajo incesante. Una muchacha joven, inocente, cuyo único delito había sido toparse con Isobel.

«Isobel… ¿Qué has hecho?».

Procuré sostenerle la mirada cuando, en un arranque de lucidez, ella pareció centrar toda su atención en un boquiabierto Liam.

—¡Supe que ibas a casarte con Kiara y tenía que impedirlo! —gritó, con una voz distorsionada por el odio, mientras se debatía entre las manos del centinela que la sujetaba—. ¡Le destrozarás la vida como me la destrozaste a mí!

—Por San Columba… ¿Cuándo vas a dejar de insistir en eso, mujer? ¡No nos conocemos!

—¿Ah, no? —Una carcajada amarga estuvo a punto de conseguir que me tapara los oídos. Si lo hubiera hecho…—. Veamos lo que dices cuando nuestro hijo nazca. ¡Veamos si eres capaz de negar tu paternidad si él se parece a ti, bastardo del demonio!

El rostro de Liam se descompuso.

Yo, sencillamente, no quería creerlo. No podía creerlo. Pero su imagen intentando acabar con él mientras gritaba aterrada, me golpeó como si fuera un puñetazo en pleno estómago. Se me cortó la respiración y el hormigueo creciente de mis manos se convirtió en una quemazón insoportable.

Lo busqué con los ojos, pero él se hallaba completamente inmerso en lo que estaba escuchando, como todos los demás. Hasta que el *laird* dio un paso en su dirección.

—Explícate —le ordenó—. Esta mujer te acusa de haberla dejado preñada. Y ella y tu esposa parecen tener una relación bastante amigable.

—Lo único que me ha interesado de esa relación es que Kiara impidió que me asesinara.

Alasdair torció el gesto, mientras yo daba gracias a los dioses por esa falta de interés en algo que, dadas las circunstancias, debía resultarle importante.

—En cuanto a mi supuesta paternidad, es falsa. No puede ser que os lo estéis planteando siquiera. ¡Miradla bien! ¡Por todos los Santos, está bañada en la sangre de Iona! ¡De vuestra Iona! ¡Y si no hubiera sido por mi esposa, sus manos estarían también manchadas con la mía! ¡Jamás hasta aquel maldito día la había visto! —«Tienes que creerme», pareció suplicarme en silencio, antes de desenvainar su espada y ofrecérsela a su padre por la empuñadura—. He pasado años de infierno e incomprensión, de ignorancia y dolor, para lograr el honor que ahora poseo. Os doy mi palabra de que digo la verdad. Pero si la más mínima duda os corroe, pongo mi espada, e incluso mi vida, en vuestras manos.

Con el corazón en un puño, contuve la respiración, como el resto, hasta que su padre le devolvió la espada con un gruñido.

—Decido darte mi confianza —dictaminó, señalando a Isobel,

implacable—. Pero a cambio, tú decretarás su destino.

La mirada de Liam se desplazó hasta la madre de Iona, que se deshacía en lágrimas de dolor contra los brazos de su esposo, mientras este contenía el suyo tras una mueca vengativa.

—Ella ha intentado escapar antes de ser juzgada. Y en ese intento, se ha llevado la vida de una inocente. Justo es que pague con la suya.

Finalmente, Isobel sería ejecutada en nombre de una justicia aplastante, pero aun así, el terror me sacudió en una explosión fría y vertiginosa cuando vi a mi esposo abandonar el salón, cabizbajo. Sentí una punzada en el estómago y noté un sabor amargo en la boca. Emití un quejido estrangulado sin poderlo remediar, como el de un animal herido.

—Kiara. —Me giré para ver a Sorcha, que sujetaba a Connor con su otra mano—. Ve con él. Yo me encargo del niño.

Pretendía sonar a consuelo, pero no era eso lo que yo buscaba cuando conseguí seguirlo por las escaleras que daban a las habitaciones. No. Yo buscaba salvar a Isobel sin condenar mi vida y la de Connor. Apelaría a esa maraña de emociones que el *whisky* le había permitido dejarme entrever durante el banquete posterior a la ceremonia. Sacudiría la humanidad de la que siempre había hecho gala, para terminar… ¿Cómo?

Posiblemente cediendo a mis propias debilidades, que cada vez tenían más que ver con él y menos con la inquina de los últimos años. Aceptaría que me hiciera el amor tan apasionadamente que me olvidaría de las dudas que me corroían por dentro. Sus besos me llevarían a un lugar donde estaríamos solos, donde nadie podría entrometerse. Ni siquiera los celos que su rotunda negación no habían terminado de llevarse.

No podía evitarlo. Era algo tan inherente a mí como respirar. El corazón se me desbocaba solo con estar cerca de él. Era como si mi cuerpo estuviera respondiendo a alguna fuerza invisible; mis terminaciones nerviosas se enardecían y mis sentidos se agudizaban. Necesitaba seguir escuchando la suave cadencia de su voz, seguir sintiendo la caricia de aquellos ojos firmes, profundos, tan negros como la sima por la que estaba a punto de precipitarme cuando abrí la puerta por la que apenas acerté a verlo desaparecer, y me lo encontré en mitad de la estancia, de espaldas a mí.

Los muebles que la adornaban eran sencillos y escasos, pero el fuego que ardía en la chimenea aportaba un toque cálido y un intenso olor a turba que no consiguió calentarme por dentro. Las llamas arrojaban sombras danzantes sobre la silueta de Liam. Una silueta siniestra, oscura, bordeada por un aura apagada y grisácea que se asemejaba demasiado a una espesa niebla.

—Así que es aquí donde has dormido todos estos días. Aquí es

donde te has escondido de mí.

Él se giró con el ceño fruncido, como si acabara de arrancarlo de la peor de sus pesadillas, y parpadeó hasta que la mirada angustiosa de sus ojos desapareció.

—Nunca me he escondido de ti. Pero si vienes a interceder por ella…

—No puedes enviar al cadalso a una mujer preñada. Matarías a su hijo. Sea cierto o no que tu eres el padre, no tiene culpa de nada.

—No hay nada que verifique su estado. Me comportaría como un degenerado insensible si fuera cierto y matara a la criatura, pero también lo sería si dejara impune su crimen.

—Liam… —Tenía ganas de gritar mis lazos de sangre con Isobel, de abofetearlo, de postrarme de rodillas ante él y suplicarle, pero no hice nada de eso. Solo elevé el mentón e hinché el pecho para llenarme también de valor—. No manches tus manos de sangre por mi culpa. Si quieres dañarme, hazlo conmigo, no con ella.

—¿Piensas que esto forma parte de mi venganza contra ti? —Me quedé sin capacidad de réplica. ¿Por qué quería vengarse de mí?—. ¿Me has seguido hasta aquí para decirme eso?

—También para advertirte.

—¿De tus dudas?

—¡Por mucho que lo niegues, me gritaste que me amabas mientras me arrebatabas mi virginidad! —exclamé, sin poder eludir ni un minuto más aquella nefasta noche que nos separó para siempre—. ¡Nadie me asegura que, bien por necesidad o bien por despecho, acudiste en mi busca y, al no encontrarme, usaste a Isobel como un desahogo!

Liam alzó una arrogante ceja y torció la boca.

—Tu orgullo no conoce límites, pero yo te los impondré. —De dos zancadas me tuvo sujeta por los hombros, con una mirada dolida que se me clavó en cada rincón de mi mente como flechas ardientes—. En primer lugar, nunca regresé a buscarte. Y de haberlo hecho, jamás me hubiera acostado con ella, ni con ninguna otra que tuviera relación contigo. Puedes considerarme un salvaje sin educación, pero siempre alardeé de tener un mínimo de cabeza. En segundo lugar, te daré una información que seguro te será de utilidad: no necesito desahogos.

Acababa de dejarme sin palabras.

Jamás había conocido a un hombre tan seguro de sí mismo. Y el detalle, en lugar de molestarme, me agradó. En el mundo que me había tocado vivir, había lugar para apenas unos pocos como él. Pero era mi esposo. Y también un desconocido que me odiaba con la misma intensidad con la que me deseaba, debatiéndose constantemente entre los dos sentimientos, pero siempre con el silencio.

Aquel maldito silencio que debía romper.

—Pero sí necesitas buscar culpables, ¿verdad? —le escupí en la cara, dejándome gobernar por las consecuencias de aquel odio injustificado que había vertido sobre mí desde que nos habíamos vuelto a encontrar—. Necesitas increparme constantemente por un abandono que solo tú propiciaste, ¡que dio pie a un sufrimiento que me marcará para siempre! Si tanto deseabas que me fuera contigo, si tan destrozado te sentiste por mi ausencia junto al río, ¿por qué no me llamaste? ¡¿Por qué no hiciste uso de tus poderes para conocer mis intenciones, mis pensamientos?!

«¡Tal vez así los hubieras comprendido, los hubieras impedido, los hubieras cambiado!».

Las palabras, amargas como la hiel, acudieron a la punta de mi lengua, pero las retuve a tiempo. Habíamos iniciado aquella conversación pendiente con la excusa de Isobel y de la peor manera posible. Ya era suficiente con que apreciara las lágrimas que me bañaban la cara, el temblor que me sacudía entera o los sollozos que me esforzaba en contener para seguir conservando cierta dignidad a sus ojos. No era necesario que, además, descubriera la debilidad que me hubiera arrojado a sus brazos solo para volver a sentir su calor, sin que me importara nada de lo que seguía separándonos.

Esperé su respuesta temblando de furia, pero el hombre amable, cariñoso y comprensivo de antaño estaba escondido tras un ser aterrador. Nunca había percibido el peligro de un modo tan intenso como cuando clavó en mí aquellos dos mortíferos trozos de cielo negro.

Y sin embargo, jamás había estado tan lejos de huir de él.

—¿Por qué aceptaste este casamiento? —me preguntó al cabo de una eternidad.

—Para acercarme a ti. ¡Para saber por qué me odias tanto!

—Un fin loable, desde luego.

—¡Mucho más que el tuyo! Un lobo con piel de cordero que pretende… ¿Qué? ¿Castigarme por un pecado que aún desconozco? ¿Alargar mi agonía hasta tenerme de rodillas, suplicando perdón? ¿Por qué? ¿Por qué he de hacerlo?

Liam se apoyó en el dintel de la chimenea y dedicó toda su atención a las llamas. A simple vista no parecía ni siquiera mínimamente alterado, pero cada uno de aquellos músculos que admiraba a mi pesar permanecían en tensión. Igual que su mandíbula, o el puño que permanecía pegado a su costado, como si se contuviera para no usarlo contra mí.

—Nunca seduje a esa mujer, lo creas o no —afirmó, con un tinte de letalidad que yo decidí ignorar—. Y mi fin se reduce a un documento que contiene la lista de los clanes afines a Jacobo, en poder de tu esposo muerto.

Mi perplejidad fue tal que me costó asimilar lo que acababa de decirme.

Abrí la boca, pero no dije nada. Y ese asomo de duda le dio la pista que necesitaba.

—Sabes de lo que hablo… —masculló, dando un paso en mi dirección. El mismo que yo retrocedí—. ¿La has visto? ¿La has leído? ¿Tienes una idea de dónde la puedo encontrar?

No respondí a ninguna de sus preguntas. En mi mente solo había lugar para una afirmación: se había casado conmigo para acceder al documento.

No había apelado al deseo que nos desbordaba con un solo roce de nuestros cuerpos, ni a la gratitud por haberle salvado la vida. Ni siquiera al odio que había proclamado a los cuatro vientos. No. Solo su exacerbado sentido del honor. El resto se componía de hiriente indiferencia que me hizo golpear su única mano cuando él la extendió hacia mí.

—Eres despreciable —siseé.

—¿Por intentar ganar tiempo para los míos? ¡¿Para los tuyos?! ¡Tu hermano y todo su clan también están señalados! ¡Conozco sus circunstancias, al igual que las tuyas! ¡Sé de las deudas que lo han llevado a las codiciosas manos de Breadalbane! —Contuve la respiración, completamente pasmada, pero él continuó con su acoso y derribo—. ¡A ese viejo avaricioso no le temblará la mano a la hora de entregarnos a Guillermo y sus secuaces! ¡Yo, sin embargo, la destruiré!

—¡Mientes! ¡Se la entregarás a tu padre igual que me entregaste a mí, para que él decida sobre su destino igual que decidió sobre el mío! ¡Sobre el tuyo! ¡Cerdo! ¡Sucio traidor! ¡Bastardo!

Mi mano se elevó al mismo tiempo que mi espalda chocó contra la pared más cercana, pero Liam fue mucho más rápido e interceptó la bofetada mucho antes de que esta se produjera.

—Ninguna de esas afirmaciones es cierta, *fiosaiche*. Ya no —siseó, mientras sus dedos se clavaban en mi muñeca sin compasión para llevarla hacia la pared, junto a mi cabeza—. Hubiera hecho uso de mi don, con solo un resquicio de esperanza que me hubiera hecho pensar que acudirías a mi llamada. ¡Pero sabía que no acudirías! Y aun así, ¡he vuelto a comportarme como un estúpido, confiado, ciego! Pero, sobre todo, ¡como un esposo que hará valer sus derechos!

—Solo obligándome a beber tanto como lo has hecho tú conseguirás esos derechos de buen grado, *romanichal*. ¡Lo…!

Sus dedos metálicos me cubrieron la boca antes de que pudiera jurarlo. Su cuerpo actuó como escudo, atrapándome entre él y la pared. Mis intentos por defenderme fueron inútiles. No podía sacudirme; apenas podía respirar, pero capté ese olor a *whisky*, mezclado con el suyo, varonil, masculino y con ese deseo potente que

se encargó de hacerme sentir en cuanto su erección se clavó en mi vientre.

—Sí, he bebido. Debía hacerlo para escapar de ese perfume a violetas que nunca te ha abandonado y que volvió a atraparme en cuanto te tuve delante —murmuró, posando su frente contra la mía para dejarme apreciar aquella especie de agonía que parecía consumirlo. Que apaciguaba su furia en lugar de alimentarla—. Para aceptar tu presencia y protegerme de ella al mismo tiempo, después de cinco años de humillante silencio. Para preservar mi odio contra ti y no dejar que el deseo que me consume por dentro tome la iniciativa. Para recordarme que soy un *romanichal*, pero también un hijo de Gael y el heredero del *laird* de Glencoe.

—Con un honor a punto de ser aplastado por tu orgullo si no me sueltas ahora mismo.

—¡No me hables de orgullo! ¡Lo perdí cuando tu marido me hirió mientras me informaba del ataque a Rannoch Moor y de tu intervención en él! —Su grito fue tan fuerte como el golpe propinado al muro con el hierro de su mano—. ¡Él afirmó que me habías delatado! ¡Por eso me encontró junto al río con tanta facilidad!

—Y tú le creíste…

—¿Qué otra cosa debía hacer después de haber estado esperándote durante horas, sin que aparecieras como habíamos acordado?

No daba crédito a lo que estaba escuchando. Me resultaba tan inverosímil que abandoné todo intento de lucha contra él. Mi cuerpo se quedó laxo contra el suyo, mis ojos aceptaron su angustia y mi mente fue abriéndose poco a poco a su relato.

Parecía demasiado desgarrador como para resultar falso, pero si resultaba cierto…

—¡Podrías haber dudado al menos! —exclamé, intentando sobreponerme al estupor—. ¡Dar un poco de crédito a mis promesas, a nuestras promesas! ¡Eras la personificación de la astucia, Liam! ¡El zorro tatuado a tu espalda lo atestigua!

—También llevo un león, no lo olvides.

—¡Debiste apelar al primero, no al segundo! —¿Una argucia tan cruel como el propio Hugh? ¿En eso se había basado nuestra separación? Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando me dio por pensar que el dibujo que aún conservaba, junto con la frase de su reverso, pudieron ser el resultado de lo mismo—. ¡Pudiste imaginar que algo había salido mal! ¡Incluso que yo había enviado a alguien para avisarte, y ese alguien fue descubierto antes de que lograra su objetivo!

—¿Fue eso lo que ocurrió?

Abrí la boca dispuesta a gritarle todo lo que había arriesgado

Sheena y lo que, seguramente, había perdido por ello, pero sus dudas no hicieron más que incentivar una rabia que, momentos antes, mientras uníamos nuestras manos, había creído por fin extinta.

No había confiado en mí. Fueran ciertas sus afirmaciones o no, Liam se había dejado llevar por las palabras mezquinas de un ser abyecto, y con ello, había firmado nuestra sentencia de muerte.

Merecía al menos un poco del sufrimiento al que me condenó con ello.

—Te encantaría que te lo confirmara, ¿verdad? ¡De ese modo, podrías creer en mi palabra, o seguir empecinado en tu versión de los hechos, lo que más te convenga en este momento!

—Calla…

—¡Igual que hiciste aquella noche! ¿Me equivoco? —continué, ignorando su advertencia y las señales que indicaban que estaba llegando al límite de su contención—. ¡Era mucho más fácil creer en la palabra de un salvaje revestido de caballero por su condición de *laird*, que confiar en mí! ¡Aunque no estuviera delante para defender mi verdad! ¡Aunque en aquel momento, mi alma se hallara tan destrozada por tu traición como mi cuerpo! ¡Tan llena de dolor por la muerte de Effie, como la tuya cuando descubriste el ataque a Rannoch Moor!

—He dicho que te calles…

—¡Tus muertos no valen más que los míos! ¡Si tu corazón sangró, el mío aún está en carne viva! ¡Tú los perdiste por los actos viles de un monstruo, pero yo tuve que soportarlo durante años…! ¡Por tu culpa!

Había llegado demasiado lejos. Era tarde para desdecirme o dar un paso atrás. Acababa de clavarle un puñal en una herida que todavía sangraba, y debía atenerme a las consecuencias.

Su respiración acelerada, semejante a la de una bestia enloquecida, llenó la estancia. Su mirada se hizo más penetrante, se intensificó de un modo que debería haberme alarmado. Era como si me estuviera horadando con ella. Me resultaba imposible apartar la vista. La conexión era tan fuerte que parecía atrapada en una corriente que me arrastraba mar adentro. Nos medimos mutuamente como enemigos mortales, con los corazones latiendo con fuerza. El aire entre nosotros estaba cargado de palabras encubiertas y otras demasiado expuestas, palabras que no nos atrevíamos a admitir, porque implicarían la existencia de un fuego insaciable.

—¡Cállate! —bramó, antes de empujarme contra la pared de forma brutal e impedirme por completo cualquier clase de movilidad con el peso de su cuerpo.

Rodeó mi cuello con sus manos y asaltó mi boca sin piedad. El roce de sus labios en la ceremonia apenas pudo compararse con esa brutal masacre. Con esa posesión.

Yo no la rechacé. En el fondo, era lo que había anhelado toda la noche, toda mi vida. Él podría desear dañarme, acallarme, forzar algún tipo de sumisión, pero todo era perfecto. La exquisita presión, la increíble sensación ardiente, su cercanía. Parecía que su boca hubiera sido creada para eso. Solo para eso. Conmigo. Me besaba como si no lograra alcanzarme. Como si estuviera desesperado por mí. Como si reclamara mi alma con la boca, con la lengua.

—Estoy harto de luchar contra mí mismo y contra ti. Contra esa sensación de derrota que me embarga cada vez que pienso en tu esposo. En ti, entregándote a él. ¡La peor pérdida que sufrí aquella noche fuiste tú! Puede que no te recupere, ¡pero juro que voy a intentarlo a mi modo!

Con un nuevo empellón de su enorme cuerpo, me vi obligada a elevar una pierna para rodear su cintura. Él me levantó las faldas sin ninguna delicadeza y recorrió el interior de mis muslos hasta dar con su objetivo entre mis piernas. Me mordí el labio para ahogar un jadeo de sorpresa, pero también de un placer que me atravesó como una flecha certera hasta arremolinarse en mi vientre cuando sentí la aspereza de sus dedos recorriendo mi sexo, avivando su humedad e introduciéndose en mi interior.

Me aferré a él con ambas manos. Olvidé todo signo de resistencia, de lucha, y me arqueé hacia su pecho cuando elevé la otra pierna para permanecer suspendida en torno a su cintura. Todas mis terminaciones nerviosas se deshicieron con esa brutal intromisión, se rindieron ante el crudo placer que experimenté. Mi mente no deseaba sentirse así, pero mi cuerpo se alegró de recibir una parte del suyo en mi interior. Y quiso más, mucho más.

Ya no era una virgen, ni él tampoco. Sus dedos, inmóviles, se veían atrapados por mi excitación, pero aspiraba a atraparlo por entero. Clavé mis dientes en su cuello y a cambio recibí un gruñido del más puro gozo que no se manifestó de ninguna otra manera.

—Vamos, dime que me aparte —me susurró, dejando caer su aliento junto a mi oreja, para después atrapar su lóbulo y lamerlo con fruición—. Insúltame, pégame, trata de separarte de mí. Grita a los cuatro vientos que no me deseas, que no quieres esto. ¡Hazlo, maldita sea! ¡Detenme!

—¿Y si no quiero?

Liam se apartó lo justo para que nuestras miradas hablaran. Vi crudeza en la suya, un ímpetu descarnado deseando ser liberado. La lujuria que me había demostrado sin ningún tipo de contención desde que nos habíamos vuelto a encontrar, y que estaba dispuesto a aplacar.

—No será delicado, ni tierno. —Con un brusco movimiento, apartó su *feileadh mor* y presionó mi sexo con la cabeza de su verga

dura, ardiente, palpitante—. Puede que ninguno de los dos lo merezcamos, pero sí te garantizo pasión saciada. Por ambas partes.

No hubo más palabras. Me froté contra su miembro, sintiendo su calor. De repente quise que me poseyera para poder, a mi vez, poseerlo total y profundamente. Lo quería dentro de mí, en el lugar más hondo, caliente, oscuro y húmedo. Quería que enraizara en mi interior.

Que llegara al que siempre fue su hogar.

Y él me satisfizo.

De una sola embestida se introdujo por completo en mi interior. Me colmó. Me dejó rígida con su propia inmovilidad, y al mismo tiempo, ansiosa por continuar. Sus pupilas se agrandaron por la pasión, el aire a nuestro alrededor se espesó hasta casi impedirnos respirar. Jadeé cuando al fin comenzó a moverse, y no tuve reparos en reconocer que me había vencido.

Me conquistó con su boca recorriendo el nacimiento de mis pechos, con su mano rasgando el corpiño del vestido para hacerse con uno de ellos y reverenciarlo, pese a que su mirada seguía siendo letal, tan fiera como vulnerable. Los movimientos de sus caderas se hicieron más profundos, más violentos. Pero no dejó de fijar sus ojos en los míos.

—Liam…

No me dejó continuar, porque su boca se adueñó de uno de mis pezones mientras seguía dispensando brutales atenciones al otro, al mismo tiempo que sus caderas bombeaban entre mis piernas a un ritmo endiablado. Ya no pude pensar más. Me entregué al placer que comenzó a generarse en mi interior y dejé que se dispersara por el resto de mi ser, como ondas de fuego y hielo que me hicieron temblar cuando, en mitad de unos gritos que no me preocupé en contener, obtuve mi ansiado clímax unos segundos antes de que él me siguiera.

Gotas de sudor perlaban su frente cuando logró apartarse de mí, que fue más de lo que yo misma podía hacer. No estaba nada segura de que mis piernas me sostuvieran cuando él salió de mi interior y me posó en el suelo, pero aquella deliciosa debilidad se desvaneció en el momento en que aprecié la mirada de sus ojos en toda su extensión.

Arrepentimiento. Dolor. Incluso vergüenza ante lo que acababa de ocurrir entre nosotros.

Y una furia helada que lo alejó de mí con la misma rapidez con la que nos habíamos acercado.

—Espero que lo hayas disfrutado —afirmó con aquella frialdad que estuve a punto de borrar con un nuevo intento de abofetearlo mientras se recolocaba su indumentaria—, porque no creo que volvamos a repetirlo.

¿Que si lo había disfrutado?

No podía respirar, primero por la sorpresa y luego por las oleadas de intensas sensaciones que todavía invadían mi cuerpo. Había sido increíble, como si un calor líquido corriera por mis venas. Primitivo, intenso e increíblemente erótico… Pero físico en su totalidad.

Liam me había ofrecido un esquema bastante claro acerca de lo que había ocurrido la noche en la que nos separamos definitivamente, para después tomarse sus derechos por la…

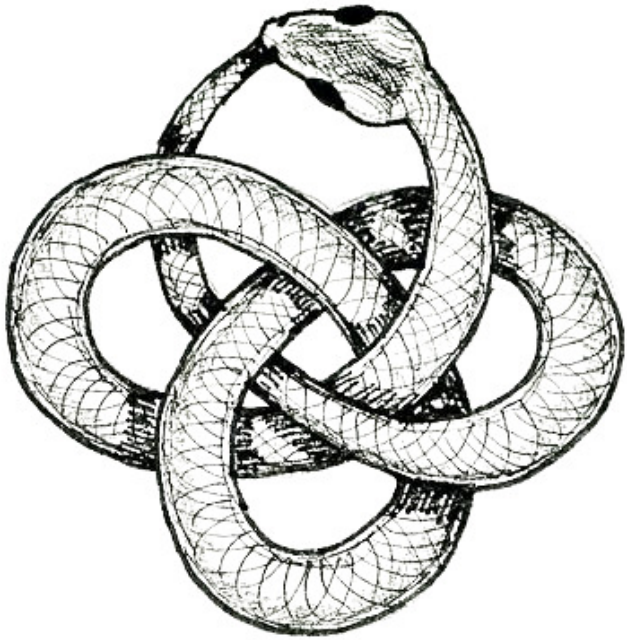
No. No había usado la fuerza bruta en ningún momento, sino la seducción firme y sin adornos. Yo me había entregado a él, a su cuerpo, pero su mente, sus sentimientos y sus emociones seguían a buen recaudo mientras se encaminaba a la puerta.

—Liam, espera, por favor…

Él se detuvo un segundo. Pensé que retrocedería, pero solo escuché un hondo suspiro antes de verlo desaparecer.

Pude ir tras él. Intentar retomar la conversación donde la habíamos dejado, a base de gritos, de susurros o de besos apasionados. Gritarle que deseaba proseguir con aquello que se había roto entre nosotros y que, de una forma incomprensible, había recomenzado aquella noche, pero no lo hice.

En su lugar, me tiré sobre aquella enorme y solitaria cama y comencé a llorar.



39. ¿QUÉ QUIERES DE MÍ?

Kiara

Al día siguiente se celebró el entierro de Iona y la posterior partida del *laird* hacia Fort William.

A continuación, Liam decretó mi traslado y el de Connor a la casa de su padre, pero en habitaciones separadas de las suyas.

Humillante, frustrante e incomprensible después de… ¿cómo llamarlo?

No existía nombre para el acto carnal, rotundo y firme con el que habíamos consumado nuestro matrimonio, ni tampoco para la descarnada confesión en la que me había desvelado las razones por las que se había molestado tanto en odiarme, sin haberlo conseguido del todo.

—Hugh. Malnacido. Así ardas en el infierno —siseé, mientras

aquella mañana helada y brumosa de principios de enero, frotaba la ropa con energía en el lavadero, acompañada de las demás mujeres. Demasiada energía para descargar la impotencia, los remordimientos que comenzaban a horadar mi conciencia si pensaba en las consecuencias de la veracidad de las palabras de Liam.

—Ignoro qué ocurrió en vuestra noche de bodas, pero mi hermano está intratable. —Catriona me pasó una de sus camisas—. Sigue durmiendo en su cama, alejado de la cabaña de Sorcha, pero… En fin, no sé si decírtelo…

Sentí cómo palidecía.

—¿Duerme acompañado? —logré preguntar sin atragantarme.

—¿Qué? ¡No! —Catriona contuvo la risa, y a mí se me escapó un suspiro de alivio—. Liam solo ha acudido a alguna mujer cuando su condición de hombre se lo exigía, ya me entiendes… Me refería a que te ha asignado una habitación diferente de la suya.

—Pero contigua a la de Connor.

—Si a ti te sirve de consuelo, me parece perfecto, pero es evidente que él no está conforme ni siquiera con sus propias decisiones. ¿Acaso la asesina de Iona tiene la culpa de vuestro alejamiento?

—Es mi hermana, Cat —decidí confesarle—. No me permite visitarla. En cuanto lo intento, Tam o cualquiera de sus hombres me lo impiden alegando órdenes de su jefe. Y cuando intento averiguar algo más, solo consigo evasivas. Lo máximo que me han explicado es que esperarán unas semanas, hasta saber si su embarazo es real, para dictar una nueva sentencia en caso de que sea necesario.

—*Dhia*! ¡Tu hermana! ¡Por eso intentaste interceder en su favor! Todos aquí deseamos su muerte, pero comprendo que tengas tus reservas, si no con ella, sí con la criatura. ¿Lo sabe Liam?

—¡No! ¡Si lo supiera, yo seguiría sus pasos!

—¿Qué estás diciendo? ¡Él nunca te encarcelaría1 ¡Mucho menos por actos cometidos por otra persona!

—Lo haría. —Y esa certeza comenzaba a crear una tenaza de hierro alrededor de mi garganta—. No confía en mí. Puede pensar que, de alguna manera, Isobel y yo estamos confabuladas contra él, o… ¡Bueno, qué sé yo!

—Ya lo veo —admitió ella, sacudiendo la cabeza con pesar—. Liam puede tener muchos defectos, pero entre ellos no está la falta de humanidad. Estoy segura de que te lo permitiría si conociera los lazos que te unen a ella. Y así, de paso, se le endulzaría el carácter. Salta a la vista que hace todo lo posible para tenerte lejos, pero que en realidad se muere por tenerte cerca. ¡Si hasta tu niño se ha convertido en su sombra cada vez que sus obligaciones como *laird* se lo permiten! Son uña y carne, quién lo iba a decir…

El pecho se me congeló. En efecto, Connor no se separaba de

Liam. Lo había aceptado en su vida como al padre que siempre debió tener.

—Cat, él me pidió otra cosa el día de nuestra boda —revelé, mordiéndome el labio para seguir susurrando—. Algo que… no fui capaz de darle.

Mi cuñada abrió tanto la boca que temí que su barbilla rozara el suelo.

—¿No habéis consum…?

—¡Catriona!

—Bueno, de acuerdo, de acuerdo… Si no es ningún asunto de cama, ¿qué es?

—Algo lo bastante importante como para mantenerlo en secreto.

—Entonces no me lo contarás.

—Me temo que no. Por tu bien, pero también por el del resto del clan. Espero que no te sientas ofendida, porque no es una cuestión de confianza, si no de…

—Seguridad. Lo entiendo.

Asintió cabizbaja mientras yo me mordía el labio para no ceder a la tentación. Aquellas personas nos habían acogido como si lleváramos su apellido. Ahora lo llevábamos, pero mi presencia seguía suponiendo una espada de Damocles sobre sus cabezas, agravada con aquella lista que había comenzado a quemarme en la conciencia.

Connor confiaba en Liam. Lo hizo casi desde el primer momento. Su instinto infantil así se lo indicó y él le hizo caso. ¿Por qué no había seguido yo los míos?

—Pero he de concederte toda la razón del mundo en algo —afirmé, mientras me secaba las manos y llenaba mi pecho con el aire gélido de la mañana—. Liam piensa que no me acercaré a él, pero se equivoca, porque lo haré con toda mi artillería pesada. No tendrá la menor oportunidad.

—¡Esa es mi hermana!

Se contuvo de aplaudir como una niña pequeña cuando me vio dirigirme hacia la cabaña de Sorcha. Allí, bajo uno de los tablones del suelo, guardaba los dos documentos que habían regido mi vida y que ahora volverían a hacerlo, pero fue la propia Sorcha quien me recibió, con ellos en la mano y una expresión de seguridad que me hizo temblar.

—¿Vienes en busca de esto? —me preguntó.

—¿Cómo…? ¿Dónde…? ¿Cuándo…?

—*Och*! ¿Vas a terminar alguna frase? —Con una de sus risillas pretenciosas, me los ofreció mientras estampaba un beso en mi mejilla —. Te olvidas de que supe quién eras mucho antes de que tú confirmaras tu identidad. El resto ha sido mucho más sencillo.

—Tus dones…

—Mi capacidad de observación, más bien. Te vi esconderlos.

—¿Que me viste…? ¿Y desde entonces…?

Sorcha se encogió de hombros, inmune a mi perplejidad.

—Soy de la opinión de que la buena confianza siempre se forja mejor sin ayuda de por medio, pero puesto que Liam es tan cabezota como tú, he decidido descubrir mis cartas, que son también las tuyas. Has guardado esto demasiado tiempo, Kiara. —Su gesto jocoso se transformó en otro más grave cuando señaló los papeles—. Han costado demasiadas vidas, demasiado sufrimiento, pero en tu mano está impedir que sigan ocasionándolo. Está en el prado, con Connor y sus adorados caballos. Ve con él. Muéstraselos, junto con tu inocencia. Revela la verdad sobre todo, sobre todos. Porque los peores tiempos aún están por venir, y deben encontraros juntos. Como un ser indivisible. Como una familia.

—Has visto el dibujo de Liam. —Ella asintió—. Y la frase en el reverso también.

—Aún conservo una buena vista. Puedo afirmar sin temor a equivocarme que aunque se le parece mucho, no es su letra. Si esto puede suponer un pequeño empujón para ti, adelante.

Era un revulsivo y, al mismo tiempo, un pozo infinito de inseguridades, de culpabilidad que fue creciendo conforme me acercaba a la orilla del río Coe, completamente helado, bordeándola para dirigirme al prado, envuelta en un grueso *plaid* pero cada vez más indecisa a cada paso que daba.

Si comenzaba, no habría vuelta atrás. Tendría que asumir mis errores y sus consecuencias.

Pero valdría la pena, me dije cuando llegué al prado. Solo por ver la imagen de Liam instruyendo a Connor acerca de la doma de los caballos que les rodeaban, por primera vez desde que había puesto los pies en Glencoe.

Mi hijo iba perfectamente abrigado, pero mi esposo vestía su habitual *feidleadh mor* sobre una camisa, una chaqueta y el pelo sujeto en un moño alto. Enorme, firme y rotundo, ofrecía una estampa tan atrayente que me apoyé en el tronco de un árbol para observar cómo trabajaba. Con infinita paciencia, caminaba entre los animales, los seguía y les hablaba en voz baja. Después les daba la espalda, se alejaba un poco y esperaba. Al final, la mayor parte de ellos terminó siguiéndole. En esos pareció centrar su atención. Los tocó, los montó y, por último, logró que uno a uno aceptara la silla.

Connor había permanecido tan quieto que me pregunté si no estaría enfermo, hasta que finalmente Liam se acercó a él y le cedió las riendas de un pequeño poni para que lo imitara. Cuando consideró que ya había sido suficiente, le susurró algo al oído y rio ante las palmas de mi pequeño, que tuvieron como recompensa terminar sobre

los anchos hombros masculinos.

Se les veía tan bien juntos que sentí un aguijonazo de culpabilidad en el pecho.

Había tardado demasiado en hablar y escuchar.

Era el momento.

Carraspeé hasta que los dos me vieron. El semblante risueño de Liam desapareció con la misma rapidez con la que la sonrisa radiante de mi hijo me recibió.

—*Màthair*! —gritó, corriendo hacia mí—. ¡Liam me ha enseñado a domar un poni! ¡Y me ha contado la historia de su piedra de los dioses, y de…! ¿Cómo era? ¡No me acuerdo!

—Hemos hablado de la potestad para adivinar los pensamientos de otras personas —le respondió él.

—¡Eso! ¡Y después me ha explicado cómo se hace con un caballo más grande! ¡Y me ha dicho que, si me porto bien, a partir de mañana me enseñará a manejar la espada!

—¿No eres un poco pequeño para eso? —apunté, revolviéndole el cabello.

—Yo empecé con su edad. Pero hoy hace demasiado frío para comenzar ese entrenamiento, incluso para un pequeño hombrecito como él, ¿verdad, chico?

—Sorcha me ha encargado que te busque. Al parecer, necesita un ayudante para recolectar algunas de sus hierbas medicinales y ha pensado en ti. Ve rápido antes de que te enfríes y enfermes, anda —le pedí, ignorando su mohín de disgusto cuando corrió en pos de la curandera.

—Las plantas no crecen en esta época del año —soltó Liam con frialdad cuando nos quedamos solos, volviendo a los caballos.

—Ya lo sé. Solo era una excusa para… ¡Espera, por favor! —Le costó, pero se detuvo—. Llevas días sin dirigirme la palabra. ¿He hecho algo mal?

—Veamos: intentar interceder por una asesina, dudar de mi palabra cuando he afirmado que jamás he tenido ningún tipo de contacto con ella… ¡Ah, sí, me olvidaba lo mejor de todo! —Sus ojos echaban chispas de furia cuando se inclinó hacia mí, hasta que nuestros rostros estuvieron casi a la par—. Negarte a facilitarme el paradero de cierto documento que salvaría la vida de muchas de las personas que te han acogido en su seno como a una más, todo mientras me abrías el acceso a tu cuerpo. Un comportamiento digno de una cortesana de baja estofa. O quizá de una espía. O ambas cosas. Y ahora, por favor, dime, ¿qué más quieres de mí?

Acababa de insultarme con un desprecio que se incrustó muy dentro de mí. Donde más daño podía hacerme. ¿Y me preguntaba qué quería de él?

Apreté los dientes, luchando conmigo misma para no girar sobre mis talones y marcharme por donde había venido, porque por primera vez lo vi fuera de sí, con una mirada tormentosa, la mandíbula tensa, la boca apretada.

Debía estar agotado para permitir que se le notara, ¡pero yo también!

—No tienes ningún derecho a tratarme así —siseé, temblando de indignación, de ese frío que se había acentuado en mis huesos con su actitud—. ¡Ninguno!

Decidí que lo mejor era que comprobara mis intenciones por sí mismo, así que le arrojé ambos papeles a la cara y corrí en dirección al prado para montar uno de los caballos que él acababa de ensillar y lanzarme a un galope alocado con dirección desconocida.

Los cielos se oscurecieron cuando la ventisca arreció con más fuerza y gruesos copos de nieve comenzaron a caer, empapándome la cara. Sentía los pinchazos del agua helada en mi frente, sobre mis párpados entrecerrados y en mis mejillas, pero yo solo deseaba alejarme. Huir sin mirar atrás para poder gritar con fuerza todo aquello que no me había atrevido a decir a Liam. Todo lo que estaba en su derecho de saber, y que mi cobardía había dejado alojado en un rincón profundo de mi mente, como si fuera un trozo de madera al que asirme en plena tempestad para evitar ser engullida por el mar.

Lloraba, pero mis lágrimas se congelaban antes de caer, como el corazón de aquel *highlander* sin sentimientos que se proponía destrozarme. Ahora lo veía claro; se había ganado a Connor para destruirme con mayor facilidad y precisión, pero no se lo permitiría.

En mi afán de poner distancia de por medio, acababa de adentrarme en una zona boscosa desconocida. Quise retroceder, pero el animal se encabritó cuando nos topamos con el tronco derribado de un árbol. Caí al suelo y me golpeé la cabeza con algo contundente que me aturdió.

—¡Kiara!

Escuché mi nombre en la lejanía y me arrastré hasta el tronco para apoyarme, pero un terrible dolor me traspasó las sienes y me revolvió el estómago.

Un dolor que nada tenía que ver con el golpe, y sí con algo que creía muy lejano, pero que había decidido reaparecer sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Supe que estaba a punto de experimentar una visión. Percibí un resplandeciente relámpago detrás de mis párpados cerrados, y luego distinguí la escena…

El tartán de los MacDonald se hallaba en mitad de una explanada, tan solo como lo estaba yo, atravesado por un puñal manchado de sangre. El peor silencio de todos, ese que precede a la muerte y

termina con la vida una vez vence, nos rodeaba. Me esforcé en otear los alrededores, pero todo eran casas vacías, quemadas. Reses muertas, igual que hombres, mujeres… niños.

Alargué una mano. Lloraba con desconsuelo cuando estuve a punto de alcanzarlo, pero entonces el puñal desapareció, al igual que el tartán.

En su lugar, una enorme y oscura figura se cernía sobre mí, inmóvil, amenazante, cubriendo con su presencia la luz hasta tornarla en oscuridad.

Era un hombre. Un montañés. Un *romanichal* salvaje que, sin embargo, tendía su mano hacia la mía hasta que ambas se tocaron. Su tacto, áspero y rudo, símbolo de toda una vida de duro trabajo, terminó de un plumazo con la visión. Y con el frío. Y también con el miedo.

Porque llevaba consigo los papeles que yo le había arrojado a la cara con tanta rabia.

—Hablemos, por favor —suplicó, con un tono tan cálido como aquella mano que tiró de mí con delicadeza, hasta ponerme en pie.

No me abrazó, ni me ofreció ningún otro tipo de consuelo.

Pero yo supe que le seguiría.

Que le contaría todo.

Taranis

—Alasdair MacDonald acaba de abandonar Inveraray. No hemos

podido hacer gran cosa aparte de retenerlo por unos días en Balcardine, con la primera compañía del Regimiento de Infantería de Argyll, antes de que llegara, pero al fin ha entregado su juramento al juez municipal, sir Colin Campbell, Su Gracia.

—¡Maldición!

Incluso desde donde me hallaba, escuché el golpe que el conde de Breadalbane propinó a la mesa del despacho de la prisión donde se había reunido con lord Stair, John Dalrymple.

Un lugar que no levantaría sospechas para una reunión tan importante como las personas que la formaban. Me había excluido tácitamente de ella, pero no hacía falta ser una deidad como yo para darse cuenta de que el objetivo de su encuentro eran los MacDonald de Glencoe.

Hablaban de Alasdair, su *laird*.

—¡Los MacDonald son un puñetero grano en el culo, ya no solo para los ingleses, sino también para todo buen Campbell que se precie! —siguió vociferando el conde—. ¡No tenemos ninguna garantía de que el juramento sea entregado con retraso!

—Ni tampoco de que el MacDonald muera sin sucesión —agregó el lord—. Según mis informaciones, declaró como hijo legítimo a un varón que engendró con una *romanichal*. Al parecer, bajo el sagrado sacramento del matrimonio. Se llama Liam MacDonald.

Ahí estaba. Al fin. El bastardo había dejado de serlo. Tuve que contenerme para no entrar en tromba en la estancia y ofrecer mis amplios conocimientos para acabar con semejante plaga. No. Era mucho mejor mantener la cabeza fría y seguir escuchando. La información nunca estaba de más.

—¿El hombre que hirió a Hugh Campbell? —preguntó el conde, atónito.

—Eso creo, Su Gracia.

—Bueno, a día de hoy, los clanes aún no se han puesto de acuerdo sobre cómo repartir las 12000 libras esterlinas que Guillermo les ha ofrecido a cambio de su lealtad. El problema del *romanichal* no deja de ser secundario.

—No tan secundario, Su Gracia. Guillermo me presiona cada vez más. No se fía de los clanes que se han demorado en su juramento. Me exige un ejemplo como advertencia.

—Y los súbditos de Alasdair son los idóneos para tal menester. —Su risilla cavernosa casi me contagió. Yo opinaba lo mismo—. Son completamente anárquicos, rebeldes incluso con su propia política interna. Perfectos…

—Además, está el asunto del asesinato de Hugh Campbell y la posterior desaparición de su esposa, con el hijo de ambos —añadió lord Stair con voz sibilina—. Es posible que pudiéramos matar dos

pájaros de un tiro. Esta prisión está infectada de jacobitas. Si consiguiéramos que alguno delatara al MacDonald…

Me removí inquieto tras la puerta. Sabía quién podía delatarlo. Quién estaba en la mejor situación de llevarlos hasta él. Quién se había preocupado de hacerle parecer culpable, de modo que la reputación de Kiara quedara impoluta, libre de toda culpa.

Mi momento había llegado, y así debía hacérselo saber.

Llamé y esperé a que me ordenaran pasar. Cuando entré, me ocupé de mantener una actitud humilde en todo momento, a pesar de que aquellos dos viejos, con sus esperpénticas pelucas y su prepotencia a raudales, me dieron náuseas y unos deseos irrefrenables de asesinar.

—Milord, Su Gracia —saludé con una reverencia que ocultó mis peores instintos—. Perdonad la intromisión, pero pasaba por aquí y no he podido evitar escuchar vuestras últimas frases. Milord, cierto es que alguno de estos apestosos jacobitas encerrados bajo mi mando podrían ser, digamos, persuadidos, para otorgaros la información que buscáis, pero conozco una vía mucho más rápida y segura, y mucho menos arriesgada, para conseguir vuestros propósitos: yo.

—Explícate —exigió el conde, visiblemente interesado.

—Conozco Glencoe como la palma de mi mano. También a su *laird*, y al hijo bastardo que acaba de legitimar. Podría ayudaros a darles un escarmiento que no olviden fácilmente. Soy de fiar, Su Gracia. Vos lo sabéis. No en vano me habéis puesto al frente de la prisión.

—Después de haber estado en ella como prisionero.

—Todos cometemos errores. El acierto consiste en enmendarlos a tiempo.

Los dos hombres se miraron en silencio, hasta que finalmente el lord se dirigió a mí.

—Suponiendo que te creyéramos, sin una orden de Guillermo tendríamos las manos atadas…

—Vos sois poco menos que su mano derecha. La conseguiréis.

Los ojillos avariciosos del conde no dejaron de examinarme.

—Los hombres como tú no se prodigan en generosidad. Ofreces colaboración, ¿a cambio de qué?

—Sé que tenéis poder para enviarme de nuevo a la cloaca de la que salí. A la peor de las muertes, incluso. También soy consciente de que, si algo falla, será muy fácil para vos encontrar una cabeza de turco en mi persona, dado ese poder. Por eso, me atrevo a pediros un pequeño favor a cambio de la información, Su Gracia: Liam MacDonald debe ser mío.

—Pides demasiado. Estamos hablando del asesino de un jefe de clan. Debemos hacer justicia con él para escarmiento de otros. Es demasiado… público.

—No hablo de exclusividad —respondí—. Solo pido un poco de tiempo con él. Pensadlo bien. No perderéis nada. Ni la posibilidad de un ajusticiamiento público, ni vuestra dignidad a ojos del rey. En cambio, el asesino llegará a vuestras manos mucho más dócil y maleable, menos combativo. No os causará problemas.

—¿Por qué ese interés en él?

—Digamos que tengo asuntos privados que han aguardado demasiado tiempo para ser resueltos.

Esperaba que aquella explicación liviana bastase, porque de lo contrario tendría que improvisar. Muerto antes de permitir que cualquiera de aquellos cuervos adivinase mis verdaderas razones.

Los dos hombres se miraron de nuevo, calibrando la respuesta. Por un momento pensé que iban a acribillarme a preguntas y me preparé para hilar una historia convincente que me dejara a mí y, a ser posible, a Kiara, al margen, pero no tuve que utilizarla.

Finalmente, sus propias ansias de venganza, de poder ilimitado, les hicieron ceder sin el más mínimo remordimiento, seguros en su posición de superioridad con respecto a mí.

Y yo me sentí mucho más cerca de mi propio cielo.

40. DEBEMOS ESCUCHARNOS

Liam

—¿Dónde está Connor?

Traté de ignorar el apremio y el temor impresos en sus preguntas y me centré en avivar el fuego de aquella cabaña de pastores, la más cercana que pude encontrar para llevármela lejos de cualquier oído indiscreto, de cualquier mirada perversa que no fuera la mía.

De ese modo, intentaba aquietar la culpabilidad. No tuve más que mirar de reojo los papeles que ella me había arrojado a la cara para sentir su peso asfixiándome el alma.

Me había entregado la lista. Pero con ella, me había mostrado el verdadero sentido de la traición que, durante cinco largos años, yo había atribuido única y exclusivamente a sus actos. Y mientras intentaba digerir aquel nuevo giro de nuestras vidas para superar el

hecho de que habíamos sido víctimas del peor de los engaños, ella permanecía sentada en el borde de aquel camastro, empapada a causa de la nieve helada que ya cubría los brezales, de la ventisca que había capeado con total imprudencia al escapar de mí, de mis insultos y mi comportamiento indecente. Herida en la cabeza a causa del golpe que se dio al caer, y en el corazón.

—*Damnnadh*… Ni siquiera sé por dónde empezar, Kiara.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué le has hecho, pedazo de…?

Me giré extrañado cuando la vi levantarse y avanzar renqueante hacia mí, para comprender que no estábamos hablando de lo mismo.

—No, espera. Vuelve a tu sitio, por favor. —No le di otra opción cuando la llevé de nuevo a la cama. Temblaba como un pajarillo, pero me desafiaba como una leona cuando tuve que empujarla para que se sentara—. Connor estará con Sorcha, como le pediste. Nunca se me ocurriría hacerle nada malo. Lo sabes. Por esa razón le has permitido acompañarme todo este tiempo. No tienes miedo por él, sino por ti. Y lo entiendo. Yo también lo tendría en tu situación. El otro día… La otra noche, me comporté como un auténtico animal contigo. Ni siquiera tuve en cuenta los moratones de tus piernas cuando… Bueno, ya sabes. Y hace un momento, en el prado… ¡No pensaba lo que dije! ¡Jamás se me ocurriría pensar en ti como en una cortesana, de ningún tipo! Pero es que la situación me supera. Te abrí mi corazón, Kiara. Te expliqué lo que ocurrió, y ni siquiera obtuve un poco de comprensión por tu parte, ya no hablamos de confianza.

—¿Te refieres a la que acabas de destrozar?

—Me refiero a la que hemos conseguido construir desde que hemos vuelto a encontrarnos, y que me has ofrecido a través de Connor. Aunque tu temeridad nos haya traído aquí.

Una mezcla de alivio y desafío oscureció sus ojos cuando me miró, tan directamente que mi corazón dio un salto en el pecho.

—Si tan seguro estás de mi temeridad, no entiendo por qué corriste tras de mí.

—Para evitar algo que, a todas luces, no evité —repliqué, señalando su aspecto—. Y para hablar, como ya te dije. Gracias por la lista.

No mencioné la otra parte. Antes, debíamos aclarar ciertas cosas.

Debíamos aclararlo todo.

—Es un enorme gesto por tu parte, teniendo en cuenta que tu hermano aparece en ella —continué, en vista de su mutismo.

Ella desvió su mirada con el brillo de las lágrimas contenidas y se frotó los hombros mientras se acercaba al fuego para calentarse. La manta que la cubría quedó sobre el catre, para ofrecerme un fabuloso despliegue de curvas sinuosas, trazadas bajo la tela de su vestido, que se entreveían por efecto de las luces incesantes que las llamas

proyectaban sobre él.

Yo me acerqué, embebido por aquella imagen gloriosa, con la excitación hormigueándome en las yemas de los dedos, pero no me atreví a ofrecerle el consuelo que parecía necesitar. En su lugar, acerqué una vieja banqueta y presioné sus hombros para que se sentara en ella. Colocado a su espalda, me decidí a desenredar con los dedos sus rizos empapados por la nieve y la escarcha.

—Aquella noche yo también perdí a mi familia —me confesó con voz trémula—. Al menos, a la que hasta aquel momento había considerado como tal. Mi hermano me entregó al asesino de Effie, que la mató para obtener de mí una confesión que te delatara.

Mis dedos se quedaron rígidos.

—¿Lo hiciste?

—No. Pero la mató igualmente. Y Sheena no logró dar contigo para advertirte de lo que estaba pasándome. De cómo mi esposo había conseguido sembrar la duda con respecto a ti con aquel dibujo y una simple frase escrita en su reverso, que puso mi mundo del revés. Mi cuñada se arriesgó por mí, fue descubierta por mi hermano. Después de irme a Glenorchy con Hugh, no volví a saber de ella… ¡Pero mantuve la prueba de tu traición conmigo!

—¿No pensaste que pudo haber robado el dibujo del carromato de Sorcha durante el ataque?

—Ignoraba que se hubiera producido un ataque. Como ignoraba casi todo acerca de ti.

—Pudiste buscarme. Pudiste asegurarte de que realmente había sido yo quien lo había escrito. Pudiste hacer tantas cosas…

—¿Las mismas que hiciste tú? —replicó, con un tono tan cortante que mi mano, que ya vagaba por el delicioso contorno de su nuca, volvió a detenerse.

—Tú contabas con una aparente evidencia de mi traición. Al menos debo concederte eso. Yo solo creí sus acusaciones hasta que pude comprobar con mis propios ojos el desastre de su ataque en Rannoch Moor.

—Pero nunca fue provocado por mí. ¡Yo no tuve nada que ver! Yo…

Iba a continuar hablando, cuando deslicé los dedos bajo la porción de su vestido que ocultaba su hombro, para encontrarme con una marca que atrajo mi atención.

Sentí cómo se ponía rígida bajo mi contacto, cómo contenía el aliento, pero agradecí a los dioses que no se moviera, que me permitiera apartar la tela un poco más, hasta ver de qué se trataba.

Me sentí como si me hubiera quemado, con ojos anclados en ese punto. Horrorizado, furioso. Inmerso en una oleada increíble de ternura y sentimiento de protección hacia ella.

—Un *wuivre*[42] —musité, entre incrédulo y espantado—. Una marca de…

—Hugh me la imprimió con un hierro candente la primera y última vez que me poseyó, dos meses después de nuestra separación. Cuando me resistí, se las arregló para reducirme a base de fuerza bruta. Después me dejó encerrada en la habitación, supongo que mientras se hacía con un hierro que tuviera esa forma, y regresó para ponerlo al fuego y estamparlo en mi piel. —Lanzó una exclamación oscura y cínica, que tembló al igual que ella cuando elevó una mano en mi dirección, intuyendo que había vuelto a acercarme—. Representa el poder. El amor imperecedero que solo se rompería con la muerte. Eso me repitió mientras me marcaba como si fuera una res. A continuación, me violó. Pasé tres días sumida en la fiebre que la quemadura me provocó, pero sobreviví. Y ese fue mi peor error, porque a partir de ahí comenzó mi infierno.

El sudor frío de la cólera resbaló por mi espalda y me hizo cerrar los dedos con tanta fuerza que me clavé las uñas en la palma cuando le di la espalda. Me sentía demasiado sucio como para mirarla de frente.

—¡Maldito sea el diablo! —grité, fuera de mí—. ¡Ni siquiera puedo cobrarme la venganza contra quién debe sufrirla, porque ya está muerto!

—Por mi mano.

Me sorprendí de escucharla tan cerca, pero mucho más de sentir el tacto apaciguador de sus pequeños dedos en torno a mi antebrazo. ¡Qué ironía! Era ella quien me contaba los detalles de su propio infierno, y quien me consolaba, cuando tendría que ser al contrario. Pero la determinación que vi en sus ojos mientras pronunciaba aquellas tres palabras, me estremeció de pies a cabeza.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo tardaste tanto en acabar con ese hijo de perra? ¿Cómo pudiste soportar esas vejaciones constantes durante tanto tiempo? ¿Por qué, en el nombre de Cristo, no acudiste a mí a través del *sgian dubh*?

—¡Nunca se me pasó por la cabeza acabar con él! ¡No hubiera podido! Hugh me sometía a una férrea vigilancia día y noche. Rara vez estaba sola. Ni siquiera cuando me encontraba con Connor podía disfrutar de un mínimo de intimidad. Sí, pensé muchas veces en abandonarlo, pero ¿qué habría sido de mí sin mi pequeño? Porque Hugh me lo hubiera arrebatado. No habría podido hacer nada para impedírselo… Y tú me habías traicionado. Abandonado de la peor manera. Igual que mi familia. Isobel se había ido tras la muerte de Effie; por lo tanto, me encontraba sola, en Glenorchy, con él —afirmó Kiara, sacudiendo sus rizos con energía hasta ahuyentar las lágrimas que amenazaban de nuevo sus ojos—. Connor fue mi fuerza para

soportarlo. Él… y la lista. Me propuse encontrarla en cuanto superé la primera noche y comprobé que no habría más. En cuanto supo de mi embarazo, Hugh dio por concluido su deber como esposo y como *laird*. Otras fueron las destinatarias de sus apetitos, lo que me dejó margen para buscar sin miedo a ser sorprendida.

—Pero él no dejó de maltratarte. Y el niño…

Un funesto pensamiento me hizo rechinar los dientes cuando Kiara acunó mi mejilla, en un gesto repleto de ternura que despedazó mis ansias de sangre.

—Nunca le puso la mano encima —afirmó—. En cuanto a mí… Prefiero no darte más detalles, puesto que has visto las últimas evidencias antes de que… de que yo…

Parecía incapaz de pronunciar la palabra. Tan débil como un recién nacido, pero tan dispuesta a seguir con su relato que solo se permitió un segundo de flaqueza, el que yo invertí en tomarla en brazos para llevarla junto al fuego y sentarla sobre mi regazo.

—Con el tiempo, su feroz vigilancia se fue relajando. Sabía que Connor me ataría a él, de modo que pude buscar la lista por todo el castillo y alrededores, sin encontrarla —prosiguió, reclinada contra mi pecho—. A esas alturas, y para todos en el valle, yo era la esposa díscola que no acataba las órdenes de su marido, que le obligaba a someterme a base de golpes e insultos delante de la servidumbre. Intentaba «domesticarme». Esa era la palabra que utilizaba en cada uno de sus castigos. Los soporté todos por miedo… Por cobardía… Y porque necesitaba tener en mi poder la lista para preservar la seguridad de mi clan.

»Aquel documento suponía un instrumento de chantaje. De Breadalbane, pero también de mi esposo. En mi ignorancia, pensé que haciéndolo desaparecer, también desaparecerían los efectos de la extorsión. Pero el tiempo pasaba y no lograba encontrarla. Solo había un lugar donde no había buscado: sus habitaciones privadas. Me había echado de ellas y ocupaba su cama con cuanta ramera se le ponía por delante. Ya no estaba interesado en mí para otra cosa que no fuera golpearme, de modo que lo tenía muy difícil.

»Hasta que se me ocurrió una argucia para permanecer a solas con él. Una noche, me armé de valor y me propuse seducirlo con una cena, bebida en abundancia y un vestido sugerente al que no pudiera resistirse. Ya había padecido toda clase de ignominias por su parte. La perspectiva de soportar una más apenas me alteró el pulso, de modo que me esmeré. Y logré lo que me proponía.

»Al cabo de una hora, Hugh estaba tan afectado por el alcohol que pensé que me sería muy fácil llevarlo hasta la habitación y dejar que durmiera la borrachera en su cama. Me convencí de que no habría nada más… Me equivoqué. No estaba tan ebrio como para no saber lo

que hacía, o con quién pretendía hacerlo. Cuando lo empujé hacia la cama, me arrastró con él. Apenas pude alejarme, pero él me siguió mientras murmuraba algo relacionado con volver a dejarme encinta. No sirvió de nada que intentara defenderme. Me arrinconó y me tumbó de espaldas sobre el escritorio. Cuando quise quitármelo de encima, me golpeó con la misma fuerza empleada estando sobrio. Mientras me mantenía inmovilizada con un brazo apretándome la garganta contra la superficie, se colocó entre mis piernas y…

Se interrumpió con un sollozo que la sacudió entera. Quiso incorporarse, pero no la dejé. Clavé mi barbilla en su cabeza y la acaricié hasta que sentí cómo su cuerpo se relajaba contra el mío.

Debía convertirme en su consuelo, en la tabla de su salvación. Porque, por primera vez desde que nos conocíamos, supe que estaba a un paso de llegar hasta ella. Hasta lo más recóndito de su alma, ese lugar oscuro que casi nadie sacaba a la luz a lo largo de su vida, pero que Kiara empezaba a dejarme vislumbrar.

No me alejaría. No ahora.

—Estoy aquí, *mo ghràdh* —murmuré, antes de depositar pequeños besos en su coronilla, en sus sienes, en sus mejillas mojadas—. No volveré a dejarte por horrible que sea lo que tengas que contarme. Nada me parecerá lo bastante abominable.

—¿No? ¿Ni siquiera si te digo que, mientras estaba dentro de mí, cubriéndome con su olor, con su aliento infecto, con sus gemidos de animal, busqué algo con lo que defenderme? ¿Ni siquiera si te explico cómo me sentí cuando mi mano tropezó con un abrecartas y se lo clavé en la espalda? —Lloraba abiertamente cuando apartó su rostro para inspeccionar el mío, como si a través de su dolor pudiera discernir si de verdad aceptaba su relato. Sin reservas ni críticas malsanas—. ¿Qué pensarás cuando sepas que solo así pude apartarme de él, que ni siquiera tuve remordimientos cuando comprobé que no se movía, y que seguí buscando la lista como si nada de aquello hubiera pasado?

—Que siempre fuiste mucho más fuerte y valiente de lo que creías, Kiara.

—¿Y si te digo que la encontré y, en lugar de prestarle auxilio, si es que todavía tenía salvación, lo dejé abandonado y fui en busca de Connor? ¿Y si te digo que ambos huimos por un pasadizo secreto? ¿Que durante días solo conseguí que mi hijo pasara frío, hambre y miedo, hasta que nos topamos con la posada de Fergus y, de paso, con Isobel? ¿Que me quedé allí, poniéndolos en peligro, solo porque pensé que no me buscarían tan cerca como en realidad me hallaba? ¿Que es la misma Isobel que mantienes encerrada en las mazmorras, y que además es mi hermana?

Respiraba entrecortadamente, enfebrecida por el cúmulo de

circunstancias que la sobrepasaban. Que nos sobrepasaban a ambos. Porque si su relato resultó una mezcla de abominación y coraje difícil de digerir para mi orgullo masculino, conocer los lazos de sangre que la unían a la enajenada que parecía obsesionada conmigo me dejó frío.

Incapaz de sentir nada.

Ni siquiera compasión, o asco, o furia. Nada.

Solo un vacío que se llenaría con mi claudicación. Porque acababa de descubrir que detrás de aquel rostro de ángel, se escondía la voluntad más férrea que había conocido en mi vida. Que las circunstancias que me acababa de narrar solo eran las consecuencias de mi propia cobardía, pero la habían marcado para siempre. Como a mí. Y comenzaba a dudar que alguna vez pudiéramos librarnos de esos grilletes para ser como realmente éramos. Para vivir.

Para amar.

—He cometido tantos errores que no podré subsanarlos, Kiara —dictaminé, apartándola de mi regazo con la sensación de que me arrancaba un pedazo de alma—. Te he atrapado como a una criminal. Te he aislado y, además, me he casado contigo. Pero te libero de tus responsabilidades. Puedes irte cuando quieras.

—Pues resulta que no estoy dispuesta a marcharme aún —me respondió, irguiéndose a través de su propia desgracia para mirarme con ese orgullo innato que me hacía brincar de admiración. Con los brazos en jarras, sus pechos vibrando por la respiración acelerada y sus ojos fulgurantes de ira—. Soy tu esposa. Seré la señora de Glencoe, y tengo algo que decir al respecto. ¡Entre otras cosas, ofrecerte mis disculpas!

—¿Tú, disculparte? ¿Por qué?

—¡Por haber creído al monstruo que asesinó a Effie delante de mí! ¡Por haberte ocultado que…!

Se detuvo, indecisa, pero ya había llegado demasiado lejos como para que yo le permitiera un retroceso. La sujeté por los hombros y la acerqué a mí.

—Habla.

—Que… Que… Connor es hijo tuyo, no de Hugh.

Todo a mi alrededor tembló y comenzó a dar vueltas. Me tambaleé, como si en lugar de aquella revelación inesperada, hubiera recibido un puñetazo en pleno estómago. Retrocedí y me apoyé en la pared, sin perderla de vista.

No podía ser cierto. Ella no era tan despiadada como para ocultarme algo así...

—Connor se ha ganado un lugar en mi corazón por méritos propios, Kiara. No es necesario que intentes comprarme con mentiras que…

—No es una mentira. Cuando nos trasladamos a Glenorchy, el

conde de Bradalbane requirió a Hugh para asuntos de guerra. Tuvo que marcharse aquel mismo día. No consumó nuestro casamiento hasta pasados dos meses, cuando regresó. Ya te lo dije. Y para entonces yo ya sabía que estaba encinta, Liam. ¡Connor es tuyo! —exclamó, envuelta en un llanto culpable cuando dio un paso en mi dirección, desesperada—. Me vi en la necesidad de dejarlo entrar en mi cama, ¡porque las consecuencias de lo contrario hubieran sido mucho peores! ¿Tienes una idea de lo que es vivir con la amenaza de la muerte pendiendo sobre tu cabeza? ¿Con un silencio impuesto, mientras ruegas que tu hijo nazca lo suficientemente débil como para que el resto del mundo piense que es sietemesino? ¿Con la esperanza de que sea aceptado como el heredero legítimo de Glenorchy?

—Pero después… —Me faltaba el aire. Tomé distancia y me revolví el pelo hasta que el cuero cabelludo me escoció. Necesitaba pensar, razonar, alejar de mí ese ramalazo de cólera incomprensible que rivalizaba con un naciente sentimiento de… ¿Orgullo paterno?—. ¡Has tenido tiempo suficiente para decírmelo, maldita sea!

—¿A un hombre que solo ha buscado su venganza a través de mi desgracia? ¿Que no cesaba de demostrarme su odio, pese a que mi hijo lo aceptaba como algo natural en su vida? ¿A alguien que podría pasar de ser su padre a su mayor enemigo? ¡Soy madre, Liam! ¡Moriría antes de poner a Connor en algún peligro conscientemente! ¡No me pidas que me comporte según tus deseos egoístas, porque jamás lo haré!

—¿Egoísta? ¿Qué pensabas que haría si me enteraba?

—¡Retenerlo contigo! ¡Echarme de tu lado para quedarte con él! ¡Separarnos!

No podía reprochárselo, después de cómo habían transcurrido las cosas entre nosotros.

Era fuerte, pero desconfiada. Marcaba su terreno con ferocidad. Se enfrentaba a mí como una leona defendiendo a sus cachorros, hasta que mi propio orgullo retrocedió, haciéndose a un lado conforme me serenaba.

Un hijo… Connor… Mío y de Kiara…

¡Por San Columba, aquel mocoso espabilado y desvergonzado era mi hijo!

Y ella… ¡Ella había pasado por el trance de alumbrarlo sin mí! ¡Con la única compañía de un sanguinario monstruo sin entrañas, haciéndole creer que era suyo para salvar su vida y legalizar la situación del pequeño! ¡Nuestro pequeño!

Un sentimiento de admiración profunda se abrió paso en mi pecho, pero permanecí impertérrito, implacable.

—Nunca hubiera hecho algo así, Kiara —afirmé—. Sé mejor que nadie lo que supone ser un bastardo. Jamás hubiera condenado a un

hijo mío. Lo hubiera reconocido…

—¿Cuándo? ¡Me abandonaste, me dejaste sola! ¡No tuve más opción que la que tomé! —Sus labios temblaron, pero contuvo el llanto con estoicismo, hasta que su actitud desafiante pasó a ser humilde—. Quizá debí decírtelo después de nuestra boda, pero no es que te mostraras muy solícito conmigo que digamos —intentó bromear, dando un indeciso paso hacia mí—. En todo caso, ya está dicho. Puedes creerme o no, pero es la verdad. Connor te quiere, aunque desconoce que eres su padre. En ti está aceptarlo, educarlo como tal, quererlo como se merece, o…

No siguió. Al menos con palabras. Aunque me esmeré en no moverme, sentí que la leve presión de su mano me quemaba como un hierro candente en la piel, en el pecho... Apreté los dientes, pero de nada sirvió. Escuché un leve jadeo que precedió a ese roce liviano de sus labios sobre los míos, de sus pechos presionando mi tórax para pegarse más a mí. Noté el asalto sin paliativos de su eterno aroma a violetas, y me rendí.

Su contacto, su beso... fueron mi perdición. Siempre lo serían. Estaba ardiendo por dentro, con toda la furia y decepción que sentía rivalizando con la esperanza. Anhelaba que todo aquello fuera más que un sueño, pero la quemadura que me abrasaba me impedía creerlo. Eran llamas que lamían mi mente y mi corazón, que se mezclaban con un airado e incontenible deseo por la poderosa poción que era el cuerpo de aquella mujer.

—Los *highlanders* son célebres por su orgullo —me susurró al oído.

—Y yo no soy una excepción, *fiosaiche*. Tenlo presente mientras intentas convencerme con artimañas propias de mujeres.

—Debes escucharme, Liam. Debemos escucharnos los dos —insistió, cesando en su intento de seducción para pasar a rodearme con sus brazos, hasta que su cabeza reposó justo sobre mi corazón—. Y si después descubrimos que nuestro amor no es lo bastante fuerte, entonces me iré.

Mi cerebro me urgía a intentar entender lo que ella quería decirme realmente, sin dejarme engañar por los placeres de la carne. Estaba ansioso por liberarme de aquella confianza endeble que había terminado hecha trizas, de mi fe recién nacida, del miedo a lo que todavía estaría por llegar si continuaba a su lado. Pero lo ignoré todo, aparentando una templanza que en realidad nunca me había acompañado, cuando la rodeé con mis brazos y con la única intención de serenarme, de apropiarme de todo aquello que me acababa de ofrecer.

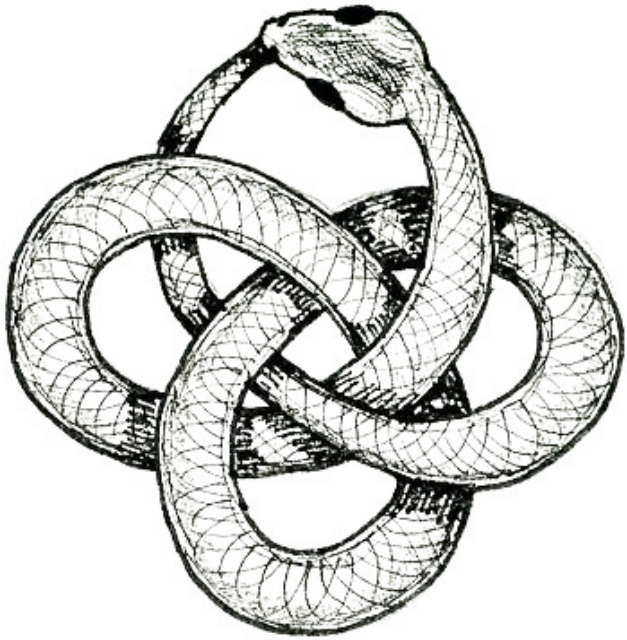
Su pasado, su presente, su futuro. Su alma, su mente, su corazón. Su cuerpo.

Aquellos incitantes labios que volvían a abrirse, dispuestos para mí. Jugosos, húmedos, invitadores, tan complacientes…

No pude contenerme más. La besé mientras una oleada de ternura se alzaba en mi pecho, ahuyentando todas mis dudas. Quería aquello. Quería a mi mujer, a mi hijo. Quería aquella vida. ¿Era una locura pensar que podría tenerla? ¿Era una fantasía aquello que colmaba mi corazón?

Mis ojos se perdieron en los suyos. Deseaba volver a besarla, que se entregara por completo a mis labios para expulsar cualquier duda, cualquier asomo de ese odio que nos había condicionado durante años, para sentirme tan libre como estaba sintiéndome en ese momento.

Pero antes, debía liberarme yo mismo.



41. MO CHRIDHE

Kiara

Una vez acabada mi confesión, aguardé con esperanza la reacción de Liam.

Quería aplacarlo. Esperaba, con aquel acto de justicia, poder borrar todos mis errores.

Y supe que lo había conseguido cuando lo vi derrumbarse ante mis ojos. Abrazarme, susurrándome palabras inconexas que iban más allá del lugar donde nos encontrábamos, mientras me llevaba al catre y se sentaba a mi lado.

No me miró cuando comenzó a contarme su propia historia. Parecía avergonzado al afirmar que creyó a Hugh, palabra por palabra, hasta el punto de culparme de la matanza de la que fue testigo cuando Rob, en un acto de humanidad que nunca le

agradecería lo bastante, le salvó la vida para dejarlo en mitad de Rannoch Moor y de sus muertos. De su desolación, la miseria, el dolor, los llantos y los gritos. Del hedor a sangre, a muerte, a sufrimiento. Todo un cúmulo de emociones que se adueñaron de Liam, que terminaron con todo lo bueno que pudo sentir un día por mí, hasta convertirme a sus ojos en la peor mujer sobre la faz de la Tierra.

—Fue lo más parecido a una guerra que he padecido. La muerte nos miró de frente, esperando para clavar sus garras en nosotros. Una matanza —añadió, con la cabeza entre las manos y un aspecto derrotado que me empujó a intentar confortarlo, tal y como él había hecho antes conmigo. Sin embargo, se irguió antes de que pudiera siquiera tocarlo y me atravesó con la profundidad de aquella mirada negra—. Una carnicería cuyo motivo aún tratamos de digerir. Pero cuando lo intentamos, la única palabra que nos viene a la cabeza es «sobrevivir». Porque eso fue lo que hicimos, Kiara. Me tragué el poco orgullo que aún me quedaba y los guie hasta aquí. Me convertí en un MacDonald, y el resto hizo lo mismo, para vivir.

Se señaló el emblema que sujetaba su *feileadh mor*. Un broche de plata adornado con piedras, y una rama de brezo adornada en el centro.

—El *plaid* siempre va por encima del hombro izquierdo, porque de ese modo el corazón queda cubierto con los colores del clan —aclaró, con una triste y fugaz sonrisa—. Aprendimos esos detalles y muchos otros, porque cuando la fatalidad se ceba con nosotros, solo podemos plantearnos dos opciones: abandonar y hundirnos, o respirar hondo y seguir adelante.

—Y tú elegiste lo segundo.

—Tenemos que vivir con nuestros demonios. Si no podemos domesticarlos, debemos hacer el esfuerzo de soportarlos.

—¿Ellos… son tus demonios?

Me atreví a elevar una mano para colocarle tras la oreja un mechón de pelo que se había soltado. Solo un tibio gesto de ternura, me dije. Solo algo que ofrecerle para que no se hundiera mientras rememoraba su peor infierno en años. Y él lo aceptó sin moverse. Envolviéndome con esa mirada trascendental, preñada de un dolor que aún continuaba fresco.

—Ni lo son ellos ni lo eres tú, *mo ghràdh*. Forman parte de mi pasado y no quiero borrarlo, pero el pasado es un recuerdo, y tú... Tú estás aquí, bien viva, delante de mí. ¿Lo entiendes? ¡Estoy harto de luchas! ¡Cuando no nos estamos matando entre nosotros, nos piden nuestra vida a cambio de morir por un rey que se burla de nosotros! ¡Que pretende dirigir nuestras vidas desde su cómodo exilio en Francia, mientras los jefes de los clanes del norte renuncian a sus más arraigadas creencias a favor de un juramento que dudosamente podrá

salvarnos!

—Pero el *laird*…

—¡No sabemos nada de él! ¡Ha podido llegar tarde, suponiendo que haya llegado!

Se levantó, furioso. Incluso a aquella distancia, era patente la carga que soportaba. Los remordimientos que mi relato le habían ocasionado no habían más que acrecentarla.

—Deberías olvidar para poder seguir adelante con la conciencia tranquila, Liam.

«Yo ya lo he hecho. Lo haría una y mil veces por recuperarte».

Él me miró como si hubiera proferido la peor de las blasfemias.

—¡Nunca! —exclamó—. ¡La memoria es…!

—Algo admirable, que nos hace revivir momentos maravillosos. Pero también es algo terrible, que nos impide olvidar completamente lo que no queremos ver. Lo sé. Llevo sabiéndolo demasiado tiempo. Es más fácil odiar a los que nos han hecho daño que intentar comprenderlos…

—¿Eso fue lo que te ocurrió con Hugh? ¿Intentaste comprenderlo?

—¡Me habría convertido en un ser tan aberrante como él de haberlo intentado siquiera! —Me levanté de un salto, indignada porque me mostrara ese asomo de duda a aquellas alturas, pero ver su gesto distorsionado por el sufrimiento terminó con cualquier clase de ira. Me acerqué a él y acuné su cara barbuda en mi mano—. A él no lo vi venir, *mo chridhe*. A ti te presentí mucho antes de tenerte en mi camino. Y desde entonces, no he dejado de anhelarte, a pesar de que me he desvivido por odiarte.

—¿Formo parte de tu corazón?

—Eres mi corazón. Dicen que las personas solo somos el fruto de las circunstancias que nos rodean, de sus aciertos y sus errores, que forjan nuestro carácter. Eso ha ocurrido con nosotros, Liam. Nuestros avatares han hecho de nosotros lo que somos ahora, pero aún tenemos potestad para cambiarlo. Para darnos una segunda oportunidad.

Parecía tan conmovido que pensé que nos ofrecería esa oportunidad a manos llenas, pero cuando, en un inesperado movimiento, me enredó la cintura con un brazo para pegarme a él, empecé a dudarlo. Su impasividad había regresado a él. No hablaba. Tampoco despedía ira silenciosa, o tristeza, o enfado o dolor. Solo su mandíbula, dura como el granito, delataba algún estado de ánimo, pero algo sucedió entre nosotros cuando me permití ahondar un poco más en el fondo de aquellos ojos brillantes. Algo que hizo que la esperanza floreciera en mi seno. Era la misma conexión intensa que había sentido siempre con él. Y percibí que él tampoco había dejado nunca de sentirla.

—Liam… Perdóname. Por todo —supliqué, colgándome de su cuello para aspirar el potente aroma masculino que manaba de él. Lo necesitaba para sentirme plena, entera. Redimida—. Nunca debí rendirme tan pronto. ¡Debí luchar! ¡Contra mi hermano, contra Hugh! ¡Debí buscarte con Connor, en lugar de esconderme como la asesina que...!

—…Nunca has sido, ni serás —prosiguió él por mí, cuando me apartó para recoger con su dedo las lágrimas que me cegaban los ojos —. Me has trastornado. Has conseguido derribar los muros que había levantado a mi alrededor cuando nos separamos la primera vez. Te aseguro que mi alma herida estaba amurallada. Pero tú la has liberado. Quiero verte a salvo. ¡Veros a salvo! Ahora que sé que Connor es mi hijo, haré lo imposible por conservar conmigo a mi familia. Lo juro.

Afianzó su juramento con el deseo que vi acumulado en el fondo de aquellos ojos de mirada feroz, que me hicieron sentir única. Invadió mi boca en un beso destinado a marcarme como suya, mientras sus dedos maniobraban con habilidad para desprenderme de la manta que me cubría primero, y del vestido después, hasta mostrarme ante él completamente desnuda. Ardiendo de deliciosa anticipación. Perfectamente consciente de todo lo que me rodeaba, de él, cuando se apartó un par de pasos para abrasarme entera sin tocarme.

—¡Por San Columba, mujer! Eres tan preciosa…

Se desplazó a mi alrededor con una lentitud devastadora, resiguiendo con las yemas de los dedos cada marca, cada cardenal, cada herida. No me dio opción a moverme, o a sentirme mínimamente culpable o avergonzada ante aquello que veía y que pretendía curar a base de caricias. Mis piernas apenas me sostuvieron cuando sentí la punta de su lengua humedecer mi cuello, mi hombro y descender hasta mis pechos. Sentir su boca succionando uno de mis pezones, mientras pellizcaba el otro, me produjo una oleada de intenso placer mezclado con dolor que me convirtió en una mujer desinhibida, llena de una salvaje sensualidad que deseaba demostrar.

Pero cuando alargué las manos para desvestirlo, él me las sujetó con una sonrisa canalla que nunca creí volver a ver.

—Así es como te pediré perdón, Kiara. Este es mi modo de compensarte por todos los sufrimientos padecidos. Dudo que sea suficiente, pero déjame hacerlo a mi manera, te lo suplico —murmuró contra mi boca, al mismo tiempo que abría el broche para que el *plaid* cayera hecho un remolino a sus pies.

Su camisa siguió el mismo recorrido, hasta permitirme apreciar su espléndida desnudez. Sus hombros anchos, las ondulaciones de cada músculo remarcado por la tensión, la flexibilidad que siempre había

ostentado, aumentada por años de trabajo duro. Y aquella verga que se erguía entre sus piernas plena, poderosa, dura, ardiente y brillante de lujuria, de placer.

Los eróticos recuerdos de nuestra primera vez juntos acudieron a mi memoria de un modo brutal. Tan solo observando el poder implícito en sus caderas o las dimensiones de sus muslos, la piel y los nervios se me erizaban.

Él se desplazó a mi espalda antes de que pudiera tocarlo, para continuar con aquella deliciosa tortura que me estaba llevando al límite.

—Quiero tener tu cuerpo, *mo ghràdh* —dejó caer junto a mi oído —. Quiero sentirte junto a mí cuando cierre los ojos, esta noche y todas las noches. Quiero sentir tu olor... Conservar el gusto de tu piel en mi lengua. Saborearte entera.

Me apretó contra su pecho con tanta fuerza que su impresionante erección se alojó en mi trasero. Pude sentir sus pulsaciones, oler el aroma almizclado que se extendía entre nosotros, escuchar sus jadeos mezclados con los míos, sus gemidos potentes. Y aquellos dientes que mordisquearon mi hombro antes de notar el roce de su aliento contra mi piel cuando sopló en mi marca. El delicado tacto de las yemas rugosas en mi cuello, desembocando en mi pecho, me mantuvieron en un estado de excitación difícil de soportar, que aumentó vertiginosamente cuando se desplazaron hasta mi sexo para introducirse en mi interior.

Todos mis sentidos se agudizaron al mismo tiempo. Cuando sus dedos se movieron, jadeé y traté de retener el poco aire que aún llenaba mi pecho, y que se escapó al mismo tiempo que su risilla masculina. Deliciosa. Arrogante. Como todo él.

—*Dhia*, *fiosaiche*, estás empapada…

Abandonó el ardor que me consumía entre las piernas para girarme y pegarme a él. Piel con piel, corazón con corazón; una mirada determinante, fuerte, contra otra anhelante, ardiendo de necesidad. No tuvo dificultad alguna en sujetarme por la cintura y hacer que mis pies dejaran de tocar el suelo, con un gruñido demasiado varonil.

Esperaba que me elevara, ¡por Dios que sí! Pero no imaginaba que lo hiciera de aquel modo. Me alzó y me hizo resbalar por su cuerpo húmedo. Deslizando la mano, abrió los labios entre mis muslos e introdujo la punta palpitante de su miembro dentro de mí.

Yo me aferré a él con los brazos y un gemido.

—Rodéame también con las piernas —me susurró él con un murmullo ronco.

Cuando lo hice, su penetración se volvió más profunda, como nunca hasta ese momento. Me sostuvo por las nalgas mientras

avanzaba con lentitud hasta el catre, en un recorrido que debió ser corto por las dimensiones de la estancia, pero que deseé que no terminara nunca.

¡Dios querido, aquel hombre podría excitarme incluso contra mi voluntad si así lo deseara! Sentirlo dentro de mí era algo tan poderoso que no podía pensar en otra cosa diferente de las oleadas de placer que iban y venían, avanzaban y retrocedían a cada paso. La fricción de su virilidad fue tan exquisita que yo me arqueé hacia atrás, gritando de auténtico placer, justo antes de estallar cuando mi espalda tocó el lecho y él se sostuvo sobre sus antebrazos para evitar aplastarme con su peso.

Fue espectacular, único. Como una erupción volcánica que nos bañó a ambos en lava fundida.

Pero Liam no había llegado a su clímax. Y no pensaba hacerlo en ese momento. Su cuerpo parecía a punto de romperse como consecuencia de la rigidez que lo dominaba, pero se controló lo suficiente como para salir de mí y posicionarse entre mis piernas para colocarlas sobre sus hombros, de modo que su cabeza quedó a medio suspiro de mi sexo palpitante de placer.

—Liam…

—Aún no, mi vida. Aún no…

Se tomaba su tiempo. Mi corazón todavía no se había recuperado cuando contuve la respiración al sentir el firme roce de su lengua entre mis pliegues empapados. Sus dedos, los de carne y hueso y los metálicos, casi incrustados en mis caderas para evitar que me moviera. Me encontraba completamente expuesta para él. Completamente abierta, dispuesta a todo lo que él quisiera hacerme. Y se dio un auténtico festín.

Me aferré al colchón para evitar ceder a esa fuerte sensación de vértigo que amenazaba con hacerme caer a un abismo sin fondo cuando aquella diabólica lengua se introdujo en mi interior. ¡Dios, era tan bueno! Mis caderas respondieron adelantándose, pero él siguió sujetándome con firmeza. Escuchaba su respiración pesada e irregular abrasándome la piel, quemándome entera. Olía su propia excitación, casi podría ver el límite que estaba a punto de cruzar mientras chupaba, succionaba, me lamía entera, hasta que los remolinos de intensa pasión que me presionaron el vientre estallaron contra su boca de nuevo.

—Ahora sí. —Liam se irguió y observó el resultado de su dedicación mientras se relamía con ansia. Su barba brillaba húmeda con mis fluidos cuando, sin que mis piernas descendieran de sus hombros, me penetró.

La palpitante erección que me colmó, también consiguió que mi cuerpo temblara de nuevo.

¡Dios! Adoraba aquella parte animal de él. Ese modo salvaje, contundente y seguro en que se introducía dentro de mí. Todo en él era duro como el hierro. Destinado a romperme por dentro y reconstruirme, a llenarme hasta hacerme gritar de nuevo de placer.

Eso me dijeron sus ojos mientras conectaron con los míos. Sus pupilas dilatadas por el placer que, ahora sí, no contendría más. Todos los tendones y músculos de su cuerpo, moviéndose al son de sus embestidas mientras yo me rendía por completo.

Liam

En el mismo momento en que me aferré a ella para dejarme abrasar en su interior, acepté por fin que Kiara se había convertido en una mujer diferente a la muchacha que había conocido hacía cinco años y, sin embargo, capaz de conseguir que volviera a enamorarme. Con cada uno de mis embates, parecía avivar algo ineludible en mi interior que me hacía sentirme capaz de luchar contra osos, de atravesar océanos a nado, de sacrificar mi vida entera... Por ella.

Se había convertido en una criatura aterradora. Podía robarme el aliento con una simple sonrisa. Podía hacerme aceptar sus pérfidos actos del pasado para perdonárselos con tal de poseerla. Y ahora, me empujaba rápidamente a un abismo de olvido al que me dejé llevar cuando recibí de sus ojos el mismo ímpetu sensual y lujurioso que había buscado las otras dos ocasiones en las que la había llevado a lo más alto. Saber que ella quería aquello tuvo en mí un efecto que iba

más allá de la satisfacción o el orgullo masculino. Me llenó de una intensa calidez que llegó al fondo de mis entrañas y tiró de ellas.

En aquel momento, nada me parecía más importante que darle placer.

Ni siquiera valorar con fría objetividad su relato, porque no había nada de frío en mí. Ni en ella.

—Es tan bueno sentirte así… No te detengas ahora, Liam, te lo suplico…

Me enterré aún más hondo, más profundo. Mis caderas estaban a punto de romperse por la contención empleada, al igual que mi mandíbula, pero aguardé. Quería conservar para mí aquellos preciosos instantes, sentir de nuevo aquella peculiar conexión que siempre nos había unido. Un intenso deseo de posesión que no surgía lentamente, sino que se transformaba en una reacción feroz y primitiva. Aumenté el ritmo, la velocidad, sintiendo que mi resistencia llegaba a su fin. Notaba los latidos de mi corazón en la garganta. Percibía mi verga llenándose de sangre, haciéndose más larga y gruesa, hasta que sus palpitaciones me dolieron por la urgencia y exploté, en ella.

Por ella. Con ella.

Fue único. Rudo y tierno, fuerte y delicado. Una de las tormentas más violentas, que me vapulearon hasta dejar mi corazón en carne viva y mi cuerpo completamente derrumbado. Solo cuando abrí los ojos y pude ver las pequeñas gotas de sudor que perlaban su frente, me di cuenta de que su estado no era mucho mejor que el mío.

Sonreí. No tenía energía para más. Ni siquiera para apartarme. Quería quedarme allí para siempre mientras intentaba grabar en mi memoria su aspecto. Sensual, lo más erótico que había visto en mi vida. Desnuda debajo de mí, con su piel sonrosada por el placer absoluto, brillante por el sudor. Sus ojos, soñadores, preciosos como sus labios entreabiertos, sus mejillas arreboladas y aquellos preciosos pechos que se agitaban furiosos por los últimos coletazos de un placer que aún latía alrededor de mi verga.

No se movió. Entrecerró los párpados y alargó una lánguida mano hasta alcanzar mi barba. Parecía satisfecha, allí tumbada, con su pelo formando un aura alrededor de su cabeza.

Nunca me había parecido tan delicada, tan vulnerable, tan hermosa.

Y había sido producto de mis peores emociones. En un principio, una especie de castigo impartido por mí que, sin embargo, me había dejado vacío, hueco, como si tuviera un gran agujero en el vientre.

—Si existe un punto más bajo en la vida de alguien, sin duda yo lo alcancé en nuestra noche de bodas, Kiara —afirmé repentinamente vencido, ccubriéndonos a ambos con su manta.

Ella se giró hacia mí y me miró sin comprender, pero siguió en

silencio. Permitiendo que la retuviera contra mi cuerpo.

Esperando.

—Reconozco que te tomé de aquella manera porque… Quería dejar bien claro que, hasta aquel momento, no representabas para mí más que el principal objeto de mi venganza —confesé, conteniéndome para no cerrar los ojos ante el rechazo que sin duda se produciría.

—¿Y ahora? ¿Sigues pensando lo mismo?

—¿Cómo puedes siquiera pensarlo? Ahora… Ahora sé que te amo más allá de toda razón, *mo ghràdh*. Significas todo lo que siempre he soñado. Todo lo que deseo y necesito. Eres hermosa, inteligente, valiente y sensual. Encarnas la mejor expresión de honor que conozco.

—¿Significa eso que nuestro matrimonio sigue adelante?

—Deberías dejar de hacer preguntas cuya respuesta es más que evidente, *fiosaiche*. —Pero tomé su cara entre mis manos y atrapé de nuevo sus labios como deseaba atrapar su corazón—. Nunca volverás a estar sola. Nadie volverá a separarnos, Kiara.

—Confianza —promulgó en un hondo suspiro que, al fin, llenó mi vacío.

—Exactamente, mi vida. La que siempre debimos tener, y que otros se encargaron de destrozar. La que ha vuelto a instaurarse entre nosotros, y que pienso conservar y engrandecer en la medida que me sea posible. A través de una promesa perenne, continuada en el tiempo, que ligará nuestros cuerpos, pero también nuestras almas, nuestros espíritus…

Se incorporó y me abrazó. Se sacudió contra mi pecho presa de la misma emoción que me hacía temblar a mí. Cuando elevó sus preciosos ojos en mi dirección, supe por primera vez que era perfectamente posible morir de pura felicidad.

—Kiara… —repetí, pero un ruido en el exterior interrumpió mi frase.

Era el sonido de cascos que se acercaban.

Los dos nos quedamos inmóviles, mirando en dirección a la puerta perfectamente cerrada, hasta que, con sigilo, me asomé a la ventana para ver de quién se trataba.

—Por San Columba… ¡Es él! ¡El *laird* y su escolta! ¡Ha vuelto!

42. EL ATAQUE

Kiara

Debía informar a Alasdair del contenido de mi visión.

Sin importar que me creyera o no. Sin pararme a pensar en que Liam había reconocido que me amaba, y en todo lo que aquel descubrimiento significaba.

Su corazón había iniciado el proceso de sanación parejo al mío, pero ambos tuvimos que darnos por vencidos cuando su padre se negó a creer una palabra de lo que yo le conté. A instancias de él, Liam ordenó aumentar la vigilancia en las entradas al valle. Durante las siguientes semanas, procuró no apartarse de Connor o de mí. Yo insistía en que no era necesario, pero él se empeñaba en lo contrario. Mantenía las distancias durante el día. Delegaba en alguno de sus hombres cuando sus nuevas obligaciones lo apartaban de nosotros, y

durante la noche… *Dhia*! Nunca pensé que se hubiera convertido en un amante tan experto, entregado y apasionado. Exigía lo que daba, y yo cumplía de buen grado sus expectativas. Cada noche, me encerraba en una burbuja de apasionada felicidad que ninguno de los dos quería romper.

Pero que se rompió, una mañana de finales de enero.

Terminaba de lavar la ropa junto con Catriona y las demás cuando un murmullo preocupante precedió a un montón de guerreros MacDonald conduciendo a un contingente de soldados hacia la casa del *laird*, comandados por…

—¿Rob? —conseguí vocalizar cuando distinguí a su capitán.

—¿Rob? —murmuró a la vez Liam, a mi lado, con Connor de la mano—. Me salvó la vida, *mo ghràdh*. No puedes esperar que olvide su nombre —dio por toda explicación.

Los seguimos al mismo tiempo que Alasdair salía y observaba a los al menos cien efectivos de casacas rojas, desarmados por los MacDonald.

—Milord, dudo mucho que me reconozcáis. Soy Robert Campbell de Glenlyon, y estoy al mando de este regimiento de infantería.

—¿Cómo no os voy a reconocer? ¡No ha pasado tanto tiempo, sobrino!

—¿Sobrino? —exclamamos Liam y yo al unísono.

—En realidad, su padre era mi sobrino en segundo grado por parte de madre y… ¡Bueno, sobrino lejano pero pariente al fin y al cabo! ¡La última vez que supe de tu familia fue por una visita muy parecida de tu padre, hace ya demasiados años!

—Milady, er…

—Liam MacDonald, Rob. Es mi hijo. Mi sucesor. Y ella es su esposa.

Con aquella información, Alasdair acababa de ponerme fuera de su alcance. Si su presencia allí tenía como fin mi captura, o siquiera mi acusación formal por la muerte de Hugh, la advertencia de lo contrario surtió efecto. Los ojos sagaces de Rob se clavaron en Liam y después en mí, para pasar por último a Connor. Sus cejas se fruncieron con un montón de interrogantes que se cuidó mucho de expresar en voz alta. Hizo un rápido recorrido por los guerreros MacDonald, hasta que al fin asintió con una tenue sonrisa.

—Nos conocíamos de antes —apreció, tendiendo su mano a Liam —. Me alegra ver que conservasteis la vida… MacDonald.

—Yo también me alegro. ¿Qué os trae por aquí con este tiempo?

—Vos lo habéis dicho: este tiempo infernal que nos impide proseguir nuestro camino hacia Inveraray. Venimos de Invergarry con el encargo de recaudar el cuarto libre[43] junto con el capitán Drummond, pero se ha retrasado, y las condiciones climatológicas nos

impiden aguardarlo en otro lugar. Solicitamos vuestra hospitalidad. —Con una humildad que no había perdido a lo largo de los años, se dirigió a Alasdair—. Entenderé que no deseéis nuestra presencia, pero seréis debidamente recompensados. El rey tiene muy en cuenta la hospitalidad escocesa…

A pesar de que el *laird* sonreía, sus ojos habían adquirido aquel brillo calculador que lo llevaba a desconfiar de aquella maniobra aparentemente inofensiva. No fue necesaria una palabra para que todos comprendiéramos que aquella reunión con Drummond formaba parte de algo mucho más importante que se tramaba entre ingleses y escoceses afines a Guillermo.

—Debemos otorgárosla. Es una cuestión de honor —concluyó Alasdair, con una significativa mirada dirigida a Liam.

Hablaba del mismo honor que su hijo llevaba años persiguiendo. Le daba una muestra de él; sus hombres no necesitaron más orden que aquella. Abandonaron su postura beligerante contra los otros y los aceptaron en sus casas, con sus familias. En sus comidas, en sus juegos. Les ofrecimos lo poco que teníamos en aquella época del año durante dos semanas.

Rob pasó a ocupar una habitación en la casa del *laird*, muy cerca de la nuestra. Nuestra relación no era estrecha, pero sí cordial. La de sus hombres pasó a convertirse en muy amigable con el resto del valle. Jugaban a las cartas todas las tardes hasta que llegaba la noche, mientras compartían su cerveza negra entre risas, cánticos e historias contadas alrededor del fuego de los hogares.

Realmente llegamos a pensar que decían la verdad.

Que ignoraban mi participación en la muerte de Hugh, o que no eran ellos los encargados de buscar y encontrar al culpable de la misma. Que el milagro podría haber tenido lugar y en realidad los habitantes de Glenorchy habían agradecido librarse de un jefe tirano.

Que aquella palabra, confianza, también podía aplicarse a ellos en toda su extensión.

No nos mintieron. El capitán Drummond llegó el 12 de febrero. Un hombre estirado pero afable, que aceptó la invitación de Alasdair de comer con él al día siguiente, después de que hubiera descansado de tan largo viaje.

La invitación nunca llegó a consumarse.

Porque aquella misma noche, el peor infierno que pudiéramos imaginar se desató en el valle.

—Kiara… Kiara, despierta…

La voz de Liam me hizo sentarme en la cama, sobresaltada por los ruidos confusos que comenzaban a llegar del exterior, mezclados con otros, mucho más amortiguados, que provenían del interior de la casa.

Me estremecí y me froté los brazos, antes de mirar hacia la ventana. Pequeños golpecitos sonaban a través del cristal. Al otro lado, Rob lanzaba piedras lo bastante pequeñas como para alertarnos sin dañarlo. En cuanto nos vio, tomó su espada y se alejó un par de pasos.

De pronto, hubo una explosión de gritos, llantos, golpes sordos, alaridos y voces de alarma, demasiado claras para nosotros.

—Nos atacan…

Y Rob había procurado avisarnos para intentar evitar lo que a todas luces parecía inevitable.

No me dio tiempo a reaccionar. Antes de que pudiera espantar del todo la neblina del sueño, él ya se hallaba vestido, portando todo su arsenal de armas. Me arrojó el vestido, un *arisaid*[44] de lana para que me abrigara con él y mi par de botas. Cuando iba a expresarle toda la sarta de razones por las que no quería que se alejara de mi lado, me llevó las manos a la boca y negó con la cabeza.

El corazón me latía salvajemente mientras abandonamos nuestra habitación como un par de forajidos para llegar hasta la de Connor, pero cuando nos disponíamos a huir por la puerta principal, vimos a Rob irrumpir en la vivienda, acompañado de varios de sus hombres, que saquearon cada estancia arrasando con todo. Tuvimos el tiempo justo de retroceder de nuevo. Parapetados tras la puerta de nuestro cuarto, observamos a cuatro de esos hombres entrando en las

estancias privadas del *laird* para asesinarlo a sangre fría mientras aún dormía.

Connor contuvo un gemido, amortiguado por mi mano en su boca, cuando otros dos hombres penetraron en las habitaciones de Catriona y la sacaron a rastras.

Liam entrecerró los ojos y empuñó su *claymore*, dispuesto a defender a su hermana incluso a costa de sí mismo, pero yo lo sujeté por el brazo a tiempo de impedirlo.

—Son demasiados —murmuré, con el corazón destrozado y la vista nublada por las lágrimas de pena—. No podrás acabar con todos tu solo.

Y su hijo lo necesitaba vivo. Yo lo necesitaba vivo.

Con una expresión de fiera impotencia, se giró hacia nosotros.

—No podréis escapar por aquí —siseó—. Tendréis que hacerlo por la ventana.

Nos arrastró hasta allí, pero se detuvo al ver la escena que se desarrollaba ante nuestros ojos.

Francis Farquhar y Gilbert Kennedy, los dos lugartenientes de Rob que se habían hospedado con Sorcha, permanecían frente a él, flanqueados por cuatro soldados.

—Debemos cumplir las órdenes —exigió Rob, con una nota de pesar en su voz que no nos pasó desapercibida a ninguno de nosotros.

Francis y Gilbert rompieron sus espadas delante de él.

—Nos negamos a participar en semejante matanza, señor —afirmaron al unísono, antes de ser arrestados por sus propios compañeros.

Por un instante, nuestros corazones se detuvieron. «Matanza». Esa era la palabra exacta que describía el horror que se extendió ante nuestros ojos, y que llegó con mucha más claridad al resto de nuestros sentidos cuando Liam abrió la ventana y el aire gélido penetró en la estancia.

—Bajad por las ramas de la enredadera. Es lo bastante fuerte, para sosteneros.

—¿Y tú?

Un nuevo alarido de Catriona le hizo retroceder.

Ahí tenía mi respuesta. La expresión de todos mis temores.

—Me reuniré con vosotros en cuanto pueda. Estaremos conectados. —Se desprendió de su piedra de los dioses y me la ató al cuello. A cambio, descolgó la mía y se la colocó en el suyo. Con un mudo sollozo, le acaricié el rostro. Pude ver el terror en sus ojos; lo reconocí porque yo estaba sintiendo lo mismo: el pánico que me había asaltado en el instante en que vi las primeras sombras y escuché los primeros sonidos de la muerte que acechaba, que se acercaba inexorablemente hacia todos nosotros—. Te prometí que no volvería a

dejarte sola, y así será, *mo ghràdh* —me aseguró, antes de estamparme un beso en la boca que me supo a amarga despedida. A muerte. A desgracia—. Un día nuestros cuerpos se separarán. Puede ser hoy, o dentro de muchos años, pero cuando ocurra, nos reencontraremos en el otro lado, y entonces, será para toda la eternidad.

—¡No! ¡No pienso consentirlo!

Él me respondió con una sonrisa tan triste que me encogió el corazón. Después se apartó unos pasos para dejarme margen de maniobra y asintió. Me colgué de la primera rama y aguardé a que Connor me siguiera, pero no abandoné la mirada firme de sus ojos negros.

Porque en ese momento, comprendí las dimensiones exactas de lo que él me había querido explicar hacía años acerca del honor. Viéndolo, me di cuenta de que se había convertido en un hombre íntegro, con su inquebrantable código de honor libre del veneno de quienes pretendieron destruirlo en su momento.

Por aquellos que le importaban, era capaz de cualquier sacrificio.

Y eso era lo que se disponía a hacer. Salvarnos a nosotros para correr en auxilio de su hermana, ya que nada podía hacer por su padre.

Sin pretenderlo, acababa de convertirse en el auténtico jefe del clan MacDonald. Un héroe que se enfrentaría solo a toda una jauría de traidores que se habían aprovechado de la hospitalidad de aquellas gentes para asestarles un golpe mortal.

Gemí cuando mis pies tocaron el suelo cubierto de nieve congelada, y acogí entre mis brazos el cuerpecito de Connor, que se apretaba contra mí temblando de frío y miedo. Todo mi ser se revelaba contra la idea de abandonarlo, pero ¡por todos los Santos del cielo! ¿Qué otra cosa podía hacer para ayudarlo? ¿Para salvarlo de su propia y noble insensatez?

—¡Milady, venid conmigo! Un grupo enorme de casacas rojas ha bloqueado la salida del valle por Kinlochleven, y hay otros tantos que vienen por la cañada norte… comandados por Glenlyon.

El corazón se me detuvo.

Glenlyon. Mi clan. Mi familia. Mi hermano…

—Ewan… —musité a Bavol, antes de que una idea comenzara a tomar forma—. ¡Si conseguimos ponernos en contacto con él, es posible que pueda convencerlo de…!

—¡Siguen órdenes de estancias más altas! ¡No se detendrán, y yo debo protegeros!

El viento helado penetraba a través de la tela calando hasta los mismos huesos. Mi propia visión se vio perjudicada por sus hilos cortándome los ojos, pero por un momento, me quedé petrificada ante lo que contemplaba. A mi alrededor todo era dolor, muerte y

sufrimiento. A pesar de que me vi arrastrada por Bavol hacia algún lugar lejos de allí, tropezamos con varios cadáveres por el camino. Hombres, mujeres, niños, ancianos. Los traidores no habían hecho distinciones. El olor a quemado me revolvió las entrañas mientras corría a la sombra del hombre de Liam, intentando ignorar los gritos de auxilio, los llantos desgarradores. Los cuerpos del ganado abrasado por las llamas cuyas columnas se alzaban en cualquier parte, convirtiendo Glencoe en la mejor expresión del mismísimo infierno.

Mi mente era incapaz de reaccionar. Mi cuerpo se movía por inercia y el calor escapaba de él con rapidez, a pesar del esfuerzo realizado para escapar. Bavol nos guio con rapidez hasta la orilla del río, una ruta que, al parecer, otros habían seguido, y continuamos hasta emprender el camino hacia las Tres Hermanas. Caminé a través de la nieve que me cubría hasta la rodilla, a pesar de que todo mi ser tiraba de mí en sentido contrario. Hacia Liam. Para vivir o morir con él, igual daba.

—¡Ni se os pase por la cabeza, milady! —De nuevo Bavol. Frente a mí, con aquel enorme corpachón cortando la corriente gélida que comenzaba a entumecerme, y que había provocado la muerte de varios de nuestros acompañantes ya—. Seguid. Ya queda menos.

Estuvimos horas caminando, a merced de aquel tiempo que amenazaba con terminar con todos los que habíamos sobrevivido al ataque. Podía verlo en la mirada vacía pero determinante del guerrero en el que volví a apoyarme. Podía escucharlo en unos gritos de agonía cada vez más lejanos, reemplazados por el sonido de los cuerpos cayendo a la nieve, víctimas del frío extremo. Y lo vi cuando al fin encontramos una cueva donde refugiarnos.

—¡Kiara!

Sorcha había sobrevivido, al igual que Lilly, aunque su agotamiento era tan patente que me pregunté por cuánto tiempo lo conseguirían, pero no pronunciamos ni una sola palabra cuando nos fundimos en un abrazo para darnos calor, para protegernos.

—Liam… —preguntó la anciana.

—El *laird* ha muerto. Catriona estaba siendo atacada cuando nos obligó a huir por la ventana —dije en un susurro lleno de volutas de vaho que se escaparon de mi boca.

Miré a Connor, que dormitaba junto a mi pecho, aprovechando el poco calor que podíamos conservar. Sus labios comenzaban a ponerse azules. Temí que aquel sueño no fuera por cansancio, sino la antesala de la muerte, y lo agité hasta que comprobé que podía abrir los ojos, y me permití tan solo un segundo de respiro.

Horas después, la mitad de los refugiados en la cueva habían muerto congelados. Sorcha dormitaba sobre mi hombro y Lilly, que había procurado mantenerse en movimiento, había terminado sentada

a mi lado. Connor ya no abría los ojos; incluso a mí me costaba mantenerlos abiertos, al igual que mi mente. Intenté establecer algún tipo de contacto con Liam a través de su colgante, pero resultó inútil.

Ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Incluso mis lágrimas estaban heladas.

—Kiara, ¿me escucháis? ¡Kiara!

Fue el grito desesperado de Tam, unido a un fuerte bofetón, lo que me hizo regresar. Cuando me di cuenta, Catriona tenía a Connor en brazos mientras el lugarteniente de Liam me obligaba a ponerme en pie para cubrirme con dos mantas más para frotarme con energía.

El frío remitió lo suficiente para que el dolor atenazara mis músculos al resucitarlos. Un fogonazo ardiente los atravesó. Grité y lloré, todo lo que no había gritado ni llorado. Ni siquiera tenía fuerzas para mirar a mi alrededor. El miedo ante lo que encontraría me mantenía aterida, envuelta en una nube de pánico salpicada por las imágenes del horrible ataque, y azuzadas por la que ofrecía Catriona. Completamente devastada, con su camisón rasgado, las marcas de los golpes en su rostro. Le faltaba el dedo anular de su mano derecha, cubierta por un precario vendaje, y un hilillo de sangre se escurría entre sus piernas.

—Los casacas rojas… —murmuró.

—Oh, no, no, no… Liam. ¡Liam!

—Su futuro depende de vos. Escuchadme bien. Tenéis que contarme lo que pasó la noche en la que matasteis a vuestro primer marido con exactitud. Es muy importante.

—¿Para qué?

—No hay tiempo que perder, por favor…

Parecía tan desesperado que ignoré mis propias dudas.

—¿Lo que pasó? —repetí—. ¿Todo?

—¡Sin omitir absolutamente nada, pero con rapidez! —Cruzó una mirada con Bavol, que al parecer aún seguía vivo, a mi lado. Y con Kavi, que emergió de entre las sombras para unirse a ambos hombres. Y con Wesh, que hizo lo mismo que el resto, aguardando mi relato.

Hice lo que me pidió sin omitir absolutamente ningún detalle. Cualquier cosa podría ser crucial para salvar a Liam, aun desconociendo su situación, pero cuando terminé la expresión de Tam era de auténtica desolación.

—Alguien pasó después de vos —resolvió, dejándose caer en el suelo, a mi lado.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien observó la escena, os dejó marchar y, a continuación, se encargó de que el crimen pareciera todavía más aborrecible. Desmembró el cadáver, lo descuartizó, y dejó junto a él un *sgian dubh* con nuestro emblema. Al parecer, cuentan con un

testigo que asegura haber visto a Liam por los alrededores aquella noche. Está acusado del asesinato de Hugh Campbell de Glenorchy y de haberos raptado, a vos y a vuestro hijo.

El aire comenzó a faltarme al mismo tiempo que las fuerzas. Trastabillé hacia atrás, mareada. Con la terrible sensación de que, a mis pies, acababa de abrirse un abismo por el que caería sin remisión al escuchar a Tam.

Liam. Nunca me buscaron a mí, sino a él.

Por eso Rob no intentó detenerme el mismo día de su llegada a Glencoe.

De ahí las órdenes. Tenían que cumplirlas cuando llegara Drummond, no antes.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra la fría pared de piedra, tratando de encontrar el temple necesario para ordenar mis pensamientos, intentando asirme a algo que significara esperanza.

Hasta que lo encontré.

Quien le había inculpado lo quería vivo. Se había ensañado con el cadáver de Hugh, había dejado el *sgian dubh* para acusarlo de su asesinato.

No deseaba su muerte, sino su sufrimiento.

Y entonces recordé algo.

—Isobel… —murmuré, levantándome todo lo rápido que mi precario estado me permitió, para clavar mis ojos en Tam—. Ella vio el puñal cuando Hugh me golpeó, justo después de la muerte de Effie. Ella conocía su existencia, aunque no su procedencia…

—¿La prisionera?

—¿Sigue prisionera?

—Ignoro su paradero, como el de tantos otros —respondió Tam, completamente superado por las circunstancias—. ¿Podría haber sido ella la autora de semejante carnicería?

—No. No fue hasta días después que la encontré lejos de Kilchurn, en la posada donde disteis con Connor y conmigo.

—En ese caso…

No dejé que terminara la frase. Esta vez fui yo quien lo obligué a erguirse. Después, me aseguré de que Sorcha y Lilly seguían vivas y me dirigí a Catriona, que yacía junto a ellas hecha un ovillo, con la mirada extraviada y mi pequeño cobijado entre sus brazos. Dormido.

—¿A dónde se lo han llevado? —pregunté cuando vi que Sorcha asentía con una pequeñísima sonrisa, después de ponerle la mano sobre la frente.

—Toolbooth.

Por un instante el alma se me cayó a los pies. Aquella prisión era lo más parecido a una fortificación inexpugnable. O eso había llegado a mis oídos en innumerables ocasiones.

—¿Estáis preparados para ir a buscarlo? —inquirí, recorriendo a los hombres con la vista

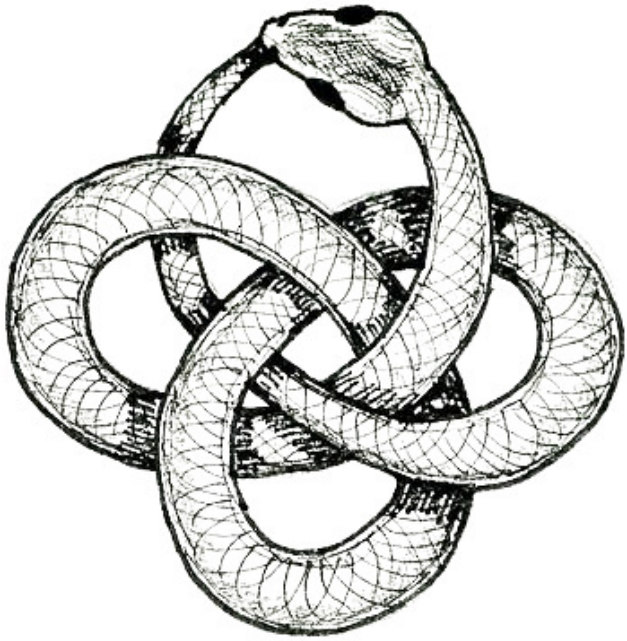
—¿Con vos?

Fue en ese momento cuando sentí su llamada. Su piedra pareció vibrar en mi pecho con tanta fuerza que me obligó a retroceder, como si me empujara en la dirección contraria a la que debía emprender. Tropecé y la tomé en mi mano, conteniendo la respiración cuando ante mí apareció su estampa derrotada. Débil, exhausto, sucio y lleno de golpes, pero con una férrea determinación haciendo brillar sus ojos mientras estos conectaban con los míos y sus labios tumefactos comenzaban a moverse, hasta que su voz profunda, perentoria, me inundó los sentidos como si él estuviera allí, conmigo.

«Kiara…».

Me llamaba. Me necesitaba. Y acudiría.

—Conmigo —respondí sin pensarlo.



43. NO PUEDES SER TÚ

Liam

Acababa de conseguir todo el honor que durante tanto tiempo había perseguido.

Pero mi padre había tenido que morir por ello, en una guerra que acababa de convertirse en mía.

Todavía me encontraba en un alarmante estado de estupor después de ver cómo lo asesinaban, cuando tuve que enfrentarme a la posibilidad de perder a una familia que acababa de encontrar, mientras al otro lado de la puerta, unos hijos de perra atacaban a mi hermana.

Solo la angustia por asegurarme de que tanto Kiara como Connor conseguían escapar, me mantuvo pegado a la ventana hasta que sus siluetas no fueron más que un borrón entre tantos, guiados por Bavol.

Gracias a los dioses. Al menos, ellos tendrían una oportunidad.

Aferré en mi mano la piedra de brujas de mi esposa y recé una silenciosa plegaria. A continuación, desenfundé mi claymore y corrí hacia el pasillo. Esperaba calmar mi sed de sangre, vengar el sufrimiento de Catriona y el de todas las personas que aquella noche estaban muriendo en manos de traidores, pero el espectáculo que me recibió me dejó petrificado.

Frente a mí, tan solo quedaba uno de los tres asaltantes de mi hermana, que pujaba entre sus piernas, mientras ella permanecía exangüe, con la mirada perdida y una mano ensangrentada a la que le faltaba un dedo.

—Santo Dios…

El susurro no provino de mí, sino de Tam, que en aquel momento subía las escaleras con su espada teñida de la sangre de los compinches de aquel que estaba violando a mi hermana, y cuyos cuerpos apartó de un puntapié.

Dos palabras que supusieron el revulsivo que necesitaba para reaccionar. Con un grito que nació en lo más hondo de mi orgullo herido, de mi honor vapuleado, levanté la claymore y la descargué contra la cabeza de aquel malnacido hasta partirla en dos. Después, lo aparté de una patada solo para comprobar que, en una de sus manos, sostenía el anillo que Catriona había llevado en el dedo que le acababan de amputar.

—Cat… *Diabhal ifrinn, a Chait, mo ghràdh*...[45]

Sudaba a mares. La visión del cuerpo ultrajado de Cat en el suelo, con el camisón desgarrado, diversos golpes en su cara y aquella sangre que manaba de entre sus muslos, me obligó a apoyarme en la pared para no caer, mientras Tam tomaba el relevo y la erguía para tomarla entre sus brazos y calmar sus temblores, su llanto desgarrado. Le susurró palabras tranquilizadoras, llenó de besos su enmarañado cabello y apretó los dientes cuando intentó recolocarle el camisón, pero por fortuna, me dejó rasgar un trozo de aquella tela para vendarle la amputación.

Malditos. Malditos fueran todos aquellos que se habían aprovechado de nuestra buena fe y hospitalidad para intentar diezmarnos como si fuéramos reses. Contuve los deseos de llorar con ellos y me aferré a la esperanza, al mismo tiempo que interrogaba en silencio a Tam.

—Breadalbane. Glenlyon. Argyll. Y quién sabe cuántos más. Seguramente con el beneplácito del mismísimo Guillermo —me respondió, con la voz rota por la emoción contenida al consolar a mi hermana—. Es una matanza, Liam. Kiara…

—Se la ha llevado Bavol, junto a Connor. Hacia las montañas. Me pareció el paso más seguro. Y vosotros debéis hacer lo mismo.

Lo empujé escaleras abajo, pero Tam se resistió.

—Soy un guerrero, Liam. Tu amigo. ¡Un puñetero MacDonald, igual que tú! Si os atacan, ¡me atacan también!

—¡Entonces, cuida de mi hermana! ¡No permitas que muera!

No le permití ni una sola duda. Los empujé hacia el exterior, cuando el pandemónium que se desarrollaba fuera nos engulló como si fuéramos insignificantes insectos en mitad de una batalla de titanes. Tam apretó a Catriona contra él y entrecerró los ojos cuando sacudió la cabeza con férrea frustración. Sabía que actuaba como el jefe que las circunstancias me habían impuesto; por lo tanto, no podía ni debía contradecir mis órdenes. Aun así, se resistió a correr en la misma dirección que antes habían tomado Kiara, Connor, Bavol y tantos otros.

Hasta que un casaca roja se interpuso entre nosotros con toda la intención de acabar con su vida, y yo sesgué la suya de un firme mandoble.

—*Siuthad, abair! Bidh falbh!*[46] —grité, mientras aferraba la piedra de brujas de Kiara y la elevaba ante sus incrédulos ojos—. *Ma chì thu i, innis dhi feitheamh rium ...*[47]

Les di la espalda en el momento en que solté la piedra y, con ella, toda conexión con Kiara. Mi mente debía estar despejada para la empresa que me proponía: encontrar a Rob. Interrogarlo acerca de aquella vil matanza y, si era necesario, ejecutarlo delante de mi gente.

Avancé entre los casacas rojas como un animal herido de muerte que se revuelve con ferocidad. La rabia por sobrevivir me consumía, me empujaba hacia el enemigo. Me asfixiaba.

Y hubiera acabado conmigo si el propio Rob no me hubiera encontrado antes que yo a él.

En mitad del fuego que asolaba los campos y los cadáveres sembrando el suelo helado, pude ver el espanto en sus ojos antes de que estos se fijaran en mí. Avancé hacia él resuelto a cumplir cada uno de mis propósitos, pero dos pares de fuertes brazos me inmovilizaron desde atrás para impedírmelo. Grité y me revolví, pero de nada sirvió. Tuve la sensación de que aquellos dos hombres recibían refuerzos, porque apenas pude eludir el puño de acero que se clavó en mi estómago instantes después.

—Quizá así se te quiten las ganas de atacar a nuestro capitán —escuché decir a uno de sus esbirros, segundos antes de que ese mismo puño impactara contra mi ceja derecha, y contra mi mandíbula, mi boca y mis costillas, hasta doblegarme—. Señor, ya es nuestro.

Apenas podía abrir los ojos presa del dolor por el ataque y por la derrota, pero vi a Rob acercarse para mostrarme un trozo de papel.

—Espero que sirva para que comprendáis mejor la obligación de cumplir con las órdenes dadas, por encima de cualquier clase de

remordimiento —murmuró, tan avergonzado que, cuando conseguí centrarme en aquellas letras, él apartó la vista.

Por la presente, os ordeno caer sobre los rebeldes del clan MacDonald de Glencoe y asesinar a todos menores de 70 años. Deberéis tener un cuidado especial para que no se escapen "el viejo zorro" (Alasdair MacIain), y sus hijos. Deberéis eliminar cualquier posibilidad de huida. Esto lo deberéis cumplir a las cinco de la mañana en punto. No esperéis por mí. Estas son las órdenes concretas del rey, para el bien y la seguridad de esta nación. Estos villanos tendrán que ser aniquilados desde la raíz. Ocupaos, para que estas órdenes se cumplan sin dudar. En caso contrario, seréis reconocido como alguien desleal al rey y a su Gobierno, un hombre indispuesto a estar en el servicio del rey.

A la espera de su cumplimiento, firmo la presente con mi propia mano.

John Dalrymple

—Santísimo Dios…

—Lo he recibido esta misma noche. Hasta entonces, nuestra misión no era esa carnicería, os lo aseguro. Os avisé como pude. No fui el único. Albergaba la esperanza de que hubierais huido con vuestra esposa, pero al veros aquí de nuevo, no podré eludir mis responsabilidades.

—¿Qué…?

—Vos erais nuestra misión, Liam. Debíamos deteneros cuando Drummond pisara Glencoe. —Y ante mis atónitos ojos, sacó el *sgian dubh* que yo le había regalado a Kiara—. Se os acusa de matar y descuartizar a Hugh Campbell de Glenorchy.

¿Qué estaba diciendo aquel demente? Según las palabras de Kiara, ella había acabado con él clavándole un abrecartas. A no ser que no fuera cierto, me advirtió mi conciencia. A no ser que solo fueran un montón de patrañas destinadas a volver a tenerme en un puño para destruirme de ese modo sórdido…

Imposible. Lancé un alarido de rabia cuando me di cuenta de que había estado a punto de sucumbir de nuevo a una nueva andanada de mentiras destinadas a separarnos.

No. No dudaría más de ella. Creería en su palabra, aunque supusiera perder mi vida a favor de la suya. Porque si me creían culpable, la dejarían tranquila.

Kiara viviría libre.

—¿Qué hacemos con él, capitán? —preguntó el encargado de molerme a palos.

Rob apretó los dientes. Estaba claro lo que opinaba acerca de

aquellas órdenes. Casi tan claro como que las cumpliría.

—Déjalo fuera de combate. Será la única forma de que no nos dé problemas hasta Toolbooth.

No tuve tiempo ni siquiera de resistirme, mucho menos de preguntar por qué me enviaban a Toolbooth, porque el hombre me dejó inconsciente con un certero golpe en la cabeza.

—Vaya, al fin abres los ojos. Pensé que esos perros se habían excedido y que no podría tenerte de nuevo frente a frente, después de tantos años… Liam.

La voz no me era familiar. Ni la putrefacta penumbra que me rodeaba, o la humedad que me asaltó el olfato en cuanto logré dominar aquella sensación de vértigo que me hacía sentir el estómago en la garganta y unas palpitaciones en la cabeza capaces de hacerla estallar.

No sabía dónde estaba, pero deduje que sería una celda por la paja que cubría el suelo cuando me apoyé en él para arrastrarme hasta la pared más cercana. En cuanto me moví, los grilletes que me rodeaban muñecas y tobillos me impidieron ir más allá.

Estaba prisionero en Toolbooth. Y a juzgar por la sombra indefinida pero corpulenta que se inclinaba sobre mí, taponándome el único haz de luz que se filtraba por el ventanuco estrecho en lo alto de la pared opuesta, tenía una visita demasiado importante como para ignorarla.

Porque me conocía. Desde hacía años, si mal no había entendido. Y tan a fondo que incluso sabía mi nombre.

—Estamos en… desventaja —murmuré, con la garganta seca y el

cuerpo dolorido por los golpes y el viaje que me habría llevado hasta aquel lugar—. Sabéis quién soy yo, pero yo no sé quién sois.

—Ah, eso. Bueno, una minucia en comparación con la misión que ambos debemos desempeñar, y que enseguida pasaré a explicarte, *bràthair*.

—¿Acabáis de llamarme «hermano»? Os confundís. Yo no tengo hermanos.

—Lo tuviste, si mal no recuerdo. Y por la gracia de los dioses, vuelves a tenerlo.

Entonces se giró de modo que la luz incidiera de lleno en su rostro.

Y el mundo se detuvo para mí.

Tuve la sensación de que una ola enorme y helada impactaba contra mi cuerpo hasta extraerle toda la sangre. Toda la capacidad de reacción, e incluso mi percepción de la realidad.

Porque aquello que estaba viendo, sin duda, era producto del golpe recibido en la cabeza. Una alucinación, un espejismo. Un deseo hecho realidad que acudía para atormentarme.

—No puedes ser tú —murmuré, pegándome más a la pared, como si lo que tuviera delante fuera una criatura de otro mundo, un espectro en lugar de un ser humano.

—Nada es imposible. Lo supe el día que desperté en un lugar extraño en vez de la orilla del río junto a la que siempre jugábamos. Lo corroboré cuando percibí mis primeras señales de divinidad, que me indicaron el camino a seguir, por encima de sentimentalismos vacíos. Y lo aseguraré cuando haya terminado aquello que comencé hace cinco años. Por fortuna, los hombres que te han traído aquí han sido discretos. Nadie más que yo te ha visto, y así debe seguir siendo, aunque por poco tiempo. —Su sonrisa diabólica fue lo único que pude percibir cuando me sujetó por la mugrienta camisa para acercar su cara a la mía—. *Athair* murió en el ataque, y tú eres mayor que yo por unos minutos, Liam. Desaparecerás llegado el momento y yo ocuparé tu lugar. Nadie se dará cuenta, pero antes de que mueras, contemplarás cómo te arrebato aquello que más quieres.

—Eres…

—Taranis —afirmó, con una mirada vacía, hueca de sentimientos pero repleta de un odio mucho más mortífero y letal que el que yo habría podido albergar en alguna fase de mi vida, incluso hacia mi peor enemigo. El ser que tenía ante mí se había despojado de cualquier capa de humanidad para convertirse en una bestia sedienta de sangre—. Y tú, el asesino de Hugh Campbell de Glenorchy. Sí, sé que fue tu dulce Kiara quien llevó a cabo tal acto de justicia, pero alguien recreó el escenario idóneo para que tú aparecieras como el culpable. Ese alguien lo hizo por mí, para mí. No te diré quién fue; no

te mereces tanta información. Solo has de saber que Breadalbane te buscaba, y yo te voy a ofrecer en bandeja de plata… Después de haber saldado mis propias deudas contigo.

—*Dhia*, pensé que habías muerto…

Aún no salía de mi estupor. Pero él se encargó de arrancármelo con un puñetazo que hizo que mi cabeza impactara contra la pared.

—Lo deseabas. ¡Como todos los demás! ¡Por eso me dejaste morir! —bramó—. ¡Te llamé mientras la corriente me llevaba! ¡Pero no acudiste! ¡Vi cómo te quedabas allí, mirando el río! En ese momento, juré que si sobrevivía, te haría pagar con creces tu traición…

—¡Nadie te traicionó! ¡No pude salvarte, Calem! ¡Mi mano estaba atrapada en el cepo y la perdí! —grité a mi vez, señalándole con su sustituta—. ¡Te dimos por muerto, pero ni siquiera tuvimos un lugar donde llorarte! ¡Sorcha y Mael…!

—¡Se rindieron demasiado pronto, igual que tú! Pero otros me encontraron. Otros me salvaron. ¡No tienes ningún derecho de liderazgo sobre los *romanichals*, ni sobre los MacDonald! ¡Yo ostentaré ese derecho cuando mi hermosa Kiara te abandone! ¡Ella será mía! ¡Su hijo será mi hijo! Y tú… lo verás todo desde el infierno después de haber padecido una agonía pareja a la mía, maldito seas.

A continuación, me dejó solo.

Pero yo ya lo había visto todo.

Acababa de marcharse mi otro yo. Mi otra parte. El espejo en el que me veía reflejado cada día durante los primeros años de mi vida, antes de que el destino me lo arrebatara.

O eso creía.

Porque Calem respiraba, pero el hermano al que tanto había añorado parecía estar muerto, en beneficio de aquel ser sin escrúpulos y lleno de odio, dispuesto a usurpar el puesto que me correspondía en Glencoe y cuyo plan comenzó la noche en que conocí a Kiara.

Kiara…

Mis ojos se anegaron en lágrimas al pensar en ella. Ignoraba si estaba viva o muerta. O algo peor. Gemí cuando tiré de las cadenas en un infructuoso intento de liberarme. Y cuando malgasté las pocas energías que conservaba, comprendí que solo podría hacer una cosa desde donde me encontraba para intentar salvarla de las garras del mismísimo mal.

Tomé la piedra de brujas en mi mano. Aparté todo pensamiento relativo a lo que acababa de ocurrir en aquella celda, a la situación en la que me encontraba, a la alegría que, pese a todo, sentía por haber descubierto que Calem había sobrevivido al accidente y a mis deseos de verlo como lo que era, en lugar de como lo que había sido, y me concentré en ella.

En el sabor de su piel y sus labios, en el delicado aroma que

brotaba de la curva de su cuello. En la sensación de sus rizos castaños alrededor de mis dedos. Necesitaba grabar a fuego en mi memoria el brillo que ardía en sus ojos verde agua cuando estaba dentro de ella y la dicha que sentía al verla dormir en mis brazos, hasta que el resto del mundo desapareció. Respiré hondo, rítmicamente, hasta que noté cómo mi sangre se calmaba, y entonces mi alma alcanzó a tocarla.

A verla.

Derrumbada. Helada en aquella cueva. A punto de sucumbir al frío y la desesperanza. Con su aura apagada pero un brillo batallador en unos ojos que, de pronto, se abrieron desmesuradamente, como si acabaran de verme.

Alargué la mano metálica esforzándome al máximo, pero no conseguí tocarla. Sin embargo, allí estaba. Como Connor, Tam, Catriona, Sorcha y otros muchos. Sobreviviendo al frío, a la muerte y la traición. A la pena.

«Kiara…».

Trastabilló hacia atrás, como si me hubiera oído, y luego sonrió.

Sí. Saldría de aquella, me dije con una sonrisa cansada. Pero para ello, debía advertirla.

«Kiara…», repetí en mi mente.

Calem, Taranis o cómo demonios se hiciera llamar, iría a por ella para torturarla delante de mí, antes de acabar conmigo. Quería el poder del *laird* MacDonald. El que le correspondía por derecho de nacimiento, pero que se procuraría a través de la sangre y el fuego.

No podía consentirlo. Así me costara mi propia vida.

«Kiara...».

44. A CADA REY SU PUTA

Kiara

Allí estaba.

La prisión de Toolbooth. Nuestro peor escollo hacia la libertad de Liam.

Después de todo un día de viaje infernal sorteando la ventisca heladora, la nieve que parecía no querer abandonarnos, el peligro de ser descubiertos por los mismos que habían perpetrado el ataque y el dolor que habíamos dejado en Glencoe, junto con sus muertos y sus supervivientes, al fin nos encontrábamos en Aberdeen.

La luz comenzaba a extinguirse, pero aún podíamos ver las torres que flanqueaban el patio de piedra donde se llevaban a cabo las ejecuciones de los reos.

Tragué saliva, conteniendo un escalofrío cuando mis ojos se

quedaron clavados en la horca que lucía el lugar.

—Lo sacaremos de ahí, Kiara. De lugares peores ha escapado, te lo aseguro —afirmó Tam.

Yo lo dudaba, pero procuré asentir y llevé mi montura un poco más cerca.

—¿Cuál es el plan? —pregunté, mientras contaba los cuatro soldados que custodiaban la puerta.

—De momento no hay plan. Suelo trabajar sobre la marcha.

Estuve a punto de caerme del caballo cuando lo oí.

—¿Qué marcha? —pregunté indignada—. ¡Liam no dispone de tanto tiempo! ¡Tal vez…!

—No. Eso ni se os ocurra pensarlo, mucho menos decirlo. —Bavol se adelantó para ponerme una mano sobre el hombro con total familiaridad—. Habéis demostrado más valor que todos nosotros juntos, milady. No podéis desfallecer ahora.

—De acuerdo… De acuerdo. —Observé la construcción con toda la sangre fría que pude atesorar. Sin pensar en mi esposo encerrado, torturado o muerto. O en mi pequeño, que podría quedarse sin padres antes incluso de saber que Liam lo había engendrado—. Sé poco acerca de Toolbooth, pero sí lo bastante como para no esperar milagros. Y que cinco personas consiguieran la liberación de Liam frente a todos los efectivos que la custodian, ciertamente sería uno muy grande. A no ser que…

De pronto, una idea comenzó a tomar forma en mi cabeza. Miré mi aspecto por debajo del *arisaid*, ignorando el gruñido de desaprobación que soltó Tam, leyéndome le pensamiento.

—Si Liam se entera de lo que estáis pensando… —aventuró.

—Liam no tiene por qué enterarse si logramos sacarlo de ahí. Es mi esposo —añadí cuando arreglé mi sucio corpiño, de modo que su escote realzara mis pechos, y me ahuequé mis rizos castaños, que campaban sueltos, con los dedos—. Haré cualquier cosa para salvarlo. ¿Alguien conoce el nombre de la persona que está al mando de la prisión?

—No —respondió Kavi—, pero es un hombre. Eso seguro.

—Aunque sería mucho suponer que a estas horas permanezca en su puesto y no en su casa, disfrutando de una buena cena al calor de un fuego igual de bueno —apostilló Wesh, ceñudo.

—Bueno, solo tenemos una manera de saberlo, ¿no os parece? —Antes de que ninguno respondiera como seguramente tenía pensado, tomé el mando—. A falta de un plan mejor, esto será lo que haremos: me acercaré a la entrada. Sola.

—¡Pero…!

—Sola, Tam. Vosotros me cubriréis las espaldas. Pediré audiencia con el alguacil de la prisión alegando que tengo información muy

importante acerca del ataque a Glencoe que, por orden del capitán Robert Campbell, debo entregar en persona. Si él se encuentra dentro, no se resistirá a la combinación de noticias jugosas y mujer complaciente. Si ya se ha ido, pediré amablemente que me indiquen dónde puedo encontrarlo. Incluso estaré dispuesta a que me escolten hasta allí.

—¿Y si no se lo tragan? ¡Por San Columba, Kiara, sois demasiado temeraria!

—Soy práctica. He contado cuatro hombres. Podéis acabar con ellos mucho antes de que den la voz de alarma. Confío en vosotros.

Ni siquiera esperé su conformidad. Espoleé a mi montura y descendí de la pequeña loma directamente hacia la prisión. El corazón me golpeaba las costillas cuando, por el rabillo del ojo, comprobé que los hombres dejaban los caballos y se acercaban con cautela, para ocultarse entre las sombras sin ser vistos ni oídos. Un sudor frío me recorrió la espalda conforme me acercaba a los vigías, pero comencé mi representación en cuanto me di cuenta de que ellos acababan de percatarse de mi presencia.

—¡Alto! —exclamó uno—. ¿Quién va?

—Por favor… Debo entregar un mensaje urgente al alguacil. He viajado desde Glencoe… El ataque ha sido brutal… El capitán me ha dicho que…

En cuanto noté la mano del hombre sobre mi brazo, simulé un desvanecimiento pasajero. Algo que él no se esperaba, puesto que me sujetó de un modo mucho más gentil, para examinar mi aspecto. Y desde luego, ese era bien real. Con mi rostro manchado de sangre, al igual que la tela de mi *arisaid* y la del corpiño cuyos pechos captaron su atención. Los desgarrones de la falda terminaron de convencerlo.

—¿Cómo te llamas, cariño? —me murmuró al oído, al tiempo que sus compañeros se acercaban a él, vigilantes, pero intrigados.

—Kiara… Por favor…

—¿Se lo decimos al alguacil? —preguntó uno de ellos, indeciso.

—Miradla. Está exhausta.

—Y hermosa. Aun sucia y desarrapada. ¿Y si pasamos un buen rato con ella?

—A lo mejor busca diversión con el alguacil y no con nosotros…

Las risillas bajas me pusieron la piel de gallina, pero seguí inmersa en mi papel, mientras rogaba a los dioses que, en caso de no surtir efecto, Tam y los demás fueran tan rápidos, silenciosos y efectivos como hasta el momento.

—En ese caso, mejor esperamos a que el alguacil decida —sentenció el que me mantenía sujeta—. Vamos, cariño, camina apoyada en mi hombro. El alguacil te recibirá enseguida.

No pronuncié ni una sola palabra. Dejé que mi angustia se

manifestara en lágrimas que ellos, como era de esperar, malinterpretaron. Mientras los tres restantes se quedaban en la puerta, el otro me condujo a través de un estrecho y lóbrego corredor hasta la torre negruzca que habíamos visto desde la colina.

—Esta sala se utiliza como sala de audiencias a veces. El alguacil te recibirá enseguida.

La llave girando en la cerradura me declaró prisionera, en un lugar donde reinaba el desorden. Había sillas volcadas, y otras rotas y esparcidas alrededor de una tarima de madera sobre la que se encontraba una mesa larga donde debían de presidir los magistrados. Una segunda tarima, de menor tamaño, se encontraba un poco más allá, con una silla encaramada en ella, situada de cara a los magistrados, donde de seguro se sentaría el acusado. Todo iluminado por una única lámpara de aceite de foca, que pareció temblar cuando la puerta se abrió de pronto para dar paso a la última persona que pensaba encontrarme.

—He corrido en cuanto el vigilante me dio tu nombre. No podías ser otra teniendo en cuenta quién ocupa una de mis celdas. Kiara…

—Liam… —pronuncié al mismo tiempo, tan atónita que tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que aquello que veía era real—. ¡Liam!

Me puse en pie y corrí hacia él, pero antes de tocarlo, me di cuenta de mi error.

Por inverosímil que pudiera parecer, aquel hombre conservaba casi el mismo rostro que mi marido. La misma complexión, la misma barba, el mismo tono de piel, pero con diferencias que terminaron por detenerme en seco. Sus ojos no albergaban rastro alguno de calidez, sino que conservaban un frío vacío que me caló hasta los huesos. El rictus amargo de su boca se volvió incluso cruel cuando nombré a Liam, y desde luego, conservaba las dos manos. Podría haber formado parte de una especie de sueño macabro, pero aquella voz lo delató. Ese tono que hubiera reconocido entre un millón, y que me estremeció cuando me apresó antes de que pudiera alejarme o comprender lo que pasaba.

—Taranis… —balbuceé, incrédula.

—Veo que no me has olvidado. Un solo encuentro entre nosotros ha bastado para dejar mi impronta en tu memoria, como corresponde a un dios que aspira a tenerte como su diosa. Y el primer paso será este. —Con rapidez, clavó el cañón de su pistola en mis costillas y me giró, de modo que mi espalda quedara prácticamente pegada a su pecho, a la vez que me retorcía el brazo hacia atrás con su mano libre —. Mi amor, odio tomar estas medidas, pero comprende que no puedo arriesgarme a que alguno de los hombres que están a mi cargo te crean si te atreves a dar la voz de alarma antes de tiempo…

—¿Quién eres? ¿Qué…?

—Sí, sé que ahora mismo tu mente será un auténtico galimatías, pero prometo aclararlo todo en cuanto crucemos la prisión hacia mis dependencias privadas —me susurró al oído, provocándome un escalofrío de pavor, de incomprensión. De auténtico terror—. Tenemos una visita tan inesperada como la tuya, pero que también requiere de mi atención. De toda mi atención. Vamos.

Me empujó hacia la puerta, pero tomamos la dirección contraria a la emprendida cuando el vigía me dejó en la sala de audiencias. Una suerte de corredores lúgubres y prácticamente deshabitados, lejos de las celdas, supuse, porque aquel ser que parecía salido del más allá se mostraba firme en su intención de no acercarme a donde podía hallarse Liam.

—Camina un poco más rápido, mujer, o no llegaremos nunca. —Rezumaba impaciencia cuando, de un severo empujón, casi me envió al suelo. Hubiera caído de no ser por su firme agarre, que logró retorcerme el brazo más fuerte, hasta hacerme gritar de dolor—. ¿Te he hecho daño? Oh, mil perdones, milady. Espero que no sea nada que la buena de Isobel no pueda remediar.

¿Había oído bien? ¿Isobel? ¿Mi hermana? ¿La prisionera de Liam?

Me detuve en seco delante de una puerta cerrada a la que Taranis llamó con los nudillos, pero mi corazón estaba a punto de explotar cuando comencé a atar cabos.

Isobel había visto a aquel hombre en Liam, por eso intentó matarlo! ¡No fue Liam quien tuvo aquella relación con ella, sino aquella especie de copia macabra, el otro lado de la moneda, la oscuridad que siempre había esquivado a Liam, pero que parecía haberse cebado en…!

—Kiara…

El rostro desencajado de Isobel me recibió cuando abrió la puerta. Por un segundo se quedó clavada en el suelo, sujetando una lámpara cuya luz me permitió comprobar su deteriorado aspecto. Sus ropas ajadas y sucias, su cabello despeinado, las manchas oscuras de su cara y cuello, que se asemejaban demasiado a las consecuencias de unos golpes recientes…

—Isobel, por el amor de Dios, ¿qué haces aquí? ¿Con él? —casi grazné, antes de que, de otro empujón, Taranis me metiera en aquella casa y cerrara la puerta a su espalda.

—Se acabaron las preguntas. ¡Tú, prepárale algo de comer! Parece famélica, e imagino que lo estará después de escapar del ataque a Glencoe. —Con una sonrisa sesgada, tiró de mí hasta la estancia principal y me arrojó sobre un sofá, cerca del crepitante fuego, mientras Isobel retorcía el delantal que llevaba entre las manos, mirándome con unos ojos vacíos de vida, de esperanza. Estaba

completamente perdida; tal vez lo estuviera mucho antes de encontrarla en la posada. O tal vez aquel encuentro no fuera tan fortuito como imaginé—. Viniste en busca de tu esposo, mi dulce Kiara, y un esposo te llevarás. Aunque me temo que no el que te han asignado en ese nido de víboras traidoras del que te has marchado.

—Me temo que estoy mirando a los únicos traidores aquí —repliqué en un arranque de coraje que superó mi necesidad de saber, al menos lo necesario para salvar a Liam… Si es que aún podía salvarlo—. ¿Has tenido algo que ver en ese ataque? ¡Isobel! ¿Y tú? ¿Por qué te limitas a cumplir sus órdenes en lugar de defenderme? —añadí, señalando a Taranis.

—Yo… Yo…

—La pobre no está en situación de dar explicaciones. Los días de encierro le han mermado las pocas luces que ya poseía, pero yo satisfaré tu curiosidad. Después de todo, será la primera de las muchas satisfacciones con las que te honraré. —Sus ojos destellaron con algo parecido a fría lujuria que me hizo encogerme en mi asiento, aunque él no pareció darse cuenta, puesto que se apoyó en la chimenea, sin desembarazarse de ninguna de sus armas, para observarme a placer—. Tú me conoces como Taranis, pero para Isobel, como para el resto, soy Calem MacDonald, el alguacil de esta prisión. Con un poder insignificante al lado de las personas que trazaron el plan del ataque a Glencoe en este mismo edificio, pero suficiente para que mis peticiones fueran satisfechas. Y esas peticiones, querida mía, se reducían a Liam, mi hermano gemelo. Solo lo quería a él, porque sabía que, tras él, vendrías tú. ¡Al fin!

Parecía exultante cuando elevó los brazos al cielo con su mirada extraviada clavada en el techo, pero mi sangre se solidificó en las venas al escucharlo.

«El río se lo llevó». Esas habían sido las palabras de Liam cuando me relató la supuesta muerte de su hermano. Y yo supuse que lo habían encontrado, que lo habían enterrado. Que la pena por su pérdida era real.

—*Och*! Veo que tu confusión es tal que no te sientes capaz de llegar a determinadas conclusiones por ti misma, de modo que te ayudaré —prosiguió él, un poco más serio—. Después de que cayera a aquel río del que, sin duda, Liam te habrá hablado, la corriente me llevó lejos de él y de mis abuelos. Pensé que moriría, pero un pescador me recogió cuando estaba a punto de ahogarme y me sacó de allí. Fue entonces cuando supe que estaba destinado a ser grande. A hacer algo igual de grande, porque, ¿quién sino un dios tendría poder para controlar los elementos de la naturaleza a tan tierna edad, hasta lograr sobrevivir a ellos?

—Un loco.

Su sonrisa victoriosa se borró en el acto. No dudó a la hora de abofetearme por semejante atrevimiento, pero luego volvió a su lugar, como si el incidente no hubiera tenido mayor importancia.

—Eso pensé al principio, hasta que el pescador me llevó junto a su esposa y lograron hacer de mí un ser adulto que comprendió su verdadero fin en la vida, del mismo modo que tú comprenderás el tuyo, *milseag*[48]. Fue en un mercado celebrado en Stirling. Por casualidad, me encontré cara a cara con mi reflejo justo cuando iba a empezar a buscarlo para dejarme ver. Tenía la seguridad de que ninguno de ellos me echaba de menos ni había llorado mi muerte…

—Pues te equivocaste. La lloraron, aún la lloran. Si has hablado con Liam, sabrás que tienes que dejarlo en libertad. Él es ahora el jefe de los MacDonald de Glencoe.

Un segundo bofetón me hizo enmudecer. Su descomunal fuerza me obligó a cerrar el párpado golpeado, en la seguridad de que se me hincharía, pero no dejaría de provocarlo hasta que me confesara el paradero de Liam. Estaba dispuesta a cualquier concesión con tal de ayudarlo.

—Segundo error. Si cometes uno más, terminarás por conocer mi peor faceta, Kiara —advirtió, antes de regresar junto a la chimenea, esta vez más turbado que la primera—. Yo soy el legítimo sucesor de Alasdair. Yo nací primero. Todos me creían muerto, y concluí que sería mejor así para lo que pensaba llevar a cabo. Deshacerme de mis padres adoptivos era el primer paso. Su ignorancia trababa mis avances. Una vez libre, comprendí que debía terminar con mi hermano si de verdad quería aspirar a lo que me correspondía en justicia, pero cuando estaba a punto de conseguirlo, aparecieron los Campbell… Apareciste tú. Y mis planes se trastocaron.

—¿Por eso mataste a la nieta de Duncan? ¿A Rhona?

—Ellas solo fueron un medio para hacerme notar. Poco a poco, a base de un sufrimiento que llegaría a su principal destinatario: Liam. Igual que Isobel. Ah, la primera vez que la forcé fue algo glorioso… —Se pasó la lengua por los labios en un gesto tan lascivo que estuve a punto de vomitar—. Es una muchacha tan débil de carácter que no me resultó difícil dominarla. Aburrido, pero fácil. Hasta el punto de conseguir su lealtad en detrimento de la tuya. Cuando me habló de tu *sgian dubh*, me dio una idea brillante para destruir a Liam tal y como él había hecho conmigo y mis posibilidades. Tú me facilitaste las cosas matando a tu esposo, pero no fue difícil dar contigo a través de Isobel.

—No voy a consentir que sigas utilizándola, Calem —exclamé, llamándolo por su verdadero nombre cuando me puse en pie y lo encaré—. ¡Voy a salvarla, igual que haré con Liam!

—¿En serio? ¿Vas a negarte a compartir mi posición de poder una vez acabe con tu marido para usurpar su identidad? ¿Prefieres que te

acuse de jacobita ahora mismo? ¿Que ordene tu encarcelamiento por haber intentado liberar a un prisionero?

—¡Un prisionero que es tu hermano! ¡Todos aquí deben haber visto el parecido!

—Lo hubieran visto de haberlo permitido. Afortunadamente soy precavido, querida. No voy a dejar pasar la oportunidad. Él morirá, y yo regresaré contigo a Glencoe. Ocultaré mi mano bajo una prótesis metálica como la suya. Me llamarás «Liam», y el resto jamás notará la diferencia.

—¡Antes tendrás que matarme!

Aquello pareció enfurecerlo aún más, pero curiosamente me soltó y se apartó sacudiendo las manos, como si hubiera tocado algo ardiente con ellas.

—Ah, los jacobitas que emponzoñan las mentes brillantes de sus mujeres… —siseó—. Siempre están dispuestos a hacer de puta por un rey papista destituido.

—¡A cada rey su puta, traidor!

Acababa de traspasar el límite. Sus feroces ojos negros parecieron dañarme mucho antes de que lo hiciera con sus manos. Con un rugido ensordecedor, Calem se abalanzó sobre mí y me rasgó el corpiño del vestido de un solo tirón. La lujuria hizo brillar sus pupilas cuando las fijó en mis pechos desnudos, pero yo reaccioné a tiempo, del único modo que él no esperaba.

Invitándolo a la violación que estaba dispuesto a llevar a cabo. Tentándolo.

Con una sonrisa torcida que escondía el temor que me agarrotaba, lo aparté de un empujón y levanté mis faldas hasta mostrarle mi barriga.

El lugar donde albergaba el segundo hijo de Liam. O eso esperaba.

Solo había tenido una falta, pero esperaba resultar lo bastante convincente. Si no andaba equivocada, dar la noticia a un ser tan presuntuoso y pagado de sí mismo como Taranis supondría un golpe mortal a su orgullo.

—Adelante —invité—. ¡Toma posesión de mí y del hijo de tu hermano!

Casi suspiré de alivio cuando lo vi detenerse, petrificado.

—¿Estás…?

—¿Encinta? Sí, aunque todavía es pronto para que se note.

—¿Del contrabandista?

—Del hijo del *laird* de Glencoe, malnacido. Hay una sustancial diferencia.

—No tanta. —Calem entrecerró los ojos, pero la sombra de la sospecha había hecho su trabajo. Ya ni siquiera me contemplaba con

interés—. Tu marido roba las arcas de la Corona, privándola de una parte de sus ingresos.

—No roba nada a su rey, que yo sepa.

—Me lo ha robado a mí, que para el caso viene a ser lo mismo. Ya no eres pura, Kiara. —¿Era tristeza eso que empañó su mirada cuando la clavó en la mía?—. Nunca podrás albergar un hijo mío. Jamás.

—Me alegro de que lo hayas comprendido.

—Ahora, solo hay una mujer que podrá complacerme siempre. En la que podré verter el odio que me consume por dentro. He de cambiar de planes. Mi hermano no contemplará cómo te tomo, porque no lo haré —añadió, sacudiendo la cabeza con expresión lúgubre—. Pero antes… Debo deshacerme de mi peor fracaso.

No esperé lo que vino a continuación. Sus manos parecieron de hierro cuando se enroscaron en torno a mi cuello y me elevaron del suelo, para terminar estrellándome contra una viga de madera. Apenas pude gritar pidiendo auxilio antes de que el aire comenzara a faltarme. Pataleé, intenté aflojar su agarre, pero resultó inútil. Una progresiva debilidad se fue adueñando de mí, aunque todavía me quedaba un hálito de vida para pensar en un plan.

Si dejaba de resistirme, pensaría que había logrado su propósito, de modo que dejé mi cuerpo laxo, inmóvil, hasta que sentí cómo su fuerza disminuía alrededor de mi cuello. El aire comenzó a entrar poco a poco, pero yo seguí con los ojos cerrados. Mis pies tocaron de nuevo el suelo; empecé a pensar que había logrado mi objetivo, cuando noté que él tomaba mi mano y la colocaba sobre la madera con la palma abierta para, a continuación, clavarme un puñal en la palma.

—Lo siento tanto, mi amor… Me reuniré contigo en el otro lado cuando haya acabado con las dos únicas personas que pueden delatarme…

Me había dado por muerta. Por eso, tuve que apelar a toda mi capacidad de aguante para no gritar el dolor insoportable y permanecer impasible, a punto de desmayarme cuando escuché los gritos de Isobel cada vez más cerca, mezclados con los gruñidos furiosos de Calem.

No debía abrir los ojos, me repetí. Tenía que permanecer impasible, luchando contra la necesidad de desvanecerme a causa del dolor, oyera lo que oyese, pero no pude evitarlo.

Moví los párpados lo necesario para verlo encima de mi hermana, con su trasero al aire, empujando con furia entre sus piernas mientras ella se veía incapaz de defenderse de semejante ataque. Isobel solo lloraba en silencio, inmovilizada por su peso y su envergadura. Solo me miraba. Solo observaba cómo mis lágrimas se mezclaban con las suyas, enviándole un silencioso mensaje que no estuve segura de que

recibiera.

Contuve la respiración. Recé para que su tortura terminara pronto. Y cuando Calem se apartó para armarse hasta los dientes y abandonar aquella casa, me las arreglé para arrancar el puñal de mi mano y correr hacia ella.

Pero ya era tarde. Isobel había dejado de respirar. Sus ojos abiertos miraban a la nada, y sus muslos estaban teñidos de sangre. La sangre de su hijo.

—Isobel… Isobel, reacciona…

No me rendí, aunque sabía que no había nada que hacer, hasta que el dolor de su pérdida dejó paso a las certezas.

«Las dos únicas personas que pueden delatarme…».

Una yacía entre mis brazos después de sufrir una brutal violación como pago por sus errores.

La otra se encontraba en Toolbooth. Viva.

Debía darme prisa si quería salvar a Liam. Apartar los sentimientos que se agolpaban en mi pecho cuando logré vendarme la mano con una tira de mi vestido. Controlarlos para que ellos no me controlaran a mí.

No miré atrás cuando abandoné aquella casa, ni me rendí al frío de la niebla que se había aliado con la ventisca helada y la nieve que se agolpaba en el suelo, haciéndome resbalar, cuando tomé una dirección al azar que me llevó al exterior, a lo que probablemente sería la parte trasera de la prisión, alejándome de la ciudad hasta ascender una pequeña loma. Tampoco desfallecí al comprobar que probablemente estaría perdida. Giré sobre mis pasos, dispuesta a penetrar de nuevo en el mismísimo infierno con tal de reunirme con Liam, cuando una mano enorme me detuvo.

—Deteneos, milady, si no queréis morir antes de tiempo.

Era Bavol. Nunca me había alegrado tanto de verlo, acompañado del resto, pero me contuve porque faltaba uno.

—Tam…

—Está con él. Allí.

Cuando seguí la dirección de su dedo, el alma se me encogió en el pecho y el corazón cayó a mis pies, hecho añicos.

Aun desde esa distancia, con la ventaja que me otorgaba la elevación de terreno, no tuve dificultades en distinguir a Calem que, en mitad del patio de la prisión, iluminado por varias antorchas, daba vueltas alrededor de un hombre que llevaba la cabeza cubierta con un saco.

Le gritaba. Le provocaba para que él respondiera a ciegas, seguro de que vencería, dispuesto a alargar su sufrimiento, mientras Tam observaba la escena, apostado en una esquina, con una posición tan ventajosa que no le costaría dar en el blanco.

Pero no se movía.

—¿Por qué no hace nada? ¡Es Liam! —casi grité, señalando su inconfundible mano metálica.

—El propio Liam se lo ha prohibido.

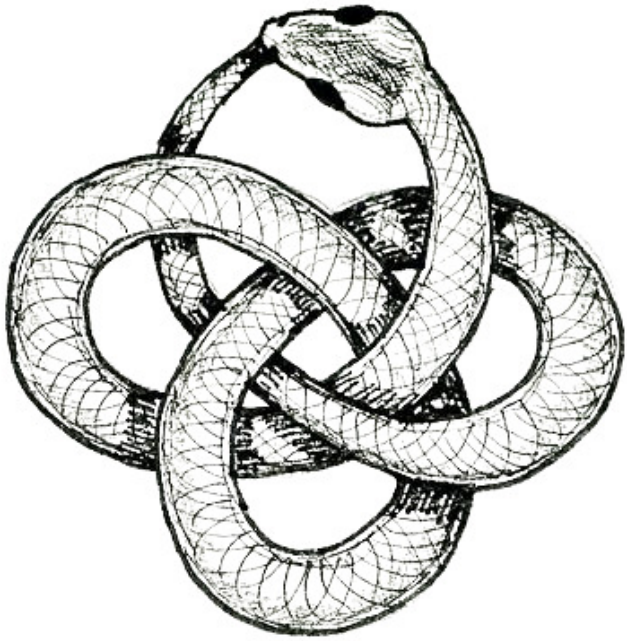
—¿Cómo puede saber que está ahí si ni siquiera ve por dónde va?

—Lo sabe, milady. Hacedme caso.

Gruñí, desesperada e incrédula ante lo que contemplaban mis ojos.

Dispuesta a no permanecer de brazos cruzados.

—Bien, es posible que lo sepa y que se lo impida. Pero no habrá nada ni nadie que pueda impedírmelo a mí —sentencié, antes de emprender el camino hacia aquella lucha que corría el peligro de convertirse en ejecución.



45. MI HONOR, MO GHRÀDH

Liam

—¡Dejadme salir, maldición!

Estaba seguro de que la había oído gritar.

Y eso había despertado al animal salvaje que Calem había reconocido en mí, instantes antes de marcharse, a sabiendas del estado en el que me dejaba.

Lleno de dudas, de desolación, pero también con la férrea convicción de que llevaría a cabo sus planes tal y como me los había explicado.

Con Kiara de por medio.

Escucharla no había hecho más que afianzar mis suposiciones.

Ahora, me paseaba por mi celda como el león enjaulado que era, aferrándome a los barrotes de cuando en cuando para sacudirlos, en la

estúpida esperanza de que cedieran.

No cederían, del mismo modo que tampoco cedería la tenebrosa voluntad de un hermano al que había encontrado, solo para darme cuenta de que lo había perdido definitivamente.

—Abrid la puerta.

La orden vino dada por él, justo antes de que uno de los centinelas obedeciese y dejara penetrar en el apestoso cubículo luz suficiente como para que se diera cuenta de nuestro parecido.

De hasta qué punto éramos físicamente iguales.

—Dios Santo… —masculló, en cuanto acercó la llama a mí, para después desplazarla a Calem—. Sois… Él es…

—Mi sombra. Mi conciencia. Mis remordimientos. Pero dejará de serlo ahora mismo. —Sin titubear, Calem desenvainó su espada y la ensartó en el estómago del pobre infeliz antes de que este pudiera expresar su sorpresa de ningún otro modo. A continuación, tomó la tea y se la acercó, solo para que viera sus facciones, distorsionadas por una ira irracional, y dirigida a mí—. La he matado… ¡Kiara ha muerto por tu culpa!

—¿Qué… dices?

—¡Tú la mancillaste con tu semilla! ¡La dejaste preñada para que no llegara pura a mis manos! —vociferó, fuera de sí, antes de propinarme un puñetazo que me envió de vuelta a la pared contra la que había permanecido apoyado antes de escucharla—. Ella me lo confesó todo… ¡Me dijo que estaba embarazada, de ti! No pude hacer otra cosa… ¡Pero proseguiré mi destino sin ella, porque soy un dios! ¡Y tú, simple mortal, pagarás cara tu culpa! ¡Vamos!

Apenas pude asimilar la macabra realidad que me acababa de pintar. Ni siquiera me paré a pensar si realmente decía la verdad, o mentía con el propósito de destruirme poco a poco; me levanté como movido por un resorte y traté de embestirlo, pero el filo de su espada impactó contra mi antebrazo.

—Tranquilo, tendrás tu oportunidad —siseó cuando sus puños colisionaron contra mis costillas hasta estar seguro de dejarme demasiado débil para presentarle batalla. A continuación, me cubrió la cabeza con un pequeño saco—. Así ningún vigía podrá desvelar nuestro parecido. Aquí solo eres un nombre. Un traidor jacobita más.

—Uno muy codiciado por Breadalbane…

—No me importa. Ahora que Kiara no está, no hay nada que me importe.

Me liberó de mis grilletes y me empujó delante de él hacia un combate que yo esperaba con mi corazón comprimido por un dolor que, esperaba, no fuera real.

No podía aceptar la muerte de Kiara. Simplemente, no me lo podía permitir si quería acabar con aquella alimaña con aires de

grandeza.

Y quería acabar con él. Nada quedaba de Calem, mi hermano, en el hombre que me mantenía preso, ciego e indefenso, mientras me conducía a trompicones a un lugar situado en el exterior, a juzgar por las ráfagas de viento que me azotaron de pronto. No. Aquel no era mi gemelo, sino un cuerpo igual que el mío, consumido por un odio arraigado con el paso del tiempo, asentado en fundamentos absurdos que, en su momento, le ayudaron a explicar el por qué había sobrevivido a la corriente del río tan lejos de los suyos.

En lugar de buscarnos, nos había culpado porque le había resultado mucho más fácil. Durante años, había alimentado ese rencor rancio a base de una ambición que posiblemente siempre estuvo con él, escondida, esperando el mejor momento para salir a la superficie a costa de quien fuera.

Y ese «quien» era yo.

Yo suponía su último escollo hacia una familia que siempre lo negó, al igual que a mí, y que siempre fue suya por derecho, como lo fue mía.

Pero no podía permitir que una mente corrompida de ese modo terminara liderando a los MacDonald que quedaran después de la barbarie en la que Calem, de un modo u otro, había participado. Tenía que desechar mis sentimientos fraternales, los lazos que siempre nos unirían, el amor hacia él que me llevó a perder una mano y casi la vida, para comenzar a verlo como lo que era: un desconocido. Un asesino sin escrúpulos que podía haber asesinado a la mujer de mi vida.

—¡Vamos, defiéndete! ¿O es que no eres tan listo como dicen tus tatuajes?

Su risotada cuando me propinó el primer empujón se mezcló con un siseo que me desconcertó, proveniente de mi espalda, a poca distancia de mí, pero que hubiera reconocido entre un millón.

Tam estaba allí. Posiblemente hubiera llevado a Kiara. O tal vez fuera al revés. Pero si él se hallaba a salvo, quizás ella…

«No intervengas. Esto es cosa mía».

Giré la cabeza en su dirección y la sacudí levemente. Si me veía, comprendería el mensaje sin necesidad de palabras. Solo haría acto de presencia si mi vida corría peligro.

Y de momento, no la corría. Porque emplearía la astucia, mezclada con la fuerza y mi fuerte sentido de una nobleza que pensaba emplear contra Calem. Aunque no se la mereciera.

—Al parecer eres tan valiente que no te atreves a enfrentarte conmigo cara a cara —le provoqué. Solo contaba con el sonido de su voz para tener una oportunidad de defenderme. Y sabía que su inmensa arrogancia lo empujaría a responder—. ¿Estás también

rodeado de tus hombres, Taranis?

—Oh, ya veo que has comprendido que debes dirigirte a mí por mi verdadera identidad. —Bien. Estaba a mi derecha. Fingí no saberlo, pero empuñé la claymore con mi única mano. Solo contaba con ella para defenderme. No podía desembarazarme del saco que obstruía mi visión con mi apéndice metálico, y él lo sabía—. Pero estás en un error, hermano. Solo nos encontramos tú y yo. De otra forma, el enfrentamiento llegaría a oídos de Breadalbane demasiado pronto. Y yo necesito un poco de tiempo para llevar a cabo mis planes.

—¿Ah, sí? Me encantaría saber cómo piensas explicárselos al conde cuando yo ya no esté…

Como respuesta, recibí otro corte, esta vez en mi muslo, que a punto estuvo de hacerme caer al suelo. Apoyé la rodilla en tierra y me quedé quieto, aguardando… hasta que su carcajada me indicó dónde estaba.

—No necesitaré de explicaciones. Ni me importará que sepa que somos gemelos. Porque con tu cabeza, me cederán el mando de los MacDonald de Glencoe con gusto.

Con un rápido movimiento desde el suelo, lancé mi claymore hacia donde escuchaba su voz, con la suerte de que dio en el blanco. La sentí hundiéndose en alguna parte de su anatomía profundamente, a juzgar por su gruñido de dolor y de sorpresa. Agucé el oído en cuanto me aparté y contuve la respiración para oír la suya, jadeante, a mi izquierda.

Estaba herido.

Era mi oportunidad. Si continuaba hostigándolo, se daría cuenta de mi juego, de modo que debía recurrir a la rapidez. Esa que me otorgaba el odio hacia mi otra mitad.

Kiara, pensé mientras lanzaba otra estocada que logró rozarlo y derribarlo, a juzgar por el ruido sordo, característico de un peso muerto cayendo al suelo. Kiara, insistí al mismo tiempo que me ponía en pie y lograba desembarazarme del maldito saco, aprovechando ese instante en el que Calem consiguió recuperarse lo justo para hacerme frente.

—Kiara, Kiara, Kiara… —repetí cuando, con mis ojos bien abiertos, inicié el baile mortal de un combate que los dos debimos tener en igualdad de condiciones desde un principio, que me llevó a ir ganando terreno mientras él iba perdiéndolo. Avancé hacia la única salida, desierta, tal y como él había afirmado, y no me detuve hasta que ambos no la franqueamos para pisar campo abierto.

—No importa cuántas veces la nombres, ella no aparecerá de entre los muertos. —Su sonrisa cruel horadó mis esperanzas mientras nuestras espadas cortaban el aire y se unían por encima de nuestras cabezas—. ¡Esa es mi victoria, y será tu perdición!

Sangraba por un costado y por un brazo. Más incluso que yo. Pero su ferocidad era mucho mayor que la mía. Él estaba dispuesto a matar a su hermano.

¿Lo estaría yo?

La respuesta era obvia. Si Kiara estaba viva, podría salvarla. Si no… Honraría su muerte de la única manera posible: derramando la sangre de su asesino.

—¡Calem, detente!

La voz apremiante de Kiara pareció perforar el pequeño espacio que nos separaba, mientras medíamos nuestras fuerzas sin que ninguno de los dos flaqueara. Ambos pensamos que se trataba de una mala jugada de nuestros sentidos; por eso no desviamos nuestras miradas del otro, mientras tratábamos de vencer en aquel pulso mortal. Por eso, fue necesario escucharla de nuevo para saber que era bien real.

Kiara llamaba a mi hermano.

Calem desvió la atención un segundo. Sus ojos se dirigieron más allá de mi espalda; de pronto, dejó de empujar con su espada y permaneció con los brazos caídos, boquiabierto, como si acabara de presenciar la aparición de un espectro.

Porque eso parecía Kiara. Un espíritu venido del otro mundo, que descendía atravesando la bruma para dejarse ver poco a poco. Con su rostro blanquecino, sus labios azulados, las manchas de sangre tiñendo su vestido y aquella herida en mitad de la palma de su mano que me detuvo el corazón y me llenó de angustia en un solo segundo.

Era ella. Estaba viva.

Yo lo sabía, pero al parecer mi hermano pensó otra cosa, puesto que se olvidó de mí, dejó caer su arma y se llevó las manos a la cabeza con los ojos desorbitados.

—No puede ser… ¡Estás muerta! —chilló, como si aún fuera un niño pequeño—. ¡Eres el espectro de mi amada Kiara, y has venido…!

—A atormentarte, sí. ¡A exigirte que te apartes de tu hermano! ¡De lo contrario, condenarás tu alma al infierno por acabar con su vida! ¡Es tu misma sangre, tu misma carne!

Toda la debilidad que había contenido hasta el momento, me envolvió como si fuera el manto de la muerte cuando comprendí lo que ella se proponía. Había descubierto que Calem pensaba de verdad que era un espíritu, y lo estaba aprovechando… En mi favor.

Me estaba salvando arriesgando su propia vida. Me ofrecía su orgullo, su honor, para restablecer los míos, evitando que manchara mis manos con la sangre de mi hermano. Eso fue lo que me dijeron sus ojos en una mirada interminable que me unió a ella como nunca.

Como siempre.

Ni siquiera me di cuenta de que yo también arrojaba el arma al

suelo para salir a su encuentro. Me olvidé de dónde me encontraba, de quién era mi contrincante, de la muerte que aún me rondaba de cerca e incluso de mi propia vida, cuando aprecié los estragos de la barbarie en cada uno de sus rasgos, en su fragilidad cuando siguió avanzando hacia nosotros. Me dejé llevar por su fuerza, y esa fue mi perdición, tal y como había vaticinado Calem.

Porque después de su perplejidad y asombro, reaccionó mucho antes que yo.

—¡No pienso sucumbir! —rugió, precipitándose hacia ella—. ¡Soy el dios Taranis, y te ordeno que regreses del mundo de tinieblas del que has salido, maldita seas!

Kiara se detuvo abruptamente, con sus enormes ojos clavados en el puñal que Calem empuñaba. Ignorando mi propio dolor por las heridas, me lancé a sus pies, derribándolo antes de que lograra alcanzarla. El puñal salió despedido, pero pude tomarlo con mi única mano para colocar el filo contra su garganta.

—¡Dios de los cielos, todos mis instintos me empujan a terminar contigo! —siseé cuando logré ponerme en pie, con él pegado a mí, inmovilizado por mi garra metálica—. ¡Dame una sola razón para no hacerlo!

—Es tu hermano… Tu gemelo… El niño que pensaste que habías perdido, pero que has encontrado, aunque se haya convertido en un vulgar asesino…

Fue Kiara quien me ofreció esa razón, multiplicada por mil. Porque cada una de sus palabras escondía una verdad tan grande como su corazón, como su capacidad para perdonar cuando posó una mano sobre mi brazo hasta sentir cómo la tensión me iba abandonando poco a poco.

Calem no hablaba, pero mantenía su expresión desafiante y fiera cuando, al fin, decidí que no merecía la pena condenarme para toda la eternidad.

—Ella tiene razón. Como puedes comprobar, está viva. Ambos lo estamos. Has perdido, Taranis. Porque la justicia recaerá sobre ti. Otros la impondrán; yo ya he dictado mi sentencia.

Solo lo dejé libre cuando unas sombras familiares se acercaron a nosotros. Tam se encargó de amordazarlo y atar sus manos, de modo que no pudiera dar la voz de alarma, aunque sus ojos parecían tan desorbitados y su gesto tan descompuesto que no creí que recordara siquiera dónde se hallaba. Continuó lanzando insultos y afirmaciones sin sentido, amortiguados por la mordaza, pero antes de que mis hombres se lo llevaran, me ocupé de que tuviera una imagen clara de Kiara y su mano, enlazada con la mía.

Porque sería la imagen que se llevaría al infierno.

—¿Qué ocurrirá con él ahora?

—Lo llevaremos a Glencoe. De momento, es el único culpable que ha caído en nuestras manos. Una vez allí, dejaré que los hombres se lancen sobre él arrojándolo al suelo para pincharlo.

—¿Pincharlo?

—Una costumbre de los fronterizos —expliqué, sin que la voz o la determinación me temblaran lo más mínimo al imaginarme a Calem en aquellas circunstancias—. Cada hombre lo pinchará con su puñal, provocándole una herida superficial pero dolorosa. Llegará a tener tantas que terminará por morir desangrado, gritando de dolor y suplicando que lo rematen.

A través de nuestras manos unidas, sentí que ella se estremecía. Debía atenderla, pero no podía apartar la vista de mis hombres, que se llevaban a mi hermano.

Mi hermano…

—Dios, si pudiera hacer algo para remediarlo… —musité, a punto de caer vencido por mis propias palabras.

Kiara me sostuvo. Se colocó frente a mí y enlazó mi cintura con los brazos para impedir que me derrumbara. Para que pudiera apoyarme en ella, aunque sus extraordinarios ojos color verde agua ardieron de furia cuando advirtió la sangre que manaba de mis heridas.

—Tengo que curarte —se ofreció, antes de ofrecerme mi colgante y demandar el suyo—. Sabes que puedo…

—No sin todo lo necesario, Kiara. Además, no soy el único que está herido —añadí, tomando una pequeña mano que ella retiró enseguida.

—Pudiste morir —insistió—. ¡Y todo por no permitir la intervención de Tam!

—Calem tampoco permitió la intervención de sus hombres.

—¡Porque entonces hubiera tenido que dar demasiadas explicaciones acerca de vuestro parecido! ¡Pero tú…!

—Era mi duelo, Kiara. Mis cuentas pendientes.

—¿Le habrías matado de haber intervenido?

—No, pero no hubiera confiado más en él.

—No lo entiendo... ¡Hubiera sido injusto y ridículo!

—Hubiera sido una cuestión de honor. Mi honor, *mo ghràdh*.

La mejor manera de hacérselo entender era demostrándoselo, de modo que tomé su cara entre mis manos y me apropié de sus labios en un beso turbio, lleno de deseo, depositario de todas mis frustraciones, pero también de todos mis anhelos. De mi lujuria y mis esperanzas. Ella se unió a la danza potente de mi lengua con la suya mientras enlazaba sus manos en mi nuca y apretaba su cuerpo contra el mío. Necesitábamos dar rienda suelta a todas las emociones que habíamos mantenido retenidas, y aquella fue la mejor forma.

Gemí. Adelanté mis caderas y atrapé su trasero en mis dos manos, aunque solo pudiera sentirlo en una. Notarla tan cerca, tan viva, fue para mí la mejor recompensa… Hasta que su sangre humedeció mi nuca, y la aparté con la respiración tan errática como mi mirada.

—¿Me vas a explicar en qué lío te has metido esta vez, *fiosaiche*? ¿Cómo es posible que hayas convencido a mis hombres para que te traigan hasta aquí? ¡También pudiste morir!

—Acudí a tu llamada.

—Yo no… —Entonces recordé. La piedra, mi silenciosa plegaria. Ella había interpretado como una llamada lo que había sido un aviso para que se mantuviera alejada—. *Dhia*, Kiara, vas a terminar volviéndome loco. Solo pretendía que te quedaras en Glencoe. Lo último que querría es hacerte caer de lleno en el peligro.

—¿Y eso por qué, MacDonald?

—¿Todavía lo preguntas? —Heridos como estábamos, me adentré en sus ojos para responder sin palabras. Solo con una mirada cuyo significado corroboré tomándola en vilo para dar vueltas con ella de esa guisa—. Pues porque te amo, Kiara. Eres mi aire, mi alma, mi vida. Todo lo que yo entiendo por honor. Contigo, soy feliz.

—Me alegro, porque yo también. —Su sonrisa iluminó aquella negra noche como si fuera el mejor de mis días—. Porque ahora sé, sin lugar a dudas, que pondrás tu cabeza en mi hombro cuando estés triste. Que me confiarás cada uno de tus pensamientos, de tus alegrías y de tus penas. —Su rostro risueño pasó a otro mucho más serio cuando sus labios descendieron sobre los míos para besarlos, esta vez con mucha más lentitud—. Quiero formar parte de ti, Liam. Vivir en ti, hoy, mañana y toda la eternidad.

—¿Con nuestros dos hijos?

Ella pareció sorprendida, pero enseguida volvió a sonreír y asintió cuando la posé en el suelo.

—Aún no es seguro —afirmó—. Pero lo utilicé para defenderme de Calem. Tengo que contarte lo que ha…

—Sí, *mo ghràdh*, pero no ahora. Ahora, debemos sanar nuestras heridas y las de los nuestros. Ahora, tenemos que aceptar las riendas de nuestras responsabilidades para aliviar el dolor. Exigir justicia y administrarla, Kiara. Soy el nuevo *laird*. ¿Estás segura de que quieres permanecer junto a un hombre como yo?

Sus ojos me respondieron mucho antes que ella cuando tiró de mí en la misma dirección que acababan de tomar mis hombres.

—Si no nos damos prisa, nunca lo comprobarás, ¿no te parece? —preguntó a su vez, con un guiño malicioso y lleno de esperanza.

Porque Calem había muerto aquel día en el río. En su lugar, el monstruo que lo había mantenido con vida pagaría por sus crímenes y me proporcionaría la tranquilidad necesaria para sustituir a mi padre

en su puesto.

Sí, pensé. Al fin había un honor al que agarrarme.

Y ese honor caminaba a mi lado, mirándome con un amor tan profundo como el que yo le profesaba a ella.

EPÍLOGO

Valle de Glencoe, un año después

Liam

«Señor Jesús, ya que fuiste tú quien compró el alma, a la hora de ceder la vida, a la hora de verter el sudor, a la hora de derramar la sangre, a la hora de cortar la respiración, a la hora de dictar la sentencia, acoge a tu siervo Alasdair, *m'athair gràdhach*[49]. Que el fuerte Miguel, rey de los ángeles, prepare para ti el camino hacia el reino del hijo de Dios».

Aquellas fueron las palabras con las que despedí a mi padre, el *laird* de Glencoe, poco después de nuestro regreso, una vez llevamos su cadáver a la isla de Eilean Munde, donde el clan solía enterrar a sus

muertos.

Mi clan, mis muertos. Por primera vez, los vi de aquel modo. Cuando me rodearon, envueltos en aquel halo de pobreza y de miseria provocado por el ataque, no solo a nuestras vidas, sino también a nuestro ganado, nuestros pastos y nuestros hogares, supe que mi conexión con ellos acababa de establecerse. Que, a partir de entonces, sería casi eterna.

Un lazo que afiancé cuando Calem fue sometido a juicio y declarado culpable no solo de haber guardado silencio acerca del ataque a Glencoe, siendo descendiente legítimo de Alasdair, sino también del asesinato de Rhona, de la violación de Isobel, a pesar de que ella se convirtió en su cómplice, y de la muerte de aquella primera muchacha en Glenlyon, que propició que Kiara y yo uniéramos nuestros destinos para siempre.

Se le declaró culpable y, como yo había dictaminado en su momento, murió a causa de las heridas que cada uno de los supervivientes del ataque de Glencoe le infligió.

No puedo decir que me sintiera satisfecho por el desenlace, ni mucho menos. Era mi hermano gemelo, aquel a quien creí perder una vez siendo niño, y que habíamos vuelto a encontrar. Con su muerte, tuve que hacer frente al silencioso pero infinito dolor de Sorcha. Le costó comprender que aquel a quien tuvo delante solo unos momentos antes de llevarse a cabo la sentencia, en realidad no conservaba nada de nuestro Calem. El hombre al que trató de arrancar respuestas, llevándose con ella tan solo el silencio acusatorio, estaba corrompido por dentro, tan hueco de emociones como de sentimientos. Un asesino frío que ni siquiera pidió clemencia para él mismo, en la creencia de que, en efecto, era un dios que se salvaría de las decisiones de los simples humanos.

Pero nuestro peregrinaje no había hecho más que comenzar. Yo mismo solicité la Comisión por el fuego y la espada para declarar proscrito al clan Campbell de Glenlyon por su participación en la masacre. Una matanza que fue enclavada en la categoría de «asesinato bajo confianza», según la ley de Escocia. Gracias a esa consideración, Ewan Campbell, hermano de Kiara, fue declarado culpable por su intervención. Además, quedó probada la participación del propio rey Guillermo, puesto que fue él quien firmó las órdenes, pero finalmente fue exonerado en perjuicio del ministro Dalrymple y Breadalbane, quien solo sufrió un par de días de encarcelamiento en el castillo de Edimburgo.

Se dictaron incluso los montantes de las indemnizaciones, pero todos sabíamos que jamás veríamos una sola moneda. Los MacDonald de Glencoe deberían resurgir de sus cenizas por sus propios medios. A través de la tragedia, encontramos las fuerzas necesarias para

comenzar de cero, tan solo con nuestras manos, nuestra inmensa fuerza de voluntad y esa férrea convicción que nos llevaría a reconstruir nuestras vidas y a cicatrizar nuestras heridas con el recuerdo de nuestros muertos.

Tam pidió la mano de Catriona, y por supuesto la obtuvo. Yo no pretendía afianzar alianzas utilizando a mi hermana. Nunca hubiera consentido que Cat pasara siquiera una pequeña parte de la tortura que Kiara aceptó con su matrimonio, a cambio de salvar el futuro de un clan que seguía hipotecado. No conseguimos riquezas con la unión de mi mejor amigo y de mi única y verdadera hermana, aunque, ¿quién las necesitaba? Yo ya era rico sin necesidad de aumentar y consolidar las propiedades de un padre que nunca se preocupó por mí. Mi riqueza era la tierra que me había visto nacer, que de alguna forma había hecho de mí lo que era aun viviendo en otro lugar. Me había convertido en un ser rudo y salvaje, pero también orgulloso de ser simplemente yo mismo.

Y tenía a Connor, que en aquel espléndido día de primavera correteaba alrededor de Lilly y de Sorcha, simulando ser un caballo salvaje presto a ser domado, sorteando las matas de brezo que salpicaban la pequeña pradera sobre la que me había instalado para plasmar en papel la escena que se desarrollaba ante mí. A toda mi gente, supervivientes dispuestos a levantar de nuevo nuestro orgullo, nuestro honor, a base de trabajo. A mi pequeña Alanna, que balbuceaba en brazos de su madre mientras esta la paseaba por el brezal canturreando una alegre melodía.

Y a Kiara. Aquella mujer que se metió en mis sueños sin mi permiso para terminar poblando hasta el último segundo de mi vida.

—Deberíais quedaros quieta, milady, o solo conseguiré unos cuantos garabatos para ofreceros como regalo —me quejé, aunque no pude dejar de sonreír cuando ella levantó la cabeza en mi dirección y nuestros ojos se encontraron de nuevo, con aquella especie de descarga que siempre nos envolvía en forma de complicidad, de intenso deseo, de amor profundo.

Dhia! Nunca me cansaría de admirar aquellos dos enormes ojos capaces de transmitir cualquier clase de emoción sin una sola palabra. Al igual que el paraje que nos rodeaba, con toda una gama de colores, de brillos, incluso de aromas, que me decían que todo lo que nos había separado había quedado atrás. Que los lazos que nos unían serían tan fuertes como las piedras que colgaban de nuestros respectivos cuellos.

Que siempre estaría ahí para mí, al igual que yo lo estaba para ella.

En un momento de mi vida la había odiado, como ella a mí. De eso estaba más que convencido. Pero en algún punto, el amor y el

odio se habían encontrado para formar un todo indivisible, del mismo modo que el Paraíso y el Infierno eran las dos caras de una misma moneda.

De eso también estaba seguro.

Pero por si tenía alguna duda, Kiara se encargó de despejarla acercándose a mí, con nuestra hija dormida en el regazo, para besarme con su ternura acostumbrada.

—¿Estamos bien aquí, milord, o debería dejar a nuestra hija en su cuna para pegarme a vos… de otras maneras? —insinuó.

—Estaréis bien en cuanto consiga proseguir con el dibujo. Por lo demás… Me temo que debo declinar tu oferta —murmuré, más excitado de lo que estaba dispuesto a reconocer cuando le aparté un rizo castaño de la cara—. Ahora, necesito de toda tu atención.

—¿Para nuestro retrato?

—No. Para nuestra visita. —Mi mirada se cruzó un instante con la de Sorcha. Mi abuela asintió, y yo sonreí; era lo que necesitaba saber para hacer una seña a Connor y llevarme a los tres de camino a nuestra casa—. Ya verás después el resultado de mi obra.

—¿Necesitamos atender a esa visita antes de que la termines?

—*Och*! Mujer, ¿algún día dejarás de aturdirme con tanta pregunta? —Guardé el esbozo del dibujo antes de que ella le echara una ojeada. Cuando Connor llegó a nuestra altura, lo saludé con un gruñido muy varonil, como a él le gustaba, antes de revolverle el pelo —. Vamos, muchacho. Necesito presentaros a alguien muy importante.

—Espero que también sea importante para mí y no solo para ellos…

—Kiara, es una sorpresa.

—Pero…

—Silencio, *mo ghràdh* —imploré, asegurándome de que lo cumplía con otro beso antes de franquear la puerta de entrada—. Te encantará. Ya lo verás.

Y le encantó.

Aunque cuando se encontró con lady Sheena aguardándola en el gran salón se quedó tan inmóvil que temí que le hubiera dado una apoplejía, le encantó.

No dejó de encantarle mientras me daba a nuestra hija, aunque buscó a su hermano con la mirada y no lo encontró, pero esta recayó en un muchacho un poco más mayor que Connor, que acompañaba a nuestra cuñada y que a su vez nos observaba con cierto recelo, pegado a las faldas de su madre. Porque quedaba más que claro que lady Sheena era su madre. No podían ser más parecidos. El chico era guapo a rabiar, rubio como ella, aunque el color azul de sus ojos se veía salpicado de motitas verdes, herencia sin duda de su padre.

Las dos mujeres lloraban cuando se fundieron en un abrazo que

terminó con años de separación injusta. Mientras las observaba, no pude evitar suspirar de pura satisfacción. Independientemente de que la implicación de Ewan Campbell en la masacre hubiera quedado más o menos probada, su esposa se había convertido en nuestra aliada en más de una ocasión. Quería a Kiara; no merecían estar separadas, de modo que me las arreglé para concertar una cita entre ellas ese mismo día.

—¿Por qué? —fue el estrangulado sollozo de mi esposa contra el hombro de la que había sido su mejor amiga.

—Por él, Kiara. Cuando tu hermano me sorprendió con el caballo destinado a ti para que huyeras, tuve que confesar. No me quedó otra alternativa. ¡Por Dios, perdóname, pero tuve demasiado miedo! ¡Nunca fui tan valiente como tú! —casi gritó lady Sheena, sacudida por violentos sollozos—. Creí que diciéndole la verdad tendría piedad de mí, pero me equivoqué. Me sometió a un encierro por semanas, hasta que le confesé que estaba encinta. Solo entonces me dejó campar libremente por la casa, vigilando que no traspasara los límites del valle. Creo que no se fio de mí hasta que mi barriga creció. Y cuando tuve a mi hijo, fue demasiado tarde para intentar ponerme en contacto contigo. Era demasiado arriesgado.

—Lo comprendo. No sabes hasta qué punto…

—¡Si tu hermano me hubiera descubierto, me habría arrebatado a Arran! —Kiara cruzó una sola mirada de entendimiento conmigo que me encogió el corazón. Sabía lo que se le estaba pasando por la cabeza mientras abrazaba a su cuñada para consolarla—. ¡Por favor, perdóname! Hasta nosotros llegaron los rumores del trato al que Hugh te sometía, pero Ewan pensaba que te lo merecías después de lo que ocurrió la noche de la muerte de Effie, y yo no encontré una forma segura de contactar contigo. ¡Todos en Glenlyon le eran fieles!

—No tengo que perdonarte porque nunca me ofendiste, hermana mía. —Con la cara bañada en lágrimas, besó la mejilla de lady Sheena, antes de que otro pensamiento le nublara el gesto—. Pero a él sí. Tiene mucho de lo que responder ante mí. ¿Dónde está?

Un incómodo silencio se instaló entre nosotros. Yo ya conocía lo ocurrido con su hermano, pero había hecho todo lo posible para ahorrarle un mal trago que tarde o temprano tendría que pasar.

Y el momento había llegado.

Lady Sheena se apartó de ella y bajó sus pestañas con tanta pena que un inesperado nudo de congoja se alojó en mi estómago.

—Murió. Hace unos días. Se encerró en su despacho y… ¡No pudo con la presión de tener que pagar todas las deudas de tu padre, unidas a la multa impuesta por…! ¡*Dhia*, ni siquiera puedo decirlo en voz alta en su presencia! —exclamó, señalándome con la culpabilidad deformando su cara—. ¡Siento tanta vergüenza, Liam! ¡Tanta pena por

todo lo ocurrido! ¡Por no haber podido hacer nada para que terminarais juntos mucho antes! ¡Mi cuñada, una hermana para mí, pasó por un infierno con un hombre cruel, y yo me vi incapaz de hacer nada! ¡Ni siquiera me permitieron mantener el contacto con ella! De haber sabido… De haberme atrevido…

Kiara la silenció con un abrazo antes de que cayera en la más absoluta desesperación, pero ella se desembarazó de él y se dirigió a mí. Entonces, ante nuestra más absoluta sorpresa, se arrodilló a mis pies.

—Os pido perdón en nombre de mi esposo y de todo mi clan, Liam MacDonald, *laird* de los MacDonald de Glencoe —recitó, con toda la serenidad que pudo atesorar antes de atreverse a levantar la cabeza del suelo—. Sé que nada de lo que diga o haga podrá devolver las vidas de aquellos que murieron por la crueldad ajena, pero cuando recibí vuestro recado, acudí lo antes que pude, no solo para reencontrarme con Kiara, sino para ponernos a vuestra disposición. Mi hijo Arran, el actual *laird* de Glenlyon, y yo, aceptaremos cualquier destino que ambos queráis imponernos, por muy devastador y duro que sea.

—De acuerdo. Vos lo habéis querido. —Alcé una ceja y tendí la mano hacia la mujer que permanecía ante mí con los ojos anegados en lágrimas—. En retribución por los hechos de los que venís a disculparos, pero de los que no sois culpable, exijo varias cosas. En primer lugar, que os levantéis. Os aconsejo que en adelante no os arrodilléis delante de hombre alguno, tenga la relación que tenga con vos. —Sheena me miró con los ojos entornados, pero una sonrisilla insegura se fue formando en su boca cuando decidió aceptar mi mano y ponerse en pie—. En segundo lugar, ya que habéis presentado a este muchacho como vuestro hijo, debemos saludarnos como corresponde. Arran, estos son tus primos, Connor y Alanna. Yo soy tu tío Liam. Y esa preciosa mujer que no logra salir de su asombro y que permanece extrañamente muda, es tu tía Kiara. Por la edad que aparentas y la cara que pones, deduzco que no la conocías.

—A ninguno, milord. Pero estoy encantado de poder conoceros.

Arran inclinó la cabeza como signo de una educación excepcional. Aquel fue el momento elegido por mi hija para despertar de su sueño, siempre ligero, y ponerse a llorar como una desesperada, pero su primo, con la misma seguridad empleada en el saludo, le hizo unas cuantas carantoñas que obraron el milagro de sustituir las lágrimas por gorjeos.

—Le gustas —aprecié con una sonrisa—. Me parece que os vais a llevar muy bien.

—Conmigo también, porque a mí también me gusta, padre. —Con la misma solemnidad, Connor se acercó a su primo y le ofreció la

mano, que el otro niño estrechó.

—Santo Dios, si esto es lo único que vais a exigirme…

Sheena parecía aturdida. Tanto, que no se dio cuenta de la mirada de inmenso amor y gratitud que Kiara me lanzó, y a la que yo correspondí con un discreto guiño.

¡Por San Columba! Hubiera cruzado el continente a nado si con ello conseguía hacerla feliz. ¿Cómo iba a impedir que se reuniera con la que era su familia?

—Todavía debo explicaros algo más, milady. No os exigiré ningún pago en metálico por las ofensas sufridas a manos de vuestro esposo entre otros, pero me encargaré de Arran hasta que él esté en edad de asumir las responsabilidades de un *laird*. En cuanto al resto del clan, los tomaré como mi responsabilidad. —Mi mirada se escapó hacia Kiara. Contenía las lágrimas de dolor por la muerte de su hermano, pero también de gratitud ante lo que estaba escuchando. De mi boca y de mi corazón. Asentí y continué, sin apartar mis ojos de ella—: Una vez, una persona me enseñó que el perdón y la confianza están por encima de cualquier otra emoción cuando el amor rige nuestros actos. Y puedo aseguraros de que ahora mismo rige los míos.

Habíamos aprendido de nuestros propios errores, a base de demasiado sufrimiento como para alargarlo o incrementarlo con decisiones que perpetuarían el odio entre nuestros clanes. No fueron necesarias más palabras. Sin apartar ninguno de mis sentidos de mi esposa, pregunté a lady Sheena si le gustaría tomar a su sobrina entre los brazos y pulvericé la distancia física que nos separaba para estrecharla entre mis brazos.

—Gracias… —musitó, temblando como un pajarillo contra mi pecho.

No me importó que tuviéramos espectadores. La aprisioné tanto como pude sin ocasionarle ningún daño y besé su preciosa cabellera castaña con devoción. Con veneración. Con todo el fervor que mi cuerpo y mi alma me gritaban, y que sentía por aquella extraordinaria mujer que me había enseñado el verdadero significado de la palabra «amor».

—Nunca me agradezcas mis esfuerzos por hacerte feliz, *mo ghràdh* —murmuré, buscando sus labios para sellar cada una de mis afirmaciones—. Jamás estaré a tu altura, te lo garantizo. Sin ti, no hubiera podido sobreponerme a los efectos devastadores de la peor de las traiciones.

Hablaba de Calem. Ambos lo supimos, pero ninguno lo nombró. El dolor aún estaba demasiado reciente, las heridas todavía sangraban, pero Kiara se las arregló para sonreírme de una forma tan insinuante que incluso pude sentir la sangre encrespándose en mis venas cuando me acarició la mejilla y se colgó de mi cuello.

—Toda herida cicatriza, *mo chridhe* —murmuró junto a mi oreja, justo antes de mordisquear el lóbulo de una forma tan discreta como deliciosa—. Pero me sorprende que, después de este encuentro tan bien preparado, tengas que ser tú quién, finalmente, me des las gracias…

—Ten por seguro que en cuanto se me presente la ocasión, me mostraré más que humilde.

Una risilla queda y sugerente fue su respuesta, antes de apartarse para que pudiera ver el brillo burlón de aquellos ojos verde agua que me habían esclavizado desde el primer instante.

—Estaré encantada de recibirte —respondió, con su porte de reina, su sonrisa de ángel y su cuerpo de auténtica bruja.

Mi *fiosaiche*. Para siempre, y por muchas guerras que se sucedieran.

NOTA DE LA AUTORA

A pesar de que muchos de los acontecimientos que narro en la novela son pura invención, la masacre de Glencoe ocurrió realmente. He procurado crear un entorno histórico propicio para introducirla en la trama de un modo natural, donde los personajes principales estuvieran implicados. Espero haberlo conseguido.

Ahora bien, haciendo uso de ciertas licencias literarias, cambié algunos hechos históricos.

En verdad, Guillermo III ofreció a todos los clanes de las Tierras Altas de Escocia un perdón por haber participado en las rebeliones, siempre y cuando firmaran un juramento de lealtad antes del 1 de enero de 1692, aclarando que los que no se adhirieran a él, serían acusados de traición. Los jefes de los clanes acudieron a Jacobo, exiliado en Francia, pidiendo permiso para aceptar dicho juramento, pero este dudó. Cuando finalmente les otorgó ese permiso, la noticia les llegó a mediados de diciembre de 1691, solo dos semanas antes de la fecha límite impuesta por Guillermo.

Los MacDonald fueron uno de los clanes más rebeldes y más temidos, no solo por el gobierno británico, sino también por los Campbell, aliados de los ingleses.

En efecto, hubo un Rob Campbell, sobrino del laird de Glencoe, que se presentó en el valle con sus 120 efectivos para pedir hospitalidad, así como Francis Farqhuar y Gilbert Kennedy, dos soldados que rompieron sus armas antes de formar parte de aquella matanza hacia unas gentes que días antes les habían ofrecido todo cuanto tenían y a quienes les habían tomado afecto. El Robert Campbell real visitó la casa de Alexander MacDonald, el hijo menor del jefe Alasdair, que era esposo de la sobrina del capitán Robert. Para los curiosos del tema, decir que esta mujer era hermana del famoso Rob Roy.

Todo lo narrado en referencia al viaje de Alasdair, jefe de los MacDonald de Glencoe, es cierto, no así su parentesco con Liam. Alasdair tuvo en realidad dos hijos, que murieron en el ataque de aquella nefasta madrugada del 12 de febrero de 1692.

He cambiado algún detalle de lo ocurrido entonces. No fue a Catriona, la hija de Alasdair en mi historia, a quien violaron y arrancaron un dedo para hacerse con un anillo, sino a la esposa del propio Alasdair, a la que arrojaron a la intemperie, donde murió de frío.

Rob intenta avisar a Kiara y Liam para que puedan escapar a la

matanza; así ocurrió. Muchos de los soldados del 1 y 2 regimiento intentaron alertar a sus anfitriones. Aun así, no pudieron evitar que unas 40 personas fueran asesinadas aquella noche, y otras tantas fallecieran de frío mientras intentaban escapar de las balas y las espadas.

La nota de John Dalrymple enviada al capitán Robert Campbell es verídica, así como la implicación de Dalrymple y Breadalbane en el ataque. Evidentemente, la orden fue firmada por el mismísimo rey, pero este no sería juzgado.

Después de la investigación de lo que llegó a ser algo más abominable que el llamado «asesinato bajo confianza», el parlamento escocés declaró la ejecución del clan MacDonald como «asesinato», en un escrito enviado al rey con penas para los artífices e indemnizaciones para los supervivientes.

Como bien dice Liam en el epílogo, esas propuestas nunca se ejecutaron, salvo el encarcelamiento del conde de Breadalbane por un par de días en el castillo de Edimburgo.

La masacre de Glencoe solo fue el principio de un movimiento anti-gaélico que no solo terminaría con el sistema de clanes conocido hasta entonces, sino también muchas de las bases de su cultura, como el kilt, el idioma gaélico o incluso la prohibición de tocar la gaita.

Pero eso… es otra historia.

[1] Mujer, en gaélico escocés.

[2] Mujer poseedora del don de la visión.

[3] Jefe de un clan escocés.

[4] Nana.

[5] Túnica larga sin confeccionar, que se recogía y luego se ataba con un cinturón alrededor de la cintura para cubrirse tanto el cuerpo como las piernas, asemejándose a un kilt, mientras que la tela sobrante se colgaba por encima del hombro y se sujetaba con un broche. La parte de arriba se podía colocar por los hombros de diversas maneras, dependiendo de las exigencias del tiempo, la temperatura o la libertad de movimiento necesaria.

[6] Hermana.

[7] Amigo mío.

[8] ¡La vidente!

[9] Vieja.

[10] ¡Maldición!

[11] Payos.

[12] Hermano.

[13] Pequeña.

[14] Adivino.

[15] Campo de oración.

[16] Gitanos escoceses de las Tierras Altas.

[17] Prenda de vestir semejante a unos pantalones.

[18] Preciosa.

[19] Bruto.

[20] Sí.

[21] ¡Asesina!

[22] Mi amor.

[23] Complemento para el traje típico escocés, similar a una faltriquera o un zurrón.

[24] Puñal que solía llevarse atado en la pantorrilla o junto al tobillo.

[25] Muchacha.

[26] Abuelo.

[27] Instrumento de percusión típico de Irlanda.

[28] Tesoro mío.

[29] Adiós, Liam.

[30] Mi pequeña.

[31] Matrimonio a prueba: los novios convivían por un año y un día antes de casarse. Si la convivencia funcionaba o la mujer quedaba embarazada, se casaban. Si, por el contrario, la convivencia no funcionaba, podían separarse.

[32] Mi bella, bella Kiara.

[33] Abuela.

[34] Ojo por ojo, diente por diente.

[35] Hermana.

[36] Madre.

[37] Padre.

[38] ¡Púdrete, romanichal!

[39] ¡A tu espalda!

[40] Palabra despectiva con la que los escoceses se referían a los ingleses.

[41] Zapato de tacón bajo elaborado con cuero.

[42] Símbolo celta que se representa mediante dos serpientes entrelazadas que se muerden mutuamente la cola.

[43] Una alternativa al pago de impuestos, en una sociedad que era mayoritariamente no monetaria.

[44] Tartán de lana parecido al de los hombres, que se usaba por las mujeres a modo de chal.

[45] Maldito sea el infierno, Cat, mi amor…

[46] ¡Vete, maldita sea! ¡Vete ya!

[47] Si la ves, dile que me espere…

[48] Cariño.

[49] Mi querido padre.

AGRADECIMIENTOS

Nunca me cansaré de decirlo. Ser escritor es una carrera de fondo que a menudo se corre en solitario, pero cada vez que un nuevo proyecto sale a la luz, es gracias a la ayuda de otras muchas personas que hacen que tu mayor ilusión cobre forma.

GRACIAS a mis dos lectoras beta, las mejores del mundo mundial. Mapita, por aportarme su experiencia infinita, su mente pensante (porque mira que piensas en todo, nena) y su ojo de águila para que la historia de Liam y Kiara salga al mundo con todo lo que tiene que salir, ea! Solo espero que sigamos colaborando, porque me parece que sin ti voy a estar muy perdida. Nira, tienes una rapidez mental y una agudeza visual que no dejan de sorprenderme. ME ENCANTAS, así con mayúsculas, porque además de una excepcional beta, eres una increíble persona que siempre está ahí para nosotras, las autoras. Las dos sabéis que tenéis mi agradecimiento eterno. ¡Os adoro!

GRACIAS a Marien una vez más, por plasmar la magia de sus manos en la mejor cara que Kiara y Liam podían presentar al mundo. Ay, nena, ¿qué voy a decirte que tú no sepas ya? Que nos entendemos, que nos compenetramos, y que esto va para largo (afortunadamente para mí).

GRACIAS, como siempre, a mi familia, por su apoyo a pesar de los tropiezos, de las malas noticias, de los desencantos, de la injusticia de unos resultados que a veces no se corresponden con el trabajo realizado. Estáis ahí para mí, para mis malos y buenos momentos, para mis neuras y mis ratitos de relax, siempre con una sonrisa de ánimo y con mucho, mucho amor. Sois insustituibles y os quiero.

Y por supuesto, GRACIAS a ti, lector, que me sigues en redes, que me lees y comentas mis libros, que me apoyas en cada proyecto y que me animas siempre.

SE OS QUIERE.

Books By This Author

TUAREG (SEÑORES DEL DESIERTO 1)

El Sáhara, 1890.

Cuando Beatriz Ayala vuelve en sí, después de estar a punto de morir en pleno desierto, tiene una sola idea en la cabeza: regresar a su hogar en España, del que fue brutalmente arrancada para ser vendida como esclava.
Nada ni nadie le impedirá llevar a cabo su empresa. Ni siquiera Tahir Abdul-Azim, poderoso líder de una Confederación tuareg, el bravo y noble guerrero que la ha salvado de las garras de la muerte, tan atractivo e imponente que despierta en ella un fulgurante deseo imposible de dominar.
Pero él no parece opinar lo mismo. Tahir vive para su pueblo, y está dispuesto a cualquier sacrificio por él. Sobre todo, si ese sacrificio se traduce en hacerse cargo de una hermosa y testaruda mujer por la que se siente irremediablemente atraído. Consciente de que pertenecen a mundos totalmente opuestos, pero dispuesto a vencer su carácter obstinado para convertirse en el amo de toda su pasión, la acepta como huésped. Iniciarán así una aventura a través de territorios convulsionados por las luchas internas de poder y los efectos devastadores de la colonización, donde Beatriz será capaz de sortear toda clase de peligros, excepto uno: resistirse al oscuro embrujo del hombre que la protegerá con su vida, irrumpiendo con fuerza en su corazón.

ALMA TUAREG (SEÑORES DEL DESIERTO 2)

El Sahara, 1919

¿Puede una promesa cambiar dos vidas para siempre?

Tras la repentina muerte de su padre, la única alternativa de Diana Montalvo para averiguar el paradero de su marido recae en Yedder Ag Tahir, el rebelde tuareg más buscado del desierto. Un guerrero orgulloso, atractivo y noble, que despierta en ella una atracción imposible de controlar.
Después de años luchando por la libertad de su pueblo, la aparición de Diana en su vida empuja a Yedder a asumir errores del pasado para

cumplir con su petición. De ese modo, iniciará junto a ella un viaje plagado de sentimientos en los que había dejado de creer, pero que le obligarán a elegir entre la verdadera esencia de su alma tuareg, y el amor que invade con fuerza su corazón.

Continúa la historia de Tuareg (Señores del desierto nº 1) de la mano de Diana y Yedder.

VIENTOS DE GUERRA

Estados Unidos, 1861.
La apacible existencia de Brianna Fallon en Boston cambia cuando se ve obligada a aceptar un empleo en el hogar de Wyatt Miller, el dueño de una de las plantaciones de algodón más importantes de Atlanta. Un hombre oscuro, atractivo y enigmático que despierta en ella emociones que no creía poseer, hasta el punto de poner a prueba su juramento más sagrado.
Para Wyatt, la presencia de Brianna supone encarar un pasado que intenta olvidar para enfrentarse a sus propias emociones y a una mujer llena de secretos que no puede manejar, pero que debe desentrañar para salvar su vida, su corazón y su alma.
Mientras ambos luchan por superar la atracción que sienten, el inicio de una guerra que sacudirá los cimientos del país pondrá a prueba la fortaleza de unos sentimientos que apenas han empezado a surgir.
Cuando dos almas dañadas se encuentran, están destinadas a sanarse.
Cuando dos corazones laten al unísono, deben luchar por mantenerse a flote.
Cuando el viento habla el lenguaje de las armas, el amor puede ser la única salvación.

LA HEREDERA (CABALLEROS Y GRANUJAS 1)

Primavera de 1881.Elena Robles, huérfana desde niña, regresa después de varios años de ausencia a La Dorada, el cortijo de la serranía de Ronda donde vivió su infancia, convertida en una rica heredera.En la fiesta del Gobernador, conoce a Diego de Casanueva, rico terrateniente y mujeriego empedernido, que queda hechizado por su carácter apasionado y sensual belleza, y que intentará conquistarla cueste lo que cueste.Días después, un inesperado encontronazo con el Marqués, misterioso bandolero del que nadie conoce su verdadera identidad, hará que surja en ella una pasión irreprimible y desconcertante. Dividida entre su atracción por el bandido y su encendido deseo por Diego de Casanueva, Elena pronto se dará cuenta de que nadie es en realidad lo que parece.Además descubre que, tras

su vuelta, se oculta un oscuro plan forjado con la única intención de despojarla del legado de su padre. Una trama que pone en peligro su propia vida, y a la que tendrá que hacer frente con la ayuda del único hombre que la amará de forma incondicional.

CASUALMENTE VALENTINA (CABALLEROS Y GRANUJAS 2)

Benavente, 1886

A Rafael Mejía la vida le sonríe. Es un cacique de renombre, joven, atractivo y arrogante, que acostumbra a conseguir lo que quiere en un abrir y cerrar de ojos, tanto en los negocios como en el placer.
Y Valentina, la humilde empleada de una posada de dudosa reputación, será su siguiente víctima. Una muchacha tan dulce como hermosa por quien se siente irremediablemente atraído, hasta el punto de convertirla en la principal candidata para ocupar su cama, sin imaginar que, con ella, comenzarán sus problemas.
Para Valentina, la impactante aparición de Mejía provoca un enorme cataclismo en su apacible vida. Resuelta a no sucumbir al enorme embrujo que ejerce sobre ella, combatirá su oscuro atractivo de la única forma posible: conquistando un duro corazón que él presume de no poseer.
Desde los fastuosos salones del Casino de Benavente, hasta el oculto corazón de la Sierra de la Culebra, Valentina seguirá a Mejía en un viaje plagado de peligros y sombras que les acechan, para intentar detener una conspiración de imprevisibles consecuencias que cambiará la vida de ambos.
Rafael acabará empleándose a fondo para alejarla de la maldad en estado puro pero, ¿será capaz de eludir con la misma fuerza el poder del amor?

TIEMPO DE AMAR

Érase una vez un guerrero que intentaba matar fantasmas con su espada. Y una hermosa muchacha cuya valentía logró salvarlo.
Érase una vez una guerra que derramó sangre, destruyó esperanzas y quebró espíritus. Un largo cautiverio que marcó voluntades. Un matrimonio forzado que rompió juramentos sagrados.
Una historia de amor truncada por la maldad más oscura.
Y una mágica lluvia de estrellas destinada a protegerlos a través del tiempo y del espacio.
Emprendieron una lucha sin cuartel contra el odio y la sed de venganza. Comprendieron que debían mantenerse unidos en un

mundo extraño para ellos, pero…
¿Serán capaces de aceptar que, después de un tiempo para las promesas y otro para las traiciones, llegará el tiempo de amar?

NO SUELTES MI MANO

En algún lugar de España, 1899.

—¡Quiero ayudarte, pero te estás alejando! ¡Vuelve! ¡No sueltes mi mano!
Esther acaba de presenciar la muerte de un niño al que no conoce. Lo extraño es que lo ha hecho profundamente dormida. Víctima de unos sueños cuyo significado no logra entender y resuelta a huir de ellos, emprende un viaje que la sumergirá de lleno en una serie de macabros asesinatos con un denominador común: unos ojos verdes que le mostrarán la verdadera cara del mal que siempre la ha acechado.
¿Y si no pudieras esquivar el origen de tus propios miedos?
¿Y si una sola mirada pudiera protagonizar el mejor de tus sueños… o la peor de tus pesadillas?

EL PORTADOR DEL FUEGO

«El último descendiente del Linaje de las Brujas deberá encontrar al portador del fuego…».

La Profecía que se cierne sobre el reino de Saksa debe cumplirse, pero el tiempo se acaba. Sunna, una joven bruja, abandonará su hogar dispuesta a llevar a cabo la misión. Nada la detendrá. Ni siquiera Donar el Cazador, un fiero guerrero huido de la justicia, capaz de sumirla en una atracción de consecuencias imprevisibles para todos.
Donar, para quien lo primordial es la seguridad, no duda en apresar a Sunna, pero tendrá que elegir entre el deber de proteger a los suyos y la necesidad irrefrenable de poseerla por completo.
Inmersos en una guerra que amenazará su mundo, ambos deberán aunar fuerzas para expulsar el mal que está a punto de destruir Saksa, enfrentándose al mayor peligro de todos: desentrañar el verdadero significado de La Profecía, junto con aquello que dictan sus corazones.

BOOMERANG

¿Qué tienen en común una agente de viajes española y un veterinario australiano? Un tigre ciego. Una abuela metomentodo. Un pasado más presente que nunca y unos hermanos decididos a convertirse en casamenteros, con el canto de las kookaburras como música de fondo.

Carolina viaja a Australia convencida de que será el gran cambio que necesita en su vida laboral... y privada. Ethan se ve abocado a acudir a una cita a ciegas que resulta no ser tan improvisada. La llama del amor parece haber prendido entre ellos pero... ¿serán capaces de atreverse a dejar a un lado sus anteriores decepciones? ¿O permitirán que, como un boomerang, las dificultades los golpeen de nuevo impidiéndoles ver que están hechos el uno para el otro?

ME LLAMO MADDIE

Un hombre con miedo a sentir.Una mujer que huye de sí misma.A Madison le encanta disfrutar del orden y la seguridad que imperan en su vida. Hasta que una cita a ciegas la lleva a conocer a Gabriel O'Sullivan, un exbombero de sonrisa irresistible y ternura a raudales cuya inesperada propuesta pondrá su lista de prioridades patas arriba.Gabriel se siente satisfecho con su caótica rutina como monitor de delfinoterapia. Pero Madison irrumpe en ella para demostrarle que tiene un corazón capaz de volver a latir por alguien con un pasado tan complicado como el suyo.A veces, la vida te ofrece una oportunidad para la que no estás preparado.A veces, el destino se encarga de que todo encaje.

LLÉVAME A LA LUNA (MO GHEALACH 1)

Cuando vives demasiado tiempo rodeado de oscuridad, no esperas que la luz de la luna te ilumine.
Cuando ya te has rendido a tus propios demonios, no aceptas que la simple sonrisa de un ángel los venza por ti.
Cuando la vida te golpea tan duro que terminas rindiéndote a tu propio pasado, lo último que te imaginas es que alguien te obligue a seguir luchando.
Me llamo Eirian, y viajo junto a una niña que solo busca respuestas y una mujer hermosa pero llena de tristeza, por culpa de un pasado al que se dirige de cabeza. Una mujer que me atrae y me da miedo.
Mucho miedo.
Porque ella es el motivo de que empiece a sentir de nuevo. Ella es mi ángel y mi luna.
Ninguno estábamos preparados para el otro, pero esta es nuestra historia. La historia de nuestro viaje. El de Álex, el mío.
O tal vez solo fue el principio de algo que nunca se terminó.
Y es que a veces el destino, con un poco de ayuda, decide que arriesgar es la apuesta ganadora

UNA LUNA PARA TYLER (MO GHEALACH 2)

Ella sobrevivió a pesar de mí mismo.
Nunca tuve tanto miedo como cuando permití que las consecuencias de mis errores destrozaran el corazón de la mujer de mi vida.
Nunca fui tan ambicioso como cuando me propuse conservarlo todo, para terminar no teniendo nada.
Nunca me sentí tan vacío como cuando volví a verla, gracias a la cláusula descabellada de un testamento que me removería por dentro.
Ni tan valiente como cuando decidí que merecía la pena tentar al destino de nuevo, solo para alcanzar mi propia luna. Hermosa, pero desconocida. Inaccesible. Llena de interrogantes, de secretos y preguntas de las que soy el único culpable.
Cargada con una pena tan grande como todo el desengaño que me escupirá en la cara.
Me lo merezco. He superado mis errores, mis secretos, mi propio sufrimiento. Lo he superado todo menos a ella.
Martina es mi punto débil. La única capaz de volver mi vida del revés.
La mejor cura para mis cicatrices.
Un día, pedí un deseo a la luna…
Ahora corro el riesgo de que se cumpla.

LUNA ROJA (MO GHEALACH 3)

No estaba preparado para ella.
La chica más extraña de Castletown me provocaba fuego en las entrañas y temblores en el corazón. A pesar de su oscuridad, sus secretos y muchos obstáculos, demasiado parecidos a los míos.
Me enseñó a tomar las riendas de mi libertad. A abrazar el coraje.
Y luego desapareció. Sin importarle el dolor o las preguntas sin respuesta.
Ahora ha vuelto solo para remover todo aquello que he tardado tanto en olvidar. Para reabrir viejas heridas y ponerme frente a todos mis errores. Frente a los suyos.
Solo para hacerme sentir de nuevo.
No sabe que estoy decidido a impedírselo.
Después de todo, no se puede aspirar a determinados futuros con pasados como los nuestros…
¿O sí?

MI LUNA (SEERIE MO GHEALACH)

Recopilatorio de tres novelas intensas, cuyo eje principal es el amor, la pasión, la amistad, la lealtad y la familia. Tres protagonistas masculinos que te robarán el corazón. Tres historias desgarradoras,

pero también llenas de esperanza, fuerza y espíritu de lucha:
LLÉVAME A LA LUNA
UNA LUNA PARA TYLER
LUNA ROJA